

HARRISON AINSWORTH

Rookwood

La gran cabalgada de Dick Turpin



Lectulandia

William Harrison Ainsworth (1805-1882) nació en Manchester, y desde muy joven se introdujo en los círculos literarios londinenses de la mano del editor John Ebers, con cuya hija se casó. En 1834 publicó una novela, *Rookwood*, que le reportó un enorme éxito y dio origen a la leyenda popular del salteador justiciero Dick Turpin. Ya dedicado de lleno a la literatura, Ainsworth escribió en los siguientes cuarenta años cerca de cuarenta novelas, entre las que destacan *Jack Sheppard* (1839), *The Tower of London* (1840), *Windsor Castle* (1843), *The Lancashire Witches* (1849) y *Auriol* (1850).

Rookwood, la gran cabalgada de Dick Turpin, es una novela histórico-gótica, ambientada en el Yorkshire de 1734, que cuenta la historia de una ancestral mansión que arrastra una maldición terrible. Criptas, matrimonios secretos, conjuras, venganzas, aparecidos y amores desaforados riegan la narración como en toda novela gótica que se precie. El toque histórico lo aporta uno de sus personajes principales, Dick Turpin (con su tricornio, casaca roja, caballo negro, pistolón, antifaz y botas altas y negras), inspirado en un bandolero real, cuyas andanzas leyó Ainsworth en los *New Gate Calendars*, repertorio edificante de vidas de maleantes ejecutados por la Justicia inglesa.

Lectulandia

Harrison Ainsworth

**Rookwood. La gran cabalgada de
Dick Turpin**

El Club Diógenes - 262

ePub r1.0

Titivillus 05.06.16

Título original: *Rookwood*
Harrison Ainsworth, 1834
Traducción: José Menéndez Manjón

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Presentación de Rookwood

Caballistas, bandoleros, salteadores de caminos... tipos que se quedan con lo tuyo, por métodos violentos, a la vera de un camino. A la gente le caen bien, quizá porque piensan que esa expresión que hemos utilizado antes, «tipos que se quedan con lo tuyo», sólo afectaría al lector de estas líneas si fuera Duque, Gobernador o, al menos, del magro grupo de los ricos. Quizá porque piensen que, a quien poco tiene, no se le va a dar el alto trabuco en mano, y que estos asaltos afectaban básicamente a los ricos... Pero quien contemple las imágenes del ataque de una partida de bandoleros pintada por Goya, se entere bien de las atrocidades cometidas por los piratas o tenga noticia de las barbaridades perpetradas por la banda de los Gregory, caerá en la cuenta de que un rebelde contra el Poder y un forajido, ejem... no han sido nunca la misma cosa. A pesar de pinceles románticos, los «bandoleros» españoles, los «*highwaymen*» ingleses, o los «*raparees*» irlandeses, por poner ejemplos de un fenómeno prácticamente universal, no eran, en lo sustancial, adalides del pueblo frente a las archimalvadas élites opresoras.

Nada tiene que ver esta desagradable y realista pintura previa con ese diez por ciento de «fuera de la ley» fascinantes, que realmente sí existieron, y aún menos con ese cien por cien de románticos bandoleros y piratas inventados, que son objeto fundamental de la Literatura, el Cine o la invención en general. Moviéndonos ya en el terreno no de los desagradables forajidos y piratas reales, sino en el de los Tempranillos, Robin Hoods y Sandokanes, hay que señalar que un buen porcentaje de ellos, aunque ennoblecidos por la ficción, fueron de partida personas de carne y hueso. Otra cosa distinta es qué tienen en común el Richard Turpin ajusticiado en York en 1739 y el que recrea Ainsworth en *Rookwood*, o el José María Hinojosa de la realidad con el Tempranillo que nos pintan las baladas populares y Manuel Fernández y González en *El rey de Sierra Morena*.

La ficción sobre bandidos es todo un género. Dejemos a un lado a los piratas — bandidos de mar— y vamos, ya que de *Rookwood* y Dick Turpin nos ocupamos ahora, a quedarnos con los de tierra. No en tan gran medida como los amigos del abordaje, pero también ha sido notorio el número de quienes se han hecho famosos dedicándose al desvalijamiento en la revuelta del camino. A nuestros Luis Candelas, Curro Jiménez o Tempranillo podemos sumar los Robin Hood, Dick Turpin y Claude Du Val de los ingleses, el Cartouche francés, el Jessie James yanqui o el Fra Diávolo italiano. Y ya que Dick Turpin realmente existió, nos hemos limitado ahora a citar algunos personajes que con un núcleo de realidad han pasado a la ficción. En España la acepción más utilizada para estos acechadores de carretera ha sido «bandolero», lo que en la imaginería popular ha quedado asociado a la jaca y el trabuco, lo cual no es enteramente cierto. Quizá, para este tipo de bandolero en concreto, tuviera más

sentido utilizar la acepción andaluza «caballista». Los ingleses utilizaron para su equivalente a nuestro «bandolero» o «caballista» la palabra «*highwayman*», que se aplicó al que asaltaba en los caminos montado a caballo, lo cual se consideraba socialmente mucho más elevado que robar a pie, actividad poco distinguida y a cuyos practicantes se denominaba «*foot-pads*». Bien, cuando imaginamos a Dick Turpin tal y como el cine, los tebeos o las series de televisión lo han representado: tricornio en la cabeza, casaca roja, caballo negro, pistolón, antifaz, puñetas por debajo de la manga y botas altas y negras, tenemos en mente la más popular acepción gráfica de un «*highwayman*» que pueda encontrarse circulando por nuestros ámbitos culturales. El responsable en muy buena parte de que esto sea así es el escritor británico William Harrison Ainsworth, un imitador —vamos a decirlo así— de *Sir Walter Scott*, que consiguió éxito, dinero y fama en 1834 con un auténtico *best-seller*: *Rookwood*.

Contra lo que pueda creerse, *Rookwood* no es una novela protagonizada por Dick Turpin..., pero claro, tampoco *Ivanhoe* es una novela protagonizada por Robin Hood y, sin embargo, es la responsable directa de la inmensa popularidad del arquero de Sherwood que, anteriormente, protagonizaba apenas unas cuantas baladas medievales y algún culto drama isabelino. En *Rookwood*, ambientada en Yorkshire en 1734, Ainsworth cuenta la historia tremenda de una ancestral mansión sujeta a una maldición terrible. Cuando, de tiempo en tiempo, una rama del árbol principal de la impresionante avenida de tilos que conduce a la mansión se desprende, lo hace a modo de anuncio de que el vigente primogénito de la maldita estirpe de los Rookwood está a punto de perecer. Súmese a eso criptas por doquier, muertas, matrimonios secretos, conjuras, venganzas, hijos ilegítimos y toda la parafernalia propia de una novela gótica del más aristocrático fuste. Vueltas y revueltas, intrigas tras intrigas, mucho aspaviento, desmayos, amores desaforados, fantasmas y truenos. Algo que evidentemente tiene mucho que ver con ambientes propios de *El castillo de Otranto* de Hugh Walpole y toda la tradición literaria gótico-folletinesca-romántica de moda en aquellos días. Pero hay un elemento más; bueno, un elemento y medio más. El medio es Titus Tyrconnell, un caballero entre grotesco y heroico, de lo más simpático que, además de participar en la novela para nuestro mejor entretenimiento, es heraldo de otro componente aún más importante que el propio Titus: la nostalgia y el humor con tricornio y pistolas en forma de Dick Turpin.

¿Qué hace este histórico «*highwaymen*» en una novela como esta? Por de pronto proporcionarle fama y fortuna a su autor. Lo que sabemos del auténtico Richard Turpin que fue ajusticiado el 17 de Abril de 1739 está extraído del *Newgate Calendar*. Y la verdad es que no lo deja en muy buen lugar. El *Newgate Calendar* era una especie de repertorio edificante de vidas de maleantes que habían muerto ajusticiados y que se mostraba como ejemplo a los niños para que supiesen que ir por el mal camino podía traer consecuencias funestas. Vamos, una especie de «vidas de santos» o «lecturas ejemplares» pero de sentido inverso. Estuvieron muy de moda en Inglaterra entre 1750 y 1850. La publicación ilustra también, gráficamente, sobre

ejecuciones y actos criminales y, en uno de estos *Newgate Calendar* puede encontrarse un grabado de Dick Turpin dedicado a la delicada tarea de introducir a una anciana en la chimenea para que esta confiese dónde guarda sus ahorros. Se suponía que los infantes, aleccionados por estas «vidas» —y sobre todo muertes— de las gentes de mal vivir, sacarían las adecuadas conclusiones. Las minibiografías contenidas en los *Newgate Calendar* sirvieron de inspiración a escritores como Ainsworth, Bulwer Lytton o a Henry Fielding... Cuenta el *Newgate Calendar* que Richard Turpin, hijo de un granjero de Essex, fue aprendiz de carnicero, se casó y tuvo una vida relativamente normal hasta que, no se sabe si con razón o sin ella, se sospechó de él como autor del robo de reses. A partir de allí, Turpin escapa a Epping Forest y forma parte del sangriento gang de los Gregory. Posteriormente se independiza y él solo, o con su propia cuadrilla, se dedica a la más tradicional, elegante y legendaria tarea de asaltar carruajes en tránsito por los caminos reales y, con exquisita educación, exigir la contribución de los viajeros a la inmediata mejora de su propio pecunio. Durante otra etapa de su célebre carrera de príncipe de los «*highwaymen*» actuará a dúo con Tom King, otro galante entre los galantes, aligerador de bolsas y joyas a pie de ruta. Las bellas aristócratas se arrebolaban ante la «*finesse*» con que cualquiera de ambos realizaba sus asaltos. Finalmente, como era de esperar y norma entre quienes practicaban este oficio, King falleció a resultas del infortunado pistoletazo de un colega y nuestro Turpin siendo ajusticiado en York. Pero lo que son las cosas... La más célebre de sus hazañas, la que todo el mundo conoce, la cabalgada que le hizo recorrer de una tirada más de 200 millas sobre su negra yegua Black Bess entre Kent y York, y que, de haber existido entonces, le hubiera permitido entrar en *El libro Guinness de los Récords*, no es suya. Realmente esa cabalgada parece haber tenido lugar casi sesenta años antes, en 1676, y el autor de la proeza fue otro memorable y caballeresco «*highwayman*», John Swift Nick Nevison. De que Turpin le robase el mérito de la carrera a Nevison hay que culpar, precisamente, a Ainsworth, que en este *Rookwood* hizo que, ya para siempre, la gloria ecuestre comentada figure injustamente en el palmarés de Dick Turpin. Y esta atribución de la cabalgada hasta York —que seguramente de estar vivo Nevison el señor Ainsworth no se hubiera arriesgado a efectuar— viene a cuento de algo que ya comentábamos antes: la nostalgia disfrazada de Dick Turpin.

En *Rookwood* como novela hay dos planos. Por una parte el que convierte esta narración en una intriga gótica más o menos bien llevada. Por otra, hay un secundario en la acción, un pelirrojo de abundantes patillas y humor jovial, que es capaz de saludar sombrero en mano y hacer dos cabriolas cara al público cuando este le aclama como rey de los forajidos, que vivirá en la mente de los lectores, cuando todos los demás personajes de *Rookwood* estén criando malvas en ella. Turpin encarna — Ainsworth lo convierte en eso— el paradigma romántico del «*highwayman*». En Turpin no está el auténtico Turpin. Ainsworth ha fundido en él la cortesía del más galante de los bandidos, Claude Du Vall, la mejor cabalgada de los salteadores de

caminos, la de Nick Nevison, la camaradería del mismo Turpin y su amistad con Tom King y, todo ello, adornado con baladas, reflexiones sarcásticas sobre la ley, y lamentos por la falta de vocaciones bandoleriles —según el autor, muy de lamentar, con tanto desocupado joven de buena familia que podría dedicarse a rescatar estas nobles tradiciones—. La nostalgia es tan fuerte en la novela de Ainsworth que para subrayarla hasta se falsea. Ainsworth repite una y otra vez que Dick Turpin fue el último resplandor de la bandolería inglesa... con lo que quedaba aún por apuntar en el *Newgate Calendar*... Dick Turpin es ajusticiado en 1739 y el último «*highwaymen*» del que se tiene constancia es en 1831.

El éxito de *Rookwood*, publicado en 1854, fue formidable. La cabalgada de Dick Turpin hasta York tuvo tal trascendencia y popularidad que incluso se llegó a editar separadamente del resto de *Rookwood*. Para fines del siglo XIX Dick Turpin y Black Bess protagonizaban extensos seriales de novela popular, en cuadernillos espléndidamente ilustrados. El más famoso de esos seriales lo publica la Aldine Publishing Co. entre 1902 y 1909. Curiosamente la serie se titulaba «New Black Bess Library». Fueron 182 episodios. Bien, esos cuadernillos, esos episodios aparecidos setenta años después de la novela original, son los que han visto la luz en España, versionados allá por los años veinte. Reproducían las espléndidas portadas de las ediciones inglesas de inicios de siglo y, supongo, recogerían una parte de lo que escritores de literatura popular ingleses escribieron sobre el personaje de Ainsworth, años después de que este muriese. Por tanto, aunque en España han aparecido algunos de estos cuadernillos; y recopilaciones de los mismos cuadernillos, integrados en un solo tomo, han sido atribuidos a William Harrison Ainsworth, creemos estar en lo cierto al suponer que esta edición de Valdemar es la primera traducción íntegra al español de *Rookwood*, la novela original de William Harrison Ainsworth publicada en 1834, que da origen literario a uno de los mitos básicos de la Literatura popular europea. En esta edición se ha respetado la integridad del texto, se han incluido todas las baladas y notas que acompañaron la edición de Ainsworth, y se ha buscado mantener esa ironía y lenguaje arcaizante que lo caracteriza, aclarando, en notas del traductor, algunas peculiaridades curiosas para facilitar la comprensión del texto.

William Harrison Ainsworth (1805-1882) no alcanza el altísimo cenit de calidad literaria que primeras plumas de sus días como Dickens o Thackeray, con los que compitió en popularidad, sí tienen. Volvió a apuntarse un notable éxito acudiendo de nuevo al *Newgate Calendar* con su novela *Jack Sheppard*, sobre otro memorable bribón, cuya publicación, por cierto, coincidió durante cuatro meses en el *Bentley's Miscellany* con la del *Oliver Twist* de Dickens. Sin destacar en un siglo XIX inglés lleno de gigantes literarios, sí consiguió la inmortalidad al dar de lleno en la diana con un personaje: Dick Turpin. Y quien pueda vanagloriarse de haber creado un personaje que conocen cientos de millones de personas, siglo y medio después de haberlo fraguado, puede quedar tranquilo, porque triunfó.

Alfredo Lara López

LIBRO 1

EL ANILLO NUPCIAL

Se dice, y creo que es una afirmación por lo general cierta, que antes de que un misterio terrible salga a la luz, ciertos rumores sordos lo preceden con su vuelo y preparan las mentes de los hombres para su recepción.

Crónicas de Francia
«El caso del conde de Saint Geran»

Capítulo 1

La cripta

Medianoche. Dos personas se sientan en el interior de una cripta funeraria. La cámara es de gran extensión y hechuras singulares. El techo, de sólida labor de cantería, se alza hasta los diecisiete pies de altura en un amplio arco semicircular, si se cuenta desde el centro de la bóveda hasta el pavimento, mientras que las naves laterales se dividen por delgados muros medianeros en filas de largas y estrechas catacumbas. La entrada a cada cavidad se remata por un arco ojival rebajado que soportan gráciles pilares de granito. El espacio restante está repleto de una variedad de letreros, escudetes, piedras armeras e inscripciones que recordaban los títulos y divisas heráldicas de los difuntos. Los nichos carecen de puertas y dentro de ellos pueden verse montones de ataúdes, que se apilan unos sobre otros de tal manera que el suelo parece gemir bajo su peso.

Contra uno de los pilares, sobre un gancho, colgaba una red con útiles herrumbrosos y hace tiempo olvidados. En el centro de la tumba se podía ver la estatua de *sir* Ranulph de Rokewode, el constructor del mausoleo y cabeza del linaje que reposa bajo sus muros. La escultura, labrada en mármol negro, difiere de otras tallas más monumentales por su pose erguida, que parece viviente. *Sir* Ranulph se hallaba recubierto por entero con su cota de malla, que adorna su áurea y blasonada sobreveste, y el brazo reposaba sobre el pomo de su hacha en actitud de altivo reposo. Un casco de forma cónica cubre su ceño y la visera alzada muestra unas facciones duras e imperiosas. La espuela de oro de los ricos hombres está fija sobre el talón. A sus pies, cubierto por un costoso sarcófago de mármol extraído de la misma cantera que la estatua, yacían los despojos fúnebres del «fiero azote de sus enemigos, / barón que no dio a la lanza respiro».

Una lábil línea se arrastraba por la bóveda, la feble llama del candil caía parcialmente sobre las figuras humanas a las que antes aludimos, y trazaba con ellas un fuerte claroscuro que delineaba caprichosamente sus sombras opacas sobre el pavimento. La misteriosa pareja reposaba en torno a un viejo ataúd tendido sobre un catafalco. Entre ambos había una botella y un vaso, signos de que, cualquiera que fuese el objeto ulterior de su secreto contubernio, no se descuidaba el bienestar inmediato de sus personas.

A los pies de uno de ellos yacían un zapapico, un farol de gancho (del que había sido extraída la vela) y un manajo de llaves. Junto a estos instrumentos de un oficio que el lector adivinará fácilmente, permanecía un valetudinario terrier de torso escuálido y morro frío, con una oreja de menos en la cabeza y una pierna en busca de un pie. Su amo, como tal hay que suponerlo, era un viejo con la frente despejada,

cubierta por un gorro de noche de extraña factura, y vestido hasta sus extremidades inferiores con un ceñido, aterciopelado y gris calzón a rayas, que descendía externamente hasta más allá de sus rodillas según la antigua usanza. El codo del hombre se apoyaba sobre la pala, su puño soportaba el mentón y sus grises y cristalinos ojos, brillantes como fuegos fatuos a la luz de la vela, se fijaban sobre los de su compañero en curioso escrutinio.

El objeto de su curiosidad, una persona más joven y atractiva, parecía absorto en sus ensoñaciones y como insensible al tiempo, el lugar y el objeto de su encuentro. Con ambas manos agarradas sobre el borde de una pajarera y su cara inclinada sobre el mismo objeto, sus facciones permanecían completamente ocultas a la vista. También la luz, al quedar a su espalda y lanzar los rayos por encima antes que sobre su persona, ayudaba a su ocultación. Aun tan imperfectamente definido, el perfil de su cabeza y las proporciones de la figura eran evidentemente atractivas y simétricas.

Vestido con un traje de montero a la moda de 1737, de la textura más tosca y de la confección más ruda, su pobre atuendo habría determinado su rango como el más humilde dentro de la escala social de no tener cierta gracia en sus maneras y un atrevido y desenvuelto donaire, que denotaba que quien lucía esas prendas disfrutaba de una posición más elevada de lo que indicaba la rusticidad de sus hábitos. Un gorro de hirsuta piel marrón, caprichosa pero no torpemente diseñado, cubría su cabeza, desde donde se escapaban bucles de pelo negro, que se derramaban en rizos naturales sobre sus hombros y su cuello.

Después, cuando su rostro se reveló con mayor claridad, mostró ser el de un joven cetrino de expresión taciturna y melancólica, casi fiera, incluso en reposo, aunque suficientemente vivaz cuando entablaba conversación. Sus facciones regulares y delicadamente conformadas se podían tildar como de una singular elegancia si no fuera por una falta de redondez en la cara que daba a sus rasgos un aspecto enteco y fatigado, sin parecer por ello famélico o enfermizo. La nariz era delicada y fina, especialmente en sus aletas. El labio superior formaba un trazo corto, curvado, gracioso y muy expresivo. En su complexión, la piel ostentaba un colorido intenso y cálido que se diría español. Su figura, al alzarse, resultaba alta y viril, y exhibía una gran fuerza pese a su esbeltez.

Volvamos ahora con su compañero, el viejo de los grandes ojos grises y brillantes: Peter Bradley, de Rookwood, en el condado de York, donde había ejercido su profesión de enterrador durante la mayor parte de su vida, que ya había alcanzado una duración mayor de lo que comúnmente está reservado a los mortales. Era una extraña caricatura del género humano: con su estampa escuálida, casi tan descarnada como la de un esqueleto; con su cabeza calva, que recordaba a una blanca calavera y su frente pálida y despejada. Profundos y hundidos en sus órbitas, sus ojos grises brillaban con un fulgor insoportable y pocos podían sostener la mirada. Consciente de su poder, Peter apenas se atrevía a ejercerlo. Además, él tenía otro hábito que, como auguraba locura, le hizo objeto de conmiseración para unos y de mayor repulsión

para otros. La costumbre a la que hago alusión era el regodeo con el que se carcajeaba de manera estruendosa y desafortunada siempre que toda demostración de alborozo debía contenerse. Tal arrebatado de mofa sólo podía originarse como resultado de una alienación mental o de un profundo desprecio del sufrimiento humano.

Abrumado por el largo silencio, Peter condescendió al cabo en hablar. Su voz era áspera y desagradable como una bisagra oxidada.

—¿Otro vaso? —dijo mientras vertía un poco del transparente fluido.

Su compañero meneó la cabeza.

—Te quitará el frío —continuó el enterrador, que vertió el líquido por su gaznate—; y tú, que no estás tan acostumbrado como yo a las humedades de la cripta, sufrirás por ello. Además —añadió con sorna—, te prestaré valor.

Su compañero no respondió, pero un reproche tácito se adivinaba en el brillo de sus ojos.

—No, no me echés miradas tan duras, Luke —continuó el enterrador—, no dudo de tu coraje ni de tu entereza, pero si no quieres beber... yo lo haré. ¡Ésta por el eterno reposo de *sir* Piers Rookwood! O dices amén a esta plegaria o no eres mi nieto ni sangre de mi sangre.

—¿Por qué debo venerar la memoria de quien no me mostró amor paterno? —respondió Luke con amargura a la vez que rechazaba el trago que se le ofrecía—. Él *me* rechazó en vida; yo le rechazo en la muerte. *Sir* Piers Rookwood no es mi padre.

—Él era en verdad tu padre, lo mismo que Susan Bradley, tu madre, era mi hija —repuso el enterrador.

—¡En verdad que no debes envanecerte por tal enlace! —gritó Luke impulsivo—. No te está permitido, viejo, el unir sus apellidos para exaltar la desgracia de tu hija y tu propia deshonra. ¡Qué vergüenza! ¡No hables de ellos con el mismo hálito si no quieres que invoque la maldición de los muertos! Yo no siento ningún respeto, a pesar de la estima que tú le puedas tener, por el seductor... por el asesino de mi madre.

—Has escogido un buen surtido de suaves epítetos, nietecito —repuso Peter con una risotada tranquila—. ¡*Sir* Piers, un asesino!

—¡Bah! —exclamó Luke con indignación—. No finjas ignorarlo. Tú conoces mejor que yo lo que hay de verdad y mentira en la historia que corre con respecto a la muerte de mi madre. Y a no ser que se nos haya engañado en el relato oficial de los hechos, tenemos motivos para mantener nuestros labios sellados. Pero para terminar con todo esto —añadió con una súbita alteración del tono—, ¿a qué hora murió *sir* Piers Rookwood?

—El jueves pasado por la noche, no conozco la hora exacta —respondió el enterrador.

—¿De qué mal?

—Tampoco lo sé. Su final fue súbito, pero no sin un presagio alarmante.

—¿Qué presagio?

—Nada más y nada menos que el presagio de muerte en la casa. Pareces incrédulo. ¿Es posible que nunca hayas oído hablar del Ominoso Tilo y de la Rama Fatídica? Porque es una historia común en esta comarca y lo ha sido durante siglos. Cualquier carcamal te la puede contar. Puede que hayas visto la vieja avenida de tilos que lleva a la mansión, de cerca de un cuarto de milla de largo, la más noble hilera de árboles de la comarca occidental de Yorkshire. Bien, pues hay un árbol, el último a mano izquierda, antes de que llegues a la casa del reloj, más grande que el resto, un inmenso pedazo de madera con amplias y crecientes ramas, de cuyo tronco no puedo calcular el diámetro. Ese árbol está de un modo misterioso conectado con la familia de Rookwood: inmediatamente antes de la muerte de un miembro de este linaje, una rama se desgaja del tronco como pronóstico de su perdición. Pero tú debes de haber escuchado la conseja.

Y en un extraño y sepulcral tono, nada inapropiado, sin embargo, para tal asunto, Peter cantó la siguiente balada:

LA LEYENDA DEL TILO

*Por la senda que al palacio de Rookwood lleva,
entre la masa de viejos tilos eminente,
la copa de un árbol hacia el cielo se eleva
y como sombrías alas sus ramas extiende.*

*De triste gris adorna su plateada corteza,
un cimientito de siete yardas le sostiene
y, a su oscura hojarasca, negros cuervos vienen
para ofrecer cobijo a sus criaturas hambrientas;
cada año sus nidos entre el ramaje aparecen
y sus roncacos graznidos al cielo se elevan.
En el añoso tilo las bojas se estremecen
movidas por un soplo de la brisa veraniega.
Y cuando entre las venerables ramas, rugiente,
estalla la brusca ira de la feroz tormenta,
se oyen graves quejidos terribles y dolientes.*

*Ni la brutal galerna ni el cielo despejado
impiden que del tronco se desprenda una rama,
intacta, verde, sola, segada por el Hado,
por la muerte que al mayor de los Rookwood reclama.
Muchos creen esta maldición sobrehumana,
y que, cuando se cumple el término al emplazado,
se oye doblar a muerto una invisible campana.
Dicen que el tilo tiene en su corteza grabados*

*viejos signos infames tintos en sangre grana
con los conjuros mil que una legión de diablos
inscribieron atroces con sus oscuras garras;
por tres veces can tara la garganta del gallo,
y sin más demora a un Rookwood los diablos le raptan.*

*Nos cuenta la leyenda que el feroz Ranulph vio
por su bosque a una bruja que sus pasos seguía,
y para escarmentarla a sus dos mastines lanzó
¡que carrera más breve y feroz la de aquel día!
Con sus patas de fuego cada mastín voló,
maltrecha y desgarrada sobre el suelo caía su pieza,
que con miedo y con dolor expiró.*

*Los miembros mutilados entre el lodo yacían,
alborozado Ranulph con sorna se burló;
sobre el muerto regazo, con fiereza hundida,
una estaca de tilo con sus manos clavó.*

*Lo que pasó después nunca nadie lo creería:
aquella estaca pronto sus raíces echó
y cien vástagos fuertes de su tallo crecían.*

*Tan peregrino prodigio alegró al barón
y acogerse a su sombra sir Ranulph solía
cuando del tilo al suelo una rama cayó
y al transcurrir poco tiempo el barón se moría.*

*Desde entonces el tilo encierra un poder fatal
que a la noble y clara sangre de Ranulph condena,
pues una rama bajo la umbría es señal
de que en tres alboradas otro Rookwood se entierra*

—¿Y tal presagio precedió a la muerte de *sir Piers*? —dijo Luke, que había escuchado con cierta atención las coplas de su abuelo.

—Sin duda —replicó el enterrador—, este martes por la mañana vagaba por la avenida que acabo de describirte. No sabía qué me llevaba allí en una hora tan cercana, pero merodeé ociosamente hasta que llegué a la senda del tilo encantado. ¡Cielos! ¡Qué sorpresa me esperaba! Una enorme rama yacía en el camino. Estaba claro que acababa de caer, ya que las hojas estaban verdes, la savia aún humedecía la madera desgajada y no había trazas de hacha u otro tipo de hoja en el muñón. Miré hacia las ramas para encontrar el sitio desde el que la arrancó la mano del Hado, pues no pudo ser mano humana, y vi al par de cuervos ancestrales posados entre las ramas; graznaban como si ese par de aves carroñeras hubiesen percibido la cercanía de un cadáver. Justo entonces, un sonido alegre llegó a mis oídos: los aullidos de una rehala

atronaron los patios y las grandes puertas se abrieron: *sir* Piers salió junto a sus compañeros de montería, todos a caballo, y hablaban a voces. *Sir* Piers se reía tanto como los demás, pero su alegría de pronto se acabó: cuando su caballo, el viejo Rook, que nunca rehuía una valla o un obstáculo, posó sus ojos sobre la rama maldita. Rook empezó a mirarla como si tuviera al diablo ante sus narices y, al recular, lanzó a su jinete de la silla. En ese momento, los cuervos encantados emprendieron el vuelo con potentes graznidos. *Sir* Piers quedó algo maltrecho por la caída, pero se hallaba más amedrentado que herido. Y, pese a que trató de sobreponerse al incidente, estaba claro que sus esfuerzos por reincorporarse no daban fruto. El doctor Titus Tyrconnell y su atolondrado compadre Jack Palmer (que ha llegado hace poco a la mansión y del que tú ya conoces algo) trataron de incorporarlo, pero no pudo ser. Interrumpió la montería y volvió en muy mal estado a la casa. Antes de partir, sin embargo, me dirigió unas palabras en privado respecto a ti y señaló con un resignado movimiento de cabeza a la rama fatídica: «*Es mi certificado de defunción*», dijo ominosamente. Y así se demostró dos días después, al cumplirse la maldición.

—¿Y tú das fe a tan boba conseja? —le preguntó Luke con afectada indiferencia, aunque era evidente, por su actitud, que él mismo no estaba libre de un sentimiento supersticioso de credulidad, pese a lo que quería aparentar.

—Cierto —replicó el enterrador—. Yo era más difícil de convencer que el apóstol incrédulo. Pero, según alcanzo a recordar, esto ha sucedido tres veces y siempre con el mismo resultado: primero fue *sir* Reginald; luego, tu propia madre; finalmente, como te acabo de relatar, *sir* Piers.

—Creo que dijiste que, incluso ahora, este presagio de muerte, si es tal, afecta únicamente a los miembros de la familia Rookwood y no a los simples inquilinos de la mansión.

—Sólo a los cabezas de linaje, sean varones o hembras.

—Entonces, ¿cómo se pudo aplicar a mi madre? ¿Pertenece ella a la casa? ¿Era ella su esposa?

—¿Quién puede decir que *no*? —respondió el sepulturero.

—¿Quién puede decir que *sí*?, ¿quién puede dar fe de ello?

Una sonrisa tan fría como un rayo de sol en invierno se dibujó entre los rígidos labios del enterrador.

—No soporto más esto —gritó Luke—, no me enojas y ocúpate de tus asuntos. ¿Tienes algo que decirme respecto a ella? Si no es así, déjame en paz.

—Lo tengo, pero no pienso ser maltratado por un muchacho como tú —replicó el sepulturero reticente—. Lárgate si quieres y atente a las consecuencias. Mis labios están perpetuamente sellados y tengo mucho que decir, mucho más de lo que debes saber.

—Sé breve, pues; cuando me rogaste esta mañana que abandonase mi retiro con la banda de gitanos del bosque de Davenham, me pediste que me encontrara contigo en el porche de la iglesia de Rookwood a medianoche y he cumplido con mi

compromiso.

—Y yo mantendré el mío —repuso el enterrador—. Acércate más, que debo susurrarte al oído: de cada Rookwood que yace a nuestro alrededor, y de todos los que llevan el apellido a excepción del propio *sir* Piers, que yace en la mansión de cuerpo presente, recuerda lo que te digo, no hay uno solo del que no se pueda sospechar...

—¿Sospechar qué?

—Un asesinato —contestó el enterrador con un sibilante murmullo.

—Asesinato —le hizo eco Luke mientras se echaba hacia atrás.

—Hay un estigma inextinguible, una mancha vil en todos. Sangre... sangre derramada.

—¿Por todos?

—Sí. ¡Y *qué* sangre! Porque el suyo no era un crimen vulgar, incluso en el crimen hay gradaciones... el suyo era de primera clase.

—¡Sus mujeres! ¿Te refieres a eso?

—Sí, ¡sus mujeres! Entonces has oído hablar de ello. Ja, ja. ¿Conoces la vieja conseja?

*Nunca tendrá pareja
de Rookwood la corneja.*

»Una conseja divertida y cierta. Ninguna mujer se interpone en la senda de los Rookwood sin que sea rápidamente apartada. Todos tuvieron, salvo el pobre *sir* Piers, la habilidad de frenar la lengua irrefrenable de la mujer, y practicaron ese arte hasta alcanzar el virtuosismo. Un arte extraño, ¿eh?

—¿Qué han tenido que ver los crímenes de los ancestros de *sir* Piers con mi madre? —dijo Luke.

—Todo. Él no se pudo librar de su esposa y eso era un desafío intolerable para el mismísimo diablo. La *amante* debía ser quitada de en medio de la manera más expeditiva posible.

—¿Tienes un conocimiento exacto de cómo fue? —preguntó Luke con voz trémula de emoción.

—No, pero lo sospecho.

—Esas reticencias son peores que hablar abiertamente. Déjame saber lo peor: ¿La mató él? —Luke miró al enterrador para ver si podía penetrar en los secretos de su espíritu.

—He dicho todo lo que sé.

—Pero no todo lo que *piensas*.

—Los pensamientos no deberían proferirse, y más si, con ello, ponemos en peligro nuestra seguridad o la de otros.

—No te refugies tras un inútil subterfugio: di sí o no. ¿Fue con veneno? ¿Fue con

acero?

—Baste con saber que murió.

—No, no basta: ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Mientras dormía, en su cama.

—¿Por qué? ¿Fue natural?

Una sonrisa arrugó el semblante del enterrador.

—¿Qué significa ese horrible remedo de sonrisa? —dijo Luke al tiempo que agarraba el hombro del sepulturero con una fuerza aniquiladora—. Habla o te estrangulo. ¿Murió, como dices, cuando dormía?

—Así murió ella —dijo el enterrador, mientras se desembarazaba de la presión de Luke.

—¿Y es para decirme que tengo una muerte que vengar para lo que me traes hasta la tumba de su destructor, ahora que ya está más allá de mi poder el hacerlo?

Luke exteriorizaba tan violento descontrol de sus actitudes y gestos que el enterrador tuvo la sospecha de que su juicio se hallaba perturbado por el conocimiento de este suceso. Entonces, en un tono mesurado, trató de distraer la atención de su nieto.

—No escucharé más —le interrumpió Luke, y la sala abovedada resonó con sus apasionadas lamentaciones—. ¿Soy la mofa de un espíritu burlón bajo cuya pálida mirada mi espíritu se hunde? ¿Para quién mi agonía es objeto de risa, y mi desesperación, una fuente de gozo? —gritó—. ¿Quién, con veladas insinuaciones, tortura mi espíritu y suscita fantasías que me abaten en oscuros y desesperantes extremos? ¡A ti te conjuro, madre muerta! Respóndeme si puedes escuchar desde tu tumba a tu hijo infeliz, que clama por vengarte. Déjame obtener alguna muestra de la certeza o de la falsedad de esas atroces suposiciones para que pueda combatir a este demonio. Pero ningún oído me atiende —añadió con tono de desesperación—, salvo este para el que mi desgracia es pasto para sus burlas.

—Si los muertos pudieran oír, tu madre lo haría, pues está enterrada en este lugar —repuso el sepulturero.

Luke retrocedió como alcanzado de súbito por un disparo. No habló, pero tropezó, debido a la profunda impresión, contra una pila de ataúdes a la que se tuvo que agarrar para poder sostenerse.

—¿Qué he hecho? —exclamó mientras retrocedía.

Un golpe atronador resonó en toda la cripta. Uno de los ataúdes, desplazado de su lugar, cayó hasta el suelo y al aterrizar de costado se rompió.

—¡Cielos! ¿Qué es esto? —gritó Luke cuando un cadáver rodó a sus pies envuelto en el pavoroso ropaje de la muerte.

—Es el cadáver de tu madre —respondió fríamente el enterrador—. Te traje aquí para que lo contemplases, pero te has adelantado a mi propósito.

El enterrador tomó el candil de la pared.

—¿De verdad está muerta? —gritó Luke—. ¡Es imposible! ¡Oh, Dios! ¡Se

mueve!... ¡La luz! ¡Rápido!... Veo que se agita... Esto es horroroso.

—No te engañes —dijo el enterrador con un tono que delataba más emoción de la que trataba de aparentar—; es un engaño de la imaginación, ella no volverá a la vida.

Y cubrió la lámpara con su mano para arrojar toda la luz sobre la faz del cadáver, inmóvil como una imagen labrada en piedra. Ningún signo de corrupción era visible sobre la rígida pero exquisita traza de sus rasgos. Una densa nube de pelo negro se escabullía de su mortaja al caer, que colgaba como un oscuro velo sobre el regazo de la muerta y presentaba un marcado contraste con la cerúlea coloratura de la piel y las ropas. La carne todavía se agarraba a las manos, aunque se descomponía en polvo dentro del puño de Luke cuando este presionaba sus dedos contra sus labios. La mortaja había sido dispuesta como una camisa de noche sobre su cuerpo y entre sus pliegues se habían depositado unas pocas flores blanquecinas. Un fuerte y aromático olor, de una naturaleza penetrante, se difundía alrededor, indicio que evidenciaba que el arte con el que los egipcios trataban de preservar a los suyos de la descomposición se restauró para preservar el sutil encanto de la infortunada Susan Bradley.

Transcurrió un intervalo de terrible silencio, roto sólo por la convulsa respiración de Luke. El sepulturero permanecía como un espectador, a primera vista indiferente ante tan macabra escena. Sus ojos pasaban de los vivos a los muertos y brillaban con una peculiar e indefinible expresión, a medias apática, a medias abstraída. Pero por un solo momento escrutó las facciones de su hija, y su frente, contraída por la angustia, se transformó de inmediato en un rictus burlón. En vano el lector habría intentado descifrar lo que se escondía tras esa gélida e insensible mirada, que se posó por un instante sobre el rostro de la madre y, después, sobre el del hijo. Luego, las flores blanquecinas llamaron su atención. Se entretuvo en tomar una de ellas.

—¡Marchita, como la mano que la recogió... como el regazo sobre el que se derramaron! —murmuró—. No deja un dulce olor, sino... —tomó las hojas secas y las acercó a la llama de la vela; prendieron de manera instantánea y su brillo efímero dibujó una especie de sonrisa en las facciones de la muerta. Peter observó curioso su efecto—. Así fue tu vida —exclamó el enterrador—: Un brillante y breve resplandor seguido de una oscura y profunda extinción.

Dicho lo cual, dispersó las cenizas de la florecilla que estaba en su mano.

Capítulo 2

La mano del esqueleto

Tras acabar de disponer sus cosas, la vela menguante le advirtió al enterrador del paso del tiempo; se dirigió a Luke y le comunicó su intención de marcharse de allí. Pero no recibió ninguna respuesta de su nieto, que no daba señales de vida, por lo que empezó a temer que hubiese sufrido un desmayo. Se acercó a Luke y tomó suavemente su brazo. Al ver perturbado su reposo, este se quejó en voz alta.

—Estoy muy contento de oír tu respiración, aunque sea en esa manera tan triste —dijo el sepulturero—; pero ven, he perdido ya demasiado tiempo, puedes regodearte con tu dolor en cualquier otro sitio.

—Déjame —suspiró Luke.

—Pero ¿dónde?, ¿aquí? No merece la pena, puedes volver otra noche. Pero ahora debes irte, a no ser que desees contrariarme. No podía suponer que sucediera una escena semejante cuando te traje aquí. No te vayas todavía, quédate y ayúdame a devolver el cadáver a su ataúd.

—¡No la toques! —exclamó Luke—. Ella no permanecerá más de un minuto tras estos muros malditos. Yo mismo me encargaré —y recayó en su anterior desvanecimiento entre sollozos histéricos.

—¡Psché! Menudo chiflado —dijo Peter—, el chico está loco de dolor, y todo por una madre que lleva más de veinticuatro años en la tumba. Seré yo mismo quien se encargue de este trabajo.

Dicho lo cual, procedió de la forma más silenciosa posible a levantar el cuerpo con sus brazos y lo depositó suavemente en su antigua envoltura. Pese al esmero con el que realizó su tarea, no la pudo completar sin que le sucediera un incidente a tan frágil osamenta. Desvanecido como estaba, Luke no había dejado de agarrar la mano de la madre; cuando Peter levantó el cuerpo, los ligamentos que conectaban esta con el brazo se desgarraron de improviso. Como se vería después, estas juntas fueron dislocadas en parte por la presión. Pero, sin demorarnos demasiado en este asunto, será suficiente recalcar que la mano, separada de su conexión con la muñeca, quedó atrapada dentro del puño de Luke. Mientras, ignorante del daño causado, el enterrador continuó inadvertidamente su trabajo, hasta que el ruido que produjo el pisoteo de sus talones sobre la madera de la tapa del ataúd devolvió la consciencia a su nieto. Lo primero que percibió este al volver en sí fueron los dedos del esqueleto enredados en los suyos.

—¿Qué has hecho con el cuerpo? ¿Por qué has dejado esto conmigo? —preguntó.

—No quería hacerlo —respondió el sepulturero al interrumpir su ocupación—; ya había terminado de cerrar la tapa, pero se puede reabrir fácilmente. Lo mejor sería

devolverla a su dueña.

—¡Jamás! —dijo Luke mientras miraba las exánimes falanges.

—¡Psché! ¿Para qué sirve la mano de una muerta? Es un recordatorio de mal agüero, sólo te ocasionará problemas. El único uso que tiene algo semejante es el que yo oí que se le dio con Ben el Patizambo, al que ahorcaron cargado de grilletes, por asesino, en la colina de Harchase, en el camino que lleva a York. Al anochecer, su mano fue cortada a la altura de la muñeca para elaborar una Mano de Gloria o Vela del Muerto. ¿Nunca has oído la vieja canción? —sin esperar la respuesta de su nieto, Peter rompió a cantar con unos rudos compases:

LA MANO DE GLORIA

*Del cadáver colgado a la vera del camino,
de la carroña fría e inerte de un asesino,
la mano derecha has de cortar con cuidado,
la diestra homicida por la que fue condenado.
Cuando de su piel sin savia el hueso se descubra
y en sus muertas venas no se halle sangre ninguna,
entonces sus dedos, rígidos, fríos y muertos,
con el paño de una mortaja serán cubiertos.
Contarás hasta siete, que es el número místico,
la suma de los arcontes del gran Trismegisto,
y en un búcaro de barro reposarán,
donde de saliva de dragón los cubrirás.
Macera los dedos bajo el sol de mediodía
hasta que la blanda médula corra fluida,
hasta que el cuero sea tan pálido y transparente
como lábiles nubes en la noche silente,
como una sabana inconsútil e inmaculada;
luego, en su gélido hueco será colocada
una vela maldita que con su sebo se hizo,
grasa que bajo la negra horca se ha recogido;
además de sésamo de Laponia y de cera,
el pábilo harás con pelo de su cabellera,
por los negros cuervos en el suelo esparcida.
Allá donde luzca la terrible llama prendida
los pesados párpados nunca podrán cerrar
quienes contemplen su mágica luz brillar.
Bolsas y vidas dominará con gran poder
quien pueda el hechizo de la mano conocer;
mas la bilis del gato negro debe evitar*

y la sangre de la lechuza aborrecerá.

—¡Calla! —tronó Luke mientras extendía la mano de su madre hacia el sepulturero—. ¿Qué ves?

—Ve algo que brilla, mantenlo más cerca de la luz. ¡Ah! Es verdaderamente raro, ¿cómo ha llegado este anillo hasta aquí?

—¡Pregúntale a *sir* Piers!, ¡pregunta por su marido! —gritó Luke con una salvaje expresión de risa—. ¡Ja, ja, ja! ¡Es un anillo nupcial! ¡Mira: el dedo está doblado! Alguien lo colocó en él mientras ella vivía, no hay engaño posible.

—Parece que no, el ligamento debió de contraerse en vida, los tendones se agarrotaron con tal vigor que el anillo no podía ser retirado sin romper el dedo.

—¿Estás seguro de que el ataúd contenía su cadáver?

—Tan seguro como que estos huesos son míos.

—La mano es suya, ¿puede haber alguna duda?

—¿Cómo podría haberla? Se separó de su brazo en ese instante, de manera fortuita. No me di cuenta de lo que sucedía, pero así debe de haber ocurrido.

—De lo que se deduce que ella se había casado y que no soy...

—Ilegítimo, me alegro por ti.

—¡Oh! ¡Cómo arde mi corazón! Si pudiera probar ese matrimonio, podría vengar todas las ofensas que se cometieron contra ella.

—Escúchame, Luke —dijo solemne el sepulturero—, te advertí, cuando te cité para esta medianoche, que tenía un misterio que revelarte, pero este lo ha hecho por sí mismo: el matrimonio secreto de tu madre.

—¿Y lo supiste mientras ella vivía?

—En efecto, pero juré guardar el secreto.

—Luego, ¿tienes pruebas?

—No tengo nada más que la palabra de *sir* Piers... Pero él ahora ha enmudecido.

—¿Quién celebró la ceremonia?

—Un clérigo papista... un jesuita... un tal padre Checkley, que era un inquilino de la mansión, ya que *sir* Piers profesaba entonces la fe católica, aunque luego abjurase de ella, y este Checkley oficiaba como su consejero y confesor, así como de conmitón de sus juergas e inspirador de sus iniquidades. Fue el genio malo de tu padre.

—¿Vive todavía?

—No lo sé. Tras la muerte de tu madre dejó la mansión. Dije que era un jesuita y debo añadir que estaba mezclado en oscuras intrigas políticas, para las cuales tu padre adolecía de una debilidad de carácter que le impidió tener mucha parte en ellas. Pero, aunque débil como guía, era dócil como instrumento, y eso Checkley lo sabía muy bien. Lo moldeó según sus deseos, pero no te puedo decir cuál era la naturaleza de sus conjuras. Baste con saber que, de ser descubiertas, habrían llevado a la ruina a tu padre. Sin embargo, se salvó gracias a su esposa.

—Y su recompensa... —se lamentó Luke.

—Fue la muerte —replicó Peter con frialdad—. ¿Qué jesuita perdona una falta... real o imaginaria? Tu madre, debo decirlo, era protestante. De ahí que existiese una diferencia de credos, la peor de las divergencias posibles entre marido y mujer. Checkley juró su perdición y mantuvo su voto. Estaba enamorado de su belleza. Pero, al mismo tiempo que ardía en deseo adulterino, se consumía por el odio más feroz... Pasiones contrarias y difícilmente conciliables... como tú comprenderás al descubrirlas.

—Sigue —dijo Luke entre un rechinar de dientes.

—Sigo —continuó Peter—: Desde ese momento, el amor de tu padre por su supuesta amante y secreta esposa decayó. Y con el marchitarse de su amor declinó la salud de ella. No me entretendré en describir la catástrofe que se desencadenó sobre su unión, baste con decir que una mañana se encontró su cadáver sobre su lecho. Cualquier sospecha sobre *sir* Piers fue disipada por Checkley, quien distribuyó el oro con generosidad y discreción. El cuerpo fue embalsamado por Barbara Lovel, la reina de los gitanos.

—¡Mi madrastra! —exclamó Luke con asombro.

—Sí, por ella sabrás todos los detalles. Esta noche has visto lo que resta de tu madre. Estás en posesión del enigma de tu nacimiento. El camino se abre ante ti. Si quieres obtener lo que se te debe, has de perseguirlo con obstinación, sin desviarte a izquierda o derecha. Encontrarás oposición a cada paso que des. Pero se arrojarán nuevas luces sobre este asunto tan oscuro. En vano buscarás el testimonio de Checkley, aunque el vil sacerdote esté vivo. Se ha implicado demasiado en los hechos.

Peter se detuvo, ya que en ese momento la llama de la vela se extinguió de súbito y los interlocutores quedaron en una oscuridad total. Algo como un gruñido siguió a la conclusión del discurso del enterrador, como una exclamación exhalada en ese mismo instante. Estaba claro que no procedía de su nieto. Luke extendió su brazo, una mano helada parecía oprimirle y le transmitía un escalofrío mortal.

—¿Quién está entre nosotros? —gritó.

—¡El diablo! —aulló el sepulturero, que saltó del ataúd con una agilidad impropia de sus años—. ¿Hay alguien entre nosotros?

—Dispararé mi pistola, así su resplandor nos iluminará.

—Hazlo —dijo Peter—, pero no en esta dirección.

—¡Ponte detrás de mí! —gritó Luke y apretó el gatillo.

Un resplandor de vívida luz iluminó la oscuridad. Todavía no percibieron nada, salvo la figura del guerrero, que fue entrevista un instante y luego se desvaneció como un fantasma. La bala rebotó contra el extremo de la cúpula.

—¡Vámonos! —gritó el enterrador, que se había abalanzado sobre la puerta y la abrió completamente—. ¡Mole! ¡Mole! —gritó, y el perro salió corriendo tras él.

—Puedo jurar que he notado algo —dijo Luke—. ¿De dónde ha salido ese

gruñido?

—No preguntes de dónde —contestó Peter—. Tráeme mi zapapico, mi pala y mi farol, están detrás de ti. Luego, vete. Será mejor dejar allá la botella.

—Tómalos y déjame aquí.

—¿Solo en la cripta? No, no, Luke, no te he contado ni la mitad de lo que sé respecto a la estatua. Se dice que se mueve, que anda, que alza su hacha... Ten cuidado... Te lo suplico.

—Déjame y reza en la iglesia por mi regreso. Si hay algo que deben escuchar sólo mis oídos, no me encogeré de miedo, aunque los mismos muertos se levanten para desvelar el misterio. Puede ser... pero vete... Aquí están tus herramientas —y cerró la puerta con un golpe que estremeció la compostura impasible del enterrador.

Peter, tras rezongar sordamente contra la testarudez y la locura de su nieto, dispuso sus huesudos miembros para el reposo sobre un banco almohadillado, sin reclinatorio. A medida que la pálida luz de la luna caía sobre su huesudo y cadavérico rostro, semejaba a un objeto abominable fulminado por la influencia dominante de aquel lugar sagrado. Mole se recostó hecho un ovillo a los pies de su amo. Peter no había echado más que una cabezada de unos pocos minutos cuando le despertó el regreso de Luke, que estaba muy pálido, con grandes gotas de sudor en la frente.

—¿Has cerrado la puerta? —inquirió el sepulturero.

—Aquí está la llave.

—¿Qué has visto? —le preguntó aquel.

Luke no contestó. En ese momento el reloj de la iglesia dio las dos, su sonido metálico rompía la calma. Luke alzó la vista: un rayo de luna, que caía oblicuamente sobre la vidriera, reposaba sobre la cartela dorada de una negra entabladura mural. La parte inferior de la inscripción quedaba en la sombra, pero se veían con *claridad* el blasón y las palabras:

Orate pro anima Reginaldi Rookwood equitis aurati.

Luke tembló, sin saber por qué, mientras el enterrador señalaba el letrero.

—¿Has oído hablar de la escritura sobre el muro? —dijo Peter—: ¡Mira!... «Su reino le ha sido arrebatado». ¡Ja, ja! Escúchame: de toda tu estirpe monstruosa... de toda la raza de los Rookwood debería decir... no hubo un demonio que jamás hollara la tierra peor que ese cuyo epitafio lees ahora. Por él, un hermano fue traicionado. Por él, su cuñada fue deshonrada. Amor, honor, amistad sólo eran palabras para él. No respetaba nada: desafió y pisoteó todos los deberes y las leyes humanas... Aunque era religioso, o por tal se le tomaba y murió lleno de años y cargado de honores con súplicas de salvación para su alma pecadora... Tras su muerte, se le dedicó ese epitafio para recordar sus virtudes... ¡Ja, ja! Pregunta al que predica a la multitud y al que se arrodilla en este santo lugar cuál es la pena que merece el asesino. Responderá: ¡Muerte! Y, sin embargo, *sir* Reginald murió longevo. La espantosa

pregunta: *Caín, ¿dónde está tu hermano?*, no turbó la placidez de sus sueños. Luke, te he contado mucho, pero no todo. No sabes ni debes saber tu destino, pero serás el vengador de tanta infamia y de tanta sangre inocente. Tenía un sagrado deber que custodiar y ahora te lo transmito a ti. Tú serás *sir* Luke Rookwood, pero yo te diré bajo qué condiciones.

—¡Basta! —dijo Luke—. Mi mente se nubla. Estoy exhausto. Vámonos de este lugar y tomemos algo de aire fresco.

Tomó la delantera a su abuelo y atravesó la nave de la iglesia con paso rápido. Peter no se demoró en seguirlo. Giraron la llave y apareció ante ellos el patio de la iglesia. Los túmulos llenos de césped se bañaban con los rayos de la luna. Dos tejos arrojaban sus sombras agudas y negras sobre las tumbas, ambos parecían espíritus del mal que acechaban el sueño de los justos.

El enterrador notó la palidez mortal del semblante de Luke, pero supuso que procedía del tono de la luz lunar.

—Estaré contigo en tu casa antes del amanecer —dijo Luke, que desapareció de la vista de su abuelo tras doblar por la esquina de la iglesia.

—Ya he cargado el cañón —dijo Peter mientras lo seguía con la mirada—, la mecha arde y la explosión sonará pronto. Veloz llega la hora en que veré a esa maldita casa derrumbarse en el polvo y en que mi venganza, tanto tiempo demorada, habrá al fin de cumplirse. Me basta con esa esperanza para pasar con alegría mis años postreros. Mientras tanto, no debo descuidar mis estimulantes. Dentro de poco no tendré necesidad de ellos —Peter bebió hasta la última gota de la botella y la arrojó lejos de sí. Después, comenzó a cantar con voz chillona y cascada una burda cancioncilla.

Silbó a su perro y, pala al hombro, el enterrador abandonó el cementerio de la iglesia.

Apenas pasaron unos segundos tras la marcha de Peter, cuando una sombra oscura, envuelta en una negra y amplia capa, emergió de entre las tumbas que rodean a la iglesia. La sombra contempló al enterrador que se alejaba durante unos segundos y luego, con gesto amenazante, se retiró tras los viejos y grises muros cubiertos de hiedra.

Capítulo 3

El parque

El primer impulso de Luke fue liberarse del comedimiento impuesto por la presencia de su abuelo. Deseaba estar a solas; saltó la pequeña cerca, que separaba el cementerio de una verde hondonada, y se dirigió con paso rápido en el sentido opuesto al que tomó el enterrador. Logró sortear los obstáculos de la vereda cuando se encontró frente a un hueco bajo un alto soto de avellanos que dominaba la hondonada. A despecho de los impedimentos que le oponía la barrera de bastos leños, avanzó a través de la apertura y ascendió por la musgosa superficie de la elevación hasta pisar el suave césped de Rookwood Park.

Tras unos pocos minutos de rápida andadura, llegó a lo alto de una loma coronada por viejos robles. Su atormentado espíritu se amansó al pasar bajo sus amplias umbrías, la quietud del lugar le permitió recuperar en parte su reposo.

Luke cedió a la suave influencia del clima y del momento. La amenidad del sitio moderó su furor y la frescura del rocío atemperó su rostro febril. Buscó sostén contra el tronco inclinado de uno de los árboles y se entregó a sus pensamientos. Los sucesos de la última hora... los de su existencia entera... pasaron vertiginosamente por su cerebro: su mente se recreó en los recuerdos de su vida errabunda por los caminos, de las salvajes aventuras de su adolescencia, de todo lo que había sido y de todo lo que había hecho, de todo lo que había soportado. Entonces, como cuando una nube transita fugaz ante la luna de otoño y oscurece el alegre paisaje que alegra los ojos, su mente se nubló con el recuerdo de las recientes y terribles revelaciones, del espantoso fin de su madre... y del crimen de su padre.

La eminencia sobre la que se hallaba era una de las alturas más prominentes del parque, desde la que se disfruta de una vista dominante de la mansión, a un cuarto de milla de distancia. Sus blancos muros, que reverberaban a la luz de la luna, se discernían entre un panorama sólo interrumpido por hileras de árboles. Sus altas chimeneas humeaban muy por encima de las masas de bosque que la circundaban. El terreno, bien se elevaba en esa dirección, donde se alzaban lomas adornadas por cercas de excelente madera, o bien se deprimía suavemente o se extendía por herbosos claros, hasta sumirse de pronto en profundos declives que formaban una división de hecho, sin necesidad de algún tipo de barrera, entre el parque y el coto de caza.

Un estrecho torrente se abría paso a través de la hondonada para desembocar en un pequeño lago, oculto a lo lejos, entre los sotos de árboles a la izquierda. Sobre un espacio llano, en dirección al palacio pero a un nivel inferior al suyo, se extendía la amplia masa de agua, asistida por muchos afluentes locales y contenida por una serie

de diques. La única comunicación entre el coto y el parque era un rústico puente que cruzaba el estanque, que llegaba a su límite junto a las praderas sitas más abajo. Incluso a aquella distancia y en una hora tan plácida se podía percibir tenuemente el murmullo de las aguas al descender de nivel en una pequeña cascada a través de la esclusa. A lo lejos, en el amplio valle, los meandros serpenteantes de la pequeña corriente se delineaban brillantes, como hilos plateados a la luz de la luna. Los suaves rayos de la reina de la noche, entonces en su meridiano, titilaban sobre las copas de los árboles más altos, brillaban como polvo diamantino entre las hojas y penetraban a través de los intersticios de los árboles; con la luz se mezclaban los filamentos de vapor que comenzaban a elevarse desde la superficie del estanque, revestidos de un esplendor nebuloso, lo que ornaba el paisaje de un matiz de belleza onírica y supraterránea.

Todo parecía vibrar al unísono. Ningún ruido interrumpía la callada soledad de Luke, excepto el ulular de una gran lechuza gris que, temerosa de su proximidad o al acecho de una presa, aleteaba su vuelo espectral, enredada en un laberinto inacabable de círculos que dibujaba sobre su cabeza, puntuados por el agudo grito que profería al trazar cada vuelta. En la distancia, el ladrido madrugador y sempiterno de la jauría perturbaba el oído. Procedía de los sabuesos encadenados en una perrera edificada junto al estanque, que permanecía oculto a los ojos por la neblina ascendente. Ningún ser vivo aparecía ante sus ojos, salvo una manada de ciervos inclinados sobre un helechal pardo, a la sombra de unos pocos árboles desmedrados, muy cerca del lugar donde permanecía Luke. Pese a que sus astas no se podían distinguir a simple vista de las ramificaciones de los árboles, no escaparon a su mirada experta.

—¡Cuántas veces —murmuró Luke—, años atrás, he atravesado estos prados a la luz de la luna y he errado entre sus bosques bajo noches tan estrelladas como ésta!... ¡Sí! ¡Y para un propósito que este menguado rebaño puede testificar! Cada vallecito, cada cañada, cada loma, cada soto y cada abrigo secreto están tan habituados a mis huellas como las del más libre y ligero de los venados. Apenas hay un árbol en estas espesuras que no conozca de siempre. ¡Válgame el cielo! ¡Es todo tan hermoso y tan mío! ¿Cómo olvidar que fue aquí donde me emancipé por vez primera de mi servidumbre? ¿Cómo no acordarse del sentimiento de goce ilimitado que bullía en mis venas al arrojar el yugo de la esclavitud y vagabundear libre y entregado a mis sentimientos entre estos árboles? El entusiasmo salvaje y embriagador todavía exalta mi corazón. Y todo es de mi propiedad... ¡Mío! Cuidado, ¿qué tenemos aquí?

Cazador al fin y al cabo, se fijó en un objeto que no podía dejar de atraerle. Escuchó un resoplar, luego, un majestuoso ciervo caminó lenta y señorialmente fuera del bosquecillo. Luke observó las acciones del noble animal con gran interés, oculto tras el árbol en el que se había apoyado. Una distancia de unas cien yardas se dilatava entre él y el animal, por lo que quedaba dentro del alcance de sus balas. Luke empuñó

mecánicamente su escopeta, cuando la había alzado a medio camino de sus hombros la dejó caer de súbito.

—¿Qué es lo que voy a hacer? —dijo para sí—. ¿Por qué he de matar por mero entretenimiento a una criatura noble cuyo cadáver no me resultará de provecho? Tal es la fuerza de la costumbre que apenas he podido resistir el impulso que me obligaba a disparar. Y hubo un tiempo en el que jamás habría podido ejercer tal contención.

Ajeno al peligro que había corrido, el animal avanzó con apostura. De pronto, se paró, alzó las orejas, como si hubiera percibido algún ruido. En ese instante se oyó el cierre de un arma a pocos pasos a la derecha. El disparo erró su objetivo. Pero sonó la detonación de otro cañón. De un gran bote, el macho cayó de espaldas. Luke no tardó en adivinar la causa. Sabía que tenía cerca una partida de furtivos. Dos figuras surgieron de la espesura y se dirigieron al lugar donde agonizaba el venado. El primero sacó un cuchillo y puso pronto fin a la vida del animal al hundir la hoja en su garganta. El resto de la manada ya había saltado sobre sus talones y se perdió en la espesura como una flecha impulsada por el miedo.

Uno de los dos furtivos se ocupó entonces de sacar la grasa del venado, cuando se le acercó el otro que señalaba en dirección a la casa. El primero se alzó de su posición genuflexa y ambos aguzaron sus oídos. Luke creyó oír un ligero rumor en la distancia. Cualquiera que fuese la procedencia del ruido, era evidente que los dos delincuentes estaban alarmados. Agarraron al macho y lo arrastraron para esconder su cadáver bajo unos grandes helechos. Después, se retiraron, para detenerse un instante deliberar, apenas a unas yardas de Luke, que estaba oculto a sus ojos tras el tronco de un árbol en el que se cobijaba. Tan cerca los tenía que no se perdió una palabra de su susurrada conferencia.

—La pieza se ha echado a perder esta vez, Rob Rust —gruñó uno de ellos en tono enojado—, los lacayos se nos echan encima y debemos abandonar este magnífico macho a su suerte. ¡Maldito sea! ¿Quién iba a pensar que Hugh Badger iba a abandonar su cama esta noche? La devoción por su amo debería mantenerlo en casa recogido antes del funeral. Pero mira, ¿lo ves?

—Sí, se acercan gracias al viejo Oliver —respondió el otro—. Uno, dos, tres... y un sabueso con trailla y bozal. Allí está Hugh a la cabeza. ¿Podemos resistir y hacerles frente? Yo me lo estoy pensando.

—No, no —replicó el primero—, nunca lo hagas, Rob, no luches. ¿Por qué correr el riesgo de la captura?, ¿por unos cuartos de venado? Habría sido otra historia si Luke Bradley y Jack Palmer hubiesen estado con nosotros; pero, tal y como están las cosas, no merece la pena. Además, mañana por la noche tenemos un negocio en la mansión que nos hará unos hombres de verdad. Nos hemos comprometido con Jack Palmer, no podemos faltar a nuestra palabra y no quiero ir a la trena en la víspera del golpe. Tomemos las de Villadiego y sálvese el que pueda. ¡Vámonos, chaval! —y los dos malhechores se escabulleron colina abajo.

—¿Debo seguirlos y correr el riesgo de caer en manos del guardés justo en esta

ocasión? —pensó Luke—. No, pero si me encuentran aquí me tomarán por uno de la banda. Hay que hacer algo... ¡Ja!... Que el diablo se los lleve. ¿Ya están aquí?

No quedaba más tiempo para reflexionar. Se oyó un áspero ladrido, al que siguió el grito de los guardeses. El perro había olfateado la pieza y, al no ser ya necesarias las precauciones, se le libró del bozal. Salir corriendo era delatarse, pero permanecer en el sitio aseguraba igualmente su detección, y dudaba de si se le creería al entregarse a aquella gente vestido de cazador y armado. Luke desechó la idea. Justo entonces se acordó de que su escopeta estaba descargada y se dispuso a remediar con presteza su negligencia cuando escuchó al perro ladrar fuertemente y dirigirse con rapidez hacia él. Se arrojó al suelo, en el lugar donde la masa de helechos era más densa, pero fue insuficiente para despistar al sagaz animal. El sabueso le había atisbado y ladraba muy cerca de él. Los guardeses se acercaban cada vez más. Luke se dio por perdido. El perro, sin embargo, permaneció donde habían estado los dos furtivos: quedó allí y ladraba, husmeaba, y daba vueltas hasta que reemprendió de nuevo su camino. Hugh Badger y sus camaradas permanecieron un momento en ese mismo lugar. Miraron cautamente alrededor y, entonces, como supuso Luke, siguieron la pista dejada por el perro.

Tan veloz como el pensamiento, Luke se puso en pie y se mantuvo tanto como le fue posible bajo la cobertura de los árboles. Tomó un sendero perpendicular al camino. Pese a lo rápido que fue su escape, este no pasó sin testigos: un ayudante de los guardeses, que se había rezagado, dio la voz de alarma. Luke siguió adelante con redobladas fuerzas, trató de encontrar refugio en el soto y lo habría logrado de no encontrar un obstáculo en su carrera. Pero su rabia y su mortificación no tuvieron límites cuando oyó tras él el grito del guardés al que hacían eco unos ladridos que escuchó inmediatamente tras de sí, resonando en la quebrada.

Luke había ganado las empalizadas del parque, a través de las cuales buscó en vano un punto de fuga practicable; pero la valla estaba más alta allí que en cualquier otro punto, debido al desnivel del terreno. Se desprendió de su escopeta inútil, pero incluso sin ese estorbo no corrió el albur de escalar la empalizada. En tal situación se encontró con el sonido de una respiración pesada justo detrás de él. Lanzó una mirada sobre su hombro. A unas pocas yardas corría un feroz sabueso cuya hostil naturaleza le era muy familiar, ya que los perros de su raza se habían criado en la mansión desde los días del terrible *sir* Ranulph. Los ojos de la bestia brillaban sanguinolentos, su lengua colgaba fuera de la boca y mostraba una hilera de blancos y agudos colmillos, como la dentadura de un tiburón. Un aullido, un brinco y ya tenía al perro junto a él.

El valor de Luke estaba acreditado, pero su corazón le falló al oír el rugido de cruel bruto y comprendió que no podía evitar un encuentro con el animal. Tomó inmediatamente una resolución: se detuvo de repente, tan de súbito que el perro, mientras corría en su pos, le sobrepasó con gran ímpetu, y el tiempo, por breve que fuese, que tardó el animal en recuperar su posición, permitió a Luke arrodillarse, disponer de uno de sus brazos como rodela frente a su rostro mientras el otro le

serviría para agarrar a su adversario. Tras emitir un feroz rugido, el sabueso volvió a la carga y se lanzó sobre Luke, quien recibió el asalto tras vencer su temor. Pese a sufrir un severo desgarro en el brazo, oprimió a su enemigo por la garganta y lo arrojó con violencia al suelo, para después saltar con todas sus fuerzas sobre su abdomen. Después escuchó un aullido agónico... El duelo había terminado y Luke estaba libre para continuar su fuga con tranquilidad.

Aunque el lapso de tiempo que duró el combate había sido breve, este dio tiempo a los perseguidores para tener a su alcance al fugitivo. Hugh Badger, quien contempló desde la cuesta el fin de su perro favorito, descargó la munición de su arma sobre el matador, tras emitir un juramento. Por fortuna para Luke, en ese instante se trastabilló con la raíz de un árbol y el proyectil impactó entre las hojas al tiempo que Luke caía. El guardés supuso que tal pájaro ya estaba tocado del ala, descendió con calma a por él. Mientras yacía en el suelo, Luke notó que estaba herido, ya fuera por los colmillos del perro, ya fuera por la bala, ya por efecto de su tropezón, no podía determinar la causa. Abrumado de dolor, decidió vengarse sobre el primero que se le aproximara. Se juramentó para no ser atrapado vivo: estrangularía al primero que le pusiese las manos encima. En ese momento sintió una opresión sobre su pecho: ¡era la mano muerta de su madre!

Luke se estremeció. El furor de la venganza se enfrió. Se relevó mentalmente de su juramento, pero no podía rendirse sin resistencia y sin arriesgar alguna intentona final. El guardés y sus ayudantes se acercaban al lugar donde yacía y buscaban su cuerpo. Hugh Badger estaba muy cerca, a menos de una yarda de él.

—Dios confunda a ese granuja —gritó Hugh—, está a medio matar; parece que aún respira.

Apenas había su boca emitido estas palabras cuando fue empujado hacia atrás y cayó despatarrado sobre el ceno. Repentina e inesperadamente, como cuando un guerrero indio salta sobre sus enemigos, Luke surgió y se arrojó con gran violencia sobre Hugh, que se había cruzado en su camino. Los asombrados ayudantes no fueron capaces de ponerle la mano encima, tal era su sorpresa que hasta fueron incapaces de apretar el gatillo. Luke ejerció sus grandes fuerzas y se agarró a la rama que sobresalía de un árbol y, tras columpiarse para tomar impulso, saltó limpiamente sobre la cerca.

Apenas se alzó sobre sus pies, Hugh Badger empezó a jurar groseramente a causa de su revés. Dirigió a los ayudantes en la búsqueda a lo largo de la valla y, en particular, por una parte de la arboleda. Tras tomar la escopeta cargada de uno de sus subordinados, saltó sobre la cerca y se puso pronto sobre la pista de Luke gracias a las ramas rotas y a los ruidos que llegaban hasta su fino oído.

El soto a través del cual se desarrollaba la batida no era, como podría suponerse, una continuación de la cerca que Luke había cruzado al principio, cuando entró en el parque, aunque estuviera agregada a otros cercados, sino que era un coto de faisanes que ocupaba las laderas de una hondonada que, después de un recorrido profundo y

tortuoso, terminaba en la depresión antes descrita como límite del parque. Luke se introdujo en el corazón de esta quebrada y descendió hacia el torrente. Su avance lo obstaculizaba la gruesa capa de zarzas y matas, así como los obstáculos que sembraban en su ruta las ramas elásticas y entrecruzadas de espinos y avellanos, que le dañaban y rozaban con su retroceso y le infligían dolorosos golpes en manos y cara. Este era un padecimiento que, por habitual, no le afectaba, pero en aquella circunstancia, al irritarle, aumentaba la sed de venganza que rabiaba dentro de su corazón.

A través de las honduras de la quebrada fluía una pequeña corriente antes aludida. Apenas había alcanzado Badger su mohoso margen, se perdió toda pista del fugitivo. Hugh miró con cautela alrededor, aguzó el oído e inclinó su oreja para captar el más leve eco. Todo estaba en calma: no se rompía una rama, no crujía una hoja. Miró alrededor estupefacto. Tenía la certeza de poder echarle un vistazo o, quizás, de dispararle al «granuja furtivo», como le denominaba, «en campo abierto, lo que es seguro que este bribón quiere alcanzar. Y ahora, de pronto, ha desaparecido como un fuego fatuo o un trasgo de la quebrada». Sin embargo, no podía hallarse muy lejos y Hugh trató de obtener alguna pista que le guiara en su búsqueda. No tardó en encontrar huellas recientes sobre el lodo de la orilla opuesta. Hugh saltó hasta allá de un brinco. Más adelante, algunos juncos estaban pisoteados y se encontraban señales del camino que siguió el fugitivo.

«¡Eh, adelante!», gritó Hugh con el corazón alegre tras ese descubrimiento, y como un perro bien adiestrado siguió con alacridad la pista. El torrente presentaba como solo impedimento a su paso las gruesas matas de arbustos de la umbría y el guardés siguió la pequeña corriente y chapoteaba de vez en cuando en el agua. Aquí y allá la marca de una huella en el barro bastaba para confirmar que se hallaba en el camino correcto. Al cabo, se dio cuenta por un pequeño desprendimiento del terreno de que el objeto de su persecución había escalado el desnivel y había frenado su avance. Se detuvo y percibió lo que aparentaba ser un rostro que le observaba detrás de un grupo de alisos que dominaban el desnivel. Puso inmediatamente su escopeta al hombro.

—Baja ya, maldito canalla furtivo —gritó Hugh—, o te volaré en pedazos. No obtuvo ninguna respuesta. Temeroso de encontrarse en desventaja si trataba de subir el talud, Hugh disparó sin más explicaciones. El ruido del disparo se perdió en mil ecos alrededor de la quebrada y un faisán, espantado por la detonación, respondió al reto desde un árbol vecino. Hugh era un excelente tirador y en esta ocasión había alcanzado su diana. El resultado no fue el que esperaba. Un gorro de piel se agitaba en la rama de la que colgaba a causa del disparo, cayó al suelo y llegó hasta él tras rodar por el talud, como si proclamara la *ruse*^[1] que se había ejecutado con el guardés. Se le dio poco tiempo para reflexionar, pronto él mismo se vio oprimido por el brazo de hierro de Luke.

Hugh Badger era un hombre de gran fuerza: macizo, estevado, con una prodigiosa

anchura de pecho y una complexión hercúlea. Enérgico como fue el asalto de Luke, Hugh mantuvo su terreno sin retroceder. La pelea fue desesperada. Luke era de una constitución más ligera pero excedía al guardés en talla por encima de la cabeza y los hombros. Pero esta superioridad le valía de poco, era más bien una desventaja en el combate. El puño apretaba la garganta de Hugh como una prensa, pero el efecto era el mismo que si Luke intentara estrangular a un toro en lugar de al robusto guardés. Este luchaba con vehemencia y se defendía con sus botas de clavos, cuyos golpes abrasaron de dolor las tibias de Luke. Hugh logró desembarazarse de su presa asfixiante, entonces los dos se agarraron y quedaron trabados como una pareja de osos. Forcejearon, empujaron y practicaron cada treta y estratagema que quedaba dentro de las posibilidades de sus pies, rodillas y muslos; ya con viveza, ya con sacudidas, ya avanzando o ya retrocediendo, continuaron la pelea pero con resultado incierto. La victoria, al final, parecía declararse a favor del tozudo guardés. Consciente de la fuerza de su contrario, fue la principal tarea de Luke mantener sus extremidades bajas sin trabar y confiar más en la maña que en la fuerza para el éxito. Prevenir esto era el fin principal de Hugh. Precaverse contra toda asechanza le permitió al final sujetar con firmeza a su enemigo, sus golpes parecía que iban a romper la columna de Luke cuando este, de súbito, cedió y, sin perder el equilibrio, lanzó a su rival hacia delante, golpeándole por debajo con su pierna derecha. Hugh cayó como un roble desarraigado encima del riachuelo con su enemigo encima.

No se había proferido una sola palabra durante la pelea. Un gruñido convulso salió del duro pecho de Hugh. Su mano buscó su cinto, pero fue en vano, su cuchillo se había perdido. Miró hacia arriba, su inquieta visión se topó con el brillo de la hoja. El arma se había deslizado de su vaina y ahora Luke la blandía ante sus ojos.

—¡Villano! —susurró Hugh mientras trataba de liberarse sin lograrlo—. ¿Por qué no me matas? —los esfuerzos del guardés por liberarse se volvieron desesperados.

—No —respondió Luke, mientras lanzaba el cuchillo al torrente—, no lo haré pese a que tú me disparaste dos veces con la intención de matarme. Pero, de todas formas, te silenciaré —dicho lo cual le propinó un golpe en la cabeza al guardés que acabó con todo intento de resistencia por su parte.

Dejó la masa inerte para que obstruyera la corriente, con cuyas aguas la sangre que fluía de la herida empezó a mezclarse. Luke se aprestó a huir. Sus peligros aún no se acababan. Guiados por la detonación, cuya noticia los puso en alarma, los subordinados del guardés se apresuraron en la dirección del sonido y aparecieron en el camino que Luke estaba a punto de tomar. Él debía volver sobre sus pasos o hacer frente a un doble enemigo. Su elección fue inmediata: les dio la espalda y huyó.

Por un rato, los hombres se detuvieron junto a su sangrante compañero, lo sacaron del arroyo y con groseras exclamaciones continuaron su persecución.

Luke trazó de nuevo sus pasos por el boscoso laberinto en busca de la fuente del riachuelo. Éste era precisamente el camino que sus enemigos querían que tomara, al ver que lo seguía sintieron la seguridad de su captura.

Las laderas de la quebrada se volvieron más y más abruptas a medida que avanzaba. Pese a que estaban menos tupidas de arbustos, el fugitivo no intentó subir por el talud, sino que continuó su avance. El sendero era tortuoso y lo interrumpía la punta sobresaliente de una roca circular. Ahora resultaba un blanco fácil... pero de golpe se desliza tras la roca y queda fuera de la vista antes de que un arma pueda ser apuntada. Los guardeses llegaron al mismo sitio, lo tenían muy cerca, pero la ruta del fugitivo se acababa: abruptas e inaccesibles rocas enclaustraban un pequeño y profundo estanque, la fuente de la que manaba el riachuelo y sus paredes formaban una, en apariencia, inabordable barrera en esa dirección. Arraigado sólo Dios sabe cómo en una fisura o grieta de la roca, crecía un serbal silvestre que extendía sus ramas sobre el solitario estanque. Éste era todo el apoyo que Luke podía encontrar si trataba de subir por el peñón. La roca era muy alta y el estanque, hondo; pero él se dispuso a actuar. Llegó al talud enlodado, subió por su ladera y pareció titubear. Los guardeses estaban ahora a unas cien yardas. Sus armas hicieron fuego. De súbito, tras una zambullida sorda, como una nutria al sumergirse, el fugitivo cayó al agua.

Los perseguidores estaban ya muy cerca. Miraron al estanque. Unas pocas burbujas flotaban sobre la superficie. El agua se enturbiaba con la arena. Ningún matiz carmesí perturbaba la corriente. Nadie permanecía en pie sobre la roca. Ninguna mano se agarraba al serbal inmóvil.

—El diablo se llevó al canalla —gruñó uno—. Espero que no haya salido de esta.

—No, no, se acabó del todo, no te preocupes —respondió el otro—, está tan quieto en el fondo del estanque como una carpa. Y el bribón bien se lo merece. Esta madrugada se nos ha escurrido entre las manos como una anguila. Pero dejémoslo ahí en el fondo y vamos a echarle una mano al pobre Hugh Badger.

Y, por tanto, volvieron para asistir al herido y maltrecho guardés.

Capítulo 4

La mansión

La mansión Rookwood era una bella e irregular mole de gran tamaño, que lucía su rica y pintoresca estampa compuesta de innumerables gabletes, caprichosos recodos y una alta cresta de chimeneas pareadas. No se podía encontrar unidad de estilo en el edificio, pero el efecto general era bonito y agradable. Sin duda, la propia irregularidad añadía encanto a la casa. Nada, excepto la comodidad, se tomó en cuenta durante su construcción. De vez en cuando se le añadieron ampliaciones, pero todo parecía encajar en el lugar propicio sin aparente deliberación y la novedad se transformaba en ornamento que realizaba la belleza del conjunto. Era, en fin, una de esas gloriosas mansiones señoriales que, a veces, de forma inesperada, nos sorprenden en nuestras andanzas y nos producen una alegría pareja a la del que halla un tesoro oculto.

Algunas de estas mansiones las topamos en nuestro condado nativo de Lancashire o en su risueña demarcación vecina, y nunca pasamos por ellas sin el regocijo, la emoción y el intenso deleite de contemplar su fresca antigüedad y el verdor de sus muchos años. Pues, dicho sea de paso, una villa de Cheshire o de Lancashire, por muy cargada de siglos que esté, con sus rincones oscuros, a veces remozados, con sus caprichosos adornos de trifolios, rosetas y otras figuras, parece soportar los años tan airosamente que su vetustez, lejos de empañar su belleza, sólo le añade un matiz de gracia. Y la misma mansión, tan nueva y perfecta como existía en los tiempos de la buena reina Bess, se puede ver admirablemente conservada en los días de la joven Victoria.

Tal Bramall, tal Moreton y muchas más que podríamos enumerar. La primera de estas casas puede, quizá, citarse como ejemplo más preclaro de las de su clase (que, en nuestra opinión, es la mejor) que se ven en Cheshire, si tenemos en cuenta el acabado de sus decoraciones externas y, en el interior, la riqueza de sus tonos, preservada con un cuidado y una pulcritud casi holandesas en la restauración y el mantenimiento de su prístina belleza por el sólido buen gusto de su propietario. Hay que mencionar como una ilustración de la vieja hospitalidad inglesa (la auténtica, por la cual fue otrora tan famosa la nobleza de este país... ¡Ah! ¿Por qué la han canjeado por otros usos mucho menos *ingleses*?) que la carretera conducía directamente al viajero a la gran sala de la mansión, llamada «de convite», donde, si lo solicitaba, le aguardaban fuertes cervezas y otros refrigerios que hacían agradable su estancia. Bien pudo el viejo King, el historiador de Cheshire, afirmar con todo el orgullo de su viejo corazón: *Conozco a muchas personas que no son sino granjeros cuyo tren de casa puede compararse con el de un señor o el de un barón en los países del otro lado del*

Canal. Sí, daría testimonio de ello si tuviera espacio para tirar su gran número. Ya no tenemos «granjeros de oro» en esta época degenerada.

La mansión la fundó *sir* Ranulph de Rookwood (o como se escribía entonces: de Rokewode), el primero de su linaje, un firme yorkista que floreció bajo el cetro de Eduardo IV^[2] y recibió del soberano, como premio por sus servicios, el bello feudo y sus extensas tierras, sobre las que edificó la casa. Se retiró a ella en el declinar de sus años, al final de las guerras de las rosas, para marginarse de los episodios de discordia y para paliar su sufrimiento espiritual con la erección y el patronazgo de la iglesia vecina, que lucía diversos estilos arquitectónicos y combinaba las peculiaridades de cada época.

La mansión todavía conservaba algunas de las robustas hechuras de sus primeros años, los periodos siguientes hicieron surgir un grácil y pacífico palacio de la aguerrida casa-fuerte típica de los reinos de los últimos enriques. La residencia de los Rookwood se había adelantado a las peculiaridades más suaves de tiempos posteriores, pese a que no podía enorgullecerse de la exuberancia de sus ornamentos externos, ni del refinamiento de diseño ni de la pródiga belleza que, bajo la férula de la Reina Virgen, distinguían la residencia de un próspero terrateniente inglés y hacía de las mansiones isabelinas —que es como deben de llamarse en propiedad— el orgullo y la gloria de nuestra arquitectura doméstica.

El lugar escogido por *sir* Ranulph para su morada estuvo ocupado antes por una gran estructura de roble que él, en parte, derribó, pese a que todavía pueden adivinarse algunos vestigios de la antigua fábrica. Una ingente mole la sustituyó con torre, puerta, patio de armas y foso circundante, pero también esta maciza construcción cayó en desuso y los sucesores de *sir* Ranulph remodelaron, repararon y casi reedificaron por completo la mansión. Al final, tan metamorfoseado estaba su aspecto que poco restaba de su aspecto original. Aún era un bello y viejo palacio, como ya dijimos, pero también hubo cambios a peor, que difícilmente escaparán a un ojo experto, como, por ejemplo, las grandes cristaleras paneladas que se encogieron en modernas ventanas de bisagra de construcción más ligera; o el amplio porche, cuyas gráciles escaleras conducían en derechura a la sala de entrada, que se convirtió en una estrecha puerta; o el amplio patio cuadrangular, sustituido por una avenida de grava. Pese a estos cambios, la casa de Rookwood no era desdeñable pese a ser tan vieja ni tan impropia morada para un caballero terrateniente «que dispone de holgada hacienda».

El palacio estaba situado cerca de la base de una colina que descendía suavemente para desembocar en una avenida de tilos, y estaba rodeado en parte por un bosque inmemorial de árboles de la misma especie, el cual daba su nombre a la familia que moraba bajo sus umbrías frecuentadas por los grajos. Al descender por la avenida, en la entrada que da acceso a la hacienda, se avanza por una carretera que rodea la colina y lleva hacia el pueblo, que queda a una media milla. Entonces, la vista se fija, primero, en una singular torre albarrana ochavada, de ladrillo, de construcción más

reciente que el palacio y que ocupa con toda probabilidad el lugar donde antaño se alzó la puerta señorial. Esta torre se alza a una altura igual a la del tejado de la mansión y fue embellecida por el ala que da directamente al palacio con un cuadrante dorado. Desde su eminencia se puede divisar, como si fuéramos unos curiosos impertinentes, todo lo que pasa en el interior de Rookwood House. Los dos apartamentos que contiene sirven de domicilio al portero. Despojada de sus arreos militares, la puerta de entrada todavía luce la piedra armera de la familia, cubierta de musgo verde y líquenes, con la rama fatídica y el grajo, tallada en granito, que había resistido los embates de los siglos. A la izquierda, invadido por la hiedra y solo entre una masa de árboles, aparece el remate de un vetusto palomar, que indica la vecindad de un antiguo granero, contemporáneo de la primera mansión, y de un pequeño universo de dependencias y anejos enterrados bajo el espesor de la hojarasca. A la derecha se encontraba el jardín —la delicia del lugar—: preciso, formalista, anticuado, artificial y exquisito.

¡Eso *fue* un jardín! Allí debieron verse las espléndidas terrazas que pintaron Watteau y nuestro Wilson, en su primera época. Los senderos exhibían todos los triunfos del arte topiario: los más alegres parterres y los más verdes Céspedes, con su reloj de sol admonitorio, su estanque de mármol y, en su centro, la fuente con un tritón entre conchas; el elegante cenador, rematado por una dorada veleta; la estatua que se refleja, cubierta de hojas, en la fría cascada; las urnas, los emparrados y copia de adornos sugeridos y dispuestos por el Arte para volver más agradable la Naturaleza y para realzar, con el mínimo sacrificio de la comodidad y la utilidad del interior, los placeres recreativos del hogar exterior que todo jardín debe ser.

Todas estas delicias se gozaron en otro tiempo, pero en la época sobre la que escribimos el bello jardín era, en gran parte, un baldío. Descuidado y mal mantenido, los alegres parterres se desfiguraron con la cizaña y la hierba creció en el paseo de grava. Algunas urnas yacían en el suelo y el reloj daba muda la hora. La fuente se estancó y sólo el césped, cuidado con esmero, se salvó del abandono general para servir de campo al juego de bolos, como testimoniaban abundantemente los útiles de tal deporte esparcidos por doquier. Si se toma el otro camino del jardín a la casa, como hemos indicado antes, veremos cómo las hechuras más antiguas y con más carácter del sitio fueron destruidas en su mayor parte, y no por la mano del tiempo, sino por el gusto mudable de los sucesivos propietarios. Esto, sin embargo, no se observaba en el ala este, que daba al jardín. Aquí se podían adivinar muchas señales de su antigüedad: la solidez y empuje de los muros que fueron, como en el resto de la casa, revestidos de ladrillo, los arcos Tudor rebajados, las ventanas divididas por parteluces... todo atestiguaba su edad.

Esta ala la ocupaban las galerías superior e inferior, que se unían con una serie de salas abandonadas en su mayor parte, excepto una o dos que eran utilizadas como dormitorios. Otra pequeña habitación, en el piso bajo, desde cuyo mirador se dominaba la perspectiva que daba a la pradera, era el lugar favorito de *sir* Piers. El

interior resultaba singular por su artesonado de casetones con profundas molduras de yeso, donde lucían las armas y las alianzas de los Rookwood. En el centro se hallaba el blasón real de Isabel, quien honró en una ocasión la casa con una visita durante un viaje y cuya cifra *E. R.* marcaba la inmensa plancha de rejería de la chimenea.

Retornemos por un momento al jardín, sobre el que revolotearemos como las abejas alrededor de una flor: bajo la pradera se encuentra otra terraza, limitada por un balaustre bajo de piedra que domina una encantadora vista del parque, de sus aguas y de sus bosques. Altas florestas se balanceaban en lontananza y una gran extensión de campiña llana se ensanchaba hasta confundir sus límites con una línea de azules y borrosas colinas que marcaban el lejano horizonte.

Capítulo 5

Sir Reginald Rookwood

Pasar del edificio a sus moradores es inevitable. Además de la unión entre ellos, hay muchos elementos de semejanza, muchos rasgos familiares en común, como la misma grandeza melancólica, el mismo carácter de romance. Comparten hasta el trazado de sus pasadizos secretos. Pero una mácula deslucía el antaño orgulloso escudo de los Rookwood, disminuía su esplendor y humillaba sus pretensiones: su sol se había puesto en un crepúsculo de sangre y parecía haber marcado el destino de la estirpe. De toda ella se predicaba un odioso reproche, nadie había escapado de él. La habladuría pasaba de padres a hijos en el condado y, al igual que otras leyendas, tomó alas y voló a lejanas tierras. Sus crímenes se habían convertido en un lugar común. ¿Cómo pudieron evadir siempre la mano de la justicia?, ¿cómo se escamotearon al castigo? Siempre faltaban pruebas, la justicia era burlada de manera inexorable. Los Rookwood eran gente de una pieza, dura, de indomable orgullo y resolución, con una fuerza de carácter, en la mayor parte de ellos, que les permitía hacer frente a avatares y peligros que habrían aniquilado a personas normales. Ninguna cualidad es tan beneficiosa a su poseedor como la firmeza, y la de los Rookwood era tan resuelta y enérgica que les mantenía incólumes en medio de un océano de problemas. Además, eran ricos, desprendidos hasta la prodigalidad, y el oro, si es repartido con destreza, resulta de gran provecho. Pese a todo, una negra nube se cernía sobre su casa y la gente especulaba acerca del momento en que cayera sobre ella la venganza del Cielo, tanto tiempo demorada, y la consumiera.

Poseedora de una gran extensión de hacienda campestre, que en otro tiempo se extendía sobre casi la mitad de la comarca occidental de Yorkshire, la familia incrementó su poder e importancia durante una serie ininterrumpida de años hasta la eclosión de los disturbios que acabaron en la guerra civil, cuando la defensa con sus bienes y su espada de la causa realista por *sir* Ralph Rookwood, entonces amo de la mansión —un personaje perverso y disoluto que, pese a todo, fue cruzado caballero de la Orden del Baño en la coronación de Carlos I^[3]—, terminó con su propia perdición en Naseby^[4] y la ruina de buena parte de sus posesiones, unas pérdidas que la gratitud de Carlos II, tras su restauración, no tardó en reparar en la persona del joven heredero de *sir* Ralph, Reginald.

Sir Ranulph dejó dos hijos: Reginald y Alan. El destino del segundo permanece en la oscuridad, es un misterio incluso para su familia. Era, según se cuenta, un joven muy prometedor y gentil que, al realizar un matrimonio infeliz, sea por celos o por otros motivos, abandonó a su mujer y huyó del país. Se atribuyen varias razones a este proceder; entre otras, se afirmaba que los celos de los que era objeto Reginald, su

hermano mayor, por parte de Alan y el descubrimiento de la infidelidad de su mujer con aquél provocaron su súbita desaparición con la pequeña hija que ambos tenían. Algunos dicen que murió en el extranjero; otros, que apareció por un breve lapso de tiempo en la mansión. Pero todos coinciden en darlo por muerto. De su hija, nada se sabe. Su inconstante esposa, tras padecer durante varios años las agonías del remordimiento, abandonó a *sir* Reginald y, despreciada por sus parientes, puso fin a sus días con veneno. Esto es todo lo que se puede saber de la historia y tribulaciones de Alan Rookwood.

El joven *sir* Reginald había servido al rey Carlos como paje durante su exilio. Ya que éste no pudo compensar la devoción del hijo con la restauración de la decaída fortuna del padre, el monarca pudo, al menos, concederle la gracia de su padrino, su favor y su apoyo, y le concedió lucrativos empleos en la real casa como prueba de su alta estima. Y fue bastante. Famoso por su encanto personal durante su juventud, no hay que maravillarse porque el nombre de Reginald Rookwood aparezca en la crónica escandalosa de la época como perteneciente a un caballero de infinita finura y discreción, de ingenio sin igual y una amabilidad extraordinaria, además de eminente entre sus pares, debido a los éxitos con algunas de las bellezas más célebres que servían de ornato en aquella corte voluptuosa y galante.

Una carrera de elegante disipación suele acabar en connubio. Su primera unión fue poco propicia. Chasqueado en sus asaltos a la virtud de una dama de gran belleza, fue lo suficientemente atolondrado como para solicitar su mano. Atolondrado, decimos, porque desde aquella hora fatídica todo se sumió en la oscuridad. Cayó el telón sobre la comedia de su vida para alzarse el de los horrores de la tragedia. Cuando la pasión se disipa, se despierta el arrepentimiento y, con él, el ansia por liberarse de los grilletes que él había cerrado tan precipitadamente sobre sí y sobre la infortunada dama.

La infeliz esposa de *sir* Reginald era una bondadosa y frágil criatura que flotaba sobre la procelosa corriente de la existencia abocada a la destrucción, al igual que el cierzo arrebató y destruye la tela de araña veraniega. Tan hermosa y gentil era que

*jamás concebirá la oscura tristeza
pena más triste que la propia belleza.*

Habría resultado difícil decir cuál de sus encantos, la gentileza o la dulzura, sería el más admirable del conjunto de sus altas prendas personales. Pero cuando un matiz melancólico atristaba y ensombrecía aquel rostro antes suave y sonriente, cuando las lágrimas ahondaban la belleza de aquellos ojos azules y tiernos, cuando cálidos y héticos rubores tomaban el lugar del saludable colorete y la desesperanza se apropiaba de su corazón, entonces se veía *cuál* era el encanto de *lady* Rookwood, si así se puede llamar, triste de contemplar y capaz de derretir el alma del espectador con su irradiación. Si antes ya era exquisita, la ahora triste y dulce señora resultaba

aún más cautivadora.

Siete lunas crecieron y menguaron —amargas y llorosas—, y cada día la situación de *lady* Rookwood exigía una mayor diligencia y cuidado por parte de su señor. En aquel tiempo, el hermano de ella acababa de regresar de la guerra contra los holandeses. Impresionado por el ademán alterado de su hermana, pronto adivinó la causa. En realidad, todas las bocas la proclamaban. Apasionadamente ligado a su hermana, Lionel Vavasour le imploró una razón de la causa de sus cuitas. La atribulada dama respondió con evasivas y su hermano atribuyó su lamentable aspecto sólo a la crueldad de su marido. Ella le exigió a Lionel que, si valoraba en algo la tranquilidad de su hermana, no hiciera la menor alusión al asunto. El orgulloso joven se marchó. Luego, se dirigió a su cuñado y le echó en cara su inhumanidad y añadió amenazas a los reproches. *Sir* Reginald escuchó en silencio y con tranquilidad. Cuando el otro hubo acabado, le replicó tras dibujar una sarcástica reverencia:

—Señor, le estoy muy agradecido por las molestias que se ha tomado en cuanto a su hermana, pero, cuando se confió a mi potestad marital, ella renunció, según creo, a toda pretensión sobre *su* tutela. Sin embargo, le agradezco su preocupación pero, por su propio bien, me atrevo a advertirle sobre las consecuencias de repetir una intromisión como la presente.

—Y yo, señor, os advierto: haced caso a mis palabras o, por el Cielo que nos cubre, os obligaré a prestarme atención.

—Vos me encontraréis, señor, presto en todo momento para defender mi conducta, inalterable como soy en mis propósitos. ¿Qué más puede desear? Si ella es una ramera os la devolveré de buen grado. Sois un necio virtuoso. Inventad cualquier historia y lleváosla de aquí... Así me libraréis de ella y quedaré contento.

—Rookwood, sois un villano —y Vavasour escupió sobre la mejilla de su cuñado. Los ojos de *sir* Reginald llamearon. La espada salió de su vaina.

—¡Defendedos! —exclamó mientras atacaba con furia a Vavasour. Se intercambiaron estocadas, se pararon ataques fieros y se acudió a las fintas y las guardias más diestras y desesperadas. Sus espadas brillaban como relámpagos. En medio de la lucha, las hojas se trabaron, cada uno miró a su adversario con odio mortal, inextinguible. Ambos eran grandes maestros en el arte de la esgrima. Ambos rebosaban tanta ira que ignoraban las consecuencias de sus actos. Separaron sus armas. La hoja de Vavasour se quebró, quedaba a merced de su adversario, que desconocía la piedad. *Sir* Reginald atravesó con su arma el cuerpo del cuñado hasta que la cazoleta se topó con sus costillas.

Tras cometer esta acción, se apaciguó la ira de *sir* Reginald, aunque no se extinguió. Como el tigre, había probado la sangre. Y, como el tigre, su sed se excitó. Se dirigió a sus aposentos, donde salió a recibirlo su mujer. Asustada por su aspecto, ella acumuló el suficiente valor como para acercarse a él. Lo abrazó y apretó su mano. *Sir* Reginald sonrió con un rictus tan cortante como una daga.

—¿Qué te aflige, cariño? —dijo él.

—No lo sé, tu sonrisa me da miedo.

—Mi sonrisa te atemoriza... ¡Tonta! Estate agradecida de que no frunza el ceño.

—¡Oh! ¡No te enojés! Se gentil, Reginald mío, como lo fuiste la primera vez que te conocí. No sonrías tan fríamente, sino como lo hacías cuando yo soñé, aunque fuera por un instante, que me amabas.

—¡Niña tonta! *Sonríó*, pues.

—Esa sonrisa me da escalofríos, me hiela. ¡Oh, Reginald! Si supieras lo que he tenido que soportar esta mañana por tu causa: mi hermano Lionel ha estado aquí.

—¿De veras?

—No me mires así. Insistió en saber la razón por la que parecía tan perturbada.

—Y, sin duda, tú le pusiste al corriente de las causas, le contaste *tu* versión de la historia.

—Ni una palabra, ¡lo juro por mi vida!

—¡Mentira!

—Por mi fe que no...

—Una mentira, él me lo confesó todo.

—Imposible, él no puede, no debe desobedecerme.

Sir Reginald se rió con amargura.

—Él no debería, estoy segura, dar publicidad a ningún escándalo —continuó *lady Rookwood*—. Dices eso para probarme, ¿verdad?... ¡Ah! ¿Qué es esto? Tu mano tiene sangre. ¿No le habrás hecho daño?, ¿está bien?, ¿de quién es esta sangre?

—Tu hermano me escupió en la mejilla y he lavado la mancha —replicó con frialdad *sir Reginald*.

—Luego, es *suya* —gritó *lady Rookwood* mientras agitaba las manos de él ante sus ojos—... Está muerto... ¿Muerto?

Sir Reginald le dio la espalda.

—¡Quieto! —gritó ella, pálida y cenicienta, mientras ejercía sus febles fuerzas para tratar de retenerlo—. Ódiame pero escúchame: me has matado con tus malos tratos, he aguantado pero no me ha servido de nada. Me estoy derrumbando, muriendo. Yo, que en otro tiempo tan sólo te amaba a ti... junto con mi hermano. Y tú lo has asesinado, tus manos gotean con su sangre, las mismas que yo apreté y besé. ¡Desde ahora —proclamó con una fuerza que conmovió a *sir Reginald*— te odio, te aborrezco, renuncio a ti para siempre! Ojalá mis últimas palabras resuenen en tus oídos en tu lecho de muerte, porque tal momento *llegará*. No podrás evitarlo. Entonces, ¡acuérdate de él!, ¡acuérdate de mí!

—¡Largo! —dijo *sir Reginald*, que trataba de quitársela de encima.

—¡No me iré! Me agarraré a ti para maldecirte. Mi hijo no nacido vivirá para abominarte, para corresponder a nuestros errores... Débil como soy, no te librarás de mí, aprenderás incluso a temerme.

—No temo a ningún ser viviente, y menos a una mujer enloquecida.

—Teme a los muertos entonces.

—¡Sea!

Lucharon, sonó un golpe y la débil dama cayó sobre el suelo y empezó a gritar. Fue víctima de convulsiones que pronto se transformaron en rápidos y agudos dolores de parto. No profirió ninguna otra palabra y murió al cabo de una hora, tras dar a luz a una niña.

Eleanor Rookwood se convirtió en el ídolo de su padre, también en su cruz. Todo el amor del que era capaz se concentraba en ella, que no le correspondía y rechazaba sus caricias. Junto a toda la belleza de su madre, heredó el orgullo de su padre. Cada uno de los pensamientos de *sir* Reginald era para su hija, para su realce, pero en vano. Ella se limitaba a soportarlo. *Sir* Reginald le dedicaba a ella todo su cariño, cada vez más intenso, pero Eleanor empalidecía con sus abrazos de la misma forma que lo hace el arbusto entre la dura sujeción de las enredaderas parásitas. Ella crecía en femineidad y los pretendientes más nobles y encantadores la rondaban. *Sir* Reginald los contemplaba con una mirada celosa. Gozaba del favor real, era rico y poderoso y estaba en condiciones de realizar su propia elección. Una vez tomada ésta, Eleanor prometió obedecer a sus deseos y se fijó una fecha para el enlace. El día llegó, pero con él no apareció la novia. Se había fugado con el más humilde y miserable de los pretendientes, con uno en el que *sir* Reginald supuso que no se dignaría en fijar la mirada. Él trató de olvidarla y, para un observador externo, parecía haberlo logrado, pero él sentía el peso de la maldición sobre sí, una llama inextinguible abrasaba su corazón. Por una sola vez se encontraron en Francia, por donde ella erraba. Fue una cita terrible para los dos, sobre todo para el padre, que no volvió a hablar nunca más de ella.

Poco después de la muerte de su esposa, *sir* Reginald se declaró a una viuda distinguida, que había recibido una pingüe herencia de uno de sus enlaces anteriores. La dama lo aceptó sin ningún escrúpulo. Se puede afirmar que el poder de la familia estaba por entonces en su cenit; *sir* Reginald hubiese podido elevarse a la alta nobleza de no ser por algunas circunstancias imprevistas y por la creciente influencia de sus enemigos en la corte. Como muchos pródigos reformados, se había tornado avaricioso en igual proporción que antaño fuera derrochador, su mente parecía dominada por el deseo de acumular riqueza. Mientras, su nueva mujer siguió el camino de su predecesora y murió, según se dice, por las vejaciones y los disgustos.

La propensión al matrimonio fue una característica eterna de los Rookwood, de la que *sir* Reginald participaba ampliamente. Otra dama sustituyó a la anterior: igualmente rica, más joven y mucho más hermosa que su inmediata antecesora, pero resultó una incorregible coqueta y pronto se colocó en abierta rebeldía frente a su esposo. Este la repudió y con ello acabó la menguante popularidad de *sir* Reginald. Tan fuerte era el sentimiento de aversión hacia él que creyó prudente retirarse a su mansión campestre y recluirse allí de manera definitiva. Una rareza en el egoísmo absoluto de *sir* Reginald fue su devoción incondicional por la casa de Estuardo; poco después de la deposición de Jacobo II, siguió al monarca hasta Saint Germain^[5], tras

haberse implicado en una serie de intrigas políticas. Sólo regresó desde la corte en el exilio para que sus huesos yacieran con los de sus ancestros en la cripta familiar de Rookwood.

Capítulo 6

Sir Piers Rookwood

Sir Reginald murió y dejó tres hijos: una hembra, la ya mencionada Eleonor (que, repudiada por la familia, había sido olvidada por todos menos por su padre) y dos hijos de su tercera mujer: Reginald, el primogénito, cuya afición por lo militar le había procurado en edad muy temprana el mando de un escuadrón de caballería y cuyas opiniones políticas no eran compatibles con las de su padre, cayó en Killicranckie^[6] bajo los estandartes de Guillermo, en vida aún de su progenitor. Entonces, Piers, el segundo hijo, heredó el título.

Su temperamento, en muchos aspectos, difería por completo del de su padre y del de su hermano. Sentía un menosprecio absoluto por la corte y los palaciegos, por la lucha entre facciones, la intriga política y por todas las sutilezas de la diplomacia jesuítica. Tampoco se entusiasmaba con los vivacs y la rutina castrense. *Sir* Piers Rookwood demostró desde muy mozo su afición a una de las inclinaciones hereditarias de su familia: la devoción irrefrenable por el bello sexo. Entre sus amantes estuvo la infortunada Susan Bradley, con la cual se supone que estableció una alianza clandestina. Durante su primera juventud, como ya se ha indicado, *sir* Piers profesó la fe en la Iglesia de Roma pero, poco después de la muerte de su bella amada (o esposa, como bien pudiera ser), se enemistó con el confesor de su padre, Checkley, y abjuró públicamente de sus errores. Luego, *sir* Piers se unió a Maud, hija única de *sir* Thomas d'Aubeny, el último de un linaje tan altanero y soberbio como el suyo. Entonces cambiaron las tornas: *lady* Rookwood usurpó el cetro soberano de su señor y *sir* Piers, un cero a la izquierda en su propia casa, apenas dueño de sí mismo y mucho menos de su mujer, soportó una existencia tan miserable que a menudo se le oía, cuando estaba achispado, que él no heredó junto al patrimonio de sus antepasados el secreto familiar para sacudirse el yugo marital cuando este aprieta con exceso.

Al principio, *sir* Piers trató de romper sus ataduras, pero en vano. Le habían aprehendido con fuerza y sólo consiguió, como una alondra enjaulada, golpearse con los barrotes de su prisión. Tras abandonar todo intento ulterior de autoemancipación, se entregó al recurso habitual en una mente débil: el libertinaje. Bebía en cantidad suficiente como para ahogar todas sus cuitas, por lo que, al final, su fuerte constitución hubo de ceder ante los excesos. Se dijo, incluso, que el abandono de la fe de sus padres tenía algo que ver con su proceder y que su viejo y pecaminoso consejero espiritual, de ser el rumor cierto, le visitaba clandestinamente en su palacio. Se podía observar que *sir* Piers se estremecía cada vez que se mencionaba su nombre.

En el fondo, *sir* Piers Rookwood era un hombre de buen carácter, guardaba poco

de la atávica savia familiar y era apreciado por sus conocidos. Al final, sin embargo, su carácter se acibaró y sus amigos lo abandonaron. Entre sus disgustos domésticos, sus sentimientos de culpa y los estragos que efectuaba en su cuerpo la permanente embriaguez, se volvió tan violento y alocado en sus jaranas, cometió tan terribles calaveradas, que hasta sus compañeros de juerga dejaron de frecuentar sus orgías. Las escenas entre él y *lady* Rookwood eran horribles en tales ocasiones, enojosas para los testigos y nocivas para sus protagonistas. Y fue la frecuencia de estas riñas, más que cualquier otro motivo, lo que alejó a toda sociedad respetable de aparecer por la mansión.

En el momento de la muerte de *sir* Piers, que nos remite al inicio de esta narración, su hijo y sucesor Ranulph estaba ausente en uno de sus viajes. Poco después de haber completado sus estudios académicos, marchó a realizar el *tour* por el Continente y su ausencia duraba más de un año. Abandonó a su padre enfadado y su destino quiso que no lo volviera a ver con vida. La última noticia que se recibió del joven llegó desde Burdeos, desde donde se pensaba que se había encaminado hacia los Pirineos. Se envió un propio para ponerle al tanto de la triste noticia, pero era improbable que el hijo de *lady* Rookwood regresara en un tiempo razonable, por lo que ella dio las directrices para el cumplimiento de los ritos funerarios de su marido en la sexta noche tras su óbito (también era un uso de los Rookwood enterrar al muerto después de medianoche). Se encargó la gestión de las solemnidades al buen hacer de uno de los corifeos de *sir* Piers, el doctor Titus Tyrconnell, lo que dio motivo de escándalo a la gente del lugar.

Ranulph Rookwood era un joven de buenas prendas, el tronco del que surgía no resultaba, por ninguno de sus lados, garantía para semejante afirmación, pero a veces sucede que de los más tenebrosos elementos se componen las más brillantes y sutiles sustancias, como así ocurría en este caso. Hermoso, franco y libre, generoso, abierto y nada suspicaz, parecía el extremo contrario de todos los de su raza, su principio antagónico. Caprichoso e indulgente, su padre le dotó con generosidad, sin restringir ni moderar sus gastos, dispuesto siempre a satisfacer cada una de sus inclinaciones y sin resolución bastante para ponerles freno. Por lo tanto, resultaba imposible para él, en tal estado de cosas, actuar decididamente sin disgustar gravemente a su padre. La única acción que realizó, marcharse durante un tiempo, llevó precisamente al resultado que trataba de evitar. Sin embargo, otras razones le influyeron secretamente, de las cuales nos encargaremos a su debido tiempo.

Capítulo 7

El regreso

El momento de la triste ceremonia se acercaba, los criados se afanaban sin descanso para disponer los múltiples arreglos de la noche fúnebre; la distribución de las ropas de luto y las discusiones sobre el refrigerio tras las exequias proporcionaban bastante tarea de puertas para adentro. Fuera había un gran trajín de campesinos, reunidos en la avenida y mezclados con algún jinete que veía interrumpido su trayecto por lentos y grandes carruajes que transportaban a amigos del difunto, algunos que anhelaban de verdad rendir un último tributo de respeto, pero los más atraídos por el espectáculo de un funeral a la luz de las antorchas. Para otros, en cambio, no se trataba de un homenaje voluntario, sino que se hallaban compelidos a realizarlo por la posesión vasallática de sus tierras, propiedad de la casa de Rookwood, lo que les obligaba a prestar su hombro para el ataúd y su mano para la antorcha en las honras fúnebres de su señor. De estos se componía una plétora de reclutas reunidos en el palacio; los comandaba Peter Bradley, a quien se suponía buen conocedor de los rituales ya que estuvo presente en dos solemnidades de este tipo. Aquel misterioso personaje, sin embargo, no había aparecido para gran consternación de la concurrencia. Se enviaron mensajeros en su busca, pero retornaron con la noticia de que la puerta de su habitación estaba cerrada y su ocupante parecía haberse ausentado. No se pudo saber más del enterrador absentista.

Era una calurosa tarde de agosto, no soplaban ninguna brisa en el jardín, ningún rocío refrescaba la tierra recalentada y seca. Todavía exhalaban sus dulces aromas las flores agostadas. El sonido de la fuente alegraba el oído y traía con su son un poco de alivio del aire sofocante. Al tiempo, profundos y húmedos murmullos sonaban sordamente entre la arboleda y tornaban el crepúsculo musical y ensoñador. El sol poniente, que abrasó la atmósfera a lo largo del día, se hundía ahora de manera brusca y, a medida que se sumergió tras el palacio, su variada y pintoresca tracería se volvió a cada instante más profunda para dibujar un marcado contraste con el cielo carmesí.

En ese instante, una puertecita que comunicaba con el coto de caza se abrió bruscamente y un joven entró en el jardín; se abrió paso a través de los arbustos y avanzó con celeridad hasta que alcanzó el lugar cuya vista dominaba la casa. El sitio en el que el desconocido se detuvo se distinguía por una pequeña fuente, apenas provista del agua que surgía de las regias fauces de un león. Su traje estaba polvoriento y gastado por el viaje, su aspecto presentaba señales de un gran cansancio, de acaloramiento y de fatiga. Se sentó sobre un banco próximo y se despojó de su sombrero de viaje, desató el cuello de su casaca y mostró una cabeza bien dibujada, una traza que, además de su belleza, tenía esa rara nobleza de rasgos

que sólo se encuentra en algunos aristócratas, pero que jamás se ve en alguien de extracción inferior. Una inquietud que se exteriorizaba en su porte denotaba que estaba muy excitado de espíritu, en parte por el ejercicio corporal. Sus bucles negros caían sobre la frente amplia y pálida, que desconocidas angustias marcaron prematuramente. Sus ojos melancólicos se cernían con un mirar casi agónico sobre la casa que tenía ante sí.

Después de un corto intervalo, como si contuviera violentas emociones y recuerdos estremecedores, el joven se alzó y sumergió su mano en la fuente y aplicó el húmedo elemento sobre su ceño acalorado. Más tranquilo en apariencia, dirigió sus pasos hacia la mansión cuando dos figuras que surgieron de súbito del bosquecillo contiguo frenaron su avance. Ninguno lo vio. Tras susurrar un adiós, una de las figuras desapareció entre los arbustos y la otra, que se vio frente al desconocido, ostentaba las facciones duras y demacradas de Peter Bradley. Si éste se hubiese topado con la envoltura corpórea del muerto *sir* Piers, no se sorprendería más de lo que estuvo por unos instantes al cruzarse en el camino del desconocido.

Capítulo 8

Un aventurero irlandés

Una o dos horas antes del incidente que acabamos de narrar, en una pequeña y acogedora dependencia del palacio, oficialmente dedicada a los asuntos de la jurisdicción por su último dueño pero, en realidad, utilizada como *sancta sanctorum*, reservado y sala de fumar, un trío pintoresco y abrumado se había reunido con el propósito ulterior de acudir a las exequias de su fallecido patrón y amigo, pero la discusión acerca de los méritos de un mágnam de excelente clarete, cuyo buqué perfumaba el aire con la misma intensidad que un macizo de violetas, les tenía momentáneamente distraídos.

Esa habitacioncita fue el lugar de retiro favorito del pobre *sir* Piers. De hecho, era la única habitación de la casa que podía considerar suya, y allí pasaba el rato con su pipa y su ponche, seguro de que nadie perturbaría sus horas muertas. Acogedor y anticuado, el apartamento contenía un entablado con madera de roble negro, con un viejo y hermoso gabinete del mismo material y una hilera o dos de estanterías carcomidas y cargadas de polvorientos, absurdos e inanes compendios legislativos nunca consultados, así como una colección de los más venerables teólogos cuyas páginas tampoco fueron nunca visitadas. El único libro que leyera *sir* Piers era la *Anatomía de la Melancolía* y se interesó por Burton únicamente por el estilo airoso y ameno del viejo y culto hipocondríaco que, según la temporada, se avenía tan bien con su carácter como un viejo guante a la mano que alberga.

Cuatro retratos adornaban las paredes: los de *sir* Reginald Rookwood y sus consortes. Las damas estaban ataviadas con los ropajes flotantes de la época de Carlos II; sus radiantes y níveos escotes los deslucía en parte la sobreexposición a la luz y el tinte bermejo de sus mejillas sufría por las humaredas ennegrecedoras del mucho tabaco allí fumado durante largos años. Había una pastora de fino cayado cuyos labios frutales e incitantes, listos para fundirse en ardientes besos, y cuyo aire de voluptuoso abandono no concordaban bien con la sencillez de su atavío. Fue retratada al cuidado de un lindo rebaño de ovejas que prendían de su cuello lazos azules y se acompañaban de uno de esos inapreciables perritos cuyas orejas y piel sedosa lo delatan como muy domesticado pero cuyos lánguidos e indiferentes ojos demuestran lo inadecuado de su carácter para la tarea que el pintor le impone. Lo mismo que los bucólicos adornos de su ama poco tienen que ver con sus lascivos encantos. Ella era la madre de *sir* Piers, la tercera esposa de su padre, una bella mujer que respondía a la noción de lo que era una coqueta de aquella época. Próxima a ella se encontraba una dama soberbia, con el cuello y los brazos de una Juno y un escote espléndido (que era entonces, como ahora la pantorrilla, el supremo encanto; si esta

modificación del gusto es para mejor lo dejamos a la consideración de los amantes de la belleza): era la viuda. Finalmente quedaba la encantadora y desgraciada Eleanor; cada una de las gentiles prendas de esta infortunada dama fue trasladada al lienzo con belleza imperecedera por la mano de Lely^[7] y emanaba del cuadro un encanto casi tan subyugante como el que debió ejercer su exquisito original. Sobre la alta repisa de madera tallada colgaba el retrato de *sir* Reginald. Se pintó en su primera juventud: las facciones muy hermosas, altivas, con una arrogancia que no disimulaba la pose cortesana. Los ojos, bellos, muy negros y penetrantes, como los de César Borgia en el maravilloso retrato del duque fratricida que cuelga en el Palacio Borghese de Roma. Los dos fascinan al espectador con sus miradas, que le amenazan y le siguen adondequiera que vaya y penetran dentro de su alma, como hicieron los de *sir* Reginald durante toda su existencia. Era también obra de Lely y poseía toda la fidelidad y el sofisticado refinamiento del gran maestro. Tampoco resultaba la postura altiva de *sir* Reginald indigna del pintor patricio.

Ningún retrato de *sir* Piers se uniría al suyo. En su lugar, pendientes de un par de cuernos de gamo, colgaban la sucia casaca roja (la misma con la que cabalgó en la cacería frustrada que narró Peter Bradley), su sombrero de terciopelo, su látigo de piel de venado y los restos de su equipo de montería. Estos avíos eran contemplados con melancólico interés y sincera emoción por la concurrencia, ya que forzosamente les avivaba la memoria del difunto, pues usaba tanto esos arreos que parecían una parte de él.

La asamblea la componían el vicario de Rookwood, doctor Polyphemus Polycarp Small, el doctor Titus Tyrconnell, emigrante de la isla hermana, profesor de medicina empírica, cuyos hábitos de comportamiento, primero, le abrieron las puertas del palacio y, luego, lo retuvieron en él, y el señor Cecil Coates, juez de paz, abogado, administrador legal y oficial de justicia. Quizá nos equivoquemos al afirmar que Tyrconnell estaba *retenido*; era un individuo impúdico y entrometido al que, una vez puesto el pie en la casa, resultó imposible desalojar. No se ofendía por ningún insulto, nunca se daba por ofendido y profesaba en presencia de *lady* Rookwood, que le detestaba, el más profundo respeto. En definitiva, haría cualquier cosa menos marcharse.

Sir Piers era una de esas personas que no pueden cenar solas. Detestaba una colación solitaria tanto como un *tête à tête* con su *lady*. Podría ser confundido con un redivivo Anfitrión si alguien se atreviese a ejercer de Júpiter. Siempre dispuesto a ofrecer una cena, se encontró con que surgía el inconveniente de que no había a quién invitar, lo que no deja de ser algo raro. Servía el mejor vino, mantenía una mesa excelente y no era tacaño, pero sus méritos y los de su *cuisine* los contrarrestaba su irreprimible *pendant* durante los convivios. Hasta el mejor vino pierde su aroma cuando la última botella acaba en la cabeza del invitado. Como *sir* Piers no quería comer solo y como sus viejos amigos le habían abandonado, aquel descendió por la escala social en busca de compañía, con lo que arremolinó en torno a su mesa a cierta

clase de personas que uno no espera encontrar en una mansión semejante. Una patulea a la que el dueño de la casa habría aceptado por comensales si hubiese tenido la oportunidad de elegir. Él soportaba este estado de cosas sin mostrar exteriormente su descontento: «Cualquier cosa por una vida cómoda», decía siempre. Al igual que la mayor parte de las personas que siguen esta máxima, él padecía la más incómoda de las existencias imaginables. Si se aguanta sin queja, para suscitar conmiseración... Esto es axioma para los agraviados por el bello sexo. *Sir Piers* aguantó, pero se rezongaba permanentemente y era considerado por todos como un pelmazo. Ya se sabe que los problemas domésticos, si es el marido el demandante, son los más intolerables.

No es raro que sus amigos lo evitasen. Aún quedaba Titus Tyrconnell: sus ojos y sus oídos siempre estaban dispuestos para el ponche y el subsiguiente *pathos*, Titus permanecía siempre en su lugar. Justo después de la muerte de su marido, fue el propósito de *lady Rookwood* limpiar la casa de todos los parásitos, así los llamaba, que durante tanto tiempo la habían infestado, lo que forzosamente implicaba expulsar a Titus y a uno o dos intrusos de la misma calaña. Pero, a causa de determinados indicios proporcionados por el señor Coates, quien insistió en la obligación absoluta de cumplir con las mandas testamentarias de *sir Piers* que concernían a este asunto, ella decidió diferir sus planes hasta que la ceremonia del entierro hubiese acabado y, mientras tanto, aunque suene raro decirlo, recayó sobre Titus Tyrconnell el organizar las honras fúnebres. Éste, siempre dispuesto a encontrar un buen acomodo, aceptó de buen grado el encargo y realizó admirablemente bien su tarea, especialmente en el campo de la bebida y de la comida, «lo verdaderamente esencial». Mantuvo la casa, el comedor y la bodega abiertos y decidió que las exequias de su patrono deberían emular, en la medida de lo posible, un funeral irlandés a gran escala, «uno de los espectáculos más impresionantes del universo», según su autorizada opinión.

Infatuado con la importancia de su cargo e inflamado por el calor, Titus se sentaba como un robusto concejal tocado con su peluca después de una fiesta cívica. La rubicundez natural de su catadura se oscurecía en tintes púrpura, como el de una peonía en plena floración, mientras que su cómica dignidad aumentaba con un brillante sobretodo de ante que adornaba su persona.

El primer mágnam fue trasegado en medio de un silencio solemne. Sin embargo, la nube que pesaba sobre el cónclave desapareció bajo la influencia genial de «otra y mejor» botella, que dio lugar a vapores más densos, a lo que contribuyó el humo de su pipa y la presencia de sus acompañantes.

Repantigado sobre una vieja y confortable silla (no todas las viejas sillas lo son), con la pipa en la boca y completamente a sus anchas: desabotonado y con la peluca revuelta como una coliflor dejada de lado a causa de la canícula, reposaba el doctor Small. Ostentaba un apellido engañoso el digno doctor, que no parecía un espécimen diminuto de su clase y mantenía una nada modesta opinión acerca de sí mismo. No destacaba precisamente por su talla prócer, pero su anchura de hombros, la hipertrofia

de su estómago y la obesidad de sus posaderas eran verdaderamente únicas. De su origen nada sabemos (del de Small, no del de sus posaderas), pero presumimos que de alguna forma está emparentado con la familia de los Small que, según afirma Christopher North, componen una porción predominante del género humano.

El doctor tenía un cuello corto e hinchado, con una cara grasienta y húmeda sobre la que se habían colocado los ojos, cuya mirada oblicua se suavizaba en parte por su expresión bienhumorada. Se le consideraba como hombre de buenas prendas y erudición, que había obtenido las más altas calificaciones en la universidad. Rígidamente ortodoxo, abominaba de la sola mención del papismo o del jacobinismo. Entre las hordas de los herejes incluía a su convivio el doctor Titus Tyrconnell, ya que decir Irlanda es sinónimo de superstición y catolicismo, y todo irlandés, por naturaleza, es rebelde y cismático. En estos asuntos siempre era beligerante, pero sus prejuicios no impedían que aceptara el clarete ni que se riera a mandíbula batiente, en la medida en que el asma y el decoro se lo permitían, de las agudezas y chascarrillos del irlandés, quien, como él mismo reconocía, pese a sus opiniones heréticas, era, en el fondo, un agradable compañero de jarana. Y cuando, además de las zalemas, se le ofrecía una pipa por el obsequioso Titus, justo en el instante preciso en el que Small ansiaba ese solaz vespertino pero no se atrevía a pedirlo, entonces se rendía a las suaves seducciones del irlandés con la exhalación de la primera bocanada. En ese estado elisio le encontramos.

—¡Ah! Debería decirlo, señor Small —dijo Titus al responder a una observación del vicario—, ya que es el más original de los apotegmas: todos nosotros nos mantenemos vivos por azar. ¡Uf! Cuantos más óbitos repentinos veo, más estupendos amigos parten de improviso, desprevenidos, en el momento menos esperado. La muerte se cierne sobre nuestras cabezas sostenida por un pelo, como dice su reverencia, precisamente como la espada de Dan Maclise^[8], el adulator de Dinnish^[9]-como-se-llame, dispuesta a caer cuando llegue el momento esperado o no... ¿Eh? Señor Coates. Eso me trae a la memoria al pobre *sir* Piers, pobre caballero. ¡Ah! Pronto veremos a alguien muy parecido a él...

—¡Pobre *sir* Piers! —suspiró el señor Coates, un hombre menudo, con la peluca raída y una cara diminuta y roja como una manzanita—. Es de lamentar que sus excesos convivales hayan precipitado su lamentable fallecimiento.

—¿Convivialidad? No hay tal —repuso Titus—... Fue apoplejía, extravasación de *serum*.

—Extravasación de agua y ron^[10], querrá decir —replicó Coates que, como todos los de su género, se perdía por los juegos de palabras.

—La enfermedad del barón —continuó Titus— fue una efusión sanguínea, así se podría llamar, que envió a la cabeza la sangre ocasionada por los humores melancólicos que se le acumuló antes del ataque; un caso típico de hipocondría o lo que en el libro de Burton se llaman *demonios azules*. Su abandono de la botella, él que toda su vida fue un gran bebedor, era un mal síntoma. El sistema depresor nunca

vuelve a ser el mismo... Nunca. ¿Me permite que le moleste, doctor? —pues Small en un momento de distracción se había olvidado de hacer circular la botella, pese a que él no se sirvió—. El *elixir vitae*, la gran panacea... Ahora debería estar con nosotros, robusto y saludable como cualquiera de los que aquí nos sentamos, pero no quiso aceptar mis consejos. Dado el caso, hubiese sido mejor para él seguir las admoniciones espirituales de su reverencia; con su alma aliviada por la confesión y la absolución, habría iniciado una nueva vida con el corazón repuesto.

—Creo, señor —terció Small mientras retiraba solemnemente la pipa de sus labios—, que *sir Piers*, para la remisión de sus pecados, se dirigía a una autoridad más alta que la de un pecador amasado con el mismo barro que él. Pero si alguna culpa secreta pesaba sobre su conciencia, es de lamentar que rechazara los sacramentos de la Iglesia y muriese sin comulgar. Me negó la entrada en su alcoba.

—Lo mismo me pasó a mí —dijo puntilloso el señor Coates—: Se me prohibió la entrada pese a que yo traía asuntos de la máxima importancia... ciertas disposiciones... legados especiales... asuntos relacionados con la herencia de su hermana... ya que si la propiedad está vinculada, todavía quedan cargas... Ya me entienden... Es muy extraño que *me* hayan evitado. Algunas personas lo lamentarán... vivirán para lamentarlo, dijo. Acababa de mandar un paquete a *lady Rookwood*, el cual no debía serle entregado hasta la muerte de *sir Piers*, una extraña circunstancia que... tanto tiempo bajo mi custodia, da algún motivo para pensar que *sir Piers* quería cambiar su testamento... para lo que necesitaba de mi presencia... qué lamentable olvido.

—¡Muy lamentable! Pero nada podía hacer *sir Piers* —replicó Titus—, el pobre diablo no tuvo en vida voluntad propia... ¿Cómo demonios la iba a tener después de muerto? *Lady Rookwood* lo maneja todo —añadió con un susurro—. A mí, que era su consejero médico y su confidente, se me ordenó que me marchara de la habitación y, pese a que lo mejor para la conservación de su existencia era que yo no abandonase la alcoba al yacer él en tal estado, fui obligado a cumplir la orden. Y, como supondrán ustedes, nada más dejar la habitación comencé a oír palabras subidas de tono. Sí, doctor, por la salvación de mi alma se lo juro: voces de cólera en aquella coyuntura tan terrible.

La última parte de su charla se emitió en un tono de voz bajo y con ademanes misteriosos. Los contertulios se le acercaron tanto que las cazoletas de las pipas formaban un centro común del que las boquillas formaban el radio. Tras esto siguió un silencio momentáneo durante el cual cada uno dio una calada. Small expulsó las cenizas de su cazoleta y empezó a rellenarla y a toser con fuerza. El señor Coates exhaló una tenue y arremolinada corriente de vapor desde un diminuto orificio, sito en una comisura de su casi invisible boca, y arqueó sus cejas de una manera especial, como si no se atreviese a confiar la expresión de sus pensamientos a ninguna otra de sus facciones. Titus sacudió su enorme cabeza, tomó fuerzas tras trasegar una copa y se decidió a aliviar algo que pesaba sobre su conciencia.

—Por mi alma —dijo misterioso—, he visto cosas en estos últimos días que sacarían a cualquier flemático de sus casillas. Apenas he podido echar una cabezada y temo a la semana próxima. Debió de guardarse algo terrible en el alma de *sir Piers*, seguro... No, carece de sentido andarse con ambages frente a ustedes... En pocas palabras: había un crimen demasiado abominable como para ser revelado.

—¡Crimen! —profirieron como en un eco de susurros Coates y Small.

—Sí, ¡crimen! —repitió Titus—. ¡Chis! No tan alto, a no ser que queramos que alguien nos escuche. El pobre *sir Piers* ya ha muerto, estoy seguro de que ustedes dos lo querían tanto como yo y que, de ser culpable, serían clementes y compasivos con él. Creo que ningún alma marchó al otro mundo con una carga más pesada que la que soportó nuestro querido amigo. ¡Ay! Fue un final terrible, pero ustedes querrán saber cómo murió y poder juzgar por sí mismos.

Los dos caballeros asintieron en silencio.

—Cuando regresé a la habitación después de que *lady Rookwood* se hubiese marchado, lo encontré en pleno delirio. Sabía que la muerte le rondaba. Durante un minuto creyó hallarse en la montería y azuzaba a sus sabuesos: ¡*Halloo!* ¡*Tallyhoo!* —gritaba—. *¿Quién quita esa valla? ¿Quién nada la corriente?* Al minuto se imaginaba entregado a la bebida, en plena juerga y con un gran alboroto en la mesa: ¡*Hip!* ¡*Hip!* ¡*Hip!*... Tan loco, tan brusco y frenético como siempre que el vino lo dominaba y sacaba lo mejor de él. Entonces, de repente, en medio de sus gritos, se paró y dijo: ¡*Qué!* *¿Aquí otra vez?... ¿Quién le ha pasar?... La puerta está cerrada... Me he encerrado yo mismo... ¡Demonio!* *¿Por qué la abres? Me has traicionado... Ella me ha envenenado... No puedo resistirlo. ¡Ah!* *¡Otro!* *¿Quién? ¿Quién es ésa? Su cara es blanca... sus cabellos caen sobre los hombros, ¿está viva de nuevo?* *¡Susan!* *¡Susan!*, *¿por qué me miras así? Me querías mucho, demasiado. ¡Tú no me arrastrarás a la perdición!, ¡no te aparecerás contra mí! No, no, no... no es esa tu naturaleza... Tú, a la que yo doté, a la que yo amé... a la que... Pero me arrepentí, me lamenté, recé... ¡Recé!* *¡Oh!* *¡Oh!* *Ninguna oración me servirá. Rueda por mí, Susan, para siempre... Tu intercesión puede servir. No, es demasiado tarde. Haré justicia con todos. Dame papel y tinta... Papel... Confesaré... Tengo que decirlo todo... Tengo que decírselo a ella... decírselo a ella... Llama a Alan Rookwood... Debo decirlo antes de morir.*

Titus Tyrconnell guardó silencio, a su alrededor los dos caballeros permanecían anhelantes, rápidas vaharadas salían de sus pipas.

—Ven aquí, me dijo —continuó Titus—. *Hay un oscuro y espantoso secreto en mi alma... que debe salir a la luz. Di a mi hermana... mi mente flaquea... Susan está aquí, sus ojos brillan de odio... furia vengadora... ¡Aléjala!... ¿Qué es esta cosa blanca que tengo en mi brazo? ¿Qué es lo que se agarra? ¡Hay un cadáver a mi lado! Lleva toda la noche aquí. Es... es... frío, inmóvil, silente... Y blanco, horriblemente pálido, como la luna, pero no se oculta, muestra toda su fantasmal horror... ¡Ay! Me abraza, me ahoga... ¡Socorro! Pon la almohada, no puedo*

respirar; me ahogo... ¡Oh! Y ahora voy a la parte más extraña de mi historia... Y aunque suene muy rara, cada palabra es tan cierta como el Evangelio.

—¡Ejem! —carraspeó Small—. Bien, en ese momento, en ese instante terrible, escuché un golpecito contra el rodapié. ¡Virgen Santísima!, ¡cómo me asustó! El corazón se me puso en la boca y luego bajó, «bum-bum, bum-bum», hasta mis costillas. Pero me callé, pues pueden estar seguros de que puse mis oídos alerta y entonces, de nuevo, volví a oír el ruido que se repetía de manera un poco más sonora. Y luego, muy poco después, otra vez, la tercera, pero yo no dije nada. Pero *sir Piers* oyó el golpe y se irguió como si hubiese escuchado las trompas del juicio. *Ven*, gritó con voz agónica, y que el Señor me perdone por revelar que entonces apareció una persona cuya compañía no es la más adecuada en ocasiones como estas. No era el viejo caballero, sino alguien parecido, pues desde una puerta en la pared que nunca había visto, nunca supuse que allí se escondiera un pasadizo, apareció Peter Bradley. ¡Sí! Ustedes se miran con escepticismo, caballeros, pero era Peter y parecía tan rígido como un bastón y muy lívido. Sigamos: se encaminó directamente hasta la cama del moribundo y posó sus diabólicos ojos grises sobre él, y no paraba de reírse, ya conocen ustedes qué horrible sonrisa tiene. *¿Me has llamado?*, le preguntó a *sir Piers*. *Aquí me tienes, ¿que quieres?* El enfermo gruñó: *No estamos solos. Por favor; señor Tyrconnell, déjenos durante cinco minutos, sólo cinco, pero recuérdemelo cuando pasen.* «Me voy», pensé, «pero no te encontraré vivo». Y fue cierto, nunca más volví a verle respirar. Sin más que hacer, lo dejé y apenas había alcanzado el pasillo cuando oí un cerrojazo tras de mí. Me detuve para escuchar, y les ruego que no me censuren por haber apoyado mi oreja en el ojo de la cerradura, ya que sospechaba algo turbio. Pero, válgame el cielo si el hábil cubrehuesos no tomó sus precauciones acertadamente. No pude ver ni oír nada, excepto, tras unos minutos, un espantoso grito de ultratumba. Entonces la puerta se abrió de golpe y, como no me lo esperaba, caí de cabeza dentro de la habitación, para gran perjuicio de mi nariz. Cuando me levanté, Peter se había desvanecido de la misma manera que vino, supongo, y el pobre *sir Piers* yacía sobre la almohada, con sus brazos alzados en una suerte de súplica, los ojos abiertos y fijos, los miembros duros y rígidos.

Un profundo silencio se produjo tras la narración del doctor Tyrconnell. El señor Coates no se atrevía a añadir ninguna observación. El doctor Small pareció sumirse por unos instantes en dolorosas cavilaciones, pero al final dijo:

—Me ha descrito unos sucesos horripilantes, señor Tyrconnell, y de una forma tal que no puedo sino estar plenamente convencido de su veracidad. Pero le ruego que me excuse si le conmino, como amigo del difunto *sir Piers*, a mantener oculto este asunto en el porvenir. Su difusión no hará ningún bien y sí provocará un dolor infinito, ya que daría solvencia a rumores dañinos y angustiaría el espíritu de sus prójimos. Todo el que está familiarizado con la historia de *sir Piers* debe estar al tanto, como supongo que ustedes lo están, de un suceso que ensombreció su juventud, arruinó su carácter y puso en peligro su integridad física. Fue una acusación terrible

pero, de eso estoy seguro, infundada. Las más oscuras sospechas recaen sobre un sacerdote papista que responde al nombre de Checkley, el cual ya está, por lo que sé, más allá de la justicia humana. Sin duda, *sir* Piers cometió un error, pero más por debilidad que por perversión. Tengo indicios suficientes para creer que fue el instrumento de otros, en particular del miserable que antes nombre. Y es fácil comprender por qué ese desconcertante lunático de Peter Bradley disfrutaba de tal influencia sobre él. Como sabrán, su hija fue la amante de *sir* Piers, nuestro amigo ya no está entre nosotros y con él se entierran todas sus faltas y su recuerdo. Su alma soportaba esa carga que, según su narración, le abrumó en sus últimos instantes. Creo firmemente que su arrepentimiento fue sincero y habrá esperanza de perdón divino para él: «En el momento en que un pecador se arrepienta de sus pecados, desde lo más profundo de su corazón, Yo borraré su culpa de mi recuerdo» dijo el Señor. La bondad de Dios es más grande que los pecados del hombre, y hay esperanzas de salvación incluso para *sir* Piers.

—Lo mismo creo yo —dijo Titus con emoción—. El demonio me lleve si pronuncio una sola sílaba más sobre este asunto. Mis labios estarán sellados para siempre con la misma severa discreción que los depósitos y las fianzas en la caja del señor Coates. Pero consideré oportuno ponerles a ustedes al tanto de las circunstancias. Y ahora, que ya hemos olvidado para siempre los defectos, vamos a hablar de las cualidades de *sir* Piers, que no eran pocas: ¿Dónde se encontrará un caballero tan cumplido? ¿Hay alguien en el condado que cace como él? ¿Tiene alguien una rehala igual? ¿Quién puede disparar, pescar, y beber el vino mejor? Su único defecto era que tenía mal vino, lo que era una desgracia. ¿Y quién estaba siempre dispuesto a invitar a un amigo a una buena cena y a intercambiar unos brindis después? ¿Y no resultaba todo agradable en él, a excepción de su esposa, que siempre fue una aguafiestas? Y con todas sus rarezas y extravagancias, ¿no fue uno de los hombres más amables que jamás hayan existido?, ¿no era un irlandés de corazón? Si no estuviese muerto, ofrecería mis votos por su larga vida, pero como lo está, ¡que la paz sea con él!

En ese momento se oyó un golpe en la puerta, que alguien trataba en vano de abrir. Titus se levantó para abrirla y apareció un individuo llamado Jack Palmer.

Capítulo 9

Un aventurero inglés

Jack Palmer era un tipo de buena planta y talante amable que lucía unas inmensas y tupidas patillas pelirrojas, una anatomía fuerte y pecosa y un pelo de color arena que tendía a escasear en la coronilla, como si fuera la de un monje, pero que adornaba su cogote con una maraña de rizos diminutos. A pesar de su tendencia a la calvicie, Jack no podía tener más de treinta años, aunque pareciese unos cinco años mayor. Su rostro tenía una de esas expresiones indescriptibles que parecen propias de una clase particular de personas, una típica fisionomía de Newmarket, compuesta principalmente de ingenio y aplomo. Ni astucia ni fanfarronería, sino una hábil y bien intencionada sutileza, a la que los fines le traen sin cuidado y le es indiferente la dificultad de los obstáculos. Siempre dispuesto a aprovechar la menor ocasión, en cualquier lugar: impaciente pero remolón, iluso pero discreto. Había algo llamativo en su vestimenta, de tal forma que parecía una mezcla entre un elegante caballero de aquella época y un *jockey* de la nuestra. Sus extremidades inferiores aparecían bien engalanadas con sus calzones de ante y sus botas altas, perfectas para montar. Esto marcaba un enorme contraste con la descuidada extravagancia de su casaca azul celeste de amplios faldones: la riqueza de su atavío, con unos bolsillos extremadamente exuberantes para la moda de 1737, la llamativa vistosidad de sus chorreras y un curioso gusto a la hora de escoger el tamaño y el estilo de sus botonaduras proclamaba que, al menos desde su propio punto de vista, su persona le parecía merecedora de tales galas. Y si le hacemos justicia a Jack, hay que reconocer que no se equivocaba. Era todo un hombre de cinco pies y diez pulgadas de altura: cuadrado, compacto, lindamente modelado en cada detalle particular de su anatomía con la excepción de sus piernas, que estaban levemente arqueadas, defecto que le venía con toda probabilidad de pasar buena parte de su existencia a lomos de caballo, una actividad por la que Jack sentía una gran inclinación, pues era un soberbio jinete. Fue su atrevida manera de cabalgar en una ocasión señalada, cuando sacaba todo un campo de ventaja a los otros caballeros, la que le valió su primera invitación a Rookwood. Quién era o de dónde provenía no eran cuestiones que tuviesen una fácil respuesta; el propio Jack evitaba dar una respuesta a los curiosos. *Sir Piers* nunca se rompió la cabeza con ese misterio, Jack era *un jo... buen camarada, cabalga endemoniadamente bien y no se anda con cumplidos*. Para él, con eso bastaba. Nadie sabía nada más de él, salvo que era un excelente conocedor de la carne de caballo, que poseía una yegua negra muy reputada y que asistía a todas las partidas de caza en la Comarca Occidental; así como que podía cantar divinamente, era un excelente compañero y podía trasegar tres botellas sin indisponerse.

Cohibido por el aspecto algo indecoroso que debía tener, el doctor Small ocultó con rapidez su pipa y se arregló la peluca. Pero cuando vio quién era el recién llegado, emitió un gruñido de disgusto, retomó su pipa, tras darle la espalda a Jack y ni siquiera le preguntó cómo estaba. Para nada molesto por la falta de maneras del clérigo, Jack saludó cordialmente a Titus y con cierta desgana a Coates, tras de lo cual se tiró en una silla. Luego, llenó un vaso de clarete y lo dejó seco de un solo trago.

—¿Vienes de muy lejos? —le preguntó Titus al ver el polvo que almacenaba la casaca azul de Jack.

—Unas doce millas —respondió Palmer—. Y eso, en una tarde de bochorno como esta, le pone a uno muy sediento. Buen vino este, un excelente caldo, mejor que todos tus tintorros rancios. ¡Ay, cómo le gustaba al pobre *sir* Piers! Bien, ahora todo acabó; un vaso de clarete le sentaría muy bien en el sitio donde se halla. Me temo que les he interrumpido, pero es que necesito saber una cosita acerca del orden de la procesión, y como no les veía abajo, subí hasta este piso en su busca. Titus, supongo que usted será la plañidera mayor... Imagino que estará ensayando su parte, ¿eh?

—Vamos, vamos, menos bromas, Jack —replicó Titus—, el tema es muy serio. Seré el maestro de ceremonias y espero que tú seas uno de los participantes, ya que todos los demás participarán. Tenemos que lamentamos todos en el momento y el lugar adecuado, habrá una plétora de gente en la iglesia.

—Ya hay un montón de gente allí, si es que todos van a asistir —dijo Jack.

—Todos asistirán, ¿para qué se preparan si no tanta comida y bebida? No se quedará un alma en la casa.

—A excepción de una: *ella* no asistirá, según creo —añadió Jack con malicia.

—Sí, a excepción de ella, *lady* Rookwood, y de su abigaíl. El resto irá conmigo y formará parte de la procesión. Tú vendrás también.

—Por supuesto, ¿a qué hora sale?

—Precisamente a las doce, cuando el reloj dé la hora saldremos todos en fila, y vaya si será larga... Mientras, tenemos que esperar a que llegue el viejo cara de muerto de Peter Bradley para dar la orden de partida.

—¿Cuánto tiempo crees que durará?

—No te lo puedo decir —respondió Titus—, es posible que dure una hora, más o menos. Pero tenemos que comenzar con toda puntualidad, tenemos que ir todos juntos y que no se quede nadie por el camino. Y mírate, Jack, tienes que procurar cambiar tus ropas, esa polvorienta casaca azul celeste no es nada, pero que nada apropiada para la ocasión.

—No te preocupes por eso —replicó Palmer—; pero ¿quiénes son los que vienen en los carruajes?

—¿Quieres decir en el último carruaje? El caballero Forester y sus hijos. Ahora cenan con la demás gente distinguida en la gran habitación de arriba, para estar apartados del vulgo. Debe ser un banquete impresionante, por San Patricio que

debería ir a supervisarlos.

—Quédate aquí un momento —le dijo Jack—, vamos a tomarnos primero una botella fresquita, que los de arriba saben cuidar de sí mismos y Peter Bradley todavía no ha aparecido, no te agobies. Yo me quedaré contigo. ¿Puedo pedir una botella de clarete?

—No faltaba más —respondió Titus.

Jack se levantó y pidió una botella. El criado trajo una de largo cuello y la situó frente a él.

—Habrás oído lo del jaleo de esta noche —dijo Jack para reentablar la conversación.

—¿Lo de los furtivos? Claro que sí; a primera hora de la mañana me llamaron para examinar las heridas de Hugh Badger. Tenía un corte profundo por encima del ojo, además de otras contusiones.

—¿Es una herida grave? —inquirió Palmer.

—No es mortal si es a eso a lo que te refieres —respondió el irlandés—, pero es grave.

—¡Hum! Tuvieron una pelea bastante fuerte, según creo. ¿Se ha encontrado el cuerpo?

—¿Qué cuerpo? —preguntó Small, que estaba medio adormilado.

—El cuerpo del furtivo ahogado —contestó Jack—, se han pasado toda la mañana de búsqueda.

—¡No serán ellos los que lo encuentren! —exclamó Titus—. ¡Ja, ja, ja! No puedo parar de reír, que me lleven los diablos... Les hizo una broma de muerte... ¡de morir de risa! ¡Ja, ja, ja! ¿Qué creéis que hizo el tío granuja? ¡Ja, ja! Después de hacerles correr como almas que lleva el diablo por todo el parque, tras matar a un sabueso que era más salvaje que un lobo y después de romperle la cabeza a Hugh Badger, que es tan gruesa y dura como la piedra de un matarife, al tío no se le ocurrió otra cosa que bucear en el estanque y abrirse camino hacia el otro lado del peñón que lo domina a través de una caverna sumergida, de cuya existencia nadie tenía la menor idea hasta que hoy, al dragar el estanque para hallar su cadáver, la descubrieron. ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! ¡Bravo! —dijo Jack, que compartía el alborozo del irlandés—. Es todo un tío grande.

—¿Eh? ¿Quién? —preguntó el picapleitos.

—¡Pues quién si no! ¡El furtivo, claro! —replicó Jack—. ¿De qué otra persona hablamos?

—Le ruego que me disculpe —añadió Coates—, pero pensé que ya tenía usted noticia de quién es, nosotros ya lo sabemos.

—¡Vaya! ¿De quién se trata? —exclamó Jack.

—Un individuo que responde al nombre de Luke Bradley.

—¡Demonios! —gritó Titus—. No me digan que fue él, esto sobrepasa todo lo imaginable... Es el hijo de *sir Piers*...

—El hijo *natural* —replicó el leguleyo—. Durante mucho tiempo no se había oído hablar de ese delincuente incorregible, del que es imposible sacar nada bueno.

—No digáis esas cosas —le amonestó Jack—. Yo escuché a *sir* Piers hablar del chaval y, según me dijo, era un buen tipo, uno de los mejores con los que se había topado, sólo que un tanto montaraz e irresponsable, como lo son los mejores de nosotros a su edad. Sólo quería saltarse las normas, gallear. Del potro inquieto se saca el mejor caballo. Lo mismo pasará con él. A decir verdad, me alegro de que se haya escapado.

—Lo mismo digo —se adhirió Titus—, pues, por principio, tengo una inclinación favorable hacia los furtivos, y me entristezco cuando alguno de ellos sufre un percance; y, en segundo, me dolería enormemente que a alguien que es de la carne y de la sangre de *sir* Piers, como parece que lo es este chico, le sucediera una desgracia.

—¡Parece que lo es! —repitió Palmer—. En este caso no se trata de *parecidos*, este Bradley es, sin duda, un vástago del viejo caballero. Su madre fue una sirvienta en esta mansión, según creo. Usted, señor —continuó dirigiéndose a Coates—, quizá nos podría informar de los extremos más relevantes del caso.

—Ella era más que una sirvienta —replicó el abogado tras emitir una tosecilla y esbozar un guiño de iniciado en el misterio—. La recuerdo muy bien, pese a que yo era un niño en aquella época. Era una criatura encantadora y tan agradable... No me extraña que *sir* Piers se enamorara de ella. En aquellos días estaba verdaderamente obsesionado por las mujeres, y con la bella Sue Bradley entre todas. Ella vivió junto a él tal y como si fuera su *lady*.

—Eso he oído —terció Jack—. Y permaneció con él hasta su muerte. Déjeme recordar... ¿No había algo extraño en la manera que tuvo de morir, de forma tan súbita e inesperada? Corrieron rumores durante una temporada, ¿verdad?

—No es eso lo que yo he oído —repuso Coates mientras sacudía su cabeza, como si de pronto le afligiera una ignorancia sobrevenida, mientras Titus aparentaba no haber oído aquella frase y se ocupaba de la botella, al tiempo que Small roncaba aparatosamente—. Yo era demasiado joven entonces para prestar atención a los rumores de los ociosos —continuó Coates—. Fue hace mucho tiempo. ¿Puedo preguntar cuál es la razón de su interés?

—Sólo simple curiosidad —dijo Jack, muy divertido ante la consternación de sus compañeros—. Como usted dice, fue hace mucho tiempo, pero es también curioso cómo este tipo de asuntos permanecen en la memoria. Uno se pregunta si la gente no tiene otra cosa que hacer que meterse en la vida privada de los demás. Por lo que a mí respecta, desprecio esos comadreos. Pero *hay* personas en esta vecindad que todavía afirman que fue un asunto escabroso. Entre otros, se dice que el propio Luke Bradley habla de manera muy clara acerca de eso.

—¿Lo hace de veras? —se interrogó Coates—. Peor para él. Déjenme que le eche la mano encima y le pondré una mordaza en la boca para que mida sus palabras en el porvenir.

—Éste es precisamente el punto al que quería llegar —intervino Jack—. Y les conmino a tratar de realizarlo por el bien de la familia. A nadie le gusta que se hable mal de sus amigos, por lo que me gustaría arreglar este asunto de una forma amistosa. Dejemos que el muchacho se escape, que no vuelva aquí cuando esté en aprietos. Yo me comprometo. Si le cerramos la boca, él no tardará en liberarse, y seguirá con la difusión de sus historias... Se revolverá contra la familia...

—¡Se revolverá contra la familia! —intervino Coates—. ¿De qué demonios estamos hablando? En mi modesta opinión, él ya la ha traicionado, pagará muy cara^[11] su cacería de esta noche. ¿Qué importancia tiene lo que él dice? Dejen que le ponga las manos encima, basta con eso.

—Bien, bien —dijo Jack—, no se sulfure. Sólo pretendía sugerir un remedio. No creo que *sir* Ranulph desee que la historia vuelva a salir a la luz. Tampoco *lady* Rookwood, supongo, toma muy en consideración los vagos rumores; por lo que sé, no siente ninguna simpatía hacia este jovencito y se ha propuesto expulsarlo de estos campos. Pero, como vos decís, ¿qué puede importar lo que él diga? *Sir* Piers ha muerto, él sólo puede hablar.

—¡Hum! —rezongó Coates enojado.

—Pero resulta algo cruel que un muchacho sea colgado por cazar un ciervo en el parque de su padre.

—Él tiene un derecho *natural* a hacerlo —exclamó Titus.

—Él no tiene ningún derecho a asaltar con violencia, dañar y poner en peligro la vida de los monteros de su padre o de cualquier otra persona —arguyó Coates—. Yo afirmo, señor, que ha cometido un crimen castigado con la pena capital y si le atrapan...

—No sucederá tal cosa, espero —interrumpió Jack.

—Un deseo que no puedo sino compartir —dijo Titus—: Para mi conciencia, los furtivos son unos tíos estupendos, lo digo para quien tenga buenas entendederas.

—Los mejores de todos —dijo Jack con un entusiasmo parejo—, son pájaros nocturnos, pajes de la luna, a los que denominamos injustamente furtivos. Son, al cabo, sólo deportistas profesionales, que hacen industria de lo que para nosotros es placer. Una montería nocturna es para ellos lo que para nosotros una diversión diurna. Ésta es la diferencia esencial. Todo lo demás subyace en esta idea: ellos se limitan a despejar un coto superpoblado, al igual que el doctor alivia a un paciente pletórico de humores, o el abogado lo hace con un cliente cuando lo lleva al procurador. Además, de qué manera tan científica y sistemática se ponen a trabajar en comparación con nosotros, simples aficionados. Cuán sigilosamente atrapan a una liebre, abrasan a un faisán o derriban a un macho de un perdigonazo. Qué poco se cuidan de las licencias y sólo confían en su buena puntería y en un par de buenas y rápidas piernas. Qué innecesario para ellos es pedir permiso para disparar. En la finca del señor mengano y en la reserva de lord fulano, ellos están libres, a la intemperie, indiferentes a cualquier modificación de las leyes de caza. Cuando alguno de ellos es atrapado, me entra la

tentación de hacerme también yo furtivo. A mi parecer, un furtivo es un personaje muy respetable. ¿Qué opina usted, señor Coates? —interpeló con voz grave al caballero.

—Tal cuestión, señor —contestó Coates hosco—, no merece siquiera una respuesta seria. Sin duda usted pensará que un bandido es un caballero.

—Sin la menor duda —respondió Palmer en el mismo tono grave, que parecería burlón si Jack hubiese hablado en broma—. Lo afirmo y lo sostengo. No podría ser de otra manera. Es tan necesario a un hombre ser noble antes de volverse bandolero, como para un doctor disponer de su título o a un abogado de su licencia. Algunos de los más cumplidos caballeros de su tiempo, como los capitanes Lovelace, Hind, Hannum y Dudley se hicieron famosos en los caminos y marcaron una época. Desde entonces, un bandido se considerará un miserable si no se puede comportar en todas sus actitudes como un caballero. Desde luego, hay completos patanes, como en toda otra actividad, pero son sólo excepciones que confirman la regla.

Más relajado, Jack Palmer continuó su argumentación.

—¿Cuáles son las características que distinguen a un perfecto caballero? Un exacto conocimiento del mundo, una completa independencia de carácter, mala fama, gran cantidad de dinero en la bolsa y un extraordinario éxito con las mujeres. Los bandidos cumplen con todos estos requisitos. Vayamos al primero: es una condición indispensable del oficio del bandolero el estar muy al tanto de lo que pasa en la sociedad, es el más agradable y accesible de los compañeros de viaje. Tenemos a Tom King, por ejemplo, que es el hombre más elegante de la ciudad y el tipo con mejor crianza de los caminos. Además, ¿quién puede seguir sus inclinaciones particulares con menos coerciones hasta que es borrado del mapa? ¿Quién suspende el ánimo con menos palabras? *Alto, la bolsa o la vida* son términos que, sin duda, llaman la atención. No hay quien se resista a una invocación tan *sugerente*. En cuanto al dinero, gana una bolsa de cien guineas con la misma facilidad con la que vos obtendríaís la misma cantidad en la mesa de faraón. ¿Y en qué reside la diferencia? Sólo en el nombre del juego. ¿Quién precisa menos del banquero que el bandido? Uno empuña un cheque, el otro aprieta un gatillo. En cuanto a las damas, las hace enloquecer, ni siquiera la casaca roja tiene tanto éxito^[12]. Nada como un bandido a lomos de su corcel volador, con las pistolas al cinto y la máscara sobre su rostro. ¿Hay un espectáculo más galante? El resonar de los cascos del caballo es música para el oído de las viajeras: él está en plena persecución, grita al cochero para que se detenga, ¿hay una caza más excitante? Supongamos que alcanza a su presa, lo que sucede una de cada diez veces: ¡Qué pronto se obedecen sus órdenes de entregar el botín! ¡Qué agradable es que se apropie de una nutrida bolsa o de una gruesa cartera! Acicalarse no es nada comparado con ese placer. ¡Con qué aplomo se marcha, se quita el sombrero ante su dama recién presentada, le desea un feliz viaje y desaparece entre los brezales! ¡Inglaterra, señores, tiene motivos para enorgullecerse de sus bandoleros! Son tan propios de estas latitudes y los prefiero a los brigantes de Italia,

los contrabandistas españoles y los rateros de Francia, de la misma manera que nuestros marinos son mejores que los del resto del mundo. Espero que nunca llegue el día en que nuestros senderos degeneren y perdamos a nuestros *jinetes de la noche*. Incluso los franceses nos imitan, el único bandolero de nota que tienen aprendió y se inició en su arte en Inglaterra.

—¿De quién se trataba? —preguntó Coates.

—De Claude Du Val —contestó Jack—, quien, pese a ser francés, resultó un espléndido espécimen en su propio estilo, un golfo de pies a cabeza; podía brincar y dar volteretas como un saltimbanqui, hacer sus gorgoritos como si fuese un tenor y tocaba el flautín mejor que ningún artista contemporáneo; siempre llevaba consigo una flauta, en la misma bolsa que sus pistolitas^[13]. Y se ataviaba que era un placer ver lo elegante que se componía con sus cintas y su terciopelo, incluso con su antifaz sobre el rostro, las señoras lloraban de emoción al verlo aparecer. Entonces, les quitaba la bolsa con la gracia y el donaire de un maestro de ceremonias. Todas lo adoraban y, benditas sean sus caras bonitas, esa era la mejor prueba de su gentileza. Él no era un petimetre, un *monsiú*. En estas cosas las mujeres jamás se engañan. Ellas siempre descubren al caballero de verdad, da igual su condición, desde la princesa hasta la pinche de cocina, todas se enamoraban de él hasta el tuétano.

—Pero supongo que lo atraparían —le interrumpió Coates.

—Sí —respondió Jack—, las mujeres fueron su perdición, lo mismo que la de muchos valientes, y como lo será en futuras ocasiones.

Emocionado con esa reflexión, Jack se puso sentimental por una vez en su vida y suspiró:

—¡Pobre Du Val! Lo atrapó el alcalde del crimen de Westminster en la tasca de Chandos Street, cuando yacía ebrio, ya que su manceba había puesto una droga en su copa. Poco después fue ahorcado en Tyburn.

—¡Cuánto lamento que haya acabado de una manera tan ignominiosa un caballero tan gentil! —se mofó Coates.

—¡Nada de eso! —replicó Jack—. Como el doctor Pope, su biógrafo, justamente señala: *¿Quién que sea digno de ser considerado un hombre no preferiría una muerte tal antes que un fin sin gloria, miserable y solitario?* Por cierto, Titus, ya que hablamos de un tema que tanto te atrae, ¿te gustaría que te cantase una canción sobre los bandoleros?

—Me gustaría aunque fuera de otro asunto —respondió Titus, que tenía una alta opinión de las aptitudes vocales de Jack y que no era él mismo un mal ejecutante—, sólo te pido que la cantes en una clave menor.

Jack no necesitaba que se lo repitiesen, pero menospreciando los gestos y miradas de Coates, se puso a cantar con unción la siguiente balada con una vieja melodía, muy popular entonces, la de «y no se puede negar».

UNA CANCIÓN DE BANDOLEROS

*De todos los bandoleros
el más grande para mí
era todo un caballero:
el capitán Jimmy Hind^[14].
Y no se puede negar.
Pero el pillo con más gracia,
laúd, jiga y madrigal,
vino de la dulce Francia,
fue el gallardo Claude du Val^[15].
Y no se puede negar.
Carruaje, bolsa o joyero
ningún bandido robó
con más pericia en los dedos
que el hábil Old Mob⁷, Old Mob^[16].
Y no se puede negar.
Las duras cajas fuertes
nadie sus plomos forzó
como el rey de nuestra gente
el buen Tom Cox^[17], el ladrón.
Y no se puede negar.
Asaltaba con gran sosiego
en el camino real
y nunca maltrató a un viajero
Will Hallaway^[18], el audaz.
Y no se puede negar.
Gettingsy Grey^[19], los bribones,
rebosaban picardía,
de Neddy Wicks seguidores,
dúo de balas perdidas.
Y no se puede negar.
¿Quién puede forzar cerrojos
como Sheppard^[20]
de los negros calabazas
de Newgate, su prisión?
Y no se puede negar.
Nunca tuvo un bandolero
tan fiel y seguro corcel,
de cabello terso y negra,
como la hermosa Black Bess.
Y no se puede negar.*

—¡Una magnífica balada, por todos los diablos! —exclamó Titus, cuando los versos de Jack llegaron a su fin—, pero vuestros ladrones ingleses no son nada comparados con nuestros *tories*^[21] y nuestros *rapparees*^[22], ellos sí que eran caballeros genuinos, capaces de rebanar una garganta con la mayor facilidad.

—¡Psché! —exclamó Jack con desdén—. Los caballeros de los que hablo nunca maltrataron a nadie, salvo en defensa propia.

—Puede que no —replicó Titus—, no lo discutiré, pero los *rapparees* eran verdaderos hermanos de armas y caballeros en cada pulgada de su ser. Ahora les cantaré una balada sobre ellos.

—Pero antes hay que rendirle honores a la botella. Hablar deja la boca seca. Yo le sirvo, doctor —dijo Jack mientras le hacía un guiño al somnoliento Small y agitaba su copa.

Titus empleó el tiempo en cantar una balada con gran jovialidad.

—¡Bravísimo! —gritó Jack cuando Tyrconnell acabó.

—Bien —dijo Coates—, ya hemos tenido bastante ración de bandidos irlandeses, pero hay un bribón a este lado del Canal de San Jorge al que usted ha mencionado por casualidad y cuya fama alborota más que la de todos estos delincuentes juntos.

—¿De quién se trata? —preguntó Jack curioso.

—Dick Turpin —contestó el legista— me parece tan digno de mención como los Hinds, Du Vals o todo el clan de los O'Hanlon, que ustedes dos han citado.

—No había reparado en él, pero creo que apenas puede ser emparejado con tan ilustres paladines.

—¡Diablos! —gritó Titus—. Me han dicho que Turpin tiene el mejor caballo del Reino Unido y que puede cabalgar más rápido y más lejos en un día que cualquier otro jinete en una semana.

—Eso he oído —dijo Palmer con un brillo de satisfacción en sus ojos—. Me gustaría desafiarle a una carrera, estoy convencido de que no puede andar muy lejos.

—Me encantaría verlo —añadió Titus.

—A mí también —añadió Coates—, ¡una barbaridad!

—Pues puede que tengan una grata sorpresa. Hablar de Dick Turpin es como mentar al Diablo; él está codo con codo contigo cuando su nombre sale de tu boca. Aunque pensemos lo contrario, a lo mejor ahora está escuchando nuestras palabras —dijo Jack.

—¡Dios me valga! —exclamó Coates—. No diga eso. ¡Turpin en Yorkshire! Creo que él limita sus malandanzas a las inmediaciones de la metrópolis y ha hecho del bosque de Epping su cuartel general.

—Así fue, pero su guarida se ha trasladado al norte. La gran carretera del norte, desde Tottenham Cross hasta las puertas de York queda dentro del radio de acción de Dick. Sólo San Nicolás sabe a qué altura de la misma se le puede encontrar, cambia de real con la facilidad de un tártaro. Y el que lo busca puede que tenga la ocasión de atrapar a un habitante del Tártaro.

—Es una vergüenza para este país que un delincuente de esa calaña no haya sido ya colgado —replicó Coates gruñón—. El gobierno debería hacer algo, ¿puede estar todo el reino así de revuelto por un simple salteador de caminos? *Sir Robert Walpole* debería tomar cartas en el asunto personalmente.

—¡Pamplinas! —exclamó Jack al vaciar su vaso.

—Yo acabo de escribir una carta al editor del *Common Sense* acerca de este asunto, en el que expongo mis ideas de una forma inequívoca. Y lo repito, es una vergüenza que los delitos de ese bribón permanezcan sin castigo —proclamó Coates.

—No tendrá esa carta con usted, supongo —dijo Jack—, ¿podría hacerme el favor de leérmela? No conozco el periódico del que habla, sólo leo el *Fog's Journal*.

—No me esperaba otra cosa —respondió Coates con desdén—; esa es la razón por la que ustedes se engañan con tanta facilidad. Afortunadamente tengo el papel en mi bolsillo, imagino que se adherirán a mi opinión. Aquí está —añadió mientras sacaba el periódico—. Prescindiré de mis observaciones preliminares e iré directamente al grano.

—Naturalmente —dijo Jack.

—«Doy gracias a Dios —comenzó Coates en un tono engolado— por haber nacido en un país que antaño emuló a los romanos en su espíritu público, como es evidente por sus conquistas en el exterior y su defensa de las libertades en el interior».

—¿Qué tiene eso que ver con Turpin? —interrumpió Jack.

—Escuche —replicó el leguleyo— y no me interrumpa, por favor. «Pero este noble principio —continuó él con gran énfasis—, aunque no está perdido de manera irremediable, no está ahora tan activo como debería en una nación tan celosa de sus libertades».

—¡Bien! —exclamó Jack—. Hay algo más que sentido común en esa afirmación, señor Coates.

—«Mis sospechas se fundamentan —continuó Coates— en un ejemplo reciente, me refiero al éxito flagrante, indisputado, del famoso Turpin, roba de una manera apenas conocida desde hace años, y se ha vuelto tan insolente e impúdico como para amenazar a particulares, por lo que se ha vuelto un peligro para las vidas y los bienes del pueblo inglés».

—¡Excelente! ¡Soberbio! —gritó Jack mientras se reía sin poder contenerse—. Os lo ruego, señor, seguid.

—«Que ese individuo —continuó Coates algo ofendido—, que es un ladrón renombrado en todo el reino, continúe por tan largo tiempo con sus robos y, no contento con ello, añada el escarnio a sus latrocinios...»

—¡Ja, ja, ja! ¡Excelente! Discúlpeme, caballero —exclamó Jack, que se reía de tal manera que las lágrimas descendían por sus mejillas—, por favor, se lo ruego, continúe.

—No veo nada risible en esto —replicó Coates algo amoscado—, sin embargo

continuaré con mi carta, ya que la he comenzado: «... no contento con ello, añade el escarnio a sus latrocinios, desafíe a las leyes y se mofe de la justicia lo que indica una falta de espíritu cívico, ese que hace de cada ciudadano privado un miembro de la comunidad sensible a las calamidades públicas, deseoso del honor de extirpar de la sociedad a ese conspicuo bandolero que debe sus éxitos a su descarado y a la pereza y a la pusilanimidad de aquellos que deberían entregarlo a la justicia. No negaré que siendo un firme whig de reciente adscripción no tengo ningún objetivo particular a la hora de esbozar esta epístola^[23]. Sin embargo, si dejo a un lado mis principios políticos...»

—¡Correcto! Ustedes los whigs, viejos o nuevos, siempre ponen al margen sus principios —bromeó Jack.

—«Dejando aparte cualquier afinidad política propia —continuó Coates, que hizo caso omiso de la interrupción—, repito que albergo la noble ambición de extirpar del cuerpo social a este moderno Caco, a este Autólico del siglo XVIII».

—¿Y qué pista piensa usted seguir? —preguntó Jack—. Porque no creo que atrape a ese descarado con una simple parrafada en los papeles.

—Tengo la costumbre de guardar para mí mis planes, señor —replicó Coates mezquinamente—. Y para hablarle sin tapujos, espero quedarme por entero con la recompensa.

—¡Vaya! ¿Hay una recompensa por atrapar a Dick Turpin? —preguntó Titus.

—No menos de trescientas libras —contestó Coates—, lo que debemos admitir que no es una futesa. ¿No ha visto el edicto regio, señor Palmer?

—No —dijo Jack con afectada indiferencia.

—Yo tampoco —añadió Titus, que, curioso, señaló el papel con el edicto—. ¿Usted va siempre con eso?

—Siempre lo llevo conmigo, así me sirve de ayuda en caso de necesidad. Mi padre, Christopher o Kit Coates, como le llamaban los amigos, fue un célebre cazador de recompensas. Él atrapó a Spicket y a Child y a otra media docena de la misma calaña. Y siempre llevaba en su bolsillo el edicto con sus descripciones. Yo trato de seguir el ejemplo de mi padre y espero destacar por la captura de algún bandolero. Por cierto —añadió mientras observaba a Jack muy de cerca—, me parece que Turpin se le parece bastante, señor Palmer.

—Parecido... parecido, ¿cómo debo tomarme sus palabras, eh? —le dijo a Coates con una mirada inquisitiva.

—De ninguna manera, señor, no se ofenda. ¡Ah! Quédese quieto, usted no podrá objetar la comparación. No le causará perjuicios, nadie en su sano juicio le puede confundir a usted con un bandolero... Nadie... de ninguna manera. ¡Ja, ja, ja! El parecido es singular, estas cosas suceden a veces. Aquí tengo la descripción de Turpin en la *Gazette* del 28 de junio del año del Señor de 1737: «Ha sido puesto en conocimiento de Su Majestad que Richard Turpin robó el pasado 4 de mayo en el camino real a Vavasour Mowbray, hidalgo, mayor del segundo escuadrón de los

Granaderos a Caballo (este mayor Mowbray, por cierto, es un sobrino del difunto *sir* Piers y primo del presente *baronet*), además de cometer otros latrocinios y remarcables felonías cerca de Londres. Su Majestad se complace en garantizar su gracia y su clemencia para cualquiera de sus cómplices y una recompensa de doscientas libras para la persona o personas que lo descubran, así como para los que lo aprehendan y lo pongan a disposición de la Justicia».

—¡Demonios! —exclamó Titus—, es una recompensa regia. Me encantaría echarle el guante a Turpin —añadió a la vez que palmeaba el hombro de Jack—. Me gustaría que estuviera aquí en tu lugar, Jack.

—Gracias —contestó Palmer, que se levantó de su silla.

—«Turpin —continuó Coates— nació en Thackstead, Essex, y tiene unos treinta años». Usted, señor, según creo, anda cerca de los treinta —le dijo a Palmer.

—Más o menos —contestó Palmer brusco—, pero ¿qué tendrá que ver mi edad con la de Turpin?

—Nada, nada en absoluto —contestó Coates—, me basta con eso. ¿Continuamos?: «De oficio es matarife». Usted, señor, ¿ha tenido alguna vez tratos con ese gremio?

—Tengo alguna noción de cómo tratar a una ternera problemática —respondió Palmer—, pero Turpin, pese a ser descrito como un matarife, es, según creo, descendiente directo del gran arzobispo francés con el mismo apellido.

—Que escribió las crónicas del gran ladrón Carlomagno, lo he leído —afirmó Coates—, era un falsario irreprimible. El Turpin de nuestros días «es de unos cinco pies y nueve pulgadas de alto», su misma estatura, señor, exactamente igual.

—Yo mido cinco con diez.

—Usted tiene, pues, una pulgada en su descargo —repuso el impasible procurador, que procedió deliberadamente a examinarlo—: «Compleción oscura con marcas de viruela».

—Mi complexión es rubicunda, mi rostro carece de marcas.

—Esas patillas pueden ocultar algo —replicó Coates con una sonrisita—, nadie usa patillas hoy, excepto los bandoleros.

—¡Señor, me estáis ofendiendo! —dijo Jack de viva voz.

—No era mi intención —dijo Coates—, pero los rasgos de la descripción coinciden con los suyos de una forma sorprendente. Escúcheme: «Sus pómulos son anchos, su rostro es corto y se afina hacia el mentón. Camina siempre muy erguido y es bastante ancho de hombros». Apelo al señor Tyrconnell para que nos confirme si no se trata de un vivo retrato de usted.

—No me mezcle en un asunto tan delicado —dijo Titus precipitadamente—. No considero apropiado que un caballero se parezca a un salteador de caminos, pero si tuviera que parecerme a uno de ellos, desearía que fuese a Redmond ÓHanlon o a Richard Turpin. ¡Y que me aspen si sé cuál de los dos es un sinvergüenza mayor!

—Bien, señor Palmer —dijo Coates—, lo repito: no quise ofenderle, pero es que

los parecidos son incontables. De mí se dice que me parezco a lord North, pero si es cierto o no, sólo el Señor^[24] lo sabe. Pero si alguna vez me encuentro con Turpin, tendré su imagen en la memoria, ¡je, je! ¡Ah! Y si tuviese la buena suerte de tropezar con él, tengo un plan para su captura que no puede fallar. Sólo les daré una idea general, así verán cómo me las entenderé con él.

—Bien, señor, ya veremos —dijo Palmer—. Pero, por vuestro propio bien, os deseo que no estéis nunca tan cerca de él como lo estáis de mí ahora; con sus amigos, Dick Turpin puede ser tan inofensivo como un corderito, pero con los brazos de la Ley como vos, es un tipo muy desagradable. Yo lo vi una vez en Newmarket, donde iba detenido por dos corchetes, uno a cada lado. Se sacudió de uno y le propinó al otro un golpe en la cara con su fusta, picó espuelas en su caballo y, pese a que las partidas salieron en pos de inmediato, les sacó distancia fácilmente.

—¿Y cómo no tratasteis de alcanzarlo si os encontrabais allí, como afirmasteis hace poco? —preguntó Coates.

—Eso hice, y estuve más cerca de él que los demás, rodilla con rodilla; fui la única persona que lo pudo haber entregado a la justicia, pero tuve que ceder.

—¡Vaya! —gritó Coates—. Si hubiese tenido yo una oportunidad semejante, me lo habría jugado a todo o nada. O él o yo, pero sólo uno le rompería el cuello al otro. Lo atraparía vivo o muerto.

—¿Vos, atrapar a Turpin? —se chanceó Palmer.

—Me comprometo a hacerlo —replicó Coates—. Le apuesto cien guineas a que lo atraparé si dispongo de una ocasión semejante.

—¡Hecho! —exclamó Jack, que dio un golpe sobre la mesa que hizo que se tambalearan todos los vasos que había sobre ella.

—¡De acuerdo! —exclamó Titus—. Yo guardaré sus puestas.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó Small, recién despierto de su siesta.

—Sólo una apuesta boba sobre un salteador de caminos —le informó Titus.

—¡Un bandolero! ¿Cuál? Espero que no haya ninguno en la casa —dijo Small.

—Supongo que no —respondió Coates—. Pero este caballero se ha tomado la defensa de Dick Turpin de una forma tan vehemente que...

—Cuanto menos se trate de ese bribón, mejor —replicó Small.

—Pienso igual —dijo Jack—. Tiene usted razón, señor.

Cualquier conversación ulterior fue interrumpida de golpe por la súbita apertura de la puerta, seguida de la abrupta entrada de un alto y esbelto joven, que avanzó rápido hacia la mesa alrededor de la cual se hallaban sentados los convivios. Su aparición asombró extremadamente a todos; la curiosidad se dibujó en cada semblante, el mágnium quedó a mitad de su trayecto en la mano de Palmer, el doctor Small quemó su mano en la cazoleta de la pipa, el señor Coates casi se ahoga al inspirar una enorme vaharada de humo.

—¡El joven *sir* Ranulph! —exclamó Coates cuando el síncope se lo permitió.

—¿*Sir* Ranulph aquí? —dijo Palmer al levantarse.

—¡Por todas las legiones celestiales! —exclamó Small.

—¡Carape! —exclamó Titus de manera teatral—. Esto sí que es una sorpresa.

—¡Caballeros! —proclamó *sir* Ranulph—, no permitan que mi inesperada llegada les turbe. Doctor Small, le ruego que perdone mi manera de presentarme. También vos, señor Coates. Uno de los presentes era el consejero médico de mi padre, el doctor Tyrconnell.

—Yo tuve ese honor —replicó el irlandés, que hizo una profunda reverencia—. Soy el doctor Tyrconnell, para servir a Su Excelencia.

—¿En qué fecha y hora expiró mi padre? —inquirió Ranulph.

—El pobre *sir* Piers abandonó este bajo mundo el pasado jueves.

—¿Y la hora? Quiero el minuto preciso —apremió *sir* Ranulph.

—Me pone en un apuro, *sir* Ranulph. Por lo que recuerdo pudo ser pocos minutos antes de la medianoche.

—La hora exacta —exclamó Ranulph, que avanzó a zancadas hacia la ventana. Sus pasos se detuvieron cuando sus ojos se posaron sobre los efectos de su padre, el cual, como ya se dijo, colgaba de un extremo de la sala. Un pequeño escalofrío lo conmovió. Hubo una pequeña pausa durante la cual Ranulph no hacía más que mirar aquellos atavíos—. Sus mismos vestidos también... —murmuró.

Entonces se volvió a la pequeña asamblea que seguía con sorpresa sus movimientos.

—Doctor Small, debo decirle algo que sólo usted puede escuchar. Caballeros, ¿me hacen el favor de abandonar la habitación por sólo unos instantes?

—Para mí —dijo Tyrconnell a Jack Palmer cuando abandonaron su sanctasanctórum— que es un tipo excelente este joven *sir* Ranulph, una astilla del viejo tronco... Será tan bueno como su padre.

—Sin duda —contestó Jack cuando cerraba la puerta—, pero ¿qué demonios le ha traído aquí tan a última hora?

Capítulo 10

Ranulph Rookwood

—No hay nada, confío, mi joven y querido amigo, y otrora mi discípulo —dijo el doctor Small una vez cerrada la puerta—, que pese sobre vuestra conciencia más allá de la pena connatural a una aflicción tan grave como la presente. Si me equivoco, perdonad mis aprensiones, pero sabéis la gran afección e interés que siempre he sentido por vos, afecto que, os lo aseguro, no ha disminuido en nada y por el que os pido que excuséis el que os inste a descargar vuestra conciencia conmigo, ya que os aseguro que, cualquiera que sea vuestra confesión, tendréis mi total simpatía y conmiseración. Soy, seguramente, el más apropiado consejero para vos por el conocimiento que tengo de vuestro carácter y temperamento. No me gustaría anticipar males y quizá soy aprensivo sin necesidad, pero reconozco la incoherencia de vuestras expresiones, unidas a vuestra repentina y bastante misteriosa aparición en estos días tan repletos de emociones, me espantan. Contestadme: ¿ha sido vuestro retorno fruto de la mera casualidad?, ¿o estabais más cerca de vuestra casa de lo que suponíamos y recibisteis la noticia del deceso por una fuente desconocida para nosotros? Os ruego que satisfagáis mi curiosidad sobre este punto.

—Mi querido señor, vuestra curiosidad —replicó Ranulph grave y tristemente— no decrecerá cuando os cuente que mi regreso no ha sido ni el fruto de la casualidad, ya que vine con una plena premonición del suceso que encontré cumplida al llegar, ni se produjo por una noticia obtenida a través de alguien. Se trata únicamente, pues, de que al llegar aquí recibí la plena conformación de mis presentimientos. Además, tengo otros terribles compromisos que cumplir.

—¿Qué compromisos? Me dejáis perplejo —exclamó Small, que contemplaba con cierto recelo el rostro de su joven amigo.

—Yo también estoy perplejo, dolorosamente perplejo —contestó Ranulph—. Tengo mucho que contar, pero le ruego que no me interrumpa hasta que acabe. Tengo en mi mente algo que, como un pecado, debo confesar.

—Habladme, pues, sin miedo —dijo Small cariñosamente, mientras apretaba la mano de Ranulph—, y os aseguro de antemano mi simpatía.

—Sería necesario —dijo Ranulph— prologar mi historia con una ligera alusión a ciertos desgraciados sucesos, y los llamo penosos por sus consecuencias, que determinaron la última conversación que tuve con mi padre, la que ocasionó mi marcha al Continente, y que tuvo un carácter tan terrible que no la recrearía de no ser un preliminar necesario para la narración que voy a comenzar.

Ranulph, pues, comenzó a relatar.

—Cuando me fui de Oxford pasé unas semanas solo en Londres. Un amigo de la

universidad, al que encontré por azar, me presentó, durante un paseo por el parque de Saint James, a algunos conocidos suyos, que estaban de paseo por el Mall al mismo tiempo que yo. Se trataba de una familia apellidada Mowbray, formada por una viuda, su hija y su hijo. Las presentaciones se hicieron a petición mía, ya que me impresionó la belleza singular de la joven dama, cuya complexión ejercía sobre mí una indescriptible atracción por su evidente parecido con *lady* Eleanor Rookwood, sobre cuyo encanto y triste fin siempre lamenté. La pintura está aquí —continuó Ranulph tras señalarla—. Mírela y contemplará a una hermosa criatura de la que le hablé antes. El color del pelo, la ternura de la mirada. No, la expresión no es tan triste, excepto cuando... No importa... Aquí reconozco sus facciones.

Volvió a mirar el retrato y continuó.

—Me sorprendió que a la sola mención de mi nombre sus semblantes delataron un cierto estupor, sobre todo en la dama. Por mi parte, me atraía tanto la belleza de la dama que su efecto sobre mí era como el del cumplimento de algo que me estaba predestinado, originado quizá por la extraña fascinación que siempre ejerció sobre mí este retrato familiar. Aquello era un amor a primera vista, cuyo efecto hizo que no me apercibiera de la agitación de la madre. En vano traté de concentrarme, mis esfuerzos por entablar conversación fueron inútiles. No podía hablar, caer en silencio bajo el suave hechizo de sus ojos fue todo lo que hice. Mi admiración crecía cada instante que continuaba viéndola. La acompañé a su casa, atraído por algún irresistible conjuro del que no podía desprenderme. Tan era así que percibí señales de incomodidad en las miradas de la madre y del hermano. Sin temor a las consecuencias, me atreví a entrar en la casa sin ser invitado. Para sacudirme la reserva que me imponían mis acompañantes, creí necesario despojarme de mi timidez y ejercer las dotes de conversación que tengo. Lo hice tan bien que la charla se volvió viva y animada y lo que me deleitó sobremanera fue que *ella*, por cuyo motivo me había tomado tales confianzas, resplandecía con sus sonrisas. Estaba muy ansioso por encontrar alguna explicación del gran parecido al que he aludido y el momento indicado para ello llegó al fin. Les llamé la atención sobre una particular característica de las facciones de *miss* Mowbray y entonces señalé el parecido que se daba entre ella y mi antepasada. «Es de lo más singular», le dije a su madre, «porque, sin haber parentesco, el parecido es de lo más sorprendente». «No es tan curioso como imagina», me respondió la señora Mowbray, «el parecido *existe* porque hay un parentesco muy estrecho, aquella *lady* Rookwood fue mi madre. Por lo tanto, Eleanor Mowbray se parece a su desgraciada abuela».

Ranulph prosiguió con su relato.

—Las palabras no pueden describir mi asombro. Miré a la señora Mowbray y pensé si no había malinterpretado sus palabras... Si había oído mal, movido por mis aceleradas y vehementes imaginaciones. Pero no, pude leer en su calma y reservada actitud, en la abatida y triste mirada de Eleanor así como en la orgullosa y mudada conducta del hermano que había oído perfectamente. Eleanor Mowbray era mi prima,

la descendiente de aquella desventurada criatura cuya imagen yo había casi idolatrado. Me recobré de mi sorpresa y me dirigí a la señora Mowbray, traté de excusarme por la ignorancia en que me hallaba de nuestro parentesco, con el argumento de que nunca había oído el apellido del caballero con el que contrajo matrimonio. «No era ese el apellido que usaba en Rookwood», me contestó ella, «las circunstancias se lo impedían. Desde el momento en que abandoné aquella casa hasta ahora, a excepción de un encuentro con mi... con *sir* Reginald Rookwood... no he vuelto a ver a nadie de mi familia ni he mantenido comunicación con ellos. Mis hermanos son extraños para mí, el propio apellido Rookwood no se ha escuchado ni conocido hasta que vos entrasteis aquí por un capricho del azar que así lo quiso». Traté de interrumpirla y de expresar el deseo de que se mantuviera un trato que había comenzado de una manera tan venturosa y que podría, con toda probabilidad, conducir a una completa reconciliación familiar. Era tan vehemente en mis aserciones, en las que puse todo mi corazón, que ella me escuchó con mayor amabilidad y también Eleanor me otorgó una sonrisa de ánimo. El amor me proporcionó la elocuencia y, al final, como muestra de mi éxito y de su propia emoción, la señora Mowbray me tendió su mano, que yo estreché con ardor entre las mías. Fue el momento más feliz de mi vida.

Small lo contempló en silencio, pero Ranulph no había acabado su relato.

—No le abrumaré con ninguna descripción pormenorizada de Eleanor Mowbray. Espero que algún día la podáis ver y entonces juzgaréis por vos mismo. Pues, pese a las adversas circunstancias que conspiraron en nuestra contra para separarnos, confío, no sin motivo, en que el momento para renovar nuestras relaciones se acerca. Pero déjeme decirle que las gracias de su cuerpo corren parejas con las dotes de su mente. Educada en el extranjero, tiene toda la vivacidad de nuestros inquietos vecinos combinada con unas sólidas virtudes que podemos reclamar como esencialmente nuestras. Sus ademanes ligeros y juguetones son franceses, sin duda; pero su corazón sincero y amable es, desde luego, inglés. Hasta el acento extranjero que se denota en su habla transmite un encanto inefable a sus palabras. No me voy a demorar demasiado en este asunto, me siento avergonzado de mi propia prolijidad, pero tengo la certeza de que me perdonaréis. ¡Ay, aquellos luminosos y breves días, qué pronto han volado! Podría detenerme en cada minuto, recordar cada palabra, revivir cada visión. No puede ser, tengo que aprestarme a tratar los oscuros asuntos que me esperan... Mi amor hizo rápidos progresos, a cada hora que pasaba estaba más enamorado de mi prima recién hallada. Pasaba todo mi tiempo cerca de ella, pues apenas podía vivir lejos de su presencia. Pero, sin embargo, muy breve iba a resultar aquel estado de dicha. Sólo duró una semana, entonces llegaron órdenes perentorias de mi padre para que volviese a casa.

Ranulph se detuvo por un instante.

—Nada más comenzar nuestras relaciones escribía mi padre y le relaté cada pormenor de las mismas. Esto lo debí haber realizado por voluntad propia, pero me

apremió a hacerlo la señora Mowbray. Poco acostumbrado al disimulo, me pronuncie sobre la belleza de Eleanor de tal manera que me temo que excité cierta congoja en su corazón. Su respuesta fue lacónica; sin hacer ninguna alusión al objeto de mis encomios, me ordenó regresar. La hora más amarga había llegado y no podía negarme a obedecer; sin el consentimiento de mi padre, la señora Mowbray jamás daría su beneplácito a que prosiguieran nuestras relaciones. Tenía alguna seguridad de los sentimientos de Eleanor, pero sin el permiso de su madre, a cuya voluntad se hallaba estrechamente ligada, sabía que mis pretensiones carecerían de esperanzas. La carta que me envió mi padre me hizo temer que podría encontrarle profundamente contrario a mis deseos. Agobiado por miles de funestos presagios, me presenté en su casa la mañana de mi partida. Allí declaré mi pasión por Eleanor y entonces cada una de mis esperanzas se confirmaron, cada presagio se cumplió. Recibí de sus labios una confirmación de mis más ardientes deseos, pero esos labios no se cerraron como el capullo de una flor, y oí al mismo tiempo que la consumación de mis deseos dependía de otras dos voluntades, cuyas palabras de asentimiento ella temía no oír jamás. De la señora Mowbray obtuve una respuesta más tajante; toda su soberbia resurgió y en sus palabras de despedida me aseguró que le era indiferente que nos volviésemos a encontrar como parientes o como extraños. Fue entonces el tierno natural de Eleanor el que se reveló en un raptó de afecto propio de un corazón tan amable como el suyo. Al ver cómo sufría, cedió la gravedad natural de su sexo y se arrojó en mis brazos. Entonces, nos despedimos. Con un lúgubre presentimiento retorné a Rookwood y, oprimido el ánimo por los más negros augurios, me apresté a prepararme para lo peor. Llegué. Mi recepción fue tal y como la había previsto. Para incrementar mi desasosiego, mis padres habían reñido. No le aburriré con el relato de su discordia; mi madre apoyaba mi causa, más que nada, supongo, para frustrar las inclinaciones de mi pobre padre. Él estaba de un humor terrible, exasperado por los licores que había ingerido, los cuales no sólo ahogaron su razón, sino que encendieron e inflamaron todas sus aletargadas emociones con gran violencia. Estaba como loco. Era por la tarde cuando llegué, hubiera pospuesto de buen grado nuestro encuentro hasta la mañana, pero no podía ser. Insistió en verme. Mi madre estaba presente. Usted sabe el influjo moderador que suele ejercer sobre mi padre y cómo lo contiene. En esta ocasión no hubo nada de eso. Él me interrogó sobre cada detalle, trató de sonsacarme, extrajo de su alma todos los sentimientos secretos que albergaba y, entonces, tronó su decisión de que Eleanor nunca sería mi prometida, ni jamás recibiría bajo su techo a su madre, la hija descarriada de su padre. Traté de contestarle, pero fue sordo a mis argumentos. Mi madre añadió agudos e hirientes términos a mis palabras: «Él tiene su consentimiento, ¿qué más se puede pedir? Las tierras están vinculadas. Dentro de un tiempo no muy largo, será el amo y entonces hará lo que quiera». Le menciono esto para que escuche las extrañas palabras de mi padre: «Tenga cuidado, *madame*, y embride su lengua. Están vinculadas, es cierto, pero no necesito de su consentimiento para cortar ese vínculo. Deje que se atreva a

desobedecerme en este asunto y agotaré de tal manera los caudales de mi riqueza que ni una gota le quedará a él. Lo haré. Pero ¿por qué amenazar?... Dejemos que lo haga y que se atenga a las consecuencias». A la mañana siguiente lo volví a importunar pero con el mismo resultado. Estábamos a solas.

»—Ranulph —me dijo—, pierdes el tiempo al tratar de que cambie mi decisión. Es inalterable. Son muchos los motivos que me mueven a ello, tan inexplicables como incontestables. Eleanor Mowbray jamás podrá ser tuya. Olvídala tan rápido como puedas y te aseguro que no habrá por mi parte ningún impedimento a cualquier otra novia que tomes.

»—¿Por qué te opones a una mujer a la que no has visto? —exclamé con vehemencia—. Por lo menos contéplala.

»—¡Nunca! —contestó—. El lazo se cortó y no se puede volver a coser. Mi padre me ligó con un voto para no volver a entablar amistad con mi hermana, y no lo romperé. No violaré sus términos, aunque se trate de un parentesco de segundo grado. No nos volveremos a ver jamás. Una tonta profecía que oí rezaba: *En el momento en que un Rookwood se case con una Rookwood, el fin de la casa estará próximo*. No lo creo. Puede no tener sentido o tenerlo de sobra. Lo que sí lo tiene es que si tú te casas con Eleanor, cada acre que poseo te será arrebatado. Y te aseguro que no hablo a humo de pajas. Lo puedo hacer y lo haré. Mi maldición será tu única herencia.

»No pude evitar replicarle, traté de hacerle ver lo injustificado de tal proceder para conmigo en un caso en el que mi felicidad estaba en juego, y qué incompatible con los preceptos de nuestra fe era permitir que nuestros odios influyeran en nuestra conducta. Mis argumentaciones tampoco tuvieron efecto. Cuanto más hablaba, más iracundo se volvía. Al final, desistí, pero no antes de que me ordenara que me fuera de su casa. Pero no abandone la vecindad, le volví a ver esa misma tarde. Nuestro último encuentro tuvo lugar en el jardín, entonces le dije que me había propuesto irme al extranjero durante dos años y al fin de ese periodo me proponía retornar a Inglaterra. Confiaba en que su resolución cambiaría entonces y que él prestaría oídos a mi proposición, cuyo cumplimiento no cesaría nunca de esperar. Esperaba que el tiempo nos acercara. Él aprobó mi plan de viaje, pero me previno contra cualquier encuentro con Eleanor y añadió en un tono melancólico: “No nos encontraremos otra vez en esta vida, Ranulph. Eleanor nunca será tuya, salvo si aceptas una condición, cosas que nunca harás”. “Proponla, no hay condición a la que no pueda acceder”, le dije. “Eres un muchacho atrevido”, me replicó, “no sabes lo que dices... Una condición que jamás podrás cumplir es la que te voy a proponer... pero no, si sobrevivo hasta tu regreso, entonces la sabrás... y ahora, adiós”. Yo entonces le rogué: “Dilo ahora, te lo ruego... cualquier cosa... lo que sea... ¡Lo que quieras!”. “¡Calla!", me replicó él justo al encaminarse hacia la casa, “cuando regreses volveremos a hablar del tema. Adiós, quizá para siempre”. Sus palabras fueron proféticas. Aquella despedida fue para toda la eternidad. Permanecí en el jardín hasta que cayó la noche. Vi a mi madre, pero él no vino con ella. Me marche de Inglaterra

sin volver a encontrarme con Eleanor.

—¿No le pusisteis al tanto de lo que sucedía ni de vuestras subsiguientes intenciones mediante una carta? —preguntó Small.

—Lo hice —respondió Ranulph—, pero no recibí respuesta. Mis primeras averiguaciones se dirigieron a confirmar si la familia se encontraba todavía en Londres. Deberíamos considerar la cuestión de si esta acción viola el voto hecho a mi padre o no.

—Discutiremos sobre eso más tarde —repuso Small, quien añadió al ver cómo empalidecía su interlocutor—: Estás demasiado exhausto como para seguir... Es mejor que dejes el resto de tu historia para otro instante.

—No —contestó Ranulph después de tragar un vaso de agua—, estoy agotado pero no puedo reposar. Mi corazón está enfebrecido y nada lo puede atemperar, me sentiré mejor cuando le haya revelado todo este asunto. Me acerco al desenlace de mi narración. Usted ya sabe la historia de mi amor... del motivo de mi viaje. Ahora sabrá que es lo que me obligó a regresar. Vagabundee de ciudad en ciudad durante el tiempo de mi exilio, consumido por una pasión sin esperanza; pocas cosas me interesaban, pese a estar rodeado de mil objetos dignos de la curiosidad de otros y sólo se me hacía soportable la vida gracias a mis arduos estudios y al ejercicio físico incesante. Mis viajes me llevaron hasta Burdeos, donde realicé una larga parada, enamorado de la belleza de su paisaje circundante. Mi capricho fue agravado por el emplazamiento de una villa a orillas del Garona, a poca distancia de la ciudad. Era un viejo *château* cuyos hermosos jardines bordeaban las orillas del río y dominaban un gran número de magníficas vistas. La casa, en parte ruinoso, estaba habitada por una anciana pareja que, antaño, fueron criados de una familia inglesa, cuyos miembros habían provisto su manutención desde que regresaron a las islas. Les pregunté por su apellido. Imagínese mi asombro cuando averigüé que aquel *château* había sido la residencia de los Mowbray. Esta información me decidió: senté mis reales en aquella casa y una nueva e inesperada fuente de alegría y deleite surgió para mí. Hollé las veredas que ella había pisado, dormí en la alcoba en la que ella durmió, cuide las flores que ella había plantado y en las doradas tardes de estío contemplaba las rápidas aguas teñidas con todos los tonos espléndidos del crepúsculo que se deslizaban bajo mis pies y pensaba que ella también las había contemplado. Su recuerdo parecía impregnar aquel lugar. Entonces me sentía relativamente feliz y, deseoso de que nadie me molestara, escribí a casa para informarles de que iba a dejar Burdeos para cruzar a España a través de los Pirineos.

—Ésa fue la noticia que nos llegó —indicó Small.

—Una noche —continuó Ranulph—, hace seis días que pasó lo que le voy a relatar, me hallaba sentado en una arboleda que domina el río. Había sido una tarde encantadora, tan deliciosa que me demore allí absorto en la contemplación de su belleza. Me fijaba en cada tinte rosáceo reflejado sobre la corriente, tan pronto se fundían en tonos dorados como brillaban en haces argénteos. Percibí la mística

anulación del crepúsculo en la oscuridad, de la noche con el día, hasta que la corriente de brillantes aguas se transformó en una masa de negro líquido. Apenas podía ver las hojas de un árbol cuando, ¡oh!, ¡otro cambio! La luna ascendió y un diluvio de sus rayos nos inundó, la corriente volvió a danzar entre los reflejos de sus rayos y yo continué en la ribera. Me quedé absorto en mis ensoñaciones durante un breve lapso, con mi cabeza apoyada en mi mano cuando sucedió que, al abrir los ojos, contemple una figura que permanecía ante mí. Me asusté al verla porque no había percibido señales de sus pasos y pensaba que no había nadie más en el jardín. La presencia de aquel personaje me provocó una angustia inexpresable. Y, sin que pueda dar una explicación suficiente, un escalofriante presentimiento me produjo la convicción de que aquel era un visitante sobrenatural. Parecía sin movimiento, sin vida, sin savia. Pero aún conservaba algunos de los signos externos de vitalidad. Me puse en pie. ¡Dios mío! ¿Qué era lo que veía? Volvió su rostro hacia mí... ¡Vi la cara de mi padre! ¡Y que aspecto, qué mirada! Por mucho tiempo que pase me podré olvidar de aquella expresión terrible, tan grabada ha quedado en mi memoria. No la puedo describir: no era de miedo ni de dolor, era como si un penar eterno se hubiese marcado en sus rasgos. Aquello era demasiado horrible como para sostener su visión. Hubiera apartado mis ojos, pero mis ojos quedaron fijos, fascinados, porque no me podía apartar de la aparición fantasmal. No me atreví a marcharme ni a gritar, no podía mover un solo miembro de mi cuerpo. La aparición se deslizaba calladamente, creía estar a punto de morir. El fantasma agitó su cabeza con la más profunda desesperación y a medida que la palabra *Regresa* sonaba en lo más hondo de mis oídos, la visión se difuminaba ante mis ojos. No puedo decir de qué forma me recupere del desvanecimiento que sufrí, pero el amanecer me vio de regreso a Inglaterra. Aquí estoy. Aquella noche, a la misma hora, murió mi padre.

—¿Fue entonces un emplazamiento sobrenatural lo que recibisteis? —dijo Small.

—Sin duda —replicó Ranulph.

—¡Hum!... La coincidencia, creo, es harto curiosa —dijo Small para sí mismo—, pero no sería difícil, pienso, encontrar una explicación satisfactoria a semejante capricho de la imaginación.

—No es ninguna fantasmagoría —replicó Ranulph con frialdad—; la figura era tan palpable como la vuestra. ¿Cómo dudar después de ver lo que ha sucedido? ¿Puede alguna mistificación practicarse sobre mí a tal distancia? Justo en el preciso instante. ¿No me pidió el fantasma que regresara? Volví y él está muerto. He contemplado a una criatura del otro mundo, dudarle me parece impío.

—Cualesquiera que sean mis pareceres, mi querido y joven amigo —respondió Small con gravedad—, los dejo en suspenso por el momento. Estáis muy excitado; permitid que os aconseje algo de reposo.

—Estoy mejor, pero tenéis razón —contestó Ranulph—, trataré de conciliar un poco de sueño. Algo en mi interior me dice que no todo está resuelto. ¿Qué es lo que queda? Tiemblo al pensar en ello. Os encontraré a medianoche, yo mismo asistiré a la

ceremonia. *Adieu!*

Ranulph abandonó la habitación, Small sacudió su cabeza con un suspiro y, tras encender su pipa, se sumergió en las profundidades del humo y de la especulación metafísica.

Capítulo 11

Lady Rookwood

El desarrollo de la historia exige nuestra presencia en otra sala de la mansión, una cámara larga y solitaria, situada en el ala este, y a la que ya se ha descrito como la parte más antigua del edificio. Su sombría apariencia se remarcaba por los tapices descoloridos y oscuros que revestían sus paredes, testimonio de la paciencia y la laboriosidad de una dama llamada Dorothy Rookwood, que floreció hace unos siglos y cuya hábil aguja representó la matanza de los inocentes con un severo vigor y una minuciosidad tan sanguinaria en el detalle que resultan muy sorprendentes en una dama tan tierna como suponemos que debió ser ella. Un Herodes de rostro disforme contempla desde los hilos la trama del tapiz a sus sombrías legiones, que ejecutan sus criminales mandatos agrupados como si fueran una patulea de brujas que danzan a su alrededor en el *sabbath*.

Una luz crepuscular, que se colaba a través de los profundos y oscuros maineles, descubría el antiguo mobiliario de la sala, que todavía presumía de una especie de mohoso esplendor, más imponente quizá que su original y chillona magnificencia, en el que se destacaban las altas colgaduras y el lecho con dosel, grande como un catafalco, que antaño estuviera reservado para el sitial del señor, pero que luego se destinó al reposo de *lady* Rookwood. Las pesadas colgaduras de terciopelo estaban recamadas en oro, con las armas y la divisa de Isabel, ya que una vez la soberana honró esas paredes con su presencia, lo cual le valió a la habitación el nombre de «Alcoba de la Reina».

El único inquilino de la sala era una mujer en cuyos rasgos los años y los sufrimientos dibujaron extraños trazos que no habían borrado su impresionante belleza y la nobleza clásica de su expresión. Lucía un rostro majestuoso y severo. El orgullo reverberaba en cada una de sus líneas y, aunque sus pasiones se desencadenaron en su tiempo, era evidente que todas se subordinaban a aquella por la cual cayeron los ángeles. El perfil de su cara se correspondía con el más puro que delinearan los helenos y habría podido servir de modelo para una Medea, así de bien acordaban con el hermoso ideal de la perfección antigua la nobleza sombría de su ceño, el severo cincelado de sus labios, la rotunda belleza de su cuello y la simetría perfecta de todas sus formas. Bordeado por suaves pliegues de cabello azabache, que aún se mantenía negro, su orgullosa frente habría mostrado todos sus encantos de no haber sido en su tiempo arrugada y deformada por los excesos de su pasión, si se puede decir de esta que deforma por las expresiones fuertes y vehementes. Su figura, a la que faltaba algo de altura para aumentar su dignidad, estaba vestida de luto. Y si bien ella no mostraba para nada la íntima desolación que en tales duelos se espera que

aflore, estaba claro que era presa de sentimientos apenas menos torturantes. En el momento en particular del que hablamos, *lady* Rookwood, pues de ella se trata, se entretenía en investigar el contenido de un escritorio. Examinaba los papeles con gran cuidado y los dejaba a un lado a medida que satisfacían su interés, hasta que llegó a sus manos un paquetito cuidadosamente atado con una cinta negra y sellado. *Lady* Rookwood rompió con celeridad el lacre y sacó del paquete una miniatura; era de una mujer joven y guapa, ruda pero fielmente retratada, creemos, porque exhalaba un aire de dulzura y sencillez, para abreviar, de realidad y naturalidad en la pintura (que apenas podemos evitar el confundir con el parecido, ya que no conocemos al modelo), que atestigua la fidelidad del artista. La cara resplandecía con su sonrisa como un día en el que brillan los rayos del sol. El retrato estaba enmarcado en oro y en su dorso se hallaba un rizo del más negro y fino cabello. Debajo de la miniatura estaban escritas por mano de *sir* Piers las palabras *Lady Rookwood*. Una tira de papel estaba pegada a la miniatura.

Lady Rookwood escrutó desdeñosamente las facciones de la retratada y luego desdobló el papel, a la vista del cual ella se sobresaltó y empalideció. «Gracias a Dios —gritó— esto queda en mis manos... Mientras lo tenga estamos seguros. ¿No sería lo mejor destruir la evidencia para siempre?... No, no, no *por ahora*, eso no me corresponde, hay que esperar a que Ranulph regrese. Este documento me dará tal poder sobre él que de otra manera me sería imposible obtener». Colocó el certificado de matrimonio, que de eso se trataba, en su pecho y, tras dejar la miniatura sobre la mesa, procedió con cuidado a poner en orden los dispersos contenidos de la caja.

Toda exteriorización de sus emociones quedó desde entonces dominada de tal forma por *lady* Rookwood que, pese a que unos momentos antes había exhibido todos los extremos de una apasionada indignación, ahora ella, sin esfuerzo aparente, recuperó su compostura por entero y hubiera parecido que se empleaba en tareas de poca importancia. Era una calma terrible, estremecedora para aquellos que la conocían. «De estas cartas entiendo —exclamó— que el miserable fruto de esta unión no conoce su origen. Excelente. No existe ningún canal por el que le pueda llegar esta información y mi primer fin es impedir que obtenga ninguna clave que le revele el secreto de su nacimiento. Yo le proveeré... ¡Ja, ja, ja! Le daré... ¡una tumba! Allí los enterraré a él y a su secreto. Mi seguridad y la de mi hijo lo exigen. Debo escoger gente de confianza, el trabajo no se debe dejar a medio hacer, como ha sucedido basta ahora. Y encima, está aquí y asociado a una banda de furtivos... Es como si obedeciese a mis deseos».

En ese momento unos golpes en la puerta la sacaron de sus meditaciones. «¿Agnes, eres tú?», preguntó *lady* Rookwood.

La vieja camarera así llamada entró en la alcoba.

—¿Por qué se desobedecen mis órdenes? —preguntó la señora en tono severo—. ¿No dije cuando me entregaste el paquete del señor Coates, que él mismo me quiso entregar, que no se me molestara?

—Sí, *milady*, pero...

—¡Habla! —dijo *lady* Rookwood un poco más suave, ya que percibió por la forma en que Agnes se comportaba que esta tenía algo importante que decir—: ¿Qué es lo que te trae por aquí?

—Lamento tener que molestar a Su Señoría —respondió Agnes—, pero, pero...

—Pero ¿qué? —le interrumpió impaciente *lady* Rookwood.

—No lo pude evitar, *milady*... Él me obligó a venir, me dijo que estaba resuelto a ver a Su Señoría, lo quisierais o no.

—¿A verme? ¿Qué es esto? Supongo cuál es su mensaje y su objeto... Él tiene alguna sospecha. No, no puede ser. Él jamás se habría atrevido a violar estos sellos. Agnes, no lo quiero ver.

—Pero, *milady*, él jura que no dejará la casa sin veros... Él habría forzado el paso hasta vos si yo no le hubiera convencido de que me dejase anunciarlo.

—¡Insolente! —exclamó *lady* Rookwood con un fulgor de indignación en su mirada—. ¡Forzar el paso! Te prometo que no volverá a empeñar sus afanes con tanta vehemencia para repetir su visita. Dile al señor Coates que le recibiré.

—¡El señor Coates! ¡Válgame el Cielo, *milady*, no es él! Él jamás se habría acercado a vos sin ser llamado. Nunca tal... Él sabe muy bien cuál es su sitio. No, no se trata del señor Coates.

—Y si no es él, ¿de quién se trata?

—Luke Bradley, Su Señoría sabrá a quién me refiero.

—Él aquí, ahora...

—Sí, *milady*, y parece tan hosco y extraño, me espantó bastante el verlo. Era como su... su...

—Su padre, quieres decir. Venga, habla.

—No, *milady*, su abuelo... el viejo *sir* Reginald. Es su viva imagen. Pero ¿no sería mejor que Su Señoría tocase la campana de alarma? Y cuando entre, yo saldré y llamaré a los sirvientes. Es peligroso, estoy segura de ello.

—No le tengo miedo. Quiere verme, dices...

—Sí, *quiere* —exclamó Luke al abrir la puerta y tras cerrarla con fuerza. Se encaminó hacia *lady* Rookwood—, y no se atenderá a más demoras.

Durante unos instantes, *lady* Rookwood, sorprendida, no pudo hablar. Fijó su mirada de furia y curiosidad sobre el atrevido intruso quien, para nada intimidado, hizo frente a su mirada con otra tan dura y tenaz como la suya.

—¿Quién sois y qué queréis? —preguntó *lady* Rookwood después de una breve pausa y, pese a sus esfuerzos, su voz sonó trémula—: ¿Qué es lo que os hace aparecer ante mí de esta manera y de tal guisa?

—Podría haber escogido una ocasión más propicia —replicó Luke—, de haber sido necesario, pero mi asunto no admite demoras... Deberíais complaceros en ver esta intromisión en vuestra privacidad en una recepción de pésame como la presente. En cuanto a las formas de mi visita, deberíais contentaros con excusarlas. No lo podía

hacer de otra manera, me enmendaré con el tiempo. *Quién* soy yo, vos seréis capaz, no lo dudo, de adivinarlo. *Qué* es lo que persigo lo sabréis cuando esta anciana abandone la alcoba, pese a que vos podríais disponer de un testigo de una declaración que os concierne tanto a vos como a mí.

Una inexpresable aprensión se apoderó de la mente de *lady* Rookwood desde el mismo momento de la irrupción de Luke. Ella, sin embargo, le respondió con algún sosiego:

—¿Qué tenéis que decirme que me sea de algún interés? Aunque lo sea, eso no significa que lo quiera oír. Sin embargo, no se dirá de *lady* Rookwood que teme estar sola, incluso si su vida corre peligro.

—No soy un asesino —contestó Luke—, ni he procurado la destrucción de mi mortal enemigo pese a que, en justicia retributiva, pudiera haberlo hecho.

Lady Rookwood se asustó.

—No, no debéis tener miedo de mí —replicó Luke—, mi venganza se cumplirá por otros medios.

—Vete —le dijo *lady* Rookwood a Agnes—, pero quédate en la antecámara.

—*Milady* —dijo Agnes, apenas capaz de articular palabra—, debo...

—Escuchadme, *lady* Rookwood —la interrumpió Luke—: Repito que no os quiero hacer daño. Mi único propósito es obtener una conversación íntima. No tenéis razones para denegármela. No abusaré de vuestra paciencia. Mi misión no es baladí. Decid que me rechazáis y me marcharé sin más. Encontraré otros medios de establecer contacto con vos menos directos y acaso menos deseables. Haced vuestra elección, pero *debe* ser a solas, sin que nos molesten. Llamad a vuestros sirvientes, dejad que pongan sus manos sobre mí y proclamaré bien alto lo que vos ocultaríais de buen grado incluso a vos misma.

—Déjanos, Agnes —dijo *lady* Rookwood—, no tengo miedo de este hombre. Me las puedo ver con él si se diera la ocasión.

—Agnes —dijo Luke, con un profundo y duro susurro tras sujetar a la camarista cuando pasaba a su lado—, no te muevas de la puerta hasta que yo me vaya. ¿Has olvidado a tu antigua ama, mi madre? ¿Has olvidado a Barbara Lovel y *aquella* noche?

—¡Por los clavos de Cristo! —replicó Agnes con un estremecimiento.

—Mantenlo fresco en tu memoria. No te muevas ni un paso a pesar de lo que oigas —añadió él en el mismo tono.

—No lo haré, no lo haré —dijo Agnes al marcharse.

Luke sintió oscilar algo su resolución cuando se encontró a solas con *lady* Rookwood, cuya actitud sosegada y reservada, pero orgullosa, que reasumió al tomar asiento y prepararse para su conversación, no dejó de inspirarle cierto temor reverencial. Para nada inconsciente de su ventaja ni tarda para aprovecharse de ella, *lady* Rookwood permaneció completamente callada, con sus ojos firmemente fijos sobre su rostro, mientras que su embarazo ante ella se incrementaba. Reunió al final

el coraje suficiente para dirigirse a ella y, avergonzado por su falta de nervio, comenzó así:

—Cuando entré en esta habitación me preguntasteis por mi nombre y por el objeto de mi visita. En cuanto a lo primero, ostento el mismo apellido que Su Señoría. Durante mucho tiempo he llevado el apellido de mi madre, pero ahora reclamo el de mi padre. Mi objeto es la restitución de mis derechos.

«¡Vaya! Es lo que me temía», pensó para sí *lady* Rookwood mientras bajaba involuntariamente sus grandes ojos.

—¿Os he oído bien? —exclamó ella en alta voz—. Vuestra Excelencia es...

—*Sir* Luke Rookwood, como corresponde al primogénito de mi padre, por su derecho a tal título.

Si las miradas pudieran matar, Luke habría caído muerto a los pies de la dama. Con una sonrisa de inexpresable desdén, ella replicó:

—No sé por qué me permito aguantar esta indignidad ni por un solo instante. Pero quería ver lo lejos que os lleva vuestro descaro. ¿Vuestro apellido es Bradley, verdad?

—En mi ignorancia lo llevé —respondió Luke—, soy el hijo de la mujer cuyo apellido de soltera era Bradley. Ella fue...

—¡Es falso y no pienso oírlo! Ella *no* fue —gritó *lady* Rookwood con un ardor que dominó su prudencia.

—Su Señoría se anticipa a mis palabras —replicó Luke—. Susan Bradley fue la primera esposa de *sir* Piers Rookwood.

—Su querida... su amante, si lo preferís. Nada más. ¿Es algo nuevo para vos que una moza aldeana, que se presta a tal deshonor, sea engañada con tan burdas promesas? Que ella fue burlada, no lo dudo. Pero es demasiado tarde como para andar con lamentaciones y os aconsejaría que no repitierais tan absurdas bravatas, creedme no serviría sino para blasonar vuestro deshonor y el de vuestra madre.

—*Lady* Rookwood —respondió Luke con dureza—, la honra de mi madre es tan inmaculada como la vuestra. Os repito que ella fue la primera mujer de *sir* Piers y que yo, su hijo, soy el primero en su herencia. No sólo eso, el heredero de las tierras y del título de Rookwood con la exclusión de vuestro hijo. Sopesad este dato. Los hombres os temen como a una enfermedad, yo no os temo. Hubo un tiempo en que los Rookwood tenían a sus damas sujetas. ¿No veis algo de eso en mí?

Una o dos veces, mientras Luke hablaba, las miradas de *lady* Rookwood buscaron la cuerda de la campana para pedir ayuda, pero su propósito fue abandonado en el mismo instante de su aparición, posiblemente por temor a los efectos de semejante intento. Tenía mucho miedo por las consecuencias que se pudieran derivar de la entrevista, y ella reflexionaba acerca de cómo podría acabarla sin poner en peligro su integridad y, de ser posible, poder atrapar a Luke. Entonces, este, tras volverse rápidamente sobre ella, empuñó una pistola y exclamó:

—¡Seguidme!

—¿Adónde? —preguntó alarmada.

—A la capilla ardiente.

—¿Por qué allí? ¿Qué queréis hacer? ¡Villano! No os confiaré mi vida. No os seguiré.

—No lo dudéis, si en algo valoráis vuestra vida. Dad la alarma a la casa y haré fuego. Vuestra seguridad depende de vos misma. Quiero ver el cuerpo de mi padre antes de que yazga en la tumba. No os pienso dejar aquí.

—¡Vamos! —dijo *lady Rookwood*—. Si eso es todo, me comprometo a que no seréis detenido.

—No quiero vuestro compromiso: vuestra presencia será mi garantía. Por la memoria sin vindicar de mi madre, si me hacéis una jugarreta os mataré de inmediato. Obedecedme y estaréis a salvo. Nuestro camino nos lleva a la cámara por la escalera secreta, pasaremos desapercibidos... Como veis, conozco el camino. La habitación, por vuestro mandato, está vacía, salvo el muerto. Hecho esto, yo me iré. Entonces tendréis plena libertad para actuar. Desobedecedme y vuestra sangre caerá sobre vuestra propia cabeza.

—Os engañáis —dijo *lady Rookwood*, que se dirigía a la antecámara.

—La puerta a la que me refiero es esta —y señaló a otra parte de la habitación—. Ese panel.

—¡Vaya! ¿Cómo lo sabíais?

—No importa, seguidme.

Luke tocó un resorte y el panel se abrió, mostró un pequeño pasadizo en el que entraron. Tras tomarla por el brazo, se llevó a *lady Rookwood* consigo.

Capítulo 12

La capilla ardiente

El espacio al que se abrió el panel había sido un oratorio y, pese a que se hallaba completamente en desuso, todavía conservaba sus cojines y su crucifijo. Había otras dos entradas al recinto sagrado, una que comunicaba con otra alcoba y una más que llevaba a la galería. Luke avanzó a través de esta, sin soltar a su presa.

Caía la noche con rapidez y hasta en las estaciones más luminosas este oscuro corredor estaba imperfectamente alumbrado por las ventanas tintadas, estrechas, de rejería que daban al viejo patio cuadrangular situado debajo. Cuando salieron del oratorio, la cegadora luz de un relámpago, pues había estallado una tormenta repentina, iluminó por un momento la entera extensión del pasillo y descubrió la figura de un hombre que se retiraba, envuelto en un gran abrigo negro, al otro extremo de la galería. *Lady* Rookwood profirió un grito de auxilio, pero el individuo, fuera quien fuese, desapareció en la oscuridad súbita que sucedió al relámpago, lo que dejó a la dama con la duda de si se había dado cuenta de su situación o no. Luke también vio a la negra figura y, no sin miedo a que sus planes fueran desbaratados, oprimió con mayor fuerza el brazo de *lady* Rookwood y puso el cañón de su pistola en su pecho a la vez que la apremiaba para que avivara el paso.

Todo estaba sumido en una oscuridad total, no se podía percibir la figura de ninguno de los dos cuando avanzaban por el corredor, pero el firme puño de Luke indicaba que su propósito no había cambiado, ni la lenta y digna marcha de la dama delataba ningún temor por su parte. Tras descender por una escalera de caracol que llevaba desde la galería al piso inferior, se abrieron camino por un pasadizo muy poco utilizado que iba por debajo del recibidor. Sus pisadas resonaban sobre las losas del pavimento. No se oía otro sonido. Subieron por una escalera semejante a aquella por la que habían descendido y llegaron a otro pasillo. Tras unos pocos pasos se encontraron ante una puerta. Luke giró su pomo y se vieron en la capilla ardiente.

La habitación que contenía los restos del pobre *sir* Piers estaba dispuesta de tal manera que parecía una mofa de la grave dignidad que, al tratar de escarnecer a la muerte, es por sí misma una amarga irrisión de la vida. En ella se hallaba dispuesto el refrigerio del día, extraño uso que se adopta por respeto a la costumbre y al ceremonial, y cuya larga data ha vuelto totalmente preceptivo en tales ocasiones. Esta habitación, que era de gran tamaño, formó parte originariamente de la gran sala, de la cual se separó por un grueso tabique de negra y lustrosa madera de roble barnizada, enriquecida con figuras caprichosas talladas en bajorrelieve. Las paredes estaban recubiertas de paneles del mismo material marrón y sustentaban diversos retratos de los miembros de la familia en toda clase de atavíos, desde la férrea cobertura de *sir*

Ranulph hasta las airosas galas de *sir* Reginald. La mayor parte de la estirpe se agrupaba en torno a la sala; vistos a la dorada luz que arrojaban sobre ellos los candelabros, parecían una comitiva de altivos y mudos testigos que contemplaban a su descendiente muerto. De los extremos de la cámara colgaban paños negros y sobre una plataforma en el centro descansaba el cadáver. Grandes escusones adornados con brillantes colores rendían pomposos honores heráldicos al difunto. Enormes hachones ardían a sus pies y en su cabecera, y el humo de los incensarios esparcía sus aromas perfumados.

La entrada de Luke y de su acompañante forzosa fue abrupta. El paso de la oscuridad al fulgor de la sala resultó cegador, y ya se habían adentrado bastante en la sala cuando *lady* Rookwood vio a un hombre que pensó que sería uno de los miembros del cortejo fúnebre, que estaba inclinado sobre el ataúd. La tapa del mismo había sido abierta por completo y la persona, cuya espalda estaba frente a ellos, parecía estar abismada en la dolorosa contemplación del triste espectáculo que tenía ante sí. De pronto, liberada de la presión de Luke, *lady* Rookwood se abalanzó y dio un grito al tiempo que golpeaba al desconocido en el hombro. Él se volvió ante tal requerimiento y descubrió los rasgos de su hijo.

Tan rápidamente como ella, Luke actuó. Apuntó con la pistola a la cabeza de *lady* Rookwood, pero su mano se desplomó a su costado cuando vio la mirada de Ranulph. Los tres parecían paralizados por la sorpresa. Ranulph, asombrado, extendió la mano hacia su madre quien se agarró a su hombro y señaló a Luke. Éste miró con dureza y curiosidad a ambos. Nadie profirió una palabra.

Capítulo 13

Los hermanos

Con esa celeridad de la percepción que a la vez proporciona datos en una emergencia tal, Luke conjeturó al instante quién se hallaba ante él. Asustado como estaba, mantuvo el tipo y esperó acontecimientos con las manos cruzadas sobre el pecho.

—¡Atrápalo! —gritó *lady* Rookwood tan pronto como pudo recuperar el habla.

—Si se mueve lo mato —dijo Luke mientras lo apuntaba con su pistola.

—Fíjate dónde estás, villano —le contestó Ranulph—, estás atrapado en tu propia red. Sométete a nuestra gracia, toda tu resistencia es vana y no te garantizará tu vida mientras agraves tu delito. Entrégate.

—¡Jamás! —respondió Luke—; ¿sabes a quién le estás pidiendo que se entregue?

—¿Cómo habría de saberlo? —contestó Ranulph.

—Por el mismo instinto que me hace a mí saber quién eres tú. Pregúntale a *lady* Rookwood, ella te informará si quiere.

—No hables con él, ¡atrápalo! —gritó *lady* Rookwood—. Es un ladrón y un asesino que ha amenazado mi vida.

—¡Cuidado! —le dijo Luke a Ranulph, que se aprestaba a cumplir el mandato de su madre—. No soy ni un ladrón ni un asesino, no me conviertas en un fratricida.

—¡Fratricida! —repitió Ranulph.

—¡No le hagas caso! —gritó *lady* Rookwood—. Es falso, no se atreverá a hacer nada contra ti por la cuenta que le trae. Iré a pedir socorro.

—¡Quieta, madre! —exclamó Ranulph tras detener a *lady* Rookwood—. Este hombre puede ser quien dice. Antes de que llegemos a extremos de difícil arreglo, me gustaría interrogarle. Nunca te lo hubiera dicho de haber podido impedirlo, pero mi padre tuvo otro hijo.

Lady Rookwood se estremeció. Le hubiera gustado comprobar lo que Ranulph sabía sobre el asunto, pero Luke habló:

—Has dicho la verdad. Él tuvo un hijo... Yo... soy él.

—¡Cállate! Te lo ordeno —gritó *lady* Rookwood.

—¡Antes muerto! —gritó Luke en alta voz—. ¿Por qué debo callar a su capricho, al de quien no respeta ninguna ley, divina o humana, para seguir vuestros perversos propósitos? No dilapidéis vuestras miradas fulminantes conmigo, no me causan ningún efecto. *Hablaré*. Ranulph Rookwood, el apellido que llevas es mío, por un derecho que es tan bueno como el tuyo. Yo surgí de las entrañas del cadáver que yace ante nosotros. No hay ninguna mancha deshonrosa en mi nacimiento. Soy el hijo de tu padre, el primogénito, tu hermano mayor. ¡Escúchame! —gritó al tiempo que se acercaba al túmulo—: Juro ante este cuerpo que he dicho la verdad y que, pese a que

para mí *sir* Piers nunca fue lo que un padre debe ser para un hijo, pese a que nunca le vi sonreír, ni sentí sus caricias, ni recibí su bendición, ahora le perdono y olvido por completo sus ofensas.

Dicho esto, se arrojó con arrebatada violencia sobre el ataúd.

Es difícil describir los sentimientos que invadieron a Ranulph con la revelación de Luke. El asombro y el temor predominaron. Incapaz de moverse, permaneció expectante y silencioso ante la escena. No así *lady* Rookwood. El momento de pasar a la acción había llegado. Se dirigió a su hijo y le susurró al oído: «Tu presa está en tu poder. Acaba con ella».

—¿Por qué? —respondió Ranulph—. Si es mi hermano, ¿debo alzar mi mano contra él?

—¿Por qué no? —respondió *lady* Rookwood.

—Son pecados que traen la maldición. El misterio se ha revelado. Era por esto para lo que me emplazaron.

—¿Qué dices? ¿Quién te llamó?

—Mi padre.

—¿Tu padre? —repitió sorprendida *lady* Rookwood.

—Sí, mi padre. Se me apareció en el momento de su muerte.

—Ranulph, deliras... estás perturbado por el dolor... con el asombro.

—No, madre, no pienso luchar contra mi hado.

—¡Psché! Tu destino está en Rookwood, en sus fincas, su tierra, sus rentas y su título. No cederás todo eso a un palurdo de baja cuna como este. Tiene que probar sus derechos. Los jueces deberán decidir, pero hasta entonces no hay que ceder. Él no te ha dicho que posea el derecho o que pueda sostener sus pretensiones, es un embaucador que se engaña a sí mismo. Alguien que tras escuchar alguna conseja sobre su nacimiento se la ha creído porque responde a sus sueños. Yo lo he tratado con el desdén que merece. Lo habría expulsado de mi presencia, pero estaba armado, como puedes ver, y me obligó a venir hasta aquí, quizá para matarme, crimen que no cometió gracias a tu intervención. Su vida está ya perdida por un delito de la misma clase que cometió la pasada noche. ¿Para qué vino aquí? ¿Para qué me arrastró hasta este lugar? ¡Vamos a ver qué nos responde!

—Yo contestaré a eso —replicó Luke, que se incorporó desde el túmulo. Su faz era de una palidez cenicienta, tan cadavérica como el cuerpo que yacía a su lado—, tengo que realizar una acción de la que debéis ser testigos. Es una ocurrencia peregrina, pero también lo fueron los medios por los que adquirí el conocimiento de mis derechos. Ranulph, los dos somos esclavos del destino. Tú y yo hemos recibido nuestros emplazamientos para llegar hasta aquí. El fantasma de tu padre te citó. El espectro de mi madre me dio una señal. Ambos hemos acudido. Sólo queda una cosa por hacer y la misión se habrá cumplido.

Dicho lo cual sacó la mano del esqueleto y después de timar el anillo nupcial de su dedo, colocó la blancuzca extremidad sobre el lado izquierdo del pecho paterno.

—Descansa aquí —dijo—, para siempre.

—¿Vas a tolerar esto? —le vituperó *lady* Rookwood a su hijo.

—No —replicó Ranulph—, semejante profanación de un cadáver no se debe permitir, aunque fuera diez veces hermano mío. Apártate.

Ranulph avanzó hacia el túmulo y apartó a Luke del mismo.

—Aparta tus manos del cuerpo de mi padre —dijo Ranulph—, y quita lo que has puesto sobre él.

—Ni lo pienso quitar ni permitiré que nadie lo toque —respondió Luke—. Fue para esto para lo que vine aquí. Fue a esa mano a la que se unió en vida, y no los separará la muerte.

—No permitiré semejante irreverencia —afirmó Luke, que agarró a Luke con una mano y arrebató con la otra la mortaja—, quítalo o...

—Suéltame —tronó Luke—, te esfuerzas en vano.

Ranulph trató sin efecto de empujarlo hacia atrás y de sacudirse el puño que oprimía su cuello, para lo que agarró la muñeca de su hermano y al mismo tiempo se prevenía contra sus intenciones. Durante esta indecorosa y antinatural pelea, el cadáver de su padre fue despojado de sus coberturas y la mano aparecía posada sobre su corazón.

Y a medida que la impiedad desenfrenada de su conducta merecía un reproche inmediato, aunque fuera por parte del muerto, un estremecimiento pareció ensombrecer los rasgos de *sir* Piers y sus iracundas miradas se fijaron en la dirección de sus hijos. Este asombroso efecto se produjo al acercarse *lady* Rookwood al cadáver, su sombra se proyectó sobre el ceño y el rostro del difunto para producir la apariencia que hemos descrito. Simultáneamente se separaron los dos hermanos con un sentimiento hondo de vergüenza mezclado con los remordimientos. Ambos permanecieron con sus ojos fijos sobre el muerto, cuyo reposo habían violado.

Tras doblar la mortaja sobre el cuerpo, Luke se preparó para marchar.

—¡Agárralo! —gritó *lady* Rookwood—. ¡No escaparás de esta!

—Mi hermano no se opone a mi marcha —dijo Ranulph—: ¿Quién me lo podrá impedir?

—¡Yo! —gritó una voz aguda tras él, por ella pudo estar al tanto en ese momento de quién procedía la exclamación. Luke se sintió atrapado por dos asaltantes excitados que, tras arrebatarse la pistola de sus manos, inmovilizaron sus brazos. Todo esto fue cosa de un instante y fue hecho prisionero antes de que pudiera ofrecer alguna resistencia. Una gran sonrisa de gozo revelaba la satisfacción de *lady* Rookwood.

—¡Bravo, muchachos, bravo! —gritó Coates, gracias a cuya hábil supervisión se pudo llevar a cabo la aprehensión—. Lo hemos hecho estupendamente, ni mi padre, el viejo cazador de bandidos, lo hubiese superado. Dadme esa pistola... cargada... Ya veo, balas, sin duda... Menudo granuja... Registrad sus bolsillos, volvedlos del revés mientras yo hablo con Su Señoría.

El vigoroso fiscal, ufano por la acción que acababa de realizar, se acercó a *lady* Rookwood y se inclinó ante ella con una profunda reverencia y una afectada sonrisa de satisfacción.

—Justo a tiempo para impedir sus desmanes —dijo Coates—. Espero que Su Señoría no haya sufrido ningún daño derivado de este susto... o inconveniencia... que este terrible ultraje le haya podido ocasionar. Este tipo de situaciones son extremadamente desagradables para una dama en cualquier ocasión, pero aún más en unas circunstancias como las presentes. Pero ya tenemos al villano a buen recaudo. Ha sido una suerte que hayamos coincidido, quizá Su Señoría desee saber cómo descubrí...

—Ahora no —respondió *lady* Rookwood, que refrenó la vanidad del leguleyo—. Le agradezco mucho, señor Coates, el servicio que me ha prestado, yo me sentiré aún más en deuda con vos si ponéis al prisionero a buen recaudo.

—Desde luego, se hará lo que Su Señoría desee. ¿Puedo arrestarlo en la mansión por esta noche o lo llevo a los calabozos de la aldea?

—Donde vos queráis, siempre que sea rápido —contestó *lady* Rookwood, que se dio cuenta, con gran inquietud, de la agitación y, temerosa de que pudiera decir o hacer, en presencia de tantos testigos, algo perjudicial para sus intereses. No eran sin fundamento sus temores; cuando Coates se iba a marchar con el prisionero, se detuvo porque la voz de Ranulph le ordenó permanecer quieto.

—Señor Coates —dijo Ranulph—, pese a lo que las apariencias puedan indicar, este hombre no es un ladrón. Debéis, por lo tanto, dejarlo en libertad.

—¿Qué decís? ¿Liberarlo... *sir* Ranulph?

—Sí, señor, os digo que él no entró aquí con la intención de robar o ejercer la violencia.

—Eso es falso, Ranulph —replicó *lady* Rookwood—, fui traída a la fuerza hasta aquí por él, con peligro de mi vida. Además, está preso por el señor Coates por otros cargos.

—Sin duda alguna Su Señoría tiene razón: tengo una orden contra él por agredir a Hugh Badger, el guardés, y por otros delitos.

—Yo me hago responsable de su comparecencia por tales cargos —dijo Ranulph—. Ahora, señor, haced el favor deliberarlo.

—En tu propio daño —exclamó *lady* Rookwood.

—Bien... —dijo el asombrado jurista—, desde luego que es el procedimiento más extraño que he conocido en mi vida.

—Ranulph —se dirigió *lady* Rookwood con dureza a su hijo—, date cuenta de cómo me dejas.

—Sí, *sir* Ranulph, como amigo de la casa dejad que me atreva a advertiros de que no debéis poner en una situación tan desairada a vuestra madre.

Al ver que su consejo no era tenido en cuenta, el señor Coates se retiró a una corta distancia.

—No quiero ver cómo se trata injustamente al hijo de mi padre —dijo Ranulph con voz grave—. ¿Por qué habríais de arrestarlo?

—¿Que por qué? ¡Lo exige nuestra seguridad... nuestro honor!

—Nuestro honor exige su liberación inmediata, cada momento que permanece con esas ataduras mancilla su pureza. Yo mismo lo desembarazaré de sus grilletes.

—¿Y te arriesgarás a soportar mi maldición, niño tonto? Incurriste en el anatema de tu padre por un motivo bastante más fútil que este. Nuestro honor clama por su muerte. ¿No he sido insultada en el punto más sensible por el que una mujer puede ser ofendida? ¿Debo permitir que mi apellido se preste a la burla y al desprecio por tan baja falsedad? ¿Lo consentirás tú? ¿Dónde quedará, entonces, mi honor, despojada de las ricas posesiones... mi hijo y yo... mendigos, dependientes de la generosidad de un advenedizo? ¿Te permite tu honor soportar algo semejante? Es un quimérico sentido del honor, tan sin sustancia como la sombra de tu padre, al cual ahora te refieres y que te debería conminar a actuar de otra manera.

—No evoquéis ese espectro terrible, madre —gritó Ranulph estremecido—. No despertéis su ira.

—No despiertes la *mía* —respondió *lady* Rookwood—, yo soy mucho más temible. Piensa en Eleanor Mowbray, el impedimento para vuestras nupcias ya no existe, ¿quieres erigir otro aún más poderoso?

—Vale, madre, ya es suficiente. Has vencido pero no me has convencido. Encarcélalo en la casa, si quieres, hasta mañana. Mientras tanto, meditaré acerca de la conducta que debo seguir.

—¿Es ésta vuestra decisión?

—Sí, señor Coates —le dijo Ranulph al fiscal, que había sido un testigo pero no un oyente, por fortuna, de la conversación—. Desatad al prisionero y lleváoslo.

—¿Es esa la opinión de Su Señoría? —preguntó Coates, que lamentaba profundamente no poder complacer a las dos partes.

Lady Rookwood mostró su asentimiento con un leve gesto de afirmación.

—Vuestra orden será cumplida, *sir* Ranulph —dijo Coates, que trazó una reverencia y se aprestó a retirarse.

—¡*Sir Ranulph!*— se hizo eco *lady* Rookwood con gran énfasis—: ¿Te has dado cuenta?

—¡Que me aspen si esta no es la familia más extraña con la que me he encontrado! —murmuró el magistrado—. Por favor, abran paso, caballeros —dijo en voz alta, mientras apartaba a la gente que le impedía el paso al cautivo.

Tras describir lo que sucedió con *lady* Rookwood y su hijo en una parte de la sala, debemos narrar ahora con brevedad algunas incidencias que acontecieron en la otra. La voz de alarma que indicaba que un ladrón había penetrado en la mansión se difundió con gran celeridad a través de la casa, y casi todos sus inquilinos irrumpieron en la habitación, incluidos el doctor Small, Titus Tyrconnell y Jack Palmer.

—¡Demonios! ¿Estáis ahí, querido? —dijo Titus, que se encontró con su amigo—. El pajarito ha sido cazado, ¿habéis visto?

—¡Una m... cazado! —contestó Jack fanfarrón—. Ha sido por su propia culpa. Fue una endiablada locura venir aquí y en un momento como este. Ahora ya no hay manera de auxiliarle, deberá arreglárselas como pueda. Y respecto a ese soplón, cotilla y apergaminado plumífero, si no le doy su merecido por su servilismo, yo no me llamo Jack Palmer.

—¡Ay! ¡Por los clavos de Cristo! ¿Qué demonios te pasa con ese chico, Jack? El señor Coates se limitó a cumplir con su deber. Siento que lo hayan atrapado, por su parentesco con *sir* Piers y porque creo que va a ser enchironado a causa de su desgracia. Más aún, podría perdonarle por la caza furtiva, pero allanar una morada en un momento como este. ¡Ay! Es un asunto con muy mala pinta, me temo que él era peor de lo que yo me imaginaba.

Mientras tanto, un grupo de arrendatarios, muchos de los cuales se hallaban en estado de embriaguez, se habían aglomerado alrededor del prisionero. Cualquiera que fuese la naturaleza de sus pensamientos, no se hallaba la menor traza de miedo en la compostura de Luke. Permaneció erguido en medio de la multitud, su alta talla destacaba sobre el conjunto y sus ojos estaban fijos en los movimientos de *lady* Rookwood y de su hijo. Se había dado cuenta de la angustia de este y de la vehemencia de aquella, y les atribuyó a ambas sus justas causas. No se enteró de los vituperios y gritos, las amenazas y las preguntas insolentes, hasta que una voz en su oído, aguda como la mordedura de una serpiente, le sobresaltó. Era la voz del enterrador.

—La has hecho buena —dijo Peter—, ¿verdad? Espero que los grilletes sean de tu gusto. ¡Bien! Un hombre testarudo debe seguir su propio camino. Quizá, la próxima vez, te limites a seguir mis consejos. Ahora debes liberarte como Dios te dé a entender de la cautividad entre estos moabitas, lo que te puedo prometer que no será una tarea fácil. ¡Ja, ja, ja!

Peter se ocultó entre la multitud y Luke trató en vano de descubrir su estampa cuando se topó con la penetrante mirada de Jack Palmer fija sobre él, con una expresión peculiar y muy significativa.

En ese momento hizo su aparición el señor Coates.

—Pasad adelante al prisionero —dijo el magistrado a sus dos asistentes; Luke fue apremiado y el señor Coates trató de mantener a distancia a la multitud. Fue durante esos apretujones cuando Luke oyó que le musitaban al oído: «No tengas miedo. Todo va bien». Al volver el rostro se dio cuenta de la proximidad de Jack Palmer. Este enarcó sus cejas en ademán que conminaba al silencio y Luke siguió como si nada hubiese ocurrido. Él estaba ahora frente a *lady* Rookwood y su hijo y, pese a los esfuerzos del señor Coates, secundado por unos pocos, la gente se amontonaba alrededor de ellos.

—Quitadle los grilletes —dijo Ranulph, y se le despojó de sus vínculos.

—Tendréis que conformaros con permanecer aquí como prisionero hasta mañana —le informó Ranulph.

—Yo no consiento nada —contestó Luke—, estoy a vuestra merced.

—Deja que siembre vientos —dijo *lady* Rookwood—, pronto cosechará sus tempestades.

—¿Me dais vuestra palabra de que no os fugaréis? —le preguntó Ranulph.

—Desde luego —se burló el señor Coates—, seguro que lo hará. ¡Ja, ja, ja!

—No, no lo haré —respondió Luke con altivez—. Me detenéis por vuestra propia cuenta.

—¡Esto es buenísimo! —exclamó el magistrado—. Es la mejor broma que he oído en mi vida.

—Te retendré, entonces, bajo custodia hasta que se efectúen los procedimientos correspondientes —dijo Ranulph—. Queda a vuestro cargo, señor Coates, y al del doctor Tyrconnell, a quien requiero para que os preste su asistencia. Además os ruego que le atendáis en la medida en que su situación lo permita. Lleváoslo. Tenemos un sagrado deber que cumplir con el muerto ante el que hasta la justicia de los vivos debe ceder. Dispersad a la multitud y empecemos con los preparativos para la ceremonia.

—¡Ranulph Rookwood! —gritó Luke con fuerza al irse—, tenéis otro y más sagrado deber que cumplir... con el hijo de vuestro padre.

—¡Largo con él! —ordenó *lady* Rookwood—. Ya estoy harta de esta farsa. Seguidme a mi alcoba —le dijo a Ranulph al emprender el camino hacia la puerta. La concurrencia de curiosos, que habían escuchado con asombro toda esta extraordinaria escena, les cedió el paso al instante y ella abandonó la sala acompañada por Ranulph. El prisionero fue conducido afuera por otra puerta.

—¡Maldita sea! —gritó Titus al señor Coates cuando iniciaron su guardia—, ¿por qué me eligió a mí? Me voy a perder todo el funeral por esta orden.

—Así será —dijo Jack Palmer—. ¿Queréis que sea vuestro sustituto?

—No y no —dijo el señor Coates—. No puede ser otro que el señor Tyrconnell, ese era el expreso deseo de *sir* Ranulph.

—¡Al diablo con eso! —rezongó Titus—. Yo era el maestro de ceremonias en el funeral y lo había preparado todo para luego ser yo el omitido. ¡Ojalá *sir* Ranulph no hubiera llegado hasta mañana! ¿Qué le trajo aquí para estropearlo todo?... ¡Esto es terriblemente enojoso!

—¡Terriblemente enojoso! —repitió Jack.

—Bueno, no hay más remedio... Tendré que poner al mal tiempo buena cara —se resignó el bienhumorado irlandés.

—¡Que me aspen! —dijo el señor Coates—. Hay algo en todo esto que no logro explicarme. En cuanto a custodiar al prisionero aquí, iluminados por la luz de luna... Supongo que mañana sabremos el curso que toman los acontecimientos.

—Sí —replicó Jack con una sonrisa irónica—, ¡mañana!

Libro 2

EL ENTERRADOR

Duquesa: Sois muy grosero.

Bosola: Mi oficio consiste en honrar a los muertos, no a los vivos. Soy un sepulturero.

WEBSTER

Capítulo 1

La tormenta

La noche fue dura y tormentosa. El día bochornoso, bajo un cielo desvaído, amarillento, metálico, que se cernía como una inmensa lámina galvanizada sobre la faz de la naturaleza. A medida que la tarde avanzaba, todo hacía prever la inminente tempestad. El zahorí notaba signos inequívocos de su proximidad. Las golondrinas volaban tan al ras de la superficie del estanque que rizaban el espejo de sus aguas; entonces, tras revolotear alrededor, tras lanzar un chillido titubeante, se dirigía en rápido vuelo hacia su hogar de barro entre los salientes del granero. Las vacadas que pastaban en las riberas buscaban al zambullirse en sus aguas el alivio del acoso de una miríada de insectos torturadores, vagaban robustas, sueltas y emitían hondos mugidos. El venado, que al caer la tarde se había dirigido allí para refrescarse, de repente, «con vibrantes aletas aspiraba el aire» y se escondía en sus espesuras, a cubierto entre la protectora capa de helechos. Los grajos, «de rebeldes alas, en multitud formados», graznaban de una manera que, tan claramente como las palabras lo pudieran hacer, proclamaban su temor. Se les veía revolotear y sacudir el aire con sus plumas... y a otros lanzarse hacia el cielo como si quisieran reconocer el tiempo. Mientras otros, de nuevo, graznaban a sus parejas en discordantes y altos tonos, desde las ramas más altas de los tilos. Todos, al parecer, tan angustiados como los marineros con los vientos que preceden a la galerna.

Al anoecer, los vapores neblinosos que entenebrecieron el horizonte durante todo el día se alzaron en volutas espirales como si fueran el humo de un bosque ardiente y, tras condensarse gradualmente, conformaron enormes y agitadas masas que reflejaban la cambiante luz solar, a medida que el orbe poniente pasaba del púrpura al color de las llamas y después al ceniciento y feo gris. La noche avanzaba como un corcel de tinieblas. Era una calma ominosa. La tranquilidad no era perturbada sino por el suspiro intermitente del viento, que, hondo como un murmullo de ultratumba, se sofocaba en el instante mismo de su surgimiento. Por fin, las nubes se ocultaron entre la negra oscuridad. Un resplandor súbito, solitario, intenso y vivo salió desde lo alto y se precipitó para sacudir la tierra con el fragor de una pieza de artillería. En diez minutos se desencadenaba una gran tormenta en medio de la noche más oscura.

El transcurso de la tormenta fue contemplado con infinito temor por la masa de campesinos reunidos en la gran sala, y eran frecuentes las ruidosas exclamaciones cada vez que tronaba sobre sus cabezas. Había, sin embargo, alguien entre la concurrencia que parecía alegrarse de la tronada. Una excitación pareja parecía arder en sus miradas al tiempo que contemplaba la tormenta en el exterior. Era Peter

Bradley. Permanecía junto a la ventana y no cerraba sus párpados ni ante los más fuertes resplandores. Una mueca de irrisión antinatural se dibujaba en sus facciones y parecía exultar con los terrores y hasta cortejar a la tempestad que afectaba a la mayor parte de sus compañeros, hasta a los más duros, y que los hacía encogerse temblequeantes en los rincones de la sala. El comportamiento de Peter no pasó desapercibido ni su reputación de impiedad se olvidaba. Para algunos, él resultaba más temible que la propia tormenta.

—¿Has visto algo semejante? —dijo el granjero Burtenshaw (uno de los huéspedes cuya cara redonda y honesta había teñido de púrpura el excelente vino, pero que el miedo había decolorado en blanco) a un vecino—. ¿Has oído alguna vez que un cristiano se ría de la tormenta con los relámpagos cegadores y los truenos que retumban de tal manera que parece que van a hacer estallar sus oídos? Siempre he pensado que Peter Bradley no es exactamente lo que dice ser, y hoy estoy seguro de ello.

—Yo, por mi parte, creo, vecino Burtenshaw —respondió el otro—, que esta tempestad es la mayor que recuerdo desde que nací, espero no volver a vivir semejante batahola. He oído de mi padre que hay gente que puede desencadenar el viento y la lluvia, y pudiera ser que Peter tuviera ese poder... Todos sabemos que tiene poderes de los que no disfrutan otros hombres.

—Todos sabemos que su vida no es como la de los demás —contestó Burtenshaw—, que pasa noche tras noche a solas en ese horrible cementerio, que mora sin la compañía de ningún ser vivo, a excepción de un viejo terrier, en su destartada casa. No ha invitado jamás a nadie a su casa, yo nunca he cruzado su umbral en estos veinte años. Pero —continuó de manera misteriosa— una vez pasé por la casa una noche oscura y lúgubre. ¿Sabéis qué vi a través de la ventana?

—¿Qué visteis?

—A Peter Bradley sentado con un gran libro abierto sobre sus rodillas; creo que era una Biblia y él lloraba como un niño.

—¿Estáis seguro?

—Las lágrimas caían con abundancia sobre las hojas —replicó Burtenshaw—, pero cuando llamé a la puerta, él cerró con rapidez el libro y me dijo que me marchara en un tono desabrido, como si se avergonzara de que se le pillara de improviso.

—Yo pensaba que jamás había derramado una lágrima —dijo el otro—. ¿Por qué se reía cuando su hija Susan se marchó a la mansión? Cuando ella murió, se dice que compraron su silencio, lo que es siempre un mal negocio. Y ahora que su nieto Luke ha sido atrapado en el asalto de la casa, no le importa nada. Parece que para él nada ha sucedido.

—No estéis tan seguro de eso —le respondió Burtenshaw—, él ha debido de estar tramando algo todo este tiempo. Bien, por lo que sé, Peter Bradley está ahora en los cincuenta y dos años y, a excepción de una noche, no le he visto hacer nada bueno y

no he oído a nadie que sepa de dónde viene o quién es.

—Una cosa, por lo menos, es cierta —replicó el otro granjero—: No ha nacido en Rookwood. Cómo llegó aquí, sólo el diablo lo sabe. ¡Dios nos valga! ¡Vaya trueno!... Esta tormenta debe haberla invocado él. Te lo digo yo.

—Él será lo que sea —terció otro interlocutor con un tono más alto, y con menos temor en su compostura, quizá porque sus nervios se fortificaron con la ayuda de licores espirituosos—. ¿Crees tú, Samuel Plant, que la Providencia le da a gente como él el dominio sobre los elementos? No... Eso es una blasfemia atroz, y las enseñanzas de la Iglesia Católica y verdadera así como de la cismática no me permiten tolerar lo que tú has dicho.

—Pues entonces recibirá sus poderes del Príncipe de las Tinieblas —replicó Plant—. Nadie puede hacer lo que él, fíjate en él. Parece que espera el próximo rayo.

—Espero, pues, que le alcance —contestó el otro.

—Eso es desearle un mal al prójimo, Simon Toft, y tendrás que arrepentirte.

—¡No seré yo quien lo haga! —contestó Toft—. La vecindad quedaría mejor si nos librásemos de ese viejo miserable.

Si Peter escuchó o no la conversación, no podemos decirlo, pero justo en ese momento el resplandor de un relámpago lo mostró frente al grupo con una mirada de fiero orgullo.

—Como que me llamo Samuel Plant que te ha oído, Toft. Ni me gustaría estar en tu pellejo.

—Ni a mí —añadió Burtenshaw.

—Dejadle que me escuche —respondió Toft—. ¿A quién le importa? Podrá oír algo que merezca la pena. No le tengo miedo ni a él ni a sus artes, aunque sean tan negras como las del propio Belcebú. Y para demostrároslo, voy a hablar aquí mismo con él.

—Si lo haces, cometerás una tontería para tu propio perjuicio —le advirtió Plant—. Es todo lo que te puedo decir.

—Permíteme recomendarte que te quedes aquí —dijo Burtenshaw para secundar a Plant, al tiempo que trataba de retener a Toft.

Pero Toft no quería consejos. Se acercó vacilante a Peter y puso la mano encima de su hombro para recabar por la fuerza su atención, pero Peter estaba, o simulaba estarlo, demasiado ocupado como para fijarse en él.

—¿Qué miras, hombre? ¿Qué es lo que llama tu atención?

—Ya viene... Ya viene... La lluvia, la lluvia... Un torrente... Un diluvio... ¡Ja, ja, ja! Bendito sea el cadáver sobre el que cae la lluvia. *Sir Piers* debe estar calado hasta los huesos, a pesar de su cobertura de plomo, con una tromba como esta. ¡Plas, plas! Fuego y agua y trueno... ¿No es bonito? ¡Ja, ja, ja! Los cielos deben llorar por él, pese a que los amigos no derraman una sola lágrima. ¿Cuándo ha sentido pena por la muerte de su señor el heredero de un grande? ¿Cuándo le ha llorado su viuda? ¿Cuándo se entristece un hombre por su semejante? ¡Nunca! Se alegra... Está

contento en lo más recóndito de su alma... No puede evitarlo, está en su naturaleza. Todos nos regodeamos y nos deleitamos en la destrucción del otro. Para eso hemos sido creados. En caso contrario, ¿por qué no actuamos de otra forma? Yo nunca lloro por la muerte de alguien pero, a menudo, me he reído. ¡Simpatía natural! Los cielos lejanos, los árboles insensibles, las piedras impenetrables os llorarán más que los hombres, lamentarán más sinceramente. Sí, está bien... Lluve... plas, plas, esto templará la fiebre infernal. Cubos y cubos de agua...

Se produjo una pausa durante la cual el enterrador, casi exhausto por el frenesí en el que parecía haberse enredado, parecía insensible a todo lo que pasaba a su alrededor.

—Te voy a decir una cosa —le comentó Burtenshaw a Plant—: Siempre he creído que hay más cosas en Peter Bradley de lo que su apariencia externa nos permite imaginar. No es lo que parece, toma en serio mi palabra. ¡El Señor te proteja! ¿Crees que un hombre que puede hablar de esa manera, con esa afectación, puede ser un sepulturero? ¡De ninguna manera!

Cuando Peter se recobró de su alegría demencial, volvió a hablar, con una furia mayor que parecía alimentada por el periodo de silencio.

—¡Mirad! ¡Mirad! —gritó—: Fijaos en el trueno, escuchad la lluvia. Fijaos en el resplandor, en la casa del reloj y en el pájaro sobre su tejado. Es el cuervo, el gran pájaro de la casa, que se lleva consigo el alma del difunto. ¡Allí, allí! ¿No lo veis? Se planta y grazna pese a la tormenta y la lluvia, no le importan nada. ¿Y por qué le deberían importar? Mirad cómo agita sus amplias alas negras... Grazna... ¡Ja, ja, ja! Viene, viene.

Y guiado, al parecer, por el miedo a la tormenta, en busca de un refugio mejor, un pájaro en ese instante se lanzó contra la ventana y cayó al suelo.

—Es una llamada —continuó Peter—, pronto acabará todo y tendremos que partir. Los muertos no deben demorarse. Mirad el sendero de fuego a lo largo de la avenida, ¿no veis la línea de llamas, como la cola de un cohete? Ese es el camino que seguirá el cadáver. El parpadeante fuego de San Telmo, la luz danzarina de Robin Goodfellow^[25] o la llama azul del cirio funerario que yo vi la pasada semana revolotear en el cementerio no son tan bonitos de ver. ¡Ja, ja, ja!

—Pero sí viste el fuego fatuo —dijo Toft—, ¿a que muerto pertenecía?

—A ti —respondió Peter con brusquedad.

—¿A mí? Mientes, viejo embustero... ¿Te atreves a decírmelo a la cara? Estoy tan sano y fuerte como cualquiera en esta casa. ¿Crees que no hay vida ni vigor en este brazo, viejo carcamal baboso?

Tras esto, Toft agarró a Peter por el cuello con una energía que, de no ser por la oportuna intervención de los circunstantes, que acudieron en su ayuda, el profeta pudo haber anticipado en sí mismo la muerte que pronosticaba.

Liberado del puño de Toft, quien fue apartado por los presentes, Peter rompió de nuevo a reír con sus carcajadas compulsivas. Y, tras mirar fijamente a su adversario,

con los ojos relucientes y las manos levantadas, como si lanzara una maldición sobre su cabeza, gritó con una voz chirriante y desigual:

—¿No haces caso de mi advertencia? ¿Me vituperas? ¿Te burlas de mí? ¡Bien! Tu destino será un aviso para todos los incrédulos, ellos recordarán esta noche. Pero tú no. ¡Loco!, ¡loco! Tu perdición ha sido sellada. He visto cómo tu espectro escogía su última morada en el pasado día de Difuntos. Conozco el lugar. Tu tumba ya está cavada, ¡ja, ja, ja! —y con más carcajadas, Peter se fue de la reunión.

—¿No te dije que no lo provocarás, amigo Toft? —dijo Plant—. Juegas con armas de doble filo, pero no le dejéis irse con ese berrinche, que alguien vaya a por él.

—Yo lo haré —se decidió Burtenshaw, que corrió en pos del enterrador.

—Te aconsejo que te acomodes con Peter en cuanto puedas —siguió Plant—: Es mal amigo y peor enemigo.

—¿Qué daño puede hacerme? —insistió Toft, que, sin embargo, no dejaba de albergar ciertos temores—. Si he de morir, no podré evitarlo... No iré en su busca, incluso en caso de que diga la verdad, lo que no creo que sea el caso. Y si debo morir, no me iré sin la preparación adecuada... Sólo, si le complace a la Providencia, me gustaría disfrutar de unos años más de la compañía de mi señora y ver a mis niñas llegar a ser mujercitas convenientemente preparadas. Pero será lo que Dios quiera. No las dejaré sin medios de fortuna y estoy seguro de que, por lo menos, no habrá un ojo seco cuando me vaya.

Entonces, el firme corazón de Toft cedió a su debilidad y derramó algunas «lágrimas naturales» que, sin embargo, fueron secadas de inmediato.

—Os digo, vecinos —continuó—, que deberíamos pensar en volver a nuestras casas, porque me parece que esta noche no podremos ir hasta el cementerio.

—Tú nunca podrás —tronó una voz tras él, y Toft al volver la cabeza se encontró con la mirada de Peter.

—Venga, venga, señor Peter —dijo el buen granjero—, ha sido una horrible gañanada, le pido perdón por lo que a mí respecta, deme su mano y no pensemos más en ello.

Peter extendió su garra y ambas partes quedaron, por lo que parecía, en términos amistosos.

Capítulo 2

El discurso fúnebre

Se sirvieron más licores y también se trajeron más luces, que se colocaron sobre una larga mesa. La gente se aglomeró en su derredor y el mal humor comenzó pronto a disiparse, hasta la tormenta se olvidó mientras duraron las copiosas libaciones que siguieron. En esta circunstancia apareció un merodeador en la gran sala; sus movimientos pasaron desapercibidos para todos, excepto para el sepulturero que observó su comportamiento con cierta curiosidad. El sujeto avanzó hasta la ventana para, al parecer, verla tormenta con gran ansiedad. Entonces, comenzó a pasear a un lado y a otro de la gran sala mientras musitaba frases, que por lo que Peter imaginaba, eran de disgusto. De nuevo volvió a la ventana, como si quisiera cerciorarse de la duración de la lluvia. Era una empresa desesperada: todo estaba oscuro allá fuera, los relámpagos sólo se veían tras largos intervalos, pero todavía se oía la lluvia caer torrencialmente. Al parecer, tras comprobar que era imposible domeñar a los elementos, el individuo se acercó a la mesa.

—¿Qué le parece la noche, señor Palmer? —le preguntó el enterrador a Jack, pues este era el ansioso escrutador del cielo.

—No sé... no podría decir... Está endemoniadamente maldita... para el funeral, quiero decir. Si vamos, nos ahogaremos.

—Y nos emborracharemos si seguimos aquí —respondió Peter—. Pero no tema, lo asaltaremos, dependemos de ello para comenzar. ¿Dónde han encerrado al prisionero? —preguntó con un cambio repentino de tono.

—Conozco la habitación, pero no la podría describir. Está a dos o tres puertas bajo el pasillo bajo de la galería este.

—¡Bien! ¿Quiénes están de guardia?

—Titus Tyrconnell y ese plumífero de mirada inquietante, Coates.

—Vale.

—Venga, venga, señor Peter —gritó Toft—, tómese un tentempié. Cántenos alguna de sus viejas consejas. Nada de cirios fúnebres ni ese tipo de cosas. Algo más vivo, quizá hasta divertido, ¡ja, ja, ja!

—Ésta sí que es buena —soltó Jack—, una canción alegre de vos, el Lillibullero^[26] cantado por una calavera, ¡ja, ja, ja!

—Mis canciones son de todo tipo —respondió Peter—. Apenas hay nadie que se atreva a pedirme que cante por segunda vez. Sin embargo, de buen grado les cantaré la más jovial de todo mi repertorio.

Se preparó, al igual que otros afamados vocalistas, con unos pocos carraspeos preliminares; tras esto se lanzó a cantar la siguiente balada.

EL VIEJO ATAÚD DE ROBLE

*Sobre la hierba del cementerio hay un viejo ataúd,
un viejo y negro ataúd de extraños adornos,
con espantosas tallas de macabra fantasía.
Mientras, apoyado en su pala, descansa el enterrador.
En el ataúd se reflejaban los tormentos de un alma,
rostros horribles adornan cada esquina:
serpientes anudadas en duro abrazo al pecho,
filacterias, calaveras y huesos entremezclados.
«¡Ah, en buena hora! —dijo el enterrador para sí—.
Tras esa tapa hay mucho oculto, grandes misterios,
es un antiguo féretro de la abadía el que tengo aquí,
puede que guarde los restos de un abad o de un fraile.
Al cavar profundamente bajo los techos de la cripta
donde los monjes reposan, este viejo ataúd pude hallar;
sus costosos relieves rasqué con cuidado
con la esperanza de encontrar fecha o nombre, pero nada pude ver.
Con pico y pala he trabajado sesenta años
y nunca he encontrado un recipiente más extraño,
y eso que muchos ataúdes he visto, lujosos y simples,
con adornos caprichosos, pero ninguno como éste».
Y tras decir esto, con un duro golpe, la tapa abrió,
y pálido de temor a un espectro contempló.
Tan terrible era el aspecto del fantasma
que parecía el más terrible estado de la humanidad caída.
Nada quedaba, salvo huesos mohosos y malolientes,
apenas algo de carne se adhería al resto,
en extraña postura, las manos apretadas, los dientes arrancados,
como si después de muerto hubiera querido forzar su prisión.
El cuello torcido, las uñas rotas, ningún ligamento sin dislocan
tendones tintos en sangre negra y coagulada.
Y cuando el enterrador quitó los clavos del ataúd
sus dedos se impregnaron de una fría y ligera sustancia.
«¡Ah, en buena hora! —dijo para sí el enterrador—.
Ya veo cuál fue el decreto del Hado para este infeliz».
Vivo y con hálito entró en el ataúd,
y, aunque dormido, sabía que al fin iba a despertar.
El ataúd, a paso lento, fue transportado por hombres venerables,
torpes pasos, cirios que arden, un réquiem que suena,
se reza por el difunto, pero el alma aún no ha volado.
Luego, el hondo silencio y la tierra sobre él.*

*Intenta respiran pero amanece a una vida más horrible que
la muerte,
a la agonía que ninguna boca humana puede contar.
Ha de morir; infeliz, en vano lucha y se revuelve,
no verá más la luz del cielo ni brillo del sol.
«¡Ten piedad, Señor! —gritó el enterrador al despertar de súbito.
Si esto es un sueño, es peor que la muerte.
Que se hunda mi cuerpo en los mares, que yazga ahogado en
la costa,
pero que no me encierren en un ataúd... Nunca volveré a
cavar una tumba».*

No es difícil descubrir el efecto que produjo esta canción los rostros alargados de gran parte de la audiencia. Jack Palmer, por el contrario, se rió en voz alta y aplaudió.

—¡Bravo, bravo! —gritó—, esto va a la perfección con mi carácter, no puedo soportar la idea de un ataúd. Nada de cajas para mí.

—Un patíbulo podría, por ejemplo, servirnos igual —murmuró en voz queda el sepulturero—. Ahora tengo derecho a exigirnos una canción. ¡Una canción! ¡Una canción! —le dijo a Jack en voz más alta.

—¡Sí, señor Palmer, una canción! —corearon los labradores—. La suya será más a propósito.

—Ni una palabra más —replicó Jack—, os cantaré una balada de Dick Turpin, el bandido. No es excelente, pero es lo mejor que tengo.

Y con un guiño de complicidad al enterrador, él comenzó a cantar con voz nasal lo que sigue:

CON UN PIE EN EL ESTRIBO

O la primera fuga de Turpin

*«El pie en el estribo y la mano en la rienda,
la libertad o la horca mis recompensas,
¡dejad que me siente de nuevo en mi silla!
Sabed, perros, que no acabó la partida».*
*Esto susurraba Dick Turpin, en sueños,
atrapado por los torpes filisteos.
Cayó en la trampa como un pobre gazapo,
sin pistolas y sin corcel le dejaron.
¡Hilloah!
Cómo Dick cayó, pronto lo narraré:
Tras una noche de galopada fue,
pues al llegar la alborada buscó reposo*

lejos del camino, en un maizal frondoso.
Confiado, en vano avisaba su corcel,
en todas ocasiones alerta y fiel,
su fino rostro siempre cerca del amo,
mas Dick dormitaba y de Bess no hizo caso.
¡Hilloah!

«¡Diablos, señores, me han pilado dormido!
Mis hazañas y robos han concluido.
La baza es suya, la partida ban ganado,
¡que sea lo que Dios quiera! El cadalso es mi hado,
¡vamos! Turpin hasta el final jugará:
mi último deseo es poder apostar
que yo, atado de manos, en el estribo
podré asentar esta bota de cautivo».

¡Hilloah!

«¡De cien a uno es la apuesta! Yo la sostengo:
por cien a uno apuesto, este es mi último juego.
Aves de oro mi bolsa quieren dejar;
seguid mi juego y las podréis atrapar».

Luego, al sesgo, Dick a su yegua miró
y ésta su cabeza enseguida agachó.
Al ver cómo las dos orejas movía
Turpin supo que Black Bess le comprendía.
¡Hilloah!

Con burlas la propuesta de Dick tomaron,
de su grave error no se percataron,
pues cuando de su bolsa el oro salió
y por cien a uno su dinero apostó,
una turba se juntó de jugadores
que al ruido del agio acudieron veloces.

«¡Qué tonta ocurrencia! ¡El estribo de Bess!
Dejad que este loco en él ponga el pie».

¡Hilloah!

Bess llegó junto a Dick, éste la miró,
ella hizo lo mismo, él su pie levantó,
luego el talón posó sobre el estribo,
sus manos las riendas habían prendido;
Bess relinchó, vibrante como un clarín;
pues en la grupa tiene de nuevo a Dick.
«¡Perseguidme, perros, corred sin parar!
Mi pie al estribo, ¿quién me puede atrapar?».

¡Hilloah!
Arrancó y pasó entre la chusma y la tropa,
un gran caos de gritos el bosque alborota,
Dick raudo galopa entre zarzas y brezos,
aturde como un rayo a los filisteos.
Picar espuelas de nada les servía,
de sus lentos jacos Turpin se reía;
con fuerza gritó: «¡Tengo el pie en el estribo!
¡Mi fiel Bess a la señal ha respondido!»
¡Hilloah!

Un gran aplauso siguió a la balada de Jack, cuando el alborozo de los asistentes al duelo fue interrumpido por el requerimiento para entrar en la sala de ceremonias. El silencio se recompuso de nuevo. Y en el mejor orden que de ellos cabía esperar, siguieron a su cabeza, Peter Bradley. Jack Palmer estaba entre los últimos que entraron y permaneció como un observador atento de una escena singular.

Se habían realizado todos los preparativos para dar la debida solemnidad a la ceremonia. El ataúd de plomo fue cerrado y recubierto con otro de madera de roble. Sobre la tapa se extendió una gran jarra de plata ricamente labrada, llena de clarete caliente para dar el último trago a la salud del difunto. Todas las luces se apagaron excepto dos prominentes candeleros que habían sido situados en la parte trasera y que proyectaban una luz débil sobre el grupo que se situaba inmediatamente alrededor del cuerpo, que lo formaban Ranulph Rookwood y otros amigos del difunto. El doctor Small estaba en frente del túmulo; bajo la dirección de Peter Bradley, los arrendatarios y los sirvientes de la casa formaban una amplia media luna alrededor de la cámara. Se produjo un expectante silencio cuando el doctor Small miró con seriedad en torno a él e incluso Jack Palmer, que no era un hombre fácilmente impresionable, se sintió conmovido por la escena.

El muy ortodoxo Small, como es bien sabido por nuestros lectores, consideraba todo uso que tuviese el aroma de las supersticiones de la Dama Escarlata^[27] como la más infame de las abominaciones, y, al sustentar tales ideas, es comprensible que una oración fúnebre apenas encontrara favor a sus ojos, sobre todo si se acompañaba de incensarios, velas y cáliz. Todo ello derivaba evidentemente de la época en que, bajo el dominio de la triple tiara pontifical, el clérigo tonsurado pronunciaba su bendición sobre el difunto y liberaba el alma del penitente de las penas del Purgatorio, a cambio de lo cual cobraba una tasa sobre los bienes de los sucesores.

Small era remiso a la hora de seguir semejantes rituales, que consideraba como un insulto a él y a su hábito. ¿Podía él, irreconciliable con el papismo, tolerar esto? ¿Podía él, que no soportaba nada que oliera a catolicismo, soportar que su pituitaria se ofendiera y sus hábitos se deslustraran por un contacto tan evidente con él? De ninguna manera se podía tolerar tal, por lo que notificó su renuncia a officiar al señor

Coates en una pequeña charla con este caballero, pero ciertas consideraciones (como el patronazgo de la iglesia titular de Rookwood por la familia) que este le presentó, así como el recordatorio de las sanciones unidas a su rechazo a officiar, hicieron que los escrúpulos de Small cedieran y, tras hacer de tripas corazón, accedió a officiar.

Con estos sentimientos, queda claro que el doctor no estaba en la disposición de espíritu más adecuada para desarrollar su exhortación. Su humor se había agriado por una serie de pequeñas inconveniencias, la principal de las cuales era que su coadjutor, Zachariah Trundlet, había quedado reducido a un estado lamentable por la abundancia de brindis: su mirada vaga, sus movimientos pendulares y su boca abierta lo volvían absolutamente incapaz de celebrar el oficio, por lo que se le relevó inmediatamente y Small comenzó su discurso sin su apoyo. Baste decir que la homilía estuvo enjundiosamente entreverada de largas citas de los Padres de la Iglesia: San Juan Crisóstomo, San Jerónimo, San Ambrosio, San Basilio, San Bernardo y demás, leídas en toda su arcana latinidad; pese a lo encontrado de sus doctrinas con la suya propia, el doctor estaba profundamente familiarizado con ellas y se deleitaba al citarlas, aunque sus auditores se hallaban pasmados y perplejos, no sin motivo. Fueron tales las expresiones de estupor en los rostros que lo contemplaban que Small, propietario de un agudo sentido de lo cómico, apenas podía contener la risa a medida que proseguía con su discurso. Y si sospecháramos en tan grave personaje cierta inclinación por el humor sarcástico, no nos extrañaría que castigara a su asombrada audiencia con un epicedio^[28] monacal.

Concluida la oración fúnebre, se repartieron galletas y pasteles entre los arrendatarios, tal y como establecían los viejos usos, y estos tomaron la parte que quisieron de los mismos. El reparto de la copa de gracia, que debería formar parte de los deberes de Zachariah, de haber estado en condiciones para ello, recayó en el enterrador. La copa la besó primero Ranulph, con labios trémulos por la emoción, y luego por los amigos que lo acompañaban. Ni una sola gota fue probada, cosa que no pasó desapercibida a la observación de Peter. Luego, se dirigió a los arrendadores; el primero era el granjero Toft. Peter le presentó la copa y cuando Toft iba a beber un gran trago de vino, Peter le susurró al oído: «Haz caso de mi advertencia y no dejes que una sola gota de líquido pase por tus labios. Por cada gota que bebas, *sir* Piers tendrá un pecado menos que pasará a cargar sobre tu conciencia. ¿Nunca oíste del pecado de beber? ¿Para qué fue adoptada esta costumbre? ¡Ja, ja, ja! ¿No has visto que los bordes de la copa no han sido aún humedecidos?». Y el enterrador siguió adelante.

Una vez que su tarea estaba casi acabada, buscó con la mirada a Jack Palmer, al cual había seguido durante el sermón fúnebre, pero al que ahora no podía descubrir. Peter estaba a punto de colocar la jarra de plata, casi vacía ya de su contenido, en su antiguo lugar, cuando Small se la quitó de las manos.

—*In poculi fundo residuum non relinque*^[29], advertía Pitágotas —dijo Small al tiempo que devolvía la copa vacía de su contenido al enterrador.

—Mi misión ha terminado —murmuró Peter—, pero no en todos sitios. Con buen o mal tiempo, truene o llueva, me debo a la Iglesia.

Tras dictar sus últimas instrucciones a uno de los sirvientes de la casa, que formaba parte de la procesión, en caso de que saliera, abrió la puerta de la mansión y, tras recibir el azote de la lluvia en su rostro, tomó el camino de la avenida.

Capítulo 3

El cementerio

Las luces fluían a través de la cancela mientras el enterrador entraba en el cementerio, al contraluz se definían todas las ramificaciones de la tracería del noble arco gótico y se iluminaban los magníficos colores de sus ricos vitrales iluminados, profusamente decorados con las armas del fundador de la Iglesia y de las muchas alianzas de sus descendientes. El resplandor de sus blasones brillaba en la oscuridad como si fuera el heraldo que anuncia su último hogar a otro del linaje cuyos logros allí se muestran. Resplandores de color, que parecían salidos del arco iris, se esparcían por las hojas de los tilos y sobre las tumbas redondas y mohosas.

Al abrir la puerta y mirar en aquella dirección, Peter sorprendió a una figura oscura envuelta en una larga capa negra y cubierta con un sombrero de ala ancha que permanecía a cierta distancia, entre la ventana y el árbol, de tal manera que recibía de lleno la masa de rayos lunares que servían para aumentar hasta un nivel suprahumano su gran estatura. El enterrador se inclinó. La figura permaneció tranquila. Había algo muy particular en la vestimenta y la situación de aquella persona. La curiosidad de Peter se incrementó enseguida; familiarizado con todos los rincones del cementerio, decidió aproximarse al máximo a la figura y asegurarse de saber a quién pertenecían la capa y el sombrero. Al abrirse paso entre las tumbas, que parecían olas, y tras rodear por instinto las lápidas que se interponían en su camino, se aproximó con rapidez al objeto de su interés. Dada su inmovilidad, la figura no parecía apercibirse de la aproximación de Peter, para quien parecía crecer a medida que avanzaba. Estaba ya muy cerca de ella cuando fue detenido por un violento agarrón en el hombro. Peter profirió un grito de alarma. En ese instante, un vivaz resplandor iluminó todo el patio y Peter pudo contemplar entonces, a cierta distancia de él, a otras dos figuras que portaban sobre sus hombros un gran cofre, o quizás un ataúd. El atavío de aquellas figuras en la medida en que podían discernirse a través de la lluvia torrencial era abigarrado en extremo. El principal de entre ellos parecía portar una larga barba blanca que llegaba hasta su cinturón. Pero pocos instantes le fueron dados a Peter para su observación. Tan pronto como la visión apareció ante sus ojos, esta desapareció, y nada más pudo observar que las siluetas brillantes de las lápidas, ni oír sino el silbido del viento y el rumor pesado de la lluvia. Se frotó los ojos. La figura misteriosa había desaparecido y no se podía hallar traza de los misteriosos portadores de ataúdes, si de tales se trataba.

«¿Qué es lo que he visto?» —profirió mentalmente Peter—: «¿Es traición o brujería o ambas cosas? Ningún ladrón de cuerpos visitaría este lugar en una noche como esta, cuando toda la vecindad está levantada. Puedo haber tenido una visión.

¡Psché! ¿Puedo engañarme de tal manera como para ignorar estos indicios? No era un demonio barbado lo que he visto, sino Balthazar, el patriarca gitano. Lo conozco perfectamente. Pero ¿la figura cobijada por una capa y cuyo brazo pudo haber agarrado mi hombro? ¿Y si *lady* Rookwood dio orden de trasladar el cuerpo de Susan? No, no puede ser. Aparte, tengo las llaves de la cripta y hay ahora cientos de personas en ella que no permitirían tal sacrilegio. Me quedo perplejo cuando pienso qué significará todo eso. Pero debo ir a la cripta». Entonces, se dirigió con paso rápido hacia el pórtico de la iglesia y, después de escurrir la humedad de sus ropas, igual que lo haría un perro de aguas al sacudir la humedad de sus rizos, y tras quitarse su gran sombrero de fieltro, entró en el sagrado recinto. El interior le pareció arder en llamaradas de luz al enterrador en su tránsito desde la más profunda oscuridad. Allí estaban reunidas unas pocas personas, probablemente las que estaban encargadas de la preparación de la ceremonia, pero había un grupo que de inmediato atrajo su atención.

Cerca del altar permanecían tres personas vestidas de luto, que se entretenían en la contemplación de las tallas monumentales que enriquecían los muros. El oficio de Peter le encaminaba hacia esa parte de la iglesia. A punto de descender a la cripta para proceder a los últimos arreglos para la recepción del cuerpo del difunto, con la linterna en la mano, las llaves y un pico, se aproximó al grupo. No prestaron demasiada atención al proceder del sepulturero hasta que el chirriar agudo del cerrojo llamó su atención.

Peter comenzó en el momento en que contempló las caras de los tres y, tras relajar la presión de su mano sobre la llave, el duro candado se abrió. Hubo susurros entre el grupo. Escuchó unos pasos ligeros que se le aproximaban. Y, entonces, el sepulturero se pudo recuperar lo suficiente de su sorpresa cuando al abrir la puerta una figura femenina apareció a su lado.

La profunda e inquisitiva mirada con la que Peter examinó el porte de la joven dama la humilló bastante, tanto que dudó en su propósito de dirigirse a él y se marchó precipitadamente de su lado.

—Ella está aquí —musitó Peter—... No... Ya no puedo mantener el secreto terrible de Luke, o Ranulph le arrebatará las posesiones.

Reforzada por sus acompañantes, una dama entrada en años y un hombre alto y elegante, cuyo continente y apostura lo proclamaban como perteneciente al estamento militar, fue la bella desconocida la que se atrevió a dirigirse a Peter.

—¿Sois el enterrador? —le dijo con una voz dulce y musical.

—Lo soy —dijo Peter, y fue como si la disonancia contestase a la armonía.

—Entonces, quizá, nos podáis decir —dijo la señora mayor— si el funeral tendrá lugar esta noche o si es posible que se suspenda por la tempestad.

—La tormenta se acabará pronto —replicó Peter—. El cadáver estará en camino, pero yo acabo de llegar ahora de la mansión.

—¡Claro! —exclamó la señora—. Supongo que nadie de la familia estará

presente. ¿Quién será el principal oficiante?

—El joven *sir* Ranulph —respondió el enterrador—. Va a haber más miembros de la familia de lo que cabría esperar.

—¿Ha regresado *sir* Ranulph? —preguntó la joven dama con gran agitación en su compostura—. Pensaba que estaba en el extranjero, que no se le esperaba. ¿Estáis seguro de que vuestras informaciones son correctas?

—Lo dejé en la mansión hace apenas diez minutos —respondió Peter—, regresó de Francia de la manera más inesperada.

—¡Oh, madre! —exclamó la joven dama—. ¡Que esto pueda suceder! ¡Que le pueda encontrar aquí! ¿Para qué hemos venido? Vámonos.

—Eso es imposible —replicó la madre—, la tormenta nos lo impide. La información de este hombre es tan extraña que apenas puedo prestarle crédito. ¿Estáis seguro de que lo que habéis dicho es verdad? —dijo ella dirigiéndose a Peter.

—No estoy acostumbrado a que se dude de mí —respondió él—. Otros hechos tan extraños como este han sucedido en el palacio.

—¿Qué queréis decir? —preguntó el caballero inquieto por esta última observación.

—No habrías tenido necesidad de preguntarme semejante cuestión si hubieseis estado allí, con los otros invitados —replicó Peter—. Hechos extraños, os digo, que han pasado esta noche, y cosas más raras sucederán antes de que amanezca.

—Sois un insolente, señor. Además, no os comprendo.

—¡Basta! Yo sí os puedo entender —replicó Peter intencionadamente—. Conozco el número de los invitados a la ceremonia, y creo que hay tres de más.

—Madre, ¿conoces a este vulgar gañán?

—Aunque su nombre no me viene ahora a la memoria, creo haberlo visto antes.

—Mi memoria me ayuda mejor que la vuestra, señora —repuso Peter—. Recuerdo a una mujer que fue antaño la orgullosa heredera de Rookwood... Sí, soberbia y bella. En aquel tiempo la casa estaba repleta con sus pretendientes y galanes. Se cruzaron espadas por ella. Pero a nadie otorgó sus favores, hasta que llegó aquella infeliz ocasión. *Sir* Ranulph Rookwood tuvo una hija y *sir* Reginald la perdió. ¡Ah! Veo que tengo razón. Bien, él está muerto y enterrado, y también lo está Reginald, su hijo. Y Piers está en el camino que lleva hasta aquí también. Sois la última, aunque según el curso natural de las cosas vos deberíais ser la primera. Y ahora que todos ellos se han ido, vos deberíais enterrar vuestros agravios con ellos.

—¡Callad, señor! —gritó el caballero—. Si no, os reventaré los sesos con vuestra propia pala.

—No, déjale hablar, Vavasour —dijo la señora con un deje de angustia—, él ha despertado recuerdos de otros días.

—Lo he hecho —dijo Peter—, pero debo trabajar. ¿Descenderíais conmigo, *madame*, hasta los sepulcros de vuestros antepasados? Toda vuestra familia yace en ellos... Sí, *lady* Eleanor, vuestra madre cuenta entre su número.

La señora Mowbray dio a entender su asentimiento y el grupo se aprestó a seguirle.

El enterrador blandió la linterna para iluminar los escalones a medida que entraban en el tenebroso hogar de los difuntos. Eleanor ya estaba medio arrepentida de haberse aventurado dentro de aquellos terroríficos límites, tanto por la apariencia de las catacumbas que parecían engullirles, sobrecargadas de mortalidad y, sobre todo, la terrible figura del feroz caballero, que la aterraba cuando miraba alrededor. Ella necesitó de todo el apoyo que el brazo de su hermano le podía proporcionar. Tampoco permaneció impasible la señora Mowbray.

—¿Y decís que toda la familia está aquí enterrada? —preguntó esta.

—Toda —contestó el enterrador.

—¿Dónde yace el hermano más joven de *sir* Reginald?

—¿Quién? —exclamó Peter con un respingo.

—Alan Rookwood

—¿Qué pasa con él?

—Nada, de momento. Pero supongo que, quizá, podréis informarme. Murió joven,

—Sí, muy joven —dijo Peter con la voz trémula—; pero no sin antes haber envejecido en una vida de crápula. ¿Sabéis su historia, *madame*?

—Algo he oído.

—¿De labios de vuestro padre?

—¿De *sir* Reginald Rookwood?... ¡Nunca! No le llaméis mi padre, señor; ni siquiera aquí quiero que le deis tal título.

—Excusadme, *madame* —respondió el enterrador—. Ejerció una gran crueldad con *lady* Eleanor que bien puede haber merecido el rencor implacable de su hija. Aunque, pese a todos los crímenes que él pueda haber cometido, lo que hizo con su hermano Alan fue el más oscuro baldón con el que se tiznó el alma negra de *sir* Reginald.

—¿Con qué delito en particular cargáis la memoria de *sir* Reginald? —preguntó el mayor Mowbray—. ¿Qué mal le hizo a su hermano Alan?

—Ofendió al honor de su hermano —contestó el enterrador—, le arrebató a su mujer y emponzoñó su existencia, lo que le llevó a la tumba a edad temprana.

Eleanor retrocedió estremecida durante la horrible narración, que se habría guardado de escuchar de haberle sido posible.

—¿Es todo eso cierto? —preguntó el mayor.

—Demasiado cierto, hijo mío —dijo la señora Mowbray con un lamento.

—¿Y dónde yace el infortunado Alan? —preguntó el mayor Mowbray.

—En un cruce de caminos, ¿dónde si no puede reposar un suicida?

Para evitar otra pregunta, Peter atravesó rápidamente la cripta mientras alzaba la linterna, como si fuese a revelar los contenidos de cada edículo. Una circunstancia lo llenó de sorpresa y decaimiento, no se podía ver por ningún sitio el ataúd de su hija.

En vano escrutó en cada catacumba, todas parecían intactas, y con gran asombro y dolor Peter tuvo que abandonar la búsqueda. «Ahora se explica aquella visión», musitó para sí, «el cuerpo ha sido hurtado, pero ¿por quién? ¡Maldita sea!, ¿cómo puedo dudarle? Debe ser *lady* Rookwood, ¿quién si no puede tener interés en cambiarlo de sitio? Ha actuado con atrevimiento, pero ella tendrá razones para arrepentirse de su temeridad». A medida que seguía con su búsqueda, sus compañeros le escoltaban en silencio. De pronto, se paró y al darse cuenta de que todo había acabado, ellos abandonaron aquel espacio del horror y lo dejaron tras ellos.

—Es un lugar espantoso —susurró Eleanor a su madre—; nunca lo habría visitado de saber los horrores que contiene. ¡Y qué hombre tan extraño! ¿Quién o qué es él?

—Sí, ¿quién es?

—Ahora caigo... —respondió la señora Mowbray—, es un individuo que siempre ha estado próximo a la familia. Tuvo una hija cuya belleza fue la causa de su perdición, es una historia muy triste. No puedo contarla ahora, ya habéis oído bastante de bajezas y delitos. Pero eso, sin duda, influye en la amargura de su charla. Él era un criado de mi pobre hermano.

—¡Pobre hombre! —dijo Eleanor—, si ha sido desgraciado lo compadezco. Lamento que hayamos estado en un lugar tan espantoso. Estoy muy débil y tiemblo más que nunca con el solo pensamiento de volver a encontrar a Ranulph Rookwood otra vez. No me puedo sostener sobre mis pies. Estoy segura de que no me atrevería a volver a verle.

—Si hubiera supuesto la menor posibilidad de que él asistiría a la ceremonia, nosotros no estaríamos aquí. Pero cuando hemos recibido la noticia ya no había forma de regresar. Recobra la compostura, hija mía, será una dura prueba para las dos, pero ahora es inevitable.

En ese momento la campana comenzó a doblar.

—La procesión ha empezado —dijo Peter al pasar junto a los Mowbray—. Esa campana anuncia la partida.

—Allá veo personas que se acercan a la puerta —dijo Eleanor con ansiedad y violentamente trémula—. Vienen. ¡Oh! No seré capaz de pasar entre ellos, madre.

Peter se acercó con paso vivo a la puerta de la iglesia, donde se detuvo en compañía de otro gran número de curiosos. Luces parpadeantes en la lejanía, que brillaban con estrellas entre la arboleda, les mostraban que el cortejo se concentraba frente al palacio. La lluvia había cesado por completo, el trueno sonaba a lo lejos y los relámpagos parecían lamer la humedad de los árboles. La campana continuó con sus redobles y su ruido retumbó en los ecos húmedos del valle. De repente, sonó el retumbar de un rayo y un hombre bajó a toda prisa del campanario, decía que una bola de fuego había caído del cielo justo sobre la mansión. Cada oído estaba alerta para escuchar el siguiente trueno, pero no se oyó ninguno más. Era la crisis de la tormenta. El cortejo fúnebre todavía no avanzaba. El fuerte resplandor de la antorcha

era todavía visible desde el fondo de la avenida, tan pronto se mostraba como desaparecía, como si sus portadores corriesen de un lado a otro entre la arboleda. Era evidente que se produjo una gran confusión y que alguna desgracia había ocurrido. Cada uno murmuraba con su vecino y pocos había que no sospecharan la causa del retraso. En esta coyuntura una persona sin sombrero, sin resuello por la prisa y casi desvanecida por el terror, se plantó entre ellos y se tambaleó en el umbral, sobre el que cayó.

—¿Qué pasa, señor Plant? ¿Qué ha sucedido? ¡Cuenta! ¡Cuenta! —exclamaron simultáneamente varias voces.

—¡El Señor tenga piedad de nosotros! —gritó Plant, que buscó aire para seguir hablando y no podía levantarse del suelo—. ¡Es horrible!, ¡espantoso! ¡Oh!

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Peter al hombre mientras se acercaba a él.

—¿Y vos necesitáis respuesta, Peter Bradley? ¿Tú, que lo profetizaste todo? Pero no te diré lo que pienso, pese a que mi lengua arde en deseos de decirte la verdad. Bástete con saber que tus artes de hechicero te han servido bien: él está muerto.

—¿Quién? ¿Ranulph Rookwood? ¿Le ha pasado algo a él o al prisionero, Luke Bradley? —preguntó con ansiedad el enterrador.

Un grito surgió de alguien que estaba tras el grupo y, pese a los esfuerzos de su madre por contenerla, Eleanor Mowbray avanzó impulsivamente.

—¿Qué le ha pasado a *sir* Ranulph? —preguntó ella.

—No... no... *Sir* Ranulph está junto al cuerpo.

—¡Gracias sean dadas al cielo! —exclamó Eleanor. Y luego, avergonzada por su propia vehemencia, y por parecer indiferente al destino de cualquier otra persona, preguntó quién había sido la víctima.

—Mi pobre vecino Toft, lo ha matado un rayo, *madame* —contestó Plant.

Exclamaciones de horror surgieron alrededor.

Nadie estaba más sorprendido que el enterrador. Como muchos videntes, él no había calibrado con exactitud el alcance preciso de sus predicciones y ahora contemplaba horrorizado el alcance concreto de su presciencia.

—Te digo, señor Peter —proclamó Plant mientras sacudía su cabeza—, tienes la suerte de no vivir en la época de mi abuelo, pues te habrían atado a la picota o habrías ardido en la hoguera, como Ridley y Latimer, según se lee en los libros. Pero sea lo que sea, oiréis cómo fue a suceder la muerte del pobre Toft y nadie os lo contará mejor que yo, que estuve junto a mi pobre amigo en aquel momento... Bueno, pensábamos que la tormenta ya se había terminado y nos pusimos en orden de marcha y estábamos justo al comienzo de nuestra andadura por la avenida: los portadores del ataúd avanzaban con buen ánimo y las antorchas brillaban enormemente. Entonces, el pobre Simon Toft, que nunca tuvo mucho aguante para los licores, se apartó a un lado y, tras titubear un instante frente al primer tilo, el grande, se sentó bajo su copa. Sabéis de qué tilo hablo.

—El árbol del hado —contestó Peter—, creo, lo conozco.

—Bueno, pues yo había avanzado unos pasos para recogerle cuando de pronto nos abrumó el sonido de un trueno y, con un zumbido entre los árboles resplandeció una gran bola roja de fuego, tan brillante y cegadora que casi me deja ciego. Al abrir mis ojos, con guiños y lágrimas, vi algo que me dejó más aturdido que el resplandor, que era lo que antes fue el pobre Simon, pero que ahora no pasaba de ser una masa de negras e informes cenizas, completamente fulminado y destruido, con sus ropas esparcidas en mil jirones, la tierra y las piedras removidas y esparcidas alrededor y un gran trozo del árbol que yacía a su lado.

—Cúmplase la voluntad de Dios —dijo el enterrador—; ésta ha sido una terrible sentencia.

—Y sea abatido Satán, porque esto tiene todas las trazas de ser obra suya —musitó Plant—. Si Peter Bradley debe ir al rogo, que me aspen si yo no echo una mano en ello —rezongó mientras se marchaba.

Capítulo 4

El funeral

Se dijo que el cortejo fúnebre se aproximaba. La puerta de la iglesia se abrió del todo y la gente que allí se dio cita se dividió en dos cuerpos para permitir al cortejo su entrada.

Mientras tanto, una sorprendente mudanza había sucedido, incluso en este breve periodo de tiempo, con la caída de la noche. El cielo, hasta entonces cubierto de oscuridad, se iluminó entonces con una luna suave y serena, que flotaba sobre un halo acuoso, tintado de plata por las siluetas de las nubes que avanzaban a través de los cielos altos y estrellados. La rapidez del cambio no pudo dejar de suscitar sorpresa y admiración, mezclada con el pesar por no haberse detenido la procesión hasta el momento presente.

Lenta y penosamente, se veía al cortejo aproximarse al cementerio, y torcer en fila de a dos con paso triste en la vuelta del camino. Primero venía el doctor Small, luego, los mudos con su panoplia azabache. Les seguían los portadores de antorchas y, tras ellos, los portadores del ataúd inclinados bajo el peso de su carga, a los que seguía *sir* Ranulph y una larga serie de asistentes, todos podían ser identificados por la luz de las antorchas. Hubo un pequeño alto a la entrada y el ataúd cambió de portadores.

—¡Mal diablo los lleve! —soltó Peter—. ¿No podían encontrar otro lugar para parar que ese? ¿Va a ser *sir* Piers el portero de la iglesia hasta la próxima navidad? No —añadió al ver lo que seguía—, será el pobre Toft, después de todo.

Seguía de cerca al ataúd una tosca cobertura que contenía los restos, como Peter presto adivinó, del infeliz Simon Toft, que se había encontrado con su destino en la manera descrita por Plant. El rayo de la muerte lo divisó desde el árbol y con su primer golpe redujo al infortunado labrador a un montón de cenizas. Prevalecía una consternación general y se dudaba acerca de cómo se debía proceder. El doctor Small juzgó que lo mejor sería trasladar los restos al depósito de cadáveres. Pues «sin santiguarse ni recibir los óleos, con todas sus imperfecciones en su cabeza», fue el pobre Simon Toft, en un breve segundo, apenas en un parpadeo, arrojado desde las alturas de la celebración hasta la oscuridad de la tumba, y quedó tan horriblemente desfigurado que apenas algún vestigio de su humanidad se podía discernir entre la masa de muñones que quedó de él. ¡En verdad que podemos decir que caminamos como ciegos entre profundas zanjas!

El cementerio estaba abarrotado con el cortejo fúnebre. La larga fila de figuras sombrías se revelaba por la luz móvil de las antorchas, que brillaban sobre los oscuros hábitos de los portadores del ataúd y sobre su carga, y se reflejaban ahora

sobre las ramas de los tilos o iluminaban las enredaderas que envolvían los contrafuertes de la vieja iglesia, lo que constituía una imagen impresionante. Sobre todo, como una lámpara que colgaba sobre el cielo en calma, brillaba la luna, que esparcía un relajante y espiritual lustre sobre la escena.

El órgano prorrumpió con una cadencia solemne a medida que el sarcófago avanzaba por la nave central, seguido por los plañideros con paso reverente y lento. El ataúd se depositó cerca de la entrada de la cripta con todo el cortejo reunido en derredor. El doctor Small comenzó con el ritual para una ceremonia tan magnífica señalado para el entierro del difunto en un tono tan destacable por su tristeza como por su fuerza y su fervor. Había lágrimas en todos los ojos y arrugas en cada frente.

Tan brillantemente iluminado como el resto del edificio, había rincones en los que, debido al cruce con los grandes pilares, reinaba la sombra. Y en uno de ellos, sostenida por su madre y por su hermano, permanecía Eleanor, testigo lloroso de la escena. Ella contemplaba el ataúd tan silenciosamente transportado, vio una figura oscura que lo seguía lentamente. Reconoció aquellas blancas facciones... ¡Qué pálidas eran! El transcurso de un año había provocado una terrible alteración. Apenas podía creer lo que veía. Él debe, pues, haber sufrido, haber padecido mucho, y su corazón le decía que sus penas habían sido por ella.

Por lo demás, muchos ojos tristes se dirigieron al principal participante en la ceremonia, Ranulph Rookwood. Era presa de una inexpresable angustia del espíritu: su corazón sangraba por el padre que había perdido. Seguía al cuerpo mecánicamente a través de la nave, había ocupado su lugar cerca de él y era observado con confusas miradas por los presentes. Había escuchado con triste ademán el expresivo discurso de Small hasta que éste leyó: «Porque el hombre camina entre vanas sombras y se inquieta en vano; anhela las riquezas y no puede decir cómo las obtendrá».

—¡Es verdad! —exclamó una voz profunda. Ranulph miró alrededor y se encontró con los ojos de Peter Bradley fijos sobre él, pero no era la voz del enterrador la que había hablado.

Small continuó el servicio. Llegó a este versículo: «Tú que has puesto nuestros delitos ante Ti y nuestros más secretos pecados ante la luz de Tu rostro».

—¡También eso! —exclamó la voz. Y cuando Ranulph alzó sus ojos en la dirección del sonido, pensó que había entrevisto a una figura envuelta en una capa y que desaparecía entre los pilares. Él prestó en aquel momento, sin embargo, poca atención a aquel incidente. Su corazón se derretía en su interior y dejó caer su rostro sobre sus manos para empezar a llorar sonoramente.

—Conteneos, mi querido *sir* Ranulph, os lo ruego —dijo el doctor Small tan pronto como acabó el servicio—. Esperad a que esta triste ceremonia se acabe.

Dicho lo cual, reiteró su consuelo a Ranulph y el ataúd descendió a la cripta.

Ranulph permaneció por algún tiempo abatido por un dolor extremo. Cuando se recuperó en parte, la masa se había dispersado y pocas personas permanecían dentro de la iglesia. Todavía, cerca de él, permanecían tres presuntos ociosos. Ellos se

acercaron hasta él y una exclamación de sorpresa y alegría brotó de sus labios.

—¡Eleanor!

—¡Ranulph!

—¿Cómo es posible? ¿Es cierto lo que ven mis ojos, Eleanor?

No se profirieron más palabras. Se abalanzaron uno en brazos del otro. ¡Oh! Dolorosa, muy dolorosa es la partida de un amante, no hay pena que se la iguale; pero si la vida tiene un gozo más exquisito que los demás, si la felicidad tiene una gota de ambrosía más dulce que las otras en su meliflua copa, es la que produce el gozar de una felicidad de una unión como la presente. Decir que él fue arrebatado desde las hondas simas de la angustia por un ángel confortador es una débil comparación del transporte de Ranulph. Describir el emocionado sentimiento de Eleanor, su trémula ternura, el dichoso abandono con el que venció sus escrúpulos de doncella, sería imposible. Recelosos de ceder, pero obedientes, sus labios se sellaron en un largo y amoroso beso, la promesa sagrada de su muy probada afección.

—Eleanor, querida Eleanor —exclamó Ranulph—, pese a que te sostengo entre mis brazos, pese a que cada nervio de mi anatomía me testifica tu presencia, pese a que veo en esos ojos que parecen más repletos de amor de lo que siempre solían, pese a que veo y siento y sé todo esto, tan súbita, tan imprevisible es esta alegría que apenas puedo dudar de su realidad. Dime a qué bendita circunstancia debo esta imprevista felicidad.

—Ranulph, mi madre, al enterarse de la muerte de *sir* Piers, y con el deseo de enterrar toda su animosidad contra él, se resolvió a estar presente en tan triste ceremonia. Se nos dijo que tú no podrías estar aquí.

—¿Y mi presencia habría impedido que asistieras, Eleanor?

—No es eso, querido Ranulph, pero...

—Pero ¿qué?...

En ese momento irrumpió la señora Mowbray, que cortó la conversación y todo discurso posterior.

—Mi hijo y yo parecemos algo secundario para vos, *sir* Ranulph —dijo ella gravemente.

«¡*Sir* Ranulph! —se hizo eco en el interior el joven—. ¿Qué es lo que ella pensaría si descubriese que el título no me corresponde? Me aterra tener que decírselo» —entonces él añadió en voz alta, con una sonrisa melancólica:

—Le ruego que me perdone, *madame*, pero el gozo de un encuentro tan inesperado con vuestra hija puede servirme como la mejor de las excusas.

—No hace falta, *sir* Ranulph —dijo el mayor Mowbray—. Yo, que sé lo que esta separación de mi hermana supone, puedo entender plenamente sus sentimientos. Pero parece que no os encontráis bien.

—He sufrido una gran angustia espiritual —dijo Ranulph al lanzar una mirada sobre Eleanor—; pero todo eso pasó y tengo la feliz esperanza de que vengan días mejores —pero su corazón le respondía: «No es sino una esperanza».

—No se os esperaba aquí esta noche, *sir* Ranulph —dijo la señora Mowbray—, por nosotros, al menos. Nos habían dicho que seguíais en el extranjero.

—Y estabais bien informada, *madame* —contestó Ranulph—. Acabo de llegar esta tarde de Burdeos.

—Me alegra que hayáis retomado. Nosotros estamos ahora de visita en casa de vuestros vecinos, los Davenham, en Baybrook, y confiamos en verle por allí.

—Iré a caballo pasado mañana —contestó Ranulph—, tengo muchas cosas sobre las que pedir vuestro consejo. Me atrevería a solicitar el favor de su compañía en Rookwood en otras circunstancias distintas de la presente.

—Y nosotros habríamos aceptado con placer vuestra invitación —replicó la señora Mowbray—; me gustaría poder ver la vieja casa una vez más. Durante la vida de vuestro padre no me pude ni acercar a ella. Vos sois ahora el señor de grandes estados, una herencia magnífica.

—¡*Madame!*

—Y un soberbio título al que haréis el debido honor, sin duda. El primogénito, el más noble de nuestra casa, aquel del que viene vuestro nombre. Sois el tercer *sir* Ranulph: el primero fundó esta casa de Rookwood, el siguiente la hizo grande y es ahora vuestra misión llevar su gloria a su apogeo.

—¡Ay, *madame!* No albergó yo tales propósitos.

—¿Por qué no? Sois joven, rico y poderoso. Con unos Estados como estos de Rookwood, con un título como el que su señor puede ostentar, nada queda demasiado alto para vuestras aspiraciones.

—Yo no ambiciono nada, *madame*, sino la mano de vuestra hija; y aun así, yo no me atreveré a solicitarla hasta que estéis en conocimiento de... —en ese momento él vaciló.

—¿De qué? —preguntó la señora Mowbray sorprendida.

—Un hecho insólito y de lo más sorprendente para mí ha sucedido esta noche y puede afectar materialmente a mi fortuna.

—¡Vaya! ¿Tiene que ver con vuestra madre?

—Permitidme que no os responda ahora a esta cuestión, señora —contestó Ranulph—, lo sabréis todo mañana.

—Sí, mañana, querido Ranulph —dijo Eleanor—, sea lo que sea lo que nos traiga el mañana, me dará la felicidad si vos sois el portador de las noticias.

—Y yo —añadió el mayor Mowbray, que había escuchado en profundo silencio— le ofrezco mis servicios en todo aquello en lo que le pueda resultar de utilidad. Pídame lo que considere oportuno.

—Se lo agradezco de todo corazón —respondió Ranulph—. Mañana lo sabrán todo. Mientras tanto es mi deber investigar la certeza o la falsedad de lo que se me ha dicho. Ya les informaré luego. Hasta entonces, ¡adiós!

Cuando salieron de la iglesia ya era gris la alborada. El carruaje de la señora Mowbray esperaba en la puerta. El grupo entró en él. Acompañado por el doctor

Small, al que encontró en el vestíbulo, Ranulph caminó hacia la mansión, donde le esperaban noticias frescas y sorprendentes.

Capítulo 5

El cautivo

Vigilado por los dos labradores que habían puesto gran celo en su captura, Luke, mientras tanto, había sido conducido a la seguridad de la pequeña cámara del ala este, destinada por el señor Coates para ser su lugar de detención durante la noche. La habitación o, mejor dicho, la camarita, daba a otra estancia que estaba extraordinariamente bien adecuada a tal propósito, al no tener otro acceso perceptible y se hallaba defendida a cada extremo por gruesas paredes medianeras del roble más macizo y por la más sólida cantería de la mansión. Era, en realidad, un resto de la casa fuerte previa al tiempo del primer *sir* Ranulph, y los estrechos límites de la celda de Luke habían sido erigidos mucho antes de la llegada de su primer antepasado. Tras transportar sin mayores problemas al prisionero, la habitación fue minuciosamente examinada: cada panel de madera cuidadosamente escrutado, cada fisura y esquina observada por el ojo perspicaz del pequeño leguleyo. Y tras encontrar que no había nada inseguro, se apagó la luz, se cerró la puerta, se despidió a los rústicos alguaciles y se cargó un juego de pistolas que se dejó sobre la mesa. El señor Coates se declaró completamente satisfecho y cómodo.

—¡Cómico! —suspiró Titus al tiempo que se hacía eco de la palabra. Se sentía de cualquier manera menos cómodo. Su corazón estaba como su cuerpo. Pensaba en el esplendor del funeral, en las antorchas, en la iglesia iluminada, en su avance rebosante de dignidad por la nave central y en el efecto que habría producido entre los deslumbrados rústicos. Pensaba en todas estas cosas y maldecía a Luke y a todos los santos del calendario. La vista de la vieja cámara adornada con antañonas colgaduras, las cuales, como él afirmaba, «no olían sino a ratas y espectros y demás alimañas», no servía para animarle. La aparición del mayordomo con todos los requisitos para la manufactura del ponche le proporcionó algunos instantes de solaz, cuando el equilibrio de su temperamento no se hallaba aún repuesto del todo.

—¿Qué hay de nuevo, Tim? —le preguntó Titus.

—Todo está saliendo de la mejor manera —respondió el fámulo—, el doctor Small está a punto de pronunciar el discurso fúnebre.

—¡El diablo lo lleve! —gritó Titus—, he ahí otro fallo. ¿No podría desplazarme hasta allí y oírlo?

—¡Oh!, de ninguna manera, tenga en cuenta que *sir* Ranulph está allí —dijo Coates.

—Bueno, vale —Titus emitió un profundo suspiro y se puso a exprimir un limón—. ¿Estás seguro de que esto es agua hirviendo, Tim? Sabes que soy muy exigente en este aspecto.

—Estoy perfectamente seguro, señor.

—¡Ah, Tim! ¿Te acuerdas de la manera en que solía preparar el ponche para el pobre *sir* Piers con un montón de pasas en el fondo del bol? Y pensar que, ahora, pese a todo, estoy excluido del funeral... Es el colmo de la barbarie. Tim, este ron tuyo es de baja calidad, no se puede hacer un ponche que merezca la pena beberse a no ser que sea un ponche de whisky. Una copa de buen orujo casero, de color pajizo, con aroma de turba, diez grados por encima de lo normal sería la única cosa digna de mis atenciones. ¿Hay algo así en la bodega? Solía haber una o dos raras botellas, Tim, en la estantería izquierda, junto a la puerta.

—Tengo alguna idea de dónde debe de estar —respondió Timothy—, intentaré encontrar el estante que Su Señoría menciona y si puedo echarle mano a la botella de la que habla, la tendréis.

El mayordomo se marchó y Titus emuló al señor Coates, quien ya se había envuelto, como Juno cerca de Ixión, en una nube, y procedió a encender su pipa.

Luke, mientras tanto, se había quedado solo y sin luz. Tenía mucho sobre lo que reflexionar y, sin nada que pudiera frenar el torrente de sus pensamientos, dio vueltas a su actual situación y a sus perspectivas de futuro. El porvenir era bastante tenebroso y el presente estaba preñado de peligros. Y ahora que la fiebre de la excitación se había enfriado, se reprochó a sí mismo su atolondramiento.

En diversos grados, su mente se tranquilizaba y, exhausto por la gran fatiga ocasionada previamente, se tumbó sobre el suelo de su prisión y se entregó al sueño. El ruido que hizo con ello ocasionó la entrada de Coates en la habitación con una pistola en cada mano, seguido por Titus, con una pipa y un candil. Pero al encontrarlo todo en orden, los dos centinelas se retiraron.

—Uno diría, con un mínimo de perspicacia, que no estáis acostumbrado a los colchones de pluma, amigo mío —dijo Titus cuando la puerta se cerró—. Por todos los demonios, es un chico alto, con sus pies casi llega a la puerta y creo que esa habitación mide unos seis pies de largo, señor Coates.

—Exactamente seis pies, señor.

—Bien, es un buen cálculo. Y ese maldito bribón de Tim no nos ha traído el whisky. Ya me las veré con él mañana. ¿No podríais ocuparos del prisionero por unos diez minutos?

—Ni diez segundos. Si os escapáis de vuestro puesto, os denunciaré.

En ese momento la puerta se abrió y entró Tim con el whisky.

—¡Ah! Por la salvación de mi alma, por fin has llegado, Tim... Abre esa botella y danos un trago. ¡Blob! Ya ha saltado el tapón. Ya tenemos una copa —tragó y chascó los labios—. Bien, otra copa, Tim, algo de tanta calidad como esto nunca podrá dañar el cuerpo de un cristiano. Señor Coates, queréis un trago... ¿no? Yo os había tomado por un hombre de gustos más refinados.

—Os debo limitar a una cierta cantidad o, en caso contrario, no seríais capaz de mantener la guardia... Sólo os permito beber otro vaso más.

—¿Sólo otra copa? ¿Creéis que me puedo someter a una proposición tan inicua?

—Perdónenme, caballeros —dijo Tim—, pero *milady* me ha dicho que desea que guarden la más estricta vigilancia sobre el prisionero, y el mismo mensaje me ha confiado *sir* Ranulph.

—¿Ha oído eso? —dijo Coates.

—¿Y en dónde se encuentran ellos ahora, Tim? —gruñó Titus.

—Están iniciando el entierro —dijo Timy—, además, no debo perder mi tiempo aquí en cotilleos, se me necesita abajo. Caballeros, deben conformarse con cuidar de sí mismos durante aproximadamente una hora, pues sólo habrá unas pocas mujeres en la casa. La tormenta acaba de terminar y los hombres están encendiendo sus antorchas. ¡Qué gran espectáculo! —y Tim se marchó.

—¡Qué mala fortuna tengo! —se quejó Titus—. Esto es mucho más de lo que yo puedo soportar, ya he tenido bastante de este asunto de vigilancia y guardia, si el recluso se mueve, disparadle si lo consideráis oportuno, yo estaré de vuelta en una hora.

—Os advierto, señor Tyrconnell —dijo Coates con frialdad, mientras tomaba la pistola de la mesa—, soy un hombre de pocas palabras, pero aunque sean pocas vienen bien a mi propósito, y deberíais saber que si osáis levantaros de esa silla y abandonar la habitación, que me vaya al infierno si antes no os disparo un racimo de balas. Hablo en serio, os lo aseguro.

Tras decir esto, montó la pistola.

Como réplica a sus amenazas, Titus llenó deliberadamente un gran vaso con whisky y agua.

—Ése es vuestro último vaso —proclamó el inexorable Coates.

Volvamos una vez más con Luke. Dormía con dificultad en un espacio muy estrecho y se despertó con un sonido que alcanzó sus oídos y se conectó con las visiones que el sueño despertaba alrededor de él. En unos pocos instantes pudo recordar dónde se hallaba. No se aventuraría a dormirse otra vez, pese a que se veía abrumado por la somnolencia, sentía como un gran dolor que se agarraba a su corazón y paraba su sistema circulatorio. Cambió de postura y logró levantarse sobre un brazo. Entonces se dio perfecta cuenta del sonido de rasgado, algo similar al ruido que había oído en sueños, y percibió una luz que parpadeaba a través de una grieta en uno de los paneles de roble. Su atención se concentró inmediatamente en eso y colocó sus ojos cerca de la fisura y pudo ver claramente una linterna oscura con su llama ardiente y, a través de su luz, a un hombre que parecía entregado al oficio de asaltar casas. La luz alumbró las duras facciones del hombre, cuyo aspecto le era familiar a Luke. Y aunque sólo se podía observar a una persona dentro de su campo visual, Luke se dio cuenta por la susurrante conversación de que tenía un compañero. El grupo estaba muy cerca de él y, pese a que hablaban en un tono muy bajo, el fino oído de Luke pronto pudo escuchar lo siguiente.

—Me pregunto que es lo que está haciendo Jack Palmer —dijo el primero de la

fila.

—Estamos preparados para dar el golpe, ya está todo listo y te digo, Rob Rust, que he afilado mi cuchillo, que parece una navaja de afeitar, y pobre de *lady Rookwood* si ofrece alguna resistencia, le ahorraré hablar en el futuro, te lo prometo.

Una risa sofocada de Rust siguió a este discurso. Aquello hizo que la sangre de Luke corriera fríamente entre sus venas.

—Escucha, Dick Wilder, no eres más que un energúmeno y no te paras ante nada, y que Dios me confunda si yo soy mejor que tú. Pero Jack aborrece tanto el derramamiento de sangre como una señorita que grita porque se ha cortado un dedo. El suyo es el plan más seguro. Y por mucho que digas, nada parará una lengua femenina.

—De cualquier modo, yo ajustaré cuentas con *milady* esta noche. ¡Chis! ¡Aquí llega Jack!

Unos pasos cruzaron por la habitación y después se escucharon en el grupo unas exclamaciones de sorpresa y risas.

—¡Camaradas!, ¿está todo dispuesto? —dijo el recién llegado.

—Completamente. ¡Bravo por el famoso Jack! Con este disfraz confundirías al mismo diablo.

—Bueno, ¿no os habéis olvidado nada?

—Nada.

—Entonces dejad vuestras botas y poneos las zapatillas. Ni una palabra. Seguidme y, si estimáis en algo vuestras vidas, no deis un solo paso sin que yo os lo diga. La contraseña será: *Sir Piers Rookwood llama*. Repasaremos el botín aquí, cuando ya se haya acabado el asunto. Este golpe nos puede hacer ricos para toda la vida, y si seguís bien mis instrucciones, será una obra maestra. Nuestro punto de encuentro cuando todo haya acabado será este escondrijo, pero tened presentes, colegas, que no pienso mover un dedo hasta que Luke Bradley haya sido liberado. Es un viejo amigo, y yo siempre me ocupo de mis antiguas amistades. Haría lo mismo por cualquiera de vosotros si estuvierais en el mismo aprieto, por lo que ¡ay de vosotros si os amedrentáis! Aparte de todo esto, quiero ajustar cuentas con ese insecto zancudo que monta guardia, ese infeliz, ese picapleitos llorón de Coates de la misma forma que lo hizo San Pablo con los efesios. Cortadle las orejas, o arrancadle el pico como si fuese una urraca o cualquier otra alimaña. Hacedle firmar su propio testamento y aplicadle una muestra de vuestra propia ley de Habeas Corpus, o hacedle saborear el plomo azul si lo consideráis necesario. Sólo os ordeno una cosa, que no le hagáis daño a ese gordo cabeza de cordero, haga lo que haga o diga lo que diga, es un tipo estupendo. Y, ahora, vamos al tajo.

Dicho lo cual, partieron silenciosamente. Pero pese a que la puerta se cerró con mucho cuidado, el fino oído de Luke pudo detectar el sonido. La sangre le ardía de indignación. Y experimentaba lo que todo el mundo siente cuando se halla en una situación semejante y tiene la voluntad pero no el poder de ayudar a otros. Una

circunstancia muy próxima a la tortura. En aquel momento un grito lejano irrumpió en sus oídos, luego, otro, y ya no dudó más. Con todas sus fuerzas golpeó en la puerta.

—¿Qué es lo que quieres, sinvergüenza? —le gritó Coates desde el exterior.

—Hay ladrones en la casa.

—Gracias por tu información, ¿hay alguno que ya conozca?

—Idiota, están en la habitación de *lady* Rookwood, corran en su ayuda.

—Qué bonita historia. Y mientras, te dejamos aquí solito.

—¿Han oído ese grito?

—¡Eh! ¿Qué es eso? Creo que he oído algo.

Entonces, Luke se lanzó con todas sus fuerzas contra la puerta. Esta cedió ante su empuje y cayó ante el sorprendido jurista.

—¡Avanza un solo paso, villano —gritó Coates con las dos pistolas en las manos—, y te alojo un par de balas en la cabeza!

—Escúchenme —dijo Luke—: Los ladrones están en la alcoba de *lady* Rookwood... Saquearán la habitación y probablemente la asesinarán. Vuelen en su auxilio, yo les acompañaré y les prestaré mi ayuda... Es su única oportunidad.

—*Mi* única oportunidad, *su* única oportunidad. ¿Me toma por un mentecato? Es un pobre subterfugio. ¿No podría inventarse algo mejor? Vuelva a su habitación o dispararé en menos de lo que tardo en soplar esta vela.

—Quedáis advertido, señor —continuó Luke—: Son tres, dadme una pistola y no me temáis.

—¿Daros una pistola? ¡Ja, ja! ¿Para ser yo mismo el blanco? En verdad que sois un granuja ocurrente.

—Señor, os juro que no podemos perder un instante. ¿No vale nada una vida? Os aseguro que *lady* Rookwood va a ser asesinada.

—Y yo os vuelvo a repetir que no os creemos. Volved a vuestra habitación o ateneos a las consecuencias.

—¡Por todos los demonios! ¡Puede que tenga razón de todas maneras! —dijo Titus al tiempo que se arrojaba sobre el fiscal y le agarraba por los brazos—. Ya me habéis fastidiado bastante, estoy convencido de que el muchacho tiene razón.

Luke arrebató las pistolas de las manos de Coates.

—¡Muy bien, señor Tyrconnell! ¡Muy bien! —dijo el fiscal rojo de ira y balbuciente—... Extraordinariamente bien. Señor, no sois consciente de lo que habéis hecho. Pero os arrepentiréis de esto... Os arrepentiréis, mi palabra que os arrepentiréis.

—Maldito arrepentimiento —replicó Titus—. Yo nunca lamentaré haber realizado una buena acción.

—Sígueme —les gritó Luke—. Dejen sus disputas para después. Démonos prisa o será demasiado tarde.

Coates le siguió y Titus se llevó el cuello de la olvidada botella de whisky a los

labios y, tras engullir un buen buche a plena boca, empuñó un tosco atizador y siguió al grupo con mayor rapidez de la que era de suponer en un personaje tan grueso.

Capítulo 6

La aparición

Acompañada por su hijo, *lady* Rookwood abandonó la cámara fúnebre y regresó a su alcoba. Allí, ella retomó todos sus argumentos y recurrió a las súplicas más conmovedoras y a las amenazas más vehementes pero sin resultado. Ranulph se mantenía en un profundo silencio. La pasión, como tantas veces ocurre, perjudicó a sus propios fines y *lady* Rookwood, al contemplar el efecto que su angustia producía, disminuyó progresivamente la aspereza de sus modales y soportó que él la dejase.

Abandonada a sí misma, y a los arrebatos de su espíritu atribulado, toda su fortaleza se desplomó de golpe, debido a la presión de los problemas que la asediaban. No había plan o stratagema que pudiera idear que no estuviese preñado de peligros. Debía actuar sola, con prontitud y discreción. Ganarse a su hijo era su principal deseo y estaba, costara lo que costara, resuelta a ello. Pero ¿cómo? Sabía cuál era su único punto vulnerable, su amor por Eleanor Mowbray. Si sembraba dudas en su mente y le mostraba los obstáculos en su camino, ella podría obligarle a que la siguiera en sus maquinaciones como un medio necesario para conseguir sus fines. Esto era lo que esperaba conseguir, pero subyacía una oculta corriente de firmeza en el carácter apacible de Ranulph, cosa que ella había notado siempre con preocupación. Conocedora de su firmeza, ella temía que su sentido de la justicia fuera más fuerte que su pasión.

Al tiempo que tejía estas redes oscuras, un miedo hasta entonces desconocido se apoderó de su espíritu. Escuchó los aullidos del viento y el crujir de las vigas con el rugido del trueno y la lluvia silbante. Entonces ella, que nunca había temblado al pensar en el peligro, se vio invadida por una vaga inquietud. Ordenó que se encendieran las luces y cuando la vieja criada llegó, *lady* Rookwood posó una mirada tan triste sobre ella que Agnes se decidió a dirigirle la palabra.

—Dios la bendiga, *milady* —dijo trémula la anciana camarista—, parecéis muy pálida, y no me extraña. Yo también siento una opresión en el corazón. ¡Oh! Me sentiré más a gusto cuando regresen de la iglesia, y más contenta aún cuando por fin amanezca. No puedo echar una cabezada ni cerrar los ojos sin pensar en él.

—¿En él?

—En *sir* Piers, *milady*, porque, pese a que se ha muerto, no creo que se haya ido.

—¿Cómo?

—Que la parte corruptible de su cuerpo ya no está, eso queda claro. Pero la incorruptible, tal y como el doctor Small la llama, el espíritu, *milady*, no. Puede que sean fantasías mías, Su Señoría, pero cuando regresaba a la habitación con las luces, os juro por mi vida que me pareció ver a *sir* Piers en la habitación.

—Estás loca, Agnes.

—No, *milady*, no estoy loca. Quizá se trate de una simple fantasía. Sin duda. ¡Oh, qué cosa tan buena vivir con una conciencia tranquila, y tres veces mejor es morir así, y es por eso por lo que no tengo miedo! ¡Pobre *sir Piers*! Musitaré una oración por él.

—Déjame —dijo *lady Rookwood* impaciente.

Y Agnes abandonó la alcoba.

«¿Qué pasaría si los muertos pudiesen retornar?», pensó *lady Rookwood*, «todos lo dudan, pero todos lo creen. Yo no quiero creerlo, no hay un terror que me espante más que el de ese estado que existe más allá de la tumba, ese estado intermedio, entre el cielo y el infierno, cuando el cuerpo yace en el suelo y el espíritu sobrevive para vagar sin fin hasta la hora de su sentencia final. ¿Y puede el espíritu sobrevivir cuando está desencarnado? ¿Está ligado al cuerpo? ¿Perece con él? Éstas son dudas a las que no puedo dar respuesta. Pero si termino por creer que no hay vida futura, esta mano debería al menos liberarme de mi propia debilidad, de mis miedos, mi vida. No hay sino un sendero para adquirir ese conocimiento, aquel del que nunca se puede volver.

»Me gusta vivir, incluso para ser temida u odiada. Y cuando muera, para ser despreciada y hasta recordada. ¿Qué ha sido ese ruido? Un grito sofocado. ¡Agnes está fuera! Rebose de miedos, tampoco estoy yo completamente libre de ellos, pero me los pienso sacudir todos. Esto desviará su canal», dijo ella mientras escondía en su seno el certificado de matrimonio. «Esto avivará la lenta corriente de mi sangre. *Piers Rookwood a Susan Bradley*. ¿Y quién solemnizó todo esto? El nombre es Checkley... Richard Checkley, ¡ja! Un cura papista, un refractario, que fue durante algún tiempo huésped de esta mansión. He oído algo sobre ese hombre, que luego logró escapar... Quizás haya muerto o resida en un país extranjero. No hay testigos, ¡estupendo! Sin duda *sir Piers* hizo bien en ocultar esto. Yo me encargaré de prender su pira funeraria. Tendría que verme mientras la aniquilo».

Ella llevó el papel en la dirección de la vela. Pero en el momento en que iba a tocar la llama, cayó de su mano. Como si su deseo espantoso le hubiera sido concedido, frente a ella apareció la figura de su esposo. *Lady Rookwood* no se sobresaltó. Ninguna señal de trepidación o susto salvo la súbita rigidez de su estampa la traicionaban. Su seno cesó de palpitar, su respiración se paró, sus ojos quedaron fijos sobre la aparición. La figura parecía contemplarla con dureza. Estaba a una pequeña distancia, bajo la sombra que producía el alto dosel de la cama. Ella podía discernirlo con claridad. No era un efecto óptico. Vestía la ropa que *sir Piers* había usado, un traje de caza. Todo lo que su hijo le había dicho retornó a su memoria. El fantasma avanzó. Su aspecto era pálido y su rostro lo ocultaban las sombras.

—¿Qué ibas a destruir? —preguntó la aparición con tono profundo.

—La prueba de...

—¿Qué?

—De tu matrimonio.

—¿Contigo, maldita mujer?

—Con Susan Bradley.

—¡Por todos los demonios! —bramó la figura en un tono muy fuerte—. ¡Casado con ella! Luego Luke es legítimo heredero de esta hacienda.

Entonces la aparición se abalanzó sobre la mesa y tomó entre sus manos el certificado.

—¡Una partida de matrimonio! —gritó el espectro—: ¡Esto sí que es tener suerte! Pocas veces sucede que en la lotería de la vida le toque a uno un número como este. De una manera u otra, esto va a valer muchos miles de libras.

—Devuélveme ese papel, villano —exclamó *lady* Rookwood, que había recobrado la audacia connatural a su carácter en el instante en que descubrió la naturaleza terrenal del intruso—. Devuélvemelo o por todos los demonios que lamentarás tu audacia.

—Tranquila, tranquila —replicó el pseudofantasma, que con una mano apartaba a la dama y con la otra guardaba el precioso documento en uno de sus bolsillos interiores—. Tranquila —dijo mientras echaba el cierre a su bolsillo de piel—, tan sólo dos palabras sobre eso, *milady*. Sé cuál es el valor de esto tan bien como vos, *milady*, y seré yo el que haga un buen trato. El que puje más se lo quedará, Su Señoría. No soy sino un pobre subastador que pregona su mercancía con sólo un postor presente. Luke Bradley, o como creo que se llama desde ahora, *sir* Luke Rookwood, puede hacer una oferta mucho más atractiva.

—¿Quién eres tú, rufián, y qué fin tiene toda esta mascarada? Si tu propósito es aterrorizarme y hacerme ceder ante las maquinaciones de ese orate que es Luke Bradley, que presumo que es tu socio, me temo que trabajas de balde. Tu disfraz robado no tiene más peso para mí que sus reclamaciones falsas.

—Reclamaciones falsas. Debe ser listísimo si ha falsificado esa partida de casamiento. Su Señoría, sin embargo, está en un error, *sir* Luke Rookwood no es mi socio. Soy un amigo de su difunto padre, pero no tengo tiempo para cotilleos. ¿Cuánto dinero tenéis en la casa? ¡Espabilad!

—Entonces, ¿eres un ladrón?

—No, soy un recaudador de impuestos, del impuesto de ricos... ¡Ja, ja! ¿Cuánta vajilla de plata tenéis? No os asustéis, tomáoslo con calma, estas cosas no se pueden evitar, haceos a la idea de que lo mejor es acabar cuanto antes, nada de gritos, sólo causarían daño a vuestros pulmones y no alertarían a nadie. Vuestras sirvientas ya lo han hecho, quedaría por debajo de vuestra dignidad hacer demasiado ruido. ¿No me vais a hacer caso? Como gustéis.

Tras decir esto, cortó el cordón de la campana y sacó un juego de pistolas al mismo tiempo.

—¡Agnes! —gritó *lady* Rookwood, ahora muy seriamente asustada.

—Tengo que advertir a Su Señoría que debe permanecer en silencio —le amonestó el ladrón, quien, como nuestros lectores ya habrán conjeturado, no era otro

que el temible Jack Palmer—. Ya hemos tomado las medidas necesarias con Agnes —dijo mientras montaba una pistola—. Aunque me parezca a vuestro difunto señor y esposo, encontraréis que mi carácter es muy diferente que el de *sir* Piers en su trato. Soy por naturaleza el más galante de los hombres que alientan sobre la tierra y se me ha considerado como el mejor criado de los salteadores de caminos por cada una de las damas a las que he tenido el honor de dirigirme. Y lamentaría mucho que mi reputación tan bien mantenida se ensuciara por alguna grosería. Tendré que usar un poco de la fuerza en la forma más amable. Quizás me permitáis que os ofrezca una silla. ¡Santo Dios! ¡Vaya muñecas tiene Su Señoría! Perdóneme si le hago daño, pero sois tan endiabladamente fuerte. ¿Qué? «*Sir* Piers Rookwood llama».

—Preparado —gritó una voz.

—Ésa es la contraseña —dijo otra—: «Preparado».

Inmediatamente irrumpieron en la sala dos hombres con las facciones enteramente cubiertas por una tela negra añadidas a un atavío tosco y cada uno armado con pistolas.

—Echad una mano —dijo Jack.

Incluso en un extremo tan peligroso, no le abandonó el coraje a *lady* Rookwood. Se adelantó al propósito de los asaltantes y, antes de que los cómplices se pudiesen apoderar de ella, la dama se escabulló de las manos de Palmer y se abalanzó de forma tan inesperada sobre el más adelantado de los cómplices que, antes de que el hombre pudiera impedirlo, le arrebató una pistola de la mano y se presentó ante el grupo con el mismo aspecto de una tigresa al acecho, con su mirada que pasaba de uno a otro, como si quisiera elegir un blanco.

Hubo una pausa de unos pocos segundos en los que los hombres observaron a la dama y luego a su cabecilla. Jack estaba pálido.

—¡Hum! —dijo él con frialdad—. Esto es algo nuevo: inermes y retados por unas enaguas. Fíjate, Rob Rust, el infortunio se te ha pegado. Redime tu vergüenza y atrápala de una maldita vez. ¡Qué! ¿Tienes miedo de una mujer?

—¡Una mujer! —repitió Rust en un tono amargo—: Un demonio con forma de mujer, en todo caso. Pocos hombres podrían hacer lo que ella. Dame la orden y dispararé, pero agarrarla... Eso es más de lo que estoy dispuesto a arriesgar.

—¡Que los demonios te lleven, maldito cobarde! —dijo Jack—; intentaré no derramar sangre, si es posible. Ríndase a discreción, como lo hace la parte más amable de vuestro sexo. Os encontraréis que vuestra resistencia no tiene fruto.

Jack caminó osadamente hacia ella. *Lady* Rookwood apretó el gatillo, la detonación estalló en la cazoleta. Ella tiró el arma inútil sin pronunciar una palabra.

—¡Ja, ja! —dijo Jack mientras se inclinaba para recoger la pistola y se aproximaba a *milady*—; la bala no estaba en su sitio como lo está mi papel. Aquí —dijo al tiempo que le daba un fuerte culetazo en el hombro a Rust tienes tu pistola y mira si la cebas bien o nunca te podrá ayudar. Y ahora, *madame*, debo tomarme la libertad de proporcionaros un asiento. Dick Wilder, la sogá, ¡rápido! Me incomoda

sobremanera tener que llegar a estos extremos con Su Señoría, pero más vale pájaro en mano, como diría el señor Coates.

—No me atarás, rufián.

—*Milady* está muy equivocada. No tengo otra alternativa, la muñeca de Su Señoría es demasiado diestra como para permanecer en libertad. Debo por lo tanto rogarle a Su Señoría que sea menos vociferante, pues interrumpís nuestra labor, que se debe realizar en silencio y con dedicación.

La rabia y la humillación de *lady* Rookwood por semejante atropello escapaban a toda posible descripción. La resistencia, sin embargo, era inútil y ella se sometió silenciosamente. La soga pasó apretadamente alrededor de sus brazos, cuando su memoria se iluminó con el recuerdo de Coates y Tyrconnell, que estaban a cargo del cautivo en el pasillo inferior y a quienes se podría requerir su auxilio. Tan pronto esta idea cruzó por su mente, ella comenzó a emitir un grito sonoro y persistente.

—¡Maldita sea! La educación está de más aquí. ¡Dame la mordaza, Rob!

—¡Mejor raja el tubo de su gaita de una vez! —replicó Rust, que blandía su cuchillo—. Ella nos lo está reventando todo.

—He dicho la mordaza, eso no.

—¡No encuentro la mordaza! —gritó con furor Dick Wilder—. Deja que Rob Rust se las vea con ella... Él la callará, te lo aseguro, mientras tú y yo registramos la habitación.

—¡Ea, déjamela! —exclamó el otro sinvergüenza—. Id a vuestros asuntos y no os preocupéis más. Sus manos están atadas y no me puede arañar. Lo haré de un solo tajo... La enviaré junto con su señor, al que tanto amaba antes de que él estuviera bajo tierra. Así, cuando vuelvan del funeral, tendrán algo más con lo que entretenerse, su ama degollada y lista para otro. ¡Jo, jo, jo!

—¡Misericordia! ¡Misericordia! —gritaba *lady* Rookwood.

—Sí, sí, seré compasivo —dijo Rust mientras blandía el cuchillo ante sus ojos—; no me entretendré, dejádmela.

—No, Rust, no, nada de derramamiento de sangre —ordenó Jack con autoridad—, ya encontraremos otra forma de callarla.

En ese instante se escuchó el ruido de rápidas pisadas en el corredor.

—Vienen en mi ayuda —gritó *lady* Rookwood—: ¡Auxilio! ¡Socorro!

—A la puerta —gritó Jack. Apenas habían salido estas palabras de su boca cuando Luke irrumpió en la habitación, seguido por Coates y Tyrconnell.

Palmer y sus compañeros apuntaron con sus pistolas a los intrusos y estos habrían disparado de no ser por el ojo agudo de Jack que había percibido a Luke como el más destacado y decidió aplazar futuras agresiones por el momento. Mientras tanto, *lady* Rookwood, al verse libre de su sujeción, se abalanzó sobre sus libertadores y se acogió a los brazos protectores de Luke, que estaban extendidos, con la pistola en las manos, sobre la cabeza de la dama. Tras ellos permanecía Titus Tyrconnell con su atizador y el señor Coates, quien, a la vista de tan belicoso panorama, empezó a

arrepentirse un poco de haberse arrojado de esa manera tan precipitada a la boca del lobo.

—¡Luke Bradley! —exclamó Palmer y dio un paso adelante.

—¡Luke Bradley! —repitió *lady* Rookwood, que retrocedió y le miró a los ojos.

—No temáis nada, *madame* —dijo Luke en alta voz—, estoy aquí para ayudaros, os defenderá con mi propia vida.

—¿*Tú* defenderme? —preguntó *lady* Rookwood dubitativa.

—Sí, por muy extraño que pueda sonar —respondió Luke.

—¡Que todos los santos me protejan! —exclamó Titus—, por mi vida que ese es *sir* Piers.

—¡*Sir* Piers! —repitió Coates, contagiado de terror a medida que veía a Palmer—. ¿Cómo? ¿Ha vuelto el difunto a la vida? ¡Un fantasma! ¡Un fantasma!

—Por todos los demonios —dijo Titus—, éste es el primer fantasma que conozco que ha cometido una fechoría en su propia casa y en la noche de su entierro. Pero ¿quién demonios son esos tipos? Puede que también sean aparecidos.

—¡Lo son! —dijo Palmer con voz cavernosa, en un remedo de la de *sir* Piers—, espíritus auxiliares. Hemos venido aquí a por esta mujer. Su hora ha sonado. Basta de palabrerías, Titus, echa una mano para llevarla al cementerio o te maldeciré.

—Bajo mi palabra, señor Coates —dijo Titus—, que se trata del Diablo o de *sir* Piers. Nosotros estamos de sobra aquí, ya que él está ajustando cuentas con su esposa, algo que yo llevaba largo tiempo pensando que iba a suceder. Sería mejor que nos retirásemos.

Jack aprovechó la ventaja de esta confusión momentánea debida a su disfraz para enviar a Rust a la puerta por la que los recién llegados habían irrumpido y, una vez hecho esto, prorrumpió en una sonora carcajada.

—Pero bueno, ¿no me conoces? —gritó él—. ¿No conoces a tu viejo amigo con un nuevo disfraz, Luke? ¿Ni tú, Titus? ¿Ni vos, que podéis detectar bandoleros a una milla de distancia, señor Coates? ¿No me reconocéis?

—¡Éste es Jack Palmer, como que me llamo Titus! ¿Qué significa todo este escándalo, Jack, amigo? ¿Qué haces con semejante compañía? ¿No estarás robando de verdad?

—En efecto, soy yo, amigo Titus, y soy el que ves. Sólo que me tomé la libertad de tomar prestada de *sir* Piers su vieja casaca de caza de su sala de fumar. Dijiste que mi atavío no era adecuado para el funeral. A fin de cuentas, no soy sino Jack Palmer, simplemente.

—Con una docena de alias a tus espaldas, me permito afirmar —dijo Coates—. Siempre sospeché de vos, vuestros elogios de los bandoleros no fueron agua de borrajas para mí. No, no, puedo detectarlos a una milla.

—Bueno —replicó Jack—, lamento verle aquí, amigo Titus, manténgase en calma y no le ocurrirá ningún daño. Y en cuanto a ti, Luke, te has anticipado en media hora a mis planes, que eran de liberarte. Para vos, señor Coates, os aconsejo

que encomendéis todo el cuidado de vuestros asuntos a vuestros albaceas, administradores y legatarios, no os ocuparéis más de los asuntos mundanos —dicho lo cual, apuntó su pistola contra el fiscal, quien, abrumado de terror, se protegió tras el cuerpo de Luke.

—Apártate, Luke —ordenó Jack.

—No te muevas —respondió Luke—, agradezco tus buenas intenciones y no te haré daño si no me obligas a hacértelo. Estoy aquí para defender a Su Señoría.

—¿Qué es lo que dices? —replicó Jack sorprendido—: ¡Defenderla!

—Sobre mi cadáver —respondió Luke—. Permíteme que te recomiende que te vayas.

—¿Estás loco? ¿Defenderla?... ¡A lady Rookwood! Tu enemiga, la que quería colgarte. ¡Uy, uy, uy! ¡Quita de en medio, Luke Bradley, o atente a las consecuencias!

—Considera mejor lo que vas a hacer —dijo Luke—, hace mucho que nos conocemos, me he enfrentado a situaciones peores que esta y no he salido malparado.

—La situación puede empeorar si el señor Coates hace ademán de luchar, pero yo estaré contigo hasta el final —terció Titus—; eres un digno hijo de tu padre, aunque de la mano izquierda. ¡Ay! Jack Palmer, mi tesoro, no me asombra que te parezcas a Dick Turpin.

—¿Has oído eso? —dijo Luke.

—¡Bobo, cabeza de chorlito! —murmuró Jack.

—¿Por qué no los llenamos de plomo aquí mismo? —preguntó Wilder.

—¿Y perder mi oportunidad? —dijo Jack—. No, nunca. Esta vida no se debe desperdiciar. Quieto —le susurró a Wilder—, tengo otro as en la manga que nos puede dar a ganar más que el saqueo de toda esta casa. No hay que hacerle daño a ese joven, su vida vale miles de libras para nosotros.

Se volvió hacia Luke y le dijo:

—Lamentaría mucho herirte, ¿qué podemos hacer? Llevaríais la peor parte si se entablara un combate. Te aconsejo, como amigo, que retires tus fuerzas. Es verdad que somos tres contra tres, pero hay dos de tu bando que están desarmados.

—¡Desarmados! ¡Que el Diablo me lleve! Este atizador de hierro te convencerá de lo contrario, Jack, o a cualquiera de tus compinches —desafió Titus.

—Entonces preparaos, compañeros.

—Deténganse un instante —gritó Coates—, esto es muy serio, puede acabar en homicidio... en asesinato. Nos cortarán el cuello a todos y, aunque estos villanos serán ahorcados por ello, eso sería de poco consuelo para sus víctimas. ¿No se podría arbitrar otro tipo de resolución?

—¡Vamos a luchar! —dijo Titus mientras blandía el atizador alrededor de su cabeza, como si fuera un mayal—. Me hierve la sangre. Vamos, Jack Palmer, voy a por ti.

—Yo voto por retirarnos —murmuró el leguleyo—, siempre y cuando ese tiparraco de la puerta no haya decretado un *ne exeat*^[30]. Da la orden, jefe —dijo Rust

impaciente.

—Sí, sí —le apoyó Wilder.

—Un general competente siempre parlamenta —dijo Jack—, una palabra en tu oído y lo que no puede ser, será.

—¿Me estás proponiendo una traición?

Jack no respondió, pero desmontó sus pistolas y las guardó en sus bolsillos.

—Disparadle cuando se acerque, ahora está en vuestras manos —susurró Coates.

—¡Canalla! —respondió Luke—, ¿creéis que soy tan ruin como vos?

—¡Ay, ay! Por el amor de Dios, no me entreguéis —dijo Coates.

Lady Rookwood había atendido a esta singular conferencia con una compostura sombría y distante en apariencia, pero, en realidad, estaba agitada y ansiosa por sus consecuencias. Y entonces, al ver que Palmer iba a ofrecerle a Luke de inmediato el secreto de su origen, se acercó a aquel.

—¡Desatadme —le gritó ella a Jack— y todo lo que deseéis será vuestro: dinero, joyas!...

—¡Hum! ¿Y qué garantía tenéis?

—Empeño mi palabra.

Palmer desanudó la soga y *lady Rookwood* se aproximó a una mesa donde estaba el escritorio. Tocó un resorte y se abrió un cajón secreto.

—¿Hacéis esto por voluntad propia? —le preguntó Luke—. Decid si es o no así.

—Por propia voluntad —respondió la dama apresuradamente.

Los ojos de Palmer relumbraron con los tesoros que se le ofrecían.

—Son joyas de valor incalculable —susurró ella—, tomadlas y liberadme de *él*.

—¿De Luke Bradley?

—Sí.

—Dádmelas.

—Serán completamente vuestras con esas condiciones.

—¿Has oído eso, Luke? —gritó Jack en alta voz—. ¿Y tú, Titus? No es un robo. Señor Coates, que sepan todos que estos bellos regalos me los da *lady Rookwood*, os tomo como testigo.

—Os los regalo en las condiciones que he establecido.

—¿Hay que cumplirlas ya?

—Sin perder un instante.

—¿Ante vuestros ojos?

—No me espanta contemplarlo. Cada instante es precioso. Ahora está con la guardia baja. Hacedlo, ya sabéis, en defensa propia.

—¿Y vos?

—Por el mismo motivo.

—¿Pese a que vino en vuestra ayuda?

—¿Y qué importa eso?

—Él se habría jugado la vida por vos.

—No puedo retribuirle en la misma moneda. ¡Debe morir!

—¿Y el documento?

—Entonces no servirá para nada.

—Eso no me basta. ¿Por qué matarlo?

—Me estáis burlando. Os da miedo hacerlo.

—¡Miedo!

—Si lo hacéis bien, tendréis más oro.

—Ya me he decidido —dijo Jack tras arrojar el cofre de las joyas a Wilder y sujetar por las manos a *lady* Rookwood—: No soy un matón italiano, *madame*, ni un asesino ni un degollador sin conciencia. ¿Qué sois, demonio o mujer, para rogarme semejante cosa? Luke Bradley, te voy a decir algo.

—¿Me traicionaréis? —gritó *lady* Rookwood.

—Os habéis traicionado vos misma, *madame*. No, no, Luke, baja esas manos. Mirad, *lady* Rookwood, cómo se trata a los amigos. Este excéntrico muchacho me habría volado los sesos si yo hubiese osado poner un dedo encima de Su Señoría.

—No toleraré que se la maltrate de ninguna forma —dijo Luke—. Suéltala.

—Su Señoría lo está escuchando —dijo Jack—, y tú, Luke, deberías saber cómo se valora tu generosidad. Tú no le has causado ningún daño, pero ella acaba de proponerme un pago por tu asesinato.

—¿Cómo? —exclamó Luke mientras retrocedía.

—Es una mentira tan negra como el infierno —gritó *lady* Rookwood.

—Una verdad tan clara como el cielo —respondió Jack—. No tardaré en convencerlos del hecho.

Luego, se volvió hacia *lady* Rookwood y le susurró:

—Le voy a dar la partida de matrimonio.

—¡Cuidado! —dijo *lady* Rookwood.

—¿Confieso entonces la verdad?

Ella enmudeció.

—Me doy por contestado —dijo Luke.

—Entonces, abandonémosla a su destino —dijo Jack en alta voz.

—No —replicó Luke—, sigue siendo una mujer y no la entregaré a la violencia de unos rufianes. Dejadla en libertad.

—Eres un bobo —le dijo Jack.

—¡Hurra! ¡Hurra! —vociferó Coates, que se había acercado a la ventana—. ¡Socorro! ¡Socorro! El cortejo vuelve de la iglesia. Veo la luz de las antorchas por la avenida. ¡Estamos a salvo!

—¡Que el Diablo nos lleve! —gritó Jack—. No podemos perder un minuto. ¡Rápido, camaradas! Coged todo el botín que podáis. Sed rápidos.

—*Lady* Rookwood, permitid que me despida —dijo Luke con una mezcla de tristeza y burla en su tono—. Nos volveremos a encontrar.

—Todavía no hemos acabado —respondió ella—, ¿dejaréis escapar a este

hombre? Pagaré mil libras por su cabeza.

—¿Al contado? —preguntó Rust—, juro por Dios vivo que si alguno de vosotros trata de hacerle algo le volaré los sesos aquí mismo, sea amigo o enemigo —gritó Jack—. Luke Bradley, nos volveremos a encontrar. Tendrás noticias mías.

—*Lady Rookwood* —dijo Luke al marchar—, nunca olvidaré esta noche.

—¿Está todo listo? —preguntó Jack a sus camaradas.

—Todo.

—Entonces, mutis.

—¡Esperad! —le dijo *lady Rookwood* en un susurro—: ¿Con qué compraría ese documento?

—¡Hum!

—¿Con mil libras?

—Doblad esa cifra.

—Será doblada.

—Entonces lo meditaré.

—Decídmelo ya.

—Tendréis noticias mías.

—¿Cómo?

—Yo siempre envío correos veloces.

—¿Vuestro nombre es Palmer?

—Palmer es el nombre que utiliza, Su Señoría —respondió Coates—, pero es la moda que estos bribones usen un alias.

—¡Ja, ja! —se rió Jack, mientras agitaba la baqueta dentro de la pistola para asegurarse de que había una bala dentro—: ¿Estáis aquí, señor Coates? Pagad vuestra deuda, señor.

—¿Qué deuda?

—Las cien libras que apostasteis cuando dijisteis que me echaríais el guante en cuanto tuvieseis la oportunidad.

—¿Atraparle? Era a Dick Turpin sobre quien aposté.

—Yo soy DICK TURPIN... ése es mi alias —replicó Jack.

—¡Dick Turpin! Entonces te tengo a tiro —dijo Coates al tiempo que se abalanzaba sobre él.

—Y yo a ti —replicó Turpin, que disparó su arma justo en la cara del audaz procurador—. Aquí tenéis mi recibo.

LIBRO 3

LA GITANA

*Pon una guirnalda de lúgubre tejo
en mi coche fúnebre
Las doncellas portarán ramas de sauce,
y di que morí de verdad.
Mi amor fue engañoso pero fui firme
desde la hora de mi nacimiento.
Sobre mi cuerpo enterrado yacerá
ligera la amable tierra.*

BEAUMONT y FLETCHER

Capítulo 1

Una cabalgada matinal

Al abandonar la alcoba de *lady* Rookwood, Luke corrió a lo largo del oscuro pasillo, bajó por la escalera de caracol y atravesó con celeridad otros pasajes sombríos y salió por una puerta a la parte trasera de la casa. El día comenzaba a amanecer. Lo primero que hizo fue buscar medios que le permitieran abrirse camino expedito para su fuga. Al comprobar que no había ninguno en el patio, se dirigió con paso rápido hacia el establo. La puerta estaba, por fortuna, sin cerrar, y al entrar encontró a un fuerte caballo roano, que sabía, por descripciones, que fue el favorito de su padre en sus monterías y para cuyo uso se sentía plenamente legitimado. El animal se irguió a medida que él se aproximaba, agitó su lustrosa manta y relinchó como si reconociera sus pasos y su voz.

—Te equivocas, viejo amigo —dijo Luke—, yo no soy quien piensas, sin embargo me gusta que tu instinto te haga creerlo. Si tú llevas al hijo de mi padre por tantas tierras en un solo día como hiciste con tu viejo amo, no habré de temer a los mejor montados de mis perseguidores. ¡Sooo! Acércate, Rook.

El noble corcel hizo caso a la llamada. Luke lo ensilló con presteza, saltó sobre su grupa y, sin hacer caso de los obstáculos, ya fueran vallas o zanjas, inició su carrera a través de las tierras en dirección de la casa del enterrador, que alcanzó justo cuando su propietario abría la puerta. Peter dio muestras de agrado y sorpresa por la fuga de su nieto y le saludó con una carcajada sorda.

—¡Vaya! Te has escapado —dijo él—. ¿Quién te ha liberado de la garra de los moabitas? ¡Ja, ja, ja! Pero ¿todavía lo pregunto? ¿Quién pudo haber sido sino Jack Palmer?

—Me he liberado por mis propios medios —respondió Luke—. No le debo mi libertad a nadie, y menos a él. Pero no me puedo demorar aquí, cada momento es vital. Vengo para pedirte que me acompañes al campamento de los gitanos. ¿Vendrás o no?

—¿Montado a tu espalda? —respondió Peter—. No me gusta el medio de transporte.

—Entonces, ¡adiós! —y Luke se aprestó a marchar.

—¡Espera! Ese es el viejo Rook, el caballo de *sir* Piers. Bueno, no me importa ir sobre él.

—Entonces, rápido, monta.

—No te retrasaré nada —dijo el enterrador mientras abría su puerta y arrojaba sus útiles de trabajo dentro de la casa—. ¡Adentro, Mole! ¡Adentro! —le dijo al perro que había salido para saludarle—. Trae tu caballo aquí, cerca de esta piedra, nieto, ahí, un

poco más cerca. Perfecto.

Se lanzaron al galope; las primeras preguntas del enterrador fueron para saber cómo Luke había realizado su fuga. Una vez satisfecho sobre este particular, se conformó con guardar silencio, murmurando para sí los incidentes que le había detallado.

El camino que escogió Luke fue un sendero poco frecuentado que bordeaba durante cerca de una milla las musgosas estacadas del parque. Entonces torcía a la derecha y parecía encaminarse a una cadena de colinas que se alzaban en el horizonte. Altos setos impedían la visión a cada lado, pero se daban ocasionalmente vacíos que permitían rápidas miradas a la comarca por la que cabalgaban a través de las pistas. Se veían praderas cubiertas por el vaho del rocío y atravesadas por corrientes profundas cuyo curso lo señalaba una nube de vapor y una hilera de melancólicos sauces que se alzaban como quebradizos mozuelos en la ribera. Se encontraron con otros campos amarillos de granos dorados, o rebosantes de florecidos tréboles (la cosecha de otoño), coloreados con cada tonalidad de la tierra de labor, desde el verde claro de los nabos hasta los tonos más oscuros de las judías. El conjunto se alzaba contra el fondo circundante de soñolientas arboledas.

Luke no habló ni cesó en su furiosa cabalgada hasta que la senda empezó a enfilarse una cuesta muy empinada. Entonces soltó las riendas y desde la altura de aquella eminencia del terreno observó la llanura sobre la que habían viajado.

Era un rico distrito agrícola, con pocas bellezas pintorescas, pero con mucho del entrañable encanto inglés, que lo hacía muy recomendable para una visita. Un paisaje tan tranquilo y ameno como, en definitiva, lo pueda ver uno en tal estación del año en cualquier condado de nuestra alegre isla. El panorama se componía de una extensión de tierra, repleta de cereal listo para la hoz, o adornado con balas del mismo producto, todo ello avivado con verdes praderas, tan jugosas como para reclamar por segunda vez la guadaña. Todo ello dividido por densos setos cuya uniformidad rompen aquí y allá un olmo prominente, un alto álamo o un amplio y ramificado roble. Muchas granjas antiguas, con sus anchos graneros y sus almiarés de heno (que forman pequeños poblados ellas mismas) adornan el paisaje con su aspecto sustancioso en diferentes lugares, y evidencian la fertilidad del terreno y la condición próspera de sus habitantes. A unas tres millas de distancia se podía divisar la abandonada aldea de Rookwood, con el bálago bermejo de sus casas apenas perceptible entre el pardo ramaje de los bosques circundantes. El emplazamiento del lugar estaba, sin embargo, marcado por la torre cuadrada de la antigua iglesia, que alcanzaba la cumbre de la loma vecina. Pese a que la mansión estaba completamente fuera de su vista, Luke pudo pronto señalar su lugar entre los sotos de árboles que la resguardaban.

Esta visión encantadora tenía otros motivos para llamar la atención de Luke aparte de su mérito paisajístico o agrario. Era, o así le parecía, de su propiedad. Tan lejos como abarcara su mirada, incluso más allá, se extendían las haciendas de los

Rookwood.

—¿Ves esa casa que está allá abajo, en el valle? —preguntó Peter a su compañero.

—La veo —contestó Luke—. Una bonita casa antigua, una granja modelo. Todo parece confortable y bueno allá abajo. Hay una docena de grandes [pacas] de heno o semejante. Y el gran granero con el tejado amarillo como el oro parece sólido como un silo. Y hay establos, vaquería, jardines, palomar y estanques con peces. Y un jardín circular con bayas en abundancia. Debe ser un hombre feliz y rico el que habita allí.

—Ya no vive allí —respondió Peter—, murió la pasada noche.

—¿Cómo lo sabes? No hay señales de ello en la casa.

—El propietario de la casa, Simon Toft —replicó Peter—, fue fulminado la noche pasada por un rayo. Él era uno de los portadores del ataúd en el funeral. Ahora los de la casa duermen, ya despertarán demasiado pronto. Bien espabilados se quedarán, ¡ja, ja, ja!

—¡Basta! —gritó Luke—. Entristeces todas las cosas, incluso este paisaje sonriente. ¿No suscita en tu imaginación este amanecer una serie de pensamientos más felices? A mí me restablece del insomnio, borra mi resentimiento, y expulsa cualquier recelo. Es una alegre acción recorrer el campo con la del alba, capturar toda la frescura y la esencia de la alborada, estar lejos cuando el mundo perezoso sigue en duermevela y sacar lo máximo de la breve existencia. Y haber pasado casi una jornada de intenso entretenimiento antes de que el día empiece para algunos. Me gusta adelantarme a la salida de la gloriosa luminaria, mirar cada línea de luz cambiante, como en este instante, desde el estremecido gris hasta el rosa encendido. ¡Mira cómo se tiñen los cielos! ¿Quién cambiaría este magnífico espectáculo? —continuó él mientras señalaba hacia levante y volvía a acicatear a su caballo a plena velocidad colina abajo, lo que hacía peligrar el equilibrio del enterrador, que se aferraba a la baticola—. ¿Quién cambiaría esta vista y el estimulante sentimiento del fresco amanecer por un lecho de plumón y un dolor de cabeza?

—Yo, por un lecho —replicó con voz aguda el enterrador—, gustosamente lo cambiaría, con tal de que me librara de este maldito jaco y de su silla, que me roza terriblemente. Modera tu paso, nieto Luke, o me tiraré del caballo en defensa propia.

Luke moderó el paso de su caballo para acceder a los deseos del sepulturero.

—¡Ah, bueno! —continuó Peter, que ya estaba un poco más a gusto—. Ahora puedo contemplar el amanecer que tú loas a mi costa. Es una bella vista, no lo dudo, para los ojos de un joven. Y también para el espíritu sanguíneo de aquel para quien la vida misma amanece; casi me atrevería a decir que le vigoriza. Pero cuando el cenit de la existencia ha pasado, cuando la sangre corre perezosamente entre las venas, cuando uno conoce las tempestades arrasadoras que han precedido al alba, el corazón endurecido se niega a creer en su falso resplandor. Y, al igual que el lobo de mar, ve en el cielo más brillante un atisbo de la galerna. Para una persona así, no hay nuevas

alboradas en el corazón, no hay sol que abrillante su frío y desolado horizonte, ni brisa que reavive pulsos que hace tiempo que han cesado de latir con cualquier tipo de emoción. Soy demasiado viejo para sentir la frescura de este aire tonificante. Me estremece más que las humedades de la noche a las que estoy acostumbrado. ¡Noche y medianoche! Son mis momentos del día. La naturaleza rebosa de oscuros y terribles secretos, el instinto... Existe un lenguaje que aquel que no duerme, sino que vela y atiende, puede acabar por saber. El mundo invisible tiene extraños órganos del habla. Se expresa en un extraño lenguaje y mantiene una extraña comunión con aquellos que se interesan por sus misterios. Su voz suena en el murciélago y en la lechuza y en el gusano de la tumba, y en cada criatura aullante, en el polvo de las tumbas y también en todos los seres que se pudren dentro de ellas. Pero siempre pronuncia su discurso de noche, especialmente en plenilunio. Es este legado que he aprendido el que hace esa parte del año tan querida para mí. Como tu gato, mis ojos se dilatan en la oscuridad. Parpadeo y guiño los ojos con el resplandor solar, como tu lechuza.

—Acaba con tu maldita cantinela —replicó Luke—, suena tan desagradable como el ulular de tu lechuza. Deja que tus pensamientos tomen un giro más alegre, más acorde con los míos y con el bello aspecto de la naturaleza.

—¿Dirigiré también tus pensamientos hacia el campamento de los gitanos? —dijo Peter burlón—. ¿Se dirigen hacia allí tus pensamientos?

—No estás del todo equivocado —respondió Luke—, estaba pensando en el campamento y en una de las moradoras de sus tiendas.

—Lo sé —replicó Peter—. ¿Pensabas que me ibas a engañar al atribuir toda la alegría de tu corazón al alba? Tus pensamientos han vagado durante todo este tiempo sobre la dueña de unos ojos negros como endrinas, una piel olivácea, y una melena negra, sin un solo cabello claro, oscura como «las tiendas de Kedar y las cortinas de Salomón»... Un torbellino de pelo azabache te ha atrapado en sus redes... Labios frutales y voz zalamera, una de las plagas de Egipto. ¡Ja, ja, ja!

—Has supuesto con agudeza —replicó Luke—, no me cuidé de ello, tan ocupado estaba en mis pensamientos.

—Estaba seguro de ello —dijo el sepulturero—: ¿Cuál es la gracia de aquella que distraía tu imaginación?

—Sybil Pérez —contestó Luke—. Su padre fue un gitano^[31] español, pero entre su pueblo se la conoce con el apellido de su madre, Lovel.

—Es de suponer que será guapa.

—Sí, muy bonita... ¡Pero no importa! Tú juzgarás sus encantos enseguida.

—Te tomo la palabra —replicó el enterrador—; ¿la quieres?

—Apasionadamente.

—No estás casado —dijo Peter con presteza.

—Todavía no, pero me he comprometido —contestó Luke.

—¡Alabado sea el Señor! El mal no es irremediable. Me gustaría verte casado, pero no con una gitana.

—¿Y quién sería tu candidata?

—Una ante la que la belleza de Sybil empalidece como las estrellas al surgir el día.

—No existe ninguna así.

—Créeme, la hay. Eleanor Mowbray es bella más allá de cualquier comparación. Estaba simplemente especulando acerca de la posibilidad, cuando desee que ella fuese tuya... pero es apenas posible que ella fije sus ojos en ti.

—No pienso hacer caso de su desprecio. Una vez agraciado con mi título no dudo de que podré encontrar la esposa que me plazca entre las mujeres de sangre noble. No habrá ninguna que sea indiferente a mis atenciones.

—Posiblemente no. Pero lo que son razones de peso para todas, pueden no serlo para ella. Hay cualidades de las que tú careces y que ella ha descubierto en otro.

—¿En quién?

—En Ranulph Rookwood.

—¿Es él su pretendiente?

—Creo que tengo motivos para creerlo así.

—¿Y quieres que abandone a mi propia prometida para seducir a la novia de mi propio hermano? Eso sería imitar la conducta de mi abuelo, el terrible *sir* Reginald, con su hermano Alan.

El enterrador no contestó, y Luke creyó percibir un estremecimiento en las manos que se agarraban a su cuerpo para sostenerse. Una breve pausa interrumpió la conversación.

—¿Y quién es Eleanor Mowbray? —preguntó Luke para romper el silencio.

—Tu prima. Es una Rookwood por el lado materno. Es por eso por lo que te urjo a la unión con ella. Hay una profecía respecto a tu casa, la cual parece que se acabará por cumplir en tu persona y en la suya:

*En la más alta rama se posará
el cuervo entre gran clamor y griterío.
Pero según su ley, el antiguo nido,
grajo que con grajo case, lo tendrá.*

—No le doy ningún crédito a tales fantasías —replicó Luke—, aunque los versos coincidan extrañamente con mi situación actual.

—Su alusión a ti y a Eleanor Mowbray es incuestionable —adujo el enterrador.

—Ciertamente lo parece —dijo Luke, que de nuevo se hundió en sus meditaciones de las que el sepulturero no se tomó el menor cuidado en sacarle.

El aspecto de la comarca había cambiado por completo desde su descenso por la colina. En lugar del feraz distrito que se extendía al otro lado, un amplio horizonte de tierra parda y desolada se abría ante ellos, apenas cubierta por dispersas manchas de enebros, helechos raquíuticos y monte bajo, que mostraban un aspecto monótono de

barro sin cocer. El escaso manto de humus quedaba al descubierto por las piedras que resonaban bajo los cascos del caballo a medida que atravesaban rápidamente el suelo árido, y pasaban con comodidad para él, aunque no tanto para el sepulturero, cada zanja, cada grieta o desnivel del terreno que se presentó en su recorrido. Agarrado a su nieto con la tenacidad de un ave de presa, Peter estuvo asentado firmemente durante un tiempo sobre su montura. Pero, por desgracia, al atravesar un dique algo mayor que los demás, el caballo, debido posiblemente a la falta de habilidad del jinete, bien intencionada o no, vaciló, y el sepulturero, abatido de su alto estado, cayó en el borde de la zanja y rodó sin parar hasta el fondo.

Luke tascó el freno para preguntar si había algún hueso roto y la propia persona de Peter surgió polvorienta del abismo, y sin conceder ninguna respuesta al tiempo que musitaba mil imprecaciones, no en voz alta, sino profunda, aceptó la mano que le ofrecía su nieto y subió a la grupa de Rook.

Mientras se ocupaba de esto, Luke creyó percibir un ruido distante, y al adivinar de dónde procedía el sonido, la misma zona por la que ellos se habían acercado al brezal, pudo contemplar a un jinete solitario que espoleaba en su dirección a la máxima velocidad. A juzgar por la manera en que avanzaba, era evidente que no montaba por pasear. Temeroso de su persecución, Luke aprestó el ascenso del enterrador, y una vez hecho esto, sin volver a contemplar el objeto de sus cuidados, retomó su fuga. Pensó que, desde ese momento, era indispensable prestar más atención a la elección del camino y, perfectamente adaptado al brezal, evitó toda encrucijada azarosa. Pese a su dominio del terreno y la calidad de su montura, el extraño ganaba terreno sobre él. El peligro, sin embargo, no iba a ser inminente durante mucho tiempo.

—Estamos a salvo —dijo Luke—, acabamos de pasar los límites de Hardchase, dentro de unos segundos entraremos en el bosque de Davenham. Voy a soltar las riendas y nosotros nos refugiaremos entre los árboles. Te enseñaré un escondrijo entre los árboles. No nos podrá seguir a caballo, y a pie yo le haré frente.

—¡Quieto! —exclamó el enterrador—. Él no nos persigue. Ha tomado otro camino, gira a la derecha. ¡Válgame el Cielo! ¡Es el Maligno en persona sobre un caballo negro! Va por donde colgaron a Ben, «el patizambo». Mira, ya está allí.

El jinete había girado, como dijo el sepulturero, y cabalgaba hacia un objeto repelente que estaba a una corta distancia a mano derecha. Era una horca con su carga macabra. Se encaminó rápidamente hacia él y tras tirar de las riendas de su corcel, se quitó el sombrero y esbozó una reverencia ante el cadáver que oscilaba con la brisa de la mañana. Un golpe de viento sobre el esqueleto hizo que sus brazos pareciesen moverse en respuesta a la salutación. Un cuervo solitario volaba con las alas extendidas sobre la cabeza del caballero. Tras un momento, volvió a galopar y de nuevo le gritó a Luke al tiempo que agitaba su sombrero.

—Como estoy vivo que ése es Jack Palmer —dijo él.

—Querrás decir Dick Turpin —contestó el enterrador—, ha presentado sus

respetos a un compañero de armas. ¡Ja, ja, ja! Dick nunca le hará los honores a un patíbulo, es demasiado tierno para el cuchillo. ¿Te has fijado en el cuervo? Aquí llega.

Y en unos pocos instantes, Dick Turpin estaba junto a ellos.

Capítulo 2

Un campamento gitano

—¡Buenos días, caballeros! —dijo Turpin que ya avanzaba a medio galope—. ¿No oyeron mi saludo? Pude percibirles allá en la colina. Les reconocí a los dos, a unas dos millas; y como tenía un par de cosas que decirte, Luke Bradley, antes de marcharme de esta parte del reino, puse a Bess a seguir tus pasos y ella me dejó pronto cerca de ti. ¡Bendita sea su negra crin! —dijo, y acarició el cuello de su montura.

—Nadie puede igualarla en esta comarca ni en las demás, no necesita que la obliguen a hacer su trabajo, no precisa de espuelas —siguió Turpin—. Hubiera llegado junto a vosotros antes de no detenerme a rendir visita al pobre Ben.

*Una noche, montado en mi corcel,
en el cerro de Bagshot me paré,
y vi que Will Davies colgaba allí,
bailando bajo el patíbulo vil.*

»Discúlpenme por la canción —siguió Turpin—, la visión de un patíbulo siempre me recuerda al Golden Farmer. ¿Puedo preguntarles hacia dónde se dirigen, camaradas?

—¡Camaradas! —susurró el sepulturero a Luke—. Como puedes ver, no olvida con facilidad a sus viejos amigos.

—Tengo pendientes asuntos que no admiten más demora —contestó Luke—, y para hablar claro...

—No te hace falta mi compañía —replicó Turpin—. Yo pienso lo mismo. ¡Es muy lógico! Has percibido un atisbo de tu fortuna, sabes que eres el heredero de un potentado y no un pobre bastardo infeliz. No te ofendas, yo también soy un hombre que habla claro, como ya sabías. No te niego tu derecho a hacerle estas elegantes jugarretas a otros, pero a mí no.

—¡Señor! —dijo con voz firme Luke.

—El señor lo seréis vos —replicó Turpin—, *sir* Luke, que, supongo, será el tratamiento con el que desde ahora nos deberemos dirigir a vos. A mí esas cosas no me preocupan, lo mismo me da que se os deba una reverencia o un guiño de ojos. Pero la pasada noche supe la historia del matrimonio de *sir* Piers con *lady* Rookwood. Sí, con Su Señoría. Me miráis con asombro, hasta el viejo Peter abre sus párpados. Ella lo perdió por una casualidad y yo poseo lo que únicamente puede certificar el primer matrimonio de tu padre y legitimar tus reclamaciones sobre la herencia.

—¡Demonios! —gritó el enterrador, que añadió en un susurro a Luke que haría mejor en no precipitarse en despedir a un conocido tan servicial.

—Estáis bromeando —le dijo Luke a Turpin.

—No es bueno bromear antes del desayuno —respondió Dick—, apenas tengo humor para chistes tan pronto. ¿Qué pasaría si una partida de matrimonio cayera en mis manos?

—¡Una partida de matrimonio! —dijeron Luke y Peter al unísono.

—La única prueba existente de la unión de *sir* Piers Rookwood con Susan Bradley —continuó Turpin—: ¿Qué pasaría si yo hubiese tropezado con tal documento? Y no sólo eso, sino que además os pudiera conducir hasta él.

—¡Basta! —le gritó Luke a su atormentador, y se dirigió a Turpin—. Si lo que decís es verdad, mi búsqueda ha llegado a su fin. Vos poseéis todo lo que yo necesito. Las demás pruebas son secundarias frente a esto. Sé con quién estoy tratando, ¿qué queréis a cambio de la partida?

—Hablaremos de eso después del desayuno —dijo Turpin—, me gustaría tratar de ello entre amigos. Si llegamos a un acuerdo, soy vuestro hombre. Si rechazáis mi oferta, tomaré las bridas de mi caballo y me iré a Rookwood. Todas vuestras esperanzas dependen de mí. Yo he tratado limpiamente con vos y espero que vos hagáis lo mismo conmigo. Resulta ocioso decirnos que no me expondría a este riesgo a solas, sería una tontería obrar así. Tengo como asociados a Wilder y a Rust, que saben con quién estoy. Hemos sido viejos socios y me gusta vuestro carácter y no tomo en consideración vuestra soberbia; pero no voy a ayudaros a subir por la escalera para que me hagáis rodar por ella de una patada. ¿Me comprendéis? ¿Hacia dónde os encamináis?

—Al priorato de Davenham, al campamento gitano.

—¿Sois amigo de los gitanos?

—Lo soy.

—Yo estoy solo.

—Estáis a salvo.

—¿Me dais vuestra palabra de que todo quedará entre nosotros? No diréis nada de esto a ningún miembro de aquella dudosa compañía.

—Podéis contar con que seré discreto con todos, excepto con una persona.

—¿Quién es la excepción?

—Una mujer.

—¡Mala cosa! No os confiéis a las faldas.

—Respondo por ella con mi vida.

—¿Y también por vuestro abuelito?

—El abuelito responde por sí mismo —dijo Peter—. No debéis sospechar ninguna traición de mí. Honor entre ladrones.

—¿Y dónde, si no, se puede encontrar? —replicó Turpin—, ya lo han abandonado los otros estamentos de la sociedad. Los bandoleros son los únicos hombres de

palabra. Confío en los dos, igual que yo gozo de vuestra confianza. Después del desayuno, como dije, llevaremos el negocio a término. Choca esos cinco, *sir* Luke, me daré por satisfecho. Serás el amo de Rookwood. Me comprometo a ello antes de que pase una semana, y luego... Pero hablar demasiado es muy aburrido. Vamos a ver si desayunamos algo.

Y volvieron a cabalgar.

Un estrecho puente les llevó bajo la umbría de un denso bosque. Su ruta seguía bajo las sombras y el aire corría frío entre los árboles, el sol no había alcanzado la altitud suficiente para penetrar en su espesura y dominarlo todo con su luz y su calor. Los rayos del sol vibraban en lo alto de las copas de los árboles y, con su refracción, creaban prismas de brillantes colores y llenaban el aire con motas de lo que parecía polvo dorado. Nuestros jinetes no reparaban en el brillo del sol ni en las sombras, galopaban en silencio, ocupado cada uno de ellos en sus propios pensamientos.

El bosque de Davenham, a través del que avanzaban, fue en los viejos tiempos una espesura de gran extensión. Había sido una añadidura de los dominios de Rookwood, pero pasó de las manos de esta familia a los de un opulento jurista y terrateniente vecino, *sir* Edward Davenham, cuyos descendientes aún mantenían la propiedad.

Era un noble bosque y contaba con muchos patriarcas arbóreos: viejos robles con extremos amplios y retorcidos, a los que las tempestades de los últimos quinientos años habían tratado en vano de arrancar de sus raíces y que entonces decaían con altivez; hayas de porte gigantesco, con troncos plateados que se disparaban ágilmente hacia arriba, y eran sostenidos por ramas de tal tamaño que cada una de ellas, por sí sola, habría podido formar un árbol, tupido de hojas y adornado con todos los tonos de la primavera; el alegre sicomoro, el oscuro castaño, el extraño negrillo, el majestuoso olmo, festoneado de hiedra, cualquier especie se encontraba en aquel bosque oscuro, denso, intrincado, a través del que cabalgaban los jinetes. Y tan densa como la masa arbórea era el resto de la vegetación, de la que hubieran podido recolectar cualquier especie si lo hubiesen deseado entre el laberinto de la arboleda.

Con gran rapidez un árbol sustituía a otro árbol, vestidos todos con la deslumbrante librea de la estación. De vez en cuando, una rama proyectada sobre su camino obligaba a los jinetes a inclinarse al pasarla. Pero, insensibles a estos obstáculos, ellos continuaban. El sendero se volvió más claro, y fueron de nuevo sensibles a la influencia genial del sol. La transición fue agradable e instantánea. Habían llegado a un área de pinares cuyos troncos grandes y sin ramas crecían como un bosque de mástiles y dejaban pasar libérrimamente la luz solar. Bajo estos árboles el suelo era arenoso y falto de todo manto, pero cubierto de agujas castañas como el cabello y de piñas en forma de cono, desprendidas de los pinos. Las ágiles ardillas, las más libres de los habitantes del bosque, saltaban asustadas desde el suelo a medida que notaban el galope de los jinetes o saltaban a una rama del árbol más cercano y se podía ver cómo miraban con enojo a los perturbadores de sus moradas,

enfado que expresaban al romper con sus patas delanteras las ramitas de los árboles. El conejo, a su vez, salía disparado como una flecha en su camino; los arrendajos volaban y alborotaban entre la espesura. La paloma torcaz, temerosa del ruido de los cascos de los jinetes, se adentraba con veloces alas en lugares a salvo de su presencia. Mientras, las urracas, como curiosas cotillas de aldea, se congregaban para observar a los extraños y expresaban su asombro mediante un continuo y alto chirriar.

Aunque la pendiente era tan suave que resultaba casi imperceptible, era evidente que el sendero que seguían se elevaba gradualmente por la ladera de una colina. Y cuando, al final, llegaron a un claro, vieron con nitidez que habían coronado una eminencia del terreno sin darse cuenta. Se detuvieron un momento en lo alto de la colina, Luke señaló un torrente que se abría camino a través del valle y al seguir la traza de su curso reveló un emplazamiento singular entre los árboles. No había rastro de viviendas ni se contemplaban los tejados de las granjas, ni blancos lienzos señalaban las tiendas de la tribu vagabunda cuyo hogar buscaban. La única señal perceptible de habitación humana eran las ruinas grises de un monasterio que eran apenas distinguibles de la cerca de piedra que las rodeaba. Y la única prueba de que aún continuaba siendo habitada por seres humanos era la delgada columna de humo azul pálido que subía en curvas volutas desde el matorral, el color claro del vapor contrastaba de manera hermosa con el oscuro verdor de la arboleda de la que salía.

—Ahí está nuestro destino —exclamó Luke al señalar la humareda.

—Me gusta oírlo —dijo Turpin—, así como saber que hay alguien despierto. Ese humo supone la posibilidad de desayunar. Como la vieja *lady* Scanmag decía, no hay humo sin fuego, y apostarí a cualquier cosa a que esa hoguera no fue encendida para que dedos extraños la señalaran. Seguro que encontraremos tres postes y una cazuela negra con un cordero que hierve en ella, lo garantizo. Estos gitanos han escogido el mejor de los sitios para acampar; uno se atrevería a decir que muy pintoresco, y si no fuera por ese humo delator, que parece un patrón holandés que sopla su pipa mañanera, nadie sospecharía de su vecindad. Un magnífico emplazamiento.

El lugar en verdad merecía el elogio de Turpin. Se trataba de un pequeño valle en medio de colinas boscosas, tan retirado que no aparecía a su vista ninguna morada humana. Rodeado por bosques hasta en lo alto de las cumbres, a excepción de aquella en la que los jinetes permanecían, que se inclinaba hacia la pendiente, estas sierras montañosas presentaban un entrecortado perfil de espesura matizado con masas coloreadas de naranja brillante, pardo oscuro y el más denso de los verdes. Cuatro colinas confinaban en el valle. Aquí y allá alguna protuberancia rocosa gris podía discernirse entre los bosques, un serbal se alzaba orgulloso sobre un despeñadero que se abismaba en el vacío casi al pie de sus raíces. Hundidas en el fondo del precipicio, ocultadas parcialmente de la vista por las malas hierbas y los pequeños arbustos, se extendía una serie de rocas desgajadas, al parecer, por alguna convulsión diluvial desde la ladera de la montaña opuesta, como es visible por la falla correspondiente, en la que se pueden observar estratos de semejante composición, así como en algunas

aberturas que se pueden comparar con las grandes masas de roca que alguna vez cerraron sus cavidades.

Da lustre a estos despeñaderos un claro torrente, bien conocido y mejor considerado, en la comarca donde su cauce es más amplio por la honesta corporación del anzuelo, que, sin embargo, apenas se aventura por las quebradas que hay en estas colinas. La corriente se abre paso en el valle a través de una sima que se halla a la izquierda y que arroja el agua tronante desde lo alto de la montaña en una bullente cascada. El valle se comunica con Rookwood por un camino de herradura poco frecuentado que Luke, por razones obvias, evitó. Todo parecía consagrado al silencio, a la soledad, a la quietud de la naturaleza, pero este escenario de sosiego fue el lugar de refugio favorito de depredadores fuera de la ley, y en un pasado fue el teatro de la opresión feudal.

Hemos dicho que ninguna habitación humana era visible. Ningún hogar humano se veía. Pero si se seguía el espolón de la colina más alejada se hallaban las trazas de un muro de piedra; sobre una plataforma natural de roca se alzaba una soberbia torre cuadrada que fue en otro tiempo la torre del homenaje del castillo, cuyos señores reclamaban las cuatro colinas como suyas. Una atalaya coronaba entonces cada una de estas eminencias, pero los vestigios de cada una de ellas habían desaparecido ya por completo. Apartado en el valle estaba el priorato antes aludido (un monasterio de frailes de la orden franciscana), algunos de cuyos venerables muros aún permanecen en pie. Y si aún no han revertido al murciélago y la lechuza, tal y como suele ser el destino de estas fábricas sacras, es porque sus capillas claustrales estaban dedicadas a seres cuya naturaleza compartían en cierta manera los instintos de las criaturas de la noche; una gente cuyas hazañas fueron tenebrosas y cuyos ojos evitaban la luz. Aquí los gitanos plantaron sus tiendas y pese a que el lugar estaba a menudo abandonado por la horda de trotamundos, aún algunos de la tribu que se habían cargado de años, y sobre los que imperaba el cetro de Barbara Lovel, hicieron de ella su morada. Las autoridades vecinas se resignaron a dejarlos permanecer sin molestarles; una negligente política que, con nuestra infinita consideración por la tribu de piel canela, recomendamos para su adopción por otras autoridades, justicias y caballeros de los condados.

Luke le pidió a su abuelo que tuviera cuidado y se agarrara a su silla para atravesar un gran talud y, seguido por Turpin, comenzó a descender por la colina. Peter, sin embargo, se cuidó de prevenirse. El descenso era tan peligroso y el suelo tan inseguro que prefirió fiarse de los medios con que la naturaleza le proveyó antes que ofrecer su cuello al albur de cualquier paso en falso del caballo. Él, entonces, ideó un trayecto propio y más seguro.

Peter, que había vagado por los Alpes, había tenido ocasión a menudo de contemplar la fiabilidad de los pasos de las mulas, esos pilotos de las montañas; recordó cómo con cascotes tenaces se agarraban a la roca y se transportaban de un fragmento inestable a otro con perfecta seguridad para sus jinetes, cómo podían hacer

frente a las más furiosas ventoleras y permanecer inmovibles al pie de los más sobrecogedores precipicios. Pero no sucede lo mismo con el caballo, que vuela en las llanuras y es tímido en el terreno accidentado y cobarde y poco de fiar en la montaña. Por eso, el riesgo que corrían Luke y Turpin en el descenso de las faldas casi perpendiculares de la barranquera era tremendo. Peter los miró descender con algo de admiración y mucho desprecio.

—Se romperá el cuello con toda certeza —dijo—. Pero ¿qué importa? Tanto da hoy o mañana.

Al decir esto se aproximó al borde del precipicio, desde donde pudo verlos con mayor nitidez.

El atajo a través del que Luke cabalgó nunca antes fue atravesado por los cascos de un caballo. Cortado en la roca, presentaba un escarpado sendero en zigzag entre los paredones rocosos, sin ninguna defensa para el viajero de a pie salvo la que fuera proporcionada por un ocasional arbusto colgante. Y ni siquiera ese tipo de protección existía para un jinete. La posibilidad de que un caballo intentara abrirse paso por ese lugar no había entrado, seguramente, en los cálculos de aquel que lo excavó. Hay que añadir a esto que los escalones en la roca eran de altura desigual y más a lo ancho, con lo que el riesgo se incrementaba exponencialmente.

—¡Por todos los demonios! —gritó Turpin que miraba hacia abajo—, ¿éste es el mejor camino que podemos tomar?

—Encontraréis uno más fácil —replicó Luke si cabalgáis durante un cuarto de milla bosque abajo y entonces retornáis por la orilla del arroyo. Me encontraréis en el priorato.

—No —contestó el bandolero con audacia—, si vos vais, yo iré. Nunca se dirá que Dick Turpin tuvo miedo de algo que otro emprendió. Procedamos.

Luke soltó la brida de su caballo, que fijaba sus cuartos delanteros sobre los escalones y dirigía sus cuartos traseros cuidadosamente tras ellos. Aquí se demostró por completo la ligereza y fiabilidad de la yegua de Turpin. Ni una mula alpina podría haber transportado a su jinete con tanta facilidad aparente y seguridad. Turpin la animaba con la mano y la palabra, pero ella no lo necesitaba. El sepulturero los veía y, mientras progresaba en su vertiginoso descenso, se interesaba en ellos más de lo que hubiera podido suponer. Su atención se dirigió súbitamente hacia Luke.

—¡Está perdido! —dijo Peter—, se cae, resbala, mis planes han sido totalmente desbaratados. No —añade y recupera la compostura—, su fin todavía no está escrito.

Rook había perdido pie. Rodó unas pocas yardas cuesta abajo por el precipicio. El destino de Luke parecía inevitable, sus pies se habían enganchado en el estribo y no era capaz de desembarazarse por sí solo. Un haya que crecía en un resquicio del despeñadero impidió que la caída prosiguiera. Entonces toda ayuda dejó de ser necesaria, Luke fue capaz de desembarazarse del estribo y de recuperar el uso libre de sus pies. Tomó de la brida a su corcel y lo devolvió al camino.

—¡Por Júpiter, habéis escapado por los pelos! —juró Turpin, que había quedado

atónito con todo lo que había sucedido—. Estas bestias tan grandes siempre son torpes. Habéis tenido una suerte endiablada.

Entonces se iniciaba un camino relativamente más suave, pero aún no habían alcanzado el valle y parecía que el camino de Luke era muy indirecto. Aquello era tan evidente que Turpin no se pudo ahorrar un comentario y Luke evadió la cuestión.

—El despeñadero está empapado aquí —dijo él—. Además, para confesaros la verdad, quiero tomarlos por sorpresa.

—¡Jo, jo, jo! —rió Dick—. ¿Sorprenderles, eh? Fue una pena que se interpusiera en tu camino esa haya, entonces sí que les habríais sorprendido de verdad. ¡Eh! Aquí tenemos otra sorpresa.

La última exclamación de Dick fue causada porque de pronto llegaron a una amplia oquedad en la roca, a través de la cual corría un impetuoso torrente cruzado por una sencilla plancha.

—Debisteis volveros loco al escoger este camino —aseveró Turpin, que observaba los rugientes abismos sobre los que la cascada rugía y calculaba a ojo la distancia del paso—. Sí, contéplalo bien, infeliz. ¡Que me condene si tu caballo se atreve a cruzar! Dejadlo, pues, suelto.

Pero era como si Luke le hubiese rogado a la catarata que fluyese hacia atrás. Luke apretó sus talones a los flancos del animal y el corcel cabalgó hasta el borde de la plancha, allí rehusó avanzar y relinchó.

—Os lo dije, no se atreve a hacerlo —dijo Turpin—. Bueno, por muy obstinado que seáis, un hombre tenaz abrirá su camino. Hacedos a un lado mientras trato de hacerlo yo.

Gritó a Bess y la puso al galope. Saltó sobre el abismo con valor y llegó sana y salva a la orilla opuesta.

—¡Ahora vos! —gritó Dick desde la otra orilla del abismo.

Luke espoléó a su caballo. Envalentonado por lo que había visto, en esta ocasión el caballo saltó al otro lado sin vacilación. Al poco tiempo ya estaban en el valle.

Durante algún tiempo pasaron por las orillas de la corriente en silencio. De pronto, un sonido en la lejanía captó la atención de los finos oídos del saltador de caminos.

—¡Chis! Alguien canta. ¿Lo oís? —dijo él.

—La oigo —contestó Luke, al que la sangre le ruborizaba las mejillas.

—Hasta creo que podría adivinar quién canta, sin duda —dijo Turpin con gesto de experto—: ¿Es por escuchar a esta alondra por lo que casi os rompéis el cuello y ponéis en grave riesgo el mío?

—Os ruego que guardéis silencio —susurró Peter.

—Como si fuera sordo —replicó Turpin—, tanto me da una bonita voz como otra.

Clara como la nota de un pájaro, aunque melancólica como el doblar de una campana distante, surgía el sonido de aquella voz de los bosques, que gorjeaba

fragmentos de una canción española. Luke se la sabía bien.

El tierno redoble de una guitarra se oía como acompañamiento de la arrebatadora cantante.

La canción dejó de sonar.

—¿Adónde voló el ruiseñor? —preguntó Turpin.

—Andad en silencio y veréis —dijo Luke. Entonces anduvo al paso sobre la hierba, para impedir que se oyeran los cascos de los caballos, y llegó por fin al lugar donde, a través del ramaje, se podía distinguir con claridad el objeto de sus investigaciones, aunque él estaba oculto de su vista.

Sentada en la base de una piedra que se alzaba hasta la altura de los árboles y que se tendía perpendicularmente al lecho del río, apareció la estampa de la muchacha gitana. Sus pies descansaban en el extremo de la roca, bajo la cual bullían las aguas de un profundo remolino, y un rebeco montaraz no los hubiera posado con mayor ligereza. Una mano pequeña reposaba sobre la guitarra, la otra tocaba su frente. Una melena oscura, de color de ala de cuervo, de textura muy lisa, se trenzaba en inacabables pliegues y zarcillos.

Y tan exuberante era este raro ornamento femenino que tras rodear su frente pasaba hacia atrás y caía en largas y gruesas trenzas casi hasta sus pies. Brillantes como los rayos de sol que se reflejaban en sus morenas y radiantes facciones eran los largos y negros ojos orientales de la doncella, protegidos por pestañas largas y sedosas. La suya era una estampa morisca, en la que la magnificencia de los ojos oculta la del rostro, por muy bello que sea (lo que, en efecto, se puede observar en muchos cuadros de Murillo), y el contorno encantador apenas se nota porque la mirada de sus pupilas grandes, lánguidas y luminosas atrae la mirada del espectador. Las facciones de Sybil eran exquisitas, pero la mirada se fijaba irremisiblemente en los ojos, pues relucían como estrellas polares de su belleza. Su atavío era original y provenía, como ella, de otras latitudes. Como las damas andaluzas, prefería el color negro, y la mayor parte de los materiales que componían su vestido estaban coloreados con tan sombríos matices. Un corpiño de terciopelo contenía su delicado seno. Una rica faja recorría su talle, de la que prendía una cadena de plata que sostenía una daga. Alrededor de su cuello fino y delicado se anudaba un costoso pañuelo. El resto de su vestido estaba calculado para lucir su esbelta figura con todos sus encantos.

Ignorante de que era el objeto de las miradas, tomó su guitarra y jugueteó con las cuerdas. Obtuvo unas pocas notas y acabó con su balada.

Cuando terminó de cantar, precisó de su mano para apartar las lágrimas que inundaban sus ojos grandes y oscuros. De un golpe cambió de actitud, una liebre no habría sido más rápida. Al concluir la melodía había escuchado voces bien conocidas.

Era la voz de su amante. Reconoció el sonido a la primera y de un salto, como el gamo se alza al notar la proximidad del cazador, saltó de la roca y apenas había terminado Luke de hablar cuando ya estaba a su lado.

Luke le cedió su brida a Turpin y saltó hacia ella. La abrazó, pero Sybil se desembarazó de él después de un primer abrazo ardiente a la vista del salteador de caminos.

—No te avergüences —dijo Luke—, es un amigo.

—Entonces es bienvenido —replicó Sybil—. Pero ¿dónde te has demorado tanto, querido Luke? —prosiguió ella cuando se fueron a una pequeña distancia del bandolero—. ¿Qué fue lo que te entretuvo? Las horas han pasado tristemente desde que tú te fuiste. ¿Traes buenas nuevas?

—Buenas, mi niña, tan buenas que hasta se me traba la lengua al contarlas. Ya lo sabrás luego. Mira a nuestro amigo que está allí impaciente. ¿Hay alguien despierto? Debemos darle algo de comer y pronto, es uno de esos que no admiten mucha tardanza.

—No me gusta estropear un encuentro amoroso —dijo Turpin, que había contemplado con buen humor la escena—, pero hay que ir a lo serio, y si disponéis de un capón descarriado con el que me pueda encontrar en la tierra de Egipto, estaré encantado de hacerle los debidos honores. Me parece oler un guiso no muy lejos.

—Seguidme —dijo Sybil—, y atenderemos vuestras necesidades.

—Quietos —dijo Luke—, queda alguien de nuestra compañía cuya llegada hemos de esperar.

—Ahí está —dijo Sybil al verlo en la distancia—; ¿quién es ese anciano?

—Mi abuelo, Peter Bradley.

—¿Es ése Peter Bradley? —preguntó Sybil.

—Sí, ya sé que te preguntas si esa vieja y reseca anatomía, que debería exponerse en una redoma de cristal para que la gente la pudiera contemplar, es pariente y amigo de tu príncipe azul —dijo Turpin entre carcajadas—, pero te juro que así es.

—Aunque sea tu abuelo, Luke —dijo Sybil—, no me gusta. Su mirada parece albergar el mal de ojo.

Y, ciertamente, la mirada que Peter lanzó sobre ella fue como la que la serpiente de cascabel usa para fascinar a su víctima, y Sybil se sintió como una pobre y aleteante avecita bajo el poder de la venenosa sierpe. No podía apartar sus ojos de los suyos pese a que temblaba más cuanto más le miraba. Hemos dicho que las pupilas de Peter eran como las de un sapo y la edad no había apagado su brillo. Si en sus toscas facciones sólo se podía adivinar el desprecio y el odio reseco, en sus ojos palpitaba una corriente magnética de atracción y repulsión. Sybil soportó el primer sentimiento en un grado muy desagradable. Él la atrajo con la fuerza irresistible de un remolino y se agarró involuntariamente a su amante.

—Tiene mal de ojo, Luke.

—¡Bah! Querida Sybil, ya te he dicho que es mi abuelo.

—Sin embargo la chica tiene razón —replicó Turpin—, Peter tiene una mirada espantosa en sus pupilas. Es lo bastante insoportable para sacar de sus casillas al infeliz más modoso. Vamos, vamos, mi vieja lombriz de cementerio, vamos a reptar

un poco. Es la primera vez que ves a una gachí de tronío, ¿eh?

—Es la primera vez que he visto una tan bella —dijo Peter—, y debo pedirle perdón si la libertad que me he tomado la ha ofendido. No me extraña tu fascinación, Luke, ahora que contemplo el objeto de ella. Pero sí me gustaría darle un pequeño consejo a esta preciosa doncella: la próxima vez que ella quiera verte, le recomiendo que te espere en la cumbre de la colina, de otra forma las posibilidades de que llegue al valle con el cuello ileso son muy escasas.

Había algo, pese al modo satírico en el que Peter habló, calculado para causar una impresión más favorable en Sybil de la que había producido su conducta anterior. Y tras saber por Luke de lo que su consejo trataba, ella extendió su mano hacia a él, no sin un estremecimiento cuando fue envuelta por su mano descarnada. Fue como si un esqueleto agarrase la mano de Venus.

—Es una mano pequeña —dijo Peter—, y yo tengo alguna pericia en quiromancia. ¿Puedo leer sus líneas?

—No, ahora no, por todos los diablos —dijo Turpin, que pataleaba impaciente—, si Peter Bradley se vuelve galante es que Satán debe estar entre nosotros.

Tras tomar por la rienda a sus caballos, se encaminaron hacia la arboleda. A los pocos minutos de trayecto estuvieron a la vista del campamento de los gitanos, cuyo lugar de elección de sus reales se puede considerar como el Edén del valle. Era una pequeña llanura verde, de hierba suave como el césped mejor cortado, que sólo se ennegrecía en aquellas partes en las que se hacían fogatas, pero el riachuelo que pasaba a su lado le daba un aspecto de un verdor permanente, que resaltaba el anfiteatro de las colinas circundantes. Ese era el sitio en el que deberían verse las telas de lona con sus parches de abigarrado colorido, la cabaña construida toscamente, la marmita

entre dos postes, con un palo atravesado.

Las bestias de carga enmaromadas, los caballos, burros, perros, carros, caravanas, vagones y demás muebles pertenecientes a la tribu errante. Resplandeciente entre los árboles, en el extremo de la planicie, aparecían los muros del priorato de Davenham cubiertos de hiedra. Pese a que en gran parte estaba ruinoso, sobrevivía lo bastante como para recrear el estado prístino de su antaño majestuosa fábrica, y la larga pero rota línea de arquerías sajonas que todavía delimitaban los muros del claustro. Los pilares que soportaron el dormitorio, el enorme arco de herradura que se abría al patio y, sobre todo, el gran rosetón que, pese a estar despojado de sus vidrieras, mantenía como las nervaduras de una hoja todas sus intrincadas fibrosidades, que hablaban con muda elocuencia del pasado, cuando despertaban reverencia y admiración por la belleza que todavía permanece.

Sybil condujo al grupo hacia esas ruinas.

—¿Residís ahí? —preguntó Peter mientras señalaba hacia el priorato.

—Ésta es mi morada —dijo Sybil.

—Antes prefiero ser propietario de ésta que de una mansión moderna —replicó el

enterrador.

—Me gustan más estas viejas paredes que cualquier casa a la moda —contestó Sybil.

Cuando entraron en la cerca del prior, como así lo llamaban, varias figuras atezadas salieron de las tiendas. Muchos saludaron a Luke en la ruda jerga de la tribu. Al final, un ser tosco y enano, con negras greñas, saltó hacia él. Parecía tomar a Luke por su amo.

—¿Qué hay de nuevo, Grasshopper? —dijo Luke—. Toma estos caballos y cuida de que no les falte alimento ni abrigo.

—Y cuida, Grasshopper —añadió Turpin—, de que te encomiendo encarecidamente a esta yegua. No la abrigues ni la alimentes sin que yo lo supervise. Dale un paseo de diez minutos y si tomas una jarra de cerveza, déjala que dé un sorbito.

—Tus deseos son órdenes —gorjeó el insecto humano^[32] mientras se marchaba con sus encomendados.

Un variopinto grupo de atezados bribones, mujeres y niños cuyos ojos oscuros proclamaban su linaje, vestidos de manera extraña, y con porte asilvestrado, salían al sendero y musitaban bienvenida tras bienvenida en el oído de Luke cuando pasaba ante ellos. Estaba claro que él no tenía ganas de conversación; Sybil, que parecía ejercer una gran autoridad sobre el grupo, los dispersó con una palabra y los condujo a sus respectivos aposentos.

Una baja puerta daba la entrada a Luke y a sus compañeros en lo que una vez fuera un jardín, donde algunos manzanos y avellanos cubiertos de musgo todavía permanecían en pie, y tenían un aspecto tan venerable como los muros adyacentes.

Otra puerta abierta daba entrada a una cámara espaciosa que fue antiguamente el refectorio de la venerable congregación. Y hubiera resultado una habitación magnífica de no ser porque sus esbeltas ventanas lanceoladas estaban rellenas con heno para frenar el aire. Grandes agujeros se encontraban donde antaño enormes vigas de roble cruzaron el techo, y una oquedad oscura permanecía abierta donde otrora el fuego crepitaba y ardía. En lo que concierne a este lugar, la vieja usanza no había sido totalmente derogada y una plancha de hierro cubierta con madera cortada sustentaba un pesado caldero negro, cuyos succulentos vapores afectaron gratamente a los órganos olfativos del salteador de caminos.

—Éste es un buen presagio —dijo Turpin mientras se frotaba las manos.

—Todavía hambriento después de las ollas de Egipto —dijo el enterrador con una sonrisa fantasmagórica.

—Veamos qué es lo que se cuece en la olla —dijo Luke.

—¡Handassah, Grace! —ordenó Sybil.

Sus mandatos fueron obedecidos por dos doncellas ataviadas, con no poco gusto, en traje de cingara.

—Traed lo mejor que nuestra despensa guarde —dijo Sybil—. Daos prisa. Tenéis

bocas a las que atender, hambrientas después de una larga cabalgada.

—Y por una noche de ayuno —dijo Luke—, y de solitario encierro de mucho provecho.

—Y una noche para los negocios —añadió Turpin—, para importunar y para hacer sorprendentes tratos.

—Y también una noche fúnebre —añadió Peter—, ¡qué funeral para un padre! Danos pronto el desayuno porque tenemos un apetito extraño.

Una vieja mesa de roble, que acaso fuera la misma sobre la que los venerables frailes rompían su ayuno matinal, estaba en medio de la habitación. Su amplia superficie pronto rechinó bajo el peso del sabroso caldero, cuyos enjundiosos contenidos fueron un par de faisanes despiezados, una cantidad igual de pollos, grandes trozos de jamón, champiñones, cebollas y otros picantes aderezos, tan del gusto de Dick Turpin que, después de probar un gran bocado, derramó genuinas lágrimas de placer. El plato era, pues, un verdadero triunfo del arte culinario gitano. Y tanto se entregó Dick a los placeres de la mesa y tan completa era su concentración en ellos que no se dio cuenta de que se había quedado solo. Fue al rebañar el plato y tragar el último sorbo de la excelente cerveza que se apercibió de ello.

—¿Qué? ¿Ya se han ido todos? ¿Peter Bradley también? ¿Qué demonios significa esto? —musitó—. No me dejaré enredar por ningún hijo de Egipto pese a que haya comido como un faraón. No me dejaré engañar. ¡Cuidado, Dick! Supongamos que aprovecho el espacio entre los ladrillos de la pared y coloco este precioso documento entre estos dos. ¡Psché! Luke nunca me haría una jugarreta. ¡Vamos ahora a por Bess! ¡Bendita sea su negra crin! Se estará preguntando qué es lo que he hecho durante tanto tiempo. No es mi costumbre dejar que ella se las arregle sola, pese a que puede valerse por sí misma en caso de apuro.

Dick, en pleno soliloquio, se levantó y caminó hacia la puerta.

Capítulo 3

Sybil

Bajo el muro polvoriento, junto al que se habían recogido para estar libres de interrupciones, y sobre una alfombra del musgo más verde, se sentaban Sybil y su amado.

Con gran curiosidad ella escuchaba su relato; él le narró todo lo que le había acontecido desde que se marchó. Le habló de las terribles revelaciones de la tumba; del anillo que, como un talismán, le había ofrecido miles de brillantes perspectivas. De los peligros que siguieron, de sus fugas, de su encuentro con *lady* Rookwood, de la visita al cuerpo de su padre, de su encuentro con su hermano. Todo lo escuchó ella con una mejilla que, ora se ruborizaba por la emoción, ora empalidecía por el temor; su seno palpitaba con la respiración entrecortada. Pero cuando Luke hablaba en tonos más suaves y surgían como temas de su inspiración el amor, los afectos y la felicidad, y describía el bienestar que tendrían en sus nuevas posesiones; cuando ponía su fortuna en su regazo y sus títulos a sus pies y le rogaba que se escapara con él; cuando con el corazón fiel y la mano noble él iba a terminar sus días de paria, en lugar de encontrar ternura y aquiescencia agradecida, las facciones de Sybil se ensombrecieron, su suave sonrisa se desdibujó y así como en primavera el brillo del sol súbitamente se convierte en lluvia, la luz que alumbraba sus pupilas se transformó en una oscura fuente de lágrimas.

—¿Por qué lloras, Sybil? —dijo Luke, que la miraba con asombro, y no sin mezcla de enojo—. ¿A qué se deben esas lágrimas? ¿Seguro que no lamentas mi buena fortuna?

—No en lo que a ti respecta, querido Luke —repuso ella con tristeza—; las lágrimas que derramo son por mí. Las primeras y únicas lágrimas que he derramado por semejante causa. Y —añadió mientras alzaba su cabeza como una flor sobrecargada de humedad— serán las últimas.

—Esto es incomprendible, querida Sybil, ¿por qué te lamentas por ti y no por mí? ¿No nos doran por igual los rayos de la luz de la prosperidad? ¿No me he cansado de repetirte que el día en que yo entre en las estancias de mis antepasados será la víspera de nuestros esponsales?

—Es cierto, pero ese sol que brilla sobre ti trae para mí sombras amenazadoras. El día de nuestros esponsales nunca amanecerá, tú no puedes hacer de mí la señora de Rookwood.

—¿Qué es lo que oigo? —exclamó Luke al escuchar esta confesión de su amante, triste y deliberadamente emitida—. ¡No casarnos! ¿Por qué? ¿Es el rango que adquiriré o que espero adquirirlo que te disgusta? Habla, que no debo perder mi

tiempo en la persecución de las sombras de la felicidad, mientras la realidad fluye ante mí.

—¿Son aquellas las sombras y es esta la realidad, querido Luke? Pregúntale a lo más recóndito de tu corazón y encontraras una respuesta muy distinta. No podrías ir más allá de tu triunfo, no es posible. Has vivido demasiado para el soberbio título que va a ser tuyo como para cedérselo a otro, sobre todo cuando puede ser obtenido con tanta facilidad. Y, cuando la reputación de tu madre y tu mancillada fama pueden ser restauradas con una sola palabra pronunciada bien alto, ¿serías capaz de no decirla? No, amado Luke, lo leo en tu corazón. No lo harías.

—Y si yo no pudiera ir más allá de esto, ¿por qué renuncias a compartir mi triunfo? ¿Por qué consideras mis honores desprovistos de valor una vez que los he adquirido? Tú no me amas.

—¿Que no te amo, Luke?

—Acéptalos si no.

—Los acepto. Sé testigo del sacrificio que voy a hacer de todas mis esperanzas en el altar de mi idolatría por ti. Sé testigo de la agonía de esta hora. Sé testigo del horror de la confesión de que nunca podré ser tuya. Cuando eras Luke Bradley yo fui dichosa, ¡muy dichosa! Tu novia. Como *sir* Luke Rookwood —y ella se estremeció al pronunciar el nombre—, nunca lo podré ser.

—Bueno, si es así, que me valga el cielo, seré Luke Bradley, pero ¿por qué no *sir* Luke Rookwood?

—Porque —contestó Sybil con reluctancia— yo no seguiré siendo tu igual. La gitana de baja cuna no es un partido para *sir* Luke Rookwood. El amor no me puede cegar, querido Luke. No puede hacer de mí otra de la que soy. No puedo exaltarme en mi propia estima ni en la del mundo con el que tú, muy pronto, te mezclarás. ¡Ay! Y que no tendrá miramientos a la hora de despreciarme como tu mujer. No quiero procurarte vergüenza y reprobación. ¿Qué pasaría si por mi causa los grandes de la tierra te tratasen con desdén? Mi corazón se rompería de dolor. Y también por mí misma, porque tengo el orgullo suficiente... quizás hasta en exceso. Es posible que sea este orgullo el que me mueve ahora. No sé. Pero contigo soy toda debilidad. Tal y como has sido hasta ahora, sería para ti la más tierna y fiel esposa que ha alentado sobre la tierra. Tal y como eres ahora...

—Escúchame, Sybil.

—Escúchame a mí, amado Luke. Otro motivo determina mi conducta actual, el cual, aun cuando los otros motivos fuesen vencidos, bastaría por sí solo. No me preguntes cuál es. No te lo puedo explicar. Es por tu propio bien. Te lo imploro, quédate satisfecho con mi renuncia.

—¡Vaya destino el mío! —exclamó Luke, que se golpeaba la frente con su mano crispada—. No me dejan elección. Escoja la vía que escoja, destrozo mi felicidad. En un lado está el amor, en el otro, la ambición. Y no hay manera de conciliarlos.

—Sigue tu ambición —dijo Sybil enérgica— si dudas entre ellos. Olvida que yo

haya existido, olvida incluso que has amado alguna vez, olvida que tal pasión reside en el corazón humano y tú podrás ser feliz, puesto que serás grande.

—¿Y tú crees que puedo hacer eso? —replicó Luke, impaciente y frenético—. ¿Crees que puedo olvidar que te he amado? ¿Que te puedo olvidar? Cueste lo que cueste, el esfuerzo debe ser realizado. Ahora, por nuestro antiguo amor, ¿puedes decirme qué es lo que ha producido este cambio en ti? ¿Por qué ahora me rechazas?

—He dicho que tú eres ahora *sir* Luke Rookwood —contestó Sybil con dolorosa emoción—: ¿No implica nada ese nombre?

—¿Implica algo malo?

—Para mí, todo lo peor. Es una casa maldita. Los de su descendencia están predestinados.

—¿A qué? —preguntó Luke.

—¡Al asesinato! —contestó Sybil con un énfasis solemne—. A ser los asesinos de sus esposas. Perdóname, Luke, si me he atrevido a decirlo, tú me obligaste a ello.

Con sentimientos encontrados de asombro, horror e ira, Luke guardó silencio durante unos pocos instantes. Luego, se postró a sus pies y gritó:

—¿Y puedes sospechar de mí un crimen tan miserable? ¿Piensas que por asumir tal apellido puede suscitarse tal herencia de mi estirpe? ¿Me crees capaz de algo tan espantoso?

—No, no, claro que no. Estoy completamente segura de que no lo harías. Tu alma rechaza con espanto semejante crimen. Pero si el Hado guiase tu mano, si el espíritu vengador de alguna de tus antepasadas dirigiese el acero, entonces tú no podrías evitarlo.

—Dime en el nombre de Dios a qué te refieres.

—A una tradición de tu casa —contestó Sybil—. Escúchame y oirás la leyenda.

Y con un patetismo que produjo una honda emoción en Luke, ella cantó la siguiente balada:

LA LEYENDA DE LADY ROOKWOOD

El terrible Ranulph llegó a casa a medianoche de la larga Guerra de las Rosas,

*y el caballero que espera en las viejas puertas un oscuro secreto revela;
para las palabras de aquel bribón no tiene respuesta el señor, salvo su rostro implacable*

que se vuelve espantosamente blanco bajo la luz de la luna y sus ojos que parecen arder como los del lobo.

En el gabinete de su lady, en esa hora solitaria, sin anunciar, aparece el ausente sir Ranulph;

*a través del estrecho pasillo, a través de la puerta secreta, él se desliza;
¡ella está completamente sola!*

*Pleno de santo celo se arrodilla su dama a los pies de la dulce Virgen,
sus manos se aprietan contra su gentil seno y su dulce rostro vuelve a lo
alto.*

*El corazón de Ranulph late con alegría al mirar en su inocente faz;
y el furioso fuego de su ira es apagado por sus graciosas palabras;
su propio nombre se mezcla en sus oraciones tan libremente como su
aliento.*

*Pero ¡ah! ¡Mira! ¿Por qué saca el puñal de su vaina?
En un escabel yace una espléndida capa de merino y de blanca piel
(una capa excelente para el elegante atavío de un caballero refinado)
y de ella cae, colgada de un brazaletes, una pintura que llega a sus ojos
«Por la cabeza de mi padre», dice el feroz Ranulph, «falsa esposa, tu fin
se aproxima».*

*Desde el fondo de su cadena ha el feroz caballero tomado tan fatal y
terrible juramento.*

*¡Sus ojos oscuros arden, no dice una palabra, tres veces brilla el filo de su
daga!,*

bebe su sangre y al caer la víctima escucha sus gritos:

«¡Por besos impuros de amante, adúltera, mueres!»

*Él permaneció en silencio con las manos llenas de crúor y los ojos en
llamas,*

*y entonces el lamento de ella en acento lánguido hizo esta dama de tristes
destinos:*

el Cielo benefactor podrá decir que te he amado, cruel señor;

pero ahora, con odio inconmensurable, te aborrezco, asesino.

*Te he amado mucho, pese a las dudas y a las ofensas, te he amado a ti y
no a otro,*

Y mi amor fue puro por mi amante, ¡ay! Que fue mi hermano

la rosa roja que luce en tus banderas, en su pendón brilla la blanca,

y tan amarga disputa que a ambos ha afligido os impide uniros.

*En mi gabinete me vio en la hora en que pensaba que tus vasallos
dormían*

*de gozo exultamos sin saber que aquellos vasallos vigilaban. ¡La hora
voló tan rápido! Ese retrato fue su don,*

¡ah! ¡Qué poco fue para mí aquel regalo, él me dejó demasiado pronto!

*¡Qué hora malhadada! El Hado oscuro descendió sobre nosotros cuando
nuestras manos se unieron por vez primera,*

*porque a la lealtad de mi corazón entre las lágrimas y crueldades, con la muerte me has correspondido,
en devota oración he pasado muchos años de mi vida infeliz
pero al infierno entregará mi alma para que obre tu castigo.*

Dijo estas arrebatadas palabras, inclinó su cabeza y la sangre de Ranulph se heló,

*porque una sombra horrible de las profundidades infernales surgió:
«Tu plegaria se ha atendido, el Infierno te acoge», gritó el Maligno: «Tu alma es mía».*

«Su destino debe temer toda dama que con Ranulph o su descendencia se case».

*Dentro de la timba que guarda su maldición está la dama enterrada,
y otra esposa de los hijos de Ranulph su destino llora en la noche,
esta dama se extingue y ya una tercera se lamenta y marchita como las anteriores.*

Su suerte le pesa a quien un Rookwood corteja porque su noche de bodas está maldita.

—¿Y ésta es la leyenda de mi antepasada? —dijo Luke cuando Sybil dejó de recitar.

—Así es —replicó ella.

—Una conseja boba —observó Luke molesto.

—No tanto —respondió Sybil—: ¿No recae la maldición de sangre sobre todo tu linaje? ¿No ha recaído sobre tu padre, sobre *sir* Reginald, *sir* Ralph, *sir* Ranulph y todos los demás? ¿Quién ha escapado a ella? Y cuando te cuento esto, querido Luke, cuando veo que llevas el apellido de esa raza maldita, ¿te puede sorprender que tema añadirme a la lista de víctimas de ese espíritu despiadado y que tiemble por ti? Moriría por ti con gusto, pero no por tu mano. No me gustaría que la sangre que ahora derramaría por ti con la misma facilidad que el agua, sirva de testimonio en tu contra. No tengo miedo por mí, pero símil temores por ti. Mi madre, en su lecho de muerte, me pidió que nunca fuera tuya. No la creí porque yo entonces era feliz. Ella dijo que nunca nos casásemos, porque si lo hacíamos...

—¿Qué, en el nombre de Dios?

—Que tú serías mi matador, que tu amor se acabaría por q transformar en odio, que tú me asesinarías. ¿Cómo podía dar crédito a esas palabras entonces? ¿Cómo puedo dudar de ellas ahora cuando veo que eres un Rookwood? Y no pienses, amado Luke, que me mueven temores egoístas para tomar esta resolución. Renunciar a ti me costará la vida, pero será por mi propia responsabilidad. Puedes llamarme supersticiosa y crédula; me he criado en la credulidad: es la fe de mis padres. Hay

algunos, supongo, que tienen la capacidad de ver el futuro, se me han anunciado tales presagios que, sean falsos o verdaderos, no pienso dejar que se cumplan en mi persona. Puede que sea crédula, puede que sea débil, puede que esté equivocada, pero soy firme en esta resolución. Pídemme que me muera a tus pies y lo haré. Pero no seré tu hado, no seré el vil instrumento de tu perdición. Yo te amaré, te adoraré, te cuidaré, te serviré y pereceré por ti, pero no me casaré contigo.

Exhausta por la vehemencia de sus emociones, ella se habría desplomado en el suelo de no haberla tomado Luke en sus brazos. La oprimió contra su pecho y renovó sus protestas apasionadas. Ningún argumento tenía fuerza contra la firme resolución de Sybil.

—¿Me quieres como me querías antes? —le preguntó ella al final.

—Mil veces más apasionadamente —dijo Luke—; pónme a prueba.

—¿Cómo me puedo atrever a hacer eso? Piénsalo bien: es demasiado lo que te voy a pedir.

—Dilo. Si no es suficiente mi palabra, te juro por el cuerpo de mi madre que te obedeceré.

—Te propongo un juramento.

—¡Ah!

—Un juramento solemne que te ligará para siempre: si tú no te casas conmigo, no te casarás con ninguna. ¿Te asusta? ¿Te he espantado?

—¿Asustado yo? Lo haré. Escúchame, por...

—¡Para! —exclamó una voz inmediatamente tras él—: ¡No jures en vano!

Súbitamente apareció el enterrador, había una sonrisa maligna en su rostro. Los amantes se sobresaltaron con esta aparición ominosa.

—¡Lárgate! —le gritó Luke.

—No hagas ese juramento —dijo Peter— y te dejaré en paz; recuerda el consejo que te di en el camino hacia este lugar.

—¿Qué consejo te dio, Luke? —preguntó Sybil ansiosa a su amante.

—Hablamos de ti, niña bonita —le replicó Peter—, y le puse en guardia contra este matrimonio. No sabía cuáles eran tus sentimientos, de lo contrario me habría ahorrado la perorata. Has sido muy sabia, si te hubieses casado con él la desgracia te hubiera llegado. Pero él *debe* casarse con otra.

—¡*Debe!* —gritó Sybil, de sus ojos, profundos como la noche, parecían saltar chispas de indignación.

Al tiempo que gritaba, desenvainó el pequeño estilete que llevaba en el ceñidor y se arrojó sobre Peter con el brazo alzado.

—¡*Debe* casarse con otra! ¿Os atrevéis a aconsejar eso?

—Envaina tu daga, linda doncella —dijo Peter con calma—, cuando yo era más joven, mis ojos vieron cosas más terroríficas que tu puñalito. Además, eso obraría en tu contra: ¿Apuñalarías a un pobre viejecito que, además, es el abuelo de tu amado?

El brazo alzado de Sybil se desplomó.

—Es verdad —continuó el sepulturero—: Osé darle ese consejo. Y cuando hayas acabado de oírme tú tampoco, estoy convencido de ello, me considerarás tan poco razonable como en primera instancia pudiera parecer. He sido un testigo invisible de vuestra conversación, no es que yo deseara husmear en vuestros secretos, nada de eso, os oí por casualidad. Aplaudo vuestra resolución, pero si estás dispuesta a un sacrificio total por el bienestar de tu amado no dejes la tarea a medias. No lo ligués por juramentos que él acabará por tener como telas de araña que pueden ser rotas a placer. Tú sabes, como lo sé yo, que está destinado a ser el señor de Rookwood; y, en verdad, para un alma con aspiraciones tal deseo es natural y digno de alabanza. Es honroso y bello borrar la mancha que tizna su cuna y sería un acto de piedad filial restaurar el buen nombre de su madre, y yo, el padre de su madre, alabo su afán en ese propósito. Pero, a decir verdad, linda doncella, yo no soy tan rígido como vuestros delicados moralistas en mi concepto de la naturaleza humana, y doy en permitir una cierta laxitud en el amor que sus más delicados escrúpulos no admitirían. Sería algo magnífico triunfar sobre tan implacable enemigo, la moral y sus convenciones, lo que se podría conseguir...

—Sin matrimonio —respondió Sybil indignada.

—¡Cierto! —replicó Peter—. Se puede estar sin ser. Has dicho la verdad, la casa de Rookwood es una casa maldita y ha sido profetizado que si él se casa con una que no es de su linaje, si un grajo no se casa con otro grajo, sus posesiones pasarán a otras manos. Escucha estos cuatro versos proféticos:

*En la más alta rama se posará
el cuervo entre gran clamor y griterío.
Pero según su ley, el antiguo nido,
grajo que con grajo case, lo tendrá.*

»Tú sabes lo que esos versos quieren decir. Luke es sin duda el grajo errante, un polluelo que ha llegado hasta aquí desde un país lejano. Él debe tomarla a ella o dejar a la mujer y «el viejo nido» a su hermano. En lo que a mí respecta, no tengo fe en las profecías ni en las adivinaciones y no hago caso de consejas como esa. No sé lo que Eleanor Mowbray, que así se llama ella, tiene que ver con la posesión de las haciendas de los Rookwood, pero si Luke Rookwood, tras haber señoreado sobre sus Estados con magnificencia, es arrojado de nuevo a la miseria como un desharrapado, no se le reprochará a su abuelo que no le avisó.

—Luke, te ruego que me digas —dijo Sybil, que había escuchado horrorizada al enterrador, trémula, como si estuviera bajo la influencia escalofriante de su mirada malévol—: ¿Es verdad eso? ¿Depende tu destino de Eleanor Mowbray? ¿Quién es? ¿Qué tiene ella que ver con Rookwood? ¿La has visto? ¿La amas?

—No la he visto nunca —respondió Luke.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Sybil—. Luego, no la amas.

—¿Cómo la puedo amar? —replicó Peter—: ¿No te he dicho que no la he visto nunca?

—¿Quién es ella, pues?

—El viejo dice que es mi prima. Además, está prometida a mi hermano Ranulph.

—¿Cómo? —gritó Sybil—: ¿Y arrebatarías de los brazos de tu hermano a su prometida? ¿Le harías una ofensa tan infame? ¿No basta con que le arrebatas lo que él siempre consideró como suyo? El que lo haya considerado erróneamente no quiere decir que la pérdida le sea menos amarga. Si ofendes así a tu hermano, no esperes ninguna felicidad ni respeto, porque no formarán parte de tu herencia. Incluso este viejo de corazón de piedra se espanta con tal hazaña. Sus ojos de serpiente miran hacia el suelo. Mira, hasta él se ha conmovido.

Y, a decir verdad, Peter apareció por unos instantes extrañamente turbado.

—No es nada —respondió él, que logró dominar su emoción con un gran esfuerzo—. ¿Qué significa todo esto para mí? Nada. Nunca tuve un hermano, ni una mujer, hijos o parientes que me amasen. Y yo no amo a este mundo ni a las cosas de este mundo ni a los que habitan este mundo. Pero sé qué es lo que reina sobre este mundo y sus habitantes: el egoísmo, el interés particular. Reflexiona sobre esto, Luke. La llave de Rookwood la tiene Eleanor Mowbray. La mano que la domine, domina las tierras: eso es lo que dijo la profecía.

—Es una falsa profecía.

—Fue proferida por una de tu raza.

—¿Por quién?

—Por Barbara Lovel —dijo Peter con un gesto de triunfo.

—¡Ah!

—No le hagas caso —le dijo Luke a Sybil al ver que esta se asustaba con aquella revelación—. Yo te pertenezco.

—¡No eres mío! ¡No eres mío! —gritó Sybil—. Pero tampoco de *ella*.

—¿Adónde vas? —le dijo Luke a Sybil que, aturdida, se desprendió de sus brazos.

—Con Barbara Lovel.

—Iré contigo.

—¡No! ¡Déjame a solas! Tengo mucho que preguntarle, pero no te demores mucho con este viejo, amado Luke, o cierra tus oídos a sus hábiles palabras. Evítalo. ¡Oh! ¡Cómo me duele el corazón! ¡No me sigas, te lo imploro, no me sigas!

Y con aire aturdido se marchó a gran velocidad entre los muros vetustos, dejó a Luke sumido en la angustia y la desesperación. El enterrador mantenía una actitud dura e impasible.

—Pese a todo, es una mujer —murmuró Peter—, todos sus propósitos más firmes se funden como hielo en primavera con la presencia de una rival. Te felicito, nieto, te has liberado de tus grilletes.

—¡Libre! —respondió Luke—: ¡Fuera de mi vista! Aborrezco tu visión. Has roto

el corazón más fiel que jamás latió en un seno de mujer.

—¡Bah, bah, bah! —replicó Peter—, todavía no se ha roto. Espera hasta oír lo que la vieja Barbara tenga que decir. Y, mientras tanto, deberíamos acordar con Dick Turpin el precio de la partida de matrimonio. El bribón sabe bien lo que vale. Vamos, sé un hombre. No me seas amadamado.

Al final consiguió, a medias por la fuerza y a medias por la persuasión, que Luke se marchase con él.

Capítulo 4

Barbara Lovel

Como una paloma que ha escapado de las garras del halcón, Sybil voló de las garras del enterrador. Su cerebro era un torbellino, su sangre ardía. No percibía con claridad los objetos externos, ni tenía una noción exacta de lo que iba a hacer y se deslizaba más como un espíritu flotante que como una mujer de carne y hueso por el ruinoso deambulatorio. Su pelo había caído en desorden sobre su rostro. Ella no se paró para ordenarlo, sino que apartaba los rizos con frenética impaciencia. Se sentía igual que alguien que sometiera sus nervios, agotados por la enfermedad, a una prueba terrible pero necesaria.

Sybil quería a su abuela, la vieja Barbara, pero se trataba de un amor atemperado por el miedo. Barbara no era una persona que inspirase estima o reclamase cariño. La tribu que ella gobernaba la consideraba como una reina electiva, con un inexplicable sentimiento de reverencia como el que siente el esclavo africano por la mujer Obeah. Reconocían su poder y obedecían sus órdenes sin rechistar, y temblaban de terror ante su anatema, el cual raras veces era pronunciado, pero cuando lo profería era considerado como una condenación. Ella cuidaba a su tribu como a su rebaño, y cernía su mano maternal sobre todos, lista siempre para premiar o para castigar. Y como ya había sobrevivido a una generación y era venerada desde su infancia como una mujer sabia, el sentimiento de respeto supersticioso hacia ella estaba firmemente arraigado.

Sybil erraba sin norte por salas sin techumbre, saltaba sobre los fragmentos rotos de pilares y columnas, y siguió así hasta que llegó a una escalera. Una puerta, adornada con chatones, detuvo su avance. Era una vieja puerta de madera de roble, encuadrada en un arco gótico en cuya clave miraba con expresión maligna uno de esos rostros demoníacos con los que los Padres de la Iglesia gustaban de adornar sus templos. Sybil miró hacia arriba y se encontró con el rostro fantástico, que le recordó los rasgos del enterrador, y parecía mofarse de ella. Su fortaleza, al fin, la abandonó. Sus dedos se agarraron al tirador de la puerta. Ella dudaba, incluso dio la vuelta con la intención de marcharse, porque notaba que carecía de fuerzas para enfrentarse con Barbara. Era demasiado tarde, ella había movido el pomo y una voz profunda salió de dentro y pronunció su nombre. Ella no se atrevió a desobedecer la llamada y entró.

La estancia en la que Sybil se encontraba era la única que había sobrevivido intacta en el priorato. Resistió a los estragos del tiempo y escapado a las devastaciones de los hombres, cuyos daños superan a los del tiempo. Ochavada, elevada y estrecha, se veía al primer golpe de vista que estaba dentro de una torreta. Estaba iluminada por una pequeña ventana mirador con una preciosa vista del

escenario circundante. Lucía paneles de madera de roble, ricamente labrado con nervaduras y aristas y sobre cuya parte superior pendía un techo de molduras de yeso. Esta habitación tenía algo, incluso en tiempos de desacralización, de belleza monástica. Allí el olor de santidad se había respirado intensamente y los efluvios de la idolatría papista pervivían. Pero la imaginación, siempre con sus alas dispuestas al vuelo, se remontaba a tal periodo (y una tradición garantizaba a suposición a tal efecto) cuando, quizás, había sido el oratorio privado del propio prior.

Vestida con un abrigo compuesto por las pieles de varios animales, sobre un jergón cubierto con un paño escarlata lleno de lamparones se sentaba Barbara. Un tocado en pliegues como un turbante circundaba su cabeza, compuesto por un rico pero gastado chal y su pecho estaba cubierto por los signos zodiacales, tan propios de una hechicera, del *Mago Cineo* de la Cíngara (de donde viene el nombre de cíngara, según Moncada), que Barbara se había traído desde España. De sus orejas colgaban como dos enormes lágrimas doradas, de una antigua y original factura. Sobre sus dedos blanquecinos, que parecían pieles de lagarto, se apretaban una plétora de anillos plateados de la más pura y simple manufactura. Parecían casi de metal en bruto. Su piel era amarilla como el cuerpo de un sapo, ondulado en su espalda, como sazónada con azafrán hasta en la punta de los dedos, las uñas de las cuales eran de la misma coloración. Varias porciones de su cuello eran visibles y parecían tan arrugadas como los de las tortugas. Al mirarla uno pensaba que un perito en el arte de embalsamar había agotado todos sus saberes con ella. Tan mortecina, tan falta de vida, tan negra parecía su carne, donde parecía permanecer esta, que ningún cuero podía ser más correoso que su piel. Semejaba una momia animada, con una anatomía tan curtida que iba a sobrevivir por siglos, y quizá lo pudiera haber conseguido. Pero ¡ay! No se puede embalsamar el alma. Ningún aceite reaviva tan preciosa lámpara. Y la llama vital de Barbara se apagaba rápidamente, como era evidente por sus ojos inyectados en sangre, antes de un negro profundo y evocador, que ahora eran siniestros y apagados.

La atmósfera de la sala estaba fuertemente impregnada, como los museos, de olores volátiles, emitidos por los estantes repletos de drogas así como de diversos especímenes disecados de pájaros y animales silvestres. El único compañero vivo de Barbara era una lechuza monstruosa, que se apoyaba junto a la cabeza de la vieja gitana y que emitió un silbido de reconocimiento al ver a Sybil avanzar. De un gancho colgado en el techo de enlucido estaba suspendido un globo de cristal, del tamaño y la forma de una gran calabaza, repleto de un líquido transparente en el que una pequeña serpiente, un áspid egipcio, giraba sin fin.

Los ojos de Barbara estaban nublados, pero no ciegos, y el porte abatido de su nieta la estremeció cuando esta entró. Notó sus cálidas lágrimas sobre su mano cuando Sybil se inclinó para besarlas. También pudo escuchar sus mal reprimidos sollozos.

—¿Qué es lo que te hace sufrir, muchacha? —dijo Barbara con una voz que

redoblaba en su garganta y era profunda como la de un fantasma—. ¿Has oído nuevas de Luke Bradley? ¿Le ha pasado algo malo? Te dije que oirías noticias tuyas o le verías esta mañana. Por lo que veo, no ha regresado. ¿Qué es lo que te han contado?

—Él ha vuelto —replicó débilmente Sybil—. No le ha pasado nada malo.

—Si ha regresado y está bien —repuso Barbara—, como tú dices, no entiendo qué es lo que te pasa a ti.

Sybil no respondió, no podía hacerlo.

—Ya veo —dijo Barbara con cariño, y movió su cabeza y sus manos con afecto—: Una pelea entre enamorados. Tan vieja como soy y aún no he olvidado los sentimientos de cuando era mocita. ¿Qué mujer, si lo es de verdad, lo hace? Y tú, como tu pobre madre, eres una infeliz todo corazón. Ella amaba a su marido como se debe, Sybil, y pese a que ella me quería mucho, lo amaba a él más, como debe ser. ¡Ah, qué amargo fue el día en que me dejó para irse a España! Aunque para alguien de nuestra raza errante todos los países son iguales, sólo el suelo sobre el que hemos nacido tiene un interés especial para nosotros, que la presencia de los nuestros hace más amable. Bueno, bueno, no pensaré más en eso: ella ya no está entre nosotros. No te lo tomes tan a pecho, niña, Luke tiene un temperamento impaciente, y no es la primera vez que te lo digo. Él no soporta los reproches y tú has sido demasiado insistente en tus preguntas respecto a su ausencia, ¿no es así? Confía en mí, tú le tendrás a tus pies en busca de tu perdón antes de que el sol se ponga.

—¡Ay! —dijo Sybil con tristeza—. No es una riña de enamorados que podría ser olvidada y perdonada, ¡ojalá lo fuera!

—¿De qué se trata entonces? —preguntó Barbara, que sin esperar la respuesta de Sybil continuó con vehemencia—: ¿Te ha faltado? ¿De qué manera? Habla, que te vengaré si su falta exige venganza. Eres sangre de mi sangre y piensa en lo que yo haría por ti, niña. Nadie de la sangre de Barbara Lovel ha quedado sin vengar. Cuando Richard Cooper apuñaló a mi primogénito, Francis, huyó a Flandes para escapar de mi cólera. Pero no pudo lograrlo, lo perseguí hasta allá y lo cacé. Lo traje de vuelta a su propio país y lo llevé al patíbulo. Me costó un montón de oro, ¿y qué? La sangre vale más que el oro. Y si así fue con Richard Cooper, así será con Luke Bradley. Lo cogeré si intenta escapar; si salta, le haré tropezar; si huye lejos, le echaré el guante, te lo traeré aquí arrastrado por los pelos —añadió ella con una sonrisa mortecina y con las manos extendidas en el aire, como si intentara echar a alguien de su presencia—. Él se casará contigo dentro de una hora si lo quieres así o si es necesario para lavar tu honra. Mi poder no me ha abandonado, mi pueblo sigue bajo mis órdenes y yo soy todavía su reina. ¡Y ay de quien me ofenda!

—¡Madre, madre! —gritó Sybil, temerosa de la tempestad que había desencadenado sin querer—, él no me ha ofendido, soy yo la que tiene la culpa, no Luke.

—Hablas con enigmas —dijo Barbara.

—Sir Piers Rookwood ha muerto.

—¡Muerto! —repitió Barbara, que dejó caer su vara de avellano—. *Sir Piers*, muerto.

—Y Luke Bradley...

—¿Sí?

—Es su heredero.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Barbara, cuyo asombro no cesaba de crecer.

—Luke en persona. Todo ha sido revelado —y Sybil empezó a contar precipitadamente todas las aventuras de Luke—: Ahora es *sir Luke Rookwood*.

—Éstas sí que son noticias de verdad —dijo Barbara—, y no son nuevas por las que debamos llorar. Debes regocijarte y no llorar. Bien, bien, ya lo preveo todo. Debo vivir para verlo todo cumplido, para ver a la hija de mi Agatha ennoblecida, para verla casada. ¡Sí! ¡Para verla bien casada!

—¡Madre querida!

—Puedo dotarte y lo haré. No le debes dar a tu marido belleza nada más; le traerás prosperidad.

—Pero madre...

—La hija de mi Agatha será *lady Rookwood*.

—¡Jamás! No puede ser.

—¿Qué no puede ser?

—El enlace que propones.

—¿Qué es lo que quieres decir, pobre infeliz? ¡Ah! Ya entiendo el significado de esas lágrimas, la verdad acaba por salir a la luz: él te ha abandonado.

—No, por todos los santos, él sigue igual de enamorado de mí... sus sentimientos no han cambiado.

—Entonces, tus lágrimas están fuera de lugar.

—Madre, no es apropiado que yo, de raza gitana, pueda casarme con él.

—¡No es apropiado! ¡Ja! ¿Y tú eres mi niña? ¡No es adecuado! Levántate o te daré de puntapiés. ¡No es apropiado! ¡Y eso me lo dices a mí! Yo te diré lo que es conveniente: dispondrás de una dote más amplia que la de cualquier señorita del condado. ¡No es apropiado! Dices eso porque crees que él descende de un linaje antiguo y altivo... Antiguo y altivo... ¡Ja, ja, ja! Yo te digo, niña, que por cada uno de sus antepasados yo puedo contar veinte. Por los años que su linaje ha florecido, mi raza puede alardear de siglos, y fue una nación, ¡un reino!... antes de que la tierra en la que él reside fuera conocida. ¡Qué! Si por la maldición del cielo nos ha tocado vagar en el destierro, la maldición del infierno planea sobre su casa.

—Lo sé —dijo Sybil—, una maldición horrible, la cual, si me caso con él, pesará sobre mí.

—No, sobre ti no. Tú evitarás esa maldición. Conozco los medios de satisfacer al vengador. Deja eso en mis manos.

—No me atrevo, eso es imposible. Ahora, dime: tú viste el cuerpo de la

infortunada madre de Luke, ¿fue envenenada? No... Debes decirlo. La muerte de *sir* Piers te libera de tu juramento: ¿Cómo murió ella?

—Estrangulada —dijo la vieja gitana, que acercó su mano temblorosa a la garganta.

—¡Oh! —gritó Sybil paralizada de horror—: ¿Había un anillo en su dedo cuando embalsamaste el cuerpo?

—¡Un anillo nupcial! El dedo estaba doblado. Escucha, niña, yo le podría haber contado a Luke el secreto de su nacimiento desde hace mucho tiempo, pero el juramento impuesto por *sir* Piers selló mis labios. Su madre estuvo casada con *sir* Piers y este la asesinó. Luke fue confiado a mi custodia por su padre. Yo lo he educado junto a ti. Yo he permitido vuestro amor. Y yo viviré para veros casados. Él es ahora *sir* Luke, tu esposo.

—No te engañes, madre —dijo Sybil con temerosa humildad—, él no es todavía *sir* Luke Rookwood, ¡ojalá no tuviera posibilidades de serlo! La fortuna que hasta ahora le ha sido tan propicia puede acabar por abandonarlo. Acuérdate de la profecía de la que hablaste.

—¿Una profecía?

Y con ritmo lento Sybil pronunció las palabras místicas que había oído repetir al enterrador.

A medida que recitaba, el ceño de la vieja gitana se empezó a nublar, como si albergase una nube preñada de tormenta. Las órbitas de sus ojos hundidos se agrandaron y la ira proporcionó vigor a su cuerpo. Ella se alzó.

—¿Quién te ha contado eso? —rugió Barbara.

—El abuelo de Luke, Peter Bradley.

—¿Y cómo lo supo él? —dijo Barbara—. Hace muchos años que está enterrado el que la pronunció. Tanto que mi memoria ya casi no lo alcanza. ¡Qué raro! El viejo *sir* Reginald tenía un hermano, lo sé. Pero ya no hay nadie tan viejo en la familia.

—Hay una prima, Eleanor Mowbray.

—¡Ah! ¡Ya veo! La hija de Eleanor Rookwood, la que se escapó de la casa de su padre. ¿Me he atrapado en mi propia red? Estas palabras son palabras de verdad y de poder, y obligan al porvenir y al destino con cadenas de bronce. Deben cumplirse, pero no por Ranulph, él nunca se casará con Eleanor.

—Entonces, ¿quién lo hará?

—Su hermano mayor.

—¡Madre! —exclamó Sybil—, ¿qué es lo que has dicho? Piensa tus palabras.

—No puedo, está escrito: Luke se casará con ella.

—¡Dios mío, ayúdame! —suplicó Sybil.

—Boba, infeliz, ¡sé firme! Será como yo digo. Él se casará con ella, pero no durará. La antorcha nupcial se apagará tan pronto como se haya encendido. La maldición y su venganza se cumplirán, pero no sobre ti.

—Madre —dijo Sybil—, si el pecado se ha de expiar sobre una cabeza inocente,

deja que sea la mía, no la suya. Le amo. Moriría con placer por él. Ella es joven, inocente, quizá feliz. ¡Oh, no la dejes perecer!

—Tranquilízate y fíjate en mí —dijo Barbara—. Éste es el día de tu cumpleaños, han pasado dieciocho veranos sobre tu joven cabecita, pero ochenta han llenado de nieve la mía. Los años traen arrugas, pero también sabiduría. Luchar contra el Hado, te lo aseguro, es luchar contra la Omnipotencia. Podemos predecir pero no evitar nuestro destino. Lo que tenga que ser, será. Este es tu dieciocho cumpleaños, Sybil, es tu día. En él transcurre tu hora planetaria, nuestra hora buena o mala según nuestras acciones. He examinado tu horóscopo. He escrutado tu estrella natal, que se halla bajo la influencia funesta de Escorpio, y el fiero Saturno lanza su mirada pavorosa sobre ti. Déjame leer tu mano. La línea de la vida está marcada con claridad, va de... ¡Ah! ¿Qué significa este cruce? ¡Cuidado, cuidado, mi Sybil! Haz lo que te digo y estarás a salvo. Haré otra prueba con mi bola de cristal. Espera.

Murmuró extrañas palabras que sonaban como un recitado; Barbara, con la vara de avellano bifurcada que usaba para adivinar, trazó un círculo sobre el suelo. Dentro de ese círculo dibujó unas líneas que, entremezclados sus ángulos, formaban siete triángulos, la base de las cuales formaba una figura de siete lados. Ella estudió esta figura con interés durante unos pocos instantes. Luego, alzó su vara y dio con ella en la lechuza. El pájaro desplegó sus alas y alzó el vuelo. Entonces voló en círculos alrededor del globo colgante de cristal. Cada vez volaba más cerca, hasta que a final tocó la bola con los extremos de sus alas.

—¡Basta! —gritó Barbara, y con otro movimiento de su vara logró que el ave retornara a su percha.

Barbara se levantó y golpeó la bola con su vara. La linfa pura empezó a teñirse de carmesí de manera instantánea, como si se hubiese mezclado con sangre. Podía verse a la pequeña serpiente enroscarse y anudarse como si luchara contra la muerte.

—¡De nuevo te digo que tengas cuidado! —exclamó, solemne, Barbara—, esto es un mal presagio. Sybil, desfallecida, se había desplomado sobre el escabel. Se oyó un golpe en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Barbara.

—Soy yo, Balthazar —replicó una voz.

—Puedes entrar —respondió Barbara. E hizo su aparición un viejo con una barba larga, blanca como la nieve, que le llegaba hasta la cintura, y con un traje del que se podía decir que semejaba el atavío de un gran sacerdote hebreo. Este venerable personaje no era otro que el sacerdote o hierofante de la tribu.

—Vengo para anunciarte que hay forasteras, damas, en el priorato —dijo el hierofante con seriedad—. Te he estado buscando en vano —le dijo a Sybil—, la más joven de ellas necesita tu ayuda.

—¿De dónde vienen? —preguntó Barbara.

—Vienen a caballo desde Rookwood, por lo que he creído oír —respondió él—, iban en camino hacia Davenham cuando fueron detenidas.

—¿Desde Rookwood? —repitió Sybil—. Sus nombres... ¿Has oído sus nombres?

—Mowbray es el apellido de las dos. Son una madre y una hija, la hija se llama...

—¿Eleanor? —preguntó Sybil, con un agudo presentimiento de próximas calamidades.

—Eleanor es el nombre, sin duda —contestó el hierofante, algo sorprendido—, con ese nombre se dirigía a ella la más vieja, que debe ser su madre.

—¡Dios bendito! ¡Ella está aquí! —exclamó Sybil.

—¡Aquí! Eleanor Mowbray, aquí —gritó Barbara—, en mi poder. No se puede perder un instante. Balthazar, apresúrate con las tiendas, nadie debe abandonar este lugar... sobre todo Luke Bradley. Cuida de que esas Mowbray queden confinadas en la abadía. Deja que suene la campana. Rápido, rápido. Déjame a esta infeliz a mí. No, está bien. Tengo mucho que hacer. Lárgate, hombre, y luego ven y cuéntame lo que has hecho.

Y cuando Balthazar se marchó a cumplir su tarea, Barbara, con un fulgor de triunfo en sus ojos, exclamó:

—¡Vaya! Tan pronto como una idea aparece en mi mente, los medios para llevarla a cabo se presentan. Se hará todo de una vez. Yo lo ligaré y yo lo desligaré y, luego, lo volveré a religar. Esta pobre infeliz está demasiado atacada de los nervios como para llevar a cabo la tarea —añadió Barbara tras mirar a Sybil inconsciente—. Esto la espabilará —abrió un aparador y sacó un frasquito—. Esto la fortalecerá, y esto —añadió con una sonrisa tétrica mientras abría otro recipiente—, esto la libraré de su rival cuando todo se haya consumado. Este líquido obligará a su amante a titularla, a convertirla en propietaria de haciendas. ¡Ja, ja, ja!

Capítulo 5

La ceremonia

A causa de unas pocas palabras que el enterrador dejó caer ante las servidoras durante el desayuno, quizá más a propósito que por casualidad, se propagó con rapidez el rumor de que el famoso Richard Turpin iba a ser su huésped durante un tiempo. La noticia produjo la misma sensación que la visita a una ciudad de provincias de un príncipe real, un general en jefe u otra persona ilustre y distinguida, cuya fama ha sido proclamada ampliamente entre sus congéneres por el rumor y sus mil lenguas. Y también para quien, como nuestro salteador de caminos, se ha vuelto lo suficientemente conocido como para ser un objeto de admiración y emulación entre sus contemporáneos.

Todo se revolucionó con la noticia. El patriarca, el jefe de la banda, se levantó de su silla, se invistió con su vestido talar, una bata de brocado muy vieja, afanada con toda probabilidad del guardarropa de algún cómico de la legua, empuñó su vara de mando, un rudo tocón de roble, y salió con solemnidad. El fanfarrón, que consideró a su representante magníficamente engalanado, y que no es un bribón mal parecido, cuyo mentón se ornaba con una barba tan larga y negra como la del sultán Mahmud, salió junto al diestro trilero del tabuco donde ambos pasaban el tiempo empinando el codo, ansiosos por aprehender un fulgor del resplandeciente príncipe de los saltimbanquis. El pedigüeño tullido desgarró las vendas de sus falsas heridas, se pone la muleta al hombro y corre de prisa tras él. El falso marinero inválido guarda su bastón y se desembaraza de su pata de palo y se mueve exultante, como un corzo. «Con semejante vela a la vista —dice— todos nos tenemos que poner al paio». El mudo, cuya lengua cortaron los piratas de Argel, de pronto recupera el uso de ella y lo proclama con voces a los cuatro vientos. Maravillosos fueron los milagros que produjo la llegada de Dick: el cojo se volvió de pronto andarín, el ciego vio, el mudo habló. Nadie, si la verdad ha de decirse, proclamó las execraciones más vernaculares. Todos los miembros de la cuadrilla se reunieron, allí estaban en todas sus variedades y grados, mozas y casadas, las novias y sus novios. Había, si nos valemos de los versos de Brome:

*Sí, verdaderos mendigos, errantes,
por nuestro fuero somos mendicantes,
perdidos y rampantes y ambulantes,
los caminos azotamos vagantes^[33].*

Cada bribón atezado salió de su cobijo, cada dama atanagrada le siguió, con su

prole parda de pilluelos semidesnudos. Cada damisela frutal de ojos brillantes se atusaba sus trenzas azabache y arreglaba su sombrero de paja y trataba de superar a las otras. Cada vieja bruja renqueaba tan aprisa como sus rígidas extremidades se lo podían permitir. Mientras, el hierofante, el preste de la cuadrilla (el que unía a las parejas con el bello rito del caballo muerto^[34]), encabeza el séquito, pues a todos une un gran propósito, ver al hombre más ilustre de este falso mundo.

Dick Turpin, en la época de la que estamos escribiendo, estaba en el cenit de su reputación. Sus hazañas eran difundidas por doquier, sus hechos estaban en boca de todos y su cabeza se cotizaba a un alto precio. El que él se expusiera tan abiertamente provocaba una sorpresa no pequeña entre los más astutos de la banda, ya que podía ser traicionado con facilidad, lo que denotaba un exceso de temeridad en su carácter. La audacia impetuosa era el rasgo principal del carácter de Turpin. Como nuestro ilustre Nelson, sólo conocía el miedo por el nombre. Y cuando se confiaba en manos de extraños, seguro de sí mismo y de sus propios recursos, se sentía perfectamente seguro del resultado. Tenía fe también en la continuidad de su buena fortuna, que nunca le había abandonado. Estaba plenamente convencido de que su hora quedaba aún lejos y no se preocupaba ni poco ni mucho por cualquier riesgo que pudiera correr. Y aunque, sin duda, tenía algún presentimiento sobre el probable fin de su carrera, nunca permitió que aquello amargara los placeres del presente, en lo que demostraba ser un filósofo nada despreciable.

Turpin era el *ultimus romanorum*, el fin de una raza, la cual está hoy extinta por completo, cosa que casi nos atrevemos a decir que lamentamos. Tuvo algunos sucesores, es cierto, pero no hubo ningún nombre digno de ser recordado después del suyo. Con él expiró el espíritu caballeresco que animó durante varias generaciones el pecho de los caballeros del camino. Con él murió el amor apasionado de la aventura, el espíritu de leal devoción por el bello sexo, que fue inspirado primero por los caminos gracias al alegre y galante Claude Du Val, el Bayardo de la carretera, *le filou sans peur et sans reproche*^[35], pero que se extinguió con la soga que colgó al heroico Turpin del árbol implacable.

Sería un asunto bien digno de investigar el declive y caída del salteador de caminos desde sus causas más remotas. Así sabríamos el cómo y el porqué de que con tantos capitanes a media paga, tantos clérigos pobres, tantos tenientes de tierra y mar con tan pocas posibilidades de promoción, tantos escritores de a tanto la línea, tantos novelistas a la moda, tantos dramaturgos fracasados y tantos críticos reprobables, tantos lectores de la *Edinburgh y Quarterly Reviews*, tantos hermanos nocivos y tantos hijos jóvenes, cuando hay tantos caballos para alquilar, tantas pistolas para prestar, tantas bolsas que arrebatar y los coches del correo abundan tanto como las perdices... Si se investigara con seriedad, repito, sabríamos por qué, con el mejor material imaginable para que surja una nueva raza de bandoleros, no tenemos ninguno, ni siquiera un aficionado pasable.

¿Por qué algunos espíritus selectos no abandonan los *salons* del Pall Mall y se

echan a los caminos? El aire de los brezales es más vigorizante y salúfero de lo que se pueda imaginar, mucho más que el de cualquier garito y las oportunidades para salir bien parado resultan incomparablemente mayores. Nosotros señalamos la ruta y no dudamos de que alguien la seguirá. Probablemente, la respuesta a nuestra investigación es que la oferta es mucho mayor que la demanda y que, en el presente estado de cosas, los bandoleros en embrión son más que las bolsas. Además, ¿no disponemos de las patrullas montadas? Con un sistema tan admirable de preservación del orden es baladí predecir un cambio. Nos tememos que el salteador de caminos, como sus congéneres irlandeses, los *raparees*, se extinguió con los *tories*. Eran contrarios a la reforma y evitaban la emancipación^[36].

Lejos de nosotros permitir que se piense que sobrevaloramos los placeres de la vida del bandolero, debemos escuchar las palabras que el «villano perfecto» Jack Hall, un célebre bandido en su día, dijo a propósito de este tema: «Su vida [la del salteador de caminos] tiene, por lo general, más alegrías y menos preocupaciones que la de cualquier otro hombre, y saca de ella mayores beneficios. Tiene a favor de su conciencia que siempre compra y vende al contado, lo que es raro, ya que dispone de escaso género. El tratante y él son como el doctor y el Diablo, el uno vive para el otro, y al igual que entre traidores, es mejor que hagan caso de sus mutuos consejos».

»Él tiene el prurito de honestidad de que nunca roba la casa que frecuenta (Turpin tuvo el mismo escrúpulo respecto a la mansión de Rookwood mientras *sir* Piers vivió) y, quizás, paga sus deudas mejor que otro, porque considera que está por debajo de su dignidad el cometer un delito tan innoble como la insolvencia, y le gusta pagar con puntualidad. Tiene otra virtud, nada fuera de lugar, que no toma más que aquello que tiene la oportunidad de llevarse (creemos que Jack se engaña en este aspecto), lo que se comprueba así: no vuelve a actuar hasta que se ha agotado su botín. Por eso es menos dañino a una república que el pobre, porque el dinero que el salteador consigue circula de inmediato, mientras que el otro lo guarda hasta el día del Juicio Final.

»Él es el cerdo del diezmo de su familia, al cual el patíbulo, en lugar del párroco, reclama como suyo. Le sobran motivos para ser audaz en sus empresas, pues, como todo el mundo le amenaza, él sólo teme a un hombre, el sayón. Sin embargo, no puedo afirmar que es tan valiente que se atreve a mirar a la cara a cualquier hombre, porque en ese punto siempre es un tipo modesto. Se dice que Newgate^[37] es la casa de campo de los salteadores, donde él pasa con frecuencia muchos meses del año, y no le importa demasiado ir allí por asuntos de poca monta, aunque sólo fuera por el placer de volver a ver a viejas amistades. Toma un pequeño hurto tan a la ligera como la monja la confesión auricular, pese a que el cura tiene un carácter más compasivo que el verdugo. Cada hombre de esta cofradía es apreciado según sus prendas particulares, las cuales a su vez se dividen en varios grados, pese a que a menudo son contrarias al orden público. Aquí a un hombre se le valora sólo por sus méritos, y asciende gracias a ellos a lo más alto de la horca, pues hay una gran parte de gloria en

morir como un héroe y a hacer una bonita estampa en el carro y en las dos últimas estrofas del salmo cincuenta y uno^[38]».

Esto, lo repetimos, es el testimonio sincero de un hombre práctico, y de nuevo señalamos el camino. Todos lo lamentamos, ahora hemos degenerado del gran salreador de caminos al ladrón con escaló y al ratero, en los cuales no hay rasgos redentores. Lo bajo a lo que pueda llegar la próxima generación de delincuentes es algo que no podemos conjeturar.

«Las burlas de Cervantes acabaron con la caballería española», dijo Lord Byron. Y si Gay^[39] no apagó la llama vacilante de nuestros nictálopes (al revés que *Los Bandidos* de Schiller, que al parecer levantó entre la juventud teutona una irrefrenable pasión por el bandidaje), la *Ópera de los Mendigos* no ayudó a avivar la llama agonizante. La risa fue fatal para ello, como en general para todo. Macheath le dio al salteador de caminos el *coup de grâce*^[40].

El último de la estirpe (porque insistimos en mantener que él fue el último), Turpin, como el sol poniente, emitió algunos rayos gloriosos y tiñó los más remotos caminos con un brillo que puede seguirse como las nubes de polvo que levantaba su caballo al escapar de sus perseguidores. Sin rival en la equitación, a él se debe la hazaña más extraordinaria que se recuerde en los anales de la hípica, y de la cual escribiremos más tarde. Tan perfecta fue su monta, tan hábil a las riendas del animal que montaba, estaba tan íntimamente familiarizado con cada cruce de caminos de la metrópoli (guardaba junto a sí una guía hecha por él de los caminos del reino), así como de otras partes de Inglaterra, en particular de los condados de Chester, York y Lancaster, que despistaba a todos sus perseguidores y burlaba todos los intentos de capturarlo. Su incansable intrepidez y su inquieta velocidad (tan rápidamente cambiaba de territorio y renovaba sus ataques en otras latitudes que parecía dotado con el don de la ubicuidad), su bravura, su resolución y, sobre todo, su generosidad le valieron una buena reputación entre sus compatriotas e incluso disimulados aplausos entre aquellos a los que exigía sus contribuciones.

Fue el amo de los caminos, eso es indiscutible. Sus manos estaban sin mancha de sangre, era capaz de contenerse ante potenciales ultrajes y, en la medida en que estaba en su poder, impedía toda violencia de parte de sus asociados. De siempre, especialmente desde que poseyó su yegua favorita, Black Bess, sus robos se perpetraban con una sorprendente sucesión y en distancias tan aparentemente impracticables que la idea de que habían sido ejecutados por un solo hombre se rechazaba por imposible. Y la única forma de acordar la descripción de la montura y del jinete que se ajustaba a cada ocasión era la suposición de que estos ataques los llevaban a cabo confederados que vestían y montaban de forma semejante.

Había en todo ello mucho de *famae sacra fames*^[41], así como de *auri*, de apetito de distinción, así como de riquezas. Enamorado de su vocación, Turpin se deleitaba cuando le llamaban el «Bandolero Volante», y fue con singular placer cuando descubrió que sus hazañas personales se atribuían a toda una banda de merodeadores.

Pero semejante estado de cosas no podía perpetuarse, su secreto fue revelado, la vigilancia de las autoridades se incrementó, le siguieron los talones, y después de un par de escapadas por un pelo, de las que se libró por milagro o por las dotes de su maravillosa yegua, abandonó a disgusto las salubres colinas de Bagshot, las llanuras pamperas de Hounslow (sobre las que, como un arquetipo del centáurico *sir Francis Head*^[42], él había recorrido tan a menudo), los enebrales de Highgate, Hampstead y Finchley, los pantanos de Battersea, los cuales casi los podía cabalgar y reconocer en una sola noche. Y, al dejar estos campos tan batidos en manos más jóvenes y menos experimentadas, él les subrogó también su deuda con los patíbulos erigidos allí mismo y abandonó la comarca.

Después de un viaje más o menos afortunado, nuestro aventurero se encontró en Rookwood, donde había sido invitado tras una jira campestre por su hospitalario y nada inquisitivo dueño. El abuso de confianza y de la buena compañía no concordaba con el carácter de Turpin. Él tenía sus luces y sus sombras, y mientras *sir Piers* vivió, sus bolsas y sus cofres estuvieron libres de cualquier ataque, a excepción, como Dick decía: «como mucho una o dos trampas con los dados. A veces me paso en las apuestas y a veces me ayudo con trucos». Aparte de esto, y de alguna treta en una carrera de obstáculos, donde la iglesia de Rookwood era la marca para dar un salto, o alguna trampita por el estilo que ningún escrupuloso podría objetar, Dick fue leal y sincero. Pero cuando el pobre *sir Piers* se vistió «su abrigo de madera», para usar la expresiva metáfora de Dick, sus escrúpulos de conciencia se desvanecieron en el fino aire. *Lady Rookwood* no significaba nada para él, y allí había un excelente botín para ser arrebatado. Empezó a buscar a alguien que le echara una mano y, tras encontrarse por casualidad a sus viejos camaradas Rust y Wilder, empezaron a planear el asunto cuya imperfecta terminación narramos en la forma prescrita.

Acabemos con esta digresión; cuando Turpin se presentó ante el umbral de la puerta, en busca de su yegua, se asombró al verlo repleto. Un grito de salutación surgió de la tostada muchedumbre, que fue seguido por un aplauso general, al que sucedió un zumbido de susurros, como el que da la bienvenida a un actor famoso en el escenario; así se recibió la llegada del bandido. A primera vista, la multitud le dejó asombrado y de forma involuntaria buscó sus pistolas. Pero las muestras de cariño eran tan inequívocas que no podían ser tomadas de otra manera. Entonces, sacó la mano del bolsillo y alzó su sombrero por encima de su cabeza.

Los aplausos tronaron.

La apariencia externa de Turpin, como hemos dicho antes, era especialmente atractiva, en particular a los ojos del bello sexo, entre el cual no se oía una voz desacorde. Todo contribuía a hacer de él un galán: se podía ver su coraje en su desenvoltura, su buena educación en su porte amable y su belleza viril en sus extravagantes patillas taheñas. Dick vio el efecto que había producido. Estaba como en su propio hogar en ese momento. El verdadero salteador de caminos tiene una pasión por los gestos gallardos, querencia que no le abandona ni en el patíbulo y

supera el miedo a la muerte y hasta dicen que influye en la forma de balancearse en el patíbulo. Al oír a uno gritar: «Por ahí va un tío elegante», Jack Hall, la autoridad que hemos citado anteriormente, dijo: «Eso me alivia algo de pensar en la escuálida y tiránica muerte, pues ir con sólo una camisa sucia sirve únicamente para ahorrarle trabajo al verdugo y para que un hombre muera con la pena y la vergüenza de verse con tan lamentables galas». Dick, con una amable sonrisa de condescendencia como si fuera un tribuno popular, con algo de la zalamería de O'Connell y del aplomo de Hume, miró a la parte masculina de la audiencia y lanzó un guiño a la más bonita morena que pudo ver y, al final, se marcó un zapateado con sus hermosas botas que arrancó otra oleada de aplausos entusiastas.

—¡Éste es un auténtico bandido! —dijo el hierofante, y esta exclamación, por muy equívoca que nos parezca, fue, por su parte, altamente elogiosa.

—Creo —respondió el fanfarrón mientras se frotaba la barbilla— que se puede ver que no está finchado por lo bien que cuida los mejores dones de la naturaleza: sus patillas. Es un caballero de verdad.

—Se viste bien el rufián, sin duda —dijo el tullido, que era, sin comparación, el bribón más zarrapastroso de todos—, y aunque soy un pobrecito miserable, me gusta ver a un barbián bien vestido. Fíjate sólo en sus calzones y en sus botas. Ni Harry «el Cojo» ni Jerry Juniper bailan el zapateado tan bien como él.

—¡Que me quede sordo —exclamó el falso mudo— si no chamulla el romaní tan bien como nosotros! Parece un caló.

—Y lo es, te doy mi palabra —afirmó el marinero de pega—. Mira su aparejo, fíjate en el brillo de sus pistolas... Con esas herramientas se puede asaltar un navío de tres puentes. Es el tío más listo que he conocido, y no soy mal juez.

Las mujeres estaban igualmente fascinadas y expresaban con igual elocuencia su admiración.

—¡Qué miradas! —exclamó una soltera.

—¡Qué piernas! —suspiró una casada.

—Agudo como los alfileres —dijo una moza de negros ojos, que se encontró con una de las miradas arrebatadoras que nuestro bandido distribuía tan liberalmente cuando se topaba con faldas.

Fue en ese momento crítico cuando Dick se descubrió por completo: César reveló su calvicie.

—¡Qué pena! —gritaron los hombres, compadecidos de su cráneo apenas abrigado al tiempo que se tocaban sus rizos, lustrosos y exuberantes, pese a su ignorancia del aceite de Macassar—. Es una gran desgracia que un gachó tan bragado tenga una calamorra tan pelada como un coco.

—Pero... ¡sus patillas rojas! —suspiraban las mujeres, hartas de la uniformidad de tanta cabeza rebosante de cabello azabache—. ¡Qué colores más vivos dan a su rostro! ¡Y qué espesas parecen sus mejillas!

La Fosseuse y la corte de la reina de Navarra no estuvieron más asombradas con

el hermoso par de patillas del señor de Croix^[43].

El ojo de lince de Turpin abarcó a toda la congregación, entre la masa de caras oscuras no había ninguna que le resultara familiar.

Ante él estaba el patriarca, Zoroaster (así era llamado), un robusto y fuerte gañán, cuya fuerza y estatura superiores fueron los instrumentos que le sirvieron para alcanzar su actual dignidad (algo que no ha sido infrecuente en la infancia de poderes que han alcanzado más importancia que el del Pequeño Egipto). Zoroaster luchó literalmente en su camino hacia la cumbre, y gracias a su fuerte brazo se mantuvo al principio en ella. Pero entonces ya podía dormir sobre sus bien ganados laureles para fumar su *calumet* y darle al frasco con impunidad.

Para alguien de raza gitana, presentaba un aspecto inusual de bebedor jovial. Su mirada era alegre; sus labios, húmedos por las frecuentes libaciones; sus mejillas, suaves como una ciruela de Orleans, fruta a la que en color y textura se parecía enormemente. Es digno de reseñar que, para pertenecer a una raza ligera y ágil, él era pesado y torpe, resultado, sin duda, de su habitual intemperancia. Al igual que Cribb^[44], se volvió obeso después de obtener el campeonato. Había algo grotesco en su porte, pues se situó delante de Turpin y con su mano izquierda movió la cola de su bata, mientras que con la derecha se dio con el bastón en la cadera, lo cual divirtió infinitamente al bandolero.

La atención de Turpin, sin embargo, se fijaba principalmente en su vecino, el fanfarrón, en el cual reconoció a un famoso impostor de aquella época con cuyas andanzas él estaba lo bastante informado como para identificarlo. Ya habíamos indicado antes que una magnífica barba color carbón ornaba la cara de este personaje, pero esto no era todo; su vestimenta estaba a tono con su barba y consistía en una muy teatral túnica, cuyo pecho lucía, bordada en hilo de oro, una cruz de Malta. Sobre sus hombros caía en amplios pliegues un manto de tinte tirio. En su costado colgaba una larga y fuerte espada, a la que él denominaba en su jerga caballeresca Excalibur. Sobre su cabello profuso se sostenía un sombrero tan amplio de alas como los que usan los españoles.

Por muy exagerada que pueda parecer esta descripción, podemos asegurar a nuestros lectores que no cargamos las tintas. Es un fiel esbozo del fanfarrón, que ciertamente se pavoneó en su momento por el escenario de la vida, cuyo teatro fue la antigua y discreta ciudad de Canterbury. Sus andanzas son tan peregrinas que sirven de ejemplo, mejor que una miríada de discursos, de lo inclinados que estamos a dejarnos gobernar por las apariencias y con qué facilidad nos dejamos engañar por un impostor creíble. Recuértese, sin embargo, que se trata del siglo XVIII, antes de que el progreso del intelecto comenzase. Somos ahora demasiado listos como para que se practique con nosotros algo semejante. Pero dejemos al caballero de Malta, pues tal fue el título que asumió el fanfarrón, que nos cuente su propia historia en su propio estilo. Luego, nos contentaremos con sacar los preceptos morales que se puedan deducir de todo ello.

Junto al caballero de Malta se encontraba el falso marinero revestido de su traje de lobo de mar, camisa de rayas y pantalones sucios de tela. Y junto a él se hallaba el lisiado, un nauseabundo ser cubierto de harapos, cuya piel era un descolorido conjunto de lepra artificial y otras úlceras. Tras haber calibrado a cada uno de estos tipos, el ojo de Turpin se fijó en un individuo que había tratado en vano de solicitar su atención. Este personaje permanecía en último término, todo lo que Dick podía discernir de él era una rizada cabeza de cabello castaño, descuidadamente peinado a la moda, y una cara desvergonzada, elegante y bronceada por el sol, con un ojo cerrado y el otro que miraba a través de una botella rota como si fueran unos anteojos. Portaba un tricornio colocado muy *degagé*^[45] y sostenía un bastón de ébano en su mano, muy en el estilo de un *fashionable*^[46] francés de nuestros días. Esta ojeada fue suficiente para Turpin, identificó en tan bizarro personaje a un viejo conocido.

Jerry Juniper era lo que el clásico capitán Grose habría denominado «un caballero con tres “sin”». Y pese a que no estaba completamente desprovisto de ingenio, ni, como sus socios certificaban, de dinero, ni, si se le hubiera preguntado, sin modales, lo cierto es que estaba sin zapatos, sin medias y sin camisa. Esta última deficiencia se arreglaba con una voluminosa corbata atada con grandes lazos. Unos vistosos calzones amarillos, algo raídos, un chaleco de brocado de plata, ricamente bordado pero deslucido y sin brillo, más una casaca de terciopelo de color morado algo gastada componían el atavío de este Brummell indigente, de este dandi mendicante.

Jerry Juniper era un personaje muy conocido en aquella época, como constante asiduo de todas las carreras, regatas, ferias, botaduras de barcos, peleas de toros y combates de boxeo, a todos los cuales acudía con una rapidez de movimientos no menos remarcable que la de Turpin. Se le podía encontrar en Epsom, en Ascot, en Newmarket, en Doncaster, en el Roode de Chester, en el Curragh de Kildare... Tanto la más remota como la más próxima de estas citas le atraían por igual. Las peleas de gallos eran su afición obsesiva y, en más sentidos que en el propio, él era un piernas^[47]. Ninguna bailarina de la ópera podía ser más ágil ni más ligera y sólo apenas más grácil de lo que lo era Jerry con sus pies descalzos y sin medias. Y la manera en la que ejecutaba una pirueta o un paso ante una hilera de carruajes nunca dejaba de proporcionarle elogios dorados de toda suerte de damas.

Con las mujeres, debemos reconocerlo, Jerry se tomaba demasiadas familiaridades, pero quizás también las damas lo hacían con él. Y si una bella de ojos brillantes condescendía a tontear, no nos podemos sorprender de que él, a veces, transgrediera ligeramente las leyes del decoro. Estas aberraciones, sin embargo, eran futesas. Además era tan conocido, y también él conocía a casi todo el mundo, que apenas las perpetraba, aunque en algunas ocasiones excepcionales llegaran a ser serias. Además, Jerry disponía de la virtud de que nadie contaba tan bien un chiste o reproducía un dicho ingenioso. Sus peculiaridades de carácter, en definitiva, eran del tipo alegre y, por ello, era querido por todos.

Tan pronto como Jerry se dio cuenta de que era reconocido, tras besar su mano, con el aire de un petimetre, al bandolero, trató de abrirse camino a través de la multitud. Todos sus esfuerzos resultaron estériles, y cansado de permanecer en un puesto de bajo rango, tan inconsistente, según él creía, con su propia importancia, recurrió a un expediente que a menudo le produjo gran éxito en sus arlequinadas y también en la vida real, donde con un volatín pasaba por encima de las otras cabezas. Retrocedió unas yardas para darse impulso, tomó carrerilla, se lanzó a correr y colocó sus manos sobre los hombros de un fornido vagabundo cercano, dio un salto mortal sobre el amplio sombrero de un tullido que estaba parado en medio de la multitud y no podía moverse para evitar el choque, y luego, sin detenerse, dio una voltereta hacia delante y aterrizó con gracia en el suelo, justo frente a Zoroaster e inmediatamente delante del bandido.

Dick se rió hasta reventar de la maniobra de Jerry. Chocó cordialmente la mano de su viejo amigo y le dijo en un susurro: «¿Qué demonios es lo que te trae aquí, Jerry?».

—Le devuelvo la cuestión, capitán Turpin —replicó Jerry *sotto voce*—. Cierto es que resulta raro verme aquí, tan lejos de medio natural, perdido entre esta *canaille*... esta banda de saltimbanquis, de todo ello tienen la culpa un par de ojos gitanos, negros como endrinas, con el brillo de los diamantes. Entendedlo, un asuntillo que tiene que ver con estas cosas... Tened el ojo avizor, amigo; estad siempre en guardia, la mirada alerta... Hay una enorme recompensa por vuestra cabeza, y yo no me fiaría de estos granujas.

—Gracias por el aviso, Jerry —replicó Dick en el mismo tono—, pero ya calculé los riesgos a fondo cuando vine hasta aquí. Pero si detectase cualquier atisbo de juego sucio, cualquier tentativa de chivatazo entre esta patulea de trileros... En ese caso tengo un par de amigos de confianza que no se estarán parados si llega la ocasión. Estate tranquilo, nunca dejo de echar un ojo a estos sinvergüenzas empecatados; no les resultará barato venderme.

—En eso confío —respondió Juniper con un guiño—. ¡Quieto! —añadió—. Hay un pensamiento que me preocupa. Tengo una jugarreta *in petto* que podría, a lo menos, proporcionaros alguna diversión y podría, de todos modos, incrementar la seguridad durante vuestra estancia.

—¿De qué se trata? —preguntó Dick.

—Sólo tenéis que divertirlos coqueteando durante unos instantes con aquella hermosa damisela que no ha dejado de fijar sus ojos en vos durante los últimos cinco minutos sin el menor resultado. Mientras, yo efectuaré una jugada maestra.

Y mientras Turpin, de buena gana, siguió su consejo, Jerry se dirigió a Zoroaster. Después de una charla con el prohombre y el caballero de Malta, el trío avanzó y se dirigió a Dick; entonces Juniper, que asumió una actitud semejante a la que nuestro admirable Jones, el comediante, suele desplegar, inició su discurso. Turpin escuchaba con la seriedad de una de las personas aludidas al comienzo del presente capítulo, que

recibió los privilegios de una ciudad de manos del alcalde y la corporación. Así habló Jerry:

—¡Al más insigne de los insignes salteadores de caminos! ¡Al más romaní de los romanís trotacamino, al más tuno de los tunos! Nos, en el nombre de Barbara, nuestra reina la muy atezada, y en el de Zoroaster, nuestro Honorable Hierofante y Patriarca, Dimber Damber, Olli Campolli, y demás títulos con los que Su Excelencia es honrada, y en nuestros propios nombres como grandes y pequeños tunos, monipodistas payos y calés, tullidos, arrancabolsas, falsos marineros inválidos, pedigüeños y gramáticos pardos, desde el archigolfo máximo hasta el misérrimo galopín, nos sentimos honrados por vuestra estancia con nos en esta Abadía del Escondrijo. Y creemos que no se puede corresponder a vuestra benevolencia sino con los privilegios de nuestra corporación junto con los honores debidos a un Patriarca^[48], los cuales, como sabéis, son considerables, sin perjuicio de nombraros miembro numerario del Club del Nómada, que hemos establecido en data reciente. Y al hacerlo, expresamos modestamente los sentimientos de gratificación y orgullo que experimentamos al tener entre nuestros miembros a alguien que ha elevado tanto el prestigio de la vida airada en estas tierras y que, del polvo que ha levantado por los caminos de Inglaterra, ha cegado a sus nativos: ¡Uno, que es una legión de salteadores de caminos! Esperamos con reverencial deferencia la conformidad del capitán Richard Turpin, al que le pedimos que acepte los privilegios de nuestra corporación.

—Sinceramente, caballeros —dijo Turpin, que no sabía qué tono dar a su arenga—, me abrumáis con vuestros honores, y me veo en un aprieto para concebir por qué he merecido tantas atenciones de vuestra parte, y eso me hace sentir tan poco merecedor —aquí Dick percibió un guiño expresivo de Juniper, por lo que juzgó prudente cambiar el tono de tan altas distinciones, continuó el modesto orador—, debería aceptar vuestros dones pero...

—Ninguno es suficiente —dijo el patriarca.

—¡Nada de rehusar! —exclamó el caballero de Malta.

—Rehusar... Imposible —reiteró Juniper.

—¡No! ¡No lo rechazarás! —exclamó un coro de voces—. Dick Turpin será uno de los nuestros. Él será nuestro Dimber Damber.

—Bien, caballeros, ya que sus ruegos son tan apremiantes, —replicó Turpin—, no me queda más remedio que ser su Dimber Damber.

—¡Bravo! ¡Bravo! —gritó una multitud que no estaba compuesta, precisamente, de caballeros.

—Entonces ya es nuestro cofrade —dijo el caballero de Malta, que desenvainó Excalibur—. Por Santo Tomás Becker que tendremos una ceremonia tan solemne como la que yo disfruté con los vasallos de Canterbury.

—¿Qué?

—Vuestra inscripción —respondió Jerry—. Hay ciertas formalidades que deben

cumplirse, como prestar juramento. Una pura farsa. Tendremos una bonita juerga cuando todo acabe. ¡Basta de amontonarse aquí, mis alegres compinches! ¡Vamos a la pradera! ¡A la pradera! ¡Turpin! ¡Turpin! ¡Un nuevo hermano!

—¡Turpin! ¡Turpin! ¡Un nuevo hermano! —repitió la multitud.

—Os he metido en este jaleo —le dijo Jerry, que se valió del griterío para musitar estas palabras al oído de su amigo—, porque ahora ninguno de ellos se atreverá a levantar un dedo contra vos. Son vuestros amigos para toda la vida.

—De todas formas —replicó Turpin—, me gustaría saber qué es lo que ha pasado con Bess.

—Si es por vuestra cabalgadura por lo que os preocupáis —gorjeó una criatura revoloteante que Turpin reconoció como el criado de Luke, Grasshoper—, le he dado cebada fresca y un cubo para beber, como me mandasteis. Y allí está, bajo ese árbol, tan mansa como un cordero.

—Ya la veo —contestó Turpin—, límitate a apretarle las cinchas, Grasshoper, y tráela conmigo, y tendrás con qué gorjear sobre tus vasos esta noche.

Y el enanito élfico marchó a cumplir con su cometido.

Un grito estruendoso se elevó hasta los cielos y después se escuchó el picaresco rasguco de un violín, acompañado por los redobles de un tambor. Una hueste de gitanos se aproximó a Turpin y subió en sus hombros al bandolero, que fue transportado así hasta el centro de la pradera, donde una larga mesa de roble, que antaño sirviera a los franciscanos para sus refacciones, estaba destinada ahora a tablado para el espectáculo.

Sobre ella se colocaron tres tambores, y se requirió a Turpin para que se sentara sobre el central. Un solemne preludeo, más fantástico que el hechizo en el *Freischutz*^[49], fue interpretado por la orquesta de la cuadrilla, dirigida por el Paganini del lugar, que arrancó las notas más maravillosas de la caja de su instrumento. Un par de dulzainas emitían sonidos sepulcrales, mientras que el profundo redoble del tambor irrumpía una y otra vez en el oído. El efecto era prodigiosamente bello. Durante esta obertura, el hierofante y el patriarca subieron hasta la tribuna y ocuparon sus asientos. Uno a la derecha y otro a la izquierda de Turpin. Bajo ellos permanecía el caballero de Malta con Excalibur desenvainada, su hoja resplandecía al sol. En definitiva, Dick se divertía al contemplar todo aquello y también con la nueva situación en que se encontraba. Alrededor de la mesa se congregaba una masa compacta de cabezas, tan compacta que parecía una sola criatura, un Argos con cada ojo fijo en el salteador de caminos. La idea que asaltó a Turpin era que aquella masa bullente de multicolores trapos y remiendos, de cálidos tintes y variados matices, producía el efecto peregrino, pero surgido de manera espontánea, de parecer una inmensa mariposa tigre o una alfombra turca desplegada sobre la hierba.

La escena era muy alegre. La mañana brillaba con los rayos del sol, refrescada y purificada por la tormenta de la noche precedente, el aire que se respiraba era como un bálsamo para los nervios y los sentidos del bandido. Las colinas boscosas

resplandecían con la luz. El arroyo corría con gran velocidad por el extremo de la ladera verdeante, parecía una serpiente enroscada bajo los rayos del sol, su tranquila canción se perdía con la ruda armonía de los saltimbanquis, al igual que el canto de los miles de alegres pájaros. Las rocas desnudaban sus regazos al sol o se enterraban en la más profunda oscuridad, las sombras de los pilares y arcos de los viejos muros del priorato se proyectaban en la lejanía, al igual que las nervaduras del espléndido rosetón, que parecían dibujadas por un lápiz sobre el papel esmeralda de la pradera.

La obertura terminó. Con la aparición de las principales figuras de este extraño cuadro, el lector ya está familiarizado. Queda sólo darle alguna idea acerca del hierofante. Imagine que un chivo de edad mucho más que proecta se alza sobre sus cuartos traseros y vestido con lana blanca, cuyos pliegues dispone como una zamarra sobre sus extremidades. Así se hará una idea de cómo era Balthazar, el hierofante. Este parecido con el animal antes mencionado se hacía más atinado por su gran labio inferior, que colgaba como el de un macho cabrío, por su larga barba blanca, y por una suerte de sombrero que cubría su cabeza, que estaba ornamentado con un par de cuernos, como los que se ven en el imponente *Moisés* de Miguel Ángel. Balthazar, aparte de ser el hierofante de la tribu, era el principal maestro adivino y el más fiel y experimentado ministro de Barbara Lovel, en cuyas secretas instrucciones se creía que se originaban sus poderes mágicos.

Tras colocar un par de anteojos sobre su nariz de pronosticador, y después de desenrollar un pergamino sobre el que estaban escritos unos extraños caracteres, Balthazar, vuelto hacia Turpin, comenzó a recitar con voz solemne:

*¿Quieres ser nuestro hermano?
¿Quieres que te recibamos?
Di qué nombre portarás
y nuestra veste tomarás.*

—No veo la razón por la que deba cambiar mi gracia —replicó el novicio—, pero si los Papas la cambian con su elección, no debe haber ninguna objeción a que un bandolero siga tan excelente ejemplo. Desde ahora se me conocerá como El Halcón Nocturno.

—El Halcón Nocturno, bien —respondió el hierofante, que procedió a registrar el nombre en el pergamino—. Arrodiillaos —prosiguió.

Después de alguna vacilación, Turpin ejecutó la proskinesis.

—Ahora debes repetir el «salamón» o juramento de nuestro credo, para lo que repetirás lo que yo te dicte —dijo el hierofante. Turpin otorgó su asentimiento por una inclinación de cabeza y Balthazar comenzó a recitar el siguiente juramento:

JURAMENTO DE LA CUADRILLA ALEGRE

*Yo, Dick Turpin, juro que seré fiel
a esta fraternidad
que del superior obedeceré
sus órdenes y reglas,
que nunca cantaré
ni hablaré demasiado,
ni al juez le contaré
todo lo que yo sé,
pues respetaré con fidelidad
de los que mandan la autoridad.
En la abadía del Escondrijo Verde,
con rey o con reina sea,
por ellos lucharé,
que sus órdenes sean malas o buenas
nunca lo pensaré,
a los hermanos seré siempre fiel
y si sus fueros alguno los tuerce
no lo permitiré.
Ningún patriarca ajeno, ningún jaque burlón,
mendigo, merodeador o cuatrero,
ningún bebedor y ningún trilero,
ningún tullido ni ningún farsante,
como tampoco ningún hierofante,
ni ningún fanfarrón,
ni bobos ni copleros
de los que cantan romances de ciego,
jamás a ninguno toleraré
a esta hermandad ajeno.
Todo esto cumplirá:
¡Válgame Salamon^[50]!*

—¡Por eso, ayúdame Salamon! —repitió Turpin con énfasis.

—Zoroaster —dijo el hierofante al patriarca—, haz tu parte de la ceremonia.

Zoroaster obedeció y tomó a Excalibur de las manos del caballero de Malta, dio un fuerte golpe con la hoja sobre los hombros del postrado bandolero y le ayudó luego a incorporarse.

La ceremonia se había cumplido.

—¡Bueno! —exclamó Dick—, estoy contento de que esto haya acabado. Mis piernas están algo rígidas y no estoy acostumbrado a estar de rodillas. Ahora hay que bailar.

Dicho lo cual, empezó a mover los pies sobre el tablado.

—Te digo —continuó—, muy reverendo hierofante, que vuestro «salmón» tiene una cola endiabladamente larga, apenas puedo tragarlo todo y es raro que no me haya causado una indigestión. Y en cuanto a ti, sabio Zory, por la destreza con la que has blandido tu espada, debo decir que parece que lo has practicado en la Corte. Su Majestad apenas lo podría hacer mejor cuando, al golpear a algún gordo concejal en los hombros, le pide que se alce *sir* Richard. Y ahora, amigos —añadió con una mirada alrededor—, ya que soy uno de los vuestros, vamos a tener una buena juerga antes de que me marche, porque me temo que no podré detenerme mucho tiempo en la tierra de Egipto.

Esta propuesta de Turpin estaba en completa consonancia con los deseos de la asamblea, por lo que encontró una aprobación universal. Bastó un signo de Zoroaster para que algunos de sus acólitos partieran en busca de víveres para el convite. Zoroaster se bajó de la mesa y su ejemplo fue seguido por el hierofante y por el mismo Turpin.

Era demasiado temprano como para empezar a beber; pero para la cuadrilla de saltimbanquis no era nada raro. Se dispusieron las sillas y el tintinear de los cristales anunciaba los preliminares del simposio matutino. Postes, telas y cuerdas llegaron luego, y en un pequeño lapso un escenario fue sustituido por otro y se erigió una tienda. Bancos, banquetas y sillas aparecieron con la misma celeridad y el interior pronto presentó el aspecto de un quiosco en una feria. Un barril de brandy se abrió y los bordes de los vasos rebosaron para beber a la salud del nuevo miembro.

Nuestro salteador de caminos dio las gracias. Zoroaster estaba sobre su silla y el caballero de Malta actuaba como su asistente. Se propuso un segundo brindis por la reina morena. Fue bebido con el mismo entusiasmo y con un consumo similar del potente brebaje, pero los grandes tragos de brandy no se repiten sin consecuencias. Era evidente que el presidente del simposio no podía repetir sus brindis con tanta premura. Para distraer de semejante actividad a la concurrencia, ordenó que se cantara una canción.

Las agradables notas del violín se impusieron al rumor de la sala. Y en respuesta al requerimiento del presidente, Jerry Juniper se presentó voluntario con la siguiente:

CANTO DE JERRY JUNIPER

*En una celda de la frena nací,
retoño abandonado
de la afligida viuda de un ahorcado.
No lo puedo fingir.
Y de mi buen padre he llegado a oír
que dio su última pirueta entre bravos.
Sí, queridas amigas,*

no lo puedo fingir,
que dio su última pirueta entre bravos
mientras a su son la banda atacaba
«Gran atragantón por salsa de alcaparras^[51]».
No lo puedo fingir.
Los mangantes del trullo me enseñaron,
no lo puedo fingir,
la gramática parda
que pronto al completo declinaba,
no lo puedo fingir,
que pronto al completo declinaba.
No hubo ratero que bolsas robara
y que tuviera unos dedos tan finos,
no lo puedo fingir;
pronto hallé en mi camino
dinero, plata, anillos,
no lo puedo fingir;
que alegres del prendero
el camino tomaban,
igual que las tabaqueras doradas
víctimas de mis dedos
para el robo certeros.
No lo puedo fingir.
Sí, queridas amigas,
nadie afana carteras en el foro
ni luce en los barrios elegantes
galas tan deslumbrantes como yo,
el as del robo.
No lo puedo fingir.
La ocasión aprovecho
mientras la estrella de Mercurio alumbra,
pues no es aquí costumbre
que un bandido cuide tanto su pelo
y ponga en su atavío tanto esmero.
No lo puedo fingir.
Contento voy, mis anillos relucen,
no lo puedo fingir,
contento estoy, mis anillos refulgen,
no lo puedo fingir.
Con mi reloj dorado,
mi camisa y mis lazos,

*con mis vestidos recién estrenados
que a los viandantes dejan asombrados.
No lo puedo fingir.
Sí, queridas amigas,
mis ropas con tanto tino dispongo
que a los primos cielo cheques sin fondos.
No lo puedo fingir.
Hasta que mi querida,
no lo puedo fingir,
un día me entregó a la policía
y así me enchironaron.
Sí, queridas amigas, y así me enchironaron.
Deportarme quisieron en un barco,
pero de los grilletes me deshice
una preciosa mañana de mayo.
No lo puedo fingir.
Al carcelero le di vacaciones
y aquí estoy tan feliz
y libre como la gente del bronce.
No lo puedo fingir.*

El canto de Jerry fue recompensado con muchas risas y aplausos; pese a que el sentido de su canto, aunque se pusieran muchas notas explicativas, puede no ser muy obvio para nuestros lectores, les aseguramos que era perfectamente inteligible para la banda. Jerry estaba ahora con derecho a reclamar otra actuación. Además, en ese momento, se topó con los ojos bellos y oscuros de una gitana enamorada, de aquellas que vagan por el país con una guitarra a la espalda, la elección de Jerry recayó sobre ella. La joven, sin preludios, atacó una:

SERENATA GITANA

*Linda doncella, ¿marcharás conmigo?
Iremos por el soto y la majada,
y te besaré por las enramadas
y cuando el día se oculte vencido
nos dormiremos en los helechales,
bajo el gran dosel de los robledales.
Linda doncella, ¡venid ya conmigo!*

¡No hay vida tan bella y libre como la del gitano!

Los corazones libres como el cielo

*saben lo que almas sumisas no saben,
un secreto sólo para los que amen
como se debe amar: con amor ciego.*

*Linda doncella, ¡venid ya conmigo!
¡No hay vida tan bella y libre como la del gitano!*

Zoroaster movió la pipa de sus gruesos labios para proclamar su intención de hacer un brindis.

Un universal ruido de nudillos de los rateros fue seguido de un profundo silencio. El sabio habló:

—Por la ciudad de Canterbury, amigos, para que no se vuelva a topar con un caballero de Malta.

El brindis fue seguido de grandes carcajadas y muchas libaciones. El caballero, sobre quien se habían fijado todas las miradas, se alzó con noble compostura y ademanes majestuosos para dar las gracias.

—Os doy infinitas gracias, hermanos y cofrades —dijo él mientras miraba a toda la concurrencia y se inclinaba ante el presidente—, y a vos, muy honorable Zory, por el honor que me hacéis de unir mi nombre al de aquella ciudad. Creedme, aprecio sinceramente el cumplido, y me hago eco del sentimiento desde lo más hondo de mi alma, y creo que nunca más se encontrará con un caballero de Malta. En correspondencia con vuestras atenciones, una pobre remuneración, pensaréis, os recitaré unas coplas que he compuesto sobre mi peregrinación a aquella ciudad, a las cuales he pensado darles mi nombre.

EL CABALLERO DE MALTA (Un cuento de Canterbury)

*Un cuento de Canterbury
venid a escuchar; señores,
como los de Chaucer suena
y puede que los mejore.
Allí una treta jugué
a esos discretos señores,
su recuerdo es de suponer
que nada habrá que lo borre.
Color carbón en mi barba,
rojo fuego en mi capote,
mi sombrero de amplias alas
y mis botas de alto porte.
¡Hey Ho, el caballero de Malta!*

*Para triunfar en la villa
tenéis que saber, señores,
que hice crecer mis patillas
y mis rizados del cogote
y hasta mi barba crecía.
Apañé mi rojo capote
y una espada bien lucida
ceñí con gestos matones.
Al corcel puse la silla
y a Canterbury fui al trote.
Color carbón en mi barba,
rojo negro en mi capote,
un sombrero de amplias alas
y mis botas de alto porte.
¡Hey Ho, el caballero de Malta!
Dos pajes me acompañaban
sobre ponis al galope,
librea color escarlata.
¡Trotaban tan hermosotes
con sus espuelas de plata!
Mi corcel era grandote,
vestía ricas gualdrapas
como sólo algunos condes
con buenos dineros pagan.
Color carbón en mi barba,
rojo fuego en mi capote,
un sombrero de amplias alas
y mis botas de alto porte.
¡Hey Ho, el caballero de Malta!
Una historia relaté
como pocas hay, señores;
todo el relato embrollé,
pocos camelos mejores,
pues la plebe me atendía.
Grande entre los oradores,
mi verbo los encendía
y coseché admiradores.
Tanto yo les conmovía
que se oyeron voces
que bien alto repetían
ante el clero y ante los lores*

que retornaban los días
y los viejos esplendores
de la alta caballería
con sus galas y pendones.
Color carbón en mi barba,
rojo fuego en mi capote,
un sombrero de amplias alas
y mis botas de alto porte.
¡Hey Ho, el caballero de Malta!
Les conté un galimatías
que inflamó sus corazones;
los palurdos se creían
que éramos comendadores
que de Malta allí venían.
De haber dicho otros faroles,
como que Becket vivía,
santo de sus devociones,
con tal rueda de molino
harían sus comuniones
sin discutir un comino.
Color carbón en mi barba,
rojo fuego en mi capote,
un sombrero de amplias alas
y mis botas de alto porte.
¡Hey Ho, el caballero de Malta!
Con mi ardid a todos engañé,
en mis mistificaciones
cayeron el reo y el juez,
los mozos de los mesones
y todos a los que hablé
eran de mis opiniones.
Color carbón en mi barba,
rojo fuego en mi capote,
un sombrero de amplias alas
y mis botas de alto porte.
¡Hey Ho, el caballero de Malta!
En el teatro hablé con brío
políticas peroraciones;
a los tributos del fisco
lancé mil imprecaciones,
y del de maltas a gritos

*cubrí de abominaciones.
Color carbón en mi barba,
rojo fuego en mi capote,
un sombrero de amplias alas
y mis botas de alto porte.
¡Hey Ho, el caballero de Malta!
Me presenté a candidato
por esas circunscripciones;
nadie como yo tan apto
para aquellas elecciones.
Color carbón en mi barba,
rojo fuego en mi capote,
un sombrero de amplias alas
y mis botas de alto porte.
¡Hey Ho, el caballero de Malta!
Pero durante un proceso
contra algunos infractores
que trafican con exceso
vetadas importaciones,
di con mi florido verbo
unas aseveraciones
de un tono tan embustero
que muchas acusaciones
en mi persona cayeron
de que con esos bribones
tenía un secreto acuerdo.
Color carbón en mi barba,
rojo fuego en mi capote,
un sombrero de amplias alas
y mis botas de alto porte.
¡Hey Ho, el caballero de Malta!
Tan poco discretas fueron
aquellas afirmaciones
que mi carrera perdieron.
Y con grandes precauciones
y aparente sosiego,
oí mis acusaciones
y tomé las de Villadiego
con la ley en los talones.
Color carbón en mi barba,
rojo fuego en mi capote,*

*un sombrero de amplias alas
y mis botas de alto porte.
¡Hey Ho, el caballero de Malta!*

El caballero se sentó entre el aplauso general del público.

Los circunstantes, mientras tanto, habían incrementado su número por la llegada de Luke y el enterrador. Aquel no estaba de humor para jarana, rehusó aceptar el ruego de su abuelo para que entrara y permaneció huraño en la puerta, con los brazos cruzados y la mirada fija en Turpin, cuyos movimientos controlaba a través de una apertura en el lienzo. El enterrador se acercó a Turpin, que estaba sentado en el asiento de honor, y le palmeó en el hombro y le felicitó por la agradable situación en la que lo encontraba.

—¡Ja, ja, ja! ¿Estáis aquí, mi vieja calavera sobre una escoba? —dijo Turpin con una carcajada—. ¿No somos alegres bebedores, eh? Siéntate, patriarca Noé, acomódate como gustes, Matusalén.

—¿Qué dices de esta copa de vino? Seguro que nunca has probado otra mejor, viejo mochuelo —le dijo Zoroaster.

—No tendré inconveniente en ello si todos los asistentes me dejan brindar —contestó Peter.

—Pues claro, ¡aunque el brindis fuera por el mismo Satán! —gritó Turpin.

—Es por el caballo de tres patas^[52] —dijo Peter—, por el árbol que siempre da fruto, aunque no tiene ramas ni corteza. ¿Rechazaréis ese brindis, señor Turpin?

—No —contestó Dick—, no le temo a la horca. Como dice la canción de Jerry, alguna mañana tendré para desayunar un fuerte atragantón y salsa de alcaparras, pero nunca se dirá de mí que dejé de hacer mi colación o que pedí gracia antes del trance. Caballeros, este es el brindis de Peter Bradley: «¡Por el caballo de tres patas, por el poste!». Demos tres hurras.

Este brindis no resultó tan popular como los otros, aunque sin duda era apropiado al lugar, y las voces pronto se apagaron.

—A estos muchachos no les gustan los patíbulos —le dijo Turpin a Peter—; muchos tontos lo temen. Es sólo un fantoche que asusta a los niños y que nunca ha atemorizado a un hombre valiente. ¡El patíbulo, psché! Sólo se muere una vez y poco importa cómo, lo esencial es que se acabe rápido. No pienso más en cómo daré mi salto a la eternidad que en cómo limaré una puerta con cinco cerrojos. ¡Eso será cuando se nos acabe la cuerda! Ahora debemos ser alegres y pasar nuestro tiempo lo mejor posible, y ésta es la más verdadera de las filosofías. Sé que nos podéis cantar algo —le dijo a Peter—. Os oí ayer cantar algo en la mansión. Trovad unos versos, mi antediluviano amigo, y mientras pásame algo de tabaco para la pipa, Jerry. Si estáis preparando un cuenco de *coz en el trasero*^[53], sir William —le dijo al caballero de Malta—, dadme una porción a vuestro gusto.

Jerry le pasó al bandido una pipa. Junto al cuenco del brebaje que el caballero

había preparado, Dick consideró ambos productos como excelentes. Cuando el gran cuenco pasó entre toda la concurrencia, un prelude de dulzainas anunció que Peter estaba preparado para cantar.

De esa forma, cuando la obertura acabó, acompañado a intervalos por un solo instrumento, Peter empezó con su melodía. La clave era tan alta que, hasta con el máximo esfuerzo, el dulzainero era incapaz de alcanzar sus elevaciones. El tema de su trova era:

LA MANDRÁGORA^[54]

*La mandrágora cerca de los patíbulos crece,
y sus hojas son lozanas y verdes.
Verdes y lozanas, como la hierba que ondula
sobre la tierra amarga de las sepulturas,
y pese a que alrededor todo sea desolación desnuda,
allí la mandrágora sus raíces protege.
¡Maranatha... Anathema!
¡Temible es la maldición de la mandrágora!
¡Eutanasia!*

*Al pie de la horca la mandrágora prospera,
justo bajo el crujiente esqueleto que se balancea,
algunos creen que es engendrada
por los muertos, por su grasa
que el suelo oculta bajo su capa
mientras el tétrico fruto prospera.
¡Maranatha... Anatema!
¡Temible es la maldición de la mandrágora!
¡Eutanasia!*

*Una hoja mortal tiene la mandrágora,
un fruto de muerte porta,
ningún poder lo venció,
pues tal virtud no reside en planta o flor,
acónito, cicuta o estramonio; no.
Ninguna tiene tan sutil y aguda ponzoña.
¡Maranatha... Anatema!
¡Temible es la maldición de la mandrágora!
¡Eutanasia!
Y cuando la mandrágora se creó,
la carne a la planta se incorporó.
Y cuando de la tierra se saca,*

*con gritos y gruñidos y con savia que sangra
y se desprende y cae entre gritos que espantan.
Y desde su viscoso meollo aúlla una maldición.
¡Maranatha... Anatema!
¡Temible es la maldición de la mandrágora!
¡Eutanasia!*

*Quien extraiga la mandrágora tendrá muerte segura;
sangre por sangre, así pagará su culpa.
Algunos que la han arrancado han muerto entre gruñidos
como cuando la mandrágora lanza sus gemidos.
Algunos han muerto en el delirio,
tras rezar oraciones de penitencia y amargura.*

*¡Jesús, vela por nosotros noche y día
contra la terrible muerte de la mandrágora!
¡Eutanasia!*

—Un canto chocante ése —dijo Zoroaster, que carraspeó de forma sonora para señalar su disgusto.

—No es de mi agrado —añadió el caballero de Malta—. En Canterbury nos gustan las cosas más alegres.

—Tampoco es del mío —terció Jerry—, no creo que nadie pida un bis. Por mi alma, Dick, has de cantar algo tuyo o nunca gritaremos «eutanasia» en el triple árbol.

—De mil amores —respondió Turpin—, cumpliré vuestros deseos... Pero ¿qué veo, mi amigo *sir* Luke? Que me aspen si no es Luke Bradley. ¡Eh! Luke... No, no, no os ocultéis, venid acá. Tengo un par de palabras que deciros. Tomaremos unos tragos juntos, por nuestra vieja amistad. Menos humos, hombre. Todavía no sois ni un *lord* ni un *baronet*, pues yo tengo vuestro título en mi bolsillo, nunca me miréis con hosquedad. No picaré. Ahora soy uno de los de la banda de los farsantes. Nadie se puede mofar de mí con impunidad, ¿eh, Zory? ¡Ja, ja! Toma un vaso de Nantz. Nos sacudiremos una botella de moscatel. Aprestaos, rasgadores de tripas y sopladores de chirimías, poned en marcha vuestros pulmones para dentro de un instante. Mientras tanto, llenad vuestras copas, amigos, y vamos a hacer un brindis: ¡Salud y prosperidad para *sir* Luke Rookwood! Veo que os sorprende. Éste, caballeros, es *sir* Luke Rookwood, antes conocido como Luke Bradley, heredero de la casa de ese nombre que no dista más de diez millas de aquí. Decid, ¿no beberemos un buen trago a su salud?

El asombro prevaleció entre los de la banda, el propio Luke había sido tomado por sorpresa. Cuando Dick le sorprendió a la entrada de la tienda y le rogó que se presentara, él obedeció con relucencia el mandato. Pero cuando, medio en broma

medio en serio, Dick comenzó a hablar de sus pretensiones, él habría huido de haber podido. Pero ya era demasiado tarde, debía soportar la prueba, todos los ojos se fijaban inquisitivos sobre él.

Zoroaster desprendió su eterna pipa de los labios.

—¿Es eso verdaderamente cierto? —preguntó, perplejo, el Mago.

—Él lo ha dicho y yo no lo voy a negar —replicó Luke.

Aquello bastaba. Hubo un frenético rumor de alegría entre la banda, pues Luke era uno de sus favoritos.

—¡Sir Luke Rookwood! —exclamó Jerry Juniper, a quien el título le gustaba tanto como a Tommy Moore le vuelven locos los lores—. Felicidades de todo corazón, sois un tío endiabladamente afortunado. Yo siempre he sido condenadamente infeliz, nunca pude encontrar a mi padre, sólo supe de él que era un tal *Monsieur* des Capriolles, un maestro de danza francés, y que no dejó ningún recuerdo tras él, salvo un violín roto y una viuda de ahorcado. Sir Luke Rookwood, tendremos el placer de beber por vuestra salud y prosperidad.

Se alzaron y bebieron las copas tras un inmenso griterío.

Una vez restaurado en parte el silencio, Zoroaster le reclamó a Turpin la canción prometida.

—Es cierto —contestó Dick—, no lo he olvidado. Permaneced atentos, queridos míos.

EL JUEGO DEL BANDOLERO

*Ya la Luna viste su negro manto,
se oscurece el brillo de las estrellas
y entre los brezales, galopando,
el bandido avanza sobre su yegua.
Alegre, sobre los pastos volando
como un cohete que dibuja su estela,
el bandido galopa enmascarado:
espada, pistola y sangre en la espuela.*

CORO

*¿Dónde se puede encontrar
deporte más divertido?
¿Quién se atreverá a acechar
su pieza como un bandido?
El viajero oye una voz que grita: «¡Alto!»;
éste a su montura fuerte acicatea,
no hace caso el viajero al mandato,
sino que más rápido pica espuelas,*

*pero no tarda en ser atrapado
y perderá la bolsa y la carrera.*

CORO

*¿Dónde se puede encontrar
deporte más divertido?
¿Quién se atreverá a cazar
su pieza como el bandido?
Creedme, para los valientes y bravos
ningún otro deporte a éste supera,
ningún goce puede ser comparado
con escapar de las balas que vuelan
cerca de los cascos de su caballo.
Y si, al final, de un patíbulo cuelga,
porque todo buen licor es amargo,
no teme a verdugo ni a la cuerda,
porque ese trance sólo dura un rato.
¡Hip, hip, hurra! ¡Fuera miedos!
¡Hurra por el bandolero!*

—Y, ahora, amigos —dijo Dick, que empezó a notar los efectos de los tragos mañaneros—, voto por levantar la sesión. Creedme, siempre tendré presente que soy un cofrade de vuestra hermandad. *Sir Luke* y yo debemos tener una pequeña conversación. Luego retomaré mi camino. *Adieu!*

Tomó a Luke por el brazo y salieron de la tienda. Peter se levantó y fue tras ellos.

En la salida encontraron al enano Grasshopper con Black Bess. Dick recompensó al galopín por sus cuidados y deslizó la brida de su yegua en sus manos. Luego, siguió su camino por la pradera y parecía absorto en sus pensamientos.

—Os digo, *sir Luke* —dijo Turpin—, que me gustaría realizar un acto generoso y regalaros ese pedazo de papel, pero uno no debe despreciar la propia suerte. Como sabéis, los asuntos de los ladrones van por rachas, como dirían los tahúres, y ésta se debe aprovechar o, en otro caso... No importa. Vuestro viejo padre, *sir Piers* (que Dios tenga piedad de su alma), tenía un fondo, lo que os pido es un diezmo de esa cosecha, pues no notaréis la falta de unos miles de libras, sobre todo al principio de vuestro señorío. Además, están Wilder y Rust, que reman en la misma galera que yo y con los que he de compartir el fruto de nuestros trabajos. Si lo tenemos en cuenta todo, yo creo que debo pedir cinco mil libras por él. La vieja tarasca de *lady Rookwood* me ofreció una cantidad semejante.

—No quiero hablar de honradez —dijo Luke—. No puedo afirmar que los documentos me pertenecen con todo derecho. Cayeron por accidente en vuestras manos y sois su poseedor, por lo que no os echo en cara que dispongáis de todo como

mejor os convenga. Yo debo, a la fuerza, estar de acuerdo con vos.

—¡Oh, no, es muy opcional! —replicó Luke—. *Lady Rookwood* me dirá otro tanto y no hará tantas disquisiciones sobre ello. ¡Sooo, quieta! ¿Qué es lo que hace que Bess alce las orejas? ¡Ah! Ruedas de carruajes a lo lejos. Esta monada identifica el sonido tan bien como yo. ¡Vamos a ver de qué se trata! Tenéis diez minutos para reflexionar, ¿quién sabe si no he venido aquí para nada bueno?

En aquel momento el carruaje pasó la esquina de una roca a trescientas yardas de distancia y se le vio ascender por la ladera de la colina. Audaz como un halcón tras su pieza, Turpin se apresuró tras él.

En vano el enterrador, a quien estuvo a punto de arrollar en su carrera, le pidió que se detuviera. Él salió como una flecha.

—¡Que los diablos rompan su cuello! —gruñó Peter al verlo cabalgar por el arroyo—. ¿Por qué no les deja tranquilos?

—No puede ser —dijo Luke—, ¿sabes a quién pertenece ese carruaje?

—Es un relicario que guarda la joya que debería ser la más preciosa para tus ojos —respondió Peter—, espábilate y detén la mano del saqueador.

—¿A quién te refieres? —preguntó Luke.

—A Eleanor Mowbray —respondió Peter—, ella va en ese carruaje. Vete al rescate.

—¡Eleanor Mowbray! —repitió Luke—. ¡Y Sybil!

En ese instante se oyó un disparo de pistola.

—¿Vas a dejar que se asesine a tu prima? —gritó Peter con un deje amargo—. Tú no eres quien yo creía.

Luke no le respondió, pero con la rapidez de un galgo al que se le quita la trabilla, se dirigió en la dirección del carruaje.

Capítulo 6

Eleanor Mowbray

El curso de nuestra historia vuelve ahora a Eleanor Mowbray. Después de que se hubiera despedido de Ranulph Rookwood y le viera desaparecer entre los arcos del pórtico de la iglesia, su ánimo desfalleció y se escondió en el fondo del carruaje, víctima de la más profunda aflicción. En vano trató de sacudirse ese estado de tristeza, no podía ser. La desesperación había arraigado en ella, el mágico mundo de deleites se había disuelto o sólo relucía a una inmensa distancia para torturarla. Un presentimiento de que Ranulph nunca sería suyo arraigó en su imaginación y lo ensombrecía todo.

Mientras Eleanor proseguía en esta serie de reflexiones, el tiempo pasó casi sin ser percibido y hasta que su vehículo paró súbitamente, no dejaron los pasajeros de estar absortos en sus propios pensamientos. El mayor Mowbray se percató de que el motivo de la detención era la rápida llegada de un jinete, que se acercaba a ellos a gran velocidad. La aparición del caballero era algo raro y podría haber creado una sensación incómoda de no haber reconocido inmediatamente al mayor a un amigo. Pese a todo, él estaba enormemente sorprendido de verle y se volvió a la señora Mowbray para informarle de que el padre Ambrose, para su asombro infinito, cabalgaba para unirse a ellos y parecía, por su aspecto, portador de malas nuevas.

El padre Ambrose era, quizás, el único ser que Eleanor detestaba. Sentía por él una inexpresable antipatía, la cual no podía extirpar ni disimular durante su larga y cercana intimidad. Es necesario mencionar que su fe religiosa estaba de acuerdo con los preceptos de la Iglesia romana, en cuya fe, que era la de sus antepasados, su madre había perseverado. Y también era la de su director espiritual y confesor, el padre Ambrose, a quien su madre se encomendó desde que tuvo conocimiento de él durante la estancia de la familia cerca de Burdeos. Inglés de cuna, era el párroco de la iglesia en donde ellos vivían y, por lo tanto, asiduo visitante, casi un inquilino permanente, del *château*. Aunque el deber y el respeto le podían inclinar a venerar al padre, Eleanor nunca logró vencer los sentimientos de desconfianza y desagrado que tuvo desde su primer encuentro. Una antipatía que se incrementó a causa del extraño dominio que parecía ejercer sobre su madre, que le miraba con una veneración muy próxima al apasionamiento.

Era, sin embargo, con alborozo como se despedía de él. Pero el padre había acompañado a sus amigos a Inglaterra bajo un nombre supuesto (al ser un sacerdote papista, supuestamente implicado en algunos complots jesuíticos, su vuelta al país natal entrañaba un riesgo considerable) y había permanecido junto a ellos durante varios meses. Eleanor creía que había estado en relaciones con alguna rama de la

familia Rookwood en su primera juventud (ella imaginaba que pudo haberse enredado en alguna intriga política con *sir* Reginald, lo que era acorde con su temperamento ardiente y ambicioso), y el conocimiento de esta circunstancia la volvía doblemente temerosa de que la naturaleza de esa noticia tuviera que ver con su amado, hacia cuya causa el padre nunca había sido favorable, y respecto a cuya situación el sacerdote pudo haber realizado algún descubrimiento, que ella temía que fuera en perjuicio de Ranulph.

Envuelto en un largo capote negro, con un sombrero de ala ancha encajado firmemente sobre su ceño, era imposible distinguir más de las facciones y de la estampa del padre, aparte de su estatura prócer, hasta que alcanzó la ventana del carruaje y se quitó el sombrero, con lo que descubrió una cara que Ticiano habría pintado, y que al surgir entre su negro atavío no desmerecía del rostro de algún veneciano saturnal. La frente era venerable y amplia, algo habitada por los cabellos que caían en negros bucles y ensombrecían los negros y penetrantes ojos. Las sienes eran algo cóncavas y se podía seguir el curso azul de las venas a través de su piel cetrina. Los pómulos eran altos y había algo en el rostro que denunciaba la frecuente automortificación. Mientras que los labios descoloridos y finos, firmemente apretados, y la austera y siniestra expresión de su faz mostraban que el desprecio de sí mismo, si alguna vez lo había practicado, apenas había aherrojado al demonio del orgullo, cuyo dominio todavía se podía reconocer en las líneas y las arrugas de su altiva fisionomía. El padre miró a la señora Mowbray y luego observó con suspicacia a Eleanor. Aquélla pareció entenderle.

—¿Queréis hablar conmigo en privado? —dijo la señora Mowbray—. ¿Debo apearne?

El sacerdote se inclinó para asentir.

—No es sólo con vos a quien mi misión implica —dijo él en tono grave—; a vos os concierne en parte, vuestro hijo haría bien en aligerar vuestra carga.

—Inmediatamente —respondió el mayor—; si dejáis vuestro caballo en manos del postillón, nosotros os atenderemos ahora mismo.

Con un sentimiento de temor renovado, que se relacionaba, sin que ella supiera por qué, con Ranulph, Eleanor vio a sus parientes bajar del carruaje. Con la esperanza de captar alguna clave de lo que se trataba en su conversación, ella contemplaba sus movimientos lo más estrechamente posible en la medida en que la situación lo permitía. Por los modos serios del cura y por el interés que su discurso producía entre los oyentes, estaba claro que la noticia era importante.

Al poco rato, acompañada por el padre Ambrose, la señora Mowbray volvió al carruaje mientras el mayor montaba el caballo del sacerdote; después de despedirse precipitadamente de su hermana, y tras añadir «todo va bien» con una mirada que intentaba consolar pero sin dar ninguna explicación de la causa de su súbita partida, cabalgó en dirección contraria a la que habían venido camino de Rookwood.

Desprovista de la única persona que le podría haber dado alguna información,

pero muerta de curiosidad y ansiosa por saber el contenido de la reciente entrevista, y del súbito cambio de planes que intuía que le concernía directamente, Eleanor se obligó a guardar silencio, del mismo modo que su madre, tras volver al vehículo, parecía abrumada por dolorosas reflexiones y no le prestaba atención. El padre sacó de su bolsillo un librito y parecía muy concentrado en su lectura.

—Querida madre —dijo Eleanor al fin a la señora Mowbray—, mi hermano se ha ido.

—A Rookwood —dijo la señora Mowbray en un tono calculado para impedir toda inquisición posterior, pero Eleanor estaba demasiado ansiosa como para tenerlo en cuenta.

—¿Y por qué, madre? —dijo ella—. ¿Por qué no debo ser informada?

—No es el momento, mi niña, no es el momento —contestó la señora Mowbray—, te enterarás de todo a su debido tiempo.

El sacerdote alzó sus ojos de gato del librito para ver el efecto de estas palabras, y los bajó de inmediato cuando Eleanor se volvió hacia él. Ella estuvo a punto de dirigirse a él, pero tras haber escrutado su rostro, abandonó su recién formado propósito y trató de distraer sus melancólicos pensamientos con la contemplación a través de sus húmedas pupilas de la Naturaleza consoladora, cuyo aspecto, con lluvia o con sol, siempre guarda algo de alivio para un alma estragada por la pétrea frialdad del mundo de los hombres.

La carretera se encaminaba a través de un largo valle boscoso y subía por las pendientes de una colina. Pronto estuvieron en la vecindad del priorato y del campamento de los gitanos. El sacerdote miró alrededor y musitó algo en los oídos de la señora Mowbray, quien miró hacia el templo abandonado, parte de cuyos viejos muros eran visibles desde la carretera.

En ese instante el ruido de los cascos de un caballo y el sonido de una voz que ordenaba al postillón, en un tono amenazador, que parase, acompañada de una descarga de imprecaciones, interrumpieron el diálogo y anunciaron la llegada de un intruso no deseado, uno del que se temían no poder deshacerse con facilidad. El postillón hizo lo que pudo para alejarse del salteador; al percibir un jinete enmascarado tras él, que se acercaba a una velocidad frenética, le quedaron pocas dudas de sus intenciones y Turpin, pues era nuestro forajido, pronto convirtió sus dudas en certezas. Él le hizo la señal para que detuviese el vehículo, pero el sujeto no le prestó atención e incluso hizo caso omiso de la pistola que vio cerca de él y que apuntaba a su persona. Espoleó los flancos del caballo en la creencia de que el mejor socorro es la fuga, pero Turpin le alcanzó de inmediato. El salteador trató de tomar las riendas del postillón, entonces este tuvo de pronto la ocurrencia de dirigir el carruaje contra Turpin, y de no ser por la habilidad de Dick y la inteligente conducta de su yegua, los habría estrellado contra el borde del camino. Con todo, la pierna del forajido quedó con algunas rozaduras. Enfadado por esto, Turpin disparó sobre la cabeza del postillón y lo derribó con un golpe de la culata de su arma. Asustados por

la descarga y ya libres del gobierno de su jinete, los caballos corrieron con frenesí hacia una zanja que limitaba la otra orilla del camino y por la que el carruaje se precipitó tras volcar una vez. El primer acto de Turpin, tras comprobar que no se había ocasionado ningún daño a los ocupantes, más que el susto del accidente, fue obligar al postillón, que había vuelto a recobrar la conciencia y el uso de sus piernas, a liberar a los caballos de sus atalajes. Hecho esto, con la mayor elegancia que podía albergar y tras ajustarse la máscara, abrió el carruaje y procedió a liberar a los cautivos.

—Os pido perdón, *madame* —dijo a la señora Mowbray nada más liberarla—, estoy muy atribulado y siento de todo corazón haber sido para vos la causa de una alarma tan innecesaria. Toda la culpa, os lo aseguro, es del pícaro del postillón. De haber parado el tunante cuando se le ordenó, este dislate se podría haber evitado. Recordádselo, señora, cuando le tengáis que pagar.

No recibió ninguna contestación y procedió a rescatar a Eleanor, cuya belleza aturdió de inmediato al ardiente bandido. Dejó que el padre se las arreglara por sí mismo y se dedicó a piropoear algo rudamente a la dama, que no le hizo caso y se arrojó junto a su madre.

—Es inútil, señor —dijo la señora Mowbray cuando Turpin se acercó a ellas—, fingir que ignoramos sus intenciones. Ya nos habéis ocasionado un buen susto, un gran retraso y bastantes inconvenientes; confío, por lo tanto, que nuestras bolsas, que no están muy bien provistas, sean de vuestro agrado y no tengamos que soportar más incidentes. Parecéis menos rufián que el resto de vuestra estirpe sin ley, y espero que no os halléis desprovisto de los sentimientos comunes de humanidad.

—¡Sentimientos comunes de humanidad! —replicó Turpin—, Dios os bendiga, *madame*, yo soy la más humana de las criaturas vivientes, no le haría daño a una mosca y menos a una señora. Nunca se me ha acusado de mala educación. Este oficio mío debe efectuarse en pocos segundos, tan pronto como se ha resuelto el negocio. Ayudaré a vuestro estúpido palafrenero a cinchar de nuevo los caballos y a sacar las ruedas de la zanja. Vos tenéis un banquero en la ciudad, *madame*, o quizás en el campo; pero a mí no me gustan los banqueros de pueblo. Con todo, necesito dinero contante y sonante en Romaniville, perdón, quiero decir en Londres, señora. Mis oídos han sido tan aturdidos con esos charlatanes cíngaros que casi pienso en germanía. Basta con que me firméis un cheque, siempre tengo a mano tinta y pluma. Un cheque por cincuenta libras, *madame*, sólo cincuenta. ¿Cómo se llama vuestro banquero? Tengo cheques en blanco de las mejores casas de banca en mi bolsillo. Sólo quiero eso y un beso de esa linda señorita de mejillas encarnadas como las cerezas —dijo con un guiño hacia Eleanor—. Con eso me basta. Ya veis que no tratáis con un personaje tosco ni que pide cosas exorbitantes.

Eleanor se apretó contra su madre. Exhausta por la previa agitación de la noche anterior, tremendamente asustada por la impresión del susto que había sufrido y más aterrada todavía por las palabras y los gestos del salteador de caminos, notó que

estaba a punto de desvanecerse. El sacerdote, que había logrado librarse del carruaje, estaba ahora entre las damas y Turpin.

—Conténtate, hombre descarriado —dijo el padre con una voz firme, al tiempo que le ofrecía una bolsa que la señora Mowbray le había extendido precipitadamente —, con el crimen que ya has cometido y no pongas en peligro tu alma con una culpa aún mayor. Conténtate con el botín que ya has obtenido y vete. Con la autoridad que me da mi sagrado ministerio, te aseguro que cualquier vejación ulterior a estas señoras se hará con riesgo de tu vida.

—¡Bravo! —exclamó Turpin—. Esto me gusta. ¿Quién podía haber imaginado que el viejo voceras tenía tanto valor? Señor, os respeto por vuestro valor, pero estáis equivocado. Soy el hombre más pacífico de estos reinos y nunca hago daño a los seres humanos. Como prueba de lo cual basta que os fijéis en el perillán de vuestro postillón, al que cualquiera de mis colegas habría enviado a toda prisa al infierno por menos de la mitad de lo que me ha hecho a mí. Tratable como soy, no me gusta que se malogren mis deseos. Quiero las cincuenta y el beso. Y me iré después tan pronto como gustéis. Y tendré el beso al igual que tendré el cheque firmado por la señora. Y quiero el sello además de la rúbrica. ¡Bah, bah! Menos tonterías, más de una linda doncella se consideraría honrada con un beso de Dick Turpin.

Eleanor retrocedió con el peor de las aversiones al ver al forajido aproximarse a ella tras desembarazarse de la inútil oposición del sacerdote. Se había quitado la máscara y su cara, ruborizada por la insolencia del triunfo, se acercó a la de ella. Pese a la repugnancia que helaba la sangre de sus venas, ella no pudo apartar la mirada de sus ojos. Cuando la ciñó contra él, ella lanzó un pavoroso alarido. En ese instante un puño poderoso se agarró al hombro de Turpin, se dio la vuelta y vio a Luke.

—¡Salvadme! ¡Salvadme! —le suplicó Eleanor al recién llegado.

—¡Maldición! —gruñó el bandido—. ¿Qué es lo que te ha traído aquí? Empiezo a pensar que te has convertido en el protector de todas las damiselas en apuros. Quítame las manos de encima o juro por Dios que te arrepentirás.

—¡Loco! —exclamó Luke—. No sabes lo que dices.

Y al decir esto lanzó a Turpin hacia atrás con tanta fuerza que, después de trastabillar unas yardas, el bandolero cayó al suelo.

El sacerdote permaneció en pie, atónito por la súbita aparición y la valiente actuación que le siguió.

Luke, mientras tanto, se aproximó a Eleanor. La miró con una mezcla de curiosidad y admiración, pues algo en su interior le dijo que era extremadamente bella. Una palidez mortal se extendió por las mejillas de la señorita, su belleza parecía exquisita y sus grandes ojos azules daban mudas pero elocuentes gracias a su libertador. Las palabras que a ella le faltaban las proporcionó la señora Mowbray, que le agradeció en los términos adecuados hasta que fue interrumpida por Turpin, que se había repuesto y se les acercaba. Sus facciones revelaban una expresión feroz.

—Te digo —amenazó Turpin—, Luke Bradley o Luke Rookwood o comoquiera

que te llames, que has jugado muy sucio conmigo en este asunto y que no te espera nada bueno por mi parte y que ya te pediré cuentas por esto... ¡Y que me lleven los demonios si no lo hago!

—¡Luke Bradley! —interrumpió la señora Mowbray—. ¿Sois vos ese individuo?

—Así me llamaba, *madame* —replicó Luke.

—Padre Ambrose, ¿esta es la persona de la que me hablabais? —preguntó con ansiedad la dama.

—Eso creo —contestó el padre evasivamente.

—¿No os llamó Luke Rookwood? —preguntó curiosa Eleanor—. ¿Es también ése vuestro apellido?

—Rookwood es mi apellido, bella prima —replicó Luke—, si me puedo aventurar a llamaros así.

—Y Ranulph Rookwood es...

—Mi hermano.

—Nunca supe que tenía un hermano —contestó Eleanor algo inquieta—: ¿Cómo puede ser eso?

—Sin embargo, soy su hermano —replicó Luke sombrío—: ¡El primogénito!

Eleanor se volvió hacia su madre y el sacerdote con una mirada angustiada de desvalimiento. Ella vio una confirmación de lo dicho en sus ojos. Nadie contradijo su afirmación. Ambos, pues, parecían estar al tanto de ello de una manera misteriosa. Ése era, entonces, el temido secreto. Ésa fue la causa de la partida súbita de su hermano. La verdad relumbró en su cerebro con el fulgor de un relámpago.

Con disgusto y mortificación, Luke se dio cuenta de aquella mirada interrogante. Su orgullo se sintió herido por la preferencia que ella mostraba naturalmente hacia su hermano. Había quedado prendado hasta lo más profundo por su belleza. Reconoció la verdad que encerraban las palabras de Peter sobre el encanto sin igual de Eleanor. No había visto nada tan bello, y en el mismo instante en que la contempló se dio cuenta de que sólo por ella podía relevarse del juramento hecho a Sybil. El espíritu de rivalidad lo despertaron de inmediato las exclamaciones de Eleanor.

—¡Su hermano mayor! —repitió Eleanor, que se demoraba en cada palabra al dirigirse a Luke—. Entonces debéis ser... pero no, no sois... No podéis ser... Es el título de Ranulph, no es vuestro... Vos no sois...

—Yo soy *sir* Luke Rookwood —replicó Luke, orgulloso.

Una vez fueron dichas estas palabras, Eleanor se desvaneció.

—Dejad que os asista, *madame*, y seguidme —dijo Luke, que tomó a la muchacha desvanecida en sus brazos y la llevó colina abajo hacia el campamento hacia donde le siguieron la señora Mowbray y el sacerdote, que habían intercambiado entre ellos miradas significativas. Turpin, que como se puede suponer, no era un observador indiferente de lo que sucedía, estalló en sus habituales y sonoras carcajadas al ver a Luke transportar su encantadora carga.

—¡Prima! ¡Ja, ja, ja! —se burló—. Así que la infeliz es su prima. Que me muera

si no se ha enamorado de su prima recién hallada. Y si es así, la señorita Sybil, si no me equivoco, va a ponerse más amarilla que una guinea. Si la cabecita celosa de esa españolita endiablada se da cuenta de que él le va a meter en casa a una nueva amada, tendremos una tragedia en menos que canta un gallo. Pese a todo, no debo perder de vista a *sir* Luke hasta que hayamos ajustado cuentas con él. ¡Eh, chaval! —le dijo al postillón—, quédate aquí, nadie te necesitará durante un rato, supongo. Aquí tienes una guinea para que bebas a la salud de Dick Turpin.

Después de esto, montó a lomos de su yegua y trotó con calma colina abajo.

—¡Así que éste es el Dick Turpin del que tanto habla la gente! —dijo para sí el postillón, que miró con curiosidad cómo se alejaba—. ¡Vaya! Pues es un tipo bienhablado, como debe ser, ¡que me quede sin botas si no es cierto! Si hubiese sabido al principio de quién se trataba, me hubiera parado sin más historias. No hay nada como la experiencia. La próxima vez lo haré mejor —dijo tras embolsarse la gratificación. Luke avanzaba con rapidez colina abajo hasta detenerse en la orilla del río, donde esparció algunas gotas del fresco elemento sobre la pálida frente de Eleanor. Mientras la sostenía entre sus brazos, le asaltaron pensamientos que dominaron su corazón pese a que trataba de ahogarlos nada más nacer.

—¡Si fuese mía! —musitaba—. No, no es un pensamiento decente.

Pero el pensamiento retornaba libre de ataduras.

Eleanor abrió los ojos. Estaba todavía demasiado débil como para caminar sin ayuda. Luke la tomó una vez más en brazos y tras pedir a la señora Mowbray que los siguiera, cruzó el torrente por un vado pedregoso y condujo a su carga a través de un atajo hasta el priorato, pues trataba de evitar un encuentro con la banda que seguía congregada en la pradera.

Habían ganado una de las salas sin techumbre cuando se encontraron a Balthazar. Asombrado con la vista del grupo, el hierofante estaba a punto de dirigirse al sacerdote como si se tratara de un conocido, pero su más ortodoxo congénere se llevó el índice a los labios. El gesto no fue observado por los demás.

—¡Avisa a Sybill! —le dijo Luke al hierofante—. Pídele que venga deprisa. Dile que esta dama, la señorita Mowbray, está aquí y necesita su ayuda. ¡Vuela! Yo la llevaré al refectorio.

Cuando Balthazar pasó junto al sacerdote, señaló un hueco que se abría en la pared, que parecía ser la entrada a una cámara subterránea. El padre volvió a hacer un gesto de silencio y Balthazar se apresuró a cumplir su cometido.

Luke los encaminó hacia el refectorio, le proporcionó una silla a Eleanor pero, lejos de revivir por la atención que le prestaba, ella parecía debilitarse más. Estaba a punto de salir él en busca de Sybil cuando, de pronto, la puerta se cerró.

—¡No podéis pasar por aquí! —dijo una voz en la que Luke reconoció al caballero de Malta.

—¡No podemos pasar! —exclamó Luke—: ¿Qué significa esto?

—Son órdenes de la reina —dijo el caballero.

En ese momento comenzó a resonar el tañido apagado de la campana.

—¡Hum! —exclamó Luke—, hay moros en la costa.

Su corazón empezó a latir con fuerza al pensar en Sybil y miró con angustia a Eleanor.

Balthazar entró precipitadamente en la habitación.

—¿Dónde está Sybil? —preguntó Luke—, ¿por qué no ha venido?

—Vendrá pronto aquí —respondió el hechicero.

—Entonces, la buscaré yo mismo —dijo Luke—. ¿Está libre la puerta por la que has entrado?

—No está libre —replicó Balthazar—, quédate aquí.

—¿Y quién me va a impedir que salga? —replicó desafiante Luke.

—¡Yo! —dijo Barbara Lovel, que apareció de improviso en la puerta—. Tú no te moverás si no es con mi consentimiento. ¿Dónde está la doncella? —prosiguió ella, que miraba alrededor con una torva sonrisa de felicidad debido a la consternación que produjo su presencia—. ¡Ah! ¡Ya la veo! Se desvanece. Aquí tengo un cordial que la hará revivir. Señora Mowbray, sed bienvenida en el campamento de los gitanos, vos y vuestra hija. Y vos, *sir* Luke Rookwood, me congratula vuestro acceso a tal dignidad.

Luego, se volvió hacia el sacerdote que estaba claramente abrumado y confuso, entonces ella exclamó:

—Y vos también, señor. Creo que os conozco, quizá nos vimos antes en Rookwood. ¿No conocéis a Barbara Lovel? ¡Ja, ja, ja! Hacía mucho tiempo que mi humilde residencia no había sido honrada de tal modo. Pero no debo demorar la curación, dejad que beba esto —dijo ella tras darle un frasco a la señora Mowbray—. Esto la recuperará de inmediato.

—¡Es veneno! —gritó Luke—. ¡No debe beberlo!

—¡Veneno! —repitió Barbara—: ¡Mira! —y ella se bebió el líquido—: Yo no pienso envenenar a tu prometida —le dijo a Luke.

—¡Mi prometida! —repitió Luke.

—Sí, tu prometida —repitió Barbara.

Luke retrocedió a causa del asombro. La señora Mowbray pensó que aquello era un sueño y ella una visionaria, tan inconcebible parecía la escena. Una gran cantidad de curiosos permanecía en la entrada. Destacaba entre ellos el enterrador. De pronto, un grito se oyó entre la masa, que abrió un pasillo por el que irrumpió Sybil.

Capítulo 7

La señora Mowbray

La repentina entrada de Sybil llenó al grupo que rodeaba a la señorita Mowbray de nuevas angustias, pero ella no la vio. Su alma parecía obsesionada con Eleanor, hacia la cual se encaminó con paso vivo. Y cuando su pupila se paseó por su bella estampa, cuando despejó el cabello trenzado de su frente, que reveló su claro y terso ceño, el asombro, el temor, la devoción y la piedad usurparon el lugar del odio. La fiera expresión que se traslucía en sus ojos negros dio paso a la conmiseración. Miró implorante a Barbara.

—Sí, sí —respondió la vieja gitana, que le extendió el frasco—, ya sé. Aquí está lo que devolverá la sangre a sus pálidas mejillas y devolverá el fuego a sus pupilas. Dadle esto.

El efecto de la poción fue casi instantáneo, lo que atestiguaba la habilidad de Barbara en su concocción. La respiración entrecortada fue el pronto testimonio de la recuperación. Ella abrió sus grandes y lánguidos ojos, su seno pareció estallar, sus pulsos vibraron rápida y enfebrecidamente, y a medida que el estimulante trabajaba, el animado lustre de la excitación brillaba en sus ojos.

Sybil tomó su mano para calentarla, los ojos de las dos doncellas se encontraron. Se miraron la una a la otra fijamente y en silencio. Eleanor no sabía a quién miraba, pero no podía ignorar su mirada de simpatía ni la trémula presión de su mano, ni las lágrimas silentes que caían en hilillos transparentes. Ella le devolvió la mirada de simpatía y escrutó con igual asombro al hada auxiliadora, pues era lo que le parecía, que se arrodilló ante ella. En cuanto sus miradas pasaron de la amable visión de Sybil a la mustia y poco tranquilizadora estampa de la reina de los gitanos y se volvió luego hacia la atezada complexión de sus acompañantes, plena de renovada inquietud, Eleanor preguntó quiénes eran y qué hacía allí.

—Estáis a salvo —dijo Luke—, este es el priorato en ruinas de San Francisco, y estos extraños personajes son una horda de gitanos. No debéis temer ningún daño de ellos.

—¡Mi libertador! —murmuró Eleanor, que recordó de golpe que él se había presentado como un Rookwood y como el hermano mayor de Ranulph—: ¡Gitanos! ¿No me dijisteis que esta gente eran gitanos? Vuestra manera de vestir es la misma que la de ellos. No sois, no podéis ser el hermano de Ranulph.

—No puedo lisonjearme de tener la misma madre —respondió altivo Luke—, pero mi padre fue *sir* Piers Rookwood y yo soy su primogénito.

Él se apartó. Negros pensamientos cruzaron su cerebro. Trastornado por la belleza de Eleanor, atormentado por sus desprecios e insensible a la agonía de Sybil, que

trataba en vano de atraer una mirada suya, no pensó en otra cosa que no fuera la venganza y el cumplimiento de sus propósitos. Todo dentro de él se confundía en un salvaje y terrible remolino. Sus altos principios fueron ahogados por los impulsos del mal.

—Creo —murmuró en una voz casi alta— que si el Maligno me ofreciera a esa doncella a cambio de la condenación de mi alma, yo no me podría resistir a su ofrecimiento.

El Maligno estaba a mano, raras veces se pierden ocasiones como la presente. El enterrador permanecía tras su nieto. Luke se sobresaltó. Miró a Peter de pies a cabeza, casi con la certeza de ver las pezuñas en lugar de los pies, lo que se supone que es más propio del Enemigo. Peter esbozó una horrible mueca de irrisión.

—O sea que llamas al infierno en tu ayuda y, ¡oh!, el Diablo está a tu costado. Bueno, pues la chica es tuya.

—Haz buena tu palabra —dijo Luke con impaciencia.

—Tranquilo, tranquilo —respondió Peter—, modérate y tus deseos se verán realizados. Tus propias ambiciones encajan con las de otras personas. Hasta con los de Barbara. Ella quiere casarte con la señorita Mowbray. ¿Te asombra? Pues así es, como tapadera de una conjura más importante. No importa. Será duro, pero pese a su astucia, yo la derrotaré con sus propias armas. Hay más maldad en el cerebro de esa mujer que en lo que guarda el huevo de una serpiente. Pero ella encontrará la horma de su zapato. No la contraríes, déjamela a mí. Ella se acerca ahora —añadió al ver que Barbara y la señora Mowbray hablaban—. Sé paciente, yo la vigilaré —y abandonó a su nieto para sondear con la mayor exactitud las maniobras de la vieja gitana.

Barbara, mientras tanto, no había permanecido inactiva.

—No debéis temer una recaída de vuestra hija, respondo de ello —dijo la vieja gitana a la señora Mowbray—. Sybil la cuidará. No se apartará del lado de la doncella —prosiguió ella, luego se dirigió a su hija y le dijo en un susurro—. Ten cuidado, no la alarmes, te estaré vigilando, no sueltes ni una palabra.

Al decir esto, ella se había separado a una corta distancia de la señora Mowbray y se mantenía cerca de Sybil, pues vigilaba cada uno de sus movimientos al igual que una pantera sigue los titubeos de un cervatillo.

—¿Sabéis quién os está hablando? —dijo la vieja en el tono bajo y confidencial con el que su tribu se acerca a los extraños—. ¿Habéis olvidado el nombre de Barbara Lovel?

—No lo recuerdo con nitidez —respondió la señora Mowbray.

—Pensadlo bien —dijo Barbara—, a medida que pasen los años quizá por suerte os acordéis de la oscura gitana que, cuando estabais rodeada por alegres galanes, con las plumas del cortejo puestas, leyó la palma de vuestra mano y susurró en vuestros oídos el nombre del pretendiente más favorecido. Permitidme un momento, *madame* —dijo Barbara al ver que la señora Mowbray se abismaba en el recuerdo conjurado

de aquella manera—, soy vieja, muy vieja, he sobrevivido a las muestras de adulación y he sido investida con un gran poder sobre mi pueblo. Soy capaz, más que ninguna otra persona, de echarme cargas a la espalda.

La vieja gitana hizo una pausa y, entonces, adoptó un tono mucho más familiar y dijo:

—Los Estados de Rookwood son amplios.

—Mujer, ¿qué queréis decir?

—Deberían ser vuestros, *milady*, y lo hubieran sido de no ser por aquel matrimonio. Los habríais llevado decorosamente. *Sir* Reginald fue testarudo, y borró el nombre de su hija del testamento para escribir el de su hijo. Es una pena que una criatura tan bella como la señorita Mowbray careciese de la dote que sería de esperar por su cuna y su belleza. Es una pena que Ranulph Rookwood pierda ese título en el momento en el que piensa que va a caer en sus manos. Es una pena que tierras tan extensas se escapen de vuestras manos y las de vuestros hijos, como lo harán, si Ranulph y Eleanor se casan.

—Nunca se casarán —dijo la señora Mowbray con presteza.

—Eso sería condenar a vuestra hija a la mendicidad —dijo Barbara.

La señora Mowbray emitió un profundo suspiro.

—Hay una manera —continuó la vieja jorguina con un susurro— por la cual el mayorazgo pasaría a vuestras manos y a las de vuestra hija.

—¿De verdad? —dijo la señora Mowbray con ansiedad.

—*Sir* Piers Rookwood tuvo dos hijos.

—¡Ah!

—El mayor está aquí.

—Luke, *sir* Luke, él nos trajo hasta aquí.

—Él está enamorado de vuestra hija, yo he visto su mirada apasionada ahora mismo. Soy vieja, pero aún me queda cierta habilidad para distinguir en las miradas las de los enamorados. ¿Por qué no casarla con él? Leo las manos y leo los corazones. Han nacido el uno para el otro. Ahora, *madame*, ¿me entendéis?

—Pero —respondió dubitativa la señora Mowbray— aunque yo lo deseara... aunque yo lo aprobase, Eleanor está prometida a Ranulph y le ama.

—No penséis en ella si vos estáis contenta. Ella no puede juzgar tan bien por sí misma como vos lo podéis hacer en su lugar. Es una niña y no sabe a quién ama. Su amor será pronto por Luke. Él es un joven noble, la viva imagen de su bisabuelo, vuestro padre, *sir* Reginald. Y si vuestra hija se promete a alguien, ese debe ser el heredero de Rookwood. Esa es una parte esencial del contrato, ¿por qué no realizar el enlace de una vez, aquí?

—¿Aquí? ¿Cómo puede eso ser posible?

—Estáis en un recinto sagrado, os llevaré al lugar donde se encuentra el altar. No nos faltará un sacerdote con las sagradas órdenes para unir sus manos. Vuestro acompañante, el padre Ambrose, como le llamáis, es perfectamente adecuado para la

ceremonia. Él ya ha probado su habilidad sacerdotal con vuestra casa.

—¿A qué aludís, mujer misteriosa? —preguntó con ansiedad la señora Mowbray.

—A *sir* Piers y a Susan Bradley —respondió Barbara—, ese sacerdote fue el que les unió.

—¡Vaya! Él nunca me lo dijo.

—No se atrevió a hacerlo, está obligado por un juramento a ocultarlo. Pero ha llegado el tiempo en el que grandes misterios van a ser revelados.

—¡Qué extraño! Nunca había oído hablar de esto —dijo la señora Mowbray meditabunda—, por eso él tenía aquellos oscuros presentimientos sobre Ranulph, ahora lo entiendo todo. Ya puedo contemplar el enredo en el que nos íbamos a meter, menos mal que podemos salir de él a tiempo. Padre Ambrose —dijo al sacerdote, que paseaba por la sala a poca distancia de ellas—: ¿Es verdad que casasteis a mi hermano con Susan Bradley?

En aquel momento el sacerdote no pudo responder, entonces se presentó el enterrador.

—¡Ah! ¡El padre de la chica! —dijo la señora Mowbray—. A quien encontré en la cripta de mi familia y que se conmovió de manera extraña cuando le hablé de Alan Rookwood, ¿también él aquí?

—¡Alan Rookwood! —repitió Barbara, en la que pareció encenderse de pronto una luz—. ¡Ah! ¿Qué se dice de él?

—¡Pájaro de mal agüero! —le interrumpió Peter con ferocidad—. Estate contenta con lo que sabes de los vivos y no perturbes el reposo de los muertos. Déjalos descansar en su infamia.

—¡Los difuntos! —se burló Barbara con una risa ahogada—. ¡Ja, ja, ja! Él murió. ¿Qué fue de su bella esposa, la querida de su hermano? Fue una acción perversa, lo aseguro, y la expiación también... Sangre, corrió la sangre.

—¡Calla, vieja lumia! —tronó Peter—, o serás quemada en el rogo por la brujería que practicaste. Ten cuidado —añadió con voz profunda—, soy tu amigo.

La ajada complexión de Barbara exhibió por unos instantes la más profunda indignación por las amenazas del sepulturero. La maldición tascaba el freno en su boca y levantó la vara para azotarlo, pero ella misma contuvo su acción. En el mismo tono y con una mirada penetrante y sospechosa, ella le replicó:

—¿Mi amigo, dices? Haz algo que lo pruebe o guárdate de mí.

Y con un ceño amenazador, la reina de los gitanos se marchó junto a sus satélites, que estaban parados en la puerta.

Capítulo 8

La marcha

Eleanor Mowbray había contemplado con azoramiento la separación del lado de su madre y fue prevenida por Sybil para no interrumpir el diálogo de su madre con la reina de los gitanos. El negro ojo de Barbara se había fijado sobre ella durante toda la conversación y le produjo un inefable sentimiento de miedo a Eleanor.

—¿Quién... quién es esa vieja? —preguntó Eleanor, apenas sin aliento—, nunca, ni en mis peores pesadillas había concebido algo tan terrible. ¿Por qué nos mira así? Me aterroriza y nosotras no le hemos hecho nada malo, nunca le hemos hecho daño ni mi madre ni yo.

—¡Ay! —suspiró Sybil.

—¡Suspiras! —exclamó Eleanor asustada—, ¿hay, pues, un peligro real? Ayúdanos a evitarlo. Rápido, avisa a mi madre. Ella parece nerviosa. ¡Oh! Déjame ir con ella.

—¡Callad! —susurró Sybil, que mantenía una compostura inmutable bajo la mirada del ojo de lince de Barbara—. No os mováis si tenéis en algún aprecio vuestra vida. No sabéis en dónde estáis ni qué es lo que os puede suceder. Vuestra seguridad depende de vuestra actitud. Vuestra vida no está en peligro, pero hay algo que es más querido que la existencia, vuestro amor, al que le amenaza un golpe fatal. Alguien tiene el oscuro designio de casaros con otro.

—¡Cielos! —exclamó Eleanor—: ¿Y con quién?

—Con *sir* Luke Rookwood.

—¡Antes muerta! ¿Casarme con él? Antes me tendrían que matar.

—¿Podrías no amarlo?

—¡Amarlo! Sólo lo he visto en la última hora, antes nada sabía de su existencia. Me rescató y le estaré agradecida siempre. Si fuera por el bien de Ranulph, le amaría. Pero por el bien de Ranulph, le odio.

—No me habléis así —dijo Sybil enfadada—, si vos no lo amáis, yo sí. ¡Oh!, perdonadme, señora, perdonad mi impaciencia, pero mi corazón, que está roto, no cesa de latir por él. Decís que preferís morir antes que consentir a esta unión forzada. Vuestra palabra no debe ser puesta a prueba tan duramente. Si debe haber una ofrenda, debe haber sacrificio. Dios sabe que yo debo ser la única víctima. ¡Seré feliz, tan feliz como desdichada! Veréis todo lo que puede hacer el amor de una gitana.

Tras hablar así, Sybil prorrumpió en un torrente de lágrimas apasionadas. Eleanor la contempló con la más profunda conmiseración, pero el sentimiento fue transitorio, porque Barbara avanzó y exclamó:

—¡Largo de aquí! ¡Vete con tu madre, niña! Tu novio te espera —y se alejó

enérgicamente de Eleanor—. ¿Qué significa esto? —continuó la anciana—, ¿qué le has dicho a esa niña? ¿No te previne para que no hablastes con ella? Te has atrevido a desobedecerme. Tú, mi nieta, la hija de mi Agatha, para la que el más insignificante de mis deseos era una orden. ¡Te repudio! ¡Te maldigo!

—¡Oh, no me maldigáis! —gritó Sybil—. No añadáis eso a mi desesperación.

—Entonces, sigue mis recomendaciones sin rechistar, deshazte de tu debilidad porque ya todo está listo. Luke descenderá a la capilla abovedada y la ceremonia tendrá lugar allí, allí también morirá Eleanor, y de nuevo serás allí tú la esposada. Toma este frasco y ponlo entre los pliegues de tu faja. Cuando todo haya acabado, yo te diré cómo has de usarlo. ¿Estás preparada? ¿Podemos acordarlo así?

—Estoy preparada —replicó Sybil con un hondo acento de desesperación—, pero déjame hablar con Luke antes de ir.

—Sé breve entonces, cada instante es vital. Y mantén en guardia a tu lengua; yo iré con la señora Mowbray. Pon el frasco en lugar seguro, una gota de él te liberará de todos tus problemas,

—Con esa esperanza lo guardo —replicó ella mientras partía en dirección a Luke; Barbara vio cómo se juntaban y, luego, se volvió hacia la señora Mowbray y su hija.

—Estás malo, Luke, querido —dijo Sybil, que se aproximó en silencio a su amado infiel—, muy malo.

—¡Malo! ¡En el día de mi boda! —dijo Luke mientras emitía una sonora carcajada—. ¡Ja, ja, ja! No, estoy bien, muy bien... Tus ojos amarillean de celos.

—Luke, querido Luke, no te rías así. Me das miedo. Me haces creer que estás loco. Allí estabas más tranquilo, más humano, eras tú mismo. Tú ahora pareces tan... ¡Oh, Dios! Se podría decir que estás poseído por los demonios.

—¿Y qué pasa si lo estoy?

—¡Eso es horrible! Ni lo insinúes. Casi haces que me crea las historias terribles que he oído de que, en su noche de bodas, los Rookwood están sujetos a la influencia del Maligno.

—En el día de mi boda, ¿lo parezco?

—Sí, lo pareces, destierra ese frenesí de tu ánimo.

—¡Es mía, es mía! Nada me importa que el Enemigo me posea si hoy es el día de mi boda y Eleanor es mi novia. Y tú dices que parezco un Rookwood, ¡ja, ja, ja!

—Esa risa salvaje otra vez. Luke, te lo imploro, escúchame una sola palabra, la última...

—No soporto los reproches.

—No quiero reprocharte nada, vengo a bendecirte... A perdonarte, a decirte adiós. ¿No me lo vas a decir tú?

—Hasta siempre.

—¡Así no! ¡Así no! ¡Piedad! ¡Dios, compadécete de él y de mí! Mi corazón se rompe con esta agonía. Luke, si no acabas por matarme, recuerda estas palabras: no dejes que la culpa de mi muerte recaiga sobre tu cabeza. ¡Esto te librerá de los

remordimientos cuando yo muera!

—Sybil, tú lo has dicho con acierto, ya no soy yo. No sé qué espíritus han tomado posesión de mi alma que me puedo permitir el ver tu agonía sin el menor remordimiento y tu amor sin límites no encuentra correspondencia. Así es. Desde el momento fatídico en el que vi a esa doncella, la amé.

—¡Basta! Ahora ya te puedo abandonar. Adiós.

—¡Quieta! ¡Quiera! Qué canalla soy. ¡Quieta, Sybil! Si debemos despedirnos, y siento que eso debe ser así, deja que reciba tu perdón, si me lo puedes otorgar. Deja que te abrace por última vez. ¡Ojalá vivas días más felices!

—¡Oh, para morir! —sollozó Sybil, que se libró de su abrazo—. ¿Vivir días más felices? ¿Cuándo te he dado motivos para dudar de mi amor para que me insultes de esa manera?

—Entonces ámame, vive para mí.

—Si todavía puedes amarme, viviré para ser tu esclava, tu querida, tu mujer, lo que a ti te apetezca. Tú me libraste de la infelicidad. ¡Oh! —continuó Sybil con un tono nervioso—: ¿He entendido mal tus palabras? ¿Has dicho todo eso por una falsa compasión hacia mis sufrimientos? Habla, todavía no es tarde... Puede ser para bien... Mi destino y mi vida están en tus manos. Si aún me amas, si aún puedes olvidar a Eleanor, habla, no te calles.

Luke desvió la mirada.

—¡Basta! —siguió Sybil con una voz que denotaba una angustia mortal—, ya entiendo. ¡Que Dios te perdone! ¡Hasta nunca! No nos veremos más.

—¿Nos despedimos para siempre? —preguntó Luke sin atreverse a mirarla.

—¡PARA SIEMPRE! —replicó Sybil.

Antes de que su amado pudiera replicar, ella se apartó de su lado y se confundió entre la densa muchedumbre que permanecía en la puerta y se perdió de su vista. Un instante después, ella se encontró al aire libre, se paró en la gran sala sin techo, que rebosaba de luz solar y del soplo fresco de la mañana. Las ruinas cubiertas de hiedra, el suelo herboso, la cúpula azul del cielo parecían saludarla con una sonrisa benigna. Todo era *riant*^[55] y alegre, todo salvo su corazón. Entre tal luminosidad, sus penas parecían roscas y antinaturales. Y a medida que ella notaba la amable influencia del día, apenas era capaz de retener sus lágrimas. Era horrible tener que abandonar este bello mundo, este cielo azul, estas radiantes mañanas y todo cuanto amaba tan joven, tan pronto.

Pasó bajo un arco rebajado, que se abría como un gran bostezo en la pared, y ella desapareció como un fantasma en la alborada.

Capítulo 9

El filtro

Volvamos con la señora Mowbray. En un estado de conciencia próximo a la locura, Eleanor se abalanzó sobre su madre y se abrazó con fuerza a su cuello, en demanda de protección. La señora Mowbray miró con ansiedad los rasgos empavorecidos de su hija, pero a los pocos momentos se libró de muchas de sus angustias. La expresión de dolor se desdibujó poco a poco y la mirada vacía fue sustituida por otra de frenesí. Un velo había, por unos instantes, nublado sus ojos, que ahora volvían a brillar con su resplandor preternatural. Sonrió, con una expresión propia, que no era mimosa ni tampoco el placentero encendido del rostro que solía ser. Pero era una sonrisa, eso bastaba al corazón de una madre.

La señora Mowbray no sabía a qué causa podía atribuir ese portentoso cambio. Ella miró al sacerdote, quien era más a propósito para adivinar la causa de esa súbita alteración en el humor de Eleanor.

—¿Ha probado un filtro de amor? —susurró, tras acercarse a la señora Mowbray—. He oído hablar de esas miserables pócimas, hasta el mismo San Jerónimo relata un caso semejante de hechicería en su vida de Hilario. Y de esta gente se dice que es perita en su preparación.

—Puede que sea así —dijo la señora Mowbray en el mismo tono—, creo que la suavidad especial de su mirada no es algo de este mundo.

—Podemos, a fin de cuentas, arriesgarnos a un experimento que podría certificar la verdad o el error de mi aseveración —respondió el padre—: ¿Has visto allí a tu prometido? —le dijo el padre a Eleanor.

Ella siguió con su mirada en la dirección que el padre Ambrose señalaba. Y vio a Luke. No podríamos describir adecuadamente los sentimientos que se apoderaron de ella. No pensaba en Ranulph o, si lo hizo, fue con una indiferencia vaga. Envuelta en una especie de trance mental, cedió a los placenteros impulsos que encaminaban sus vagos deseos hacia Luke. Por algunos momentos, no apartó sus ojos de él. El sacerdote y la señora Mowbray se contemplaron en silencio.

Nada había sucedido en el grupo desde que Luke se les unió. Eleanor continuaba con la vista fija en él y la aparente ternura de sus ojos envalentonó a Luke para dirigirse a ella. El suave fuego que ardía en sus ojos era, sin embargo, tan frío como el ala brillante de la luciérnaga.

Luke se aproximó a ella, tocó su mano y ella no la retiró. La besó y ella no apartó sus labios, sino que le miró con ojos brillantes y complacientes.

—Mi hija es vuestra, *sir* Luke Rookwood —proclamó la señora Mowbray.

—¿Qué es lo que dice la dama por su propia boca? —preguntó Luke.

Eleanor no respondió, sus ojos seguían fijos en él.

—Ella no me rechazará si pido su mano —dijo Luke.

La víctima no se resistió.

—Vamos a la capilla subterránea —gritó Barbara, y dio una señal preestablecida a la banda.

La señal fue repetida entre la tribu de gitanos. Tenemos que reseñar que estos de ninguna manera fueron espectadores indiferentes o silenciosos de tales acontecimientos, pero que, al contrario, se permitieron conjeturar gran número de probables soluciones al drama que contemplaban. Se apostó mucho para ver si, al final, había o no matrimonio. Zoroaster se jugó bastante a que no habría boda y llegó a ofrecer una guinea^[56] contra media, con la apuesta de que la novia iba a ser Sybil. Su apuesta fue aceptada por Jerry Juniper y respaldada por el caballero de Malta.

—¡Aquí está la señal! —exclamó el caballero—. Te envido esa guinea.

—Y yo —añadió Jerry Juniper— te veo otra.

—Aquí va la mía —dijo el Mago—, he aquí mi apuesta.

—Bueno, bueno, bueno, dentro de poco se verá en qué queda esto. Vamos, amigos, ante la jefa sed cuidadosos y cumplid las órdenes.

—Sí, sí —respondió la turba.

—Aquí hay una antorcha para el altar de Himen —dijo el caballero al resplandor de la luminaria que pasó ante las narices del hierofante.

—Para la horca de Haman, querrás decir —replicó sombrío Balthazar—, lo mejor sería que algunos no se balancearan.

—¡No digas balancearan! —dijo el patriarca—. Me temo que este es un asunto delicado. Pero no se puede ser tímido en la lid si está Barbara presente. Y luego está ese predicador infernal, que debió ser consagrado por el demonio. Tú sabes de ese oficio, Balty, y eso no debería significar una tarea muy pesada. Afortunadamente no hay testigos que puedan meter las narices en la cripta.

—Habrá silencio y un testigo solemne —respondió Balthazar—, alguien a quien vosotros no esperáis.

—¿Qué dices? ¿Un espía? Pero el hierofante se marchó.

—¡Abrid paso, colegas! ¡Abrid paso a los novios! —proclamaba el caballero de Malta, que portaba a Excalibur desenvainada y se aprestaba para dirigir al cortejo hacia la cripta.

El cortejo empezó a moverse. Eleanor se sostenía en el brazo de su madre, tras ellas caminaba Barbara con un aspecto triunfante. Luke las seguía junto al sacerdote. Uno a uno, los miembros del cortejo abandonaron la estancia.

Sólo permanecía allí el enterrador. «Pronto llegará el momento, cuando todo se haya consumado», pensaba.

Unos pocos pasos lo llevaron al patio. La multitud estaba todavía allí. Había tenido lugar un breve retraso. El caballero de Malta entonces entró en la puerta de la cripta. Blandió su antorcha y vio una destartalada serie de escalones que parecían

conducir a las regiones de la noche eterna. Lo mismo pensó Eleanor cuando vio el oscuro abismo. Ella dudaba y vacilaba y rehusaba. Pero las conminaciones de su madre y las miradas amenazantes de Barbara la forzaron, al final, a una obediencia rezongante. Al cabo, el sitio estaba vacío. Peter estaba a punto de seguir al cortejo cuando llegó a sus oídos el sonido de los cascos de un caballo. Se demoró por un instante y vio surgir la figura del salteador de caminos en los límites del patio.

—¡Ja, ja, ja! Vieja lombriz de tierra —gritó Dick—, mi Néstor del cementerio. ¡Estáis solo! ¿Adónde demonios se ha ido toda la gente? ¿Dónde están *sir* Luke y su prima recién descubierta?

Peter se lo explicó todo con rapidez.

—¿Una boda bajo tierra? ¡Esto es lo nunca visto! Una cosa entre todas que me gustaría contemplar. Ataré a Bess a este tronco de hiedra y me abriré paso hasta allí contigo, viejo topo.

—Debéis permanecer aquí y estar en guardia —contestó Peter.

—Que me cuelguen si lo hago, quedarme aquí cuando hay tanta diversión allá abajo.

—Seréis colgado con toda probabilidad —le replicó Peter—, pero yo no tendría ningún deseo de anticiparme a mi destino. Debéis permanecer aquí, y lo haréis, es obligatorio. Seréis afortunado por eso. *Sir* Luke os recompensará generosamente, yo responderé por él. Aquí le sois de mayor servicio. Se espera que vengan Ranulph Rookwood y el mayor Mowbray.

—Es como si mentarais al Diablo. Pero decidme el cómo y el porqué de esto.

—No tengo tiempo para explicaros nada. En caso de sorpresa, disparad la pistola. Ellos no deben entrar en la cripta. ¿Tenéis un silbato? Debéis ejercer un doble papel, porque puede que precisemos de vuestra ayuda abajo.

—Que *sir* Luke ordene. Aquí tengo un caramillo tan agudo como el silbido del Diablo.

—Es todo lo que necesito para pedir os ayuda desde abajo. ¿Podemos confiar en vos?

—¿Cuándo abandona Dick Turpin a sus amigos? En cualquier sitio a este lado de la Estigia, el sonido de ese silbato me llegará. Trotaré alrededor del patio y haré la guardia.

—Con eso basta —contestó el sepulturero, que se metió bajo tierra.

—Tened cuidado con vuestras canillas —gritó Dick—, es una maldita ratonera, pero él está acostumbrado a la oscuridad. Una sorpresa, ¿eh? Será mejor que eche un vistazo a mis pistolas, los pedernales están bien. Ahora ya pueden venir cuando gusten.

Y tras dar una ronda por el lugar, se paró junto a la entrada de la capilla subterránea para estar al tanto de los silbidos de Peter y extendió su pierna derecha con lasitud sobre su silla de montar. Entonces, encendió una pipa (el lujo del cigarro era entonces desconocido) y canturreó los compases de una balada, el tema de la cual

era él mismo.

EL BANDOLERO

*No existe un monarca en el mundo entero
tan jovial como el rey de los caminos:
su pistolón de chispa es su cetro,
la silla de montar; su trono altivo;
los senderos y veredas, sus reinos.
Sus fieles súbditos han de pagar
un módico tributo por su paso,
pues a nadie exime de portazgos
y peajes en el camino real,
tributos que algunos llaman atracos.
Al fin de la fatigosa jornada
en su palacio regio le reciben
los dulces besos de su amorosa dama,
que zalameros y tiernos repiten
sus caricias sobre la hirsuta cara.
Aunque a su alcázar lo llamen taberna
y se embriague con muy fuertes licores,
no habrá palacios, castillos ni torres
como la más modesta de las ventas
donde poder dormir a pierna suelta.
Al alba los pájaros se despiertan,
pero uno de los pajarillos cantores
no alegrará del sol los arreboles,
porque la insomne lechuza le observa
y de entre las sombras cobra su pieza.
Igual que el ave que confiada gorjea,
también son felices los salteadores,
sus vidas son breves pero mejores,
pues no padecen agonías lentas,
basta con un salto bajo la cuerda.*

Y así, de momento, le dejamos, ¡oh sin par Dick Turpin!

Capítulo 10

La celda de Saint Cyprian

Cyprian de Mulverton, quinto prior del monasterio de Saint Francis, fue un prelado de santidad extraordinaria, a quien afligió en sus últimos días un abatimiento que ninguna penitencia ni ayuno podían aliviar. Juró, entonces, que nunca más vería la bendita luz del sol con sus ojos terrenales y que no volvería a habitar entre sus congéneres. Renunció a su autoridad religiosa y «olvidado el mundo y por el mundo olvidado» se emparedó en lo que le restaba de vida dentro de un sepulcro.

Mantuvo su voto. Fuera del macizo de roca que sostenía la venerable fábrica, bajo la capilla del monasterio, se construyó otra capilla y allí, tras despedirse por toda la eternidad del mundo y haber bendecido a su grey, que quedó encomendada al celo de su sucesor, el santo varón se retiró.

Nunca, salvo a medianoche, y sólo durante la celebración de misas por su eterno reposo, subía él desde su celda. Y la sola luz permitida en el lúgubre ergástulo de su elección era la de una lámpara sepulcral. Como nadie hablaba con él en su retiro, salvo por susurros, ¿qué efecto deberían tener el lustre emitido por mil cirios, el punzante y cálido olor de los incensarios de la capilla superior en contraste con los vapores telúricos de su celda? ¿Y cómo influía el solemne sanctus sobre sus sentidos excitados? Seguramente debieron parecerle anticipos del cielo que aspiraba a ganar.

Ascético hasta en el grado más severo al que la naturaleza alcanza, Cyprian se negó a sí mismo hasta el reposo. Procuraba no dormir, y el sueño sólo le alcanzaba en las pocas ocasiones en las que bajaba la guardia. Su lecho era la dura roca, y mucho tiempo después, cuando los devotos peregrinaban a la celda del santo prior, se maravillaban de cómo alguien como ellos podía reclinarse y descansar sobre sus punzantes protuberancias, o incluso reclinarse sobre sus puntas sin atormentarse, hasta que se les explicaba que, sin duda, Aquel que templó el viento para el cordero esquilado hizo el lecho de pedernal tan suave para el santo sufriente como un colchón de plumas. Sus miembros estaban cubiertos por un hábito de crin de la factura más tosca; su bebida, las gotas de agua que se filtraban desde las porosas paredes de su celda; y su sustento, algunos mendrugos que le cedían los pobres, que eran, los únicos extraños a los que se les permitía que se le acercasen. No toleraba el fuego donde un invierno perpetuo reinaba. A nadie admitía en sus vigiliass nocturnas, ni asistió a sus penitencias, ni se oían lamentos salir desde la ominosa cueva, pero el azote con sus nudos teñidos de sangre que se descubrió junto a su lecho delataba de qué manera pasaba aquellas largas noches. Así transcurrió un año. Las trazas del sufrimiento se revelaban en su fuerza declinante, apenas podía arrastrarse y se resignó a no asistir a las misas. No aparecía, como hubiese sido su deseo, en la misa de

medianoche, pero la puerta de su celda permanecía abierta esa hora y la luz la iluminaba como un rompimiento de gloria sobre su venerable cabeza. Oía las profundas y distantes reverberaciones del *Miserere* y respiraba esencias que parecían emanar del Paraíso.

Una mañana acaeció que los que le buscaban en su celda lo encontraron con la cabeza apoyada sobre su regazo, arrodillado delante de la imagen de la patrona de su templo. Temían perturbar sus devociones y permanecieron en la devota contemplación del hombre santo. Y así aguantaron en silencio por más de una hora, pero en ese lapso de tiempo no percibían ningún signo de vida y temieron lo peor. Se atrevieron a acercarse a él: estaba frío como el mármol ante el que se había postrado. En un acto de humilde intercesión, puede ser que en espera de la gracia, voló el espíritu de Cyprian.

«Benditos sean los que mueren en el regazo del Señor», exclamó la grey, que contemplaba sus restos con la más profunda aflicción. Al ser tocado, el cuerpo cayó al suelo. Era poco más que un esqueleto.

Bajo los claustros de la santa fábrica se enterraron sus huesos, con un exceso de pompa y de ostentación que acordaba poco con la humildad y el dejamiento de ese varón de dolores.

Esa capilla, en la época de la que estamos tratando, estaba en buena medida en el mismo estado en el que la habitó su santo inquilino. Excavada en la roca viva, el techo, las bóvedas y el suelo eran de sólido granito. Tres enormes pilares cilíndricos, labrados en la roca, toscos como los troncos de nudosos robles, daban soporte al techo. Sustento que, sin embargo, era innecesario, un terremoto apenas habría podido sacudir las sólidas vigas. Sólo en una esquina, donde el agua surgía de una hendidura de la roca en gotas que parecían lágrimas, era manifiesta la ruina. Aquí la piedra, erosionada por el goteo constante, había cedido en algunos lugares. En su contorno, la cripta era circular y en el intervalo entre cada uno de los pilares se dibujaba un arco apuntado. Luego, desde cada pilar surgían otros arcos que se cruzaban con otras nervaduras y terceletes que acababan por dibujar esas intrincadas floraciones del arte ojival en las que tanto gustan de perder la vista los entusiastas de la arquitectura. Dentro del anillo formado por estas columnas triples en las que los pilares trazaban su propia red de arcos, se situaba un altar de piedra y tras él un crucifijo del mismo rudo material. También estaba la venerable imagen de aquella que había inspirado al prior sus santas aspiraciones, ahora una piedra sin forma. La apagada lámpara que, al igual que una estrella, iluminaba la densa oscuridad de la gélida celda y había esparcido su lábil radiación sobre la frente de la virgen Thecla, había desaparecido. Pero en la clave del arco central, en el lugar donde colgó una cadena, podía leerse en viejas letras, a medias borradas, la siguiente inscripción:

STA THECLA ORA PRO NOBIS

Sólo se podía salir por la capilla, que conducía por tortuosas escaleras hasta el monasterio. El único receso era la celda del prior. Aquella estaba de cara al altar. Esta se abría como la boca de una tumba a su espalda. Desde luego, resultaba un lugar bastante espantoso. Sus paredes eran mudas, como si hubiesen rehusado hacerse eco de las oraciones del devoto anacoreta. Un triste y uniforme colorido prevalecía en todo el recinto. El granito gris se había tornado blancuzco con los años y daba una impresión fantasmagórica. Las columnas eran pesadas y proyectaban sombras oprimentes. El sufrimiento y la superstición tuvieron allí su morada, y una oscuridad moral ennegrecía aún más la oscuridad física del lugar. La desesperación que motivó su existencia parecía crecer ahí dentro. La esperanza evitaba sus inexorables esquinas.

Sola, dentro del tétrico santuario, con las manos juntas delante de la profanada imagen de la santa tutelar, se arrodillaba Sybil. Todo era oscuridad, ni los vapores pesados que la rodeaban ni el altar delante del que se postraba eran visibles. Pero ella estaba habituada a aquel horrible lugar y sabía perfectamente dónde estaba situada. Un toque había bastado para confirmarle que estaba ante el altar de piedra y su nublada visión se dirigió hacia la rota imagen de la santa, que estaba ahora envuelta en la oscuridad más profunda. Y con las manos unidas y los ojos llorosos, en tonos bajos y llenos de dolor, se dirigió a ella en la letanía de la titular del santuario.

La dulce y triste voz de la recitadora se apagó poco a poco. La agudeza de su dolor se suavizó, apenas la ferviente oración empezó a hacer su efecto para solaz de la afligida. Sybil recuperó su compostura. Ella, pese a todo, aún temblaba con el pensamiento de lo que quedaba por hacer.

—Ellos estarán aquí cuando mi plegaria haya acabado —murmuró—, entonces se habrá cumplido el fin por el que vine aquí sola. Déjame a solas con mi Creador, luego entregaré mi ser en sus manos y que haga conmigo lo que quiera. Que haga conmigo lo que desee.

Y ella inclinó la cabeza en humilde oración.

De nuevo alzó sus manos y levantó sus ojos hacia el techo e imploró con un cántico la intercesión del santo que prestaba su nombre a la celda. Apenas había concluido ese himno, la antorcha del caballero de Malta disipó en parte la oscuridad que se cernía sobre la capilla.

Capítulo 11

La boda

El cortejo descendió lentamente, con solemnidad y en silencio, como si los ritos a los que iban a asistir fuesen los de un funeral y no unas nupcias. Así, al contemplar todos esos rostros hirsutos y rudos a la luz de la antorcha, que prestaba a cada cual una expresión salvaje y dura; al ver a todos esos rostros ceñudos rodear a una novia de cuyas pálidas mejillas todo vestigio de color, y casi de vida, se había evaporado; y un novio con una complexión aún más demacrada y un ademán más ausente, el observador debió imaginar que se trataba de un terrible ceremonial, practicado por demonios en vez de seres humanos. La bóveda y los arcos, los pilares, la luz de la antorcha y las figuras rústicas formaban un cuadro digno de Rembrandt o de Salvator.

—¿Está Sybil en la capilla? —preguntó Barbara.

—Estoy aquí —contestó una voz desde el altar.

—¿Por qué nos detenemos? —dijo la reina gitana—. Ya estamos todos reunidos, vamos al altar.

—¡Al altar! —gritó Eleanor—. ¡Oh, no, no, no!

—Recuerda mi amenaza y obedece —murmuró Barbara—, ahora estás en mi poder.

Un sollozo convulso fue la única respuesta que salió de la boca de Eleanor.

—Nuestro número no está completo —dijo el sacerdote, que había buscado en vano al enterrador—, nos falta Peter Bradley.

—¡Vaya! —exclamó Barbara—. Vamos a buscarlo de inmediato.

—No necesitaréis buscar muy lejos de aquí —dijo Peter, que dio un paso adelante.

El caballero de Malta avanzó hacia el altar, la luz de la antorcha reflejaba tintes encarnados en los grandes pilares de granito. Luego, se reflejó sobre el altar y el rostro fantasmal de Sybil, quien permanecía detrás de él. No tardó la luminaria en revelar un objeto hasta entonces oculto a la vista. Sybil lanzó un prolongado grito de espanto y el caballero también retrocedió horrorizado. Al mismo tiempo, una exclamación de asombro salió de los labios de varios de los asistentes. La multitud avanzó y una consternación general prevaleció entre los allí reunidos. Cada uno miraba a su vecino, ansioso de comprender la razón del tumulto, y vagos temores fueron comunicados a los que estaban más atrás, que sólo obtenían como respuestas a sus preguntas unas miradas aterrorizadas.

—¿Quién se ha atrevido a traer hasta aquí este cadáver? —preguntó Barbara, con una voz en la que el miedo luchaba con la superstición, mientras señalaba el cuerpo espectral de una mujer de grandes melenas que yacía al pie del altar—. ¿Quién se ha

atrevido a hacer esto, repito? ¡Rápido! Sacadlo de aquí. ¿Qué es lo que miráis? ¡Cuervos! ¿Es ésta la primera vez que veis un cadáver para que tembléis de miedo, para que os domine el pánico? Es un trozo de carne, sí, incluso menos. ¡Fuera con eso! ¡Fuera!

—¡No lo toquéis, es el cuerpo de mi madre! —gritó Luke tras levantar un mechón de pelo negro que descubrió sus rasgos.

—¡Mi hija! —exclamó el sepulturero.

—¿Qué? —vociferó Barbara—, ¿es ésa tu hija... la primera *lady* Rookwood? ¿Reviven los muertos para honrar estas nupcias? ¡Habla! Quizá nos puedas aclarar cómo vino ella hasta aquí.

—No lo sé —replicó Peter con una mirada feroz a Barbara—. En todo caso, seré yo quien tenga que hacerte esa pregunta, ¿cómo llegó este cuerpo aquí?

—Pregunta a Richard Checkley —dijo Barbara mientras se volvía hacia el sacerdote—, él quizás os pueda informar. Cura —le dijo en voz baja—, esto es obra tuya.

—¡Checkley! ¿Es ése Richard Checkley? —gritó Peter—... ¿Es ése...?

—¡Paz! —tronó Barbara—. ¿Nadie va a quitar ese cuerpo? Os lo pregunto una vez más, ¿alguien tiene miedo a los difuntos?

Se levantó un murmullo. Sólo Balthazar se atrevió a acercarse al cuerpo.

Luke miraba a sus pies a medida que avanzaba y en sus ojos resplandecía una furia de tigre.

—¡Atrás, viejo! —le gritó Luke a Balthazar—. No te atrevas tú ni ninguno de los tuyos a posar un dedo sacrílego sobre el cadáver, o aquel que se acerque quedará tan muerto como la cabeza de mi madre. Cuándo o cómo vino no me importa. Aquí, en el altar, ha sido colocada y nadie la moverá de su sitio. La muerta será mi testigo de boda. El Hado así lo ordena: *¡mi Hado!* El que ella gobierna. Su anillo me unirá a mi novia. No sabía para qué lo saqué de su dedo ni con qué fin lo conservaba, ahora lo sé —y sacó el anillo.

—Ése es un don fatídico, ese anillo dos veces usado —dijo Sybil—, un anillo así me dio mi madre en su lecho de muerte y me dijo que sería mío, que ese anillo sería el de mi boda.

—¿Con quién? —preguntó orgulloso Luke.

—CON LA MUERTE —respondió ella con solemnidad.

La compostura de Luke se derrumbó. Se echó a un lado, muy abatido, incapaz de contener sus lloros. Mientras, con acentos de un pathos tan rudamente emocional que oprimía el corazón de todos los que la oían, corazones en su mayor parte de material poco sensible, la atribulada doncella prorrumpió a cantar:

EL ANILLO DOS VECES USADO

«¡Guárdate, hija, de tu noche de bodas!»,

*dijo mi madre en su lecho de muerte.
«¡Guárdate, hija, de esa noche espantosa!
Desde los infiernos con lazos fuertes
la Parra hacia ti sus lazos extiende.
Fría su mano es como una losa,
yertos los dedos que tu carne aprieten,
muertos los labios y helada la boca
que tus sonrosadas mejillas besen.
¡Guárdate, hija, de tu noche de bodas!».*

*«De un anular frío como la greda
tu anillo de boda fue arrebatado
a una a la que enterraron sus penas.
La infeliz se entregó toda a su amado
y éste el amor olvidó al consumarlo.
Marca este anillo con destino amargo
a todo aquél que consigo lo lleva,
¡guárdate de este anillo encantado!
Del altar florido a la yerta huesa
poco es el tiempo que el infierno espera.*

*La blanca mortaja yace a tus pies,
ya las alegres campanas tocan a difuntos
jovial boda repicaban ayer;
tus guirnaldas son coronas de luto
que sobre tu sepulcro han de yacer.
El rostro de la muerte acabo de ven
ecos infernales, tristes, profundos,
al Averno me quieren atraer.
Con este anillo te ligo al otro mundo,
cuando te cases guárdate de él».*

Hubo un profundo silencio hasta que la última y melancólica cadencia se apagó, y más de un corazón de piedra se fundió hasta las lágrimas. Eleanor, mientras tanto, permanecía en un estado de estupefacción pasiva, posaba su mirada vacía sobre Sybil, y sólo sobre ella, y parecía aprehender vagamente el significado de su canción.

—Éste es el día de mi boda —susurró muy bajo cuando Sybil acabó—, ¿no es eso lo que canta esa dulce voz? Ya sé que es el día de mi boda. ¡Qué iglesia has escogido, madre! Una tumba, un sepulcro... Pero está acorde con bodas como ésta. ¡Y qué invitados! ¿Has invitado también a esa mujer pálida envuelta en un vestido que parece una mortaja? Dime, madre.

—¡Santo Dios, le abandonaron sus facultades! —se quejó la señora Mowbray—. ¿Para qué vine a este horrible lugar?

—No os lo preguntéis, *madame* —le contestó el sacerdote—, la hora de los titubeos ha pasado. Tenemos que actuar. Dejad que se efectúe el matrimonio, pase lo que pase, y luego tendremos tiempo de escabullirnos de este agujero maldito.

—¡Quiten ese horrible objeto! —dijo la señora Mowbray—. Los ojos de mi hija se fascinan con él.

—No, no —rogó, trémulo, el sacerdote—, no la tocaré, no puedo hacerlo. Movedla vos sola.

Peter se aproximó a Luke, este ahora ya no ofreció más resistencia y el cuerpo fue retirado. Los ojos de Eleanor lo siguieron a través de las esquinas oscuras de la cripta. Y cuando ya no pudo distinguir el blanco resplandor de la mortaja, su pecho pareció desgarrarse por el profundo suspiro que surgió de él y su cabeza se desplomó sobre su hombro.

—Dejadme ver ese anillo —le dijo el sacerdote a Luke, que todavía lo tenía en sus manos.

—Yo no soy supersticiosa por naturaleza —dijo la señora Mowbray—, aunque puede que mi mente se vea influida por este horrible lugar, no lo sé. Pero le tengo miedo a ese anillo y no quiero que sea utilizado.

—No podemos encontrar otro —dijo el sacerdote, con una mirada particular y significativa a la señora Mowbray—. No veo por qué razón habría de ser rechazado. No sospechaba en vos, *madame*, semejante debilidad. Tened por seguro que, en caso de que hubiera algún hechizo maligno o una maldición ligada a él, cosa que no es posible porque no puede haberla en una inofensiva pieza de oro, mi bendición y la aspersión con agua bendita tienen el poder suficiente para exorcizar y expulsar esos conjuros. Para acabar con vuestros miedos, haremos eso de una vez.

Un recipiente que contenía agua se trajo junto con un plato con sal (condimento del que se dice que es aborrecido por el Diablo y que es tomado por un símbolo de la eternidad, pues, al ser incorruptible, preserva a todo lo demás de la corrupción), y con la fórmula ritual de la Iglesia de Roma para los exorcismos, el oficiante mezcló tres veces las cristalinas partículas con el puro fluido. Después, tras tomar el anillo en su mano con la mayor solemnidad, esparció sobre él unas pocas gotas del agua que había bendecido e hizo la señal de la cruz sobre un circulito dorado y emitió otro exorcismo más potente para erradicar y expulsar cualquier marca de Satán, tras lo cual se lo devolvió a Luke.

—Ya lo puede llevar ella con total seguridad —dijo el enterrador con mucho sarcasmo—. Aunque la mismísima serpiente del Paraíso se enroscara en esa fruslería, las devotas plegarias del padre Checkley bastarían para desenrollar cada uno de sus pliegues. Pero ¿por qué nos demoramos ahora? Nada hay entre nosotros y el altar, el camino está libre y el novio se impacienta.

—¿Y la novia? —preguntó Barbara.

—Está lista —contestó el sacerdote—. *Madame*, no nos retrasemos más. Hija, tu mano.

Eleanor le dio la mano a su madre. Estaba fría y húmeda. Sujetada por su madre anduvo lentamente hacia el altar, que estaba a unos pocos pasos de donde ellas permanecían. No ofreció resistencia, pero no alzó el rostro. Luke estaba a su lado y, entonces, se dio cuenta por primera vez del acto cruel y deshonesto que estaba a punto de cometer. Aquello golpeó con fuerza en su conciencia, lo vio con los más oscuros colores. Era uno de esos momentos terribles cuando la impetuosa rueda de la pasión se frena súbitamente.

—Todavía estoy a tiempo —se quejó—. ¡Oh, no debo maldecirme perpetuamente! He de salvarla a ella, a Sybil, a mí mismo.

Los miembros de aquel bizarro cortejo estaban frente al altar, sobre todas las cabezas se había alzado la antorcha; la luz roja se reflejaba sobre los contrayentes y daba a las pálidas facciones de cada uno un toque casi cerúleo. Luego resaltó el aspecto demacrado del sepulturero e iluminó la sonrisa de malicia triunfante que se dibujaba en su rostro. También iluminó los abigarrados hábitos de Barbara y la altiva pero perturbada fisionomía de la señora Mowbray. Su resplandor llegaba a los arcos góticos, y uno de los pilares, sobre la imagen de mármol de Santa Thecla y en la faz apenas menos marmórea de Sybil, que permanecía detrás del altar, silenciosa, inmóvil como una estatua. El efecto de luz y sombra en otras partes de la escena sobre los abigarrados trajes y los adustos perfiles de algunos del cortejo ofrecía agudos contrastes.

Justo cuando el sacerdote estaba a punto de dar comienzo a la ceremonia, un coro de gritos, con el que los gitanos están acostumbrados a celebrar los enlaces dentro de su propia tribu, se desencadenó. Nada podía resultar de una discordancia más horrible.

Cuando esta zaragata acabó, se procedió a celebrar el connubio. Sybil había desaparecido. ¿Huyó? No, estaba junto a la novia. Eleanor llegó a su sitio como si fuera un autómata, y con una voz muy débil silabeaba las respuestas. Apenas se podía ver movimiento de los labios en la señorita Mowbray, pero las respuestas se dieron y el sacerdote estaba satisfecho.

El padre tomó el anillo y lo volvió a rociar con agua bendita tras hacer la señal de la cruz. Luego pronunció la siguiente oración: *Benedic, Domine, annulum hunc, quem nos in tuo nomine benedicimus, ut quae cum gestaverit, fidelitatem integram suo sponso tenens, in pace et voluntate tua permanent atque in mutua charitate semper vivat*^[57].

Él estaba a punto de devolver el anillo a Luke cuando la antorcha que sostenía el caballero de Malta fue arrojada al suelo por alguna mano invisible y se extinguió al momento. El bizarro espectáculo se desvaneció tan rápido como las figuras proyectadas sobre una linterna mágica desaparecen cuando se quita el cristal. Se originó una tremenda batahola, sobre cuyos gritos y susurros se alzaba la voz bronca

de Barbara.

—A la puerta, ¡rápido! No dejéis que pase nadie. Pronto encontraré al autor de esta barrabasada. ¡Fuera!

Su orden fue obedecida. Varios miembros de la banda se colocaron en la puerta.

—Continuad ahora con la ceremonia —siguió Barbara—; a oscuras o a la luz de la antorcha, la ceremonia debe cumplirse.

El anillo fue puesto entonces sobre el dedo de la novia, y Luke, al tocarlo, se estremeció. Estaba tan frío como el cadáver que lo había portado. Se recitó la oración, se dio la bendición y el matrimonio tuvo efecto.

De pronto surgieron de la oscuridad voces profundas, que recitaban algo parecido a las endechas de las plañideras, mientras una voz fúnebre cantaba una tonada que todos sabían que era la canción fúnebre de su raza, recitada por una mujer doliente sobre el cuerpo de su hermana recién fallecida. La música parecía flotar en el aire.

El cortejo nupcial se agrupaba cerca del altar como si esperase el permiso de la reina de los gitanos para abandonar la celda. Luke no se movía. Apretada en la suya, la mano helada de su novia le retenía. Y cuando la pudo mover, su fuerte sujeción impedía su marcha.

La paciencia de la señora Mowbray se agotaba con el retraso, pues ella no estaba tampoco libre de temores.

—¿Por qué permanecemos aquí? —le susurró al sacerdote—, encabezad el cortejo, padre.

—La muchedumbre es densa —contestó Checkley—, se resistirían a mi acción.

—¿Estamos aquí como prisioneros? —interrogó alarmada la señora Mowbray.

—Dejadme que lo intente —dijo Luke con airada impaciencia—. Me abriré camino hasta el exterior.

—No abandones a tu novia si aprecias en algo su vida —intervino Peter—, no te ocupes de nada más, su vida es la única que corre peligro. No permitas que la aparten de ti si no quieres perderla para siempre. Quédate aquí, yo te proporcionaré los medios para una rápida huida.

—¡Basta! Yo no permaneceré aquí —contestó Luke, que apretó a su novia contra él y se inclinó para darle un beso en los labios. Un escalofrío la recorrió por todo su cuerpo cuando él la tocó, pero no ofreció resistencia.

El intento de Peter de efectuar una salida no tuvo éxito, igual que el del sacerdote. El caballero de Malta le puso Excalibur en el pecho y le ordenó que se estuviera quieto.

—No podéis pasar —exclamó el caballero—, nuestras órdenes son tajantes.

—¿Qué es lo que debo pensar de esto? —gruñó enfadado Peter—. ¿Por qué se nos detiene?

—Pronto lo sabréis —respondió Barbara—, en el entretanto sois mis prisioneros o, si no os gusta la expresión, mis invitados a la boda.

—La boda se ha acabado —respondió el enterrador—, los novios están

impacientes por irse y nosotros, los huéspedes, a menos que algunos sean amigos de la oscuridad, no deseamos pasar aquí las tornabodas.

—La boda de Sybil no ha tenido lugar —dijo Barbara—. Debéis esperar por ella.

—¡Ah!, ¡ahora viene lo bueno! —susurró Peter, para luego preguntar en alta voz—. ¿Y quién entre esta honorable compañía será el novio?

—El mejor de entre ellos —contestó Barbara—, *sir* Luke Rookwood.

—Ya está casado —replicó Peter.

—A esa la quitaremos de en medio —dijo Barbara con un énfasis amargo y especial—: ¿Entendéis ahora lo que quiero decir?

—No lo quiero entender —dijo Peter—. No puedes querer destruir a la que ahora está ante el altar.

—La que está ante el altar debe dejar paso a su sucesora, la que agarra la mano del novio debe morir. Lo juro por el honor de mi tribu.

—¿Y creéis que podéis ejecutar vuestros criminales propósitos con impunidad? —gritó la señora Mowbray muerta de miedo—. ¿Pensáis que yo permaneceré como un testigo inmóvil mientras asesináis a mi niña delante de mis ojos? ¿Pensáis que incluso entre vuestra tribu hay alguien capaz de ejecutar vuestro horrible propósito? No lo harán. Ellos se pondrán de nuestro lado. Incluso ahora son reticentes. ¿Qué esperáis conseguir con un acto tan salvaje y horrible? ¿Cuál es vuestro objetivo?

—El mismo que tenéis vos —contestó Barbara—, el progreso de mi niña. Quiero tanto a Sybil como vos a Eleanor, es la niña de mi niña, la hija de mi amada hija. Juré casarla con *sir* Luke Rookwood y tengo los medios a mi alcance. Mantendré mi juramento y la casaré con él. Vos no dudasteis en apartar a vuestra hija del hombre al que amaba para entregarla a un hombre al que detestaba. ¿Por qué? Por el oro, por el poder, por el rango. Yo tengo los mismos motivos. Amo a mi niña y ella ama a *sir* Luke, lo ha amado por mucho tiempo y con sinceridad, por lo tanto, debe ser suyo. ¿Qué son para mí vuestra niña o vuestros sentimientos, salvo si convienen a mis propósitos? Se ha puesto en mi camino y la quitaré de en medio.

—¿Quién la ha puesto en tu camino? —preguntó el enterrador—. ¿No fuiste tú quien le echó una mano al obstáculo para que se cruzara en tu camino?

—Lo hice —replicó Barbara—. ¿Queréis saber por qué? Os lo diré, tengo un doble motivo para ello: hay una maldición sobre la casa de Rookwood que mata a la primera esposa legítima de cada generación que va al altar. ¿Habéis oído hablar de ella?

—Sí, ¿es esa tonta leyenda la que os mueve?

—¿Y vos la llamáis tonta? ¡Vos! Bueno, tengo otro motivo, una profecía.

—Pronunciada por ti —replicó Peter.

—Aun así —contestó Barbara—, la profecía se ha cumplido. El grajo vagabundo ha sido hallado y se ha casado con otro grajo: Luke se ha casado con Eleanor. Él se apoderará de sus tierras. La profecía se ha cumplido.

—Pero ¿cómo? —preguntó Peter—. ¿Te dice tu arte dónde y cómo nos

apoderaremos de nuestras posesiones? ¿Me lo puedes decir?

—Mi arte no llega tan lejos, he predicho el suceso, que es lo que ha pasado. Estoy satisfecha. Él se ha casado con ella y es a mí a quien compete librarle de tal yugo.

Barbara se rió exultante. El sepulturero se acercó a la vieja lamia y puso su mano con violencia sobre su hombro.

—¡Escúchame —gritó él— y te diré lo que tu arte de embaucadora no te quiere revelar! ¡Eleanor Mowbray es la heredera de los mayorazgos de Rookwood! Las tierras son tuyas, le fueron legadas por su abuelo, *sir* Reginald.

—Ella no había nacido cuando él murió —dijo la señora Mowbray.

—Es cierto —contestó Peter—, pero las tierras se cedieron a vuestra sucesión femenina, en caso de que se produjera.

—¿Y sabía esto *sir* Piers, mi hermano? ¿Vio él el testamento?

—Sí, e impidió que lo conocierais vos o los vuestros.

—¡Ay! ¿Por qué no me lo dijisteis antes de que se hiciera lo que ya no se puede deshacer? He sacrificado a mi niña.

—Porque no casaba con mis propósitos decíroslo —respondió Peter con frialdad.

—¡Es falso, es falso! —gritó la señora Mowbray, su ira y su humillación vencieron a su miedo—. No lo creo. ¿Quién sois vos que pretendéis conocer todos los secretos de mi casa?

—Un miembro de la familia —respondió el enterrador.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—¿Queréis saber mi nombre? —replicó Peter con dureza—. Ya ha llegado el tiempo en el que no tengo por qué ocultarlo: soy Alan Rookwood.

—¡El hermano de mi padre! —exclamó la señora Mowbray.

—Sí, Alan Rookwood, el enemigo jurado de vuestro padre, de todos vosotros: vuestro hado, vuestro destino, vuestra maldición. Soy ese Alan Rookwood cuyo nombre susurrasteis en la cripta. Yo soy él, el vengador y el vengado. Vi a vuestro padre morir y escuché sus gemidos... Sus ayes... ¡Ja, ja, ja! He visto morir a sus hijos: uno murió en combate y yo estaba junto a él. El otro murió en su cama, y yo estuve junto a *sir* Piers cuando dio su último suspiro y escuché los estertores de su agonía. Fui yo quien le aconsejé que os mantuviera apartados a vos y a vuestros hijos de las tierras. Y él lo cumplió. Fue el único entre los de vuestro linaje cuyo nombre pongo en un lugar aparte, el único al que quise. Y a él —añadió con cierta emoción—, el hijo de mi hija, Luke Rookwood, porque será el ejecutor de mi venganza. Él será vuestra maldición y la de vuestra hija... Porque no la ama. Pero es su marido y tiene sus tierras... ¡Ja, ja, ja! —se rió hasta llegar a un paroxismo de inquina.

—No puedo creer lo que ven mis ojos —dijo la señora Mowbray.

—La novia es mía, dádmela —dijo Barbara—. Id a por ella, muchachos.

Alan Rookwood, porque así llamaremos desde ahora al enterrador, se calmó de pronto. Sacó el silbato y se lo llevó a los labios y sopló un silbido tan alto que aquellos que avanzaban hacia él se pararon aturridos.

Hubo una irrupción por la puerta de la cripta, los centinelas fueron abatidos y Dick Turpin, acompañado por dos asistentes, apareció con una pistola en cada mano en medio de la multitud.

—¡Aquí estamos, listos para la acción! —gritó Dick—. ¿Dónde está *sir* Luke Rookwood? ¿Dónde mi compadre del cementerio Peter?

—¡Aquí! —gritaron al alimón Luke y el enterrador.

—Entonces apartaos —gritó Dick mientras avanzaba en la dirección de los sonidos y aplastaba cualquier oposición—. Tened cuidado, estos bribones tienen muchos recursos. Amigo o enemigo, al que me toque le descerrajo un tiro en las mollejas. Aquí estoy, amigo Peter, y conmigo vienen mis compinches Rust y Wilder.

—¿Nos permitís salir sin daño ahora —preguntó el enterrador— o tendremos que hacerlo de viva fuerza?

—No saldréis —gritó Barbara, furiosa—. ¿Pensáis que podéis robarme la presa? ¡Qué, cobardes, dudáis!

—¡Encended las antorchas! —gritaron varias voces—. Nosotros no luchamos a oscuras.

Una pistola resplandeció. La antorcha volvió a arder. Su luz caía sobre un tumulto.

—¡Coged a la novia! —gritaba Barbara.

—¡Quietos! —exclamó una voz desde el altar, era la voz de Sybil.

Su mano estaba prendida de la de Luke, Eleanor estaba desvanecida en los brazos de Handassah, la muchacha gitana.

—¿Tú eres mi esposa? —preguntó Luke con desánimo.

—¡Mira el anillo en mi dedo! Tú mismo lo has colocado ahí.

—¡Nos la han jugado! —exclamó Alan con voz preñada de angustia—. ¡Todos mis proyectos aniquilados! ¡Yo, derrotado! Mis enemigos, triunfantes. ¡Todo se ha perdido! ¡Todo!

—¡Qué alivio, mi hija está a salvo! —exclamó la señora Mowbray.

—¡Y la mía se ha perdido! —se lamentó Barbara—. He jurado por la cruz matar a la novia y Sybil es la novia.

Capítulo 12

Alan Rookwood

—¡Bravo! ¡Magnífico! —exclamó Turpin, que se reía a carcajadas y sin parar como una deidad olímpica—. Esta pobre infeliz os ha sobrepasado a todos en ingenio, y ha trastocado los planes de toda una banda de intrigantes, ¿eh? ¡Magnífico! ¡Ja, ja, ja! Permitidme aconsejaros, *sir* Luke, que la próxima vez que os caséis no escojáis a vuestra mujer a oscuras. Un hombre debe estar en posesión de sus cinco sentidos en este tipo de ocasiones. Amar cuando se está embriagado y casarse cuando se está sobrio. Y, sobre todo, con los ojos muy abiertos. Esto es superior a las peleas de gallos, ¡ja, ja, ja!, por favor, excusadme. Pero, os lo juro, no puedo evitarlo —y volvió a reírse con unas carcajadas inacabables.

—Llévate fuera a tus hombres —susurró Alan Rookwoody mantén la guardia como antes, que sea la voz de tus pistolas la que nos avise del peligro, como acordamos antes. Aquí todavía queda mucho por hacer.

—¿Cómo es eso? —preguntó Dick—. Parece que todo el asunto está zanjado y no, precisamente, a vuestra satisfacción. Yo siempre estoy dispuesto a servir a mi amigo *sir* Luke, pero que me lleven todos los demonios si vuelvo a echar una mano en algún asunto bajo cuerda. Abandonad esta farsa o Dick Turpin no os ayudará. Y en cuanto a esta pobre desgraciada, si proyectáis hacerle el menor daño que el Diablo me lleve si...

—No se le hará ningún daño —respondió Alan—. Aplaudo vuestra magnanimidad —añadió sarcástico—, tales sentimientos se hallan en plena concordancia con vuestra conducta.

—Concuerde o no —replicó Turpin muy serio—, el asesinato a sangre fría no entra de ninguna manera en mi forma de hacer las cosas, y me lavo las manos acerca de eso. Un disparo o dos en defensa propia es otra cosa. Y cuando...

—Dadnos una tregua —interrumpió Alan—: La niña está a salvo. ¿Montaréis guardia?

—Si ése es el caso, por supuesto —replicó Dick—, estaré muy contento de volver junto a Bess. No podría traerla a este pozo negro. Un par de disparos os avisarán de que llega Ranulph Rookwood. Pero tened esto en cuenta: no le hagáis daño a la chica gitana... A *lady* Rookwood, para decir las cosas bien. Es una joya, haced caso de mi palabra, y *sir* Luke debe estar bien loco para arrojarla lejos de él —luego llamó a sus compañeros y se marchó de la cripta.

Alan Rookwood bajó los escalones que le separaban de la reina de los gitanos con negros pensamientos que nublaban su ceño. Sonrió cuando estuvo cerca de Barbara, con una sonrisa que

erizaba su piel incluso hasta los cabellos.

Barbara lo miró al principio con desconfianza, pero a medida que él descubría sus propósitos ocultos, esa sonrisa acabó por reflejarse en sus propios rasgos. Su diálogo se produjo en un lugar aparte, de buena gana los dejaremos para volver al altar.

La señora Mowbray y el sacerdote permanecían aún allí. Ambos estaban ocupados en esforzarse sin resultado por devolverle la conciencia a Eleanor. Ella se recuperó del síncope, pero era evidente que sus sentidos le fallaban. En vano derrochó la señora Mowbray sus más tiernas caricias sobre su hija, Eleanor no acababa de volver en sí.

Luke, mientras tanto, se había entregado a la furia más atrabiliaria. Se deshizo de la sujeción de Sybil y la empujó lejos de él. La observó con una mirada adusta y la cargó de reproches. Ella soportó sus ofensas con la más profunda sumisión, le miraba implorante pero no replicaba a sus insultos. De nuevo ella se agarró del borde de su casaca pero él la arrojó lejos. Luke parecía inmovible, nadie sabía lo que pasaba dentro de él y nosotros no lo examinaremos. Al poco, recuperó algo de calma, pero su calma fue más terrible para Sybil de lo que su previa ira lo fue.

—Eres mi esposa —dijo él—. ¿Y qué? Tú has obtenido el título por el fraude y la estratagema y, a la fuerza, lo mantendrás. Pero sólo retendrás el título, jamás obtendrás tus derechos de esposa, te será posible llamarte *lady* Rookwood, pero sólo lo serás de nombre, nada más.

—No lo llevaré por mucho tiempo —murmuró Sybil.

Luke sonrió con sarcasmo.

—Eso dijiste antes —replicó Luke—, y todavía no sé de qué manera lo dejarás. Ya nos lo dirá el futuro. Ya que me engañaste de esa manera, no ha lugar para que crea cualquier afirmación tuya. Mi mano era tuya y la rechazaste. Cuando se la iba a ofrecer a otra, la tomaste fraudulentamente. ¿Te puedo creer ahora? Igual que el viento cambia, lo hace la voluble veleta.

—No variará para ti —respondió ella, sumisa.

—¿Por qué te interpusiste entre mi novia y yo?

—Para salvar su vida y ofrecer la mía a cambio.

—Vano subterfugio, tú sabes perfectamente que nadie te reclamaba para hacer eso. Tu vida no está en peligro, el sacrificio no era necesario, no necesito de tu ayuda, con la fuerza de mis brazos me basta para proteger a Eleanor.

—Tus solos brazos no habrían podido contra el número, ellos te habrían matado de todas formas.

—¡Psché! —dijo con orgullo Luke—. No sólo me has escamoteado a mi novia y me has arrebatado mis hermosas haciendas, todo me lo has quitado, salvo un título inútil y eso, hasta eso, lo has deslucido.

—Es verdad, es cierto —sollozó Sybil—, no sabía que las tierras eran tuyas, de saberlo nunca lo hubiera hecho.

—Es falso, tan falso como lo demás —sentenció Luke—. Las tierras serán de Ranulph y ella será de Ranulph. Yo seguiré siendo un paria mientras Ranulph se juegueará en mis salones y la apretará contra su pecho. No te pegues a mí, ¡quieta o te alejaré a puntapiés! Me has arruinado, estoy acabado por tu culpa, maldita seas.

—¡Oh, no me maldigas! Tus palabras me desgarran.

—¡Ojalá pudieran matarte! —gritó Luke con una acritud salvaje—. Has plantado un obstáculo entre mis ambiciones y yo que ya nadie puede quitar. Nadie menos... ¡Ah! —y su semblante adquirió un tono mortecino y una expresión terrible—. Por Dios, has despertado un espíritu que duerme en el fondo de mi raza, siento que te podría apuñalar.

—¡No, no! —gritó Sybil—. ¡Por piedad! ¡Por tu propio bien! No me apuñales, todavía no es demasiado tarde. Repararé mi error.

—¡Siempre mintiendo! Me engañarás de nuevo. Ya no puedes repararlo, sólo queda un camino y ese...

—¡Lo seguiré! —respondió Sybil, triste pero firme.

—¡Nunca! —gritó Luke—. No lo harás. ¡Ah! —exclamó Luke al ver que su mano era de súbito prendida por detrás—: ¿Qué nueva traición es esta? ¿Quién ordena que me encadenen?

—Son órdenes mías —dijo Alan Rookwood mientras avanzaba hacia él.

—¿Tus órdenes? ¿Y por qué? —respondió Luke—. Libérame.

—Ten paciencia —replicó Alan—, luego te enterarás de todo. De momento conténtate con ser mi prisionero. No le quitéis el ojo de encima —ordenó a los gitanos que lo custodiaban.

—Responden con su vida de su obediencia —dijo Barbara.

Después de una señal posterior de Alan, Eleanor fue separada de los brazos de su madre y una mordaza pasó por encima del rostro de la señora Mowbray tan súbitamente que, antes de que pudiera emitir un grito de alarma, cualquier posibilidad de gritar había sido anulada. Sólo se dejó en libertad al sacerdote.

Barbara agarró por la mano a Eleanor y la arrastró hasta donde estaba Sybil.

—Tú eres *lady* Rookwood, pero ella es la dueña de tus feudos —le susurró—. Aquí te la entrego.

—Es el único obstáculo que existe entre tu marido y sus dominios —susurró Alan Rookwood en un tono de horrible ironía—, *todavía no es demasiado tarde para enmendar tu error.*

—¡*Vade retro*, Satán! —gritó Sybil empavorecida—. Os conozco bien —continuó ella nerviosa—. Soy capaz de atreverme a todo por él. Le he perjudicado. Sólo hay un modo de expiación, por muy horrible que pueda resultar, lo asumiré. No me dejéis pensarlo, dádmela —y ella tomó la mano incapaz de resistencia de Eleanor.

—¿No necesitas mi ayuda? —preguntó Barbara.

—No —dijo Sybil—, no dejes que nadie se acerque a nosotros. Unas palmadas os harán saber que todo ha acabado —y llevó a la pasiva víctima a las profundidades de

la cripta.

—¡Sybil, Sybil! —gritó Luke, que luchaba con frenética violencia para liberarse —, no le hagas daño. Fui un impulsivo, estaba enloquecido. Ya estoy más tranquilo. Ella no me oye, no se volverá. ¡Dios del Cielo, la va a asesinar! Lo hará mientras le hablo. Soy la causa de todo. ¡Liberadme, villanos! ¡Ojalá hubiera muerto antes de ver amanecer este día!

Tras una señal del enterrador, también se taparon los ojos de Luke. Él dejó de luchar, pero su pecho agitado desvelaba la lucha interior.

—¡Descreídos! —exclamó el sacerdote, que hasta el momento había asistido con horror a todos estos sucesos—. ¿Por qué no caerán estas rocas encima de vosotros y de vuestras iniquidades? ¡Salvadla! ¡Oh! ¡Salvadla! ¿Es que no vais a tener piedad de una inocente?

—Tenemos la misma piedad —replicó Alan Rookwood— que vos mostrasteis hacia mi hija, que era tan inocente como Eleanor Mowbray, y aún no os habéis apiadado de ella.

—El Cielo es testigo —afirmó el sacerdote— de que nunca le hice daño.

—No toméis el nombre de Dios en vano —dijo Alan—: ¿Quién estaba allí mientras se perpetraba el crimen? ¿Qué mano firme prestó ayuda a los temblorosos esfuerzos del asesino? ¿Qué manos sofocaron sus pavorosos gritos y ahogaron sus peticiones de piedad? Las tuyas, ¿y ahora me hablas de piedad? ¿Tú, el asesino de una mujer dormida e inocente?

—¡Eso es falso! —gritó el sacerdote al borde del pánico.

—¡Falso! —repitió Alan—. Tengo la confesión del mismo *sir* Piers, él me lo contó todo. Vos la odiabais y teníais vuestros designios sobre *sir* Piers a los que su mujer se oponía. Por eso la odiabais, y erais el confidente de ambos. ¿Cómo mantuvisteis esa confianza? Él me contó cómo despertasteis el demonio de los celos y la soberbia, que se sobrepuso a sus mejores sentimientos... ¡Falso! Me contó vuestras diabólicas maquinaciones, vuestras conspiraciones jesuíticas, vuestras intrigas. Él era demasiado débil, un instrumento muy endeble para vuestros fines. Lo abandonasteis, pero no antes de que ella lo hiciera. ¡Falso! ¡Ja! Tengo una prueba que os condenaría de inmediato: su cadáver, que está aquí, en la celda. ¿Quién lo trajo?

El sacerdote permaneció en silencio, parecía desbordado por la vehemencia de Alan.

—Yo puedo responder a esa pregunta —dijo Barbara—, lo trajo aquí ese falso sacerdote. Su agente, Balthazar, le traicionó. Lo escondió para evitar que se descubriera la legitimidad de *sir* Luke Rookwood. Él quería llegar a un acuerdo particular sobre el asunto. El cadáver vino a esta celda como terrible testigo de cargo contra él, para proclamar su culpabilidad —entonces se volvió hacia Checkley y añadió—: Habéis llamado al Cielo para que atestigüe vuestra inocencia, lo podéis hacer si juráis sobre ese cuerpo, y si él atestigua vuestra culpabilidad, os colgaré como a un perro y así ajustaréis vuestras cuentas con la justicia. ¿Teméis esto?

—No —dijo con una voz profunda y quebrada—. Traedme el cuerpo.

—Cogedle de cada brazo —ordenó Barbara a Zoroaster y al caballero de Malta—. Llevadlo donde está el cadáver.

—Yo le tomaré el juramento —dijo torvamente Alan Rookwood.

—No, vos no —balbució el sacerdote.

—¿Y por qué no? —preguntó Alan—. Si sois inocente, no debéis temer nada de ella.

—Yo no temo a los muertos —replicó Checkley—. Llévenme.

Ahora volvemos con Sybil, que estaba a solas con su víctima, cerca de la oquedad en la roca que fue el rocoso dormitorio del prior Cyprian y que estaba envuelto casi por completo por la oscuridad. Una fuente de luz corría entrecortadamente a través de los pilares. Eleanor no hablaba, se resignó a ser llevada a rastras hasta allí sin resistirse, apenas consciente en apariencia del peligro. Sybil la contempló durante unos minutos con pena y horror. «Ella no se da cuenta de lo peligroso de su situación, no sabe que está con un pie en la tumba. ¡Ay, si pudiera rezar! ¿Puedo yo, una asesina, rezar? Mis oraciones no serán oídas y, además, matarla inconfesa sería un doble crimen. No debo mirarla, mi mano tiembla, apenas puedo empuñar la daga. Debo pensar en todo lo que él ha dicho, en que le he causado un gran daño, en que estoy maldita y proscrita para él, en que le he robado todo; no queda sino un remedio, y es este. ¡Oh, Dios! Se recupera, ahora ya no lo puedo hacer», pensaba la gitana.

Hubo un momento terrible en el revivir de Eleanor, cuando la hoja de acero de la daga brilló ante sus ojos. Pero el espanto la restauró en sus sentidos de golpe. Se apartó de los pies de Sybil.

—¡Perdonadme, perdonadme! —gritó ella—. ¡Oh, qué sueño he tenido! Y despertar de esta manera, con la punta de una daga en mi pecho. Vos no me mataréis, vos, hermosa doncella, que prometisteis protegerme. ¡Ah, estoy segura de que no lo haréis!

—No abuséis más de mi nombre —dijo con orgullo Sybil—, poneos en paz con Dios, vuestros instantes están contados.

—No puedo rezar —dijo Eleanor— si estáis cerca de mí.

—¿Rezaréis si me retiro y os dejo?

—¡No, no, no me atrevo!... ¡No puedo! —gritó Eleanor transportada a un pánico extremo—. ¡Oh, no me dejéis! Permitid que me escape.

—Si intentáis algo —dijo Sybil—, os clavo esta daga en el corazón.

—No haré nada, me quedaré aquí arrodillada para siempre, clavadme la daga mientras estoy de rodillas, como os lo pido. No me podéis matar mientras me agarro a vos así, mientras beso vuestras manos, mientras las rocío con mis lágrimas. Estas lágrimas no os mancharán como mi sangre.

—Doncella —dijo Sybil al tratar de retirar su mano—, la arena de vuestro reloj ya se ha acabado, soltadme.

—¡Piedad! —Es inútil. Cerrad vuestros ojos.

—No, los tendré fijos en vos, así... no podréis apuñalarme. Yo me acogeré a vos, os abrazaré. Vuestra naturaleza no es cruel, vuestra alma rebosa piedad. Se funde en lágrimas, en esas lágrimas que os harán clemente. No podéis matarme a sangre fría.

—¡No puedo, no puedo! —dijo Sybil en un apasionado arrebató de compasión—. Os perdono la vida con una condición.

—Decídmela.

—Que os caséis con *sir* Luke Rookwood.

—¡Ah! —exclamó Eleanor—. Todo me empuja hacia ese nombre, la totalidad de la espantosa escena pasa ante mí de nuevo.

—¿Rechazáis mi propuesta?

—No me atrevo.

—He de tener vuestra palabra de honor. Jurad por la salvación de vuestra alma que no os casaréis con otro que no sea él.

—Lo juro.

—Handassah, guarda el juramento de esta doncella en tu memoria y vigila su cumplimiento.

—Lo haré —replicó la muchacha gitana que surgió de un recoveco en el que había permanecido sin que nadie se diera cuenta.

—Basta, con esto me vale. Quedaos conmigo. No os mováis, no gritéis, sea lo que sea lo que veáis o escuchéis. Vuestra vida depende de vuestra calma. Porque yo ya no existiré más...

—¿Más?

—Tranquila —dijo Sybil—, cuando esté muerta, dad palmas. Ellos vendrán a buscaros y me encontrarán a mí en vuestro lugar. Entonces arrojados sobre él, sobre *sir* Luke Rookwood, él os protegerá. Decidle después que muero por el daño que le hice, que muero y le bendigo.

—¿Vais a morir por salvarme? —sollozó Eleanor.

—No hagáis preguntas, mientras yo viva estáis en peligro. Cuando haya muerto, nadie tratará de haceros daño. ¡Adiós! Recordad vuestro juramento y tú también, Handassah, recuérdalo. Recordad también, ¡ay!, este gemido.

Todas se sobresaltaron al oír un fuerte quejido que rasgaba el aire.

—¿De dónde viene ese sonido? —gritó Sybil—. ¡Chist! Una voz.

—Es la del sacerdote —contestó Eleanor—. ¡Ay! ¡Cómo se queja! Deben de haberlo matado. ¡Dios misericordioso, recibe su alma!

—¡Rezad por mí! —lloró Sybil—. Rezad con fervor. Apartad vuestro rostro, arrodillaos, arrodillaos. ¡Adiós, Handassah! —y se apartó de ellas para entrar precipitadamente en la zona más oscura de la cripta.

Debemos abandonar ahora esta dolorosa escena por otra apenas menos terrible, pues retornamos con el infortunado sacerdote.

Checkley fue llevado ante el cuerpo de Susan Rookwood. Incluso en la oscuridad, el brillo de la mortaja blanca y los rasgos cerúleos de la difunta eran lo

suficientemente espantosos, pero la luz de la antorcha los volvía terribles.

—¡Arrodillaos! —dijo Alan Rookwood. El sacerdote obedeció. Alan se arrodilló a su lado.

—¿Reconocéis estos rasgos? —le preguntó—. Miradlos bien. Fijaos bien en ellos. ¿Los reconocéis?

—Sí.

—Poned la mano sobre su pecho. ¿No palpita o se estremece bajo vuestra mano? Ahora levantadla y haced la señal de la cruz sobre su seno. ¿Juráis por ella que sois inocente?

—Lo juro —dijo el sacerdote—. ¿Estáis ya satisfecho?

—No —replicó Alan—. Apartad la antorcha. Vuestra inocencia debe probarse de manera indudable —continuó una vez que la luz se retiró—. Esta prueba nunca falla, rodead con los dedos su garganta.

—¿No he hecho ya bastante?

—Vuestras vacilaciones prueban la culpa —dijo Alan.

—Esa prueba es, pues, insuficiente —contestó el sacerdote—, mi mano ya está sobre su garganta, ¿qué más?

—Igual que pedisteis misericordia en aquel momento de apuro, jurad que nunca conspirasteis para su muerte ni le rehusasteis vuestra misericordia.

—Lo juro.

—Que la muerta os acuse de perjurio si habéis dado falso testimonio —dijo Alan—; sois libre, podéis quitar vuestra mano.

—¡Ah! ¿Qué es esto? —exclamó el sacerdote—, me habéis hecho algún truco, no puedo retirar mi mano, me sujeta a su garganta como si estuviese encolada con sangre. Separadme, no tengo fuerzas bastantes para hacerlo solo. ¿Me hacéis burla? El cadáver también parece burlarse. Esto es una superchería. Soy inocente. Os digo que me separéis. Las venas recuperan su color, se llenan de nueva sangre, noto cómo se llenan, palpitan como seres vivientes alrededor de mis dedos. Está viva.

—¿Y sois inocente?

—Lo soy, lo soy. No permitiré que mis desvaríos me condenen. En el nombre de Cristo, liberadme.

—No blasfeméis y levantaos, yo no os sujeto.

—Sí —se quejó el sacerdote—, vuestro puño apretaba mi garganta, vuestros dedos huesudos estaban allí... me estrangulaban.

—Vuestros propios temores os estrangulaban, mi mano estaba en mi costado —respondió Alan, tranquilo.

—Villano, mentís. Vuestro puño es como una prensa, tenéis la fuerza de mil diablos en las manos. ¿Nadie me prestará ayuda? Yo nunca presioné tan fuerte, vuestra hija nunca sufrió esa tortura, nunca, nunca. Me ahogo, me ahogo...

Y el sacerdote rodó pesadamente de espaldas.

Se oyó un hondo quejido, un estertor convulsivo de la garganta y, después, un

profundo silencio.

—Está muerto... Estrangulado —gritaron varias voces que acercaron la antorcha. La cara del sacerdote estaba ennegrecida y deformada, sus globos oculares sobresalían de las órbitas, su lengua estaba casi amputada debido a los desesperados esfuerzos que había ejercido para liberarse de los dedos de Alan. Sus cabellos estaban erizados por el miedo. Era una visión espantosa.

Los gitanos comenzaron a murmurar y Barbara estimó prudente aplacarlos.

—Era culpable —sentenció ella—. Fue el asesino de Susan Rookwood.

—Y yo, su padre, la he vengado —dijo Alan con firmeza.

El terrible silencio que siguió a sus palabras fue roto por el sonido de una pistola. El sonido, aunque sobresaltó a los presentes, fue acogido casi con alivio.

—¡Estamos rodeados! —gritó Alan—. Id algunos a reconocer el terreno.

—¡A vuestros puestos! —clamó Barbara. Algunos de la banda se concentraron en la entrada.

—¡Desatad a los prisioneros! —ordenó Alan.

La señora Mowbray y Luke fueron, por lo tanto, puestos en libertad. Se oyeron dos disparos casi simultáneos de pistola.

—¡Es Ranulph Rookwood! —dijo Alan—. Ésta era la señal concertada.

—Ranulph Rookwood —repitió Eleanor—, que viene a salvarme.

—Recordad vuestro juramento —susurró una voz agonizante—, ya no sois suya.

—¡Ay! ¡Ay! —sollozó Eleanor trémula.

Un instante después, una débil palmada resonó en los oídos de Barbara.

—Ya está —se dijo.

—¡Ah! ¿Ya lo ha hecho? —preguntó Alan Rookwood con un gesto terrible.

Barbara lo acompañó hasta el extremo de la cripta.

Capítulo 13

El señor Coates

Con agrado cambiamos la atmósfera húmeda de la celda de Saint Cyprian y los horrores en los que tanto nos hemos demorado, y los cambiamos por el aire balsámico, la agradable luminosidad y la alegre compañía de Dick Turpin. Tras volver a las verdeantes ruinas del antiguo priorato, todo estaba aparentemente igual que cuando nuestro salteador de caminos lo abandonó. Dick se encaminó hacia su yegua y Black Bess emitió un afectuoso relincho cuando lo vio aproximarse a ella y tendió su cuello dócil a sus caricias. Ningún beduino árabe amó jamás tan tiernamente a su caballo como Dick Turpin al suyo.

—Va a ser un día muy duro aquél en que nos separemos tú y yo —le murmuró con afecto mientras le acariciaba sus suaves y sedosas mejillas. Bess colocó el morro en la mano de Dick y mordisqueó juguetona, como si quisiera decir que ese día no llegaría nunca. Turpin, al menos, interpretó el gesto en ese sentido, ya que era perito en el lenguaje de los Huoyhnym^[58]—, preferiría perder mi brazo derecho antes de que eso nos pasase —suspiró—, pero vale más no hablar. Los mejores amigos se separan y tú y yo lo haremos algún día. Tu destino puede ser el matarife y el mío, quizás, la horca. Ninguno de nosotros se ha creado para llegar a la vejez, es cierto. Que me lleven los diablos si sé a qué se debe, pero desde que he estado en esa cripta parece como si se me hubiera llenado la cabeza de ocurrencias negras y caprichosas. No pude dejar de compararte con aquella pobrecita gitana, Sybil, pero que me aspen si yo te he tratado a ti de la manera en que su amante la ha usado a ella. ¡Ah! —exclamó y sacó con tal rapidez sus pistolas que sobresaltó a sus amigos Rust y Wilder—. Nos observan, ¿no habéis visto cómo caen aquellas sombras detrás del muro?

—Sí —respondió Rust.

—La alimaña pronto saldrá de su agujero —dijo Wilder mientras se dirigía al lugar.

Poco tiempo después la sombra se manifestó en forma corpórea como un individuo pequeño, con botas altas y espuelas y cubierto por pellas de lodo. Fue conducido delante del forajido, que, mientras tanto, se había montado en su silla.

—¡O sois el señor Coates o el barro me engaña! —gritó Dick, que prorrumpió en una sonora carcajada cuando vio a la ridícula figura aproximarse a él.

—No os engaña, capitán Turpin —replicó el picapleitos—; veis a la persona dos veces desgraciada.

—¿Qué os trae por aquí? —preguntó Dick—. ¡Ah, ya veo! Habéis venido a pagar vuestra deuda.

—Creo que ya me *descargasteis* de eso —contestó Coates, incapaz de resistirse a

un juego de palabras incluso en esas circunstancias^[59].

—Es cierto, pero fue en blanco^[60] —replicó Turpin con presteza—, y eso no es válido según la ley, como supongo que sabéis. Habéis desperdiciado una segunda oportunidad, jugad o pagad, como sea. Yo no os dejaré escapar esta vez tan fácilmente, depende de eso. Pagad vuestra puesta o tomad las medidas del suelo. No quiero más réplicas ni excusas, señor. Arrojad al suelo a ese liante, y echad mano a su bolsa, vamos a ver qué es lo que trae con él.

—En menos que canta un gallo —respondió Rustle sacaremos todo lo que guarda dentro.

—¿Qué hay aquí? —dijo tras meter las manos en los bolsillos del procurador—: Un par de pistolas, una libra, dos peniques, medio atestado, tres frasquitos y un chelín. Un puñetero negocio, capitán.

—Tres frasquitos y un chelín, el canalla dice mucha verdad —musitó Coates.

—¿No hay nada más? —preguntó Dick.

—Sólo rapé aspirado y una tabaquera de peltre.

—¿No lleva ninguna billetera? Mira en su bolsillo interior.

—Aquí hay una cartera, capitán.

—Dámela. ¡Ah, esto sí que nos servirá! —dijo Dick mientras examinaba los contenidos de la billetera—. Esto sí que es un golpe de suerte. Una letra de cambio por quinientas libras pagadera a su presentación. ¿Eh, señor Coates? ¡Rápido! Endosadla, señor. Aquí tenéis pluma y tintero, ¡bribón! Si intentáis rasgar la letra os vuelo la tapa de los sesos. Venga, señor, firmad. ¡Bien! —dijo cuando Coates endosó la letra—. ¡Bueno, bueno! Saldré esta noche para Londres, antes de que podáis tratar de evitarlo. Ningún correo puede ganar a Bess, ¡ja, ja, ja! ¡Eh! ¿Qué es esto? —se preguntó tras desdoblar otra hoja de la billetera que él pensó que podría ser otra letra—: ¡Es un documento de *milady* de Rookwood! Excusadme, señor Coates, pero me muero de ganas de cotillear el *billet doux*^[61] de Su Señoría. Su secreto está a salvo, soy un hombre de honor. Tendré que entreteneros más tiempo con la lectura.

—Encargaos vos mismo, ya que parece que sois mi lector.

—¡Bravo! —exclamó Turpin—. No bromeáis impunemente, ya que os salen caras vuestras bromas, ¿y no se puede permitir a un hombre ser ingenioso cuando es a su propia costa? ¡Ja, ja! ¿Qué es esto? —dijo en voz alta al abrir la carta—: ¡Un anillo! ¡Y del bello dedo de Su Señoría! Lo juraría porque lleva sus iniciales tan imborrablemente impresas como su imagen en vuestro corazón, ¿eh, Coates? ¡Ay! Sois un perro con suerte, después de todo; recibir tal favor de semejante dama. ¡Ja, ja! Mientras tanto, nos ocuparemos de vos —siguió Dick mientras deslizaba el anillo por su dedo meñique.

Turpin, como hemos señalado antes, tenía inclinación por las pantomimas. Y ésta se hizo irresistible cuando vio la actitud de deferente temor de Coates cuando escuchaba los contenidos de la epístola de *lady* Rookwood, recitados con una entonación tan perentoria e imperativa como la de la propia *lady*. La carta estaba

escrita en una grafía clara, obra de una mano firme, y compartía con su escritora su carácter decidido. Así rezaba la misiva:

Cierta de vuestra devota discreción, encomiendo a vuestro cargo mi propio honor y el de mi hijo. El tiempo no me permite veros, de lo contrario no os escribiría. Me pongo enteramente en vuestras manos porque no os atreveréis a traicionar mi confianza. Vamos al asunto: un tal mayor Mowbray acaba de llegar con la noticia de que el cuerpo de Susan Bradley (vos sabéis a quién aludo) ha sido robado de nuestra cripta familiar por un clérigo papista y sus cómplices. Cómo sucedió eso o cómo fue escamoteado, no lo sé. Tampoco es mi propósito investigarlo. Baste con saber que ahora yace en una cripta bajo las ruinas del priorato de Davenham. Mi hijo, *sir* Ranulph, que ha prestado un oído crédulo a las fábulas engañosas del impostor que llama madre a esa mujer, está ahora ocupado en armar a la servidumbre de la casa y a algunos de nuestros arrendatarios, por si los gitanos que infestan las ruinas ofrecen resistencia, para llegar hasta allí y hacerse con el cuerpo. Ahora tened esto bien presente: ¡ESE CUERPO NO DEBE SER HALLADO! Vuestro deber es impedir ese descubrimiento. Tomad el caballo más rápido que podáis encontrar y no le ahorréis fustazos ni acicates. Id al priorato, procurad por cualquier modo y a cualquier precio la ayuda de los gitanos. Encontrad el cuerpo, escondedlo y destruidlo, haced lo que sea necesario para que mi hijo no lo encuentre. No temáis su enfado. Os libraré de las consecuencias ante él, ya que actuáis bajo mi responsabilidad. Mi honor es la prenda de vuestra seguridad. Apresuraos y estimad cuál es la recompensa adecuada de

MAUD ROOKWOOD

¡Sed diligente y que Dios os guíe!

—¡Que Dios os guíe! —repitió Dick con su propia voz, lleno de desdén—. ¡El Diablo os guíe! ése sería el mejor *post scriptum*. ¿Y fue sobre esa preciosa caballería sobre la que vinisteis, señor Coates?

—Exactamente —replicó el leguleyo—, pero encontré que la finca estaba ocupada; aunque cabalgué muy rápido, vos estabais aquí antes que yo.

—¿Y qué es lo que os proponéis hacer ahora? —preguntó Turpin.

—Negociar con vos sobre el cuerpo —replicó Coates en un tono insinuante.

—¡*Conmigo!* —dijo Dick—. ¿Me tomáis por un resucitador? ¿Por un tratante en casquería? ¡Eh, señor!

—Os tomo por una persona lo suficientemente viva, en general, para todo lo que concierne a sus intereses —replicó Coates—. Estos caballeros quizá no sean tan escrupulosos cuando oigan mis proposiciones.

—¡Callad, señor! —le interrumpió Turpin—. ¡Chist! Escucho el rumor de pisadas

de cascos de caballos... ¡Eh! ¡Ese grito!

—Decid vuestras condiciones antes de que lleguen —dijo Coates—, dejádmelos a mí, yo les pondré sobre una pista falsa.

—¡Al diablo con vuestras condiciones! —exclamó Turpin—: ¡La señal!

Y apretó el gatillo de una de las pistolas de Coates, cuyo sonido retumbó en los oídos del asombrado leguleyo al pasar zumbando sobre él.

—¡Llevadlo a la entrada de la cripta! —tronó Turpin—. Será un estupendo escudo en caso de ataque. Cuidad de vuestras armas y estad alerta. Vámonos.

En vano trató el infortunado procurador de patear y de debatirse, de jurar y de gritar, la cinta de su peluca tapó su boca y sus piernas fueron atadas. Así, ciego, mudo y medio asfixiado, se le llevó a la entrada de la celda.

Dick, mientras tanto, irrumpió en los arcos a la salida de las ruinas. Allí, con las riendas de Black Bess en la mano, permaneció inmóvil como una estatua.

Capítulo 14

Dick Turpin

El ojo experto de Turpin examinaba los amplios herbazales que se extendían frente al antiguo priorato y su ceño se contrajo. La sensación, sin embargo, fue breve. Al poco tiempo volvió al estado desenvuelto y temerario habitual. Sus mejillas estaban un poco más pálidas de lo que es habitual, pero su aspecto era agradable, y sus rodillas se apretaban involuntariamente con mayor firmeza a la silla de montar. No se percibía ningún otro síntoma de ansiedad. No sería ninguna mácula para el valor de Dick el tener que admitir que un ligero temblor le recorrió al contemplar la formidable disposición de sus oponentes. Admitirlo no es necesario, Dick habría sido el último en hacerlo, ni nosotros queremos afrentar la memoria de nuestro forajido audaz con tal injusticia. Turpin era intrépido sin tacha, atrevido, apto para correr todo tipo de riesgos por el mero placer de librarse de ellos; el peligro era su placer y el grado de su excitación corría parejas con el riesgo en el que incurría. Después de la primera observación, él se volvía, para usar su frase característica, «frío como un témpano», y seguía, durante todo el tiempo posible, como un general veterano, calculando con calma la fuerza numérica de sus adversarios y cómo disponer su propio plan de combate.

Su tropa de jinetes, porque tal era, sumaba posiblemente un total de veinte hombres y tenía el aspecto de una tosca partida en una rústica caza del zorro en la que se permitiese el uso de variopintas armas ofensiva como sables, fusiles de chispa y una amplia panoplia de enormes pistolas de caballería que la tropa llevaba consigo. Este parecido se incrementaba con la presencia de un viejo montero y dos guardabosques con libreas verdes y rojas y unos cuantos perros rastreadores que llevaban con ellos. La mayoría del piquete la componían robustos granjeros, algunos de los cuales montaban sobre potros sin domar y tenían bastante con mantenerse sobre sus sillas, además de corvetear en el desorden más admirable. Otros montaban más dóciles caballerías, que pertenecían más bien a los irritables especímenes de los caballos percherones, criados para tirar de un carro, cuyos cuerpos perezosos, indiferentes al talón con acicate o a la vara de fresno, rehusaban cumplir las órdenes de moverse de sus caballeros. Mientras otros, de nuevo, trataban de que los obstinados ponis cargasen con los carruajes, pero estos tercos e irreductibles brutitos preferían revolverse contra sus propios ejes y trazar absurdos movimientos rotatorios que avanzar en línea recta y en el sentido adecuado.

Dick apenas podía contener la risa ante estas ridículas maniobras. Pero su atención se dirigió principalmente hacia tres individuos que eran, sin duda, los jefes de tan aguerrida expedición. En la esbelta y alta figura del primero de ellos reconoció

a Ranulph Rookwood. Con las facciones y la persona del segundo del grupo no estaba familiarizado por completo y suponía, no a humo de pajas, que por su porte militar o, como él lo hubiese expresado, «por la manera soldadesca de repropiar su caballo», no podría ser otro que el mayor Mowbray, al cual había aliviado una bolsa en Finchley Common^[62]. En la oronda y rubicunda complexión del último del trío descubrió a su antiguo aliado Titus Tyrconnell.

—¡Ah, Titus, mi joya! ¿Estás ahí? —exclamó Dick cuando distinguió al irlandés—. ¡Vamos! Al menos tengo un amigo que será bienvenido. Así, ellos me verán ahora. Vienen de lejos, en desorden. Atrás, Bess, atrás. Despacio, tranquila, bonita, tranquila, ahí... Sooo —y Bess otra vez se quedó inmóvil.

El sonido de la pistola de Turpin llegó a los oídos de la tropa, y quedaron todos en alerta y, apenas se había presentado él en el arco de entrada, se oyó un grito agudo y todo el escuadrón salió al galope en su pos, lo que ocasionó, como se puede suponer, el desorden más salvaje. Cada jinete aullaba a medida que se acercaba al arco y se veía envuelto en el atasco que formó la inesperada concentración de fuerzas en ese punto, mientras que los juramentos, los golpes, las coces y las puñadas se repartían con tan robusta buena intención que, de haber leído Turpin a Ariosto o a Cervantes o haber tenido referencias de la discordia en el campo del rey Agramante, esta *melée* le hubiese recordado su realización. Tal como estaba la cosa, y con poco temor por su resultado, él les empezó a animar a gritos. Sin embargo, una vez que el primer jinete se pudo desembarazar de la masa, y atravesó el arco, y apuntó a Turpin, no tardó en recibir una bala que rozó la cabeza de su corcel, y hombre y caballo rodaron por el suelo.

—Esto le permitirá al viejo Peter saber que Ranulph Rookwood anda cerca —dijo Dick—, no puedo disparar otra vez.

La escena en el arco de entrada era de completa confusión. Aterrorizados por los disparos, algunos de los patanes se hubiesen escapado de no encontrarse con otros que avanzaban en esa dirección y les empujaban de nuevo hacia la puerta. Era como el encuentro de dos corrientes, aquí y allá, sin tener en cuenta los frenos y atemorizado por los disparos, un espléndido potro rompía todas sus ataduras y lanzaba al jinete al suelo, y se perdía a todo galope entre la verdura. En otro caso, avanzó rápidamente hacia delante y, al toparse con las reses postradas a la entrada del priorato, se trastabillaba y lanzaba a su amo sobre su cuello a los pies del enemigo. Durante todo este tumulto, se le dispararon unos pocos tiros al bandido, quien sin hacerles el menor daño se limitaba a incrementar su propia confusión.

La voz de Turpin era ahora escuchada por encima del alboroto y el torbellino, pues trataba de parlamentar. Y como no parecía dispuesto a presentar ninguna resistencia, algunos de sus antagonistas se aventuraron a alzarse del suelo y se le aproximaron.

—Quiero ser conducido ante *sir* Ranulph Rookwood —dijo Turpin.

—Aquí está —dijo Ranulph desde su caballo—. Bribón, eres mi prisionero.

—Como queráis, *sir* Ranulph —respondió Dick fríamente—, pero dejadme tener una charla con vos a solas porque, de lo contrario, os pesará más tarde.

—Nada de palabras, entregad vuestras armas, señor, o...

—Mis pistolas están a vuestra disposición —replicó Dick—, las acabo de descargar.

—Podéis tener otras. Debemos registraros.

—¡Quieto! —exclamó Dick—. Si no me queréis escuchar, leed este papel. Y le entregó a Ranulph la carta de su madre al señor Coates, se la dio sin el sobre, que había dejado aparte.

—¡Es la letra de mi madre! —exclamó Ranulph, que se ruborizaba de vergüenza a medida que leía su contenido—. ¿Y ella os ha enviado esto a vos? ¡Mientes, villano! Esto es un fraude.

—Dejadme hablar en lo que me atañe —respondió Dick mientras alzaba el dedo en el que estaba colocado el anillo—: ¿Conocéis este sello?

—¡Lo has robado! —respondió Ranulph—. Mi madre —añadió él con un susurro duro articulado sólo para los oídos de Turpin habría confiado su honor a un salteador de caminos.

—Ella me ha confiado más... su vida —replicó Dick en un tono negligente—. Ella me quería pagar para cometer un asesinato.

—¡Asesinato! —exclamó Ranulph espantado.

—Sí, el asesinato de vuestro hermano —respondió Dick—, pero dejémoslo pasar. Habéis leído esa carta. He actuado sólo bajo la responsabilidad de vuestra madre. El *honor* de *lady* Rookwood se ha encomendado a mi seguridad. Sin duda, su hijo me dejará libre.

—¡Jamás!

—Bueno, como gustéis. Vuestra madre está en mi poder. Traicionadme y yo la traicionaré a ella.

—¡Basta! —dijo Ranulph con desdén—. Seguid vuestro camino, sois libre.

—Dadme vuestra palabra de honor de que estoy a salvo.

Apenas había dado Ranulph su palabra, cuando el mayor Mowbray cabalgó furiosamente en su dirección. Sus mejillas estaban enrojecidas y blandía al aire su espada. Miró a Turpin como si lo hubiesen tumbado de la silla.

—¡Éste es el rufián! —exclamó el mayor con orgullo—. Éste me asaltó hace unos meses y por su captura se ofrecen trescientas libras, según un bando de Su Majestad, con la promesa de perdón para sus cómplices. Éste es Richard Turpin, que acaba de añadir otro crimen al número de sus delitos. Ha asaltado a mi madre y a mi hermana, el postillón lo reconoció al instante. ¿Dónde están, villano? ¿Adónde se han ido? ¡Responde!

—No lo sé —respondió Turpin con calma—. ¿No os dijo el muchacho que fueron rescatadas?

—¡Rescatadas! ¿Por quién? —preguntó Ranulph con gran emoción.

—Por alguien que se hace llamar *sir* Luke Rookwood —respondió Dick con una pícaro sonrisa.

—¡Por él! —exclamó Ranulph—. ¿Dónde están ahora?

—Ya he respondido a esa cuestión —dijo Dick—. Lo repito: no lo sé.

—¡Eres mi prisionero! —exclamó el mayor, que tomó por la brida el caballo de Dick.

—*Sir* Ranulph me ha garantizado bajo palabra mi seguridad —replicó Turpin—. Soltad mi brida.

—¿Cómo? —preguntó incrédulo Mowbray.

—No hagáis preguntas, soltadlo —replicó Ranulph.

—Ranulph —contestó el mayor—, pedís un imposible. Mi honor y mi deber están comprometidos en la captura de este hombre.

—El honor de todos nosotros está comprometido en su liberación —respondió Ranulph con un susurro—, dejadle ir. Os lo explicaré todo después. Vamos a buscarlas a ellas... A Eleanor. Seguro que, después de esto, nos ayudaréis a encontrarlas —le dijo a Turpin.

—Ojalá, lo desearía con toda mi alma —replicó el bandido.

—Yo vi a las señoras cruzar el arroyo y entrar en esas viejas ruinas —terció el postillón, que se había incorporado al grupo—. Las vi desde donde yo estaba, en la ladera de la colina, y mi vista es bastante aguda. No creo que hayan salido de ahí.

—Alguien se esconde dentro de aquel hueco de la pared —exclamó Ranulph—. Veo a alguien que se mueve.

Y descabalgó de su caballo para irrumpir en la entrada de la celda. A imitación suya, el mayor Mowbray siguió a su amigo espada en mano.

—El juego empieza ahora de verdad —dijo Dick para sí—, el viejo zorro será sacado pronto de su madriguera. Debo encontrar mis pistolas —y metió su mano en el bolsillo en busca de un arma.

Justo cuando Ranulph y el mayor alcanzaron el recoveco, se quedaron muy sorprendidos al ver al infortunado leguleyo.

—¡Señor Coates! —exclamó Ranulph muy sorprendido—. ¿Qué hacéis aquí, señor?

—Yo... yo... Esto... *Sir* Ranulph, debéis excusarme, señor, es un negocio particular... Nada puedo revelaros —respondió el trémulo procurador, pues en ese instante su ojo se fijó en Turpin y en el ominoso reflejo de un bruñido cañón de acero que apuntaba sin disimulo hacia su persona. Tenía presente el picapleitos que, por el otro lado, era el blanco de las pistolas de Rust y Wilder, ya que esos educados caballeros le habían amenazado una gran cantidad de disparos sobre la tapa de sus sesos si osaba denunciar el lugar de su escondrijo—. Es necesario que me guarde mis respuestas.

—¿Hay alguien que se oculte ahí detrás? —dijo el mayor, que trataba de moverse en esa dirección.

—No, señor, absolutamente nadie —respondió Coates con rapidez, pues se imaginaba que en ese mismo instante se escuchaba el cierre de las pistolas que era casi como tener firmada la mitad de la pena de muerte.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí, señor? —preguntó Ranulph.

—¿Queréis decir a este sitio? —replicó Coates con evasivas.

—No deberíais tener dificultades a la hora de responder a esta cuestión —dijo el mayor con dureza.

—Perdonadme, señor. Pero me encuentro con grandes dificultades para responder a sus preguntas en la situación en que me hallo.

—¿Habéis visto a la señorita Mowbray? —preguntó Ranulph con ansiedad.

—¿O a mi madre? —dijo el mayor con el mismo estado de ánimo.

—A ninguna de las dos —replicó Coates, a quien estas preguntas le aliviaban.

—Creo que nos estáis engañando, señor —dijo el mayor—. Vuestra actitud es ambigua, estoy convencido de que sabéis más de este asunto de lo que decís, y si no me lo explicáis total y satisfactoriamente, voto al Cielo... —y la espada del mayor describió un círculo fulgurante alrededor de su cabeza.

—¿Estáis al tanto de dónde se ocultan? —preguntó Luke—. ¿Sabéis algo de ellas o de Luke Bradley?

—¡Hablad! O será vuestra última palabra —dijo el mayor.

—Si es mi última palabra, ya no os podré decir nada —replicó Coates.

—¿Me aseguráis fehacientemente que no habéis visto a la señora Mowbray o a su hija? —dijo Ranulph.

Aquí Turpin guiñó un ojo a Coates. El procurador creyó entender sus intenciones.

—Yo no puedo asegurar eso fehacientemente —tartamudeó él.

—¿Cómo! ¿Las habéis visto? —le interrogó Ranulph.

—¿Dónde están?... ¿A salvo? ¡Hablad! —añadió el mayor. Otro gesto expresivo del bandido le indicó al procurador el carácter de su réplica.

—Fuera... señor... Fuera... Aquel... —replicó Coates—. Yo os lo enseñaré. Síganme, caballeros, síganme —y Coates se marchó de aquel lugar y sólo Turpin quedó detrás de ellos. Con la emoción del momento, se habían olvidado de su presencia. Unos instantes después, la *arena* había sido ocupada por un grupo igualmente numeroso. Rust y Wilder salieron de su cobijo, seguidos por unos cuantos de la banda gitana.

—¿Dónde está *sir* Luke Rookwood? —preguntó Turpin.

—Sigue abajo —fue la respuesta que recibió.

—¿Y Peter Bradley?

—También sigue allí.

—No importa. Ahora estad preparados, muchachos. Vamos a pegar un buen grito: ¡Hurra!

Ranulph Rookwood y sus acompañantes escucharon este grito. El señor Coates ya le había explicado la estratagema que usó con él el astuto salteador de caminos, así

como la peligrosa situación en la que él estaba. Y estaban en el momento de volver sobre sus pasos para capturarlo cuando los sonoros gritos de la banda los detuvieron. Por el clamor que se escuchaba, resultaba evidente que unos refuerzos considerables debían de haber llegado sin ser vistos. Y, pese a que ardían de ganas de vengarse del audaz bandolero, el mayor pensó que sería una tarea complicada y que sólo si se extremaban las precauciones se podría asegurar el éxito. Refrenó la impaciencia de Ranulph que apenas podía esperar los escasos minutos que hacían falta para apreciar la situación. El mayor Mowbray dio instrucciones individuales y detalladas a cada uno de los hombres y les hizo desmontar a varios de ellos.

Con estas disposiciones, el señor Coates se encontró montado encima de un caballo y con dos pistolas, con las cuales juró vengarse de sus recientes torturadores. Después de un pequeño lapso de tiempo empleado así, el grupo avanzó con lentitud hacia la poterna en un orden mucho mejor que en la ocasión anterior. Pero los más robustos de ellos se amedrentaron al ver la numerosa concentración de gitanos en orden de combate dentro de los muros de la abadía. Cada bando escrutó los movimientos del otro en silencio e incertidumbre, en angustiosa y, en parte, amedrentada espera de la señal de su jefe para empezar. Ésta no se hizo esperar, un disparo desde las filas de Rookwood dio la orden de inmediata y amarga ejecución. Rob Rust quedó muerto sobre el terreno y no se necesitó mucho más; la acción se volvió general y las armas de fuego fueron descargadas por ambos lados pero sin demasiados daños para cada bando. Pero una carga efectuada por los caballos del mayor Mowbray volvió el combate más serio.

Los gitanos, después de la primera descarga, tiraron sus pistolas y lucharon con grandes cuchillos con los que asestaban terribles puñaladas a hombres y bestias. El mayor Mowbray fue levemente herido en el muslo y su caballo, que recibió una cuchillada destinada a su jinete, se derrumbó y cayó al suelo, tras arrojar su carga. Afortunadamente para el mayor, Ranulph Rookwood estaba cerca y con la culata de una pistola derribó al rufián justo cuando estaba a punto de repetir el golpe.

Mientras tanto, Turpin había tomado relativamente poca parte en el combate, parecía contentarse con actuar a la defensiva y, excepto en el caso de Titus Tyrconnell, a quien espiaba en medio de la multitud, y al que había asustado al dispararle una bala por encima de su peluca, no descargó un solo tiro. También tuvo éxito a la hora de desmontar al señor Coates al darle con su pistola vacía en la cabeza. Pese a que aparentemente nada le iba ni le venía con la escaramuza, no se retiró de ella, sino que mantuvo su campo sin ceder a nadie. «Mi vida está hechizada», parecía demostrar a los demás combatientes, ya que entre la lluvia de balas, muchas de las cuales le estaban dirigidas, él salió de todo ello indemne.

—Es cierto que el que ha nacido para la horca nunca se ahogará en un río —dijo Titus—. Es inútil ir a por él. Pero ¡por los clavos de Cristo! Ha estropeado mi mejor peluca y mi mejor sombrero. ¡Demonios! Mi castor tiene un agujero del tamaño de una corona.

—Vuestra propia coronilla está a salvo, y eso os debería bastar —dijo Coates—, la mía tiene un chichón del tamaño de un huevo de cisne. ¡Ay! Si pudiéramos ir tras él.

La lucha continuó sin interrupciones, y pese a que ya había escalofriantes pruebas de su furia, en forma de hombres heridos y caballos reventados o muertos, cuyas heridas manaban sangre e inundaban la pradera, era todavía difícil decir por qué bando se inclinaba la victoria. Los gitanos eran, de lejos, los que llevaban la peor parte, pero mantenían con firmeza su terreno. Empapados en la sangre de los caballos que habían reventado y con sus enormes cuchillos en el puño, tenían una apariencia formidable y terrorífica, cuyo efecto no lo disminuían precisamente los aullidos salvajes y las terribles gesticulaciones.

En el otro bando, dirigido por el mayor Mowbray y por Ranulph, la tropa de granjeros combatía sin miedo, y cuando los fornidos labradores podían agarrar a sus esbeltos oponentes o atizarles un golpe con sus puños como piedras, era inevitable que hicieran buenas ante sus enemigos las ventajas que el peso y la fuerza superior les daba. Así se puede ver que, aunque estaban bastante equilibrados, el número obraba en favor de los gitanos pero el valor se distribuía por igual, y, quizá, lo que se llama enfáticamente redaños, pesaba a favor de los rústicos. Sea como fuere, el caso es que con lo que ya había pasado se daban los elementos para temer una muy seria terminación de la escaramuza.

De vez en vez, Turpin le echaba un vistazo a la entrada de la celda, con la esperanza de ver a *sir* Luke Rookwood hacer su aparición. Y al ser constantemente decepcionado en su espera, no podía ocultar su amargura. A final, decidió enviarle un mensajero y uno de la banda partió con su mensaje. Al poco retornó con la cara blanca de la impresión.

En nuestra rápida narración de la lucha no nos hemos detenido en los aspectos particulares ni hemos enumerado la lista de los combatientes. Entre ellos, sin embargo, se contaban Jerry Juniper, el caballero de Malta y Zoroaster. Excalibur, como se puede suponer, no permaneció ociosa, pero tan cortante hoja fue hecha añicos por Ranulph Rookwood en los primeros momentos del combate, y el caballero quedó desarmado. Zoroaster, que no era sólo un adorador del fuego, sino un verdadero batán humano, se empeñó en un combate pugilístico con los palurdos y, tras haber peleado durante varios asaltos, se llevó consigo los amoratados trofeos.

Jerry, como Turpin, había permanecido bastante tranquilo. «El momento propicio —decía— no ha llegado». Una fatalidad parecía perseguir a los compañeros más cercanos de Turpin. Rust fue el primero en caer. Wilder también se contaba entre ellos. Las cosas estaban de esta manera cuando el mensajero retornó y un cambio se percibió en la actitud de Turpin. No continuó indiferente ante el combate, parecía enfadado y presa de cierta desconfianza. Se mordió el labio, lo que en él era una señal de enfado. Dirigió unas pocas palabras a los que estaban junto a él y, luego, se dirigió en voz más alta al resto de la banda. Como las dijo en la jerga de la atezada tribu, sus

palabras no fueron inteligibles para el bando contrario. Pero su contenido se puede intuir por el inmediato abandono por parte de los gitanos del campo de batalla. Volvieron la espalda de inmediato y sólo dejaron en el campo a aquellos de los suyos cuyas heridas no tenían esperanza. Y, tras volar a través de las ruinas del priorato, burlaron cualquier persecución. Jerry Juniper fue el último en retirarse pero, tras recibir una señal de Dick, ejecutó una pirueta sobre la cabeza de sus adversarios y se escapó. Dick permaneció firme, como un león acosado por los cazadores. Ranulph Rookwood trotó hasta él y le pidió que se entregara.

—No me detengáis —tronó—. Si queréis salvar a la que os es tan querida, descended a la cripta. Soltadme.

Y Turpin se sacudió la mano que Ranulph había puesto sobre él.

—Villano, no te escaparás esta vez —dijo el mayor Mowbray, que se interpuso entre Turpin y la salida.

—Mayor Mowbray, no me gustaría que vuestra sangre recayese sobre mi cabeza —dijo Dick—. Dejadme pasar.

Y apuntó su pistola.

—¡Dispara si te atreves! —dijo el mayor al desenvainar su espada—. No pasarás. Moriré antes que dejarte escapar. Ocupad la puerta, disparadle si intenta pasar. Richard Turpin, yo os arresto en el nombre del rey. Ya habéis oído, en el nombre de Su Majestad. Os ordeno que me asistáis en la captura de este salteador de caminos. Doscientas libras por su cabeza.

—¡Doscientos diablos! —exclamó Turpin con una sonrisa de desdén—. Id a buscar a vuestra madre y a vuestra hermana en esa cripta, mayor Mowbray. Allí encontraréis trabajo más que suficiente.

Tras decir estas palabras, hizo recular unos pasos a Bess; luego, golpeó profundamente con sus talones en los costados de la yegua, y, como podrán adivinar nuestros lectores, cargó y saltó sobre la parte más baja de las ruinosas paredes del priorato. La hazaña fue realizada sin aparente esfuerzo por su admirable y sin par jaca.

—¡Por todos los santos! —exclamó Titus—. Nos ha dado el esquinazo después de todo. Y justo cuando pensábamos que ya le habíamos echado el guante. Porque ese muro debe ser más alto que una puerta de cinco barras o que cualquier cerca de piedra de mi país. Es el más extraordinario brinco que han visto mis ojos.

—Este tipo tiene al diablo en el cuerpo o en su yegua —respondió Coates—, pero si se me escapa esta vez, lo olvidaré. Sé adónde se dirige, va a Londres con mi letra de cambio. Lo atraparé. Le seguiré el rastro como un sabueso, lento y seguro, igual que mi padre, que era un cazador de ladrones, solía seguir las pistas. Recordad la fábula de la tortuga y la liebre. La carrera no es siempre tan rápida. ¿Qué decís? Es una prueba de quinientas libras. No, de cinco mil. Porque también hay una partida de matrimonio en el camino... ¡Una espléndida y dorada ocasión! Iríamos a mitades si ganamos. ¿Os apetece venir a Londres, señor Tyrconnell? ¡Vámonos ya!

—De todo corazón —replicó Titus—, estoy con vos.

Y este *par nobile*^[63] se marchó de batida.

Ranulph, mientras tanto, entró en la cripta. El suelo era resbaladizo y casi se había caído. En sus oídos resonaron altos y profundos lamentos, además de un sonido quejumbroso, como ultraterreno. Una luz en la más recóndita extremidad del recinto atrajo su atención. Estaba pleno de terribles presentimientos, pero la peor de las realidades no es más terrible que la angustia. Avanzó hacia la luz, pasó tras los grandes pilares y ahí, bajo la luz cruda de la antorcha, descubrió dos figuras femeninas. Una era una vieja vestida de manera caprichosa, que se retorció las manos y se lamentaba y aullaba en quebrados, discordantes y patéticos tonos. La otra era la señora Mowbray. Ambas eran ejemplos de desesperanza. Ante ellas yacía un cuerpo inanimado. Él no se ocupó de la vieja, sino de la señora Mowbray, fue entonces cuando vio el objeto de su espanto: era el cuerpo sin vida de una mujer. La luz caía de manera confusa sobre su rostro. No podía discernir sus facciones pero el velo que la cubría era el de Eleanor. No hizo más preguntas.

—¡Mi querida Eleanor! —gritó violentamente y se acercó a ella.

La señora Mowbray se sobresaltó con su voz, pero aparentaba estar ausente y desvalida.

—Está muerta —dijo Ranulph, inclinado sobre el cuerpo—, muerta... ¡Muerta!

—Sí —repitió la vieja con acentos igual de angustiosos—, ¡muerta!

—Pero ésta *no* es Eleanor —exclamó al ver más de cerca sus facciones—. Su cara, pese a que es muy bella, no es la suya. Su cabello es negro, los rizos que caen por sus mejillas son del mismo color, acaba de morir. Sus manos aún están calientes. Los dedos se pliegan.

—Sí, está muerta —dijo la vieja con la voz quebrada—, la han asesinado.

—¿Quién la ha matado? —preguntó Ranulph.

—Yo... Yo... Su madre la ha matado.

—¿Vos? —exclamó Ranulph transportado de horror—. ¿Y dónde está Eleanor? —preguntó—. ¿No estaba ella aquí?

—¡Ojalá estuviese aquí, aunque fuera en el estado de esta pobre doncella! —se quejó la señora Mowbray—. Mejor eso que estar donde ahora se halla.

—¿Dónde está? —preguntó Ranulph con un ansia frenética.

—Voló, no sé adónde.

—¿Con quién?

—Con *sir* Luke Rookwood... con Alan Rookwood. Ellos la trajeron aquí. Ranulph, has llegado demasiado tarde.

—¡Se ha marchado! —gritó Ranulph, que se alzó con orgullo sobre sus pies—. ¿Cómo escaparon? No parece que haya otra entrada en esta cripta. Buscaré en cada grieta y en cada saliente.

—Es en vano —replicó la señora Mowbray—, hay otra salida a través de esa celda, escaparon por ese pasadizo.

—Sí, es bien cierto —dijo Ranulph, que voló a examinar la celda—. ¿Y sabéis adónde conduce esto?

—La piedra rodó en la entrada y resistió mis esfuerzos, no pude seguirlos.

—¡Qué tormento! ¡La he perdido para siempre! —exclamó Ranulph con amargura.

—¡No! —respondió Barbara que se agarraba de su brazo—. Confiad en mí y yo os la devolveré.

—¡Vos! —se asombró Ranulph.

—Hasta yo —respondió Barbara— puedo enmendar vuestros yerros... y Sybil será vengada.

LIBRO 4

LA CABALGADA A YORK

*¡Un viva pues, muchachos! Lanzad un fuerte viva
por la yegua más galana, más fiel y veloz
cuya memoria siempre mantendremos con vida,
¡por Black Bess, el corcel perfecto del salteador!*

RICHARD TURPIN

Capítulo 1

Cita en Kilburn

El actual suburbio al noroeste de la capital llamado Kilburn apenas había llegado a nacer hace un siglo, y un antiguo mesón, junto con unas granjas aisladas, eran las únicas viviendas que se podían encontrar en lo que hoy es un lugar populoso. El lugar de esparcimiento para el *cockney*^[64] amante del campo en 1737 era una casa de aspecto acomodado del viejo y buen molde, con grandes miradores acristalados y una galería en el frente que albergaba el letrero con el rostro jovial del alegre caballero Jack Falstaff. Sombreado por un amplio olmo, un banco circular rodeaba el añoso tronco del árbol, que era lo suficientemente tentador para que el paseante de aquellos caminos polvorientos descansara, se sintiera reconfortado y pidiera *otra* jarra de un barril espumeante de la mejor cerveza obtenida dentro de lo que alcanzan los repiques de las campanas de Bow.

Sobre una mesa, tan verde como el acebo y la alheña que formaban las paredes del cenador en el que estaba situada, había un gran cuenco de porcelana china, uno de esos monumentos leviatanescos de la cacharrería antigua que a veces columbramos encaramados (y volteados, como prenda de su falta de uso) en lo alto de un gabinete de laca, pero que apenas, si es que alguna vez lo consigue, encuentra su lugar apropiado en los anaqueles patrios. Todos los componentes de una fiesta se hallaban a mano: caramillos y vasos holandeses estaban desparramados por la mesa. El perfume sutil pero insistente de piña y limón exhalaba fuera del cuenco y se mezclaba con el aroma de un vecino lecho de reseda y el olor subyugante del tabaco, que formaban una atmósfera delectable de dulzura que uno puede aspirar en una tarde blanda de agosto. Así, al menos, pensaban los inquilinos del cenador, que no se conformaban con la satisfacción de sólo uno de sus sentidos. Los contenidos ambrosíacos del cuenco de porcelana china demostraban que eran tan deliciosos al paladar como su buqué era gratificante al olfato. Mientras, la vista se deleitaba sobre el suave césped del campo de bolos que se extendía justo delante del cenador, o reposaba en los ondulantes y gentiles prados que acababan a varias millas de distancia en las boscosas alturas de Hampstead, con su corona de chapiteles.

A la izquierda de la mesa se sentaba o, mejor dicho, se reclinaba un esbelto y elegante joven, de ojos oscuros, grandes y lánguidos, complexión cetrina y unos rasgos que transmitían esa expresión peculiar y pensativa de la disipación, la cual, lamentamos confesarlo, resulta a veces más atractiva de lo que debería a los ojos del bello sexo. Vestido con un ligero traje de montar de verano, confeccionado de acuerdo con la moda del momento, de materiales sencillos y nada pretenciosos, más negligente que atildado, tenía, en resumidas cuentas, el aire de un perfecto caballero.

Había además una ausencia de toda ostentación en él que se combinaba con un aparente dominio de sí mismo, lo que contrastaba forzosamente con la vulgar apostura de sus llamativos compañeros. La figura del joven era delgada hasta la fragilidad y daba pocas pistas acerca de la fuerte naturaleza que en realidad albergaba. Este galán no era sino el distinguido personaje Tom King, un notorio salteador de caminos de su época, que obtuvo, por su apariencia y galantería, el *sobriquet* de «El Bandido Galante».

Tom fue, además, un tipo estupendo en sus días; su carrera breve, pero brillante. Los grandes meteoros son siempre efímeros. Era el benjamín de una buena familia, con noble sangre en las venas pero ni un chelín en sus bolsillos. Como dice la vieja canción:

*Cuando llegó a hacerse un hombre,
ése era todo el estado que tenía*^[65].

Y ése fue todo el patrimonio del que iba a gozar. Aunque él no disponía de rentas, logró vivir como si las minas del Perú, es un decir, estuvieran bajo su control, milagro que no sólo se reducía a su persona. Para ser un hombre sin dinero, gustaba de hábitos más bien costosos. Mantenía tres caballos y, si su fama no miente, tres amantes. Si damos crédito a ciertas crónicas escandalosas a las que hemos tenido acceso, fue durante algún tiempo el amante favorito de una célebre actriz que, durante un tiempo, le proporcionó los medios de mantener su vistoso tren de vida. Pero este tipo de cosas no se sostienen así por largo tiempo. Tom era un modelo de infidelidad y ese era el único defecto que su amante no podía soportar. Ella lo dejó en el momento mismo en el que recibió la noticia.

También, desafortunadamente, otras inclinaciones contribuyeron a complicar sus asuntos. Tenía afición por el turf, por jugar, y era bien conocido en las centenas de Drury y un habitual de Howell en las mesas de faraón. Fue la gloria de Smyra, D'Osyndar y otras casas de chocolate de la época. Y fue en este tiempo cuando él cayó en las garras de algunos diestros tahúres, los cuales primero le desplumaron para luego apadrinarlo. Bajo su tutela mejoró maravillosamente y encaminó su ingenio y su talento para algo de provecho. Comenzó a abrir los ojos, su ceguera de nueve días se acabó. Pero, a pesar de su rapidez, fue al final descubierto y expulsado de Howell de tal forma que ya no le quedaban alternativas. Tenía que desafiar a su adversario o marcharse. Optó por lo último y se echó a los caminos. En esta nueva especialidad fue eminentemente triunfador, ya que, por fortuna, no tenía escrúpulos de los que deshacerse. Tom disponía de lo que *sir* Walter Scott denominó con expresión feliz «una noción no diferenciada del *meum* y el *tuum*», y se volvió de la firme opinión de que todo aquello sobre lo que podía poner sus manos era un despojo justo y legítimo. Hasta aquellos a los que robaba afirmaban que les parecía el salteador de caminos más galante con el que habían tenido la fortuna de toparse y que esperaban volver a

tener esa suerte. Se volvió tan popular en los caminos que se consideraba una distinción el ser asaltado por él. Hizo su puntillo de honor el no atracar más que a caballeros y, el fantasma de Tom arremetería contra cualquiera que lo olvidase, damas. Su familiaridad con Turpin era singular y se originó en una disputa. Impresionado por su apariencia, Dick le mostró la pistola y le dijo que entregara la bolsa. Este último prorrumpió en una carcajada y seguidamente le dio cumplida explicación de quién era. Desde entonces se juramentaron hermandad, los Píldes y Orestes del camino real, y aunque apenas se les veía juntos en público cabalgaron más de una noche en alegre compañía.

Tom seguía manteniendo a sus tres amantes, su ayuda de cámara, su caballerizo y «gran cantidad de ropa para cambiar», dice su biógrafo, «con la que aparentaba más ser un lord que un salteador de caminos». ¿Y qué más, nos gustaría saber, necesita un lord? Pocos de sus benjamines pueden presumir tanto. Y es en su provecho principalmente, con una remota visión en el beneficio de la juventud desempleada de todas las profesiones, por lo que nosotros nos hemos demorado más de lo necesario en la historia de Tom King. Los caminos, no nos cansamos de repetirlo, siguen abiertos. Ahora hay más oportunidades que antes. Nosotros creemos plenamente que es su único medio de avanzar en la vida y, sin embargo, estamos escasos de bandoleros.

El caprichoso Tom se hospedaba en D'Osyndar y taconeaba descuidadamente sobre los escalones. ¡Ahí está! ¿No es un endiablado galán bien parecido, igual que un caballero? Jamás lo habríais tomado por un salteador de caminos si no fuese por nuestras informaciones. Un camarero apareció, la cena estaba encargada para las doce, con un pollo asado y una botella de borgoña. Su mozo de cuadra le trajo las jacas a la puerta y montó en una de ellas. Era su costumbre cabalgar por las tardes, donde está menos sujeto a ser interrumpido^[66]. En los campos de Marylebone (hoy, Regent's Park) su caballerizo le dejó. Tenía una amante en la vecindad. Estaba fuera unas cuantas horas y retornaba alegre o disgustado según hubiera sido su suerte. Todo parece muy fácil. ¿Cómo es posible que no tengamos ahora Toms Kings?

Pero volvamos a cuando Tom estaba en el albergue. Si juzgamos por sus actitudes, parecía del todo indiferente a la presencia de sus compañeros, y apenas tomaba parte en la jarana. Daba la espalda a su inmediato vecino, el vaso brillaba intacto en una mano, mientras la otra, hermosamente blanca y pequeña, marca de su cuna y educación (*crede*^[67] Byron), que permanecía al borde de la mesa, mientras sus dedos finos y delicados, que demostraban bien a las claras sus facultades de adaptación (*crede* James Hardy Vaux^[68]), se empleaba en el uso de un mondadientes de plata. Por lo demás, parecía absorto en sus ensoñaciones y estaba, con toda probabilidad, entretenido en planear nuevas hazañas.

Cerca de King se sentaba nuestro viejo amigo Jerry Juniper, pero no el Jerry que vimos con los gitanos, sino un Jerry mucho más elegante. Jerry ya no era el caballero de «los tres sin», ya que la dificultad residía ahora en saber qué era lo que le faltaba.

Al igual que las serpientes se despojan de su piel, él se regocijaba con nuevas y brillantes galas. Lo suyo era un hábito que hacía al monje, incluso en los bolsillos. Su tejido era de la mejor calidad, los calzones de lo más elegantes. Alegres anillos brillaban en sus dedos y una tabaquera de cristal era objeto de sus hábiles atenciones. Un elegante y viejo reloj era de vez en cuando sacado de su hospedaje junto a un monstruoso manojito de sellos que colgaban de su pesada cadena. Adornaba sus puños con lazos y sus zapatos con hebillas, que se extendían casi hasta los confines de sus pies. Una muy espolvoreada peluca y una espada plateada complementaban la vestimenta del transmutado Jerry o, tal y como ahora se hacía llamar, del conde Albert Conyers. El hecho era que Jerry, tras el *fracas*^[69], temeroso de que la campaña pudiera ser demasiado caliente para él, abandonó las filas de la banda en compañía de Zoroaster y marcharon a la ciudad como mejor remedio a su situación. Un afortunado encuentro en el camino mejoró su condición y, como tenían alguna amistad con Tom King, fueron al albergue tradicional de la banda, D'Osyndar, y se alistaron bajo sus estandartes.

Tom los recibió con los brazos abiertos y les permitió usar sin límites su guardarropa, por lo que sólo les exigió como pago una pequeña ayuda. Tom tenía un gran golpe *in petto*, en cuya ejecución ellos podrían servirle de gran ayuda. Jerry era un griego por naturaleza y podía caer de pie como el mejor de ellos. Zoroaster era el hombre para dar el pego o, como también se dice, para dar gato por liebre. No había tres mejores patas para un banco. Venían al dedillo para los propósitos de Tom, que los recibió con cariño fraternal.

Ahora procederemos a reconocer al vecino que está situado frente a Jerry, que no era otro que el honorable, el gran hombre,

el Mago Zoroaster, ese gran nombre.

Si Juniper había cambiado, el Mago fue aún más caprichosamente metamorfoseado. Algunos rasgos de Jerry aún permanecían, pero no quedó ni un vestigio del original patriarca. Su atezada madre no habría reconocido a tal hijo. Esta alteración, sin embargo, no se debía únicamente al cambio de sus galas, también fue el resultado del castigo recibido en «lo» del priorato. No le quedó un rasgo en su sitio: su labio hinchado superó los precintos de su nariz, la cual se extendió hacia las mejillas, a la vez que estas, para no ser menos que los otros, se inflaron como un pastel de manzana bajo su único ojo, decimos único porque, ¡ay!, no podemos conjeturar sobre el otro, su fuente de luz diestra quedó profundamente oscurecida y, por lo tanto, el globo ocular que quedaba era como la luz sanguínea de un farol en medio de la niebla de Londres a mediodía.

Un parche negro decoraba su mejilla adornada con los colores del arco iris, otro adornaba su mentón. Después de que fuera desalojada una muela, la pipa tomó posesión del hueco. Sus vestimentas eran las de un practicante del noble arte del

boxeo, con un pañuelo alrededor del cuello, otro moteado cubría su cráneo y tapaba su ojo derecho, mientras que un gorro de castor tapaba el occipucio del Mago. Y pese a que, a primera vista, podría parecer que existía alguna incongruencia en la asociación de un tipo de un carácter tan curtido como el del patriarca con sus elegantes compañeros, el asombro del lector disminuirá pronto cuando se refleje lo que ningún distinguido agente de policía podría suponer que es un pasaporte para la más alta sociedad. Visto a esta luz, la familiaridad de Zoroaster con sus amistades de «buena familia» no sorprendía al viejo nariz de porra Simon Carr, propietario del «Falstaff», que era un hombre de cierto discernimiento en esta materia y sabía un par de cosas sobre el asunto. Pese a las llamativas apariencias en contrario, el Mago estaba a su gusto y ofrecía sus sacrificios como siempre en honor del dios del fuego. Su Mitra, o pipa, el símbolo de su fe, estaba siempre situada con mucho celo en sus labios, y ninguno de sus seis homónimos, ya fuera el caldeo, el bactriano, el persa, el panfílico, el proconesio o el babilonio, sea cual fuere el verdadero Zoroastro (*vid.* Bayle^[70]), respiró con más fervor en el altar del fuego que nuestro Mago al final de su boquilla. Su credo era dualista y creía en la coexistencia y relación mística entre los principios del bien y del mal. Su pipa era su Yezdan, o influencia benigna, y su bolsa vacía su Ahrimán, o demonio. No nos detendremos a examinar sus principios, no nos entrometemos con las opiniones religiosas de cada individuo, y dejamos al Mago en el disfrute de sus propias creencias, sean las que sean.

Sólo nos queda un huésped, al cual despacharemos rápidamente. El lector, suponemos, apenas necesitará que le digamos quién era el poseedor de esos ojos grises, de esas exuberantes patillas rojas y del airoso gabán azul. Era

*nuestro bravo compañero de las rutas,
el hábil oteador de caminos y setos.*

En dos palabras: ¡Dick Turpin!

Dick fue llamado para presidir la mesa y era un magnífico presidente, dedicado con toda aplicación a la correcta administración del cuenco de ponche. Ni un vaso quedó vacío un instante. Brindis, sentimiento y canciones anacreónticas se sucedían con leves intervalos. Pero sin discursos ni politiquerías. Dejó a la Iglesia y al Estado al cuidado de sí mismos. Cualesquiera que fuesen sus opiniones políticas, Dick nunca dejó que interfirieran en sus placeres. Su máxima era aprovechar al máximo el momento efímero, olvidó el *dum vivimus vivamus*^[71], medida precautoria cuya adopción recomendaba a todo caballero de su oficio o de cualquier otra profesión arriesgada.

A pesar de todos los esfuerzos de Dick para promover el espíritu del convivio, secundados por la excelente bebida, la conversación, de alguna forma, empezó a decaer; de ser general, pasó a particular. Tom King, que no era un gran aficionado al

ponche, especialmente en esas horas del día, se engolfó en una profunda ensoñación, como a menudo les pasa a los tahúres. Mientras, el Mago, que había fumado tanto que se había amodorrado, echaba una cabezadita. Turpin aprovechó esta oportunidad para hablar un poco de negocios con Jerry Juniper o, como le gustaba que ahora le llamasen, el conde Conyers.

—Mi querido conde —dijo Dick en un tono bajo y confidencial—, ¿estáis al tanto de que ya he terminado mi negocio en la ciudad? Ya le he limpiado al abogado Coates los fondos del bolsillo, aquí están —continuó mientras le mostraba sus bolsillos— y hemos hecho la otra faena para Tom King. Con mil libras frescas en mis manos puedo dormirme en los laureles si quiero. Pero no me va la vida tranquila, tengo que estar en movimiento. Por lo tanto, me iré a Yorkshire esta noche.

—¿Tan pronto, pues? —dijo el *soi disant*^[72] conde en un tono lánguido.

—No hay nada que me detenga —respondió Dicky, para ser sincero, quiero saber cómo van las cosas con *sir* Luke Rookwood, lamentaría saber que estuvo en un aprieto porque yo no le pude asistir.

—Es cierto —respondió el conde—. Uno, en verdad, lamentaría un suceso así. Pero me temo que vuestra asistencia llegaría ya demasiado tarde. Todo estará más que decidido en este momento.

—Eso habrá que verlo —replicó Turpin—. Su caso no es de los mejores, eso está claro, pero no creo que sea irremediamente desesperado. Con todo su arrebató y su soberbia, me gusta ese tipo, y le ayudaré si está en mi mano hacerlo. Será una tarea difícil, pero creo que se puede lograr. Ese matrimonio subterráneo era una completa locura y resultó lo que es normal que suceda en semejantes botaratadas. ¡Pobre Sybil! Si tuviera que derramar una lágrima por alguien, sería por ella. No me la puedo quitar de la cabeza. Dame algo de rape. Tales hechos le acobardan a uno. Lo del cura es un asunto por completo diferente, si estranguló a su hija, el viejo Alan tenía derecho a tomarse la ley por su mano y estrangularlo a su vez. Yo hubiese hecho lo mismo. Y como era un jesuita que volvió al país, según tengo entendido, sin el permiso del rey, el asesinato del padre Checkley (porque así se le debe llamar, yo no evito los términos duros) no le será muy costoso a Alan. Y eso, además, nada tiene que ver con el caso de *sir* Luke, él no fue ni auxiliar ni ejecutante. Aparte de que todavía corre peligro, al menos por parte de *lady* Rookwood. El condado de York al completo debe estar sobre las armas en este momento.

—Entonces, ¿para qué ir allí? —preguntó el conde con cierta ironía—. Por mi parte, tengo la extraña manía de situarme lo más lejos que puedo de aquello que me puede hacer daño.

—A cada uno su gusto —replicó Turpin—. Me gusta enfrentarme al peligro. ¡Escapar! ¡Psché! Al final el enemigo siempre te encuentra.

—La verdad siempre se encuentra a medio camino —contestó el conde—, pero vos siempre acabáis en el extremo. ¿Qué hombre prudente va a tocarle las barbas al león en su leonera?

—Yo nunca he sido prudente —dijo sonriente Dick—, no tengo precauciones excesivas respecto a mi persona. Pase lo que pase, he de encontrar a ese Luke Rookwood y ofrecerle mi bolsa tal y como está, sobre todo ahora que está mejor herrada que de costumbre. Así será libre de actuar como quiera, porque tengo una cabeza que, aunque sea a veces muy imprudente, a menudo piensa mejor para otras que para sí misma.

—¡Espléndido! —exclamó el conde, con una sorna mal disimulada—. Espero que no hayáis olvidado que la partida de matrimonio que poseéis es perfectamente baladí ahora. Las haciendas, como vos sabéis...

—Ya no son de *sir* Luke. Ya sé adónde me queréis llevar, conde —respondió con frialdad Dick—, pero él necesita reclamar sus derechos al título y lo tendrá. Mientras fue *sir* Luke, con una renta de diez mil libras al año, yo negocié duro con él, hasta el último penique, pero ahora es un caballero de los caminos, debemos ayudarlo y darle la bienvenida.

—Puede que *lady* Rookwood o la señora Mowbray sean proclives a negociar —insinuó con malicia el conde—, el título puede valerle de algo a Ranulph.

—Le vale de más a Luke. Y de no ser así, es suyo. ¿Estáis satisfecho?

—Completamente —contestó el conde con afectada *bonhomie*^[73]—, y ahora deja que te cuente un secreto respecto a la señora Mowbray, del que puedes sacar algo para guiarte en este asunto. Si la palabra de una mujer merece crédito, pese a que yo individualmente puedo afirmar que sí, la hora del destino de *sir* Luke no se ha puesto del todo.

—Eso es exactamente lo que deseaba saber, mi querido amigo —dijo Turpin prontamente—. Ya me dijisteis que fuisteis testigo de una conversación a solas entre la señorita Mowbray y *sir* Luke a la salida del priorato. Si no os entiendo mal, todo el asunto gira en torno a eso. ¿Qué fue lo que sucedió? Dejadme conocer cada detalle, la historia completa y su misterio.

—La sabréis a vuestro gusto —dijo el conde— y espero que sea en vuestro provecho. Después de que abandoné la escena de la acción en el priorato y, tal y como deseabais, dejamos a los de Rookwood dueños del campo, huí con el resto hacia las rocas. Allí se había reunido durante un tiempo un breve consejo de guerra. Algunos querían retornar a la refriega, pero recibieron una negativa total y, al final, se acordó que aquellos que tuviesen esposas, hijas y hermanas deberían unírseles lo más pronto posible en la granja. Como yo carecía de cualquiera de esas atractivas ataduras, y sólo disponía de una problemática amante, que pensé que podría cuidar muy bien de sí misma, no me preocupé por seguirlos sino que me oculté más hondamente en el bosque y busqué mi propia escapatoria, guiado por el destino, supongo, hacia la cueva.

—¡La cueva! —exclamó Dick mientras se frotaba las manos—. Me encantan las cuevas. Tom King y yo compartimos una en Epping y volveré algún buen día a tener otra. Una cueva es tan propia en un salteador de caminos como un castillo lo es en un

barón. Por favor, seguid.

—La cueva de la que hablo —siguió el conde— apenas era usada, salvo en las grandes emergencias, por los de la banda del Escondrijo de la Abadía. Era una suerte de jaula de retiro para nuestra vieja leona Barbara y, como todo lo que le pertenecía, era respetado por sus acólitos. Sin embargo, la cueva era una de las mejores, bien oculta por matorrales y agradablemente iluminada por una rendija en la roca superior. Estaba cerca de la corriente del riachuelo, entre el bosque, justo sobre la cascada y de difícil acceso.

—Conozco algo de ese emplazamiento —dijo Turpin.

—Bueno —replicó el conde—, no perdamos tiempo. Me introduje en la espelunca y no esperaba encontrar a nadie. Imaginad mi sorpresa al encontrar que ya estaba ocupada y que *sir* Luke Rookwood, su abuelito el viejo Alan, la señorita Mowbray y lo peor de todo, la única persona a la que me hubiera gustado evitar, mi Handassah, constituían el grupo. La retirada en aquel momento me resultaba impracticable; afortunadamente ellos no se dieron cuenta de mi presencia y ya puse yo especial cuidado en no darme a conocer. Por lo tanto, me vi compelido a ser un oyente. No puedo decir qué es lo que pasó entre las partes antes de mi llegada, pero oí a la señorita Mowbray implorar a *sir* Luke que la condujera ante su madre. Él parecía a medias favorable a cumplir sus deseos, pero el viejo Alan meneó su cabeza.

»Entonces, Handassah —continuó el conde— tomó la palabra. La bribona estaba siempre lista para esas cosas. “No tengáis miedo —dijo ella— de que la chica se case con *sir* Ranulph. Entregadla a sus amigos, os lo ruego, *sir* Luke, y cortejadla con respeto. Ella os aceptará”. *Sir* Luke la miró incrédulo, y el agrio y viejo Alan sonrió. “Ella ha jurado ser vuestra —continuó Handassah—, lo ha jurado por la salvación de su alma y el juramento se selló con sangre”. “¿Dice ella la verdad?” —preguntó *sir* Luke, trémulo por la agitación—. La señorita Mowbray no contestó. “No lo negáis, señorita” —dijo Handassah—. “No” —contestó la señorita Mowbray con mucha angustia en sus maneras—. “Si me reclama, soy suya”. “Y yo te reclamo —dijo Alan Rookwood triunfante—. Él tiene vuestra promesa, da igual cómo se haya obtenido... Debéis cumplir vuestro voto”. “Estoy preparada para ello —dijo Eleanor—, pero si no me queréis destruir del todo, dejad que esta doncella me conduzca unto a mi madre, junto a mis amigos”. “¿Junto a Ranulph?” —preguntó *sir* Luke con amargura—. “No, no —replicó la señorita Mowbray con los tonos más desesperados—. No lo quiero volver a ver”. “Sea —dijo *sir* Luke—, pero recordad que bien me améis o bien me odiéis, sois mía. Reclamaré el cumplimiento de vuestra promesa. Adiós, Handassah os conducirá junto a vuestra madre”. La señorita Mowbray inclinó su cabeza pero no dio ninguna respuesta. Mientras, seguido por Alan, *sir* Luke se marchó de la caverna.

—¿Hacia dónde se fueron? —preguntó Turpin.

—No lo sé —contestó Jerry—, estaba a punto de ir tras ellos cuando me lo impidió la entrada en la cueva de otro grupo. Apenas se habían retirado los dos

Rookwood cuando se oyeron gritos fuera, y el joven Ranulph y el mayor Mowbray forzaron el paso, espada en mano, a la cueva. Esta situación era, sin duda, bastante placentera para la dama, pero mi cuello estaba en peligro. Sin embargo, sabéis que no estoy falto de fuerzas, y en la presente ocasión hice el mejor uso de mi agilidad con la que la naturaleza me ha dotado. Entre la alegre confusión de abrazos, sollozos y congratulaciones que siguió, logré, al igual que un gato montés, escalar por la pared rocosa de la cueva y esconderme tras un saliente de la roca. Apenas lo hube hecho aparecieron en la cueva la vieja Barbara seguida de la señora Mowbray y una docena más de personas.

—¡Barbara! —exclamó Dick—. ¿La hicieron prisionera?

—No —contestó Jerry—, la vieja gata endemoniada es demasiado lista como para eso. Ha traicionado a *sir* Luke y espera que ellos lo atrapen junto a su abuelito. Pero los pájaros han volado.

—Me alegra que haya salido a flote —dijo Dick—. ¿Se ha ido tras ellos?

—No lo puedo decir —contestó Jerry—, sólo podía aprehender indistintamente los sonidos de sus voces desde mi alto escondite. Antes de que abandonaran la caverna, escuché que la señora Mowbray había decidido ir a Rookwood y llevarse consigo a su hija. Una acción a la que esta puso reparos.

—A Rookwood —musitó Dick—. ¿Guardará su juramento?

—Eso es más de lo que puedo decir —dijo Jerry mientras sorbía su ponche.

—Desde luego, es el sexo artero —dijo Dick mientras se echaba al colete un trago—. Por una Sybil nos encontramos veinte Handassahs, ¿eh, conde?

—¿Veinte? Di mejor un ciento —replicó Jerry—. ¡Es el sexo vil!

Capítulo 2

Tom King

—Silencio, viles calumniadores —exclamó Tom King, que se levantó de su ensoñación con el mondadientes por estas injurias contra la mejor parte de la creación —. Silencio, digo. Nadie debe difamar al bello sexo ante los oídos de su paladín sin que este rompa una lanza en su pro. ¿Qué es lo que cualquiera de vosotros, que tratáis a las mujeres con tanto desdén, sabéis de ellas? Nada, menos que nada. Pero os aventuráis con vuestra mezquina experiencia a alzar vuestras voces para vergüenza del bello sexo. Yo las conozco, y puedo asegurar por mi propia experiencia que, como sexo, comparado con el masculino, la mujer es un ángel y el hombre, un demonio. Lo que hacemos con ellas lo hacemos con todo: nosotros, egoístas, descuidados, exigentes, les enseñamos indiferencia y luego nos lamentamos de su excelente aprendizaje. Nos arruinamos por nuestra propia mano y, luego, maldecimos a las cartas. No insultéis a las mujeres en mi presencia. Dadme un vaso de grog, Dick. ¡Por el bello sexo! ¡Tres hurras! Os cantaré una bella canción en contrapartida — dicho lo cual, con voz melodiosa y triste, empezó a cantar la siguiente:

PROMESA DE BANDOLERO

*Llenemos las copas en honor de las bellas hijas de Eva,
que prodigaron sus sonrisas a los valientes,
brindemos por las novias de Dudley, Hind, Wilmot y Waters^[74],
cualquiera que fuera su especial encanto,
¡prometed a cada doncella de amable corazón brindar un trago!
Por aquellas cuyos ojos se nublaron,
al pie del patíbulo, de dolor abrumadas,
lamentando la suerte del galante Du Val.*

*Sensibles, nos detendremos con cariño,
como el amante que se dirige a su amada,
y les imploraremos su gracia.
Los labios rosados han probado ser más agradables
que la más plena de las carteras,
unos ojos brillantes han ahorrado un brillante anillo
mientras que otro beso ha obtenido un reloj
y un abalorio como un favor... la cadena favorita.*

*Con nuestros corazones así saqueados, cada bolsillo vaciamos,
y la llama pura de la caballería ilumina nuestros corazones.
Arriesgar la vida por complacer a una dama es una bagatela
y cada bolsa como un trofeo atestigua nuestro homenaje.
Entonces, pues, alzad vuestros vasos por todas las mujeres de corazón,
nunca vejéis su recuerdo con cifras ni nombres,
nuestro brindis, chicos, comprende a cada mujer de mérito
y por miedo a las omisiones, brindamos por todo el bello sexo.*

—Bien —respondió Dick mientras llenaba el vaso de King y se reía de su ingeniosa canción—, no puedo rechazar tu brindis, pese a que mi corazón no concuerda con tus sentimientos. ¡Ah, Tom! El sexo que tú elogias me temo que ha hecho mucho por perderte. Haz lo que quieras, pero que me condene si alguna vez me enredo con unas enaguas. Eso sería como olvidar las cuatro precauciones.

—¿Las cuatro precauciones? ¿Qué son? —dijo King.

—¿Nunca has oído hablar de ellas? —replicó Dick—. Atiende e ilústrate.

LAS CUATRO PRECAUCIONES

*Cuatro precauciones has de guardar,
hazlo si quieres cumplir los sesenta.
Si estos cuidados sabes observar,
tus días sumarás en larga cuenta.*

*Cuidado con la pistola,
no la cargues frente a ti.
La pistola, ¡ay!, la pistola
no la tengas frente a ti.*

*Cuidado con el caballo,
segunda precaución.
El caballo, ¡sí!, el caballo
que no tenga un tropezón.*

*Cuando por el parque trotes
y cortejes a una dama,
¡el coche, señor! ¡El coche
dentro a su marido guarda!*

*Cuidado con las sotanas,
santas, solemnes y graves.*

*¡Sotanas, ay, sotanas!
El negro es color de gafes.*

—Bueno —dijo Tom King—, todo lo que podáis decir o cantar no alterará mi buena opinión de las mujeres. No es un secreto que tengo a una mujer en mi corazón, que me podría haber vendido en más de una oportunidad si se lo hubiera propuesto, pero mi dulce Sue no es tan tirada como para hacerme eso.

—Aún no es tarde —dijo Dick—, tu Dalila aún te puede entregar a los filisteos.

—Entonces, habré caído por una buena causa —dijo King—, pero

*el árbol de Tyburn
no me asusta,
que los mejores se balanceen,
yo soy libre.*

»Iré al matadero cuando te conviertas en un ciudadano decente, Dick Turpin. Mi suerte está echada desde que nací y las estrellas pronostican que moriré a manos de mi mejor amigo, y ese eres tú, ¿eh, Dick?

—Así parece —replicó Turpin—, pero te advierto que no te hagas muy íntimo de Jack Ketch^[75]. Él acabará por ser tu mejor amigo, después de todo.

—A fe mía que puede ser verdad —se rió Kingy, si he de volver a caballo a Holborn Hill, lo haré con gran estilo y el honesto Jack Ketch no faltará a sus obligaciones. Un hombre debe morir jugando. Nadie sabe cuándo nos llegará el turno, pero sea cuando sea, yo nunca retrocederé ante ella.

*Igual que el ave que confiada gorjea,
también son felices los salteadores;
sus muertes son breves, pero mejores,
pues no padecen agonías lentas,
basta con un salto bajo la cuerda.*

»Como dice la canción que tanto te gusta, cuando muera, no será de consunción. Y si la hoja del cirujano me toca, será después de muerto. Hay bastante consuelo en este pensamiento.

—Cierto —replicó Turpin—, y con una leve alteración, mi canción podría continuar así la tuya:

*Ningún soberano habrá
como Tom Kin de jovial.
Su imperio son las mujeres,*

*pues su amor le pertenece.
Y si le dejan en paz,
largo tiempo reinará.*

—¡Ja, ja! —se rió Tom—. Y ahora, Dick, para cambiar de tema, por lo que he oído, te irás a Yorkshire esta noche. Por mi alma que eres un tipo estupendo, ¡una coartada con piernas! Aquí y en todas partes al mismo tiempo, no es de extrañar que te llamen el bandolero volante. Hoy en la ciudad, mañana en York, pasado en Chester. Sólo el diablo sabe dónde sentarás tus reales dentro de una semana. Hay rumores sobre ti en todos los condados al mismo tiempo: este hombre jura que le robaste en Hounslow, el otro dice que en la llanura de Salisbury, mientras que el de más allá dice que monopolizas el Cheshire y Yorkshire. Y que no es seguro ni siquiera salir a cazar sin algunas monedas en el bolsillo. He oído algunas historias endiabladamente buenas sobre ti en la posada de D’Osyndar el otro día. El tío que me lo contó no sospechaba que era tu hermano de armas.

—Me halagas —dijo Dick con una sonrisa de complacencia—, pero no es mérito mío. Sólo Black Bess me permite hacerlo y todo el honor es suyo. Ya que hablas de que parece que estoy en todos los sitios a la vez, te contaré lo que ella hizo por mí en Cheshire. Pero antes, un brindis por la mejor yegua de Inglaterra, no podéis rehusarlo, Tom. ¡Ah! Si tu novia te es tan fiel como mi yegua a mí, puedes olvidarte de la corbata de cáñamo y desafiar a tu mejor amigo a que te haga daño. ¡Black Bess y que Dios la proteja! Y ahora, a cantar.

Dicho lo cual, y muy emocionado, Dick comenzó a cantar los siguientes versos:

BLACK BESS

*El amante siempre canta
con dulces y castos versos
los encantos de su amada.
Los míos son de un rudo estro,
escritos con mano alada,
que expresan lo que yo siento
por Bess, mi ángel de la guarda.
Su madre era de Occidente
y heredó su rapidez.
Su padre vino de Oriente
y heredó su intrepidez.
Con tan nobles ascendientes
no hay duque, conde o marqués
que la mire displicente.
¡Ved cómo brillan sus ojos!*

*¡Qué fulgor tan excitante!
El cuello altivo, orgulloso,
la crin es amplia y flotante,
trenzas de un negro sedoso
le caen con gesto elegante,
patricio, coqueto y airoso.
Su piel es de terciopelo
y como la noche de oscura.
Todo su pelaje es negro
sin cabos que lo desluzcan,
desde la cola hasta el cuello.
Nadie a Black Bess asusta
ni humilla su orgullo fiero.
En el campo y en los caminos,
bajo el sol y la tormenta,
hemos cabalgado unidos,
comido la misma cena
y en el suelo hemos dormido
igual que una fiel pareja.
No hay bajo la luna y el sol
quien la pueda superar;
Bess no conoce el temor;
y nadie la hace parar.
¿Quién me puede mostrar
otro caballo mejor?*

—¡Demonios! Por supuesto que no —exclamó King—. Eres tan sentimental respecto a tu yegua como yo cuando pienso en mi querida Susan. Pero perdona mi interrupción, por favor, continúa.

—Deja que aclare primero mi garganta —respondió Dick—, y luego continuará.

*Una vez, cerca de Dunham,
a un jinete asalté,
me esforcé por alcanzarlo
y lo hice con rapidez;
también sus grandes bolsillos
con gran prisa aligeré
pues muy rápido trabajo
cuando cabalgo con Bess.
El hombre supo quién era:
«Por esto te colgaré,*

puedes jurarlo, Dick Turpin».
Su fea amenaza ignoré,
mi coartada era segura
si montaba a mi Black Bess.
En aquel hondo barranco^[76],
a mi victima dejé,
en la espesura me hundí
y con mi espuela piqué
(de haberlo hecho me arrepiento)
el flanco de mi Black Bess.
Entre campos y praderas
como el viento cabalgué
y tal como vuela el grajo
el camino así tomé,
y en sólo cinco minutos
en Hough Green me presenté.
Mi pellejo está a salvo
por montar a mi Black Bess.
Allí troté descuidado,
todos me pudieron ver,
con los curiosos granjeros
sobre mi caballo hablé,
mas de su veloz carrera
como un mudo me callé.
Entonces dieron las cuatro,
de mi caballo bajé
y una partida de bolos
con los hidalgos jugué.
Cuando llegaba mi turno
le dio por aparecer
al jinete solitario.
Reconoció a mi Bess
y a mí me denunció.
Dijo que yo le asalté
a las cuatro de la tarde,
y yo entonces juré
que yo en Hough Green estaba.
Muchos testigos junté
que juraban eso mismo,
todo gracias a mi Bess.
Y, ahora, un viva alto y alegre

*por la valiente y la fiel,
por la más rápida yegua,
por el más bello corcel
que nunca Inglaterra vio:
la hermosa y linda Black Bess.*

Sonoras aclamaciones recompensaron la actuación de Dick. Despierto de su cabezadita, Zoroaster llevó el ritmo de la melodía. La única cosa, según Jerry, que él era capaz de golpear en su actual y descompuesto estado. Después de una pequeña serie de fuegos, el Mago decidió animar a sus compañeros con una balada que ejecutó de una forma algo beoda.

LA DOBLE CRUZ

*Siempre hay rumores de peleas amañadas
y de ciertas ganancias obtenidas por perder;
pero esta historia es nueva
pues trata de cómo dos hombres perdieron
aunque las apuestas ya estaban cruzadas,
jugaron como demonios por el parné
pues contra todas las reglas pecaban
cuando ninguno de los dos podía ganar.
Ri, tol, lol.*

*Dos molineros bien espabilados
fueron a luchar por una recompensa,
pero entretanto ambos decidieron amañar la pelea.
Pronto fue cada jaque a la lucha
para hacer que pareciese una pelea enconada,
se sacudieron con habilidad y se cruzaron apuestas,
que eran de seis a cuatro, pero nadie las tomaba.
Ri, tol, lol.*

*Muy cautamente empezaron a molerse
porque ninguno sabía cuál era el plan del otro,
cada cual estaba completamente a oscuras
de cual sería el objetivo de su rival.
Decidieron no moverse en demasía,
ni tampoco devolver los golpes en la misma medida,
así cada uno al otro escrutaba
un poco se daban y mucho se esquivaban.
Ri, tol, lol.*

Con las manos alzadas, Tom dobló su espinazo,

*como si fuese a dar un duro gancho.
El vil Jem, con una parada de la mano izquierda,
amenazó a Tommy con un crochet.
«¡Mi ojo!, no es clarete lo que fluye».
No sonaban los golpes, no había puñetazos,
pasaron cinco minutos sin un quantazo,
¿cómo podía acabar eso, compadres? Esperad un poco.
Ri, tol, lol.
Cada tío fingía con doble intención,
para agrandar a sus apostantes y para engañarlos,
cuando, afortunadamente para Jem un puño
fue puesto delante de sus narices
y se desplomó, atontado,
cuando el tiempo se había acabado.
En vano se contaron los segundos,
la pelea acabó y el defraudador fue defraudado.
El perdedor ganó y el vencedor perdió.
Ri, tol, lol.*

El grupo adoptó una vez más un aire alegre y los vasos circularon muy libremente, tanto que una última provisión dejó el cuenco vacío de su contenido.

—Los mejores amigos deben marchar —dijo Dick—, y me gustaría encargarme de otra carga de ponche, pero creo que todos hemos tenido lo bastante para estar satisfechos al igual que tus boxeadores, Zory. Tu único ojo ya ha soltado una lágrima, viejo amigo. Y, a decir verdad, ya no puedo perder un momento antes de montar en mi silla, pues tengo una larga cabalgada ante mí. Y ahora, amigo Jerry, antes de que me vaya, supongo que nos obsequiarás con alguna de tus alegres coplillas, no hemos oído tu flauta hoy, y jamás ningún tiparraco como nosotros podrá cantar tan bien como tú. ¡Una canción! ¡Una canción!

—Sí, una canción —reiteraron King y el Mago.

—Me hacéis un gran honor, caballeros —dijo Jerry, tomando con modestia un poco de rapé—, estoy seguro de que será muy alegre. Mis canciones son todas de ese tipo. Permitidme un momento... ¡Ejem!

Y, tras aclarar su voz, procedió a emitir sus gorjeos.

EL GRIEGO MODERNO

*(no ha sido traducido del rumí)
Vengan, caballeros, vengan y hagan juego.
Mirad, la bola está rodando,
y bailan los colores: blanco, rojo y negro.*

*Une, deux, cinq, está empezando,
hagan juego, pues,
elijan un color,
mientras la bola va rodando.*

*Con prestidigitación mi bola caerá
donde la cubra mi cómplice.
Cargaré mi pieza y pronto diré
¡vengan y hagan juego!
Entonces, ratatá,
mi bola se parará.
El negro, no el rojo, ganara.*

*En la alegre ruleta nunca se vio
una lanceta como la mía para sangrar
Nunca se me ha pillado y nadie me detuvo
en las otras ocasiones
Para estar siempre alerta
nunca muevo
un penique hasta que lo tengo seguro.*

*El garfio ciego ve lo bien que exprimo
las bien amañadas cartas y las barajo.
Ecarté, whist, nunca pierdo de vista
la señal en las cartas cuando se pliegan,
rey o joker;
yo hago lo mismo,
reparto los triunfos con la vara del crupier.*

*Jugando a la francesa llevo la mano
nunca fue tan bueno un corte.
La banca cambiará de dueño,
sept, quatre, trois...
¡Las apuestas son fuertes!
Diez manos fueron mías, compadres.
Al Rouge et Noir que la élite corea,
no tengo escrúpulos en despojarles.
Un golpe glorioso hará mis tareas
cuando ellos tratan de las señales,
trente-un-après,
nunca estorba en mi camino,
el juego es divino, compadres.*

*En los billares hago mis apuestas,
señalo y gano la jugada, compadres,
pierdo mi taco mi suerte también,
pero a mi rival le daré una paliza, compadres,
ese golpe de taco
nunca lo he perdido.*

*La partida parece trabada,
este truco, sabéis, está hecho, compadres,
pero ahora estad alegres, yo os mostraré mi juego,
¡hurra! ¡He ganado, compadres!
No hay mano más ágil,
no hay muñeca como la mía,
no rechazo apuestas, compadres.*

*Entonces haced vuestras apuestas,
las admito todas,
peleas de gallos, whist, lo que gustéis,
llenad bien vuestros cofres,
así: ratatá,
yo paro mi bola,
hablo para todas las bolsas, compadres.*

*Cajas selladas, todo está bien y en orden,
las bolas cargadas excluyo,
en las cuarenta un as está de más
el deuce de un dado cargado.
Hagan juego,
elegid vuestro color;
el éxito espera al griego, compañeros.*

—¡Bravo, Jerry, bravísimo! —corcó la compañía.

—Y ahora, compadres, ¡adiós!... Un largo adiós —dijo Dick con una entonación de actor que hace mutis—. Como dije antes, los mejores amigos deben separarse. Puede que pronto nos volvamos a encontrar o que nos separemos para siempre, no tenemos poder sobre nuestra fortuna, pero podemos aprovechar al máximo la que nos cae en suerte. Tenéis vuestro juego, yo tengo el mío. Ojalá nos podamos encontrar con el éxito que merecemos.

—¡Hombre, no! —dijo King—, me temo que de ser así la suerte obraría en nuestra contra.

—Bueno, entonces te pronosticaré el éxito, si lo prefieres —replicó Dick—. Sólo

os debo señalar otra cosa: debo de insistir sobre Sam en la presente ocasión. Ni una palabra. No quiero oír ni una sílaba. Posadero. ¡Eh! —dijo Dick mientras entraba en el mesón—. Aquí, viejo almirante, ¿cuánto se debe? ¡La cuenta!

—Aquí la tenéis, señor —dijo el mesonero del Falstaff.

—Preparad mi caballo... la yegua negra —añadió Dick.

—Y el mío —dijo King—, el potro alazán. Cabalgaré contigo durante una milla o dos, Dick, quizá podamos hablar de algunas cosas.

—Muy bien.

—Nos encontraremos a las doce en D'Osyndar, Jerry —dijo King—, si Dios quiere.

—De acuerdo —respondió Juniper.

—¿Qué te parece si en el entretanto echamos una partida de bolos? —dijo el Mago mientras tomaba la eterna pipa de sus labios.

Jerry inclinó la cabeza en señal de aquiescencia, y mientras ellos iban en busca de los instrumentos del juego, Turpin y King deambulaban por el prado.

Era una tarde deliciosa, el sol declinaba con morosidad y brillaba como una bola de fuego entre el denso follaje de un olmo próximo. Si, al igual que el ladrón Moor, Tom King estaba emocionado por el glorioso crepúsculo, no lo podemos saber. Es cierto que una sombra de inefable melancolía se dibujaba en sus elegantes facciones mientras miraba en dirección a Harrow-on-the-Hill, que, situada al oeste de la pradera sobre la que paseaban, se alzaba con su puntiagudo chapitel y su airoso colegio contra el cielo rojizo. No hablaba. Pero Dick se dio cuenta de su emoción transitoria.

—¿Qué es lo que te inquieta, Tom? —le preguntó con gran delicadeza—. ¿No te encuentras bien, compañero?

—Estoy bastante bien —dijo King—. No sé qué es lo que me pasó, pero al ver Harrow me acordé de mis días de escolar y lo que yo era entonces. Esa brillante perspectiva me devolvió a los días de mi infancia.

—¡Bah! ¡Bah! —dijo Dick—. Eso es completamente inútil, tú ahora eres un hombre.

—Ya lo sé —respondió Tom—, pero he sido un niño. Si tuviese alguna fe en los presentimientos, te diría que este es el último crepúsculo que verán mis ojos.

—Aquí viene nuestro posadero —dijo Dick sonriente—. No tengo el presentimiento de que ésta sea la última factura que voy a pagar.

La cuenta se entregó y se acordó. Cuando Turpin la pagaba, la conducta del hombre le pareció rara, y eso le volvió suspicaz.

—¿Están listos nuestros caballos? —le preguntó Dick con presteza.

—Lo están, señor —respondió el posadero.

—¡Vámonos! —le susurró Dick a King—, no me gustan las actitudes de este individuo. Creo que he oído un carruaje llegar justo ahora a la puerta de la posada. Puede ser peligroso. ¡Huyamos! —les dijo al Mago y a Jerry—. Ahora, señor —le dijo al posadero—, mostradnos la salida. Mantente alerta, Tom.

La señal de Dick fue apreciada por los dos jugadores de bolos, observaron a sus camaradas y estuvieron atentos a cualquier señal de alarma.

Capítulo 4

Una sorpresa

Mientras Turpin y King caminan por el campo de bolos, veremos qué es lo que ocurre fuera de la posada. Los presentimientos de peligro de Tom no eran, por lo que parecía, sin fundamento. Apenas había traído el mozo los dos corceles a los bandidos, cuando un postillón, escoltado por dos o tres jinetes, se encaminó con furia hacia la puerta. La única ocupante del coche era una dama cuya esbelta y elegante figura apenas se podía distinguir y cuya faz estaba cubierta por un velo. El amo de la posada, que estaba ocupado en establecer la cuenta de Turpin, acudió a los requerimientos que se le hacían. Intercambió unas palabras con los jinetes, lo que hizo que se abatiera la compostura del mesonero. Se apostó en la dirección del jardín y los jinetes desmontaron de inmediato.

—Seguro que ahora lo tenemos —dijo uno de ellos, un hombre muy chiquito, que se parecía con sus botas a Buckle equipado para los Oaks.

—¡Por todos los demonios! Empiezo a creérmelo —replicó el otro jinete—, pero no lo echemos todo a perder por ser demasiado precipitados, señor Coates.

—No tengáis miedo, señor Tyrconnell —dijo Coates, ya que se trataba del galante procurador—; es seguro que vendrá a por su yegua, la trampa es infalible para cazarlo, ¿verdad, señor Paterson? Con el alguacil mayor de Westminster respaldándonos, el diablo dirá si no somos rivales para él.

—Y para Tom King también —replicó el alguacil mayor—, desde que le delató su querida, el juego se acabó para él. Hace tiempo que le hemos echado el ojo y ahora le pondremos la mano encima. Es como una de esas truchas a las que hay que darles mucho sedal para que se las pueda atrapar. Si los caballeros se encargan de Dick Turpin, yo me aseguraré de capturar a Tom.

—Preferiría que nos ayudaraís, señor Paterson —dijo Coates—; no os preocupéis por Tom King, luego habrá tiempo de ir a por él.

—Nada de eso —dijo Paterson—, tanto pesan el uno como el otro. Yo tomo a Tom para mí. Seguro que con la ayuda del camarero y el dueño se podrán hacer cargo de Turpin.

—No sé bien si se trata de un hombre o de un diablo con quien nos las tenemos que ver —dijo Coates meditabundo.

—Hacedlo con calma —dijo Paterson—. Conduce la silla fuera del camino, pon nuestros jacos en aquel lado y los suyos cerca de la puerta, mozo. ¿Le podéis ver, *madame*, desde donde estáis? —le preguntó el alguacil mayor mientras se dirigía hacia el carruaje y se llevaba la mano al sombrero. Después de recibir una satisfactoria inclinación de bonete y velo, se volvió a reunir con sus compañeros—. Y

ahora, caballeros —añadió—, apartémonos un poco. No usen las armas de fuego antes de tiempo.

Como si fuera consciente de lo que pasaba cerca de ella y del peligro que aguardaba a su amo, Black Bess parecía muy impaciente y se revolvía con tal violencia que sólo tras muchas dificultades pudo el mozo de cuadra sujetarla.

—Esta yegua tiene el demonio dentro ¿Qué es lo que le pasa? Estaba muy tranquila hace poco. ¡Sooo! ¡Tranquila! ¡Quieta!

Turpin y King, mientras tanto, caminaban con rapidez a través de la casa, precedidos por el mesonero, que los conducía no sin alguna turbación hacia la puerta. Llegados allí subieron con agilidad a sus monturas. Dick estaba sobre la silla en un instante, y al marcar con sus cascos la pierna del mozo, Black Bess obligó al hombre, que aullaba de dolor, a soltar sus manos de las riendas. Tom King no tuvo la misma fortuna; antes de que pudiera montar en su caballo se oyó un grito que asustó al animal y le hizo tomarse, por lo que Tom perdió su pie del estribo y cayó al suelo. Fue agarrado inmediatamente por Paterson, y Tom trató de forcejear y de apoderarse en vano de su pistola.

—Dispara, Dick. Dispárale o soy preso —gritó King—. ¡Fuego! ¡Maldito seas! ¿Por qué no disparas? —aulló desesperado, mientras luchaba con vehemencia contra Paterson, que era un hombre muy fuerte y demasiado rival para alguien tan ligero de peso como King.

—¡No puedo! —gritó Dick—. Te daré si disparo.

—¡Tienes que correr el riesgo! —le instó King—. ¿Es ésa tu amistad?

Requerido de esa manera, Turpin disparó, la bala desgarró la manga de la casaca de Paterson, pero no lo hirió.

—¡Otra vez! —gritó King—. Te digo que dispires, ¿es que no me oyes? ¡Dispara otra vez!

Acosado por enemigos en todas partes, pues él también era blanco de los disparos de Coates y Tyrconnell, que se montaban ahora sobre sus caballos para ir a capturarlo, era imposible que Turpin pudiera hacer un blanco seguro, lo que se añadía al hecho de que la lucha entre Paterson y King les hacía cambiar en cada momento de posición. Sin embargo, él no podía seguir titubeando y otra vez, a petición de su amigo, disparó. La bala se alojó en el pecho de King, que cayó de golpe. En ese instante se oyó un grito desde la silla de posta, la ventana quedó abierta y se apartó su grueso velo, apareció entonces el rostro de una mujer muy bella, sus rasgos tenían impresos el temor y el arrepentimiento. King fijó sus ojos en ella.

—¡Susan! —suspiró—. ¿Eres tú?

—Sí, sí, es ella segurísimo —dijo Paterson—. ¿Veis, *madame*, lo que vos y las que son como vos le habéis traído? Sin embargo, habéis perdido vuestra recompensa, se está yendo muy rápido.

—¡Recompensa! —jadeó King—. ... ¡Recompensa! ¿Me ha traicionado?

—Sí, sí, señor —dijo Paterson—. Ella dio el soplo, si os sirve de consuelo el

saberlo.

—¡Consuelo! —repitió el agonizante—. ... ¡Canalla! ¡Oh! La profecía... Mi mejor amigo, Dick Turpin... Muero por su mano.

Y aunque trató en vano de incorporarse, cayó hacia atrás y expiró. ¡Ay, pobre Tom!

—¡Señor Paterson! ¡Señor Paterson! —gritó Coates—. Dejad que el amo de la posada se haga cargo del cadáver de este rufián y monte con nosotros a la caza del bribón que todavía respira. ¡Venga, señor, rápido! ¡Monte! ¡Espabile! Mirad, está allí. Parece dudar, podemos atraparlo ahora.

—Bueno, señores, ya estoy listo —dijo Paterson—, pero ¿cómo demonios le han permitido escapar?

—¡Sólo San Patricio lo sabe! —dijo Titus—. Es más escurridizo que una anguila y, como el gato, da igual la manera en que lo tiréis, siempre cae de pie. No me extrañaría nada que lo perdiésemos hoy. Después de todo, nos saca algo de ventaja y monta una yegua que vuela como el viento.

—Tendrá que correr lo suyo de todas formas —dijo Paterson mientras le metía espuelas a su caballo—. Mi jaco es excelente y ninguno de ustedes tiene una mala montura. Está sólo a trescientas yardas por delante de nosotros y que me lleven los diablos si no podemos darle alcance. Es un trabajo de trescientas libras, señor Coates, que bien se merece una carrera.

—Os daré cien más de mi bolsa si lo atrapáis —dijo Coates mientras picaba espuelas a su corcel.

—Gracias, señor, gracias. Sigán mis instrucciones y lo atraparemos seguro —dijo el alguacil—. Tranquilamente, tranquilamente, no muy rápido, colina arriba... Veis, está dándole un respiro a su caballo. Todo a su tiempo, señor Coates, todo a su tiempo.

Y se mantuvieron a la misma distancia hasta que ambos llegaron a un trote fácil a lo que hoy se llama Windmill Hill. Debemos ahora volver con Turpin.

Espantado por el acto que acababa de cometer de manera fortuita, Dick permaneció por algunos momentos irresoluto, se dio cuenta de que King estaba mortalmente herido y que cualquier intento de rescate no iba a tener fruto. También se dio cuenta de que Jerry y el Mago habían efectuado su escape a través del campo de bolos, pues vio sus figuras ocultas entre los setos. No lo dudó más. Volvió su caballo y galopó con tranquilidad, poco alarmado por los perseguidores que le acechaban.

—Cada bala tiene su destinatario —dijo Dick—, pero qué poco me podía imaginar que iba a ser el ejecutor del pobre Tom. ¡Al diablo con esta maldita pistola! —gritó al tirar la pistola a un seto—. No podría volver a usarla. Es también muy extraño que pudiera predecir su propio destino. Endemoniadamente extraño. ¡Y traicionado por la amada en la que más confianza tenía! Ésa es una buena lección para quien la necesite. ¡Confiar en una mujer!... Ni mi dedo meñique les daría.

Capítulo 4

La protesta

*Seis caballeros en el camino
ven a Gilpin escapar
con el correo escabulléndose atrás,
ellos alzan sus protestas.
¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Un bandolero!
Ninguno quedó mudo
y todos los que pasaban por allí
se unieron a la batida.*

JOHN GILPIN

Llegado a lo alto de la colina, desde donde se tiene una vista maravillosa de la metrópolis^[77], Turpin se dio la vuelta para reconocer a sus perseguidores. No se preocupaba para nada de Titus ni de Coates, pero Paterson era un enemigo más formidable y sabía que en él se topaba con un hombre de experiencia y determinación. Fue entonces cuando, por primera vez, los pensamientos de ejecutar su extraordinaria cabalgada hacia York relampaguearon en su imaginación. Su pecho palpitaba emocionado; sin pensarlo, se alzó sobre su silla de montar y exclamó en voz alta: «¡Por Dios, lo haré!».

Echó una última mirada a la gran Babel que yacía a lo lejos, hundida bajo una cubierta de árboles, y una vez que su ojo avezado oteó el magnífico paisaje encendido por el esplendoroso crepúsculo, no pudo evitar pensar en las últimas palabras de Tom King: «El pobre infeliz —pensó Turpin— estaba en lo cierto, nunca volverá a ver otra puesta de sol». Alertado por el trote de sus perseguidores, Dick se abrió paso por un sendero que estaba a la derecha del camino, que ahora se llama Shoot-up-Hill-Lane, y marchó a buen paso en la dirección de Hampstead.

—Ahora —ordenó Paterson—, seguidlo con vuestros jacos, no debemos perderlo ni un segundo por estos caminos.

Por consiguiente, como Turpin no tenía ningún deseo de agotar a su yegua en un momento tan temprano de su empresa, y como el suelo seguía en cuesta, los dos grupos mantuvieron la distancia.

Al final, tras varias curvas y revueltas en aquel camino tortuoso, después de asustar a un par de granjeros y cabalgar sobre un par o dos de bandadas de patos, se introdujo en las verdeantes tierras del West End y, tras ascender otra colina, Turpin alcanzó el páramo espinoso, arenoso y bello de Hampstead. Se abrió camino hacia la izquierda y fue hacia la parte baja del páramo, luego siguió un sendero que le llevaba

hacia North End y pasó por una cumbre llena de espinos que es hoy un soto de altos pinares.

Fue allí donde la caza comenzó a adquirir algún interés. Ya en campo abierto, el perseguido y sus perseguidores estaban a la vista unos de otros. Y Dick se lanzó al galope a través de los brezales con los otros tres que le pisaban los talones a un fuerte ritmo, lo que volvía la escena muy animada. Dick cruzó la colina, el camino de Hendon, pasó Crackskull Common y siguió adelante en el cruce hacia Highgate.

Hasta ese momento, los perseguidores no habían cobrado ninguna ventaja, no habían perdido terreno pero tampoco habían ganado ni una pulgada, y se necesitaba mucha espuela para mantener la posición. Cuando se aproximaron a Highgate, Dick aflojó el paso y el grupo perseguidor redobló sus esfuerzos. Para evitar la población, Dick se metió por un estrecho atajo a la derecha, y trotó con facilidad colina abajo.

Sus perseguidores estaban ahora a unas cien yardas y le gritaban el alto, y le señalaban una puerta que parecía impedir cualquier avance posterior. Dick, sin dudarlo, la saltó y la superó con el mejor estilo hípico. No sucedió lo mismo con la partida de Coates, y el tiempo que perdieron en abrir la puerta, que ninguno de ellos se atrevió a saltar, le sirvió a Dick para aumentar la distancia. Pero no parecía su intención liberarse de sus perseguidores, la batida parecía excitarle, por lo que decidió prolongarla en la medida que fuera compatible con su seguridad. Se movió con destreza y rapidez pasado Highgate, como una goleta con viento de popa cuya estela siguen tres pesados navíos. Dick tomó la delantera por un camino estrecho que se abría paso entre los campos de labor en la dirección de Hornsey. Los gritos de sus perseguidores habían animado a otros a unírseles y al llegar cerca de Crouch End, al atravesar un camino que lleva el nombre de Du Val y en el que hay o hubo una casa que frecuentaban los más alegres de los ladrones, rasgaron sus oídos los clamores de un coro discordante que gritaba: «¡Un bandido! ¡Un bandido!».

Toda la vecindad se alarmó por los gritos y el ruido de los caballos. Los hombres de Hornsey irrumpieron en la carretera para atrapar al fugitivo, mientras que las mujeres se asomaban a las ventanas con los niños en brazos para echar un fugaz vistazo a la cabalgada, que parecía aumentar en número y animación a medida que avanzaba. De pronto, los tres jinetes aparecieron en la carretera, oyeron el ruido y el barullo: Las voces gritaban: «¡Un bandido! ¡Un bandido! ¡Detenedlo!».

Pero no era tarea fácil, con una pistola en cada mano y las riendas en los dientes, Turpin pasó ante ellos con una audacia total. Su apariencia feroz, su furiosa montura, el ímpetu con el que avanzaba lo abatía todo ante él. Los jinetes le dejaron pasar y sólo sirvieron para aumentar el número de sus perseguidores.

—¡Ya lo tenemos! ¡Ya lo tenemos! —gritaba Paterson exultante—. ¡Gritad con todas vuestras fuerzas! El hombre del portazgo nos tiene que oír. ¡Gritad más, más! El hombre nos ha oído, la puerta está cerrada. Ya es nuestro, ¡ja, ja, ja!

La vieja barrera del peaje de Hornsey era alta, con caballos de frisa en el extremo superior, puede que aún lo siga siendo. Se le echó el cerrojo y, al igual que un tigre en

su guarida, el diligente custodio del portazgo estaba apostado en su entrada, dispuesto a arrojar sobre el fugitivo. Pero Dick se mantenía firme sobre la silla: calculó con frialdad la altura de la barrera, miró a izquierda y derecha, no había ninguna opción mejor. Le dio unas palabras de ánimo a Bess, acarició con cariño su cuello y, luego, picó espuelas en su costado y sobrepasó el obstáculo por una pulgada. El sorprendido portero irrumpió fuera de su garita y fue inmerecidamente desbaratado y casi muerto por los cascos del caballo de Paterson.

—Abre la barrera, infeliz, y hazlo rápido —gritó el alguacil mayor.

—No lo haré hasta que se me pague el peaje —dijo el hombre impasible—. Me la han jugado una vez, pero sería un estúpido si me la hicieran la segunda.

—¿No te has dado cuenta de que es un bandolero? ¿No sabes que soy el alguacil mayor de Westminster? —dijo Paterson al mostrar su distintivo—. ¿Cómo te atreves a oponerte al cumplimiento de mi deber?

—Será cierto o no —continuó el hombre con testarudez—, pero por aquí no se pasa si yo no consigo el dinero, y eso es todo.

Entre una tormenta de gritos y juramentos, Coates sacó una pieza de una corona y la barrera se abrió.

Turpin sacó ventaja de este retraso para dejar respirar a su yegua y, al tomar una senda en Duckett's Green, trotó cómodamente en dirección a Tottenham. Pero no duró mucho su reposo, sus perseguidores estaban de nuevo sobre sus talones y gritaban como una rehala de sabuesos. Tenía ahora que afrontar la prueba de recorrer la extensa población de Tottenham y eran varias las estrategias que podía idear el populacho para atraparlo. Todo el lugar estaba sobre las armas, gritaba, corría, bailaba y lanzaba cualquier tipo de objeto al caballo y a su jinete. Dick respondía alegre a su clamor cuando volaba ante ellos y se reía de la grava que le lanzaban como si fuera granizo inofensivo.

Tras unas pocas millas más de dura cabalgada, los voluntarios empezaron a cansarse y antes de que la batida llegase a Edmonton, buena parte de ellos había desertado. Allí encontraron relevos frescos y se reclutó una fuerte partida. El mismísimo John Gilpin no habría armado más revuelo entre las buenas gentes de Edmonton que el que armó nuestro bandolero cuando galopó a través de la ciudad. Al contrario que las turbas de Tottenham, la multitud lo recibió con aclamaciones, ya que pensaba que, al igual que los ciudadanos de la famosa ciudad de Londres, él galopaba por una apuesta. Pero al poco tiempo, sin embargo, llevados en alas del viento, llegaron los gritos de «¡Turpin! ¡Dick Turpin!», y los vivas se convirtieron en abucheos, pero era tal la velocidad a la que nuestro bandolero cabalgaba que nadie le pudo oponer resistencia.

Había en medio del trayecto un hombre en un carro tirado por un asno, incapaz de hacerse a un lado del camino, Dick los rebasó con habilidad y aquello agradó a la multitud, que siempre se deja arrebatar por una acción brillante. «¡Vamos, Dick!», se empezó a oír, mientras los silbidos eran liberalmente derramados sobre sus

perseguidores.

Capítulo 5

Una pipa encendida

En su carrera, pasaron por granjas aisladas con rapidez y levedad, como águilas, a lo largo de la carretera de Enfield. Todos estaban bien montados y los caballos, que ya habían entrado en calor, estaban sobre sus pasos y hacían muy bien su trabajo. Ninguno de la partida de Coates perdió terreno, pero lo mantenían a expensas de sus corceles, que estaban sudando como carros de aguadores, mientras que a Black Bess apenas se le humedecían algunos pelos.

Turpin, como ya sabe el lector, era un jinete insuperable. Era el mejor caballista de la Inglaterra de su tiempo y, quizá, de toda su historia. El arte y el misterio de la equitación no estaba tan bien comprendido en el siglo XVIII como lo está en el XIX. Los hombres trataban a los caballos de manera diferente y pocos cabalgaban en ellos como se hace ahora, cuando cualquier jovencito se desenvuelve tan bien sobre la silla como si fuera un gaucho. Dick Turpin fue una excepción gloriosa de la regla y un adelantado a su tiempo. Cabalgaba con una ligereza maravillosa y se sentaba a la silla perfectamente, distribuía su peso de manera tan exquisita que su montura apenas notaba la presión. Cedía a cada movimiento hecho por el animal y devenía parte del mismo. Tenía buen cuidado de que Bess nunca fuera agotada ni forzada, tan libre y ligera como una pluma se conducía. Era hermoso verla en acción, observar su estilo y temple cuando pisaba el suelo, y más de un meltoniano de primera clase habría observado con el rabillo del ojo a Dick.

Ya hemos afirmado anteriormente que el objetivo de Dick no era escapar de sus perseguidores, cosa que podría haber realizado en cualquier momento, sino que le gustaba la diversión de la batida y hubiera lamentado poner término a su propia diversión. Plenamente confiado en su yegua, él iba justo a la velocidad que mantenía a sus perseguidores a la vista, pero sin la menor posibilidad de que le molestaran. Si juzgamos más o menos la velocidad a la que podían ir, podríamos afirmar que en lo que tardaba en pasar una hora habían recorrido veinte millas. «No es ése mal ritmo de viaje», suponemos que exclamará el lector.

—¡Por la madre que me parió! —dijo Titus mientras cabalgaban a marchas forzadas. Titus montaba un gran caballo, poderoso y bien adaptado a su peso, pero que exigía un duro trabajo de pies y brazos para sacar de él lo que se requería para mantener el ritmo de sus compañeros—. ¡Por la madre que me parió! Si ese tío se está encendiendo una pipa. Veo las chispas volar a su lado y ahí va, como una humeante chimenea en una mañana helada. Mirad cómo vuelve su impúdico rostro con la pipa en la boca. ¿Vamos a tolerar eso, señor Coates?

—Tranquilo, señor, esperad un poco y ya le ahumaremos a gusto —dijo Coates.

Se han cantado peanes en honor de los peones de las Pampas por el *precipitado* sir Francis; pero lo que el valiente mayor elogia en tan alta voz en los jinetes sudamericanos —por ejemplo: encender un cigarro en mitad de la carrera— lo hacía con la misma facilidad nuestro salteador de caminos hace cien años y no era considerado por él una hazaña fuera de lo normal. Pedernal, acero y yesca abastecían siempre el amplio bolsillo de Dick. La pipa corta estaba siempre a mano y a los pocos segundos una nube de vapor exhalaba de sus labios, como el humo de un barco de vapor que se aleja por el río y traza la estela de su curso rápido por los aires.

—Les haré ver qué es lo que pienso de ellos —dijo Dick con frialdad tras echar una mirada atrás.

Se levantaba ya gris el ocaso, las nieblas que ascendían tejían un velo sutil sobre el rico paisaje que les rodeaba. Todos los sonidos de aquella deliciosa hora se podían oír apenas perturbados por el trote de los jinetes. Hartos de gritar, los miembros de la batida se mantenían en el camino en un profundo silencio, cada hombre contenía su aliento y hundían profundamente la rueda de sus espuelas en los caballos. Pero los animales estaban al tope de su velocidad y eran incapaces de un rendimiento mayor. Paterson, que era un duro jinete, y quizás el que mejor montaba, se mantenía en cabeza. El resto le seguía como podía.

De no haber sido perturbada por los ecos de la batida, la escena habría sido amena y relajante. Una bandada de cuervos sobrevolaba al grupo con su garrulería habitual, aleteaban en dirección a la avenida de la mansión ancestral que se hallaba a la derecha. Un murciélago planeaba, al oído llegaba el mugir de un rebaño de vacas y el agudo silbido del rabadán y las campanillas de los carros sonaban en la lontananza. Pero estos alegres sonidos, que daban su encanto a las horas del crepúsculo, se perdían con el alboroto de los jinetes, que ahora era un grupo de tres. La cierva se refugiaba entre los setos y el carretero aguzaba el oído y creía que el distante rumor de cascos era un temblor de tierra.

El grupo avanzaba a toda velocidad, fustigaba, espoleaba y soltaba las riendas. De vez en cuando volvían a dar voces, con la esperanza de que algún carretero parase a Turpin, pero este siempre lo pasaba por su lado. «¡Eh!, capullito —le gritaba al pasar, con la pipa fuera de la boca—, dile a los amigos que vienen detrás que tendrán noticias mías al llegar a York».

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntaba Paterson al poco de llegar junto al carretero.

—Que lo encontraréis en York —respondía éste.

—¡En York! —exclamaba Coates asombrado.

Turpin ahora estaba fuera del alcance de sus ojos, y pese a que el trío azotó a base de bien a sus caballos, no pudieron llegar ni a vislumbrarle hasta que, a una corta distancia de Ware, lo vieron a la puerta de una taberna, la brida en una mano y con una jarra de cerveza fresca en la otra. Tan pronto como lo tuvieron a la vista, Dick se volvió sobre la silla y reemprendió su carrera.

—¡Que el Diablo os lleve! ¿Por qué no lo detuvisteis? —exclamó Paterson al llegar junto a la taberna—. Mi caballo renquea, ya no puedo seguir avanzando. ¿Sabéis qué recompensa habéis perdido? ¿Sabéis quién era?

—No, señor, no —dijo el tabernero—. Pero sé que le dio a su yegua más cerveza de la que tomó para sí mismo. Además, me dio una guinea en lugar de un chelín. Es un tío rumboso.

—¡Un tío rumboso! —dijo Paterson—. Era Turpin, el famoso salteador. Vamos en su persecución. ¿Tenéis caballos? Nuestros jacos están reventados.

—Los encontraréis en la casa de postas de la ciudad, caballero, lamento no poder acomodaros, pero no tengo cuadras. Os deseo una feliz noche, señor —dicho lo cual, el tabernero volvió a sus cosas.

—Esto es el colmo —dijo Paterson—. Os lo aseguro, amigos, podéis fiaros de mí. Hasta aquí hemos llegado, señor Coates, pero maldita sea si me rindo. Lo seguiré hasta el fin del mundo.

—De acuerdo, señor, de acuerdo, un espíritu muy encomiable —dijo el procurador—. Seríais culpable de negligencia en el cumplimiento de vuestro deber en caso de actuar de otra manera. Acordaos de mi padre, señor Paterson, Christopher o Kit Coates, un nombre tan bien conocido en Old Bailey^[78] como el de Jonathan Wild^[79]. Os acordáis de él, ¿eh?

—Perfectamente bien, señor —respondió el alguacil.

—El más grande de los cazadores de ladrones —siguió Coates—, si se me permite decirlo. Yo he heredado su celo, su ardor. Venid, señor, tendremos una magnífica luna dentro de una hora, tan brillante como el día. ¡Vamos a la casa de postas!

Por consiguiente, marcharon a la casa de postas y con un pequeño retraso, admisible dadas las circunstancias, se les procuraron caballos frescos les acompañó un postillón. El grupo reanudó su persecución, animados por la creencia de que seguían el rastro correcto.

La noche había cubierto ya con su manto a la Tierra, aunque no estaban en la plena oscuridad. Unas pocas estrellas brillaban en la profunda inmensidad del cielo sin nubes, y una radiación de color perla anunciaba el surgimiento del nocturno orbe. Corría una brisa suave, el rocío de la tarde ya regaba los prados y el aire resultaba suave y seco. Era una noche que parecía escogida a propósito para cabalgar, si uno tiene la ocurrencia de hacerlo a semejantes horas. Para Turpin, cuyas expediciones más importantes se hacían por la noche, aquello era una delicia.

Lleno de ardor y de entusiasmo, dispuesto a ejecutar la empresa que tenía en la mente, Turpin mantuvo su rumbo solitario. Todo favorecía su designio: los caminos estaban en una condición inmejorable, su yegua en perfecto estado, ya que estaba habituada al trabajo duro, y había descansado lo suficiente en la ciudad como para recuperarse de la fatiga del viaje previo, y nunca había estado mejor preparada.

—Ahora sí que ha cogido su aire —dijo Dick mientras sentía que casi volaba—.

¡Arre, preciosa! ¡Arre! Me gustaría que te pudiesen ver ahora.

Animada por la voz y la mano de su dueño, Black Bess avanzó con un aire que pocos caballos pueden igualar y menos sostener durante tan largo tiempo. Incluso Dick, acostumbrado como lo estaba a sus espléndidos logros, se sintió sobrecogido por la velocidad que alcanzaba.

—¡Bravo, bravo! —gritaba—. ¡Arre, Bess!

Los bosques profundos y solemnes a través de los que corrían resonaban con sus voces y el redoble constante de los cascos de Bess. Y así siguió su marcha.

Capítulo 6

Black Bess

Black Bess es, sin duda, la heroína del cuarto libro de este romance, por eso se nos permitirá que hagamos una pequeña digresión sobre su cuna, estirpe, crianza, aspecto y virtudes. En cuanto a su pedigrí, porque entre los animales, al revés que entre los hombres, la naturaleza imprime con fuerza la casta noble o innoble. Sin duda es una verdadera aristócrata, ya que la sangre sin mácula que circula por las venas del noble corcel se transmite de manera infalible, si su pareja es adecuada, a toda su descendencia. Bess no era una mil leches, sino bien nacida. Podía presumir de su buena sangre en cada una de sus venas.

*Si la sangre puede otorgar nobleza,
ella era un noble corcel,
su padre era de buena sangre y su madre también,
y toda su estirpe lo era.*

En cuanto a su ascendencia, su padre fue un árabe del desierto, famoso en su época porque fue traído a este país por un acaudalado viajero. Su madre era una yegua de carreras inglesa, negra como el carbón, al igual que su hija. Bess unía el ardor a la gentileza, la fuerza a la abstinencia y la capacidad de soportar fatigas de uno a la rapidez y el fuego de la otra. Cómo Turpin se hizo dueño de ella es cosa de poca importancia, nunca hemos oído que haya pagado un alto precio por Bess. Su capa era completamente negra, con una piel tan suave al tacto como si fuese azabache pulido. Sólo un cabo blanco se podía hallar en su piel satinada. De alzada era perfecta, bella y compacta; modelada para la resistencia y también para la velocidad. El cuello era largo y arqueado como el de un cisne, limpias y excelentes eran sus extremidades inferiores, como las de la gacela. Redonda y profunda como un tambor era su conformación, y amplio como un pilar la anchura de su pecho. De ella eran las *pulchrae clunes, breue caput arduaque ceruix*^[80] de la tablilla romana. No le sobraban carnes y sus costados hubieran podido ser, para el gusto de otros, más redondos y sus espaldas más llenas. Pero si nos fijamos en los nervios y los tendones, que se pueden palpar a través de sus extremidades, reconoceremos que fue hecha más para la fuerza que para la belleza, y aun así era hermosa. Bastaba con fijarse en su elegante cabecita; en sus orejas finas y puntiagudas, puestas tan juntas; en el amplio morro bufante que parecía absorber el viento con desdén; los ojos, claros y grandes, como el diamante de Giamschid; ¿no es hermosa? Fijaos en sus aires, con qué gracia se mueve. No hay águila en el cielo que pueda revolotear con más gracia. ¿No es

soberbia? En cuanto a su carácter, un cordero no sería más dócil. Hasta un niño podría montarla.

Pero volvamos con Turpin; lo dejamos trotando con un estilo inmejorable y en el mejor estado de ánimo posible. No podía estar más que eufórico, nada es más excitante que una loca galopada, parece que nos salimos de nosotros mismos, que nos llenamos de nuevas energías durante un tiempo y nuestros pensamientos toman alas y vuelan más rápido que nuestro corcel. Reímos, exultamos, gritamos por pura alegría. Nos jactamos como Mefistófeles, pero de un modo menos sardónico: «Pero ¿todo aquello que gozo en el momento es acaso por ello menos mío? Si puedo pagar seis corceles, ¿no son sus fuerzas las mías? Voy que vuelo y soy todo un señor como si tuviese veinticuatro patas^[81]». Estos eran, precisamente, los sentimientos de Turpin: dadle cuatro patas y una amplia llanura y no necesitará de ningún Mefistófeles para hacerle correr hacia su perdición a la velocidad más alta a la que su jaca pueda llevarle. ¡Vamos! ¡Vamos!, el camino está nivelado, el sendero despejado. ¡Adelante, oh valiente corcel, no hay obstáculos en tu camino! Y, ¡ah!, ¡la luna surge! Su luz plateada se derrama sobre el paisaje boscoso. Las oscuras sombras son arrojadas del camino y las figuras volantes de ti y de tu jinete se trazan, como fantasmas gigantes, entre una nube de polvo.

¡Adelante! ¡Adelante! Nos falta el resuello para seguir esta veloz cabalgada. Aún Turpin no ha perdido su aire, porque oímos su grito sonoro de «¡Arre!». Y canta. El lector ha de saber que Oliver es la luna:

OLIVER CANTA

*Oliver está cantando,
lo mejor no ha sido dicho,
pues Oliver no es mi amigo,
para mí no está bailando.
Quiero una noche oscura,
tan negra como el Averno,
entonces podremos vernos
libres de su catadura,
¡mis alegres compañeros!,
de sus ojos de lechuza.
¡Qué importa si Oliver canta!
¡Qué más da si alta nos mira!
Gritadle fuerte y con ira,
gritadle a su cara blanca:
¡Alto! ¡La bolsa o la vida!
Y salid ahora de caza.*

—Eh —dijo para sí Dick cuando acabó su canción al tiempo que le echaba una mirada a la luna—. La vieja Noll no es una mala compañera. No me gustaría nada quedarme sin ver su blanca cara durante esta noche por una bagatela. Es tan buena como una lámpara para guiarle a uno, basta con dejar a Bess que siga como hasta ahora todo irá a la perfección. Tranquila, pobrecita, tranquila, no ve la colina a la que subimos. El diablo guía a esta yegua, no se amedrenta por nada.

Y a medida que ascendían por la colina la voz de Dick despertó de nuevo a los ecos de la noche.

WILL DAVIES Y DICK TURPIN

*«Una noche en mi yegua cabalgaba
y en Bagshot Hill me detuve,
pues allí el buen Will Davies colgaba
bajo un patíbulo lleno de herrumbre.
Azul colgaba el buen Will,
sin espadas ni pistolas,
aquellas que tan bien supo blandir.
¡Me paré y le dije!».*
*Me dijo: «¡Aquí estoy Dick!
Will en el rogo reposa,
con paciencia he de admitir
ser de los cuervos la mofa.
Pronto llegará tu turno,
colgarás entre cadenas
y así cumplirás tu dura condena,
como yo, colgado, atado y desnudo».*
*Le dije: «Compadre, es cierto,
pero mientras tenga pistola y jaca
de los cadalsos no me ocupo nada
y con mi suerte quedo contento».*
*Nunca más Bagshot tendrá
un bandolero tan grande,
tan generoso y amable que,
como Will, de un árbol colgará.*

—¡Pobre Will Davies! —suspiró Dick—. Bagshot nunca debería olvidarlo—.

—Bueno —musitó Turpin—, supongo que algún día me pasará a mí lo mismo que a los demás, y que danzaré una inacabable gavota con la música que soplen los cuatro vientos, igual que mis antecesores hicieron antes que yo. Pero confío que cuando los recopiladores de cantos de palinodia y últimos discursos se lleguen a mí,

no pongan ninguna tontería en mis labios sino que me hagan decir lo que siempre he pensado: que fui alguien que nunca le tuvo miedo a la muerte y que no le volvió la espalda a un amigo. Mientras llega ese momento, les daré algo de lo que hablar. Esta cabalgada mía resonará en sus oídos mucho tiempo después de mi muerte, cuando duerma el gran sueño en el lecho que excaven el zapapico y la pala:

Y cuando me haya marchado, muchachos, todo cazador dirá nadie cabalgará tan lejos como hizo Dick Turpin en un día.

»Y tú, tú, valiente Bess, tu nombre estará ligado al mío y marcharemos juntos a la posteridad. ¿Y qué te importa eso a ti? —añadió abatido—. ... ¿Qué pasaría si...? Pero no importa, mejor morir ahora, mientras estamos juntos, que caer en las manos del matarife. Mejor morir con honor y con la cabeza bien alta, que arrastrarse en la vejez tirando de un carro de basura. ¡Adelante, bonita, adelante!

Debido al instinto propio de este noble animal, el caballo, que puede percibir de inmediato el más leve cambio en el estado de ánimo de su jinete, se puede permitir cambiar de acuerdo con él y su estado de ánimo es siempre oscilante

del paso al trote, del trote al galope.

¿Cómo es posible? Nosotros dejamos este interrogante para los que son más peritos en la metafísica de los Houyhnyrn que nosotros. ¿Hay entre las riendas y la silla, como en los tractores mecánicos, alguna especie de transmisión espiritual? No lo sabemos, pero es cierto que ningún criado comparte tantas características de su señor como el caballo lo hace. El corcel que montamos forma parte de nosotros. Piensa y siente lo mismo. Cuando estamos alegres, él está chispeante. Cuando estamos abatidos, su coraje se desploma. Como prueba de esto el lector verá que los caballos hacen algunos hombres, y decimos que los hacen porque en tales manos su carácter cambia por completo, ya que comparten en igual medida el valor y la firmeza de la mano que los conduce y la actitud resuelta que los guía, que depende de lo que el jinete quiera. Cuando ese poder dominador se relaja, las energías del animal también lo hacen, pues su fina sensibilidad les da un conocimiento inmediato de la disposición y de la capacidad del jinete. Un bravo corcel es un regalo de los dioses, el cual, como cualquier otro de los dones que poseemos, podemos usar o abusar, ejercer o descuidar, y es la mejor prueba de nuestro autodomínio.

Los hechos de Black Bess verifican de sobra lo que hemos afirmado, pues durante el momentáneo abatimiento de Turpin, su paso se hizo más lento y su fuerza languideció algo. Pero cuando él se reanimó, ella retomó su vivacidad, y su entusiasmo prendió de nuevo, resopló alegre y recuperó su ritmo. Era entonces cuando se mostraba como hija del desierto y hacía honor a las resistentes entrañas que le dieron el ser. Había recorrido cincuenta millas completas y no mostraba signos de fatiga, incluso parecía más fresca que al comienzo. Había tomado un respiro y sus miembros parecían más flexibles, sus actos más libres, gráciles y ligeros. Su padre,

quien, a través de las soledades sin caminos pudo sobrellevar el pestilente simún, y con la garganta sin refrescar y el hambre sin apaciguar pudo ver al abrasador astro rey ponerse tres veces, no tenía mayores dotes de resistencia. Elvigor formaba parte de su herencia. Su madre, que sobre el aterciopelado turf lograba una velocidad inalcanzable y que tan a menudo dio a su propietario doradas pruebas de su valía, apenas habría podido mantener el paso de su hija, y habría sucumbido con un tercio de la fatiga que ella soportaba. Pero Bess era sin igual, y nunca volveremos a ver algo parecido, a no ser que podamos obtener de algún jefe beduino un caballo de excelente crianza y el mundo de las carreras nos permita que esa raza sea mezclada con la suya. Eclips, Childers o Hambeltonian no podrían nada contra semejantes potros, e incluso los ferrocarriles viajarían con lentitud en comparación con nuestra nueva raza de jacos.

Pero volvamos con Bess o, mejor, acompañémosla en su camino, porque ahora ya no hay paradas. Vamos a una media de veinte nudos a la hora, con viento favorable, y el lector debe mantener nuestro paso o dejar que nos alejemos. Bess va a su velocidad y Dick es feliz. ¡Feliz! Está entusiasmado, enloquecido, furioso, ebrio como si hubiera abusado del vino. ¡Psché! El vino nunca podría arrojarlo a un delirio tan vehemente como éste. Los mejores caldos no pueden inspirar nada parecido, sus vapores son pesados y cabezones. Esto es etéreo, arrebatador. La sangre bulle en sus venas, rebosa en su corazón y asciende hasta el cerebro. ¡Adelante! ¡Adelante! Está loco de felicidad: mansiones, granjas, árboles, torres, claros, praderas, páramos o bosques, todo era visto y pasaba, se dejaba atrás y se desvanecía como en un sueño. El movimiento era casi imperceptible, más que por el ímpetu, por la volición. El caballo y su jinete avanzaban en su camino por el efecto de su propia aceleración. Aparece una aldea, apenas se puede ver entre la grava que sueltan los cascos del caballo. Durante un momento resuenan estos sobre las losas de la aldea y al poco queda atrás. De nuevo están en la campiña silenciosa y riente, o se sumergen en la oscuridad de los bosques, o recorren la amplia llanura, o saltan la valla del portazgo, o al resonar los cascos por un puente sus sombras se reflejan por un momento en el plácido espejo de un río. O suben con más lentitud por la ladera de una colina, o descienden loma abajo como los caballos de Febo se sumergían en el océano.

Los límites de dos condados ya habían quedado lejos, estaban dentro de los confines de un tercero, habían entrado en el hermoso país de Huntingdon. Ascendieron la gentil colina que lleva hasta Godmanchester. Estaban junto a las riberas del rápido Ouse. Pasaron el puente y cuando pisaba por las calles desiertas de Huntingdon escuchó cómo daban las once por las agujas de hierro del chapitel de Saint Mary. En cuatro horas, pues fue a eso de las siete cuando salió, Dick había recorrido sesenta millas cumplidas.

Unos pocos noctámbulos en las calles vieron el paso veloz del jinete, y una o dos ventanas se abrieron. Pero Tom «el Mirón» de Coventry habría tenido pocas oportunidades de contemplar los encantos sin velo de *lady Godiva* si ésta hubiese ido

a la misma velocidad que Dick Turpin. Como si se tratara de un meteoro, desapareció tan velozmente como había aparecido.

Una vez pasado Huntington, galopaba rodeado de setos cubiertos por los joyeles del rocío y por árboles silentes y serenos. Amplias praderas y majadas, con vacas somnolientas y ovejas que balaban tímidamente, se encontraban a ambos lados del camino. Pero ¿qué era en ese momento para Turpin la naturaleza, ya animada o inanimada? Pensaba sólo en su yegua y en la posteridad. Nadie lo podía ver ahora cabalgar, ningún aplauso de ánimo acariciaba sus oídos, ni mil manos lo saludaban, ni mil voces lo aclamaban, ni le saludaban con pañuelos, ni se alzaban los cuellos de los curiosos, ni brillantes ojos derramaban lágrimas de emoción por él o se salían de sus órbitas, ni doblaban las campanas, ni ninguna copa coronaría su logro, ni una placa ni ningún premio en metálico. Pero era la fama, el eterno renombre; suya sería una gloria que no moriría con él, que mantendría su reputación, aunque fuera deslucida, para siempre en la mente de los hombres. Él deseaba todos esos placeres efímeros, pero lo que le producía una mayor ansia que todo eso era la consciencia de que estaba realizando un hecho que le sobreviviría, no cabalgaba por la *vida*, sino por la *inmortalidad*. Y como un héroe debe, con seguridad, sentir, ya que incluso un salteador de caminos se puede sentir como tal, cuando arriesga de grado su existencia con la esperanza de labrarse un nombre glorioso. A Turpin no le importaba lo que le pasara a su persona, pero sí el poder decir que fue el primero de su país

que asombró al mundo por sus magníficas artes de jinete.

¿Qué necesidad tenía de espectadores? La mirada de la posteridad se cernía sobre él, y sentía la influencia de aquel Argos que hizo a tantos infortunados valientes espolear a sus pegasos con menos de la mitad de oportunidades de alcanzar su fin que Dick Turpin. Supo que multitudes todavía por nacer escucharían y elogiarían sus hazañas. Temblaba por la emoción y Bess cabalgaba trémula bajo él. Pero era un sentimiento transitorio... ¡Seguían y seguían, y parecían volar! El torrente que salta entre las rocas, el rayo que cae del cielo como una flecha, el águila que hiende los aires, los pensamientos mismos apenas tienen más empuje en su vuelo.

Capítulo 7

La diligencia de York

¡YORK EN CUATRO DÍAS! —*El coche de posta comienza su servicio el viernes 18 de abril, 1706.* Todos los que deseen ir de Londres a York, o de York a Londres, o a algún otro lugar en esa ruta, deben estar en el Cisne Negro de Holborn, en Londres, o en el Cisne Negro de Coney Street en York. En ambos se venden plazas para ir en el *coche de posta* todos los lunes, miércoles y viernes, para realizar el viaje en cuatro días (si Dios quiere) y sale a las cinco de la mañana. Vuelve desde York a Stamford en dos días, y de Stamford a Huntingdon en dos días más. E igual son las etapas en el retorno. Se permite a cada pasajero llevar un peso de catorce libras y se abonarán tres peniques por libra de más. Empresa realizada por Benjamin Kingman, Henry Harrison y Walter Baynes. (*Cartel inscrito en la sala de café de la posada del Cisne Negro en York*).

La noche había sido hasta entonces fragante y hermosa, con un brillante cortejo de estrellas y una luna dorada, que hasta parecía calentar con sus rayos; pero ahora Turpin se acercaba a la región de la niebla y los pantanos y empezó a sentir los efectos de esa atmósfera tan húmeda y fría. Los diques, esclusas, zanjas y demás obras empezaban a enviar sus humeantes vapores y helaban el aire suave y saludable, oscurecían el vacío y parecían asfixiar la misma carretera con sus vapores. Pero la niebla o el pantano le daban igual a Bess, sus cascos repiqueteaban alegres a lo largo de la carretera y ella surgía de entre las nubes como la aurora al final de la noche.

Dio la casualidad de que al salir de una neblina de ese tipo, Turpin se encontró con el coche de posta de York. No era algo fuera de lo común para el conductor del coche el que lo parasen, y la carrera de nuestro bandolero era tan furiosa que el hombre frenó involuntariamente a sus caballos. Turpin tuvo también que tirar de sus riendas, tarea no fácil, pues cargar contra un oscilante y cargado coche de posta con todo su pasaje era más de lo que Bess podía lograr. La luna brillaba extraordinariamente sobre Turpin y su yegua, estaba sin enmascarar y sus rasgos eran nítidamente visibles. Una exclamación surgió del caballero en el pescante, que pareció reconocerle.

—¡Para y pon los caballos atravesados en la carretera! —dijo el caballero—. Es Dick Turpin, el bandido. Su captura nos supondría trescientas libras —le dijo al cochero— a los dos —dicho esto, le presentó una pistola cargada al auriga.

La iniciativa del caballero no pareció agradarles ni al cochero ni a la mayor parte del pasaje, entre los que el nombre de Turpin ejercía una suerte de fascinación. Un

hombre saltó del carruaje por detrás y tuvo luego dificultades porque cayó en una zanja que estaba en el arcén de la carretera. Un viejo hidalgo, que lucía un gorro de dormir de lana, había sacado su cabeza por la ventanilla para soltar un juramento contra el cochero y la volvió a meter dentro del carruaje. Un lánguido grito de una mujer salió del interior y había un considerable alboroto en el pescante. Entre otros ominosos sonidos, se oyó el click de las pistolas de un guardia.

—¡Parar la diligencia de York, el coche de posta más rápido del reino! —dijo él tras forzar su voz tras una bufanda—. ¿Se ha visto alguna vez semejante atrocidad? Joe, mantén a los caballos de cabeza firmes o nos caeremos todos a la zanja. ¿No has visto dónde están las ruedas traseras? HUUUY.

El caballero que iba en el pescante descargó su pistola y la confusión en el interior se redobló. El gorro blanco de dormir salió al exterior como la cabeza de un conejito y de nuevo volvió al interior al oír la voz del salteador de caminos. Debido al avance de los caballos, el caballero había errado el tiro.

Entrenado para emergencias como la presente y sin apenas sitio hacia el que retroceder, Dick recibió el disparo sin inmutarse. Dejó a los caballos seguir su camino y se dirigió al caballero que había disparado.

—¡Mayor Mowbray! —dijo con un tono de dureza—, os conozco. No tenía la intención de asaltaros a vos ni a estos caballeros. Otra vez habéis atentado contra mi vida, señor, y es ya la segunda ocasión. Pero ahora estáis en mi poder y, ¡por todos los infiernos!, si no respondéis a las cuestiones que os haga, nada en la tierra podrá salvaros.

—Si a lo que preguntéis no debo responder, ¡disparad! —dijo el mayor—. Nunca le rogaré por mi vida a alguien como vos.

—¿Habéis visto a *sir* Luke Rookwood? —preguntó Dick.

—El villano del que me habláis todavía no ha sido atrapado —replicó el mayor—, pero le seguimos el rastro. Era con vistas a encontrar una ayuda más eficaz por lo que me dirigía a la ciudad.

—¿No se han visto desde entonces? —dijo Dick con brusquedad.

—¿Quiénes?

—Vuestra hermana y *sir* Luke —dijo Dick.

—¡Mi hermana y él! —exclamó el mayor enfadado—. ¿Pensáis que él puede osar aparecer por Rookwood?

—¡Jo, jo, jo! —se rió Dick—. ¿Está ella, pues, en Rookwood? Mil gracias, mayor. Buenas noches a todos, caballeros.

—Quédate con esto y acuérdate del guardia —gritó el individuo que, incapaz de hacer blanco desde su sitio, había avanzado a través del pescante del coche y descargó entonces una de sus largas pistolas de caballería a lo que él tomó como la cabeza del bandido pero que resultó ser su sombrero, que había levantado para saludar a los pasajeros.

—Acuérdate tú —dijo Dick con frialdad al colocar de nuevo su castor sobre su

frente—, estate seguro de eso: la próxima vez que nos encontremos, mi querido colega, no me olvidaré de ti.

Y luego se marchó como si fuera el soplo de un torbellino.

Capítulo 8

Una posada en la carretera

Ahora investigaremos qué sucede con la partida del señor Coates, a la que nosotros y Dick Turpin hemos perdido de vista desde hace algún tiempo. Con imbatible ardor, el vindicativo jurista y sus mirmidones continuaron su avance. Un pacto tácito existía entre el forajido y sus perseguidores, y es que él volaría mientras ellos le acechaban. Como sabuesos, ellos seguían tenazmente su rastro y no estaban tan atrás como Dick suponía. En cada casa de postas en la que paraban obtenían caballos de refresco y, mientras se los ensillaban, un postillón era enviado *en courier*^[82] para preparar los relevos en la siguiente estación. De esta manera avanzaron desde la primera parada sin interrupciones, los caballos les esperaban mientras ellos, «con las espuelas ensangrentadas y ardientes por la prisa», y sus cansadas monturas llegaban. Turpin había sido visto u oído en todas las paradas. Empleados de los portazgos, carreteros, vagabundos, todos lo vieron. Además, aunque pueda sonar extraño, ellos depositaron alguna fe en su palabra. York, según creían, iba a ser su destino.

Al final, la diligencia con la que Dick se había topado surgió ante sus ojos. Hubo entonces otra parada y otra batahola. El viejo gorro de dormir del caballero volvió a manifestarse, y volvió a sufrir una ocultación súbita como en la vez precedente. El postillón, que iba en avanzadilla de la partida, paró y le entregó su caballo al mayor Mowbray, que cambió su sitio en el pescante por la silla de montar, ya que consideraba más importante regresar a Rookwood tras su encuentro con Turpin que seguir su camino hacia la ciudad. El postillón montó detrás de Coates, ya que era el de peso más ligero. Y reforzada así, la partida volvió a avanzar tan rápido como antes.

Habían pasado ochenta y tantas millas cuando pasaron el límite de otro condado, Northampton, y todavía no habían encontrado Dick Turpin y su yegua incansable descanso ni tregua. Pero aquí consideró él oportuno realizar un breve alto.

Al borde de los hermosos dominios de Burleigh House se hallaba un mesón apartado de cierta antigüedad, que ostentaba las armas del gran Lord Tesorero^[83]. Dick no estaba del todo ajeno a esta casa, el tipo que actuaba como mozo tampoco le resultaba desconocido. Era medianoche, pero brillaba una luna esplendorosa. Cabalgó hasta la puerta del establo y llamó de una manera peculiar. El mozo reconoció a Dick a través de un panel de cristal roto y parecía satisfecho con su escrutinio. Entonces hizo surgir su cabeza, que estaba tan llena de pajas como de pelos, tal y como se representa a Tom el Loco en los escenarios. Un murmullo de bienvenida siguió a su adormecida salutación.

—Encantado de veros, capitán Turpin, ¿qué es lo que puedo hacer por vos?

—Dame un par de botellas de brandy y un bistec —dijo Dick.

—El brandy lo podéis tomar en un pispás, pero el filete... Que Dios nos asista, la vieja no está levantada... Puede que un trozo de esto o unas rodajas de jamón.

—A la m... tus rodajas, Ralph —gruñó Dick—. ¿Tienes algo de comida fría en la casa?

—¡Comida fría! —repitió Ralph sorprendido—... Oh, sí, hay un lomo de ternera, puedo cortar un filete de eso si os apetece.

—¡Eso es lo que quiero! —dijo Dick mientras aflojaba las cinchas de su yegua—. Dame el rastrillo, que puedo sacar un montón de paja de tu cabeza. Ahora corre y tráeme el brandy. Mejor trae tres botellas. Descórchelas y tráeme también un cubo de agua para rebajar el licor.

—¡Un cubo de agua con brandy para trasegar un filete crudo de ternera! ¡Lo que hay que ver! —exclamó Ralph, que trataba de abrir al máximo sus adormecidos ojos.

El más diligente de los mozos de cuadra nunca habría prestado la misma atención sobre su caballo favorito que la que Dick Turpin prestaba ahora a su yegua. La cepilló y la secó, palpó cada músculo y siguió cada tendón, miró sus orejas y examinó el estado de sus cascos y, tras asegurarse de que su dorso no estaba recto, la lavó de pies a cabeza con el brandy diluido, aunque antes se había tomado un trago del líquido para su garganta reseca y recargó así lo que Falstaff llamaba una pistola de bolsillo. Mientras Ralph se ocupaba en secarla después del baño, Dick se empleaba no en aderezar el filete en la manera que había pensado el mozo, sino en enrollarlo alrededor del extremo de su brida.

—Ella seguirá ahora mientras aliente —dijo él mientras ponía el trozo de carne en la embocadura.

Se volvió a cinchar la silla y tras un par de instantes de impaciencia, Bess comenzó a relinchar y a patear en el suelo, como si estuviera ansiosa por el retraso. Familiarizado como lo estaba con su indomable espíritu y poderío, su estado sorprendió también al propio Dick. Su vigor parecía inagotable, su vivacidad no había decaído en nada, pero, cuando llegó al espacio abierto, su paso se volvió tan ligero y fácil como cuando inició la cabalgada, al igual que sus oídos. De pronto, alzó sus orejas y emitió un sordo relincho. Se oían pesados ruidos de cascos.

—Ahí vienen —exclamó Dick saltando sobre su silla.

—¿Quiénes, capitán? —preguntó Ralph.

—La carretera tiene un desvío aquí, ¿verdad? —preguntó Dick—. Y sigue hacia la derecha por las plantaciones de la hondonada.

—Sí, sí, capitán; está claro que conocéis el terreno.

—¿Qué es lo que hay tras aquel cobertizo?

—Una valla difícil, un verdadero obstáculo. Más allá hay una ladera con una pendiente tan alta como una casa, tan alta que nadie se atreve a bajar por ella.

—¡Bueno! —se rió Dick.

Un fuerte grito del mayor Mowbray, que parecía avanzar en alas del viento, le

indicó a Dick que había sido descubierto. El mayor era un estupendo jinete y tomó la cabeza de la partida. Picó sus espuelas profundamente en su caballo y le soltó bastante las riendas, el mayor parecía correr como un proyectil por los aires. El Escudo de los Burleigh estaba retirado unas cien yardas de la carretera, el espacio que tenía enfrente lo ocupaba un pulcro jardín con setos recortados. No había altos troncos de árboles entre Dick y sus perseguidores, por lo que los movimientos de cada parte eran bien visibles para la otra. Dick vio al instante que iba a tener un encuentro con el mayor justo en el ángulo de la carretera y que no estaba de ninguna manera deseoso de correr el albur de semejante acción. Por lo que posó su vista en la doble valla.

—¡Venga al establo, capitán! ¡Rápido, rápido! —exclamó Ralph.

—¿Al establo? —preguntó Dick dubitativo.

—Sí, al establo, es vuestra única oportunidad. ¿No veis que él está doblando la curva y que le siguen todos los demás? ¡Rápido, señor, rápido!

Dick agachó su cabeza y entró en la instalación; la puerta se cerró de manera desconsiderada ante las narices del mayor, mientras se le echaba el cerrojo desde dentro.

—¡Villano! —gritó el mayor Mowbray, que tronaba ante la puerta—. ¡Sal! Por fin has sido atrapado, cogido en tu propia trampa. Te tenemos. Abre la puerta y evítanos el trabajo de tener que sacarte de ahí a la fuerza. No podrás escapar. Si es necesario quemaremos el edificio, pero te atraparemos.

—¿Qué es lo que queréis, señor? —gritó Ralph desde el dintel, desde donde podía vigilar al mayor y mantener la puerta cerrada—. Estáis confundido por completo, aquí no hay nadie.

—Eso pronto lo veremos —dijo Paterson, que acababa de llegar y que, tras saltar de su caballo, tomó un poco de carrerilla para ganar impulso, tras lo cual el alguacil mayor le dio una patada a la puerta. Hecho esto, irrumpieron el mayor y Paterson y vieron que el establo estaba vacío. Una puerta estaba abierta en la parte trasera, corrieron hacia ella. Las pendientes agudas de la ladera de una colina descendían abruptamente a una yarda. Era un descenso peligroso para un jinete, aún se podía ver la huella de la herradura de unos cascos en el barro.

—¡Qué lío! —exclamó el mayor—. Se nos ha vuelto a escapar.

»Está ahí —dijo el mayor, que señalaba a Turpin mientras éste cabalgaba por la llanura cubierta de neblina—. Fijaos, va otra vez a la carretera, ha saltado la valla. Menudo pedazo de salto ha dado, ¡válgame Dios!

»¡Magnífico salto! —exclamó el mayor—. Pese a todos sus delitos, tengo que rendirle homenaje a ese individuo, por su valor y por sus proezas. Ha cabalgado esta noche como nadie lo ha hecho. Yo nunca me habría aventurado a salir por esa ladera con el enemigo en mis talones. ¿Qué decís, caballeros? ¿Ya hemos tenido bastante por hoy? ¿Le dejamos ir o...?

—Teniendo en cuenta hasta dónde nos ha llevado la persecución, me da igual si

llevamos el asunto a buen fin —dijo Titus—. No creo que me pueda sentar durante una semana, creo que tengo el trasero en carne viva.

—¿Qué dice el señor Coates? —preguntó Paterson—. Veamos.

—Montemos y prosigamos —dijo Coates—. Nuestro deber cívico exige que lo atrapemos.

—Y los piques privados —replicó el mayor—. ¡No importa! El fin es el mismo: la justicia debe ser satisfecha. A vuestras monturas, mis alegres compañeros. Adelante.

Una vez más sobre la silla de montar, Titus olvidó sus penas y se dirigió al procurador, al lado del cual cabalgaba.

—¿A qué sitio vamos? —preguntó y señaló un racimo de chapiteles que pertenecían a una ciudad a la que se aproximaban con rapidez.

—A Stamford —contestó Coates.

—¡Stamford! —exclamó Titus—. ¡Por todos los santos! Entonces hemos cabalgado cerca de noventa millas. ¡Las grandes hazañas de Raymond O'Hanlon no eran nada comparadas con esto! Recordaré esto hasta el día en que me muera. Y con razón —añadió, tratando con dificultad de acomodarse en la silla.

Capítulo 9

Emociones

Dick Turpin, mientras tanto, se mantenía bravamente en su camino. Bess no se resentía del esfuerzo realizado en su resbaladizo paso por la vertiginosa ladera ni se había impresionado por haber volado sobre la doble cerca de la pradera. Como decía Dick: «Costó un trabajo de mil demonios quitarla de en medio». Al volver a la carretera principal volvió a andar con su paso acostumbrado y una vez más se distanciaban del carro del tiempo en su precipitado paso por la Tierra. Stamford y el saliente del pantanoso condado de Lincoln sobre el cual está situado se pasaron casi en un suspiro. Rutland se vio y se pasó, y se volvió a entrar en el Lincolnshire. La ruta bordeaba a tiro de piedra esa Atenas deportiva (o Corinto, quizá, sería lo más apropiado) de Melton Mowbray. Melton era entonces desconocido en los anales de la fama, pero fue como si Bess se hubiera contagiado del *furor uenaticus*^[84] que ahora enloquece a todos los que se aproximan a veinte millas de esta Caribdis de la caza. Bess, entonces, salió con un garbo tal que mantener su paso hubiera puesto en apuros al mejor corcel de un hidalgo de Leicestershire. Ese espíritu traspasó todos los poros de su piel y los humores de su cuerpo y parecía comunicar una excitación sobrenatural en ella. Su galope era absolutamente terrorífico. Los globos de sus ojos estaban dilatados y brillaban como ardientes carbunclos. Mientras que las ventanas de su nariz parecían, a la luz fría de la luna, resoplar humo, como si saliera de un fuego oculto. Apenas podía Turpin controlarla pero sin poner en juego todo el poder de su temple, nadie habría podido encauzar la carrera desalada de la yegua, pero por una vez en su sumisa carrera, Bess decidió actuar por su cuenta y lo hizo. Como un colega empático, Dick le concedió el tanto y se dio por vencido. Había algo de comunión conyugal en esta filosofía compartida. «Lo mejor es que siga su propia iniciativa y que me deje llevar. Porque no es más que una tía testaruda», pensó, «ahora su lomo está alzado y es señal de que no se parará. Sus cascos repiquetean con la misma velocidad que la lengua de una mujer, y cuando comienza así ya se sabe cuándo y cómo se frenará eso. Mejor dejarle hacer a ella. Será pronto».

—¡Más rápido, guapa, más rápido! Sé quién de nosotros se cansará primero.

Habíamos dicho antes que la vehemente excitación de un galope rápido y continuo produce un paroxismo de los sentidos que se aproxima al delirio. La sangre de Dick bullía otra vez. Al principio estaba algo aturrido, como después de tomar un fuerte trago de licor. Una vez pasado esto, pero con el licor ya en sus venas, el *estro* ya trabajaba en su cerebro; retornó todo su ardor, su inquietud, su furia. Cabalgaba como un loco y su corcel compartía su frenesí. Brincaba y levantaba el suelo bajo ella, mientras Dick daba curso a su exaltación con un grito salvaje. Más de la mitad

del camino estaba recorrido y había triunfado sobre cada una de sus dificultades, no iba a tener otra ocasión para detenerse, Bess portaba su forraje con ella. La carrera estaba bien encaminada y el éxito parecía cierto, la meta ya estaba casi a su alcance, y a punto de terminar el sendero de la gloria. Lanzó otro grito feroz al cual hicieron eco los bosques circundantes.

¡Adelante! ¡Adelante! ¡Yegua sin par! Mantén tu resuello porque, ¡ay!, la meta no se ha alcanzado todavía.

*¡Pero adelante! Adelante marchan,
alto resopla el corcel en tensión,
alto jadea el resuello del jinete
tan desalados cabalgaban.*

Capítulo 10

La horca

Así como las corrientes turbulentas avanzan sobre las llanuras en el aullante y desolado diciembre, el caballo y su jinete pasaron por el resto del Lincolnshire. Habían pasado Grantham y ascendían con mayor lentitud por la cuesta de Gonerby Hill, un sendero bien conocido para Dick Turpin, donde a menudo, en noches ya lejanas, alguna bolsa había cambiado de dueño. Con el sentimiento de independencia y entusiasmo que cada uno sentía, según creemos, al coronar la colina, Turpin se volvió para mirar a su alrededor. Pero su triunfo se vio desafiado por la visión de una horca cerca de él, a la derecha, en la cumbre redondeada de la colina que servía de confín con el valle inmediato de Belvoir. Apremiado como estaba por el tiempo, Dick se apartó de inmediato de la carretera y se aproximó al lugar donde estaba la horca. Dos carroñas espantosas, cubiertas de harapos y oxidadas cadenas, pendían del árbol. Un cuervo nocturno que graznó sobre los cadáveres se añadió al horripilante efecto de la escena. Nada sino el forajido viviente y sus esqueléticos acompañantes era visible en aquel lugar solitario. Alrededor de él se extendía la solitaria desolación de la colina que dominaba el valle iluminado por la luna. Bajo sus pies, una desnuda extensión de césped fulminada por un rayo. Sobre sí, los blanquecinos cuerpos de los homicidas, pues de tales se trataba.

—Me pregunto si será ésta mi suerte —dijo Dick con la mirada alzada con un estremecimiento involuntario.

—Sí, espósallo —contestó una figura agachada que surgió de pronto de entre unas zarzas que rodeaban la extensión quemada por el rayo.

Dick se sobresaltó en su silla mientras Bess reculó, se sobresaltó con la aparición.

—¡Eh! Tú, maldita bruja, Barbara, ¿eres tú? —preguntó Dick para reafirmarse si lo que había descubierto era la reina de los gitanos y no su espectro—. ¡Quieta, Bess! Tranquila, bonita. ¿Qué haces aquí, madre de la oscuridad? ¿Estás cosechando mandrágoras para tus filtros venenosos o sisas carne de los muertos? No te metas con sus huesos o colgarán aquí tres personas. Te lo repito: ¿Qué haces aquí, vieja lumia de la horca?

—He venido aquí a morir —replicó Barbara con una voz débil, y tras arrojar su capucha enseñó unas facciones casi tan fantasmales como las de los dos ahorcados que pendían sobre ella.

—Bueno, has escogido un ameno lugar —replicó Turpin—, hay que reconocerlo. Pero aún no has muerto.

—¿Sabes de quién son esos cuerpos? —preguntó Barbara con el dedo que señalaba hacia arriba.

—Dos de tu raza —contestó Dick—, digna congregación de la cuchilla.

—Dos de mis hijos —respondió Barbara—, mis mellizos. Vengo aquí para que mis huesos reposen junto a los suyos, mi sepulcro será el de ellos, y mi cuerpo cebará a las aves del cielo, como los suyos lo hicieron. Y si los fantasmas pueden andar, recorreremos esta colina juntos. Eso es lo que te digo, Dick Turpin —dijo la tarasca, que se acercó a Dick todo lo que le permitió Bess—. Los muertos andan y cabalgan... Sí, ¡cabalgan!, hay un consuelo para ti. Yo los he visto. Los he visto agitar sus cadenas y bailar... Sí, bailaron conmigo, con su madre. No hay jaranas como las de los muertos, Dick. Pronto me uniré a ellos.

—¿No te harás violencia a ti misma, Barbara? —le preguntó Dick, que apenas podía dominar su miedo.

—No —contestó Barbara con voz alterada—, pero dejaré que la naturaleza siga su curso. Quizá pueda hacerlo más rápido, una vida como la mía no se acaba sin una larga agonía. ¿Para qué he de vivir? Todos se han ido, ella y su hija. Pero ¿qué te importa esto a ti? No tienes hijos y, si los tuvieras, no te podrías sentir como un padre con ellos. No importa, desvarío. Escúchame: yo he venido aquí a morir. Han pasado cinco días desde que te vi, y durante este tiempo ninguna comida ha atravesado estos labios ni tampoco ningún líquido, salvo el rocío del cielo, refrescó mi garganta reseca, ni lo hará hasta el final. Ese tiempo ya no está muy lejos, y ahora ya sabes cómo quiero morir. Vete y déjame. Tu presencia me incomoda. Daré mi último suspiro sola, con nadie para asistir a mis padecimientos.

—No os molestaré más, Barbara —dijo Dick dando la vuelta a su caballo—, ni os pediré vuestra bendición.

—¡Mi bendición! —dijo Barbara con sarcasmo—. La tendrías, pero la tomarás como una maldición. ¡Alto! Me ha venido una idea. ¿Adónde vas?

—A buscar a *sir* Luke Rookwood —replicó Dick—. ¿Sabéis qué es de él?

—¡*Sir* Luke Rookwood! ¿Lo buscarás y lo encontrarás? —gritó Barbara.

—Lo haré —dijo Dick.

—¡Jura por estos huesos que lo harás! —le dijo Barbara—. Y lo antes posible. Nunca lo volveré a ver. Tengo un mensaje para él, de vida o muerte. ¿Se lo llevarás?

—Sí —dijo el salteador de caminos.

—Júralo por estos huesos —dijo Barbara, que con su índice apuntaba a la horca—, jura que cumplirás mi mandato.

—Lo juro —profirió Dick.

—No falles o te perseguiré hasta el día de tu muerte —amenazó Barbara, y le entregó un paquete lacrado al bandolero—. Dale esto a *sir* Luke, sólo a él. Me hubiera gustado enviárselo por otras manos que no fueran estas, pero mi pueblo me ha abandonado, ha saqueado mis propiedades, me ha privado de todo, salvo de esto. Dáselo, te lo ruego, a *sir* Luke con tus propias manos. Me lo has jurado y lo cumplirás. Dáselo y dile que recuerde a Sybil cuando lo abra. Pero no se lo darás hasta que Eleanor esté en su poder, y ella deberá estar presente cuando se rompa el

sello. Les concierne a los dos. No te atrevas a hacer alguna jugarreta con esto o mi maldición te perseguirá. Este paquete está protegido con un conjuro triple, que será fatal para ti. Obedéceme y mi último aliento será para bendecirte.

—No temas —la tranquilizó Dick al tomar el paquete—, no te defraudaré. Estate segura de ello.

—¡Por lo tanto mi cuerpo y mi alma pueden partir en paz! —dijo la vieja tarasca cuando vio que la figura de Dick se alejaba en el yermo y finalmente contempló cómo desaparecía colina abajo. Sus frágiles fuerzas parecían exhaustas por completo—. Todo por lo que debo vivir se ha cumplido —jadeó ella, y menos de una hora después el nictálope cuervo se encaramaba a su cuerpo todavía con aliento.

Dick continuó su camino y meditaba sobre este singular encuentro. Al final, pensó que podía examinar el paquete que la vieja gitana le había confiado.

—Parece un cofre —pensó—, podría ser oro. También podría tratarse de joyas, aunque no suenan y no son lo bastante pesadas. ¿De qué se puede tratar? Me gustaría saberlo. Lo que está claro es que esto tiene algún misterio. Pero no quebraré el sello, no. En cuanto a su conjuro, no se me da un ardite, pero he jurado llevárselo a *sir* Luke y entregarle su mensaje, y mantendré mi palabra si puedo. Será para él.

Dicho lo cual, colocó el paquete en su bolsillo.

Capítulo 11

El caballo fantasma

El tiempo apremia. Nosotros no nos demoraremos en nuestra ruta. Debemos volar más que nuestro bandolero volante. Cuarenta millas enteras las vamos a recorrer en un suspiro. Dos horas más pasaron y él seguía empeñado en su carrera frenética, con el ánimo tan resuelto como siempre y el propósito firme. El hermoso Newark, el impetuoso Trent, «el más querido de los ríos ingleses», le otorgaron sus laureles. El amplio Notts^[85], con sus senderos pesados y sus claros en la espesura, y rebasó el yermo, que ya no bosque, de Sherwood. El atrevido Robin Hood y sus alegres compañeros, y su Mariam, y sus cabalgadas a la luz de luna, fueron invocadas, olvidadas y dejadas atrás. ¡Hurra! ¡Hurra! Ese vitor salvaje, ese brazo alzado, ese grito vivificador, ¿qué significa? Es que pisa de nuevo el suelo del Yorkshire, los cascos de su caballo redoblan una vez más sobre los caminos del noble condado. Tan extasiado estaba Dick que él casi podría haberse arrojado de la silla para besar el polvo que había bajo sus pies. ¡Hurra! El fin está cerca. La meta está a la vista. ¡Arre! ¡Arre! ¡Vamos!

Bawtrey fue rebasado. Luego, tomó la ruta baja por Thorne y Selby y bordeaba las aguas de los profundos canales del Don.

Bess ahora empezó a mostrar síntomas de malestar, había una tensión en el porte de su cuello, una falta de vida en sus ojos, una lasitud en sus orejas, y un ligero bamboleo en su aire, lo que Turpin notó con temor. Todavía avanzaba, pero no con la misma gallardía de antes. Pero, como el pájaro agotado que se debate contra las ráfagas del océano, como el nadador que todavía brucea contra la corriente, ella seguía con su cabalgada pese a estar exhausta. No se atrevía Turpin a ponerla a prueba, pues temía que, de parar, ella perdería todas sus fuerzas o, si caía, no se levantaría más.

Estaban ahora en la hora gris y siniestra cuando algún destello de naranja o rosa enjoyaba el levante y cuando la infatigable naturaleza parece regalarse un breve reposo. En el rugido de las grandes ciudades, es el momento en el que el ruido de sus disputas se acalla. En la medianoche está despierta, viva, las calles resuenan con las risas y las ruedas resonantes. A las tres, un silencio profundo, mortal, prevalece. Las calles de voces gritonas se vuelven sordas. Están vacías de todo, salvo de los guardianes de la noche y del ladrón oculto. Pero sucede lo mismo en lugares tan alejados de las discordias de los hombres y de los ruidos de la ciudad, «la mejor niñera de la naturaleza» parece aligerar el peso de la naturaleza, y la calma reina en todos sitios. Nuestros sentimientos, en gran medida, se dejan influir por la hora. Expuesto a la dura y cruda atmósfera que no tiene los pellizcos y la agudeza del

amanecer ni el frío profundo de la noche. Nuestra complexión en vano lucha contra las aburridas y miserables sensaciones de los humedales y se comunica también a los espíritus. La esperanza nos abandona. Estamos fatigados, exhaustos. Nuestra energía se difumina. El sueño «hace pesar nuestros párpados». Miramos al vacío, conjuramos miles de imágenes desoladoras, inquietantes y descorazonadoras. Olvidamos los proyectos que habíamos forjado y que, vistos a través de este medio, parecían fantásticos, quiméricos y absurdos. Deseamos descanso, refresco, energía.

No queremos decir que Turpin sufriese todas estas penalidades, pero tenía que luchar duramente consigo mismo para mantenerse en vigilia y en forma. La luna se había puesto, las estrellas todas, salvo una, la estrella del alba, ocultaban su brillo. Una neblina densa cubría la corriente y el aire se volvía desgarradoramente frío. Los dedos helados de Turpin apenas podían agarrar la floja brida, mientras sus ojos, irritados por la atmósfera confusa, apenas le capacitaban para distinguir los objetos circundantes o incluso para guiar su corcel. Debido posiblemente a esta última causa, Bess se desfondó de manera repentina, se cayó y lanzó a su amo sobre su cabeza.

Turpin se recuperó de inmediato; su primer pensamiento fue para su yegua, pero Bess se puso inmediatamente de pie, con las mejillas y el costado cubiertos de espuma y lodo y con sus ojos repletos de un brillo salvaje, casi piadoso, que miraban a su amo.

—¿Estás herida, bonita? —le preguntó Dick. Ella se sacudió y tembló ligeramente. Dick procedió a escrutarla con ojos de experto jinete—. Nada, sólo un temblor. En cuanto a ese ojo vago, esos flancos trémulos —añadió con una mirada profunda—. Ella no puede ir más lejos y debo abandonar. ¿Cómo? ¿Abandonar la carrera cuando está casi ganada? No, no puede ser. Pensándolo bien, tengo una botella de licor, que me la dio un viejo amigo, quien fue un tipo popular y un famoso *jockey* en su tiempo, que juró que haría que su caballo corriera lo más lejos posible mientras tuviera patas para llevarle, me hizo guardar este licor para alguna gran ocasión, pero como esta no llegó, nunca la usé. Bueno, pues vamos a probarlo hoy. Debe estar en este bolsillo. ¡Ay, pobre Bess, me temo que te estoy utilizando! Después de todo, lo que *sir* Luke hizo con su amada yo lo voy a hacer contigo. ¡No importa! Será un final glorioso. Bess alzó su cabeza sobre sus hombros, Dick vertió el contenido de la botella en la garganta de su yegua, no tuvo que esperar mucho, porque los efectos vigorizantes del brebaje fueron inmediatos. El fuego volvió al ojo apagado y su crin se volvió a alzar, mientras sus costados dejaron de temblar. Y relinchó alto y alegre.

—¡Vaya! El viejo compadre estaba en lo cierto —exclamó Dick—. El brebaje ha obrado maravillas. ¿De qué demonios puede estar hecho? —añadió al examinar la botella—. Espero que haya dejado un traguito para mí, pero creo que esto me vendrá mejor —y vació su petaca de las últimas gotas de brandy.

Las extremidades de Dick se habían vuelto extremadamente rígidas, y tuvo dificultades a la hora de volver a montar en su caballo. Pero este preliminar necesario

se realizó con la ayuda de un apoyo, y no encontró demasiadas dificultades a la hora de recuperar su postura sobre la silla de montar. No sabemos si existía algún parecido entre nuestro Turpin y ese moderno Hércules del mundo deportivo, el señor Osbaldeston^[86]. Lejos de nosotros el establecer alguna comparación, pero no podemos evitar el pensar que en una en especial él recordaba al famoso «hidalgo de botones de cobre». Esto lo dejamos nosotros al juicio de nuestros lectores. Dick soportaba la fatiga maravillosamente, sufría también el martirio que, según Tom Moore^[87], les sucede a los miembros del Parlamento por pasar demasiado tiempo sentados en sus escaños. Pero de nuevo a lomos de su caballo, a Dick eso ya no le importaba nada.

Una vez más con trote airoso atravesó las orillas del Don y rodeó los campos de lino que limitaban sus orillas y avanzó con mayor velocidad que su corriente a la confluencia con el Aire.

Pasó por Snaith y llegó a la carretera de Selby cuando comenzó a alborear. Aquí y allá se escuchaban gorjeos ente los matorrales. Una liebre se cruzó veloz en su camino, tan gris como la propia mañana y las brumas empezaron a surgir de la tierra. Una barra de oro se dibujó en el este, como el tejado de un palacio esplendoroso. Pero las brumas eran densas en este laberinto de ríos y corrientes tributarias. El Ouse se extendía ante él, el Trent y el Aire quedaban atrás, el Don y el Derwent quedaban a trasmano, y todos en sus caminos coincidentes formaban el gigante Humber. En medio de una región tan pródiga en aguas, no era raro que el rocío fuera tan denso como la lluvia. Aquí y allá el terreno estaba despejado, pero de pronto se levantaba una nube de vapor, tan densa y palpable como el humo.

Mientras estas brumas le envolvían a uno, Turpin percibió a otro jinete a su lado. Era imposible distinguir los rasgos del jinete, pero su figura en la niebla parecía gigantesca, tampoco se veía el color de su caballo. Nada más se divisaba, salvo el magro y fantasmagórico perfil de caballo y caballero. A medida que el desconocido cabalgaba a través de los prados que bordeaban el camino, hasta los ruidos de sus cascos eran apenas audibles. Turpin le echó miradas furtivas, no sin un temor supersticioso. Una vez o dos trató de dirigirse al extraño jinete, pero su lengua se trababa en su paladar. Creyó descubrir en los perfiles exagerados por la bruma un bizarro y fantástico parecido con su amigo Tom King. «Debe ser Tom», pensó Turpin, «ha venido para avisarme de que me llega la hora. Le hablaré».

Pero el terror le hizo enmudecer. No podía forzar la salida de una palabra y, así, uno al lado del otro, cabalgaron en silencio. Agitado por los terrores que nunca habría reconocido en sí mismo, Dick observaba cada movimiento de su compañero. El otro estaba tranquilo, incommovible, tieso como un espectro. Y semejaba a ojos vistas un demonio a lomos de su caballo fantasma. El corcel parecía desdibujado, pero grande y huesudo y resoplaba furiosamente entre la niebla, la imaginación calenturienta de Dick añadió a su hálito la correspondiente porción de llamas. No se dijo una palabra, salvo el hosco golpear de sus cascos sobre la hierba. Era insoportable viajar así, codo

con codo, con un aparecido. Dick no lo podía aguantar más. Picó espuelas a su caballo y trató de escapar. Pero no pudo ser, el extraño, aparentemente sin esfuerzo, se situó pronto a su lado y para los temores supersticiosos de su dueño, los cascos de Bess parecían clavarse en el suelo. Poco a poco la atmósfera se volvió más nítida, brillantes y temblorosos rayos rasgaban el velo de las brumas, y entonces fue cuando Dick descubrió que el espectro de Tom King no era otro sino Luke Rookwood. Estaba montado a lomos sobre su viejo caballo, Rook, y parecía malencarado y macilento, como un fantasma de los que se desvanecen con el canto del gallo.

—¡*Sir* Luke Rookwood! —exclamó Dick con asombro—. ¡Vaya! Os había tomado...

—Por el demonio, sin duda —respondió Luke con una sonrisa sarcástica—, y lamentabais estar tan apremiado. No os inquietéis, sigo siendo de carne y hueso.

—De haberos tomado por alguien de carne mortal —dijo Dick—, pronto habríais visto lo que os hubiera hecho correr. Esta niebla confusa me engañó y Bess actuó de la misma tonta manera que yo. Sin embargo, ahora que os he reconocido, os digo que debéis picar espuelas, pues me siguen de cerca, y aunque tengo mucho que deciros, no puedo perder un segundo —y Dick le explicó brevemente los detalles de su cabalgada y, en particular, los de su encuentro con Barbara—. Aquí está el paquete —dijo—, tal y como me lo dio. Debéis guardarlo hasta que sea el momento adecuado. Y, aquí —añadió al sacar de su bolsillo un papel—, está la partida de matrimonio. Ahora que sois el hijo legítimo de vuestro padre, enseñádselo a quien os lo deniegue. Tomadlo y no me deis las gracias. Si alguna vez sois el dueño de la mano de la señorita Mowbray, no os olvidéis de DickTurpin.

—No lo haré —dijo mientras apretaba con ansiedad el certificado—, pero ella nunca será mía.

—¿Tenéis su promesa?

—La tengo.

—¿Qué más necesitáis?

—Su mano.

—Es el siguiente paso.

—Lo que seguirá —replicó *sir* Luke con hosquedad—. Tenéis razón, es mi prometida, prometida ante el infierno y no ante el cielo. He sellado ese contrato con sangre, con la sangre de Sybil, y se cumplirá. Tengo su promesa, ¡su promesa, ja, ja, ja! Aunque perezca en el intento, la arrancaré de los brazos de Ranulph. Nunca será suya. Antes la mataré a puñaladas. Dos veces he fallado en mis intentos de raptarla. Ahora vengo de Rookwood. Mañana repetiré mi ataque. ¿Me asistiréis?

—¡Mañana por la noche! —terció Dick.

—No, esta noche. Acaba de amanecer un nuevo día —replicó Luke.

—Lo haré. ¿Ella está en Rookwood?

—Languidece allí ahora, vigilada por su madre y por su amado. La mansión está vigilada por guardas. Ranulph está siempre alerta, pero podemos sorprender por

asalto a la guarnición. Tengo un espía dentro de sus muros, una muchacha gitana que es fiel a mi causa. Por ella he sabido que hay una conjura para casar a Eleanor con Ranulph, y para que el enlace tenga lugar mañana, en secreto.

—Puede ser. Pero ¿por qué no irrumpís en la mansión en persona y la reclamáis?

—Porque soy un felón y un proscrito, se ha puesto precio a mi cabeza. Se me da caza en todo el condado y he de esconderme. No me atrevo a mostrarme por miedo a que me capturen. ¿Qué puedo hacer ahora? Me cargarían de cadenas, me encerrarían en un calabozo y Eleanor se casaría con Ranulph. ¿Quién avalaría mis derechos? ¿Qué significa su promesa para ellos? No, debe ser mía a la fuerza, nunca será *suya*. Otra vez os lo pregunto: ¿Me ayudaréis?

—Ya os lo he dicho, lo haré. ¿Dónde está Alan Rookwood?

—Escondido en la choza de Thorne Waste. La conocéis, fue uno de vuestros refugios.

—La conozco muy bien —dijo Dick—. Conkey Jem es su guarda, es un tío listo. Me reuniré con vos en la choza a medianoche si todo va bien. Sacaremos a esa pobrecilla de allí pese a todos... Es el tipo de acción que me gusta. Pero en caso de un fallo por mi parte, supongo que os haréis cargo de mi bolsa.

A Luke le hubiera gustado declinar la oferta.

—¡Psché! —dijo Dick—. ¿Quién sabe lo que pasará? No está mal herrada. Encontraréis unos cuantos cientos en esa bolsa de seda, no se ve a menudo que sea el salteador de caminos el que entrega la bolsa. Cogedla, hombre, ajustaremos cuentas esta noche. Y si no puedo llegar, os ayudaré con vuestra novia. Y ahora nos veremos en la choza, pues sólo servís para hacerme perder tiempo. *Adieu!* Recuerdos al viejo Alan. Daremos el golpe esta noche. Id a la choza. Manteneos oculto hasta la medianoche y ya cabalgaremos juntos hasta Rookwood.

—Os espero a medianoche —replicó *sir* Luke mientras se alejaba.

—¡Cuidado con los polizontes! —le gritó Dick.

Pero Luke había desaparecido; al poco rato Dick azotaba las llanuras tan rápido como siempre. Entretanto, ya que Dick había aludido a los polizontes, no debemos dejar de preguntar cómo les había ido en su cabalgada a través de la noche y si seguían a la caza de su pieza.

Con la excepción de Titus, que quedó completamente exhausto en Grantham, después de «darse un completo empacho» de cabalgar, los demás seguían en la caza y estaban resueltos a atrapar tarde o temprano a su pieza, para lo que siguieron con el sistema de los relevos en las postas. El mayor Mowbray y Paterson iban en cabeza, pero el invencible e iracundo procurador no estaba lejos de ellos, y su ira no había sido apaciguada en manera alguna por la fatiga que sobrellevaba. En Bawtrey mantuvieron un consejo de guerra por breves minutos, pues dudaban de la dirección que había tomado. Su incertidumbre fue aliviada por un peatón que había oído el gran grito que emitió Dick al pasar los límites del Nottinghamshire, y que le había visto tomar el camino bajo. Ellos tomaron entonces la carretera hacia Thorne al azar, pero

pronto tuvieron la satisfacción de comprobar que estaban en el camino correcto. Eso les hizo picar espuelas con furor. Llegaron a Selby, cambiaron de caballos en la posada que estaba enfrente de la venerable iglesia catedral, y supieron por el mozo de postas que un jinete afanoso sobre un corcel cansado había atravesado la ciudad cinco minutos antes y que no podía estar a más de un cuarto de milla.

—Su caballo estaba tan moribundo —dijo el muchacho— que estoy seguro que no ha podido ir muy lejos. Y si espabilan, le podrán encontrar antes de que llegue al transbordador de Cawood.

El señor Coates estaba eufórico.

—Lo tendremos encerrado en el castillo de York antes de una hora, Paterson —dijo, y se frotaba las manos de gozo.

—Eso espero, señor —dijo el alguacil mayor—, pero empiezo a tener algunas dudas.

—Ahora, señores —dijo el mozo—, vengan. Les llevaré hasta él pronto.

Capítulo 12

El transbordador de Cawood

El sol había ya sobrepasado «la alta colina del oriente» y sus rayos se reflejaban sobre las profundas y perezosas aguas del Ouse cuando Turpin alcanzó el transbordador de Cawood. Con grandes fatigas se había arrastrado hasta allí, con fatiga y lentitud. Los poderes de su valiente corcel se habían gastado y él apenas podía evitar que su yegua se desplomara. Eran ya entre las cinco y las seis de la mañana. Sólo quedaban nueve millas ante él, y ese pensamiento le hacía revivir. Alcanzó el borde del agua e hizo una señal al transbordador que estaba en la otra orilla. En ese instante un griterío penetró en sus oídos, eran los alaridos de sus perseguidores. La desesperación se reflejó en su rostro. Gritó al barquero y le rogó que fuera más aprisa. El hombre obedeció, pero tenía que afrontar una fuerte corriente y tenía una barca lenta y duros obstáculos con los que lidiar. Apenas había abandonado la otra orilla cuando escuchó los gritos de los perseguidores. El ruido de sus caballos se hacía cada vez más intenso.

La barca apenas había alcanzado la mitad de la corriente cuando sus perseguidores estaban a mano. Tranquilamente descendió por la ribera y se metió en el agua. Se zambulleron y caballo y jinete descendían por el río.

El mayor Mowbray estaba en el borde del agua; dudó un instante y se detuvo. Dominado como lo estaba por la manía de la distinción ecuestre, el señor Coates se atrevió con la corriente, no así Paterson. Con gran frialdad pasó a sus bulldogs y, al ver a Turpin, calculó los pros y contras de disparar sobre Turpin mientras cruzaba el río. «Ciertamente le podría atinar», pensó, «pero ¿para qué? Un bandolero muerto no vale nada. Vivo, gano trescientas libras. No le dispararé, pero habrá que fingir». Y de acuerdo con tal pensamiento, abrió fuego.

El disparo rozó el agua, pero no hizo mucho daño, como se pretendía. Eso, sin embargo, ocasionó un accidente que probó ser casi fatal para nuestro leguleyo acuático. Alarmado al oír los tiros, nervioso por la agitación del momento, tiró con tanta firmeza de su brida que su corcel se sumergió de inmediato. Uno o dos segundos después él surgió de las aguas, sacudió sus orejas y se encaminó pesadamente hacia la orilla. Y fue tal el efecto escalofriante de esta inmersión, que el señor Coates ahora pensaba más en salvar su pellejo que en perseguir a Turpin. Dick, mientras tanto, alcanzó la orilla opuesta y, refrescada por el baño, Bess ascendió por la ribera y llegó rápidamente al camino.

—¡Lo conseguiré! —gritó Dick—. ¡Vamos, bonita! ¡Arre!

Bess escuchó el grito de gozo y respondió a su espíritu. Reagrupó todas sus energías, estiró todos sus ligamentos y concentró todas las fuerzas que le restaban.

Una vez más, en alas de la velocidad, le alejó de sus perseguidores. El mayor Mowbray, que había conseguido pasar a la otra orilla y se creía a punto de capturarlo, vio cómo se escabullía de entre sus manos como una liebre herida.

—No puedo creerlo —dijo el mayor—, no es sino el canto del cisne. La brava yegua va a desfondarse pronto.

—Está condenada, eso está claro —dijo el mozo—. La encontraremos en la carretera.

Totalmente al contrario de los pronósticos, Bess aguantó y desafió a sus perseguidores. Su paso era tan veloz como cuando empezó el viaje, pero era una acción inconsciente y mecánica. Le faltaban la facilidad, la ligereza y la vivacidad de sus antiguos aires. Parecía vivir para realizar una tarea que debía cumplir. No hubo fustazos ni gallos de espuela ensangrentados. Pero su corazón palpitaba y la agitaba por dentro. Su espíritu la empujaba hacia delante. Su ojo brillaba, su pecho se elevaba, sus flancos temblaban y su crin volvió a caerse. Pero aún seguía cabalgando.

—¡Dios! ¡Se está muriendo! Lo noto —dijo Dick.

Pero ella continuaba.

Pasó por Fulford, las torres y los pináculos de York surgían ante ellos con toda la frescura, la belleza y la gloria de un brillante y claro amanecer de otoño. La venerable ciudad parecía emitir una sonrisa de bienvenida, como si fuera un saludo de la noble catedral y sus serenos, imponentes y hermosos pináculos de crestería. El airoso chapitel de Saint Mary, la torre de All Hallows y los potentes muros de la poterna adyacente, el hosco castillo, y la torre vecina de Clifford, todos estaban radiantes, como un rostro de ojos luminosos que sonrío con franqueza.

—Ya está. ¡He ganado! —gritó Dick—... ¡Hurra! ¡Hurra! —y el aire soleado vibró con sus gritos.

Bess no era insensible a la exaltación de su amo. Relinchaba débilmente en respuesta a sus gritos y siguió con su avance. Era un terrible espectáculo verla, con los ojos desorbitados, sus costados palpitantes, pero, mientras la vida y las extremidades aguantasen, ella continuaría.

Recorrieron otra milla, York estaba cerca.

—¡Hurra! —gritó Dick, pero su voz fue silenciada. Bess trastabilló, se desplomó. Bess jadeó de forma terrible, casi un lamento de despedida, un resoplido. Su ojo se fijó por un instante sobre su dueño, con un resplandor mortal. Entonces se quedaron sin luz, fijos y vidriosos. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Su corazón había reventado.

Los ojos de Dick estaban inundados. Su triunfo, nada más conseguido, fue olvidado. Descuidó hasta su propia seguridad. Permaneció llorando y lamentándose como si hubiese alguien junto a él.

—¡Me has dejado, Bess! —lloraba Dick con voz de agonía, mientras levantaba la cabeza de su corcel y besaba sus labios, cubiertos de espuma sanguinolenta—. ¡Te has ido! ¡Me has dejado! Y yo he matado al mejor caballo que jamás cabalgó. ¿Y

para qué? ¿Para qué?

En ese momento la campana de la torre de la catedral dio las seis.

—Ya lo sé: para oír estas campanadas.

Turpin se recuperó de su estado de estupefacción en el que se había sumido cuando notó un golpe en su hombro. Vuelto en sí por el golpe, se alzó sobre sus pies y trató de sacar sus pistolas, pero no fueron necesarias, ya que descubrió que el intruso era el barbado Balthazar. El patriarca estaba envuelto en andrajos de mendigo y llevaba una gran cartera sobre los hombros.

—¿Así que esto es lo que queda del mejor caballo de Inglaterra? —dijo Balthazar—. Puedo suponer que si esto ha pasado es porque te persiguen.

—Sí —dijo Turpin abruptamente.

—¿Tus perseguidores están cerca?

—A unos pocos cientos de yardas.

—Entonces, ¿qué haces aquí? Vuela mientras puedas.

—No, no —dijo Turpin—. Lucharé aquí contra ellos, aquí, junto a Bess. ¡Pobrecita, la he matado! Pero lo ha conseguido, ¡ja, ja, ja! Hemos vencido. ¿Qué? —y su voz se ahogó.

—¡Vamos! Oigo ruido de cascos y gritos —gritó el gitano—, toma esta maleta, con ella puedes cambiar de vestido, métete en lo más denso de los matorrales. ¡Sálvate!

—Pero, Bess. No puedo abandonarla —exclamó Dick tras una mirada dolorida a su yegua.

—¿No murió Bess para salvarte? —replicó el gitano.

—Es cierto, es cierto —dijo Dick—, pero cuida de ella. No dejes que esos perros hurguen en su cadáver.

—¡Vete ya! Deja a Bess a mi cuidado.

Dick se apoderó de la cartera y desapareció en la espesura adyacente al camino. No pasaron demasiados segundos cuando apareció el mayor Mowbray.

—¿Qué es esto? —preguntó el mayor, que desmontó de su caballo y aprehendió al gitano—. Éste no es Turpin.

—Ciertamente, no —replicó Balthazar fríamente—. No doy exactamente el tipo de saltador de caminos.

—¿Dónde está? ¿Qué ha sido de él? —preguntó desesperado Coates, que se unió al mayor junto con Paterson.

—Me temo que se ha escapado —dijo el mayor—. ¿Has visto a alguien? —le preguntó al gitano.

—No he visto a nadie —contestó Balthazar—, he llegado hace sólo un instante. Este caballo muerto en la carretera me llamó la atención.

—¡Ah! —exclamó Paterson al bajar de su caballo—. Éste puede ser Turpin, después de todo. Dispone de tantos disfraces como el propio demonio y puede haber portado esa barba de chivo en su equipaje —dicho lo cual, agarró al gitano por la barba y la agitó con la misma falta de respeto con que el jefe galo lo hizo con el

mentón del senador romano.

—¡Demonios! ¡Quita esas manos! —gritó Balthazar—. ¡Por Salomón que no estoy dispuesto a aguantar semejante ofensa! ¿Creéis que una barba como la mía crece en pocos minutos? ¡Manos fuera!

—¡Es de verdad! —exclamó Paterson, que dejó de apretar la barba del gitano y lo miró pálido como un cadáver.

—Sí —exclamó Coates—, todo por culpa de ese trozo de carroña inútil. Si no fuera porque esperan verle colgado de esas murallas —y señaló al castillo—, me gustaría que su amo estuviese a su lado. A los perros con la yegua.

Y cuando iba a profanar el cuerpo sin vida de la pobre Bess, un golpe imprevisto, dado de manos del calé, le hizo caer al suelo.

—¡Ya te enseñaré a ofenderme! —dijo Balthazar antes de lanzarse sobre Paterson.

—Vamos, vamos —dijo el frustrado alguacil mayor—, basta ya. Está claro que nos hemos equivocado, mis huesos me duelen ya bastante sin necesidad de que me golpees con tu maza, viejo. Vamos, señor Coates, deme el brazo y vayámonos. Hemos sufrido una infernal y larga cabalgada para nada.

—No tanto —contestó Coates—, ya he pagado un alto precio. Vamos a ver qué es lo que hay para desayunar en el campo de bolos que hay allí, aunque ya he tomado mi trago matutino —añadió el gracioso leguleyo, mientras se palpaba sus humedecidas ropas.

—¡Pobre Black Bess! —dijo el mayor Mowbray, que no podía apartar su mirada compasiva de la yegua que yacía muerta a sus pies—. Merecías mejor suerte y mejor amo. Las hazañas que produjo tu inagotable energía se adornarán con los vivos colores de los romances. ¡Que la tierra te sea leve, yegua sin par!

El grupo se encaminó hacia el campo de bolos y dejó al gitano en la tranquila posesión del cuerpo sin vida de Black Bess. El mayor Mowbray ordenó que se preparase una sólida refacción con la mayor rapidez posible.

Un campesino vestido con un jubón holgado estaba muy entretenido en la deglución de su desayuno.

—Fijaos en cómo ese individuo se precipita sobre su desayuno, parece que ha estado ayunando durante un año —dijo el señor Coates—; fijaos en los efectos que produce toda una vida de honesto trabajo, Paterson. Le envidio su apetito, sólo lo haría con más celo si estuviese Dick Turpin en su lugar.

El destripaterrones les miró. Era un tipo muy extraño, con una bizquera terrible y una complexión retorcida.

—¡Qué bicho más feo! —exclamó Paterson—. ¡Vaya ojos más torcidos tiene!

—¿Qué es lo que decís sobre Dick *Taarpin*, señorito? —preguntó el palurdo con su boca rebosante de migas.

—¿Lo habéis visto? —preguntó Coates.

—No —dijo entre dientes—, pero he oído a la gente de los alrededores hablar de

él. Cuentan que tiene en jaque a todos los fiscales y alguaciles y que se ríe de ellos en sus narices a cada intento que hacen de trincarlo. ¡Ja, ja, ja! Él recorre más terreno en un día que ellos en una semana. ¡Jo, jo!

—Eso se acabó —dijo quisquilloso Coates—, se ha perdido a sí mismo al matar a su famosa yegua.

El gañán casi se atraganta en el intento de devorar un bocado aún mayor.

—Desde luego, señorito. ¿Cómo pasó eso? —preguntó tan pronto como recuperó el habla.

—El insensato cabalgó desde Londres hasta York la noche pasada —contestó Coates—, tal hazaña no se había ejecutado antes. ¿De qué caballo se hubiera podido esperar que viviese después de un trabajo como ese?

—¡Ah!, sólo un *pirao* hace esas cosas —señaló el cateto—, pero ¿vos lo seguisteis?

—Sí.

—¿Y lo habéis atrapado *dispués* de tanta fatiga, supongo? —preguntó el rústico bizqueando más que nunca.

—No —contestó Coates—, no lo hicimos. Pero ya lo tenemos. Estoy seguro de que no puede andar muy lejos. Estamos más cerca de él de lo que podemos imaginar.

—Puede ser así, señorito —contestó el palurdo—, pero... ¿puedo ser tan atrevido como para preguntaros cuántos caballos habéis empleado en la persecución? ¿Quizá media docena?

—¡Media docena! —gruñó Paterson—. Al menos fueron media docena.

«¡Y yo sólo uno!», proclamó mentalmente Turpin, ya que él era el que se ocultaba tras el palurdo.

LIBRO 5

LA PROMESA

*Era un juramento perverso,
más idóneo para ser quebrantado
que para ser guardado.
El derecho de gentes y el natural permiten,
en tal caso,
la dispensa del juramento.*

TATEHAM

Capítulo 1

La choza en Thorne Waste

La choza en Thorne Waste, a la cual hemos aludido antes de manera incidental, y en la que ahora vamos a reparar, era una baja y solitaria cabaña situada en los márgenes del profundo y fangoso Don, en el extremo oriental de la gran ciénaga. Al parecer, su propietario ejercía las funciones de barquero en esa parte del río, pero como la carretera que pasaba por su propiedad era poco frecuentada, su embarcación, por lo general, se permitía dormir sin perturbaciones en su fondeadero.

Sin embargo, en realidad, era el enlace en el interior de una horda de contrabandistas que infestaba las costas vecinas. Su cabaña era el lugar de sus encuentros y no pocas veces el almacén de sus objetos de contrabando. Conkey Jim, que así era denominado por sus asociados, a causa del Slawkenberguiano^[88] promontorio que decoraba su complexión, había sido un veterano en tales lides; pero al volver tras siete años de ausencia a su tierra por causa de su vida al margen de la ley, desempeñó su negocio con mayor prudencia y circunspección, y desde entonces nunca se le volvió a relacionar con su antiguo tráfico. Ni siquiera, pese a estar tan magníficamente dotado para ese particular, se supo que se hubiera *chivado* de alguno de sus cómplices. Por el contrario, su choza era el asilo para todos los fugitivos de la justicia. Y pese a que la santidad de sus muros no era, con toda probabilidad, muy respetable, nadie que fuese detectado en sus proximidades, incluso un ladrón cuya pista se seguía de cerca (como sucedió a menudo), todas sus huellas se perdían de manera inevitable al llegar a la cabaña del barquero y cualquier búsqueda posterior era supérflua.

En su interior, la choza presentaba el aspecto que es de suponer, dadas las actividades de su propietario y su poco prometedor fachada. Se componía de poco más que de un par de habitaciones cuyas paredes de adobe rudamente blanqueadas exhibían, en lugar de estampas de algún mérito, una galería de coplas de cordel burdamente ilustradas, que celebraban las hazañas de varios salteadores de caminos, célebres por las canciones, y entre los cuales nuestro amigo Dick Turpin ocupaba un lugar conspicuo junto a su corcel negro, Black Bess, a la que se representaba como un enorme y negro borrón rampante. Dick, a lomos de su corcel, empuñaba una pistola que era más grande que el brazo que la sostenía. Cerca de esta curiosa colección se encontraban una caña de pescar, una red, un arpón de tridente para las anguilas y otros implementos piscatorios, con un par de remos de barquero y un ancla colgados de la pared, indicios del oficio de batelero de Jem. El interior estaba ennegrecido y sucio por el humo de turba, ya que el vapor del hogar carecía de puntos de fuga. La única ventana se hallaba en la parte frontal, el compartimento trasero, que le servía a

Jem de dormitorio, carecía de aperturas que permitieran la entrada de la luz, salvo la que llegaba a través de la puerta que comunicaba las dos habitaciones. Un par de sillas de enea rotas junto a otro par de mesas sucias componían todo el mobiliario del batelero.

Pese a la impresión grotesca que causaba su descomunal órgano olfativo, el aspecto de Jem era, a la vez, salvaje y repulsivo, en el que predominaba el animal. Su cabello largo y negro colgaba sobre su rostro inflamado con bucles salvajes de duende; sus ojos eran pequeños, inyectados en sangre, lobunos y lanzaban miradas suspicaces bajo sus cejas pilosas y marcadas por cicatrices. Algunos de sus dientes se proyectaban fuera de la boca sensual de gruesos labios, como si fueran los colmillos de un oso. Enano y deforme, Jem era de constitución robusta, y por su anchura de hombros y cortedad de cuello su complexión parecía tan cuadrada y sólida como la de un cubo. Su garganta y su pecho hirsuto estaban constantemente expuestos a la atmósfera y habían adquirido un tono bronceado, mientras que sus brazos, velludos y descubiertos hasta los hombros, parecían un nudo de músculos plegados, con cuyas fuerzas concentradas a nadie le hubiera gustado enfrentarse.

Era cerca de medianoche y Jem, que se había echado sobre el suelo de su choza, se levantó de pronto por el instinto que nunca falla para poner a los de su clase, cuando hace falta, en alerta. Avivó el combustible casi agotado de la lámpara. Después de conseguir más trozos de turba, Jem procedió a examinar la seguridad de su puerta y ventana, y satisfecho al ver cerrados cerrojo y tranca, también cerró con cuidado el postigo, encendió otra luz y se marchó hacia su dormitorio. Pero no fue para el descanso nocturno para lo que el barquero se retiró a su dormitorio. Tras su lecho estrambótico se encontraban unas cuantas botellas vacías y un barril de cerveza. Hizo rodar el barril y al presionar con el pie en la tabla que estaba bajo el mismo, el suelo se abrió y una puerta secreta mostró una escala que parecía conducir, en apariencia, a las entrañas de la tierra. Jem se asomó al abismo y llamó con rudas voces a alguien que estaba allá abajo.

De inmediato, surgió una respuesta y pronto se hizo visible una luz a los pies de la escalera. No tardaron en ascender dos figuras. El primero que puso el pie en la cabaña del barquero fue Alan Rookwood. El otro, como el lector quizá podrá adivinar, era su nieto.

—¿Es la hora? —preguntó Luke al salir de la trampilla.

—Sí —replicó Jem con una risa grosera—, si no, no me habría molestado en llamaros. Pero puede que queráis algún refresco antes de empezar —añadió con mayor suavidad en sus modales—. Un latigazo de nantz puede ponerlos en disposición de hacer el trabajo. ¡Ja, ja!

—No —dijo Luke, que a duras penas podía tolerar las familiaridades de su compinche.

—Dame algo de beber —dijo Alan, que caminó débilmente hacia el fuego y extendió sus dedos huesudos ante él—. Estoy aterido por las humedades de esta

cueva cenagosa, casi se ha extinguido mi calor natural.

—Esto criará nueva médula para tus viejos huesos —respondió Jem, que le ofreció un vaso de brandy—, no hay que escatimarlos. Estoy seguro de que te sentará mejor, pues tienes una pinta verdaderamente espantosa. ¡Echaos al colete la copa!

Alan era, para decirlo suavemente, una visión fantasmagórica. Los sucesos de los últimos días produjeron en él un cambio espantoso. Su apariencia era casi inanimada y cuando, con manos agitadas y labios temblorosos, tragó la poción hasta las heces, una mueca terrible se dibujó en sus facciones, tal como hace sobre un cadáver la acción de la máquina galvánica. Incluso Jem le miró con una suerte de temor. Después de que tomase aire por un momento, Alan prorrumpió en un arranque de salvajes y desaforadas carcajadas.

—¡Vaya, sí! —dijo él—. Esto le rejuvenece a uno y le inyecta fuego en las venas. ¿Quién podría pensar que puede albergarse tanta vida y tanta energía en un vasito? Ya soy otra vez yo mismo, no el montón de barro sin pulso y sin alma que era hace un par de minutos. Las humedades de aquella cueva me han destruido... Y la soledad, los extraños sueños que he tenido... ¡Las visiones! ¡Horrible! No voy a pensar más en ello. Ahora estoy mejor, dispuesto a ejecutar mis planes... *tus* planes, debería decir, nieto, ¿están preparados nuestros caballos? ¿Por qué nos demoramos? Ha llegado la hora y no me gustaría que mi recién recobrado coraje se disipara antes de acabar la gran tarea de mi vida. Una vez hecho esto, ya no necesito más estimulantes. ¡Vámonos!

—Tenemos que esperar a Turpin —dijo Luke—. Estoy tan impaciente como tú y temo que le haya pasado alguna desgracia; de lo contrario habría sido fiel a su cita. ¿No piensas lo mismo? —le dijo al barquero.

—No, porque —replicó Jem con reluctancia— desde que vivís los dos en esta casa os he ocultado algo que ya no puedo esconder por más tiempo. Os diré lo que no os dije antes por miedo a que os derrumbarais. Dick Turpin no puede ayudaros porque ha sido atrapado.

—¡Turpin, preso! —exclamó Luke.

—Sí —replicó Jem—, lo escuché de labios de un granjero que cruzó en la barca al anochecer; fue atrapado esta mañana en York, después de haber cabalgado a lomos de su célebre jaca color azabache hasta la muerte, lo que me duele más que todo el resto de la historia. Me temo que Dick ya no podrá burlar a la justicia esta vez. Creo que su hora ha llegado.

—¿Queréis ocupar su sitio y seguirnos? —le preguntó Luke al barquero.

—No, no —contestó Jem sacudiendo la cabeza—, hay demasiados riesgos y escasos beneficios para mí en ese negocio... No quiero.

—¿Con qué te podríamos tentar para que te animes a la empresa? —preguntó Alan.

—Más de lo que me puedes ofrecer, señor Peter —respondió Jem, a quien no se le había aclarado el nombre y la condición real de Alan.

—¿Cómo lo puedes saber? —preguntó Alan—. Dime qué es lo que quieres.

—Bueno, entonces, si tenéis unas cien libras, si las tenéis, me podríais comprar...

—Para vender tu alma al diablo, no lo dudo —dijo Luke, que pateó con furia el suelo—. ¡Vámonos! No necesitamos su ayuda mercenaria. Lo haremos sin él.

—¡Quieto! —dijo Alan—, tendrás las cien, en caso de que tus servicios sean ciertos.

—Cortad toda vuestra charlatanería, señor Peter —replicó Jem con un tono gruñón—; si voy, hay que soltar ya la plata. Y creo que eso es más de lo que podéis hacer.

—Dame tu bolsa —le susurró Alan a su nieto—. ¡Psché! ¿Dudas? Este hombre puede hacer mucho por nosotros. Piensa en Eleanor y sé prudente. No puedes realizar el trabajo sin ayuda.

Tomó el contenido de la bolsa y se lo entregó al barquero.

—Si tenemos éxito —dijo Alan—, la suma será el doble. Y, ahora, vámonos.

Durante la charla de Alan los ojos pequeños de Jem se habían fijado en la bolsa, mientras que guardó mecánicamente los pagarés que se le entregaron. No podía apartar su mirada, y continuó contemplando el tesoro que se exponía ante él, como si quisiera hacerlo suyo a cualquier precio.

Alan se dio cuenta del error que había cometido al enseñarle el contenido de la bolsa al avaricioso barquero y estaba a punto de devolvérsela a Luke cuando esta fue repentinamente arrebatada de su puño y un puñetazo le derribó. Para Conkey Jem la tentación resultó irresistible, y al saber que podía con los dos compinches, y al creer que estaba seguro de no ser atrapado, le vino la idea de escapar de ellos y de apoderarse de sus riquezas. Tan pronto como se desembarazó de Alan, embistió contra Luke, al que se encontró en la mitad de su carga. Con el vigor y la rapidez de este el lector ya está familiarizado, pero no era rival para la fuerza hercúlea del membrudo barquero, quien, con la ferocidad del jabalí, al que tanto se parecía, le atacó. Sin embargo, como es de imaginar, él no estaba dispuesto a dejarse arrebatar la vida sin resistencia. Vio desde el principio las intenciones asesinas del villano y, bien al tanto de su prodigiosa fuerza, de haber podido evitar una pelea trabada, lo hubiera hecho. Arrebató el arpón de pescar anguilas de la pared y lo arrojó sobre la cabeza de su adversario, pero sin acertarle. Al poco rato se veía agarrado por una garra que parecía la de un oso polar. Pese a todos sus esfuerzos, Luke fue pronto arrojado al suelo y Jem, que se había abalanzado sobre él, buscaba la misma arma para poner un sangriento fin a la lucha cuando se oyó el trote de un caballo en la puerta. Sonaron lentamente tres golpes, se repitieron lentamente, uno detrás de otro, y resonó un silbido de llamada.

—¡Maldición! —gritó Jem—, ¡me interrumpen! —parecía irresoluto y cambiaba de posición sobre el cuerpo de Luke.

Éste fue un momento afortunado para Luke y, con toda probabilidad, el que salvó su vida. Se liberó de sus garras, se puso en pie y, lo que es más importante, recuperó

el arma y la empuñó.

—¡Villano! —gritó cuando estaba a punto de lanzar el arpón con todas sus fuerzas sobre el cuerpo de su enemigo—... Vas... Se volvió a oír el silbido.

—¿No oyes eso? Es el silbido de Turpin —gritó Jem.

—¡Turpin! —repitió Luke, que soltó el arpón—. Abre la puerta, canalla traidor, y déjale entrar.

—Bueno, no se hable más, *sir* Luke —dijo Jem adulator—, sé que os debo la vida y os lo agradezco. Tomad la bolsa. Él no me la debería haber mostrado... Fue lo que desencadenó todo este desastre.

—Quítale la tranca a la puerta y no charlatanees —dijo Luke con desprecio.

Jem cumplió con fingida diligencia pero con real reluctancia, lanzaba miradas suspicaces a Luke mientras retiraba los cerrojos. Al fin se abrió la puerta; macilento, exhausto y cubierto de polvo, Dick Turpin entró en la choza.

—Bien, aquí estoy —dijo él con una carcajada hueca—, he mantenido mi palabra, ¡ja, ja, ja! —y se derrumbó sobre una de las sillas.

—Se decía que os habían atrapado —dijo Luke—, me agrada comprobar que la información es falsa —añadió con una mirada furiosa hacia el barquero.

—Quien os lo haya dicho os mintió, *sir* Luke —contestó Dick—, pero ¿por qué miras con ese ceño, viejo Caronte?... ¿Y vos, *sir* Luke? ¿Por qué os miráis así uno a otro? Cierra la puerta, atráncala, Cerbero, ¡así! Ahora sírveme un vaso de brandy, luego me pondré a hablar... Un trago... Otro... ¿Qué es lo que veo? ¿Un muerto? El viejo Peter, quiero decir, Alan, ¿qué le ha pasado para que esté así?

—Espero que nada —dijo Luke mientras se inclinaba para alzar a su abuelo—, el golpe le ha aturdido.

—¿El golpe? —repitió Dick—. ¡Qué! Entonces, ¿ha habido una pelea? Creo que sí por las amables miradas que os lanzáis unos a otros. Vamos, vamos, no debe haber disputas entre nosotros. Dadle a la vieja lombriz de tierra un sorbo de esto; esto le recuperará en breve, os lo aseguro. Frotad también sus sienes si queréis. Pero es mejor remedio que le entre por el gollete, su cauce natural. Y ahora, Jem, busca en tu alacena y mira si tienes algo para echarle el diente. Estoy más hambriento que un cazador y más sediento que un camello.

Capítulo 2

El mayor Mowbray

Conkey Jem marchó en busca de las provisiones que se podían encontrar en su choza. Turpin, entre tanto, prestó su asistencia, junto con Luke, a la recuperación de Alan Rookwood, y no tardaron mucho en conseguir que volviera a la consciencia. Se quedó muy sorprendido al ver que el bandolero se les había unido, y expresó su deseo de escapar de la cabaña lo más pronto posible.

—Eso lo haremos pronto, mi querido amigo —dijo Dick—, pero si hubieses ayunado tanto como yo lo he hecho, y tras haber pasado tantas fatigas en la empresa, comprenderíais, sin la menor dificultad, la idoneidad de cebar antes de actuar. Aquí viene el viejo narigón con una rodaja de panceta y un pan. Bueno, apenas puedo esperar por el tueste. En mi estado presente podría incluso devorar a un cerdo en su pocilga.

Luego, se dedicó a devorar el pan y a beber una botella de cerveza fuerte de March, que Jem había colocado sobre la mesa. Bebió grandes tragos de esta, al tiempo que el barquero se dedicaba a tostar algunas rodajas de panceta sobre las silbantes brasas.

Luke, mientras tanto, caminaba con impaciencia por la habitación. Había arrinconado el arpón con tridente y se colocó una pistola en el pecho lista para efectuar su trabajo, si la ocasión lo requiriese, ya que no tenía la menor confianza en la fidelidad del barquero. Miró con impaciencia a Turpin, quien prosiguió su cena con una voracidad vigorosa, propia de un soldado hambriento. Pero el salteador de caminos no dio ninguna respuesta a sus miradas, excepto aquellas que salían de sus poderosas mandíbulas que trituraban el alimento durante su cena aparentemente interminable.

—Estaré preparado en un segundo, *sir* Luke —dijo Dick—. Todo está bien, excelente cerveza, Caronte, fuerte como el agua de la Estigia, ¡ja, ja, ja! Otro trago y habré acabado. Lamento retrasarle. No os podéis imaginar con que facilidad los burlé en York vestido de palurdo. Todo gracias al viejo Balty, el gitano, un viejo camarada, ¡ja, ja, ja! Mis viejos amigos nunca me dejan con un palmo de narices. ¿Eh, viejo napias? Siempre alguien me ayuda a ponerme a flote, fuerte como nunca. Este trago va por ti, viejo.

Jem le devolvió una mirada lúgubre y posó la última loncha en la mesa, que fue pronto despachada.

—¡Pobre Bess! —murmuró Dick al apurar el último vaso de cerveza—, ¡pobre chiquita! La enterramos al borde del camino, entre los árboles; hondo, muy hondo. Sus restos nunca serán profanados. ¡Ay, ay! ¡Mi linda Black Bess! No importa, su

fama sigue viva y sus hazañas nos sobrevivirán. La prueba se acabó. Ahora — continuó tras levantarse de la silla— estoy con vos. ¿Dónde están los jacos?

—En el establo, bajo tierra —gruñó Jem.

Alan Rookwood, mientras tanto, se había unido a su nieto y conversaron en un aparte un par de minutos.

—Mis fuerzas no me acompañarán durante toda la noche —dijo Alan—, este individuo me ha dejado muy maltrecho. Tendrás que ir sin mí a la mansión. Aquí tienes la llave del pasadizo secreto. Ya conoces la entrada, ¡te esperaré en la tumba!

—La tumba —repitió Luke.

—Sí, nuestra cripta familiar —respondió Alan, con un gesto macabro— es el único lugar seguro para mí ahora. Déjame verla allí. Déjame saber que mi venganza es completa y que triunfo en mi muerte sobre él, mi maldito hermano, a través de ti, mi nieto. Tú tienes un hermano y rival, un triunfador. Ahora ya sabes lo que es el odio.

—Lo sé —respondió Luke con orgullo.

—Pero no con un odio como el mío, que dura una vida, una existencia tan larga como la que he soportado; un odio así de intenso engendrado en mi seno, por causa de uno de mi propia raza y que se extiende a toda su sangre, excepto a ti. E incluso ahora, cuando miro a la muerte a la cara, cuando el alma aspira a salir de esta prisión, arde con la misma fuerza de siempre. No puedes saber lo que es el odio. Tú has cometido errores, los mismos que cometí yo antes.

—Mi odio hacia Ranulph es más amargo que el tuyo por *sir* Reginald.

—¡No me lo nombres! —gritó Alan—. Pero... ¡Oh! Pienso en la novia que me robó, joven y bella, a la que amé hasta la locura. Su recuerdo es como un puñal que tendré siempre clavado en el corazón. ¡Dios de justicia! ¿Cómo he podido vivir tanto tiempo? Algunos hombres mueren poco a poco, a trozos. Mis labios en la agonía pronunciarán el nombre de mi hermano, y lo llenarán de maldiciones.

—No hables más de él —dijo Luke—, te encontraré en la cripta.

—Recuerda que mañana es su boda con Ranulph.

—¿Crees que puedo olvidarlo?

—Tenlo permanentemente en la memoria. Mañana, al alba, ella debe ser tuya o suya. Tienes su promesa, ella se ha comprometido contigo o con la muerte. Si ella duda, tú no lo hagas. La voluntad de la mujer es débil y los escrúpulos de su conciencia pueden ser arrollados con facilidad. No sostendrá su voto, pero no la dejes escapar. Aparta de ti toda debilidad; eres joven, no como yo, débil por los años. Sé firme y —añadió con una mirada de terrible significado—, si todo falla, si te rodean, si no te la puedes llevar, usa esto —y puso una daga en las manos de Luke—. Me vengó frente a una mujer desleal y hará lo mismo con una prometida perjura. Esto acabará con todo estorbo para dominar Rookwood.

Luke tomó el arma.

—¿Me harías matarla? —le preguntó Luke.

—Antes de que sea de Ranulph.

—Sí, antes de eso. Pero no quiero matar a las dos.

—A las dos —repitió Alan—, no te entiendo.

—Sybil y Eleanor —replicó Luke—, porque la muerte de Sybil pesará siempre sobre mi alma.

—¿Cómo? —respondió Alan—. Ella se envenenó por su propia mano.

—Es verdad —dijo Luke con un énfasis terrible—. Escúchame —le susurró a los oídos de su abuelo—: Créeme, no duraré mucho en este mundo. La he visto a ella después de muerta.

—¡Tut, tut, tut! —replicó Alan—. No es propio de un hombre hablar de eso. Aparta esas fantasías mujeriles.

—Mujeriles o no —replicó Luke—, o mi fantasía me ha engañado o la he visto, tan claramente como te veo a ti, dentro de la choza mientras dormía.

—Tienes una fantasía desordenada —dijo Alan Rookwood—, tú vivirás para heredar Rookwood, para poder aplastarlos bajo tu bota. En cuanto a mí, no quiero sino verte dueño de la mano de Eleanor o saber que ya no vive para hacer feliz a tu rival o entorpecer tus perspectivas. No importa lo pronto o tarde que se cumpla mi maldición.

—O de otro que debe decidirlo todo esta noche —dijo Luke. Y colocó su daga en el chaleco.

En ese momento, resonaron los cascos de un caballo ante la cabaña, y al poco alguien golpeó con fuerza en la puerta. El barquero apagó rápidamente la luz y pidió a sus compañeros que permanecieran en silencio.

—¿Quién vive? —gritó una voz—. ¡Necesito la barca!

—¡Diantre! —exclamó Dick—. ¡Es el mayor Mowbray!

—¡El mayor Mowbray! —repitió Alan con asombro—... ¿Qué hace aquí?

—Debe ir de camino a Rookwood desde York, supongo —dijo Dick—. Si él anda por aquí, los otros no deben quedar lejos.

Apenas salieron estas palabras de la boca de Dick cuando se oyeron más golpes en la puerta, y entre ellos destacaba la voz de Coates que, en tono *altissimo*, pedía que se le abriese la puerta de la cabaña.

—Retirémonos a la habitación posterior —susurró Turpin—. Dejémosles entrar, Conkey. Y espabila, trata de pararlos durante unos segundos.

—Lo haré —dijo Jem—, allí hay un pequeño agujero por el que se puede mirar.

Otro redoble de golpes se oyó en la puerta, y amenazaba con sacarla de sus goznes.

—Bien, allá voy —dijo en un tono perezoso y bostezante Jem, al ver que sus huéspedes ya se habían ocultado—. No cruzarán antes el río por aporrear con más fuerza.

Tras decir estas palabras desatrancó la puerta y Coates y Paterson, que, al parecer, se dirigían a Rookwood, entraron en la choza. El mayor Mowbray permanecía a

caballo fuera.

—¿Podéis darnos un vaso de brandy para despejarnos la bruma? —dijo Coates, que sabía algo de las aficiones del barquero—. Sé que sois un compadre de asombroso espíritu^[89].

—Puede ser, señor, si quiere. ¿Pasarán al interior los señores?

—No, no, el mayor Mowbray no desmontará.

—Bueno, como gustéis —dijo Jem—, sólo me tomará un minuto poner en orden a los caballos.

—El brandy en primer lugar —dijo Coates—. ¿Qué es esto? —dijo el locuaz procurador al ver los restos del banquete de Turpin—. Con la prisa que tenemos, me conformaría con una rodaja de panceta como ésta.

Jem abrió la puerta de su dormitorio con gran precaución, pese a su aparente indiferencia, y volvió casi al instante con el brandy. Coates llenó el vaso de Paterson y el suyo. El barquero abandonó la casa con la intención aparente de preparar su transbordador, y dejó la puerta medio cerrada tras él.

—¡A fe mía que éste es insuperable, Paterson! —dijo el procurador—. Puedo afirmar que la fuerza de este brandy nunca ha sido probada por el calibrador. Tomad otro trago. Nos quedan doce millas y una buena cabalgada hasta llegar a Rookwood. Después de todo, hemos obtenido un pobre resultado de una noche de trabajo, señor alguacil mayor. Qué malditos estúpidos hemos sido al dejarlo escapar. Ojalá pudiéramos tener otra oportunidad. ¡Ah, si lo tuviésemos a mano! ¡Cómo me lanzaría sobre él! Lo atraparía al instante. Sería glorioso. Os digo, Peter, que si alguna vez le atrapan, iré como sea a ver cómo muere le pieza. ¡Ja, ja! ¿Creéis que acabará por bailar en la horca, Paterson?

—Claro que sí —contestó el alguacil mayor—. Lo deseo y estoy tan seguro de ello como de mi recompensa: Turpin colgará de un patíbulo.

—¿Vuestra recompensa? —replicó Coates—. Dad por seguro que la tendréis. Os entregaré aquí el dinero.

—Ninguna ocasión mejor que ésta —dijo Paterson—, lo dejaremos todo sentado ahora.

—Bueno, entonces —dijo Coates al sacar la billetera—, os llevaréis las cien que os prometí. No tendréis la recompensa por Turpin de trescientas libras. Pero con eso no podemos hacer nada. Os queda la mía. Soy un hombre de palabra, Paterson —continuó el jurista mientras contaba el dinero—. Mi padre, el cazador de ladrones, también lo fue.

—Sin duda —dijo el alguacil mayor—, siempre os serviré muy a gusto.

—Y hay ahora otro negocio —dijo el procurador, misteriosamente, mientras seguía ocupado en pasar los pagarés—, el asunto de Luke Bradley, quiero decir, el que se autotitula como *sir* Luke Rookwood, ¡ja, ja, ja! ¡Un impostor descarado! Esto hace cincuenta. Si queréis otras cincuenta, Paterson, como os decía, haced un buen trabajo con él, lo cargaremos de cadenas. Sé que acabará por caer y creo que sólo lo

podremos atrapar junto a su hermano de armas. Por ello nos valdrá la pena por partida doble. Siempre ha sido una espina en el costado de *lady* Rookwood, no es más que un ingenioso canalla.

—Dejádmelo —dijo Paterson—, lo atraparé en menos de una semana. ¿Cuál es vuestro cargo contra él?

—Felonía, robo, asesinato, cualquier delito de los que se producen bajo el cielo —dijo Coates—. Es el propio diablo encarnado. Dick Turpin es leche y miel comparado con él. Ahora que lo pienso bien, este Jem, Conkey Jem, como le llama la gente, puede saber algo. Es un tipo informado, le sondearé. Treinta, cuarenta, cincuenta... éste es el importe exacto. Demasiado por Dick Turpin.

—Dick Turpin os lo agradece en persona —dijo Dick, que surgió de pronto y arrebató el total de la suma de las manos de Paterson y, después, le sacudió un golpe al alguacil mayor con una de sus pistolas—. Estoy tan seguro de que voy a escapar de la horca como de que Paterson se ha llevado su recompensa. ¿Os asombráis, señor? ¿Estáis otra vez en manos de los filisteos? Fijaos en quién está a vuestro costado.

Coates, que estaba aterrorizado y casi fuera de sí ante la visión de Turpin, apenas se aventuraba a girar la cabeza. Pero cuando lo hizo se sintió completamente invadido por el pánico ante el amenazador aspecto de Luke, quien llevaba un machete en la mano que había sacado de la habitación del barquero.

—Así que me condenáis por crímenes que jamás he cometido —dijo Luke—. Estoy tentado, lo reconozco, de añadir a su número la destrucción de vuestra miserable existencia.

—¡Misericordia! ¡Por Dios, misericordia! —imploró Coates arrojándose a los pies de Luke—. No quería decir lo que dije.

—Sin embargo, reptil —dijo Luke al apartarlo de sí—, dejaré que sean otros los que te den tu merecido.

En ese momento se abrió la puerta de la cabaña e irrumpió el mayor Mowbray, espada en mano, seguido por Conkey Jem.

—¡Aquí está, señor! —gritó éste—, vamos a por él.

—¡Qué! ¿Conkey Jem traiciona a sus camaradas? —gritó Dick—. Apenas puedo creerlo.

—Baja tus humos, Dick —gruñó Jem—. El baile se ha acabado y no hay más. Deja a Luke a su destino, está vendido.

—Jamás, vil traidor —respondió Dick—, eres tú el que se ha vendido, no él —y apenas hubo acabado de decir esto cuando una bala se alojó en el cerebro del alevoso barquero.

El mayor Mowbray, mientras tanto, se había abalanzado sobre Luke, quien recibió el asalto con calma y determinación. La pelea fue dura y amenazaba con un rápido y fatal desenlace. Por parte del mayor, se lanzó un ataque furibundo de filo y punta de espada que Luke tuvo alguna dificultad en parar, pero que no le produjo heridas. Aunque Luke no era soldado como el mayor, no era en nada inferior a él en

el arte de la defensa, y quizás era el más perito de los dos en el manejo del sable. En la presente ocasión, su frialdad le sostuvo con admirable fuerza. Al verlo así de presionado, Turpin hubiera acudido en su ayuda de no haberle gritado Luke que se mantuviera al margen, y todo lo que Dick pudo hacer, entre el terrible choque de los aceros, fue apartar las mesas de la trayectoria de los combatientes. El brazo de Luke se había visto dañado levemente por un corte hecho por el mayor. El escozor de la herida avivó su furia. Atacó, pues, a su vez a su enemigo con tanto vigor y tanta voluntad que rechazó el ataque del mayor Mowbray, que tropezó con el cadáver del barquero, que estorbaba su trayectoria. Su espada se desprendió de su mano y su vida quedó a merced de su contrario.

Luke envainó la espada.

—Mayor Mowbray —dijo con dureza—, su vida está en mi poder; la perdono por los lazos de sangre que hay entre nosotros y por vuestra Eleanor. No alzaré mi mano contra su hermano.

—Desmiento tu parentesco conmigo, villano —exclamó iracundo el mayor—. Para mí no eres más que un vil impostor que ha presentado unas reclamaciones que no puede justificar. Y en cuanto a mi hermana... No oséis unir vuestro nombre al suyo —y el mayor hizo ademán de alzarse y recoger su espada que Turpin, sin embargo, le alejó.

—¡Atreveos! —repitió Luke con desprecio—. Antes aprenderéis a temer mis amenazas y conoceréis el alcance de mi osadía. Y con esta confianza os doy, también, la vida. Escuchadme, señor. Voy a Rookwood, tengo un acceso secreto a la casa y a la cámara de vuestra hermana, a su alcoba. ¿Os dais cuenta? Iré armado y prevenido. Esta noche ella será mía. Os la arrebataré a todos, a vos, a Ranulph, a *lady* Rookwood... Ella será mía antes del amanecer, y vos mi hermano, o... —y Luke hizo una pausa.

—¿Qué más canalladas os guardáis? —preguntó el mayor con ferocidad.

—Lloraréis en recuerdo de vuestra hermana —replicó sombrío Luke.

—Me acojo a esa posibilidad con gozo —replicó el mayor—, que Dios le dé la fortaleza para resistiros, pero tiemblo por ella —y el duro soldado lamentó en alta voz su suerte.

—Aquí hay una soga para atarlo —dijo Dick—, debe quedar prisionero aquí.

—De acuerdo —dijo Alan Rookwood—, aunque ya se ha derramado bastante sangre.

—Sí, ha habido un buen jaleo aquí —dijo Dick—, y yo no le hubiera dado a Conkey Jem una ración de plomo si hubiese otro modo de callar a ese canalla delator. Pero no lo había. En cuanto al mayor, es un enemigo valiente y Dick, mientras pueda, jugará limpio con él. Vamos, señor —le dijo al mayor, mientras le ataba manos y pies con la soga—, lo hago con toda la delicadeza posible; deberíais haberos rendido sin violencia, no había necesidad de pelear. Y ahora voy a por mi amigo Paterson, que tan ansioso estaba por proporcionarme una corbata de cáñamo. Antes de que mi

cuello esté a punto, tengo que guardar algo de cuerda para él, así le enseñaré lo incómodo que es un lazo tan rugoso cuando recupere la consciencia.

Dicho lo cual, ató a Paterson de tal forma que cualquier intento de liberación por parte del alguacil mayor le hubiera estrangulado sin remedio.

—En cuanto a vos, señor Coates —dijo Dick dirigiéndose al trémulo jurista—, vendréis a Rookwood con nosotros. Nos seréis muy útil y os acomodaré detrás de mi silla, distinción que nunca he hecho recaer en alguien de vuestra tribu. Os acordáis del palurdo de York, el de la bolera... ¡Ja, ja, ja! Seguidme, señor —y tras apagar los rescoldos de turba, Dick se preparó para marchar.

Sería una vana tarea el describir los sentimientos de rabia y desesperación que agitaron el corazón del mayor cuando vio al grupo abandonar la cabaña acompañados por Coates. Seguro del destino al que se dirigían, después de realizar intentos inútiles de liberarse que sólo sirvieron para aumentar la dolorosa constricción de sus miembros y que no mejoraron en nada su condición. Así pues, con los presentimientos más amargos sobre su destino, se resignó. Nadie podía compartir sus sufrimientos; tras él yacía el cadáver ensangrentado del barquero y, a una pequeña distancia, la anatomía apenas más animada del alguacil mayor. Y aquí debemos dejarlos, para seguir durante un corto lapso el trayecto de Luke y sus acompañantes.

Se preocupaban muy poco de sus propios caballos, el grupo tomó los primeros que pudo encontrar y se embarcaron hombres y bestias en la barca, que pronto avanzó sobre las aguas encenagadas del Don. Llegaron a la orilla opuesta, montaron y guiados por Luke, después de media hora de intensa cabalgada, llegaron a los alrededores de Rookwood Park. Entraron en este precioso Estado forestal, cabalgaron durante algún tiempo en silencio entre los árboles, hasta que llegaron a la loma desde la cual Luke vio la mansión en la noche memorable en la que descubrió el anillo nupcial de su madre. Sólo habían pasado unos pocos días, pero, durante aquel breve lapso, ¡qué tormentas se habían desencadenado en su interior! ¡Qué destrozos habían causado! Él era entonces todo ardor, ímpetu, independencia. El futuro se presentaba como un cielo sin nubes. La prosperidad, los honores y la felicidad parecían aguardarle. Aquel seguía siendo el mismo paisaje exquisito, silencioso, plácido, hasta solemne, como en aquella noche gloriosa. La luna había salido y daba brillos plateados a los bosques y las aguas, y resplandecía sobre las blancas paredes de la mansión. La naturaleza estaba en calma, serena y pacífica como siempre. Entre los árboles vio al venado saltar; sobre el agua, las brumosas guirnaldas del vapor. Todo era delicioso, relajante, onírico, todo salvo su corazón: *ahí* estaban el conflicto y el cambio. ¿Era un sueño problemático, con cuya oscura opresión se debatía, o era la vida recia, real y en vigilia? La momentánea revisión de su arrebatada carrera fue terrible. Vio hasta qué extremos sus pasiones ingobernables le habían llevado. Imaginó cuáles eran sus inevitables consecuencias, su destino. Pero él prosiguió su camino fuera de toda razón.

Avanzaron a lo largo del parque, se mantenían bajo la protección de los árboles

hasta que alcanzaron la avenida que se encaminaba a la mansión. Las ramas de los tilos brillaban con un blanco plateado bajo la luz de la luna. Luke tiró de la brida bajo uno de los árboles más grandes.

—Ha caído una rama —dijo Luke cuando se le acercó su abuelo.

—¡Ah! —exclamó Alan—: ¿Una rama de ese árbol?

—Le anuncia una desgracia a Ranulph —susurró Luke—, ¿no es así?

—Quizá —susurró Alan—... ¡Es una gran rama!

—Nos encontraremos dentro de una hora —dijo con brusquedad Luke.

—En la tumba de nuestros antepasados —contestó Alan—. Te esperaré allí.

Y mientras cabalgaba, Alan murmuraba para sí los siguientes versos de una de sus baladas:

*Pero haya calma o tempestad, o hayan volado las amenazadoras nubes,
por mano del destino, predestinado, una extremidad de estos árboles
caerá,*

*una rama verde no tocada por el hacha o el soplo de la tempestad,
para el cabeza de los Rookwood un mal presagio de muerte traerá.*

Capítulo 3

Handassah

En una de las grandes y antiguas habitaciones que pertenecían al ala este de la mansión de Rookwood, en la misma noche en la que los sucesos que acabamos de narrar tuvieron lugar, y casi al mismo tiempo, se sentaban Eleanor y su nueva criada, Handassah. Los ojos de aquella estaban fijos, con una mezcla de ternura y de piedad, en un cuadro que reflejaba los rasgos de otra adorable faz femenina, con un sorprendente parecido con la suya, pese a sus vestidos y aderezos pasados de moda. Ya estaba cerca la hora bruja de la medianoche, la habitación era oscura y sombría, y se habían desmantelado parcialmente algunos de sus antaño alegres adornos, y las luces que había sobre la mesa apenas iluminaban su monótona extensión. La tradición la señalaba como una de las alcobas en las que habían perecido muchas de las infelices damas de los Rookwood. Y, por lo tanto, la superstición la reclamaba como su coto privado. La cámara tenía la reputación de estar encantada y por un largo tiempo compartió el destino de las habitaciones malditas: el más completo abandono. Ahora la dominaba alguien demasiado joven y demasiado puro como para temer amenazas sobrenaturales. Eleanor, sin embargo, parecía afectada por la profunda melancolía de la pintura que contemplaba. Al final, Handassah la vio dar un respingo y apartar su mirada del cuadro.

—Quita eso de ahí —ordenó Eleanor—. He contemplado ese retrato de mi antepasada hasta que pareció dotado de vida... Hasta que sus ojos parecieron devolverme la mirada y llorar. Apártalo de mi vista, Handassah.

Handassah retiró en silencio el cuadro y lo colocó contra el tabique de la alcoba.

—Ahí no. Ahí no —dijo Eleanor—, vuelve su cara contra la pared, no puedo soportar esos ojos. Y ahora ven aquí, niña, ven cerca de mí, pues no sé qué extraño temor me ha asaltado de pronto. Ésta fue *su* habitación, Handassah. La habitación de mi antepasada... De todas las *ladies* Rookwood... ¿Qué dicen?... ¿No has oído algo? Un crujido entre los tapices, unos pasos en la pared. ¿Por qué te sobresaltas, infeliz? Quédate conmigo... No te permitiré moverte de mi lado, todo son puras fantasías.

—No lo dudo, señora —dijo Handassah con los ojos fijos en el tapiz.

—¡Chiss! —exclamó Eleanor—. Aquí está otra vez.

—No es nada —dijo Handassah, pero su semblante desmentía sus palabras.

—Bueno, tengo que dominarme —dijo Eleanor, que trataba de recuperar la calma—, pero los recuerdos de *lady* Eleanor, porque ella era otra Eleanor, como yo, Handassah y, ¡ay!, incluso con peor fortuna y destino, me ha traído un montón de melancólicos pensamientos. No los puedo disipar. No, pese a que me resultan penosos, esas tristes imágenes ejercen una gran fascinación sobre mí, es como si

contemplara mi suerte en la suya. Ninguna que se haya casado con un Rookwood ha podido hacer otra cosa que arrepentirse.

—Vos os casaréis con uno —dijo Handassah.

—No es como los otros —contestó Eleanor.

—¿Cómo lo sabéis, señora? —le preguntó Handassah.

—Su tiempo aún no ha llegado. Espera a ver lo que pasa mañana. Tú eres contraria a mi enlace con Ranulph, Handassah.

—Yo era la criada de Sybil, luego fui la vuestra, *lady*. Tengo en la mente un pacto solemne con la muerta que violará este matrimonio. Estáis obligada por vuestra promesa a otro si él demandase vuestra mano.

—Pero no la ha pedido.

—¿Lo aceptaríais si lo hiciese? —preguntó Handassah con brusquedad.

—Supongo que no —replicó Eleanor—, mi voto ha sido anulado.

—No digáis eso, *lady* —le advirtió Handassah—, no fue para tal fin por lo que Sybil salvó vuestra vida. Os amo, pero también amé a Sybil y me gustaría que se cumpliesen sus últimos deseos.

—No puede ser, Handassah —replicó Eleanor—, que por un falso sentido del honor deba sacrificar toda mi existencia a uno que ni me ama ni al cual puedo amar. ¿Debo casarme con ese hombre porque, en su ciega idolatría, Sybil me haya forzado a un voto al que no tenía poder para resistirme y que estaba íntimamente desmentido mientras lo hacía? No me recuerdes los horrores de aquella celda espantosa, no me suscites de nuevo ese tema. Es en la esperanza de que seré liberada para siempre de semejante persecución que he consentido para casarme de manera tan rápida con Ranulph. Esto mantendrá lejos para siempre las fantasías de Luke.

Handassah no respondió, pero movió su cabeza, como si asintiese.

De pronto se oyeron pasos cerca de la puerta, un sirviente anunció al doctor Small y a la señora Mowbray.

—Vengo para pedir os licencia por esta noche, mi querida y joven señora —dijo el doctor—, pero antes de irme a la vicaría tengo una o dos palabras que deciros, como añadidura al consejo que tuvisteis la gentileza de escucharme esta mañana. Supongo que permitiréis a vuestra criada que se separe de vos unos instantes, pues lo que os tengo que decir os concierne sólo a vos. Vuestra madre nos hará compañía —dijo el doctor mientras Handassah se despedía—. Prefiero que esa gitana de rostro atezado se haya ido. No puedo decir que me gusten sus modales harto sospechosos y la primera medida que tomaría, de ser yo vuestro marido, sería el aliviaros de la carga de esa doncella. En cuanto al objeto de mi visita... Estamos solos, supongo. Ésta es una extraña y vieja mansión, señorita Mowbray, y la más extraña parte de ella es esta en la que nos hallamos. Las paredes tienen oídos, dicen. Y hay demasiados huecos y esquinas en esta mansión, lo que hace que uno nunca diga los secretos en un tono mayor que el de su respiración.

—Aún estoy por saber, señor —dijo Eleanor—, si tenéis algún secreto que

comunicarme.

—No es gran cosa, lo confieso —replicó el doctor—, por lo menos lo que ha ocurrido no es ningún secreto en la casa en estos momentos. ¿Qué creéis que ha pasado?

—Me es imposible imaginario. Espero que no tenga que ver Ranulph.

—No es nada grave, espero, aunque él esté en parte implicado.

—¿De qué se trata? —preguntó Eleanor.

—Os lo ruego, satisfaced su curiosidad, doctor —intervino la señora Mowbray.

—Bueno —dijo Small más seriamente—, el asunto es que la situación es la siguiente; *lady* Rookwood, que como sabéis no es la mujer más dócil del mundo, tampoco parece que vaya a ser la más amable de las madres, y dice que ella ha encontrado ahora algunas objeciones a vuestra unión con su hijo.

—Me asustáis, doctor.

—No os asustéis demasiado, todo esto se puede resolver sin demasiadas dificultades, sólo se necesita un poco de habilidad. Ranulph está ahora con ella y no dudo que lo arreglará todo a vuestra completa satisfacción.

—¿Cuál es su objeción? —preguntó Eleanor—. ¿Tiene como motivo mi supuesta obligación hacia Luke, mi promesa?

—No, no, desterrad ese asunto de vuestra mente por completo —dijo el doctor—, ese voto no os obliga en conciencia más de lo que hubieran hecho los esponsales si se hubiesen celebrado por aquel sacerdote papista, el padre Checkley, de cuya alma perversa se apiade el Señor. No gastéis un solo pensamiento en ello. Mi única preocupación, así como la de vuestra madre, es veros casada lo antes posible con Ranulph, y entonces esta tonta cuestión se habría olvidado para siempre. Y en el caso de que *lady* Rookwood no diera su aprobación para el enlace, realizaríamos de todas maneras la ceremonia, ya que su consentimiento no es necesario.

—¿Cuáles son los motivos de las objeciones de *lady* Rookwood? —dijo la señora Mowbray.

—Sí, los argumentos de *lady* Rookwood —cortó Small, quien cuando llevaba la voz cantante en una conversación no le gustaba que hablase nadie sino él— son simplemente estos, lo que muy bien cabe esperar de ella. No puede soportar la idea de perder el control de la casa y las haciendas y ver cómo caen en otras manos. Ella no puede y no quiere dejar su posición como jefa de la casa, ya que Ranulph ha insistido en que ese es vuestro derecho. Creo que al hablar con ella, pareció dar su brazo a torcer, pero

naturam expellas furea, tamen, usque recurret^[90].

»Os pido perdón, pero ella seguirá siendo la misma siempre.

—¿Por qué no accedió Ranulph a sus deseos? Yo no quiero vivir aquí, no me importan estos Estados ni esta mansión. Podría ser feliz con Ranulph en cualquier sitio... Más feliz en cualquier lugar que no sea este.

El buen doctor estrechó sus manos en respuesta y secó una lágrima que caía por

sus ojos.

—¿Por qué no accede? —dijo la señora Mowbray con orgullo—. Porque la elección no es suya, no le compete a él acceder. Esta casa, estas tierras, todo, todo es tuyo. Y sería una pobre retribución que, después de haber sido durante tan largo tiempo enajenada a nosotros, fueses dependiente de *lady Rookwood*.

—Sin llegar tan lejos, *madame* —dijo el doctor—, es de justicia que vuestra hija ha de ser puesta en posesión de todos sus derechos. No se me ocurriría ni por un solo instante aconsejarla o permitir que viviera en la misma casa que *lady Rookwood*. Las peculiaridades del carácter de Su Señoría son tales que hacen muy improbable una convivencia feliz. Al mismo tiempo, creo que gracias a la habilidad y el tacto, siempre con tacto, señora, se podría conseguir que se marchara. Creo que los arreglos legales que se pueden acordar entre vuestra hija y su futuro marido ya se han alcanzado. Sólo he de lamentar la ausencia de mi amigo, el señor Coates, en esta coyuntura tan importante. Él lo lamentará, pero ha heredado de su padre una afición por la caza de ladrones que hasta daña con ella su propio trabajo. ¡Vaya! Oigo los pasos de Ranulph en la galería. Él nos dirá el resultado de su conversación. Vine para daros un consejo, querida —añadió el doctor en voz baja a Eleanor—, pero veo que no lo necesitáis. *El que se humille será exaltado*, estoy muy contento de ver que no os habéis estrellado en la roca donde ha tropezado la mitad de vuestra generación.

En ese momento Ranulph Rookwood entró en la habitación, seguido por Handassah, quien ocupó un sitio al fondo de la habitación, sin ser percibida por el resto del grupo, cuya atracción se centraba en la agitada compostura de Ranulph.

—¿Qué ha pasado? —preguntaron el doctor Small y la señora Mowbray a la vez.

Ranulph dudó por un momento en su respuesta, durante ese tiempo miró a Eleanor con la más profunda ansiedad, y parecía agitarse en su interior, como si buscara una forma de responder a su pregunta sin herir sus sentimientos. Mientras, con una instintiva premonición de las desgracias venideras, la señorita Mowbray secundó con ansiedad las preguntas de sus amigos.

—Es con gran pesar —dijo él, al final, con un tono de desánimo no desprovisto de amargura— que me veo obligado a criticar las rarezas de un pariente y a censurar su conducta tan severamente como lo debo hacer ahora. Siento lo inadecuado de tal proceder a este paso, y a mí me gustaría evitarlo, si pudiera, para rendir justicia a mis propios sentimientos, y especialmente en un momento como el presente, cuando todas las esperanzas de mi vida residen en unirme a ti, querida Eleanor, por lazos tan próximos a mí como los de mi madre. Pero la conversación que acabo de mantener con *lady Rookwood*, que ha sido brusca y descorazonadora, me obliga a reprobar su conducta en los términos más duros como agria, injusta y deshonrosa, y si yo pudiera dejar de ser su hijo, tal y como parece que ella ha hecho con la madre, yo habría pronunciado sin dudar una suerte de...

—Querido Ranulph —dijo Eleanor, que palpitaba de temor—, nunca te vi tan trastornado.

—Ni con tanta razón para estarlo —respondió Ranulph—. En lo que a mí atañe, lo podría soportar todo, pero en lo que tiene que ver contigo...

—¿Y habéis disputado por mí? —preguntó Eleanor—. ¿Es por mi causa por lo que has incurrido en la ira de tu madre? ¿Es porque *lady* Rookwood no quiere abandonar el control de esta casa y de estas tierras a mí por lo que te has separado de ella enfadado? ¿Fue esta la causa de vuestra pelea?

—Fue su origen —replicó Ranulph.

—Madre —dijo Eleanor con firmeza a la señora Mowbray—, ven conmigo a la habitación de *lady* Rookwood.

—¿Adónde? —preguntó la señora Mowbray.

—No me hagas preguntas, querida madre, o déjame ir sola.

—Hija, creo que sé lo que estás pensando —dijo la señora Mowbray con dureza—. ¿Quieres renunciar a tus derechos a favor de *lady* Rookwood? ¿No es eso?

—Ya que me obligas a responderte, madre —dijo Eleanor ruborizada—, debo admitir que has adivinado mis intenciones. Para *lady* Rookwood, como para ti, yo seré una hija en la medida en que pueda cumplir con mi deber —añadió mientras aumentaba su rubor—, pero el primero en mi consideración es mi marido. Y si *lady* Rookwood puede quedar satisfecha... Pero no me hagáis más preguntas, acompañadme a su alcoba.

—Eleanor —interrumpió Ranulph—, mi querida Eleanor, el sacrificio que haces es innecesario, nadie te lo pide. No conoces a mi madre. Ella no podría, y lamento decirlo, apreciar la generosidad de tus motivos. Ella no se creería tus sentimientos. Sólo se tomaría tu visita como una intrusión.

—Mi hija os comprende, señor —dijo la señora Mowbray con altivez—, y me cuidaré de que la señorita Mowbray no reciba ningún insulto.

—Madre, madre querida —dijo Eleanor—, no lo malinterpretes a propósito.

—No estáis al tanto, *madame* —dijo Ranulph con calma y tristeza—, de lo mucho que he soportado en los últimos tiempos, en cuánta ira y en cuánta maldición paterna he incurrido para salvaros a vos y a vuestra hija de la indignidad en la que estabais atrapadas. Como dije antes, no conocéis a mi madre, ni se puede concebir por una imaginación bien equilibrada para concebir los extremos a los que la violencia de sus pasiones puede conducirla cuando sus maquinaciones son frustradas. Los términos sobre los que habéis acordado no escapan a vuestra memoria. No necesito recordaros su soberbia, su frialdad, que se torna desconfianza, y el matrimonio que antes trataba de alcanzar con ansiedad, ahora quiere anularlo si estuviera en su poder hacerlo.

»Cuándo esta alteración de sus puntos de vista surgió, no tengo medios de saberlo. No es una costumbre de mi madre dar razones a sus actos o a sus deseos. Basta con su expresión. Me he dado cuenta de que, a medida que el tiempo me ponía más cerca del cumplimiento de mis deseos más queridos, su mala voluntad se incrementaba. Hasta hoy he mantenido ocultos los indicios que ahora se han

expresado abiertamente y las objeciones han surgido. Tales son las peculiaridades de su carácter, que yo confiaba, incluso hoy a las once, en poder operar un cambio. ¡Ay! Nuestro encuentro fue decisivo. Me ordenó cancelar el enlace. Y entonces, con fuerza, me negué.

»Perdonadme, *madame*, perdonadme, querida Eleanor, si he sido prolijo, pero es absolutamente necesario que sea explícito. Rabiosa por mi oposición a sus propósitos, su furia se volvió ingobernable. Con insultos horribles a la memoria de mi pobre padre y también a la del vuestro, *madame*, cuya ofensa principal fue, según ella, disponer de su fortuna a favor de Eleanor, ella me echó y me lanzó sus maldiciones como su regalo de boda. Bajo este techo, bajo su techo como ella dijo, ningún matrimonio mío tendría lugar. Podría irme o quedarme, si lo consideraba apropiado. Pero vos y vuestra hija, a quienes considera como intrusas, no deberíais permanecer una hora más en la casa.

»A esta furia desatada respondí, con toda la compostura que pude reunir, que ella se ha formado una falsa idea de su propia posición y que, así como el odio a toda intrusión la lanza sobre vosotras, si es aplicable a alguien, el término debe aplicarse a aquellos que, por ignorancia, han sido por años privados injustamente de su herencia. Sobre esto, su ira carecía de límites. Me rechazó como hijo, se deshizo de toda consideración maternal, y lanzó sobre mi cabeza una maldición terrible, la memoria de la cual me hace todavía temblar. Les ahorraré más detalles de esta triste escena. Para mí es de lo más desagradable. Por eso, me he decidido a seguir una conducta que los principios más hondos que tengo me señalan como la única honorable, aunque no soy insensible a la terrible responsabilidad en la que incurriré al atraer la maldición materna sobre mi cabeza, ni el riesgo que puede correr debido a su excesiva violencia.

La señora Mowbray escuchó la explicación de Ranulph con altivo disgusto. Eleanor con palpitante y lacrimoso interés. El doctor Small con sentimientos mezclados de asombro e ira.

—La conducta de *lady Rookwood* —dijo el doctor, os pido perdón, *sir* Ranulph, por usar expresiones fuertes, ultrajante más allá de todo lo concebible y sólo excusable si se fundamenta en la locura, a la cual espero que se pueda atribuir. Hay, sin embargo, demasiado método en esta locura para que nos podamos permitir tal atribución. Ella es astuta, peligrosa y premeditada. Y desde el momento en que resolvió oponerse a este enlace, ella no dejará de intentar por todos los medios de conseguirlo. Apenas sé cómo aconsejaros en estas circunstancias... En caso de que se me pida ese consejo.

—Con lo que acabo de oír, señor —dijo la señora Mowbray con frialdad—, creo que mi deber es romper esta alianza, que yo nunca consideraré tan deseable, por lo que su ruptura no me ocasionará más que un disgusto pasajero.

—¡Son una peste estos Rookwood! —musitó el doctor Small—. Uno llega a pensar que todo el orgullo del Príncipe de las Tinieblas se ha albergado en sus

pechos. Pero, *madame* —continuó el benevolente doctor—, ¿no tenéis ninguna consideración por los sentimientos de vuestra hija o de alguien que es un pariente próximo de vos, vuestro sobrino? Vuestro hijo, el mayor Mowbray, es, si no me equivoco, el mayor partidario de que esta boda tenga lugar entre su hermana y su amigo.

—Mis hijos están acostumbrados a obedecer en silencio mis deseos —dijo la señora Mowbray—, y el mayor, estoy segura, verá lo adecuado que es el paso que voy a dar. Me basta, por lo menos, con atenerme a su opinión.

—¡Desairado de nuevo! —tronó para sus adentros el doctor con un gesto de desesperación—. Es inútil trabajar sobre un material tan impracticable.

Ranulph permaneció mudo en una actitud de profunda melancolía; un elocuente intercambio de miradas se cruzó entre él y Eleanor, en el que se comunicaban sus sentimientos de ansiedad uno a otro.

En este momento de crisis, la puerta fue abierta de pronto y la vieja Agnes, la veterana criada de *lady* Rookwood, irrumpió en la habitación y cayó de rodillas en el suelo; sus miembros se sacudían, sus dientes rechinaban y cada rasgo reflejaba un terror intenso. Ranulph fue inmediatamente a preguntarle por la causa de su miedo.

—No, dejadme rezar —gritó Agnes cuando él le prestó su mano para levantarla—. Dejadme rezar mientras todavía hay tiempo... Dejad que el digno doctor rece junto a mí. Rogad por un espíritu cargado de culpa, señor, rezad tan de corazón como si lo hicierais por vuestra propia alma, señor. ¡Ay, qué poco sabe el justo de los terrores de aquellos que están más allá de la protección de la misericordia divina! Que el señor me perdone mis iniquidades y la absuelva a ella.

—¿A quién te refieres? —preguntó Ranulph agitado—. ¿No aludirás a mi madre?

—Ya no tenéis madre, joven —dijo Agnes con solemnidad.

—¿Qué? —exclamó Ranulph aterrorizado—... ¿Está muerta?

—Se ha ido.

—¡Ido! ¿Cómo? ¿Adónde? —exclamaron todos con un asombro que crecía a cada instante, tanto por el terror de la mujer como por su aparente y terrible causa.

—¡Habla! —le ordenó Ranulph—. Pero no me puedo demorar aquí, puede que mi madre se esté muriendo. Dejadme ir.

La vieja mantuvo su mano aferrada de una manera tan fuerte y convulsiva como la del que lucha a vida o muerte.

—Es inútil, os lo digo, ya se acabó —dijo ella—, los muertos vienen, vienen, y ella se ha ido.

—¿Adónde?

—A la tumba, a la sepultura —dijo Agnes en un tono hondo y profundo y con una mirada que heló el alma de Ranulph—. Escúchame, Ranulph Rookwood, niño mío, mi hijo de leche. Escucha mientras pueda hablar... Estábamos solas tu madre y yo, después de la escena contigo. Después de las acres acusaciones que había lanzado sobre los muertos, oí una especie de llanto sofocado y allí vi a tu madre, que miraba

fijamente al vacío como si hubiera alguien, sobre lo que ella pudo ver, no me atrevo a pensar.

—¿Qué es lo que creéis que vio? —preguntó Ranulph agitado por sus temores.

—Que debió de ser vuestro padre —respondió Agnes en un tono profundo—. No dudéis de mí, señor... Vosotros encontraréis la verdad de lo que os dicho allí. Estoy segura de que estaba allí. Era un horror inefable la simple visión de su rostro, que heló mi vieja sangre, y helada sigue ahora, ¡ay! Bueno, al final se levantó y con los ojos aún fijos en el espectro pasó por la puerta del pasadizo sin decir una palabra. Ahora ya se ha ido.

—¿Qué locura es ésta? —gritó Ranulph—, déjame ir, mujer... El espectro es ese rufián disfrazado... La puede asesinar.

—No, no —gritó Agnes—, no hubo ningún disfraz, os lo aseguro: la habitación estaba vacía, todas las habitaciones lo estaban, el pasillo también, a través de la puerta iban juntos callados, muy callados, fantasmagóricos, lentos. ¡Ay! Esa tumba, están en ella ahora, él la tiene entre sus brazos, mirad... están ahí, resplandecen a través de la puerta, ¿no los veis ahora? ¿No digo la verdad? Está muerta, ¡ja, ja, ja! — y con una frenética y aturdida sonrisa, la mujer se desplomó.

Ranulph la levantó del suelo, pero la impresión que había recibido era demasiado para ella. ¡Estaba muerta!

Capítulo 4

La dote de Sybil

Ranulph Rookwood estuvo durante unos instantes tan aturrido por el destino aterrador de Agnes, relacionado, al parecer, con un emplazamiento sobrenatural, similar al que él mismo había recibido, que fue incapaz de moverse del sitio, o de apartar sus ojos de los rígidos rasgos del cadáver, el cual, incluso en la muerte, llevaba impresas las señales del horror y la desesperación. De toda la vida sabía que Agnes, su propia niñera, había sido la criada constante y fiel de su madre, el agente ciego de sus maquinaciones, y, lo que era más de temer, por el remordimiento que había exhibido, la cómplice de sus crímenes. Y Ranulph sintió, no sabemos por qué, que al ver su horrible fin había contemplado también el último suspiro de su madre. Se sobrepuso, no sin grandes esfuerzos, al horror que le dejó clavado en el lugar, se volvió para buscar con la mirada a Eleanor. Ella se había desplomado sobre una silla, testigo silenciosa de la escena. La señora Mowbray y el doctor Small, tras la primera alarma dada por Agnes respecto a la desaparición de *lady* Rookwood, abandonaron la habitación para cerciorarse de la verdad de sus palabras. Ranulph se marchó de inmediato junto a Eleanor.

—Ranulph —dijo ella, casi repuesta del susto—, no permanezcas más de un instante conmigo. Estoy segura, por la muerte de esa mujer, de que algo terrible le ha ocurrido, quizás, a *lady* Rookwood, ve a su alcoba, no te entretengas. Te lo ruego.

—Pero ¿podrás quedarte aquí con este cadáver? —preguntó Ranulph.

—No estaré sola, Handassah está a mano. ¡Oh, menuda víspera de bodas tenemos, querido Ranulph! Toda nuestra vida es una novela en la que cada página que pasamos es más oscura. El Hado se opone a nuestros planes. Es inútil luchar contra el destino, creo que nunca nos casaremos.

—No te despidas de mí con esas palabras, querida Eleanor —respondió Ranulph—, el Hado no nos puede guardar cosas más terribles que las que nos abruman. Espero que este sea el punto a partir del cual empieza a brillar una luz. Una vez que tú seas mía, ya tendremos asegurada la felicidad. Podríamos incluso desafiar al destino, y tú serás mía mañana.

—Ranulph, querido Ranulph, tu situación ahora es desesperada. No me atrevo, no puedo comprometerme. Tú mismo has oído hace poco cuáles son los sentimientos de mi madre, y yo no me puedo casar contra su opinión y sin su consentimiento.

—Tu madre, como la mía, no tiene en cuenta los sentimientos de sus hijos. Perdona mi atrevimiento, Eleanor, perdona que permanezca aquí mientras el deber me exige irme. Pero no puedo abandonar este lugar porque tu madre puede volver y triturar mis esperanzas. Incluso tu amor por mí puede ser aniquilado en su presencia.

—Ranulph, tu vehemencia me da miedo —repuso Eleanor—, te lo imploro por la tierna afección que sabes que te tengo, no me presiones más en estos momentos. Recuerda la firmeza de tus sentimientos y recupera algo de dominio sobre ti mismo. Te lo repito, sólo seré tuya si alguna vez soy la prometida de alguien. Pero cuando nuestro enlace tenga lugar no permanezcas junto a mí. Y, ahora, te lo ruego, déjame.

—Eres mía —dijo Ranulph con fervor—, sólo mía.

—Sólo tuya —replicó Eleanor.

—¡Ésta es para mí la mayor de las felicidades! —exclamó Ranulph, que dio un largo y apasionado beso a sus labios.

Los amantes fueron separados por un suspiro profundo que procedía de Handassah, que, sin que nadie se lo pidiera, había restaurado el retrato de *lady* Eleanor en su sitio. El augurio parecía siniestro. Todo el que contemple fijamente un retrato puede darse cuenta del carácter peculiar y casi viviente que adquieren los ojos según cómo se los mire. Vista bajo la imperfecta luz de la habitación, todo el carácter de los rasgos de *lady* Eleanor aparecía marcado por la melancolía y los ojos parecían transmitir una ternura compasiva sobre sus descendientes. Ambos se miraron y luego observaron la pintura, y a los dos les oprimió el mismo sentimiento de vaga angustia. Tras ellos permanecía la oscura fisionomía de la gitana, que miraba con mal oculta satisfacción el efecto de su acto. Ranulph se incorporó de este estado meditativo al oír un grito desgarrador con la voz de la señora Mowbray. Dejó precipitadamente a Eleanor en manos de su criada y abandonó la habitación. Handassah le siguió hasta la puerta, la cerró tras él y entonces le echó el cerrojo. Hecho esto, volvió rápidamente hacia donde estaba Eleanor y exclamó exultante: «¡Te has separado de él para siempre!».

—¿Qué es lo que quieres decir, muchacha? —gritó Eleanor alarmada por sus modales—. ¿Por qué has cerrado la puerta? ¡Ábrela! ¡Te lo ordeno!

—¡Me lo ordenas! —rió burlona Handassah—. ¿Y qué harás si no te obedezco? ¿Qué pasaría si fueses tú la que me tiene que obedecer a mí? Nunca tuve sino un ama, y si incliné mi cerviz ante ti, fue para cumplir sus últimos deseos. Si me he sometido a ti es para cumplir lo que ahora estoy cumpliendo. ¡Tu promesa! ¡Recuerda tu voto! Ha llegado la hora de que se cumpla.

Tras estas palabras, Handassah dio unas palmadas y un panel de la pared se abrió, y de él irrumpió Luke. Silencioso y firme avanzó hacia Eleanor; tras tomarla por una de sus manos, la llevó por la fuerza hacia él. Eleanor no se resistió. No tenía fuerzas ni para gritar, tan paralizada estaba por el terror que por unos momentos perdió hasta la facultad de gritar. Luke no se movió ni habló, pero la siguió sujetando y examinó sus rasgos, mientras que Eleanor, fascinada, no podía apartar sus ojos de él.

Nada más terrible ni impresionante que la apariencia de Luke. Acosado y exhausto, la existencia que había vivido recientemente le había privado casi de todo descanso natural; Aguijado por el remordimiento, se quedó prácticamente en los huesos, mientras que su aspecto, antes oscuro y bronceado, era blanco y descolorido

como el mármol. Este tono pálido y cadavérico se debía, con toda probabilidad, a la pérdida de sangre que le produjo el mayor Mowbray en la pelea que sostuvieron, con cuyas manchas estaba teñido su atavío. Pero, pese a que las heridas estaban restañadas, la efusión de sangre había sido suficiente para causarle una gran debilidad. Sus ojos oscuros ardían con su fuego acostumbrado... No, parecían más oscuros y grandes a causa de su excesiva palidez. Y tanto sufrimiento físico y espiritual estaba impreso sobre su rostro que, pese a su ferocidad y desesperación, pocos habrían podido contemplar sin afecto. La verdadera desesperación llevaba a tales extremos de agonía a su carácter que no se le podía mirar sin conmoverse. Su vestimenta no era la que el lector conoció por vez primera, sino un rico, oscuro y simple traje de terciopelo, que correspondía más con su verdadero rango que su antigua ropa de campesino. Pero estaba desarreglada por su reciente conflicto y manchada con sangrientos testimonios de la pugna. Mientras que sus largos bucles oscuros, antaño su gala y su orgullo, ahora pendían en enredadas madejas como si se tratara de un nido de serpientes. Incluso dominada por el terror, cuando sus ojos se fijaban en sus nobles facciones, Eleanor no podía desmentir que contemplaba al descendiente indiscutible, por su enorme parecido con el más elegante y distinguido caballero de su casa, del criminal y libertino *sir* Reginald.

Así como su ojo, que seguía mecánicamente el curso de sus pensamientos, pasó del orgulloso retrato de *sir* Reginald, que formaba parte de las pinturas de la familia, y al de la infortunada dama, se vio conmovida por la ocurrencia de que, debido a una terrible fatalidad, revivían los trágicos horrores de tiempos pasados que volverían a recrearse en sus personas, extrañamente identificadas con sus infortunados progenitores. Con tanta fuerza se fijó esta idea sobre sus facciones que Luke, que había seguido la dirección de sus miradas, se dio cuenta de inmediato. La llevó cerca del retrato de *lady* Eleanor y vio su parecido con silenciosa admiración. Entonces se volvió hacia el de *sir* Reginald, y exclamó con orgullo:

—Dudasteis una vez de mi linaje; podéis adivinar que esos rasgos se reflejan en los míos, ¿seguís dudando de quién soy descendiente? Me glorío de mi parecido. Hay un gran placer en anular las emociones humanas, lo que él sentía, lo que siento yo. Dentro de estas salas me parece respirar una atmósfera congenial a mí. Ahora visito lo que ya había visitado en mis sueños o en alguna vida anterior. Quizá, cuando os veo, me creo que soy *sir* Reginald y que vos sois su esposa, *lady* Eleanor. Nuestros destinos son paralelos, ella estaba ligada a su señor por lazos de odio, por un juramento, por un voto nupcial. Así sucede con nosotros. Y ella nunca pudo escapar de él, nunca pudo desligarse de sus ataduras, ni tampoco lo podréis vos. Yo exijo el cumplimiento de la promesa: sois mía.

—¡Nunca! ¡Jamás! —gritó Eleanor, que trataba de liberarse, pero Luke se reía de sus débiles esfuerzos. Handassah permanecía allí como una espectadora pasiva de la escena, con sus brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Os negáis a cumplir el voto! —dijo Luke con sarcasmo—: ¿No tenéis

esperanzas de ir al cielo ni miedo a la condenación a la que os arriesgáis por incumplir la promesa? Recordad la terrible naturaleza de esa obligación, de la vida que se entregó a cambio de ella, de la sangre que reclamará venganza contra la asesina. No lo dudéis. Por ese sacramento firmado con sangre, os reclamo como de mi propiedad, sois mía —y la arrastró hasta la abertura.

Eleanor prorrumpió en un estruendoso grito.

—Callaos si estimáis en algo vuestra vida —le dijo él, y buscaba la daga que le dio Alan Rookwood, pero mientras buscaba el arma con su mano, Eleanor escapó de su sujeción y corrió hacia la puerta, pero Handassah adivinó su intención. Se retiró la llave de la cerradura y la infortunada dama en vano trató de abrirla.

En ese instante apareció Turpin por el panel corredizo.

—¡Rápido, rápido! —gritó él con impaciencia—, vámonos ya, por todos los demonios. La casa está en alerta. He oído la voz del joven Ranulph en la galería.

—¡Ranulph! —gritó Eleanor—. Entonces estoy a salvo —y ella redobló sus gritos de socorro.

Luke agarró de nuevo a su víctima. Las manos de ella sujetaron de una manera tan convulsivamente fuerte el pomo de la puerta que él no la podía mover de allí. En aquel momento, Ranulph Rookwood, que había oído sus repetidos gritos de socorro, estaba en la entrada. Escuchó sus luchas y las amenazas y burlas de Luke, sus risotadas sarcásticas, pero en vano trató de abrir la puerta. Era del roble más fuerte, y sus pernos resistieron todos sus embates. Un tablero le separaba de su amada, podía oír sus sollozos y sus lamentos, pudo ver por la acción del tirador con qué tenacidad se agarraba a él. Acicateado hasta el frenesí por la visión, se abalanzó sobre la sólida puerta, pero en vano. Al final, el pomo quedó quieto. Hubo una fuerte caída al suelo, un grito ahogado y el sonido de un cuerpo que era arrastrado.

—¡Al panel! ¡Al panel! —gritó una voz, que era la de Turpin, desde dentro.

—¡Ah! ¡El panel! —repitió Ranulph con un repentino fulgor de esperanza—. Aún puedo salvarla.

Y corrió por el pasillo con la rapidez del pensamiento.

Luke, mientras tanto, había derrochado sus fuerzas infructuosamente al arrebatarse a Eleanor de la puerta. La desesperación le daba fuerzas a ella, se aferraba a la puerta pero sentía que sus fuerzas le fallaban y que su presión se relajaba. Y entonces le asaltó el pensamiento enloquecedor de que pronto sería suya, que podría matarla, mientras que Ranulph estaba tan cerca, algo que acibaró aún más su amargura. Con deleite salvaje, Luke se recreaba con la tortura de los enamorados, escuchó los esfuerzos sin efecto de Ranulph, escuchó sus gemidos, y sentía el triunfo de su venganza e incluso prolongó la tortura que el azar le dio los medios de infligir. Era como el inquisidor que contempla los sufrimientos de su víctima en el potro y calcula su capacidad ulterior de resistencia. Pero no podía perder más tiempo con esta horrible diversión, sus cómplices se impacientaban. Las trenzas rubias y largas de Eleanor habían escapado de su confinamiento en la lucha y caían alrededor de su

cuello en desorden. Luke enredó sus dedos entre sus pliegues y la arrastró por la cabellera, lo que volvió a Eleanor incapaz de oponer resistencia. Con sus fuerzas agotadas por completo, la pobre muchacha se desplomó.

Luke levantó su cuerpo casi inanimado en brazos y ya casi había alcanzado la apertura cuando un golpe se escuchó en el panel opuesto al que iba a usar para escapar y comunicaba con otro apartamento. Se abrió y Ranulph Rookwood irrumpió en la estrecha partición. Una exclamación de alegría por haber llegado a tiempo escapó de sus labios y ya iba a abalanzarse sobre Luke, cuando tan rápido como él irrumpió apareció el infortunado señor Coates.

—¡Traidor! —gritó Ranulph con furia reconcentrada cuando vio a Coates—... ¿Te atreves a oponerte a mí? ¡Fuera! De lo contrario te mataré.

—Es imposible —gritó el leguleyo—, por vuestro propio bien, *sir* Ranulph, y por el mío propio, os ruego, os imploro que no tratéis de pasar por esa puerta. Intentadlo por la otra.

Ranulph no dijo nada más, atravesó con su espada el cuerpo del miserable jurista quien, con un profundo lamento, cayó al suelo. El único obstáculo a su paso había sido apartado y entró en la habitación.

Los hermanos quedaron entonces frente a frente, pero muy poco amor fraternal se mezclaba en las miradas que se intercambiaron. El amable, pero poco entusiasta, temperamento de Ranulph se había encendido bajo las circunstancias del momento como si fuera estopa ante la inmediata presencia de la llama. Estaba frenético y furioso. Luke estaba más tranquilo, pero su furia era permanente e inagotable. El encuentro era terrible para ambas partes.

Con un brazo Luke sujetaba a Eleanor, con el otro manejaba la daga, cuya punta reposaba en el pecho de la doncella. Miró con desconfianza amarga a Ranulph y exclamó con determinación.

—Da un solo paso y le clavo la daga en el corazón.

Ranulph dudó, incapaz de actuar y rabiaba al tiempo que temblaba por sus aprensiones.

—Ranulph —habló con voz débil Eleanor—, la vida sin ti no tiene valor, ¡avanza y véngame!

Ranulph aún dudaba, no podía causarle un daño a Eleanor por una acción suya. Luke se dio cuenta de su ventaja y no fue tardo a la hora de beneficiarse de ella.

—La condenarás a muerte si te mueves.

—Villano —le respondió Ranulph entre dientes, y con dificultad pudo enfriar sus ánimos para poder hablar con sensatez—, sabes cuál es tu poder. Hazle daño a ella y nada en la tierra te podrá proteger. Libérala y tendrás vida y libertad, incluso te pagaremos un rescate. Tú no podrás escapar de otra manera.

—¡Escapar de ti! —se rió Luke con desdén—. Apártate y déjame pasar. Cuidado —dijo amenazante— con oponerte a mí. No me gustaría tener la sangre de un hermano sobre mi conciencia.

—Ni yo —le dijo Ranulph—, pero no pasarás —y se interpuso en el camino de Luke.

Luke, sin embargo, avanzó con determinación, puso a Eleanor entre él y Ranulph como escudo de su persona. Ranulph pensó en darle algún golpe sin herir a su amada. Pero, tras estar a punto de decidirse, bajó las manos y se vio impotente para liberarla.

—La he perdido, la he perdido para siempre —se lamentó Ranulph.

—Me temo que es demasiado cierto —le contestó Turpin, cuyo brazo aferró a Ranulph.

—¿Debo ver cómo me la arrebatan ante mis ojos? —se lamentó Ranulph—. Soltadme, dejadme libre.

—Es completamente imposible por el momento —replicó Dick—, montad en vuestro caballo y escapad, *sir* Luke, no os preocupéis por mí, ya me las arreglaré solo.

—¡Eleanor! —gritó Ranulph al verla pasar a su lado.

—¡Ranulph! —chilló Eleanor con voz aguda, vuelta a la consciencia por su grito —... ¡Adiós para siempre!

—Sí, para siempre —respondió Luke triunfante—, nunca más la volveréis a ver.

Estaba a punto de pasar por el panel cuando Eleanor ejerció todas las fuerzas que le quedaban en un fútil intento por liberarse. En la pugna, un paquete cayó del pecho de Luke.

Handassah se inclinó para recogerlo.

—¿De Sybil? —se preguntó ella al mirar la inscripción.

—Recuerda mi promesa a la vieja Barbara —le gruñó Dick, quien tenía cierta curiosidad, como el lector recordará, por su contenido—. Ha llegado el momento, Eleanor está en tu poder, en tu presencia.

—Dame el paquete —dijo Luke mientras dejaba a Eleanor durante unos momentos en la custodia de Handassah—, toma la daga y sujétala con firmeza.

Handassah, pese a la esbeltez de su figura, era de una singular fuerza y aferró con sus brazos a la señorita Mowbray de tal manera que era imposible cualquier movimiento.

Luke desgarró el paquete, era una caja cuidadosamente envuelta en varios pliegues de lienzo y, al final, dentro de una hoja de papel estaban inscritas estas palabras:

LA DOTE DE SYBIL

Precipitadamente y con mucha curiosidad, Luke levantó el sello de la caja. Contenía una larga trenza de pelo negro y sedoso curiosamente enlazada. Era de Sybil. Su primer impulso fue arrojarla lejos de sí, el siguiente, llevárselo a los labios. Se sobresaltó como si una serpiente le hubiera picado.

En ese momento, un alboroto se oyó en la galería. Al poco, le puerta fue víctima

de golpes violentos, que procedían con toda evidencia de un pesado instrumento, empujado por la fuerza de varios asaltantes.

—¡Una bala para el primero que entre! —tronó la voz de Turpin, que se elevó por encima del ruido ensordecedor—: ¡Vámonos, *sir* Luke, el botín es nuestro, vámonos y...!

Pero cuando estaba en plena exhortación tuvo que interrumpir su frase y miró a Luke con horror y asombro. La causa de su miedo era explicable, la puerta fue abierta de golpe y una multitud de criados irrumpió en la habitación encabezada por Titus Tyrconnell y el mayor Mowbray.

—¡La partida se ha terminado! —exclamó Dick—. He acabado con Rookwood —y se escabulló tras el panel.

Cuando los recién llegados miraron a su alrededor, sólo pudieron percibir dos cuerpos tras ellos, los de los novios. Eleanor estaba muy pálida, exhausta y casi sin sentido en manos de Ranulph. Sin embargo, un objeto terrible atrajo su atención. Todos se acercaron a él y todos retrocedieron tan pronto como descubrieron que era el cuerpo sin vida de Luke Rookwood. Sus extremidades estaban rígidas, como las de un cadáver que lleva ya varias horas sin vida. Sus ojos sobresalían de sus órbitas y su rostro aparecía con manchas lívidas. Todo delataba con terrible certeza la eficacia del veneno y el completo cumplimiento de la venganza de Barbara.

Handassah se había escapado, probablemente huyó cuando Dick se escabullía, de todas formas, no se volvió a saber de ella en Rookwood.

Poco hizo falta para devolver la consciencia a Eleanor. Al minuto de volver en sí, y cuando miró alrededor, se dio cuenta de que se había escapado y prorrumpió en exclamaciones de agradecimiento y se abrazó a su hermano.

Mientras tanto, la señora Mowbray y el doctor Small se habían unido al grupo.

El respetable doctor estaba muy asustado, pero las condolencias que había previsto se tornaron ahora en felicitaciones al escuchar los detalles de la terrible escena que había sucedido y de la liberación casi providencial de Eleanor.

—Tras todo lo que ha sucedido, *madame* —le dijo el doctor a la señora Mowbray entre carraspeos—, ya no podéis poner más objeciones a cierto enlace, ¿eh?

—Yo responderé a mi madre sobre ese particular —dijo el mayor Mowbray.

—Hablaré por mí misma —dijo la señora Mowbray—, el enlace tiene todo mi consentimiento. Pero ¿a qué puedo atribuir la inesperada felicidad de tu regreso?

—A una cadena de casualidades —replicó el mayor— que luego relataré. Baste con decir que si no fuera por la afortunada venida de este caballero —y señaló a Titus Tyrconnella la choza de Thorne Waste, podría haber quedado prisionero sin garantías y, lo que es peor, sin provisiones quizá durante días. Y lo que añadió aún más angustia a mi prisión fue el estar al tanto del proyecto de abducción de mi hermana. Fue una gran fortuna para mí, señor Tyrconnell, que pasarais por allí, y para el pobre Paterson también.

—Sí, mi querido mayor, y bien que lo podéis decir. Fue particularmente

afortunado que encontráramos unos jacos en el establo subterráneo, de lo contrario no habríamos llegado a tiempo. También creo que hemos perdido la oportunidad de atrapar a Dick Turpin, se ha vuelto a escabullir.

—No lamento su fuga —dijo el mayor—, es un valiente y respeto el coraje allá donde lo encuentro, incluso en un salteador de caminos. No me gustaría testificar contra él, espero que no me toque hacerlo.

No nos detendremos a describir el afectuoso encuentro que se produjo entre los hermanos, las felicitaciones a Eleanor por haber escapado del peligro se mezclaban con los más tiernos abrazos y los más cálidos agradecimientos se le dieron a Ranulph por su intervención en el rescate.

—Su mano es vuestra, mi querido muchacho —dijo el mayor—, pese a que eres un Rookwood, y ella lleva el ominoso nombre de Eleanor, os puedo pronosticar que, al revés de lo que es uso habitual en nuestras familias, todas vuestras desgracias han tenido lugar *antes* del matrimonio.

—Hay sólo una cosa —dijo Small con un gesto muy propio de él, que podría ser hasta cómico de poderse sospechar en el doctor algo de frivolidad— que posiblemente arroje una sombra sobre nuestra felicidad presente. *Lady Rookwood* no ha aparecido.

—Mi pobre madre —dijo Ranulph sobresaltado.

—Tranquilizaos —dijo el doctor—, no dudo de que oiremos hablar de ella mañana, mi único temor es que oigamos hablar de ella antes —susurró para sí.

—Otra circunstancia me aflige —dijo Ranulph—, ¡el pobre señor Coates!

—¿Qué decís del señor Coates, *sir* Ranulph? —preguntó Titus.

—Me temo que fue muerto en la última pelea —dijo Ranulph—, hay que enviar a alguien a por el cuerpo.

—¡Muerto! —gritó Titus—... ¿Está muerto el señor Coates? ¡Ah! ¡Nos ha dejado! Se ha ido a reunirse con su padre, el cazador de ladrones. Encomendadme sus restos mortales.

—Os los entregará él mismo —dijo el leguleyo mientras se presentaba ante ellos—. Afortunadamente, *sir* Ranulph, fue sólo la parte externa de la casaca lo que vuestra espada traspasó, pero lo que había dentro^[91] salió ileso, así que no sois quien me enviará hacia la Eternidad. ¡Vaya! Tengo más vidas que un gato. ¡Ja, ja, ja!

Ranulph dio la bienvenida al picapleitos bromista con no poca satisfacción.

Creemos innecesario ahondar en más detalles. Se preparó otra habitación para Eleanor, a la cual fue llevada de inmediato. Los restos del que fuera antes el soberbio y altivo Luke, ahora tieso y pesado, pero que todavía mostraba, incluso en la muerte, su orgulloso carácter, fueron colocados en el mismo ataúd y cubierto con el mismo sudario que, apenas una semana antes, habían servido para el funeral de su padre. Y al reunirse los fámulos alrededor del cadáver, ni uno solo de ellos dejó de comentar su sorprendente parecido con su abuelo, *sir* Reginald. Tampoco faltó entre los más supersticiosos el recuerdo de la caída de la rama fatal. La tranquilidad se restauró al

final en la mansión. Durante toda la noche y el día siguiente, Ranulph buscó intensamente a su madre, pero no se encontró rastro de ella. Muy alarmado, pensó que se debía iniciar una búsqueda más seria, pero con efectos igualmente nulos. No fue sino hasta muchos años después cuando los hechos se esclarecieron.

Capítulo 5

El sarcófago

Pese a la oscuridad que se hizo sobre el destino de *lady RookWood*, la celebración de las nupcias de *sir Ranulph* y *Eleanor* no se demoró más; la ceremonia tuvo lugar en la parroquia y el honorable vicario ofició en tal ocasión. Fue una alegre ocasión para todos los que asistieron a ella, y no fueron pocos, pues se invitó a todos los vecinos de la localidad. La vieja avenida estaba repleta de alegres y radiantes rostros, las doncellas rústicas sacaron sus cintajos de variopinto esplendor y robustos jóvenes sus mejores galas. Tampoco faltaron el hidalgo vigoroso y su mujer rolliza, ni el patriarca de la aldea, ni los niños alborotadores. Incluso los ancestrales cuervos parecían participar de la alegría general y devolvían a la jovial concurrencia desde sus nidos un grito tosco, como un alegre coro de risas. El camino del cementerio estaba repleto de flores y la iglesia misma parecía una guirnalda. Nunca se había visto una boda tan brillante, el sol sonrió sobre la novia, lo que se tomó como un presagio afortunado, pues los cielos oscuros y bajos y el tiempo tormentoso habían sido lo común en las bodas, según contaban los más viejos del lugar. La esposa había recobrado sus colores y su belleza, mientras que la melancolía que parecía marcada para siempre en el amplio ceño del novio, que daba ahora lugar a una frente de pensador, sólo añadía interés a sus facciones. Y con una actitud simple, tras cumplir los ritos sagrados, la joven pareja caminó del brazo entre los muchos y admirados arrendatarios hacia la mansión. Más de una ferviente oración fue musitada para que la maldición de los Rookwood no pese sobre sus cabezas. Y, para no dejar ninguna duda sobre la materia, podemos añadir que estas aspiraciones no eran en vano, pues aquel día, que amaneció tan radiante, fue uno de serena felicidad sin nubarrones al finalizar.

Después de la ceremonia, el día se dedicó a los festejos. Abarrotada de gente, desde la gran sala hasta el hogar de la cocina, la vieja mansión apenas podía contener a sus numerosos huéspedes. Mientras que sus paredes resonaban con grandes risotadas, que durante tanto tiempo no se oyeron, las mesas se doblaban bajo las fuentes de solomillo de buey, de pesado lomo, de pasteles de hojaldre, de lengua de vaca, y de un jamón, grande como una montaña, que formaba una excelente *pièce de résistance*^[92] y todos los demás elementos de la vieja hospitalidad. Barriles de cerveza fuerte se abrieron y sus pardos contenidos se repartieron generosamente y se bebió con entusiasmo por la salud de los novios con vasos llenos hasta los bordes de vino especiado con una tostada flotante. Titus Tyrconnell actuó como maestro de ceremonias y estuvo, al decir del señor Coates, muy en su elemento. Estaba tan exaltado que se atrevió a recrear algunas de sus viejas bromas con el vicario y, cosa rara, no incurrió en la cólera de Small.

Para volver a los más oscuros recodos de nuestra narrativa, debemos decir que algunas semanas antes de que sucediera esta feliz ceremonia, los restos del infortunado *sir* Luke Rookwood se reunieron con los de sus padres. El documento que atestiguaba su legitimidad fue encontrado sobre su cuerpo y los derechos que se le negaron en vida, le fueron concedidos tras su muerte. Fue enterrado con toda la pompa y la ceremonia de la casa en la tumba de sus antepasados.

Fue entonces cuando se descubrió algo respecto a Alan Rookwood, para lo cual nosotros debemos volver a la noche en la que se intentó el planeado *enlèvement*^[93] de Eleanor.

Después de dejar a su nieto en la avenida, Alan siguió su camino por el campo en dirección a la iglesia. Se acercó a su humilde y desierta morada. La puerta había sido forzada y algo de su magro mobiliario se había quitado. Hasta el perro, su único compañero, se había escapado.

—Pobre Mole —dijo—, espero que hayas encontrado un amo mejor.

Se apoderó de los objetos que había ido a buscar, un manojito de llaves y su linterna que estaba depositada en un armario oculto que había escapado a las inquisiciones de sus visitantes. Luego, se marchó rápidamente.

Estaba otra vez en el cementerio, otra vez más en el espantoso escenario que había escogido para encarnar, durante una larga temporada, su fantástico papel. Y miró a la torre que brillaba a la luz de la luna, las grandes y onduladas colinas, las cercas, las lápidas de piedra y los negros y mágicos tejos, como si se tratara de viejos conocidos. Se quedó absorto en la escena durante unos momentos, en apariencia con un profundo interés. Entonces, empezó a caminar a la sombra de los tejos y cantaba una vieja copla o alguno de sus versos salvajes para pasar el tiempo, abstraído en el asunto de la canción.

Una vez terminada su copla, Alan entró en el patio de la iglesia, tuvo mucho cuidado en dejar la puerta entreabierta para facilitar la entrada a su nieto. Durante un instante se distrajo en la cabecera de la iglesia. La luz de la luna caía sobre los monumentos de su raza y, dirigido por un odio instintivo, la mirada de Alan se fijó sobre la dorada cartela de su pérfido hermano, *sir* Reginald, y murmuró unas maldiciones que si no eran sonoras sí eran profundas. Encendió su farol con nerviosismo y descendió a la cripta, donde observó la misma precaución que con la puerta del cementerio, ya que la dejó parcialmente abierta, con la llave en la cerradura. Allí decidió aguardar la llegada de Luke. El lector ya sabe qué probabilidades había de que sus designios se cumplieran.

Durante unos instantes paseó por la cripta, envuelto en sombrías cavilaciones y meditaba, seguramente, en el resultado de la expedición de Luke y en la realización de sus siniestras maquinaciones, mientras que, de vez en cuando, miraba por encima de sus fruncidas cejas para revisar la macabra disposición de los ataúdes y para constatar con satisfacción que la cavidad que contenía los restos de su hija se había restaurado en su antigua disposición. Entonces se acordó de la intrusión del padre

Checkley en su conversación de media noche con Luke, y cómo este se lo tomó como una presencia preternatural, y cómo su curiosidad se vio estimulada al tratar de saber cómo el sacerdote pudo llegar hasta ese lugar sin ser visto ni oído. Entonces se decidió a sondear el suelo, y buscó el lugar donde se hallaba la entrada secreta. Pisó con sus talones por todas las losas hasta que una de las losas emitió un sonido metálico de una placa de hierro, justo detrás de la imagen de *sir* Ranulph. Desde allí el sacerdote había encontrado el acceso a la cripta, pero el disgusto de Alan fue grande cuando descubrió que la placa estaba bajo la losa y que cualquier comunicación desde allí con el cementerio, o dondequiera condujese aquello, estaba cortada. Pero el momento presente no era el más adecuado para proseguir con las investigaciones, y quedó tolerablemente contento con su hallazgo. Luego, siguió su paseo alrededor del sepulcro.

Al final, un sonido, que parecía el cierre súbito de la puerta de la iglesia, rompió la profunda quietud del santo recinto. En el silencio que le sucedió se podía oír con claridad un ruido de pasos por la nave.

—¡Ya viene! ¡Ya viene! —exclamó Alan con alegría, pero un instante después añadió con una voz nerviosa—. Pero viene solo.

Los pasos llegaron hasta la entrada de la cripta, sobre las escaleras. Alan avanzó para saludar a su nieto, según suponía, pero retrocedió con asombro y desánimo al ver que en su lugar apareció *lady* Rookwood. Alan se retiró y, mientras la dama avanzaba, empujó la puerta, que se cerró con un estruendo enorme. Ella se detuvo al llegar frente a la estatua del primer Ranulph, y Alan entonces pudo ver la terrible expresión de sus ojos, que parecían fijos en la estatua, o en algún objeto situado cerca de ella. Había algo en todos sus gestos y actitudes que creaba el terror más profundo en el que la observaba. Y Alan la miraba con un espanto que se acrecía a cada momento. El porte de *lady* Rookwood era tan orgulloso y erguido como ya tuvimos antes la ocasión de describir: su ceño altivo, sus finos labios desdeñosamente torcidos, pero la mirada desorbitada de sus ojos y las lágrimas que ocasionalmente se escapaban de ellos delataban lo afectada que estaba por un pánico mortal. Alan la contemplaba con asombro. No sabía cómo iba a terminar aquella escena ni qué era lo que le había inducido a visitar ese lugar siniestro a horas tan intempestivas y sola. Pero se decidió a observar el desenlace en un silencio tan profundo como el de ella. Pero pasó el tiempo y su impaciencia superó a sus miedos y a sus escrúpulos y se decidió a hablar.

—¿Qué hace *lady* Rookwood en la mansión de los muertos? —le preguntó. Ella se sobresaltó al oír la voz, pero siguió con la mirada fija en el vacío.

—¿No me has hecho señas de que llegue hasta aquí y no he venido? —dijo ella con voz honda—. Y de nuevo me lo preguntas. Estoy aquí porque, si no te temí vivo, tampoco te temeré en la muerte. Estoy aquí porque...

—¿Qué es lo que veis? —interrumpió Peter que trataba de mala manera de sobreponerse a su terror.

—¿Qué es lo que veo? ¡Ja, ja, ja! —dijo *lady* Rookwood entre carcajadas disonantes—. Algo que haría palpar a un corazón menos recio que el mío, una figura retorcida por la angustia, con venas que brillan como una llama sutil y débil. Una sustancia que es ya una sombra, tu vivo parecido. ¡Ah! Tiembla si quieres, puedo devolver tus miradas.

—¿Dónde está la visión? —preguntó Alan.

—¡Dónde! —repitió *lady* Rookwood, que se dio cuenta por primera vez de la presencia de un extraño—. ¡Ah! ¿Quién es el que me está preguntando? ¿Dónde estás? ¡Habla!

—No importa quién soy —respondió Alan—. Os pregunto qué es lo que veis.

—¿No puedes ver nada?

—Nada —replicó Alan.

—¿Conoces a *sir* Piers Rookwood?

—¿Es él? —preguntó Alan mientras se le acercaba.

—Sí —respondió *lady* Rookwood—. Le he seguido hasta aquí y le seguiré hasta donde quiera conducirme, aunque sea a...

—¿Qué hace ahora? ¿Lo podéis ver todavía? —preguntó Alan.

—Señala a ese sarcófago —dijo *lady* Rookwood—: ¿Podéis levantar la tapa?

—No —respondió Alan—, mis fuerzas no me permiten levantarla.

—Aun así tenemos que intentarlo —dijo *lady* Rookwood—, la figura sigue apuntando allí, os ayudaré con mi propio brazo.

Alan la contempló con mudo asombro. Ella avanzó hacia el marmóreo monumento y le hizo señas de que le siguiera. Obedeció con relucencia, pues no albergaba ninguna esperanza de mover la pesada tapa del sarcófago. Ante una nueva petición de *lady* Rookwood, él se dedicó a la tarea y cuál fue su sorpresa al ver que, con sus fuerzas unidas, la pesada losa se movió poco a poco de sus grandes goznes y, con un poco más de esfuerzo, se elevó por completo, aunque todavía requirió del total de las fuerzas de Alan para quedar abierta por completo y prevenir su caída.

—¿Qué es lo que contiene? —preguntó *lady* Rookwood.

—Las cenizas de un guerrero —respondió Alan.

—Hay una daga oxidada sobre un pliegue de lino descolorido —dijo *lady* Rookwood al bajar con el farol.

—Es el arma con la que la primera dama de la casa de Rookwood fue apuñalada —dijo Alan con una sonrisa macabra.

*Quien la encuentre en la tumba
debe empuñarla hasta la hora de la condenación.
Y cuando sea empuñada por una mano de tierra
la maldición de tu linaje será pasajera.*

»Eso dice la copla. ¿Habéis visto bastante?

—No —dijo *lady* Rookwood, precipitándose hacia el ataúd de mármol—. ¡Esa arma debe ser mía!

—¡Vamos, rápido, no puedo seguir sosteniendo la tapa! ¡Mis brazos tiemblan! —gritó Alan.

—Será mía aunque la tenga que empuñar eternamente —gritó *lady* Rookwood mientras trataba en vano de apoderarse de la daga que estaba sujeta, junto con el lienzo, con alguna sustancia adhesiva al fondo del sarcófago.

En ese momento Alan Rookwood alzó sus ojos y observó algo que le hizo rebosar de pánico, el hacha de la estatua negra estaba situada por encima de su cabeza y parecía que iba a caer sobre él. Algún secreto resorte, eso era evidente, existía entre la tapa del sarcófago y la misteriosa imagen. Pero, debido a su primer impulso de terror, Alan soltó la lápida y esta cayó lentamente. Él gritó en alta voz, *lady* Rookwood oyó el grito y se levantó en ese mismo momento, la daga estaba en su mano y trató de frenar la caída de la tapa, pero ésta era demasiado pesada para sus fuerzas. El farol quedó dentro del sarcófago y Alan pudo ver sus rasgos, la expresión era terrible, ella gritó y la tapa se cerró para siempre.

Alan quedó en una oscuridad total, la luz se había quedado encerrada con *lady* Rookwood. Había algo espantoso en su horrible destino, tanto que incluso él tembló al pensar en ello. Ejerció todas las fuerzas que le quedaban para tratar de levantar la lápida, pero ahora estaba aún más firmemente cerrada que antes y superaba sus fuerzas. Por un instante pensó que cedía ante la fuerza de sus tendones, pero era sólo su mano que se deslizaba sobre la superficie del mármol. Pero estaba fija, inamovible. La lápida resonaba con los golpes de la daga, pero estos sonidos no se oyeron largo tiempo. Luego, todo fue silencio y el mármol dejó de vibrar con sus golpes. Alan golpeó en el mármol con sus nudillos, pero no recibió ninguna respuesta. Sólo silencio.

Tras esto, empezó a preocuparse por su propia situación, que era lo suficientemente alarmante. Había pasado una hora más, pero Luke no aparecía. La puerta de la cripta se había cerrado y la llave estaba en la cerradura. Estaba prisionero entre las tumbas. ¿Qué sucedería de no venir Luke? ¿Qué si lo mataban, lo cual era bastante probable, en el intento? Este pensamiento centelleó en su cerebro como una descarga eléctrica. Nadie sabía dónde se refugiaba a excepción de su nieto, podía morir de hambre dentro de aquella cripta desolada.

Desechó esa posibilidad tan pronto como se le ocurrió, pues era demasiado horrorosa como para ser cierta. Mil circunstancias podían conspirar para detener a Luke, pero era seguro que vendría. Pero la desolación y la oscuridad eran terribles, casi intolerables. La agonizante y los muertos estaban con él, a su alrededor, y no se atrevía a mover un dedo. Transcurrió otra hora, que le pareció casi un siglo. Luke seguía sin aparecer. Pensamientos terribles cruzaron por su mente, pero no se quería abandonar ante ellos. Se levantó y trató de avanzar en la supuesta dirección de la puerta, temeroso hasta del sigiloso sonido de sus propios pasos. La alcanzó y su

corazón volvió a latir con esperanza. Puso el oído en la cerradura y trató de sofocar su propia respiración, pues trataba de escuchar algún sonido. Pero no había nada que escuchar. Hasta un gruñido hubiera sonado como música en sus oídos.

Pasó otra hora. Se volvió víctima de las más pavorosas imaginaciones, conmovido alternativamente por emociones tan violentas como la rabia y el terror. En un momento suponía que Luke le había abandonado, y lanzaba maldiciones sobre su cabeza; en el siguiente, convencido de que había muerto, lamentaba el hado de su nieto y el suyo propio. Paseaba por la tumba para distraerse, golpeaba con su talón sobre la placa de hierro, golpeaba con sus manos sobre la puerta, gritaba y la cripta se hacía resonante eco de sus lamentaciones. Pero la arena del reloj seguía corriendo y Luke no llegaba.

Alan, entonces, se abandonó por completo a la desesperación, no podía saber si su nieto iba a venir y perdió la esperanza de ser liberado. Su destino estaba sellado. Le esperaba la muerte. Podía demorar su lento pero inevitable golpe si soportaba todos los horripilantes estragos del hambre. La visión de tal fin llevaba a la locura, pero ahora estaba forzado a considerarla, y le pareció tan horrible a su imaginación que se decidió a reventarse los sesos contra los muros del sepulcro y poner fin de una vez a sus tormentos. Y nada, sino la duda de si sería capaz de realizar con pleno éxito semejante acción, le impidió poner en práctica semejante resolución. Había perdido su daga y no disponía de más armas. Ahora le asaltaban terrores de una nueva clase. Los muertos surgían de sus ataúdes y él poblaba la oscuridad con los macabros aparecidos, que le rodeaban por todos lados y giraban, gruñían, gritaban, reían, se lamentaban, se burlaban y susurraban. Él estaba aturdido, sofocado. El aire se volvía asfixiante, pestilente, las horribles carcajadas se redoblaron, la hueste maligna le asaltaba, le arrastraron a la tumba y entre sus gritos se cayó y permaneció insensible.

Al volver en sí, tardó un tiempo en recobrar sus dispersas facultades. Y cuando la agónica conciencia de su situación terrible le forzó a espabilar, pues ya casi olvidó en qué estado se hallaba, se levantó, avanzó hacia la puerta, la golpeó con sus nudillos hasta que la sangre brotó de ellos. Luego la arañó con sus uñas hasta que estas quedaron completamente rotas. Con la furia de un demente se lanzó él mismo contra ella, pero fue en vano. Aún le quedaba el recurso de la puerta del pasadizo. La buscó, pues la había encontrado antes. Se echó en el suelo, pero no había resquicio por el que pudiera pasar la punta de sus dedos. Lo golpeó con sus manos, saltó sobre él, lo golpeó con los talones, pero el hierro devolvía sólo un sonido ahogado.

Luego lo intentó con la tapa del sarcófago. La desesperación le daba fuerzas. Alzó la lápida unas pulgadas; gritó, pero no encontró respuesta y de nuevo cayó la tapa.

—¡Está muerta! —gritó Alan—: ¿Por qué no habré compartido su destino? Pero el mío está a punto de cumplirse. ¡Y menuda muerte! ¡Oh, oh!

Y se volvía loco con sólo pensarlo, y de nuevo se fue hacia la puerta para renovar sus intentos infructuosos de fuga. Hasta que su físico cedió y se desplomó sobre el suelo, exhausto y quejoso.

El sufrimiento físico empezó a ocupar el lugar de las torturas mentales. Reseco y consumido por una fuerte fiebre interna, empezó a atormentarle la insaciable sed, el menos soportable de todos los sufrimientos humanos. Su lengua estaba seca y su garganta inflamada. Sus labios habían perdido toda su humedad. Empezó a lamer el húmedo suelo y trataba de beber las gotas saladas de la pared. Pero, en lugar de calmar su sed, la aumentaban. Habría cambiado el mundo, de poseerlo, por un trago de agua de manantial. ¡Oh, morir con los labios húmedos por el agua de una fuente! ¡Pero perecer así...!

No tardaron en unirse a sus penas los apremios del hambre. Tenía que soportar los horrores de esta más las agonías de una sed que no se podía sofocar.

En tan espantoso estado pasó tres días con sus noches, pero para Alan ya no había noche ni día. Para él, el tiempo sólo se contaba por la duración de sus males, lo que lo hacía interminable. Cada hora añadía más sufrimientos y ningún alivio. Durante este largo periodo de sufrimientos, se tambaleó el trono de la razón. Algunas veces caía en las pasiones más arrebatadas, arrastraba los ataúdes desde sus lugares de reposo hasta el suelo y trataba de abrirlos y sacar sus lúgubres contenidos. En otras ocasiones se ponía a llorar de manera amarga y furiosa, y una vez, sólo una, trató de rezar. Pero cuando estaba de rodillas resonó un eco de una carcajada demoníaca en sus oídos. Luego, otra vez, empezó a imprecicar a toda su familia y a sí mismo, mientras pisoteaba los ataúdes que había movido. Y al cabo, más tranquilo, se aferró a los bordes del ataúd de su hija y los besaba con un frenético arrebato de cariño.

Al final, se dio cuenta de que la muerte se aproximaba; para él la idea de la muerte debía ser terrible, pero no se arredró frente a ella e hizo acopio de toda su fuerza de carácter en sus últimos momentos. Se arrastró al lugar donde yacía su hermano, *sir* Reginald Rookwood, y puso la mano sobre el ataúd para luego exclamar:

—¡Te maldigo, en el momento de morir, te maldigo para siempre!

Se desplomó de cara en el ataúd y Alan murió en ese mismo instante. En esta actitud fueron descubiertos sus restos.

POST SCRIPTUM

El sarcófago

Ya hemos contado nuestra historia. Quizá se nos permita añadir unas pocas palabras sobre dos caracteres secundarios de nuestro drama (o, mejor dicho, melodrama): Jerry Juniper y el caballero de Malta. Lo que sucedió con él después de su huida de Kilburn Wells nunca lo hemos podido saber con certeza. Juniper, sin embargo, parece ser una especie de judío errante, pues lo cierto es que alguien muy parecido a él sigue frecuentando sus antiguas madrigueras. Por ello, no tenemos la menor duda de que alguna vez nos lo encontraremos en Ascot o en Hampton.

En lo que concierne al caballero de Malta, o caballero de Rodas^[94], que es un nombre más apropiado, lamentamos tener que decir que la carrera de este embaucador terminó en un manicomio, y así, el pobre caballero acabó convertido en un verdadero *hospitalario*. De acuerdo con el uso establecido en esas instituciones, el caballero fue privado de sus exuberantes rizos y la pérdida de su barba convirtió su caso en incurable. Pero, entretanto, el barbero del lugar hizo su fortuna al vender al por menor para pelucas los materiales que le había proporcionado la cabellera del impostor.

¡Tal es la última noticia que nos ha llegado del archiestafador^[95] de Canterbury!

Turpin (¿para qué ocultarlo?) fue ahorcado en York en 1739. Su firmeza de carácter no le abandonó en el final. Cuando subió al cadalso, su pierna izquierda se puso a temblar, entonces pateó con fuerza y después de una breve charla con el verdugo se lanzó de pronto y con resolución desde la escala. Sus padecimientos no debieron ser de larga duración, ya que como él mismo cantaba:

*No muere como los demás hombres por grados,
sino de una vez, sin dolores y casi cómodo.*

Podemos, en otro lugar, exponer al lector los detalles, que no son en modo alguno anodinos, de cómo fue la noche anterior a su ejecución.

Los restos del inquieto salteador de caminos encontraron reposo definitivo en el cementerio de la iglesia secularizada de San Jorge, fuera de la poterna de Fishergate, en un verde y tupido cementerio, pero también muy melancólico. Unas pocas tumbas recientes marcan los lugares donde se enterraron a las víctimas de la pestilencia de 1832-33, pero hemos buscado en vano la sepultura de Turpin, a no ser, lo que es muy probable, que sea la de la lápida plana que sólo ostenta las iniciales R. T.

Los grilletes con los que se le encadenó todavía se muestran en el castillo de York, y son un prodigio de peso y solidez. Y pese a que se cuenta que el hercúleo

forajido los podía mover con facilidad, el guarda actual del castillo apenas es capaz de levantar los pesados hierros. Una anciana de la misma ciudad dice tener un mechón del cabello de Turpin, pues ella afirma que su abuelo lo cortó de su cadáver tras la ejecución, pero nos parece imposible poder confirmar estos extremos, pese a que los devotos los veneran con gran deferencia. ¡Oh, sin par Dick Turpin!

Se nos acusará, sin duda, de habernos extendido demasiado sobre el carácter de nuestro bandolero, y nos confesamos culpables de ese cargo, pero nos parece imposible evitar un poco esos extremos. Nuestras más tempranas sensaciones están relacionadas con escenas soleadas en el Cheshire, en los lugares donde dicen que se refugiaba Turpin, y con alguien muy querido por nosotros (de cuyos labios, ¡ay!, ahora silentes, escuchamos muchas historias de sus hazañas) para quien fue algo parecido a un héroe. Nos causa un deleite singular el relato de sus correrías y sus escapadas *in extremis*. Y si el lector obtiene la mitad del placer en la lectura de sus andanzas del que nosotros hemos obtenido en su narración, nuestra alegría será total. Quizá nuestro retrato sea demasiado halagador, no lo sabemos. Al igual que sucede con personajes de más importancia, quedan muchas dudas que resolver en su historia. Tal como concebimos que él pudo ser, así lo hemos plasmado, con la esperanza de que el benevolente lector, al acabar nuestra historia, llegue a la misma conclusión. Y, en las palabras del viejo y pintoresco prólogo de las *Juergas del Príncipe de los Rateros*:

*... ¡Agradeced a ese hombre,
que puede hacer de cada cual un verdadero histrión!*

FIN



HARRISON AINSWORTH ((Manchester, Inglaterra, 4 de febrero de 1805-Reigate, Inglaterra, 3 de enero de 1882). Novelista inglés (llamado realmente William Harrison Ainsworth), hijo de abogado, su padre trata de que siga la misma carrera, pero ésta no le atrae y viaja a Londres en 1824 para completar sus estudios con la ayuda de su conocido John Ebers, editor y en aquel momento director de la Opera House, que lo introduce en los círculos literarios y dramáticos, y con cuya hija se casó. Amigo de Charles Dickens, durante tres años fue editor de la revista literaria *Bentley's Miscellany*, sustituyéndole a Dickens en el cargo.

Tras alcanzar su primer éxito como escritor romántico con *Rookwood* en 1834, en el que Dick Turpin es el personaje principal, continúa escribiendo novelas hasta 1881, con un total de 39. *Tower of London (La Torre de Londres)* fue su cuarta obra, y el propio Ainsworth dice que la escribió principalmente para interesar a sus compatriotas en los hechos históricos de la Torre. Fallece en Reigate Inglaterra, el 3 de enero de 1882.

Notas

[1] *Ruse* (en francés en el original): «trampa», «ardid». (N. del T.) <<

[2] Eduardo IV, rey de Inglaterra de 1461 a 1470 y de 1471 a 1483. (N. del T.) <<

[3] Carlos I (1625-1649), rey de Inglaterra destronado por el Parlamento y decapitado por presiones de Cromwell en 1649. (N. del T.) <<

[4] Naseby (1645), batalla en la que los parlamentarios derrotaron definitivamente a Carlos I. (N. del T.) <<

[5] Jacobo II (1685-1688) fue destronado en 1688. Tras la derrota del Boyne (1690), se exilió en el palacio de Saint Germain-en-Laye, cerca de París, donde tuvo corte y recibía a sus seguidores, los jacobitas. (N. del T.) <<

[6] Killiecrankie (1689), batalla en la que los jacobitas vencieron a los partidarios del usurpador Guillermo de Orange (1688-1702). La muerte de su general, el vizconde de Dundee, impidió a los legitimistas explotar su éxito. (N. del A.) <<

[7] *Sir Peter Lely* (1618-1680) fue un pintor que abandonó sus primitivas influencias holandesas para acomodarse a una elegante superficialidad cortesana, cosa que le reportó gran fortuna. (N. del T.) <<

[8] Damocles. (N. del A.) <<

[9] Dionisio de Siracusa. (N. del A.) <<

[10] Coates hace un juego de palabras con *serum* («suero») y *water and rum*. (N. del T.) <<

[11] El autor hace un juego de palabras entre *stag* («ciervo») de la expresión *turn stag* («volverse contra alguien», «traicionar a los suyos») y *pay deer*; en lugar de *pay dear* («pagar caro»), por la homofonía entre *dear* y *deer* («venado»). (N. del T.) <<

[12] La casaca roja (*red coat*) fue hasta el siglo xx el color distintivo de los uniformes militares ingleses, hoy relegado para las celebraciones de gala. (N. del T.) <<

[13] El término *snappers* que utiliza el autor hace referencia a las pistolitas con llave de *schnapp Hahn* («gallina picoteadora»); un mecanismo simple y robusto de percusión que se asemejaba a los movimientos del cuello de un ave picoteadora. Era muy popular en Escocia, aunque ya estaba anticuado en el siglo xvii. (N. del T.) <<

[14] James Hind, «el Príncipe de los Ladrones», distinguido capitán realista, fue ahorcado, expuesto y descuartizado en 1652. Se cuentan de él anécdotas estupendas, entre ellas el haber sido capaz de robar a Cromwell, Bradshaw y Peters. Su discurso a Peters es muy edificante. (N. del A.) <<

[15] Vid. La Vida de Du WL del doctor Pope, o el brillante esbozo de Leigh Hunt en El Soplón. (N. del A.) <<

[16] No podemos escribir mucho sobre este caballero cuyo nombre fue Thomas Simpson. No sabemos cuál fue la razón de su sobriquet. No era demasiado escrupuloso en cuanto a sus métodos de apropiación. Se conserva uno de sus dichos: «El fin de su marido ocasionó estas lágrimas, pero el fin de estas lágrimas ocasionará otro esposo», le dijo a una viuda a la que había robado. El cronista nos cuenta que, al oír esta agudeza, la dama le dio otras cincuenta guineas. (N. del A.) <<

[17] Tom era un tipo gracioso, y sus bromas le siguieron hasta el patíbulo, pues, justo antes de llegar a él, le dio un puntapié al señor Smith —el capellán— y al verdugo y los lanzó fuera del carro. Una bonita ocurrencia que causó no poca sensación. (N. del A.) <<

[18] Se cuentan muchas anécdotas divertidas de Holloway; su carrera, sin embargo, acabó con un asesinato. Trató de escapar de Newgate, pero se entregó para testificar en el juicio de uno de sus cómplices. Cuando, al intentar un alguacil, un tal Richard Spurling, ponerle los grilletes para arrestarlo, Will le golpeó en la cabeza ante los ojos de todo el tribunal. Por este delito sufrió la pena capital en 1712. (N. del A.) <<

[19] Las aventuras de Wick con *madame* Toly son muy entretenidas. Fue este héroe y no Turpin, como se afirma erróneamente, quien asaltó al célebre lord Mohun. De Gettings y Grey, y los otros cinco o seis, cuanto menos se hable, mejor. (N. del A.)

<<

[20] Era uno de los memorables ban mat: de Sheppard. Cuando el señor Wagstalf el capellán de Newgate, le ofreció una Biblia, él la rechazó y le dijo: «En esta situación, una lima vale más que todas las Biblias del mundo». Un caballero que visitaba Newgate le invitó a cenar, a lo que Sheppard respondió que trataría de cumplir con su compromiso lo antes posible, cosa que logró. (N. del A.) <<

[21] El término *tory*, tal y como se aplica en este caso, no se debe confundir con su acepción corriente, que es la de miembro de un partido político. Su significado original es el de ladrón en gran escala, algo más que un ratero de recursos vulgares. Nuestra autoridad más clásica dice así: *TORY*: «*Un partidario de la monarquía absoluta, también un vagabundo, ladrón o rapparee*». GROSE, *Diccionario*. (N. del A.) <<

[22] *Rapparee*: palabra de origen gaélico que significa «merodeador» o «saqueador». Derivado de *rapairidhe*, «pica». (N. del T.) <<

[23] Ya que el señor Coates se declara autor de esta diatriba contra *sir* Robert Walpole, atacado bajo el pseudónimo de Turpin en el *Common Sense* de 30 de julio de 1737, es ocioso inquirir más acerca de su autoría. Sólo queda enviar al lector al *Gentleman's Magazine*, vol. VIII, p. 438, para el artículo citado supra, y para una réplica a los extremos que contiene en el *Daily Gazeteer*, que se puede encontrar en la página 499 del referido volumen. (N. del A.) <<

[24] Juego de palabras con las dos acepciones de *lord*: «señor de tierras y vasallos» y «Señor» (Dios). (N. del T.) <<

[25] Un trago. (N. del T.) <<

[26] Vieja canción anticatólica de los Whigs. (N. del T.) <<

[27] O *el cisma romano*, apodos con los que obsequian a la Iglesia Católica los zelotes de la anglicana. (N. del T.) <<

[28] Epicedio: elogio fúnebre en griego o latín. (N. del T.) <<

[29] *No queden restos en el fondo del vaso.* (N. del T.) <<

[30] En latín: *No salga*. (N. del T.) <<

[31] En español en el original. (N. del T.) <<

[32] *Grasshopper* en inglés significa «saltamontes». (N. del T.) <<

[33] *The Merry Beggars* [Richard Brome (c. 1590-1652) fue el autor de esta obra, cuyo título completo es: *A Jovial Crew of the Merry Beggars* (N. del T.) <<

[34] *Los contrayentes que se quieren casar buscan un caballo muerto o cualquier otra bestia, y se sitúan uno a cada lado del animal. Entonces, el hierofante les insta a que vivan juntos hasta que la muerte los separe y, tras esto, chocan las manos. Luego, el banquete nupcial se celebra en la primera cervecería con la que tropiecen, donde el enlace no es sino choque de jarras y la desvergüenza nada sino alboroto de borrachos. DEKKAR. (N. del A.) <<*

[35] *El bribón sin miedo y sin tacha*. Bayardo era un guerrero francés del siglo XVI, espejo de caballeros y muerto a manos de los españoles en Italia. (N. del T.) <<

[36] El autor juega con el doble sentido de la palabra *tory* y hace referencia a la actualidad política de la época, en la que *tories* y *whigs* se enfrentaban por la *Reform Bill*. (N. del T.) <<

[37] *Newgate*, en Londres, la más famosa de las cárceles británicas hasta el siglo XIX.
(N. del T.) <<

[38] *Memoirs of the right villanous John Hall, the famous and notorious robber, penned from his Mouth sometime before his Death.* 1708. (N. del A.) <<

[39] *John Gay*, autor de *The Beggars Opera*, sátira de la vida en los bajos fondos de Londres estrenada con gran éxito en 1728. (N. del T.) <<

[40] En francés: «el tiro de gracia». (N. del T.) <<

[41] Juego de palabras con la expresión latina *auri sacra fames*, «divina hambre de oro». (N. del T.) <<

[42] *Sir Francis Head* (1793-1875), más conocido por sus contemporáneos como *Gallopig Head*. Sus prospecciones mineras en las Pampas le interesaron menos que las galopadas con los gauchos indígenas. (N. del T.) <<

[43] Alusión a dos personajes del *Heptameron* de Margarita de Navarra (1492-1549).
(N. del T.) <<

[44] Tom Cribb (1781-1848), campeón del mundo en 1810-1811. Tiene un lugar de honor en el *International Boxing Hall of Fame*, Parnaso del noble arte del boxeo. (N. del T.) <<

[45] En francés: «desenvuelto». (N. del T.) <<

[46] Sic en el original. En francés *façonnable*, «a la moda». (N. del T.) <<

[47] Juego de palabras intraducible con el término *leg*, que no sólo significa «pierna», sino una parte o vuelta de una carrera o regata, una o dos carreras con premio acumulativo, una serie de partidos de cualquier deporte, etc. La locución *leg it* significa «caminar con rapidez o correr». (N. del T.) <<

[48] Para una relación de estos, vid. Grose. Es demasiado *grueso* para ser transcrito aquí. (N. del A.) <<

[49] *Der Freischütz* (*El cazador furtivo*), la ópera de Karl Maria von Weber, entonces en boga. (N. del T.) <<

[50] Quizá, las más caprichosas de las normas que jamás se prescribieron para una banda de ladrones fueron las fraguadas por William Holliday, miembro del gremio del hurto, colgado en 1695:

Art. I: Nadie de la compañía debe presumir de llevar camisa bajo pena de expulsión.

Art. II: Nadie debe vivir en otros lugares que no sean establos, casas vacías u otros inmuebles semejantes.

Art. III: Que no se debe comer otra cosa que no sea lo que se ha mendigado, y se debe ceder todo el dinero que se haya ganado lustrando botas a la comunidad.

Art. IV: Que no se debe aprender a leer ni a escribir, porque la gente debe ser sumisa.

Art. V: Los miembros deben aparecer todos los días a las nueve para la revista y para recibir las órdenes pertinentes.

Art. VI: Nadie debe seguir una pista, a no ser que él lo haya ordenado.

Art. VII: Que si alguien les da zapatos o calcetines, esos objetos han de convertirse en dinero.

Art. VIII: Que no se debe hurtar nada que pueda ser descubierto, pues sería un gran escándalo para el gremio.

Art. IX: Que no deben librarse de los bichos matándolos o comiéndoselos.

Art. X: Los miembros del gremio deben cantar en la jerga mejor que los pájaros de Newgate, robar bolsas sin torpeza, moverse más que un cuáquero, jurar más que un lord en la mesa de juego y alardear de sus villanías mejor que un irlandés. (N. del A.)

<<

[51] *Hearty choke with caper sauce*, juego de palabras con *hearty choke* («fuerte atragantón», como el que produce la borca) y *artichoke* («alcachofa») y entre tres acepciones de la palabra *caper*, que significa «alcaparra» y también «delito» y «cabriola», como la que da el ahorcado en su último vuelo. *Sauce*, además de «salsa», puede entenderse como «descaro», «insolencia». (N. del T.) <<

[52] El patíbulo. (N. del T.) <<

[53] Bebida compuesta de cerveza, huevos y brandy. (N. del A.) <<

[54] Nuestros primeros dramaturgos aluden con frecuencia a la supuesta influencia maligna de esta planta, y para uno de los más ilustres de ellos, Webster (como se debe suponer de alguien a quien la musa se le revela como una lumia entre tumbas y sepulcros), es uno de sus temas favoritos. Pero nadie se ha sumergido tan profundamente en el tema como *sir* Thomas Browne, que deshace la fábula en sus raíces y hojas. En cuanto al peligro que se sigue de la erradicación de la mandrágora, escribe: *Esta última aseveración, de que corre peligro la vida del que la arranca, de que algún tipo de maldición le persigue, y de que no vivirá ya durante mucho tiempo, de hecho, los experimentos de los antiguos seguían una vía extraña: Plinio nos informa de que cuando ellos intentaban erradicar la planta, seguían la dirección del viento, y con una espada trazaban tres círculos alrededor y luego escarbaban siempre mirando en dirección oeste. Un concepto que no sólo daña a la verdad y es refutable por la experiencia cotidiana, sino que es en cierta medida derogatorio de la Divina providencia, ya que no se conforma con imponer una cualidad destructiva a una planta, sino que produce un vegetal que es muy útil a unos pero que, con sólo arrancarlo, sería mortal a otros. Esto sería introducir un segundo fruto prohibido y reforzar la primera condena ya que no sólo fue mortal para Adán el probar el primero, sino que es nocivo para su posteridad erradicar el segundo.* Vulgar Errors, Libro II, c. VI. (N. del A.) <<

[55] «Riente», «ameno», en francés. (N. del T.) <<

[56] Una guinea era una moneda de oro que valía 1,05 libras o 21 chelines. Quedó fuera de circulación en 1813. (N. del T.) <<

[57] En latín en el original: «Bendice, Señor, este anillo, que bendecimos en Tu nombre, para que lo lleve consigo, para que se mantenga fiel a su esposo, para que permanezca en Tu paz y Tu voluntad y para que viva siempre en amor recíproco». (N. del T.) <<

[58] Huoyhnymys (Houyhnhnm): los famosos caballos racionales de *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift. (N. del T.) <<

[59] *Discharge* significa en inglés descargar un arma y, también, saldar una deuda. (N. del T.) <<

[60] *In blank* se dice de los cheques en blanco y de los disparos con pólvora, pero sin bala. (N. del T.) <<

[61] «Cartita galante», en francés en el original. (N. del T.) <<

[62] Finchley Common: localidad al norte de Londres donde estaba el principal campo de maniobras del ejército inglés. Fue objeto de un célebre Cuadro satírico de Hogarth. (N. del T.) <<

[63] *Par nobile*: «noble pareja», en latín en el original. (N. del T.) <<

[64] *Cockneys* son los londinenses castizos. (N. del T.) <<

[65] *When he arrived at man's state, / It was all the state he had.* Juego de palabras con *state*, que significa la condición característica de una persona (su sexo, edad, etc.) y también el estamento social al que pertenece y la posición que ocupa en el mundo. (N. del T.) <<

[66] Hemos sabido de un caballero salteador, cuyo nombre queremos olvidar, que tomaba los caballos para su carrocín con un propósito similar, pero tenemos para nosotros que el plan de King sigue siendo aún el más practicable y simple. Un cabriolé está descartado por completo, pues es particularmente fácil de parar. (N. del A.) <<

[67] «Si hemos de creer a Byron». (N. del T.) <<

[68] James Hardy Vaux (1782-1814), convicto cuyas acciones deletéreas le valieron un pasaje para Australia a cuenta de Su Graciosa Majestad en dos ocasiones. Escribió *Memoirs of the First Thirty-Two Years of the Life of James Hardy Vaux, A Swindler and Pickpocket; Now Transported for the Second Time, and For Life, to New South Wales*, publicada en 1827, odisea fundacional de la literatura australiana. También compiló un diccionario de slang del que Ainsworth se sirvió con glotonería. (N. del T.) <<

[69] *Fracas*: en francés en el original, «estrépito», «estruendo». (N. del T.) <<

[70] El autor hace referencia al *Dictionnaire historique et critique* (Rotterdam, 1697), del hugonote francés Pierre Bayle (1647-1706), hito fundacional del librepensamiento europeo y objeto de la emulación de Voltaire. (N. del T.) <<

[71] Sic en el original. *Dum vivimus, bibamus*, «ya que vivimos, bebamos». (N. del T.)

<<

[72] *Soi-disant*: «autotitulado». En francés en el original. (N. del T.) <<

[73] «Buen carácter», «afabilidad». En francés en el original. (N. del T.) <<

[74] Cuatro célebres salteadores, todos los cuales gozaron de la honorable distinción de capitanes de banda. (N. del A.) <<

[75] Jack Ketch, uno de los verdugos más conocidos de Londres. Por metonimia, designa a tan expeditiva y didáctica corporación. (N. del T.) <<

[76] El sitio exacto en el que Turpin cometió este robo, que nos ha sido mostrado varias veces, se halla en lo que hoy es una hondonada boscosa, a través de la antigua carretera de Altdringham a Knutsford, al borde de los ricos dominios forestales de Dunham, y desciende por la loma que lleva al puente que cruza el pequeño río Bollin. Con alguna dificultad penetramos en ese barranco, que es justo el lugar indicado para un suceso de ese tipo. Un pequeño torrente corre por él y los escarpados declives están cubiertos de árboles. La primera vez que visitamos el lugar, en abril de 1834, era un perfecto soto de prímulas y otras flores silvestres. Hough (pronúnciese Hoo) Green se encuentra a unas tres millas campo a través (el camino que Turpin recorrió). El viejo campo de bolos es ahora una de las posadas más agradables de Cheshire. (N. del A.) <<

[77] Desde que las primeras ediciones de este romance fueron publicadas, nos entristece constatar (por lo menos para nosotros es algo lamentable, pese a que los que van por Edgware Road no piensen igual) que esta gentil elevación ha sido concienzudamente destruida. (N. del A.) <<

[78] Old Bailey, en Londres, es la sede suprema de los tribunales ingleses. (N. del T.)

<<

[79] Célebre delincuente del siglo XVIII, ejecutado en Tyburn el 24 de mayo de 1725, cuyas hazañas inspiraron el relato satírico de Fielding «The Life of *Mr Jonathan Wild the Great*» (1743). (N. del T.) <<

[80] «Hermosa de grupa, cabeza pequeña, cuello alto». En latín en el original. (N. del T.) <<

[81] *Fausto*, parte I. (N. del T.) <<

[82] «Como un correo», en francés en el original. (N. del T.) <<

[83] *Sir* William Cecil (1520-1598), lord Burleigh, eminencia gris del reinado de Isabel I. (N. del T.) <<

[84] «Pasión por la caza», en latín en el original. (N. del T.) <<

[85] Denominación coloquial de Nottingham. (N. del T.) <<

[86] George Osbaldeston (1787-1866), eximio jinete y extravagante ciudadano, conocido por sus proezas ecuestres, que en nada envidiaban a las de Atila. (N. del T.)

<<

[87] Tom Moore (1779-1852), poeta romántico de fuerte vena satírica, como dublinés de pro, y autor de *Travels of an Irish Gentleman in search of a Religion*, novela apologética católica que suscitó una réplica de nuestro Blanco White. (N. del T.) <<

[88] Slawkenberguiano: con este adjetivo el autor rinde homenaje a Sterne, de cuyo *Tristram Shandy* (1760) viene el término, que se debe a Hafen Slawkenberg, erudito inexistente cuyo apellido significa montón de desperdicios. (N. del T.) <<

[89] Juego de palabras con *spirit*: «alma», «ingenio», pero también «licor». (N. del T.)

<<

[90] «Lo que expulsamos de nuestra naturaleza con violencia, luego retorna». En latín en el original. (N. del T.) <<

[91] Juego de palabras entre «Coates» y *outer coats*, «parte externa de la casaca». (N. del T.) <<

[92] *Pièce de résistance*: el principal plato de carne en una comida. (N. del T.) <<

[93] «Rapto», en francés en el original. (N. del T.) <<

[94] El autor juega con las palabras *Rhodes* (la isla de Rodas) y *roads* («caminos», «carreteras»). Los caballeros de la Orden de San Juan, también conocidos como los Hospitalarios, tuvieron su maestrazgo en Rodas hasta 1522, cuando los otomanos les expulsaron de la isla. Entonces cambiaron su sede por Malta, de ahí su nombre. (N. del T.) <<

[95] Nuevo artificio ingenioso que combina las dignidades de arzobispo (*archibishop*) de Canterbury y archiestafador o archiembraucador (*arch-hoa-xer*). (N. del T.) <<